

El código Da Vinci para mujeres. PUBLISHERS WEEKLY

ANNE FORTIER

Juliet



 Planeta Internacional

Lectulandia

Bautizada por la prensa americana como El código Da Vinci para mujeres, Juliet, el sensacional debut de Anne Fortier, transforma la inmortal historia de Romeo y Julieta en una trepidante aventura del siglo XXI. Una historia a caballo entre la Edad Media y la actualidad, un apasionante viaje al corazón de Italia que combina historia, intriga, misterio y romance.

Juliet y su hermana, huérfanas desde pequeñas, se han criado con su tía en Virginia. Cuando ésta muere, Juliet se ve obligada a viajar a Italia para saber qué se esconde tras la enigmática herencia que ha recibido de ella. Pronto descubre que en realidad es italiana y que, además, es descendiente de las personas en las que se inspiró Shakespeare para escribir Romeo y Julieta. Dispuesta a conocer la verdadera identidad de sus padres y los secretos que rodean sus repentinas muertes, Juliet se ve envuelta en una peligrosa trama que enfrenta a las dos familias más poderosas de Siena desde la Edad Media. Descubre que una antigua maldición recae sobre ellas y que únicamente la búsqueda de un supuesto tesoro llamado, «Los ojos de Julieta» podría detenerla... Juliet puede ser la próxima víctima y sólo un hombre puede salvarla de su destino, pero ¿dónde está?

Lectulandia

Anne Fortier

Juliet

ePUB v1.0

fenikz 14.01.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Juliet*

©Anne Fortier, 2011, marzo 04

Traductor: ©Pilar de la Peña Minguell

Editor original: fenikz (v1.0)

ePub base v2.1

*A mi querida madre, Birgit Malling Eriksen
cuya generosidad y hercúlea investigación
han hecho posible esta obra.*

Vayamos, que hemos de hablar de estos hechos tristes.
Unos serán perdonados, otros tendrán su castigo,
pues historia tan penosa nunca hubo
como ésta de Julieta y Romeo.

>>SHAKESPEARE<<

El Prólogo

Dicen que morí. Se me paró el corazón y no respiraba; a los ojos del mundo estaba muerta de verdad. Unos dicen que me fui tres minutos, otros que cuatro; yo empiezo a pensar que la muerte es ante todo cuestión de opinión.

Llamándome Julieta, supongo que debería haberlo visto venir, pero quise creer que, por una vez, no tendría lugar la misma lamentable tragedia de siempre, que esta vez estaríamos juntos para siempre, Romeo y yo, y que nuestro amor jamás volvería a verse interrumpido por sombríos siglos de confinamiento y muerte.

Pero no se puede engañar al Bardo. Así que morí como me correspondía, cuando se acabó mi texto, y volví a caer en el pozo de la creación.

Ay, pluma dichosa. Ésta es tu página.

Toma tinta y déjame empezar.

Primera Parte



I. I

¡Dios! ¡Dios!

¿Qué sangre es la que tiñe el mármol de la entrada del sepulcro?

Me ha costado decidir por dónde empezar. Diréis que mi historia empezó hace seiscientos años, con un asalto en el camino, en la Toscana medieval, o quizá con un baile y un beso en el castello Salimbeni, cuando mis padres se conocieron, pero jamás me habría enterado de nada de esto de no haber sido por el acontecimiento que cambió mi vida de pronto y me obligó a viajar a Italia en busca del pasado. Ese acontecimiento fue la muerte de mi tía abuela Rose.

Umberto tardó tres días en encontrarme para comunicarme la triste noticia. Lo cierto es que, con lo bien que se me da desaparecer, me sorprende que lograra localizarme. Claro que él siempre fue muy hábil leyéndome el pensamiento y prediciendo mis movimientos; además, tampoco había tantos campamentos de verano de Shakespeare en Virginia.

Ignoro cuánto tiempo debió de pasar allí de pie, viendo la representación desde el fondo de la sala. Yo estaba entre bastidores, como siempre, demasiado centrada en los chicos, en sus papeles y su atrezo para percatarme de nada más hasta que cayó el telón. Tras el ensayo general de aquella tarde, alguien había extraviado el frasquito de veneno y, a falta de algo mejor, Romeo tendría que suicidarse con caramelitos de menta.

—¡Es que me dan acidez! —había protestado el chaval con un dramatismo propio de sus catorce años.

—¡Estupendo! —le había respondido yo, resistiendo la tentación maternal de recolocarle el sombrero de fieltro—. Así te metes más en el papel.

Hasta que se encendieron las luces y los chicos me arrastraron al escenario para bombardearme de gratitud no detecté aquella figura familiar de pronto visible junto a la salida, que me contemplaba misteriosa en medio de la ovación. Umberto, serio y escultural, con su traje de chaqueta y su corbata oscuros, sobresalía como un junco solitario de civilización en medio de un cenagal primigenio. Siempre había sido así. Desde que yo tenía uso de razón, jamás había llevado una sola prenda que pudiera considerarse informal. Para Umberto, las bermudas caqui y los polos eran prendas de hombres faltos de virtud, y de vergüenza.

Al poco, cuando remitió la avalancha de padres agradecidos y pude al fin bajar del escenario, me detuvo un instante el director del programa, que me cogió por los hombros y me zarandeó con vehemencia (me conocía demasiado bien para intentar abrazarme).

—¡Has hecho un trabajo estupendo con los chicos, Julie! —me felicitó efusivo—. Cuento contigo para el próximo verano, ¿verdad?

—Por supuesto —mentí, y seguí mi camino—. Por aquí estaré.

Al acercarme por fin a Umberto, busqué en vano aquella pizca de felicidad que solían albergar sus ojos cuando volvía a verme después de un tiempo. Pero no hallé sonrisa alguna, ni rastro de ella, y entonces entendí a qué había venido. Lanzándome en silencio a sus brazos, deseé poseer la facultad de dar la vuelta a la realidad como si fuese un reloj de arena, y que la vida no fuese un asunto finito sino el perpetuo paso por un orificio en el tiempo.

—No llores, Principessa —me dijo, pegado a mi pelo—, a ella no le habría gustado. Nadie vive eternamente. Ya tenía ochenta y dos años.

—Ya lo sé, pero... —Me aparté y me sequé las lágrimas—. ¿Estaba Janice allí?

Umberto frunció los ojos como hacía siempre que se mentaba a mi hermana gemela.

—¿Tú qué crees?

Sólo entonces, de cerca, lo noté agotado y dolido, como si hubiera pasado las últimas noches bebiendo para poder dormir. Aunque quizá era natural. ¿Qué iba a ser de Umberto sin tía Rose? En mi memoria, los dos habían formado siempre una unidad necesaria de capital y músculo (ella había sido la belleza marchita; él, el mayordomo paciente), y a pesar de sus diferencias, ninguno de los dos se había mostrado nunca dispuesto a prescindir del otro.

El Lincoln estaba discretamente aparcado junto a la boca de incendios, y nadie vio a Umberto guardar mi vieja mochila en el maletero antes de abrirme la puerta de atrás con calculada ceremonia.

—Quiero sentarme delante. Por favor...

Él negó con la cabeza en señal de desaprobación y abrió la puerta del acompañante.

—Sabía que esto no iba a durar.

Pero no era tía Rose quien había insistido en esa formalidad. Aunque Umberto fuera su empleado, siempre lo había tratado como a un miembro más de la familia. Ella, no obstante, jamás se había visto correspondida. Siempre que tía Rose lo invitaba a cenar con nosotras, Umberto se limitaba a mirarla con resignado desconcierto, como si no dejara de sorprenderlo su insistencia y le costara digerirla. Comía en la cocina, así lo había hecho siempre y así seguiría haciéndolo, y ni la exaltada mención de Nuestro Señor Jesucristo lograba persuadirlo de que nos acompañara siquiera el día de Acción de Gracias.

Tía Rose solía achacar la peculiaridad de Umberto a su origen europeo, y enlazaba ese argumento con una charla sobre la tiranía, la libertad y la independencia que inevitablemente culminaba en un «por eso no vamos de vacaciones a Europa, y

menos aún a Italia, ni hablar», que espetaba amenazándonos con el tenedor. Yo, en cambio, estaba convencida de que Umberto prefería comer solo porque encontraba su propia compañía bastante más estimulante que la nuestra. Allí estaba, tan tranquilo en la cocina, con su ópera, su vino y su trozo de parmesano curado, mientras nosotras —tía Rose, Janice y yo— discutíamos temblonas en el ventoso comedor. De haber podido, también yo habría ocupado aquella cocina a todas horas.

Mientras atravesábamos el oscuro valle de Shenandoah aquella noche, Umberto me habló de las últimas horas de tía Rose. Había muerto en paz, mientras dormía, después de pasar la noche escuchando uno tras otro sus temas favoritos de sus chisporroteantes discos de Fred Astaire. Extinto el último acorde de la última pieza, se había levantado para abrir las puertas del jardín, quizá por respirar una vez más el aroma de la madreselva. Allí de pie, con los ojos cerrados —me contó Umberto—, las largas cortinas de encaje habían envuelto en silencio su cuerpo delgado, como si ya fuera un fantasma.

—¿He hecho lo correcto? —le había preguntado ella, serena.

—Por supuesto —había sido la diplomática respuesta de él.

Era medianoche cuando el coche entró en la finca de tía Rose. Umberto ya me había advertido de que Janice había llegado de Florida esa tarde con una calculadora y una botella de champán. No obstante, eso no explicaba el segundo deportivo aparcado delante de la puerta.

—Confío en que eso no sea del de la funeraria —dije sacando mi mochila del maletero antes de que Umberto pudiera hacerlo.

Me arrepentí en seguida de mi frivolidad. No era propio de mí hablar así, y sólo lo hacía cuando mi hermana podía oírme.

Mirando de reojo el misterioso vehículo, Umberto se ajustó la chaqueta como el que se ajusta un chaleco antibalas antes del combate.

—Me temo que hay funerarias y funerarias.

En cuanto entramos por la puerta principal de la casa de tía Rose, entendí a qué se refería. Todos los grandes retratos del pasillo se habían descolgado y estaban vueltos hacia la pared, como delincuentes ante un pelotón de fusilamiento. Además, el jarrón veneciano que presidía la mesa redonda de debajo de la lámpara de araña ya había desaparecido.

—¿Hola? —saludé, presa de una rabia que no había vuelto a sentir desde mi última visita—. ¿Queda alguien vivo?

Mi voz resonó en la casa silenciosa; al extinguirse, oí unos pies a la carrera por la planta superior. Aun con la premura de la culpa, como de costumbre, Janice tuvo que aparecer parsimoniosa ante la espléndida escalera de caracol, dejando que el etéreo vestido estival resaltara sus magníficas curvas más que si hubiera ido desnuda. Tras hacer una pausa para la prensa mundial, se apartó del rostro la larga melena con una

lánguida satisfacción personal, me dedicó una sonrisa arrogante e inició el descenso.

—Vaya, vaya..., pero si está aquí la *virgetariana* —observó en un tono ligeramente frío. Sólo entonces detecté al macho de la semana pegado a sus talones, tan desaliñado y congestionado como todo el que pasaba un rato con mi hermana.

—Lamento desilusionarte —contesté, dejando caer la mochila al suelo con gran estruendo—. ¿Te ayudo a desvalijar la casa o ya te las apañas tú sola?

La risa de Janice era como un móvil de campanillas colgado del porche de tu vecino única y exclusivamente para fastidiarte.

—Éste es Archie —me comunicó con su habitual tono entre serio e informal—. Nos va a dar veinte de los grandes por todos estos trastos.

Los miré asqueada mientras se acercaban a mí.

—¡Qué generoso! Está claro que le apasiona la basura.

Janice me lanzó una mirada asesina, pero en seguida se controló. Sabía bien lo poco que me importaba su opinión de mí y lo mucho que me divertía mosquearla.

Nací cuatro minutos antes que ella. Por mucho que hiciera o dijera, yo siempre sería cuatro minutos mayor. Aunque en su imaginación calenturienta ella fuese la liebre supersónica y yo la tortuga de andar plomizo, las dos sabíamos que, por mucho que se pavoneara a mí alrededor, jamás salvaría ese vacío diminuto que nos separaba.

—Bueno —dijo Archie mirando hacia la puerta—, yo me largo. Encantado de conocerte, Julie. Es Julie, ¿verdad? Janice me ha hablado mucho de ti. —Rio nervioso—. ¡Que vaya bien! Como dicen por ahí, hagamos la paz, no el amor.

Janice lo despidió cariñosa con la mano mientras salía y cerraba de golpe la puerta de malla. Sin embargo, en cuanto hubo salido, su rostro angelical se tornó demoníaco, como un fantasma de Halloween.

—¡No me mires así! —espetó desdeñosa—. Intento sacar algo de esto, que es más de lo que estás haciendo tú, ¿no crees?

—Yo no tengo tus... gastos —repliqué señalando con la cabeza sus últimos arreglillos, resaltados por el vestido ceñido—. Dime, Janice, ¿cómo te meten todo eso *ahí?*, ¿por el ombligo?

—Dime, Julie, ¿qué tal sienta no tener nada *ahí?* —me imitó Janice.

—Si las señoras me permiten —dijo Umberto interponiéndose entre las dos como tantas otras veces—, ¿puedo sugerir que traslademos tan fascinante intercambio a la biblioteca?

Cuando le dimos alcance, Janice ya se había instalado cómodamente en el sillón favorito de tía Rose, con un gintonic apoyado en el cojín en el que yo había bordado una escena de caza durante mi último año de instituto mientras mi hermana andaba en busca de alguna presa bípeda.

—¿Qué? —espetó mirándonos con un desprecio mal disimulado—. ¿No crees que la mitad del alcohol me pertenece?

Era típico de Janice maquinar una disputa sobre un difunto de cuerpo presente, así que le di la espalda y me acerqué a la terraza. Las preciadas macetas de tía Rose la presidían como un puñado de dolientes, con sus flores marchitas de desconsuelo. Una vista inusual. Umberto siempre había tenido el jardín bajo control, aunque quizá ya no encontrase satisfacción en su trabajo ahora que su señora, público agradecido, ya no estaba.

—Me sorprende que aún sigas aquí, Birdie —comentó Janice agitando su copa—. Yo que tú ya me habrías largado a Las Vegas con la plata.

Umberto no respondió. Hacía años que había dejado de hablar directamente con Janice. En su lugar, me miró a mí.

—El funeral es mañana.

—Me parece increíble que lo hayas planeado todo sin consultarnos —repuso Janice, balanceando la pierna que le colgaba del reposabrazos.

—Ella lo quiso así.

—¿Hay algo más que debemos saber? —Janice se liberó del abrazo del sillón y se estiró el vestido—. Supongo que a todos nos tocará lo nuestro, ¿no? No se enamoraría de alguna insólita protectora de animales o algo así, ¿verdad?

—¿Te importa acaso? —repliqué cortante, y, por un segundo, Janice pareció amansada. Luego recobró su usual indiferencia y volvió a echar mano de la botella de ginebra.

Ni me molesté en mirarla mientras, con fingida torpeza, arqueaba asombrada sus cejas perfectas como dando a entender que no pretendía servirse tanto. Cuando el sol se desparramaba sobre el horizonte, Janice lo hacía sobre el canapé y dejaba que otros resolvieran los grandes enigmas de la vida, mientras no la privasen de alcohol...

Desde que yo tenía uso de razón, había sido así: insaciable. De pequeñas, tía Rose solía exclamar divertida: «Esta niña podría fugarse a bocados de una prisión de pan de jengibre», como si la codicia de Janice fuese algo de lo que enorgullecerse. Claro que tía Rose estaba en la cima de la cadena alimentaria y, al contrario que yo, no tenía nada que temer. Que yo recuerde, Janice siempre encontraba mis chucherías por mucho que las escondiese, con lo que las mañanas de Pascua en nuestra familia eran siempre desagradables, brutales y breves. Culminaban inevitablemente en la reprimenda de Umberto a Janice por robarme mis huevos de Pascua y la réplica furiosa de ella, —escondida bajo la cama, con las comisuras de la boca chorreando chocolate— alegando que él no era su padre ni podía decirle lo que debía hacer.

Lo frustrante era su hermetismo. Su piel se negaba tercamente a revelar sus secretos; era suave como el glaseado satén de un pastel de bodas, sus rasgos tan delicados como pequeñas frutas y flores escarchadas en manos de un maestro confitero. Ni la ginebra, ni el café, ni la vergüenza, ni el remordimiento habían logrado resquebrajar aquella fachada glasé; era como si albergarse un manantial de

vida perenne en su interior, como si amaneciese cada mañana rejuvenecida por el pozo de la eternidad, ni un día más vieja, ni un gramo más gorda, y aún presa de un imparable deseo de comerse el mundo.

Por desgracia, no éramos gemelas idénticas. Una vez, en el patio del colegio, oí que me llamaban «Bambi zancudo», y aunque Umberto rio y me aseguró que era un cumplido, a mí no me lo pareció. Aun superada mi edad más torpe, sabía que seguía pareciendo desgarbada y anémica al lado de Janice; fuera donde fuese e hiciera lo que hiciese, ella era siempre tan morena y efusiva como yo pálida y reservada.

Cada vez que entrábamos en una habitación, todas las miradas se volvían de inmediato hacia ella y, aunque yo estuviese allí mismo, a su lado, me convertía en otro de sus espectadores. Con el tiempo me acostumbré a mi papel. Jamás tenía que preocuparme por terminar las frases porque Janice las terminaba por mí y, en las raras ocasiones en que alguien se interesaba por mis sueños y mis esperanzas — normalmente ante una taza de té de cortesía con alguna de las vecinas de tía Rose—, mi hermana me arrastraba hasta el piano, donde intentaba tocar algo mientras yo le pasaba las páginas de la partitura. Aún hoy, a mis veinticinco años, tiemblo y enmudezco de pronto al hablar con desconocidos, esperando angustiada que me interrumpen antes de tener que manifestar mi opinión sobre algo.

Enterramos a tía Rose bajo una lluvia torrencial. Allí de pie, junto a la tumba, los goterones de agua que se me escurrían del pelo se fundían con las lágrimas que rodaban por mis mejillas, y los pañuelos de papel que había traído de casa hacía rato que formaban un amasijo húmedo en mi bolsillo.

Aunque había llorado toda la noche, no estaba preparada para la triste sensación de irreversibilidad que me embargó cuando el féretro entró torcido en el hoyo. Una caja tan grande para el cuerpecito de tía Rose... De pronto lamenté no haber querido ver el cadáver, por poco que le hubiera servido a ella. O quizá no. Tal vez nos observaba desde algún lugar lejano, ansiosa por comunicarnos que había llegado bien. La idea era un consuelo, una agradable distracción de la realidad, y deseé poder creerlo.

La única que no parecía una rata mojada al terminar el funeral era Janice, que vestía unas katiuskas con taconazo de doce centímetros y un gorro negro indicativo de cualquier cosa menos de luto. Yo, en cambio, llevaba lo que Umberto denominó en una ocasión «el atuendo de la monja Atila»; si las botas y el collar de Janice decían «acércate», mis zapatones y mi vestido completamente abotonado proclamaban «piérdete».

Medio puñado de personas se presentaron ante la tumba, pero sólo el señor Gallagher, el abogado de la familia, se quedó para hablar. Ni Janice ni yo lo conocíamos, pero tía Rose nos había hablado tanto de él y con tanto cariño que conocerlo en persona no podía sino decepcionarnos.

—Tengo entendido que es usted pacifista —me dijo mientras salíamos juntos del cementerio.

—A Jules le encanta pelear y tirarle cosas a la gente —observó Janice, colándose entre los dos sin reparar en que nos empapaba con el agua que caía del ala de su sombrero—. ¿Le han contado lo que le hizo a la Sirenita?...

—Ya vale —repliqué, buscándome un trozo de manga con el que secarme los ojos por última vez.

—¡Venga, no seas modesta! ¡Saliste en portada!

—También he oído decir que su negocio va muy bien —le dijo el señor Gallagher a Janice forzando una sonrisa—. Debe de ser complicado hacer feliz a todo el mundo.

—¿Feliz? ¡Uf! —Janice estuvo a punto de meter el pie en un charco—. Para mi negocio, la felicidad es la peor de las amenazas. El dinero está en los sueños. En las frustraciones. En las fantasías que nunca se hacen realidad. En los hombres que no existen. En las mujeres que no se pueden tener. Ahí es donde está el dinero, en una cita que sigue a otra, y a otra...

Janice siguió hablando, pero yo dejé de escuchar. El hecho de que mi hermana, posiblemente la persona menos romántica que había conocido jamás, fuese una casamentera profesional se me antojaba una gigantesca contradicción. A pesar de su imperiosa necesidad de coquetear con todos y cada uno de ellos, los hombres eran para ella poco más que ruidosos electrodomésticos que una enchufaba cuando los necesitaba y desenchufaba cuando había terminado con ellos.

Curiosamente, ya de niñas, Janice tenía la obsesión de emparejar las cosas: dos ositos de peluche, dos cojines, dos cepillos del pelo... De hecho, aunque ese día hubiésemos discutido, por la noche sentaba a nuestras muñecas juntas en la estantería, a veces incluso abrazadas. En ese sentido, quizá no fuese extraño que se dedicara a formar parejas, dado que lo hacía tan bien como el mismísimo Noé. El único problema era que, a diferencia del anciano patriarca, ella hacía tiempo que había olvidado por qué lo hacía.

Resultaba difícil saber cuándo habían cambiado las cosas. En algún momento de nuestra adolescencia se había propuesto reventar cualquier ilusión que yo pudiera tener respecto al amor. Janice, que tenía más chicos en su haber que carreras unas medias baratas, disfrutaba espantándome con el detallado relato de sus relaciones en un lenguaje tan despectivo que me hacía preguntarme por qué las mujeres nos relacionábamos con los hombres a cualquier nivel.

—Bueno, ésta es nuestra última oportunidad —me dijo enroscándose el pelo en los rulos rosa la víspera de nuestro baile de graduación.

Yo estudié su imagen en el espejo, aturdida por el ultimátum pero incapaz de responder porque una de sus mascarillas verdes me había acartonado el rostro.

—Ya sabes... —añadió con una mueca de impaciencia—, nuestra última

oportunidad de desflorarnos. Para eso es el baile de graduación. ¿Por qué crees que los tíos se arreglan tanto? ¿Porque les gusta bailar? ¡Venga ya! —Miró al espejo para comprobar sus progresos—. Si no lo haces en el baile, ya sabes lo que dicen. Que eres una estrecha. Y a nadie le gustan las estrechas.

A la mañana siguiente me inventé un dolor de estómago, que se agravó a medida que se acercaba el baile. Al final, tía Rose tuvo que llamar a los vecinos y pedirles que su hijo se buscara otra pareja para esa noche; entretanto, a Janice la recogió un atleta llamado Troy, y desapareció en medio de una polvareda de neumáticos rechinantes.

Tras oírme protestar toda la tarde, tía Rose empezó a insistir en que fuésemos a urgencias por si era apendicitis, pero Umberto la tranquilizó diciéndole que no tenía fiebre y que estaba convencido de que no era nada grave. Cuando se acercó después a mi cama y se me quedó mirando mientras yo asomaba tímidamente bajo la manta, vi que estaba al tanto de lo que sucedía y que, por alguna extraña razón, le complacía mi engaño. Los dos sabíamos que el hijo de los vecinos no era el problema, sólo que no encajaba en la descripción del hombre al que yo había imaginado como amante. Si no podía conseguir lo que quería, prefería perderme el baile.

—Dick —le dijo Janice al señor Gallagher, dedicándole una dulce sonrisa—, ¿por qué no nos dejamos de historias? ¿Cuánto?

Ni siquiera me molesté en intervenir. Al fin y al cabo, en cuanto Janice tuviera su dinero, volvería a su vida de ambiciosa avispada, y yo no tendría que verle la cara nunca más.

—Bueno —respondió el señor Gallagher, deteniéndose incómodo en el aparcamiento, junto a Umberto y el Lincoln—, me temo que la fortuna se reduce casi enteramente a la finca.

—Mire —dijo Janice—, todos sabemos que es al cincuenta por ciento hasta el último centavo, ¿vale?, así que corte el rollo. ¿Qué quiere, que pintemos una línea blanca por la mitad de la casa? Perfecto, pues la pintamos. O la vendemos y nos repartimos el dinero —añadió encogiéndose de hombros como si le diera igual—. ¿Cuánto?

—Lo cierto es que, al final... —el señor Gallagher me miró algo triste—, la señora Jacobs cambió de opinión y decidió dejárselo todo a la señorita Janice.

—¿Qué?! —Miré a Janice, luego al señor Gallagher y después a Umberto, pero no encontré apoyo alguno.

—¡La leche! —Una inmensa sonrisa iluminó el rostro de mi hermana—. ¡Al final va a resultar que la anciana tenía sentido del humor y todo!

—Como es lógico —prosiguió el señor Gallagher, más serio—, también se le ha asignado una suma al señor..., a Umberto, y se habla de ciertas fotos enmarcadas que su tía abuela quería que tuviese la señorita Julie.

—Eh, me siento generosa —proclamó Janice abriendo los brazos.

—Un momento... —retrocedí un paso, esforzándome por digerir la noticia—, esto no tiene sentido.

Desde que tenía uso de razón, tía Rose siempre había hecho todo lo posible por tratarnos igual; por todos los santos, si incluso la había sorprendido contando el número de frutos secos del muesli del desayuno para asegurarse de que ninguna de las dos tenía más que la otra. Además, siempre había hablado de la casa como algo que algún día —en el futuro— sería de las dos.

—Tenéis que aprender a llevaros bien, chicas —solía decirnos—. Yo no viviré siempre y, cuando me vaya, compartiréis esta casa.

—Entiendo su desilusión —señaló el señor Gallagher.

¿«Desilusión»? Me dieron ganas de cogerlo por el cuello de la camisa, pero me metí las manos en los bolsillos, tan al fondo como pude.

—¿No creerá que me lo voy a tragar? Quiero ver el testamento. —Lo miré fijamente a los ojos y lo vi estremecerse bajo mi mirada—. Aquí hay gato encerrado...

—Siempre has tenido muy mal perder, eso es lo que pasa —me interrumpió Janice, saboreando mi rabia con una sonrisa maliciosa.

—Tenga. —El señor Gallagher abrió su maletín con manos temblorosas y me entregó un documento—. Ésta es su copia del testamento. Me temo que no hay lugar para la disputa.

Umberto me encontró en el jardín, agazapada bajo la pérgola que él mismo nos había construido cuando tía Rose estuvo en cama con neumonía. Se sentó a mi lado en el banco húmedo y, sin comentar mi mutis infantil, me tendió un pañuelo perfectamente planchado y se quedó mirando cómo me sonaba.

—No es por el dinero —espeté a la defensiva—. ¿Has visto su sonrisa de satisfacción? ¿Has oído lo que ha dicho? Tía Rose le da igual. Siempre ha sido así. ¡No es justo!

—¿Quién te ha dicho que la vida es justa? —Umberto me miró arqueando las cejas—. Yo no.

—¡Ya lo sé! Es que no lo entiendo... Pero es culpa mía. Siempre creía que de verdad quería tratarnos de un modo igualitario. He pedido dinero prestado... —Me tapé la cara para evitar su mirada—. ¡No lo digas!

—¿Has acabado?

Negué con la cabeza.

—No tienes ni idea de lo acabada que estoy.

—Bien. —Se abrió la chaqueta y sacó un sobre de papel manila, seco pero algo doblado—. Porque ella quería que tuvieses esto. Es un gran secreto. Gallagher no lo sabe. Janice tampoco. Es sólo para ti.

Sospeché de inmediato. No era propio de tía Rose darme algo a espaldas de Janice, claro que tampoco era propio de ella excluirme de su testamento. Obviamente no conocía a la tía de mi madre tan bien como pensaba, ni me había conocido a mí misma del todo hasta ese momento. Mira que sentarme allí, precisamente ese día, a llorar por dinero. Aunque ya rondaba los sesenta cuando nos adoptó, tía Rose había sido como una madre para nosotras, y tendría que haberme avergonzado de querer más de lo que me daba.

Cuando al fin abrí el sobre, descubrí que contenía tres cosas: una carta, un pasaporte y una llave.

—¡Éste es mi pasaporte! —exclamé—. ¿Cómo lo...? —Volví a mirar la página de la foto. Era mi foto, sí, y mi fecha de nacimiento, pero yo no me llamaba así—. ¿Giulietta? ¿Giulietta Tolomei?

—Ése es tu verdadero nombre. Tu tía te lo cambió cuando te trajo de Italia. También se lo cambió a Janice.

Yo estaba boquiabierta.

—Pero ¿por qué...? ¿Cuánto hace que lo sabes?

Bajó la mirada.

—¿Por qué no lees la carta?

Desplegué las dos cuartillas.

—¿La has escrito tú?

—Me la dictó ella —contestó con una sonrisa triste—. Quería asegurarse de que pudieras leerla.

La carta decía lo siguiente:

Mi querida Julie:

Le he pedido a Umberto que te entregue esta carta después de mi funeral, así que supongo que ya estoy muerta. Bueno..., sé que aún estás enfadada porque nunca os llevé a Italia, pero te aseguro que fue por vuestro bien. Si os hubiese ocurrido algo, jamás me lo habría perdonado. Sin embargo, ahora ya eres mayor, y hay algo allí, en Siena, que tu madre dejó para ti. Para ti sola. Ignoro por qué, pero Diane, bendita sea, te lo dejó a ti. Encontró algo y, en teoría, aún está ahí. Al parecer, era mucho más valioso que cualquiera de mis pertenencias, por eso decidí hacerlo así y darle la casa a Janice. Confiaba en que pudiéramos evitar todo esto y olvidarnos de Italia, pero empiezo a pensar que haría mal si no te lo contara.

Esto es lo que debes hacer. Toma esta llave y ve al banco del palazzo Tolomei, en Siena. Creo que es la llave de una caja de seguridad. Tu madre la llevaba en el bolso cuando murió. Allí tenía un asesor financiero, un hombre llamado Francesco Maconi. Búscalo y dile que eres la hija de Diane Tolomei.

Ah, y otra cosa: os cambié el nombre. En realidad te llamas Giulietta Tolomei, pero, como esto es América, Juliet Jacobs me pareció más apropiado, aunque nadie sepa escribirlo tampoco. ¿Adónde iremos a parar? No, yo he vivido bien. Gracias a ti. Ah, una cosa más: Umberto te conseguirá un pasaporte con tu nombre real. Yo no tengo ni idea de cómo se hacen esas cosas, pero no importa, él se encargará de todo.

Me despido ya. Nos vemos en el cielo, Dios mediante. Sólo quería asegurarme de que tenías lo que es tuyo por derecho. Cuídate mucho. Mira lo que le pasó a tu madre. Italia puede ser un lugar muy extraño. Tu bisabuela nació allí, claro, pero no habría vuelto a su tierra natal ni por todo el oro del mundo. Bueno, no comentes con nadie lo que te he contado. Y procura sonreír más. Tienes una sonrisa preciosa, cuando la usas.

*Con mucho cariño y mis bendiciones,
Tu TÍA*

Tardé un rato en recuperarme de la carta. Al leerla, casi pude oír a tía Rose dictándola, tan maravillosamente alocada una vez muerta como lo había sido en vida. Cuando terminé con el pañuelo de Umberto, no quiso que se lo devolviera. Me dijo que me lo llevara a Italia, para que me acordase de él cuando encontrara mi gran tesoro.

—¡Venga ya! —Me soné por última vez—. ¡Los dos sabemos que no hay tesoro! Cogió la llave.

—¿No sientes curiosidad? Tu tía estaba convencida de que tu madre había encontrado algo de inmenso valor.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijo antes? ¿Por qué esperó a estar...? —dije levantando los brazos—. No tiene sentido.

Umberto frunció los ojos.

—Quiso hacerlo, pero no te tenía cerca.

Me froté la cara, más que nada para evitar su mirada acusadora.

—Aunque la tía estuviera en lo cierto, sabes que no puedo volver a Italia. Me encerrarían en el acto. Sabes que me dijeron...

De hecho, la policía italiana me había dicho bastante más de lo que yo le había contado a Umberto, pero él estaba al tanto de lo esencial. Sabía que una vez me habían arrestado en Roma por participar en una manifestación antibelicista, que había pasado la noche en un calabozo de mala muerte y que al alba me habían echado del país con la advertencia de que no volviese jamás. También sabía que no había sido culpa mía. Yo tenía dieciocho años, y lo único que quería era viajar a mi lugar de nacimiento.

Mientras babeaba delante del tablón de mi facultad, con sus llamativos anuncios

de viajes de estudios y carísimos cursos de idiomas en Florencia, me topé con un pequeño cartel que denunciaba la guerra de Iraq y a todos los países que tomaban parte en ella. Descubrí entusiasmada que uno de esos países era Italia. Al final de la página había una lista de fechas y destinos, y se animaba a participar a cualquiera interesado en la causa. Una semana en Roma, viaje incluido, no me costaría más de cuatrocientos dólares, que era precisamente lo que me quedaba en la cuenta. ¿Cómo iba a saber yo que el viaje era tan barato porque no nos quedaríamos toda la semana y porque el viaje de vuelta y el alojamiento de la última noche —si todo salía según lo previsto— correrían a cargo de las autoridades italianas, o más bien de los contribuyentes italianos?

Así, sin llegar a entender la finalidad del viaje, rondé aquel cartel varias veces antes de decidir apuntarme. Esa misma noche, mientras daba vueltas en la cama, supe que había cometido un error, y que tendría que enmendarlo cuanto antes. Sin embargo, cuando se lo conté a Janice a la mañana siguiente, puso los ojos en blanco y me soltó:

—Aquí yace Jules, que tuvo una vida aburrida pero una vez *casi* fue a Italia. Obviamente, tenía que ir.

Al ver volar las primeras piedras ante el Parlamento italiano, arrojadas por dos de mis compañeros de viaje, Sam y Greg, deseé poder estar en mi habitación del colegio mayor, tapándome la cabeza con la almohada. Pero me vi atrapada en la multitud como todos los demás y, cuando la policía romana se hartó de nuestras pedradas y de nuestros cócteles molotov, nos roció con gas lacrimógeno.

Fue la primera vez en mi vida que me sorprendí pensando que podría morir allí mismo. Al caer sobre el asfalto y ver el mundo —piernas, brazos, vómitos— a través de una nebulosa de dolor e incredulidad, olvidé por completo quién era y qué estaba haciendo con mi vida. Quizá como los mártires de antaño, descubrí otro lugar, una especie de limbo entre la vida y la muerte. Entonces volvió el dolor, y también el pánico, y al poco dejó de parecerme una experiencia religiosa.

Meses después aún seguía preguntándome si había llegado a recuperarme por completo de los acontecimientos de Roma. Cuando me obligaba a pensar en ello, tenía la incómoda sensación de que pasaba por alto una parte esencial de mi identidad, algo que se había derramado en el asfalto italiano y jamás había vuelto a mí.

—Cierto. —Umberto abrió el pasaporte y escudriñó mi foto—. Le prohibieron volver a Juliet Jacobs, pero ¿a Giulietta Tolomei?

Lo miré perpleja. Allí estaba Umberto, que aún me regañaba por vestir como una hippy, instándome a infringir la ley.

—¿Me estás pidiendo que...?

—¿Para qué crees que he hecho este pasaporte? La última voluntad de tu tía fue

que viajaras a Italia. No me partas el corazón, Principessa.

Ante la sinceridad de su mirada, tuve que contener las lágrimas una vez más.

—Pero ¿y tú? —pregunté ceñuda—. ¿Por qué no vienes conmigo? Podríamos encontrar el tesoro juntos. Y si no, ¡que le den! Nos haremos piratas. Surcaremos los mares...

Umberto alargó la mano y me acarició la mejilla con ternura, como si supiese que, si me iba, ya no volvería y, si volvíamos a vernos, no sería de esa manera, sentados juntos en un escondite infantil, de espaldas al mundo.

—Hay ciertas cosas que una princesa debe hacer sola —me susurró—. ¿Recuerdas lo que te dije? Algún día encontrarás tu reino.

—Eso era sólo un cuento. La vida no es así.

—Todo lo que contamos son cuentos, pero nada de lo que contamos es *sólo* un cuento.

Lo abracé, resistiéndome a dejarlo.

—¿Y tú? No te quedarás aquí, ¿verdad?

Umberto levantó los ojos al techo de madera chorreante.

—Creo que Janice tiene razón: es hora de que el viejo Birdie se jubile. Debería robar la plata y largarme a Las Vegas. Con mi suerte, me durará una semana, así que acuérdate de llamarme cuando encuentres tu tesoro.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—Serás el primero en saberlo.

I. II

¡Saca tu arma! Ahí llegan dos de los Montesco.

Que yo recordara, tía Rose siempre había hecho todo lo posible por evitar que Janice y yo viajásemos a Italia.

—¿Cuántas veces tengo que repetiros que no es lugar para chicas decentes? — solía decirnos.

Más adelante, consciente de que debía cambiar de estrategia, meneaba la cabeza siempre que alguien sacaba el tema y se llevaba la mano al pecho como si la sola idea la pusiera a las puertas de la muerte.

—Creedme —resollaba—, Italia no es más que una gran desilusión, ¡y los italianos, unos cerdos!

Siempre me habían fastidiado sus inexplicables prejuicios hacia mi país de origen, pero, tras mi experiencia en Roma, terminé coincidiendo más o menos con ella: Italia era una desilusión, y los cerdos eran bastante mejores que los italianos, al menos que los uniformados.

Del mismo modo, siempre que le preguntábamos por nuestros padres, tía Rose nos cortaba con la misma cantinela.

—¿Cuántas veces tengo que deciros que murieron en un accidente de coche en la Toscana cuando teníais tres años? —gruñía de frustración al ver interrumpida su lectura del periódico, enfundada en sus guantecitos de algodón para evitar que se le manchasen las manos de tinta.

Por suerte para Janice y para mí, o eso nos decía ella, tía Rose y tío Jim, que en paz descansen, habían podido adoptarnos inmediatamente después de la tragedia, porque, también por suerte para nosotras, no tenían hijos propios. Ya podíamos dar gracias de no haber terminado en un orfanato italiano, comiendo espaguetis todos los días. Y allí estábamos, viviendo como reinas en una mansión de Virginia; lo mínimo que podíamos hacer a cambio era dejar de mortificar a tía Rose con preguntas cuya respuesta desconocía. Por favor, que alguien le preparase otro julepe de menta, que le dolían una barbaridad las articulaciones de lo pesadas que nos poníamos.

En el avión a Europa, mientras contemplaba el Atlántico de noche y revivía conflictos pasados, me di cuenta de que echaba de menos a la tía Rose, y no sólo lo bueno de ella. Cuánto me habría gustado pasar una hora más en su compañía, aunque hubiera sido despotricando. Ahora que se había ido, me costaba creer que alguna vez me hubiera hecho dar un portazo o subir furibunda a mi cuarto, o que hubiera pasado tantas horas preciosas allí encerrada, empecinada en el silencio.

Con la servilleta de la compañía aérea, me sequé furiosa una lágrima que me

corría por la mejilla y me dije que los remordimientos eran una pérdida de tiempo. Sí, debería haberle escrito más cartas, y sí, debería haberla llamado más a menudo y haberle dicho que la quería, pero ya era demasiado tarde para todo eso. No podía borrar los pecados del pasado.

Además de la tristeza, otra sensación me reconcomía por dentro. ¿Un mal presentimiento? No necesariamente. Un mal presentimiento implica que algo malo va a suceder; mi problema era que no sabía si sucedería algo o no. Era perfectamente posible que ese viaje terminara en decepción, pero sabía que sólo podía culpar a una persona de meterme en semejante lío, y esa persona era yo.

Había crecido creyendo que heredaría la mitad de la fortuna de tía Rose, por eso no me había molestado en conseguir una propia. Mientras otras chicas de mi edad trepaban por el escurridizo poste de la vida profesional con sus uñas de manicura perfecta, yo sólo aceptaba trabajos que me gustaban, como dar clases en un campamento de Shakespeare, convencida de que tarde o temprano la herencia de tía Rose se ocuparía del creciente saldo deudor de mi tarjeta de crédito. Por eso, de pronto me encontraba con poco más que una esquivia reliquia familiar que una madre a la que apenas recordaba me había dejado en una tierra lejana.

Desde que abandoné la facultad, no había tenido vivienda fija: dormía en el sofá de alguno de mis colegas del movimiento antibelicista y me marchaba cuando me salía un cursillo de Shakespeare. No sé muy bien por qué, las obras del Bardo eran lo único que podía retener y, aunque lo intentaba, nunca me cansaba de *Romeo y Julieta*.

De vez en cuando daba clases a adultos, pero prefería a los niños, quizá porque estaba convencida de que yo les gustaba. Primero porque hablaban de los adultos como si yo no lo fuese. Me hacía feliz que me consideraran uno de ellos, aunque sabía que, en realidad, no era un piropo. Sólo significaba que sospechaban que tampoco yo había madurado y que, aun a mis veinticinco años, seguía siendo una adolescente que no sabía articular —o tal vez disimular— la poesía que le bullía en el alma.

El hecho de que fuese completamente incapaz de imaginar mi futuro no contribuía a mejorar mi trayectoria profesional. Cuando me preguntaban qué quería hacer con mi vida, no sabía qué contestar y, si intentaba verme al cabo de cinco años, lo único que visualizaba era un inmenso agujero negro. En los momentos de melancolía, interpretaba esa amenazadora oscuridad como una señal de que moriría joven y entendía que la razón por la que no lograba visualizar mi futuro era que no lo tenía. Mi madre había muerto joven, igual que mi abuela, la hermana de tía Rose. Por alguna razón, el destino se cebaba en nosotras y, siempre que me planteaba un compromiso a largo plazo, ya fuese una vivienda o un empleo, me echaba atrás en el último momento, atormentada por la idea de que no viviría para verlo materializarse.

Cada vez que volvía a casa por vacaciones de Navidad o de verano, tía Rose me

rogaba discretamente que me quedara con ella en lugar de proseguir con mi existencia sin rumbo.

—¿Sabes, Julie? —me decía mientras recogía las hojas muertas de una planta de interior o colgaba del árbol de Navidad un ángel detrás de otro—, siempre podrías volver aquí una temporada, mientras decides lo que quieres hacer con tu vida.

Sin embargo, por mucho que me tentara, sabía que no podía hacerlo. Janice ya se había independizado, ganaba dinero emparejando gente y tenía alquilado un apartamento de dos habitaciones con vistas a un lago artificial; volver a casa sería como admitir que me había vencido.

Claro que ahora todo eso había cambiado: regresar a casa de tía Rose ya no era posible. El mundo tal y como yo lo conocía pertenecía a Janice, y a mí no me quedaba más que el contenido de un sobre de papel manila. Sentada en el avión, mientras releía la carta de tía Rose y me tomaba un vino agriado en vaso de plástico, caí en la cuenta de lo sola que estaba ahora que ella se había ido y sólo me quedaba Umberto.

De pequeña, nunca se me había dado bien hacer amigos. En cambio, las amigas más íntimas de Janice no habrían cabido, ni a presión, en un autobús de dos pisos. Siempre que salía de noche con aquella panda risueña, tía Rose daba vueltas a mi alrededor un rato, nerviosa, fingiendo buscar la lupa o su lápiz de hacer crucigramas. Al final, terminaba sentándose a mi lado en el sofá, aparentemente interesada en mi lectura, aunque yo sabía que no lo estaba.

—Oye, Juliet —me decía, quitándome hilachas de los botones del pijama—, yo me entretengo muy bien sola. Si quieres salir con tus amigas...

La propuesta quedaba suspendida en el aire un rato, hasta que yo urdía una respuesta apropiada. Lo cierto era que no me quedaba en casa porque me diese pena tía Rose, sino porque no tenía interés en salir. Siempre que me dejaba arrastrar a algún bar, terminaba rodeada de cachitas y empollones que parecían creer que representábamos algún cuento de hadas en el que yo tendría que elegir a uno de ellos antes de que acabase la noche.

El recuerdo de tía Rose sentada a mi lado, pidiéndome con su habitual dulzura que viviera la vida, me produjo una punzada en el corazón. Mientras contemplaba taciturna el vacío exterior a través de la pringosa ventanilla del avión, me sorprendí preguntándome si quizá aquel viaje sería una especie de castigo por cómo la había tratado. Tal vez Dios iba a hacer que el avión se estrellase para darme mi merecido. O puede que me dejara llegar a Siena para descubrir, acto seguido, que otro se había apoderado ya del tesoro de la familia.

De hecho, cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que tía Rose jamás había mencionado el tema en vida porque todo aquello era una enorme chorrada. Puede que hubiera perdido la cabeza al final, en cuyo caso el supuesto tesoro podría

no ser más que una quimera. Además, aunque, contra todo pronóstico, hubiera habido algo verdaderamente valioso tras nuestra partida hacía más de veinte años, ¿qué posibilidad había de que aún siguiera allí? Teniendo en cuenta la densidad de población de Europa y el ingenio de la humanidad en general, me sorprendería mucho que aún quedara algo de queso en la trampa cuando yo llegara, si es que llegaba.

Lo único que lograba animarme durante ese interminable vuelo nocturno era que cada botellita de alcohol que me daban las sonrientes azafatas me alejaba más de Janice. Allí estaba ella, bailando por una casa que le pertenecía, riéndose de mi mala suerte sin saber que yo me iba a Italia, que la pobre anciana tía Rose me había enviado a la caza de la gallina de los huevos de oro. Al menos podía alegrarme por eso, ya que, si mi viaje no resultaba en la recuperación de algo significativo, prefería no tenerla cerca para mofarse de mí.

Aterrizamos en Frankfurt en un día medio soleado, y yo me bajé del avión con mis chanclas, los ojos hinchados y un pedazo de *strudel* aún atascado en la garganta. Mi vuelo de enlace a Florencia aún tardaría un par de horas en salir, así que, en cuanto crucé la puerta, me tumbé sobre tres asientos y cerré los ojos, con la cabeza apoyada en mi bolso de macramé, demasiado cansada para preocuparme por si alguien se llevaba el resto.

En algún punto entre el sueño y la vigilia, noté que alguien me tocaba el brazo. —*Ahí, ahí...* —dijo una voz perfumada de café y tabaco—, *mi scusi!*

Al abrir los ojos, vi que la mujer sentada a mi lado se afanaba en sacudirme las migas de la manga. Mientras echaba una cabezadita, la zona de embarque se había llenado a mi alrededor, y la gente me miraba como se mira a un indigente, con una mezcla de desdén y compasión.

—No se preocupe —dije incorporándome—. Voy hecha un asco de todas formas.

—¡Toma! —Me ofreció medio cruasán, tal vez a modo de compensación—. Seguro que tienes hambre.

La miré, sorprendida de su amabilidad.

—Gracias.

Calificar a aquella mujer de elegante habría sido un burdo eufemismo. Todo lo llevaba a juego; no sólo el lápiz de labios y la laca de uñas, sino también los escarabajos dorados que adornaban sus zapatos, su bolso y el alegre sombrerito asentado en lo alto de su pelo impecablemente teñido. Sospechaba —y su sonrisa coqueta lo confirmaba— que aquella mujer tenía motivos de sobra para estar satisfecha de sí misma. Probablemente millonaria —o casada con uno—, parecía no tener una sola preocupación en la vida, salvo la de enmascarar su alma madura con un cuerpo cuidadosamente conservado.

—¿Vas a Florencia? —preguntó con un fuerte acento absolutamente encantador

—. ¿A ver todas las llamadas obras de arte?

—A Siena, en realidad —respondí con la boca llena—. Nací allí, pero no he vuelto desde entonces.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. Pero ¡qué raro! ¿Por qué no has vuelto?

—Es una larga historia.

—Cuéntamela. Cuéntamelo todo. —Al verme titubear, me tendió la mano—. Lo siento, qué cotilla soy. Me llamo Eva María Salimbeni.

—Julie..., Giulietta Tolomei.

Casi se cae de la silla.

—¿Tolomei? ¿Te apellidas Tolomei? No, ¡no me lo puedo creer! ¡Es imposible! Espera..., ¿en qué asiento estás? Sí, en el vuelo. Déjame verlo... —Le echó un vistazo a mi tarjeta de embarque, luego me la arrebató de la mano—. ¡Un momento! ¡Quédate ahí!

La vi acercarse garbosa al mostrador y me pregunté si ése sería un día normal en la vida de Eva María Salimbeni. Me figuré que intentaba cambiar las plazas para que pudiéramos sentarnos juntas durante el vuelo y, a juzgar por su sonrisa al volver, lo había conseguido.

—*E voilà!* —Me entregó una nueva tarjeta de embarque y, en cuanto la vi, tuve que contener una sonrisa de satisfacción. Lógicamente, para que pudiéramos seguir hablando, yo tendría que pasar a preferente.

Ya en el aire, a Eva María no le costó mucho sonsacarme la historia. Los únicos detalles que omití fueron mi doble identidad y el posible tesoro de mi madre.

—¿Así que vas a Siena a ver... el Palio? —dijo al fin, ladeando la cabeza.

—¿El qué?

Mi pregunta le provocó un aspaviento.

—¡El Palio! La carrera de caballos. Siena es famosa por la carrera de caballos del Palio. ¿El mayordomo de tu tía, el astuto Alberto, no te habló nunca de ella?

—Umberto —la corregí—. Sí, supongo que sí, pero no sabía que aún se celebrara. Cuando me habló de ello, me sonó a algo medieval, con caballeros de resplandeciente armadura y todo eso.

—La historia del Palio —asintió Eva María— se remonta a la mismísima... —tuvo que buscar la palabra adecuada en inglés— oscuridad de la Edad Media. Ahora la carrera se hace en el Campo, delante del ayuntamiento, y los jinetes son profesionales. Sin embargo, en los primeros tiempos, se cree que los jinetes eran nobles en sus caballos de batalla, y que cabalgaban desde el campo hasta la ciudad para terminar delante de la catedral de Siena.

—Suena dramático —dije, aún perpleja ante su efusiva amabilidad, aunque quizá se creyera en la obligación de educar a los desconocidos sobre Siena.

—¡Ah! —Eva María puso los ojos en blanco—. Es el mayor drama de nuestras

vidas. Durante meses y meses, el pueblo de Siena no habla de otra cosa más que de caballos, rivales y tratos con tal o cual jinete. —Meneó la cabeza de un modo encantador—. Es lo que llamamos una *dolce pazzia*..., una dulce locura. En cuanto lo vivas, no querrás marcharte.

—Umberto siempre dice que lo de Siena no se puede explicar —señalé, deseando de pronto que estuviese conmigo, escuchando a aquella fascinante mujer—. Hay que estar allí y oír los tambores para entenderlo.

Eva María sonrió benigna, como una reina piropeada.

—Umberto dice bien. Tienes que sentirlo... —alargó una mano y me la llevó al pecho— aquí. —Si hubiera venido de cualquier otra persona, el gesto me habría parecido de lo más impropio, pero Eva María era de esas personas que podían hacer lo que se les antojara.

Mientras la azafata nos servía otra copa de champán, mi nueva amiga siguió hablándome de Siena.

—... así que no te metas en líos. —Me guiñó un ojo—. Los turistas siempre se meten en líos. No se dan cuenta de que Siena no es sólo Siena, sino que la ciudad contiene diecisiete distritos diferentes (las contradas), con su propio territorio, sus magistrados y su escudo. —Eva María brindó conmigo, conspiradora—. Si dudas, echa un vistazo a las esquinas de las casas. Los pequeños letreros de porcelana te dirán en qué contrada estás. Tu familia, los Tolomei, pertenece a la de la Lechuza y vuestros aliados son la del Águila, la del Erizo y... las otras se me olvidan. Para la gente de Siena, todo gira en torno a esas contradas, a esos barrios; son tus amigos, tus vecinos, tus aliados y también tus rivales. Todos los días del año.

—Entonces, mi contrada es la de la Lechuza —dije, divertida, porque Umberto alguna vez me había llamado «lechuza gruñona» cuando estaba de mal humor—. ¿Cuál es la suya?

Por primera vez desde el comienzo de nuestra conversación, Eva María miró hacia otro lado, incomodada por mi pregunta.

—Yo no tengo —contestó con desdén—. Mi familia fue desterrada de Siena hace cientos de años.

Mucho antes de que aterrizásemos en Florencia, Eva María empezó a insistir en llevarme en coche a Siena. Le pillaba de camino a su casa en Val d'Orcia, me explicó, y no le suponía ningún trastorno. Le dije que no me importaba coger el autobús, pero obviamente ella no era de las que confían en el transporte público. —*Dio santo!* —exclamó al ver que me obstinaba en rechazar su amable oferta—. ¿Por qué te empeñas en esperar un autobús que aparece cuando quiere si puedes venir conmigo y disfrutar de un agradable viaje en el coche nuevo de mi ahijado? —Consciente de que ya casi me había convencido, sonrió de un modo encantador y remató la faena—. Giuletta, me entristecería mucho que no pudiésemos seguir hablando un poco más.

—Así que pasamos la aduana cogidas del brazo. El agente, que apenas miró mi pasaporte, le echó el ojo un par de veces al escote de Eva María. Luego, mientras yo rellenaba un puñado de formularios de colores para reclamar mi equipaje extraviado, Eva María, de pie a mi lado, estuvo golpeteando el suelo con sus Gucci de salón hasta que el encargado del equipaje le juró que él mismo recuperaría mis dos maletas de cualquier parte del mundo adonde hubieran ido a parar y, a la hora que fuese, las llevaría a Siena para dejarlas en el hotel Chiusarelli. Sólo le faltó anotarle la dirección con su lápiz de labios y metérsela en el bolsillo.

—¿Ves, Giulietta? —me dijo mientras salíamos juntas del aeropuerto, tirando únicamente de su minúsculo *trolley*—, un cincuenta por ciento es lo que *ven* y otro cincuenta lo que *creen ver*. ¡Ah...! —Saludó emocionada al conductor de un sedán negro estacionado en doble fila—. ¡Allí está! Bonito coche, ¿verdad? —Me dio un codazo al tiempo que me guiñaba un ojo—. Es un modelo nuevo.

—¿Ah, sí? —comenté por cortesía.

Los coches nunca me habían apasionado, más que nada porque siempre venían con un tío dentro. Janice, en cambio, podría haberme dicho la marca y el modelo del vehículo en cuestión, y seguro que habría añadido que tenía pendiente hacérselo con el dueño de uno, aparcados en un paraje inolvidable de la costa de Amalfi. Huelga decir que su lista de tareas pendientes nada tenía que ver con la mía.

Sin ofenderse mucho por mi falta de entusiasmo, Eva María se arrimó aún más a mí para susurrarme al oído:

—No digas nada, ¡quiero darle una sorpresa! Mira..., ¿a que es guapísimo? —Rio encantada y se dirigió, conmigo del brazo, hacia el hombre que salía del coche—. *Ciao, Sandro!*

Él rodeó el vehículo para saludarnos.

—*Ciao, madrina!* —La besó en ambas mejillas y no le importó que ella le pasara orgullosa la zarpa por el pelo oscuro—. *Bentornata.*

Eva María tenía razón. Su ahijado no sólo era pecaminosamente agradable de ver, sino que además iba vestido para matar y, aunque yo no era experta en el comportamiento femenino, sospechaba que no le faltaban víctimas bien dispuestas.

—Alessandro, quiero presentarte a alguien. —A Eva María le costaba ocultar su entusiasmo—. Ésta es mi nueva amiga, nos hemos conocido en el avión. Se llama Giulietta Tolomei. ¿Te lo puedes creer?

Alessandro se volvió para mirarme con sus ojos del color del romero seco, unos ojos que habrían hecho a Janice bailotear por la casa en ropa interior, canturreándole a un cepillo reconvertido en micrófono. —*Ciao!* —dije, al tiempo que me preguntaba si me besaría a mí también.

Pero no. Alessandro me miró las trenzas, los bermudas sueltos y las chanclas, luego forzó una sonrisa y dijo algo en italiano que no entendí.

—Lo siento —me disculpé—, pero no...

Tan pronto como se percató de que, además de mi descuidado aspecto, ni siquiera hablaba italiano, el ahijado de Eva María perdió todo interés en mi persona. En vez de traducir lo que había dicho, se limitó a preguntar:

—¿No hay equipaje?

—Un montón, pero, por lo visto, se lo han llevado a Verona.

Al poco iba sentada en el asiento trasero de su coche, al lado de Eva María, visualizando a toda velocidad el esplendor florentino. En cuanto me convencí de que el lúgubre silencio de Alessandro no era más que una consecuencia de su escaso conocimiento de mi idioma —¿por qué me preocupaba?—, noté que bullía en mí un renovado entusiasmo. Allí andaba yo, de vuelta en el país que me había vomitado dos veces, infiltrándome con éxito en la clase más chic. Estaba deseando llamar a Umberto para contárselo todo.

—Entonces, Giulietta —dijo Eva María, recostándose al fin en el asiento—, tendré cuidado de no decirle a muchas personas quién eres.

—¿Yo? —Casi me eché a reír—. ¡Si yo no soy nadie!

—¿Nadie? ¡Eres una Tolomei!

—Si acaba de decirme que los Tolomei vivieron hace mucho tiempo.

Eva María me puso el dedo índice en la nariz.

—No subestimes el poder de lo sucedido hace mucho tiempo. Ésa es la tragedia del hombre moderno. Te aconsejo que, dado que procedes del Nuevo Mundo, escuches más y hables menos. Aquí es donde nació tu alma. Créeme, Giulietta, habrá personas para las que sí serás alguien.

Miré al espejo retrovisor y descubrí que Alessandro me observaba con los ojos fruncidos. Por el idioma o lo que fuera, obviamente no compartía la fascinación de su madrina hacia mí, pero era demasiado educado para manifestar su opinión, de modo que toleraba mi presencia en su coche siempre y cuando no sobrepasara los límites de la humildad y la gratitud.

—Tus antepasados, los Tolomei —prosiguió Eva María, ajena a las malas vibraciones—, fueron una de las familias más ricas y poderosas de la historia de Siena. Eran banqueros, ¿sabes?, y siempre estaban en guerra con nosotros, los Salimbeni, por demostrar quién tenía mayor influencia en la ciudad. Su enemistad era tal que, en la Edad Media, se quemaron las casas unos a otros, y se mataron a los hijos mientras los pequeños dormían.

—¿Eran enemigos? —pregunté como una estúpida.

—¡Ah, sí! ¡De la peor clase! ¿Crees en el destino? —Eva María me cubrió una mano con la suya y me la apretó—. Yo sí. Entre nuestras casas, la de los Tolomei y la de los Salimbeni, hubo una rivalidad ancestral, sangrienta... Si estuviésemos en la Edad Media, no nos soportaríamos. Como los Capuleto y los Montesco de *Romeo* y

Giulietta. —Me miró de forma significativa—. Dos casas de igual dignidad, en la hermosa Siena, donde se sitúa la acción... ¿Conoces la obra? —Me limité a asentir con la cabeza, demasiado aturdida para más. Ella me dio una palmadita tranquilizadora en la mano—. No te preocupes, estoy convencida de que tú y yo, con nuestra nueva amistad, enterraremos por fin esa rivalidad. Por eso... —Se volvió bruscamente en el asiento—. ¡Sandro!, cuento contigo para que te asegures de que Giulietta está a salvo en Siena. ¿Me oyes?

—La señorita Tolomei jamás estará a salvo en ninguna parte —respondió Alessandro sin apartar la vista de la carretera—. De nadie.

—¿Qué forma de hablar es ésa? —lo reprendió Eva María—. Es una Tolomei, y es nuestro deber protegerla.

Alessandro me miró por el retrovisor y me dio la impresión de que veía más de mí que yo de él.

—Tal vez no quiere que la protejamos. —Por el modo en que lo dijo, supe que era un desafío, y supe también que, a pesar de su acento, se defendía muy bien en mi idioma, con lo que debía de tener otros motivos para dedicarme únicamente monosílabos.

—Agradezco de verdad ese favor —dije exhibiendo mi mejor sonrisa—, pero estoy convencida de que Siena es un lugar muy seguro.

Alessandro aceptó el cumplido con un leve cabeceo.

—¿Qué la trae por aquí? ¿Negocios o placer?

—Pues... placer, supongo.

Eva María batió palmas emocionada.

—¡Entonces nos encargaremos de que Siena no te desilusione! Alessandro conoce todos los secretos de la ciudad, ¿verdad, caro? Él te llevará a sitios, a lugares maravillosos que jamás encontrarías tú sola. ¡Ay, qué bien lo vas a pasar!

Abrí la boca para hablar, pero no se me ocurrió qué decir, así que volví a cerrarla. A juzgar por lo ceñudo de su gesto, resultaba bastante obvio que pasearme por Siena era lo último que a Alessandro le apetecía hacer esa semana. —¡Sandro! —prosiguió Eva María con mayor severidad—. Te vas a encargar de que Giulietta se divierta, ¿no?

—No puedo imaginar una dicha mayor —respondió Alessandro encendiendo la radio.

—¿Ves? —espetó Eva María pellizcando mi sonrosada mejilla—. ¿Qué sabría Shakespeare? Ahora somos amigos.

Fuera, el mundo era un viñedo, y el cielo se suspendía sobre el paisaje a modo de azulado manto protector. Yo había nacido allí y, sin embargo, me sentía como una extraña, una intrusa que se había colado por la puerta de atrás para reclamar algo que jamás le había pertenecido.

Cuando al fin nos detuvimos a la puerta del hotel Chiusarelli, me sentí aliviada. Eva María había sido muy amable durante todo el viaje, contándome esto y aquello de Siena, pero me costaba mantener una conversación civilizada después de haber pasado la noche en vela y haber perdido el equipaje.

Todo cuanto tenía estaba en esas maletas. Básicamente había empaquetado mi infancia entera tras el funeral de tía Rose y había dejado la casa a medianoche, en un taxi, con la risa triunfante de Janice resonándome aún en los oídos. En ellas había toda clase de ropa, libros y trastos, pero ahora todo eso estaba en Verona, y yo estaba atrapada en Siena con poco más que un cepillo de dientes, media barrita de cereales y un par de tapones para los oídos.

Tras aparcar sobre la acera a la entrada del hotel y abrirme la puerta del coche, Alessandro me acompañó hasta el vestíbulo. Obviamente no le apetecía hacerlo, y a mí no me hizo gracia, pero Eva María nos observaba desde el asiento trasero del coche, y yo ya había descubierto que era de esas mujeres a las que les gusta salirse con la suya.

—Pase, por favor —dijo Alessandro, sujetándome la puerta.

No podía hacer otra cosa más que entrar en el hotel Chiusarelli. El edificio me recibió con una fría serenidad, con su techo alto sostenido por columnas de mármol y, muy tenuemente, desde algún lugar bajo nuestros pies, el sonido de alguien que cantaba y el entrechocar de cazuelas y sartenes.

—*Buongiorno!* —Un hombre egregio, vestido con un traje de tres piezas, se alzó tras el mostrador de recepción, con una plaquita de bronce en la que decía que era el *direttore* Rossini—. *Benvenu...*, ¡ah! —se interrumpió al ver a Alessandro—. *Benvenuto, capitano.*

Apoyé las manos en el mármol verde y esboqué una sonrisa cautivadora, o eso esperaba.

—Hola. Me llamo Giulietta Tolomei. Tengo una reserva. Perdona un segundo... —Me volví hacia Alessandro—. Ya está. Aquí estoy a salvo.

—Lo lamento mucho, *signorina* —señaló el director Rossini—, pero no tengo ninguna reserva con ese nombre.

—Oh, pero si estoy segura de... ¿Es eso un problema?

—¡Es el Palio! —exclamó alzando los brazos desesperado—. ¡El hotel está completo! Pero... —dio unos golpecitos en la pantalla del ordenador— aquí tengo anotada una reserva con tarjeta de crédito a nombre de Juliet Jacobs. Una semana para una persona. Con llegada hoy de Estados Unidos. ¿Podría ser usted?

Miré a Alessandro. Él me devolvió la mirada con absoluta indiferencia.

—Sí, soy yo —contesté.

El director Rossini se mostró sorprendido.

—¿Es usted Juliet Jacobs y Giulietta Tolomei?

—Bueno... sí.

—Pero... —El director Rossini se hizo a un lado para ver mejor a Alessandro, arqueando las cejas a modo de cortés interrogante—. *Ce un problema?*

—*Nessun problema* —respondió Alessandro, mirándonos a los dos con lo que sólo podía ser un gesto deliberadamente inexpresivo—. Señorita Jacobs, disfrute de su estancia en Siena.

El ahijado de Eva María desapareció en un pispas y de pronto me vi a solas con el director Rossini y un incómodo silencio. Hasta que no hube rellenado todos y cada uno de los formularios que me puso delante, el director del hotel no se dignó sonreír.

—¿Así que es usted amiga del capitán Santini?

Miré a mi espalda.

—¿Se refiere al hombre que acaba de irse? No, no somos amigos. ¿Es así como se llama? ¿Santini?

El director Rossini sin duda me consideraba lerda.

—Se llama *capitán* Santini. Es el..., ¿cómo se dice?... El jefe de seguridad de Monte del Paschi, en el palazzo Salimbeni.

Debí de parecerle angustiada, porque el director Rossini se apresuró a tranquilizarme.

—No se preocupe, no hay delincuencia en Siena. Es una ciudad muy tranquila. Una vez tuvimos un delincuente... —rio para sí mientras tocaba el timbre del botones —, ¡pero ya nos ocupamos de él!

Llevaba horas deseando tirarme en la cama pero, cuando por fin pude hacerlo, en lugar de tumbarme, me sorprendí paseando nerviosa por la habitación, rumiando la posibilidad de que Alessandro Santini hiciera una búsqueda de mi nombre y destapara mi turbio pasado. Lo último que necesitaba era que alguien de Siena sacara a relucir el viejo expediente de Juliet Jacobs, descubriese mi debacle romana y pusiera fin a mi búsqueda del tesoro.

Poco después, cuando llamé a Umberto para decirle que había llegado bien, debió de notármelo en la voz, porque supo en seguida que algo había ido mal.

—No es nada —lo tranquilicé—. Sólo que un tipo estirado vestido de Armani ha descubierto que tengo dos nombres.

—Pero es italiano —fue la respuesta sensata de Umberto—. A ellos les da igual que incumplas un poco la ley mientras lleves unos zapatos bonitos. ¿Llevas unos zapatos bonitos? ¿Los que te regalé? ¿Principessa...?

Me miré las chanclas.

—Creo que la he cagado.

Al meterme en la cama esa noche me asaltó un sueño recurrente que no tenía desde hacía meses pero que había formado parte de mi vida desde mi infancia. En el sueño, caminaba por un espléndido castillo con los suelos de mosaico y unos techos

catedralicios sostenidos por inmensos pilares de mármol, abría una puerta dorada tras otra y me preguntaba dónde estaba. La única luz procedía de unas estrechas vidrieras situadas muy por encima de mi cabeza, y los rayos de luz coloreados apenas iluminaban los oscuros rincones a mí alrededor.

Mientras recorría las vastas estancias, me sentía como una niña perdida en el bosque, y me frustraba que, aunque percibía la presencia de otros, éstos nunca se me mostraran. Si me paraba, los oía susurrar y pulular como fantasmas, pero, si de verdad eran seres etéreos, estaban tan atrapados como yo, buscando una salida.

Hasta que no leí la obra en el instituto, no descubrí que aquellos demonios invisibles susurraban fragmentos del *Romeo y Julieta* de Shakespeare, no como los recitaría un actor, sino mascullándolos con serena intensidad, como si se tratase de un ensalmo. O una maldición.

I. III

Julietta despertará en tres horas.

Hicieron falta las campanadas de la basílica del otro lado de la *piazza* para despertarme. Dos minutos después, el director Rossini llamó a mi puerta como si supiese que no podía seguir durmiendo con aquel alboroto.

—¡Con permiso! —Sin esperar una invitación, metió una enorme maleta en mi cuarto y la colocó en el reposamaletas vacío—. Anoche llegó esto para usted.

—¡Espere! —Solté la puerta y me cubrí lo mejor que pude con el albornoz del hotel—. Esa maleta no es mía.

—Lo sé. —Se sacó el pañuelo del bolsillo de la pechera y se secó el sudor de la frente—. Es de la *contessa* Salimbeni. Tome, le ha dejado una nota.

La cogí.

—¿Qué es una *contessa*?

—No acostumbro a llevar yo los equipajes —dijo el director Rossini muy digno—, pero, tratándose de la condesa...

—¿Me presta ropa? —espeté, mirando atónita la nota manuscrita de Eva María—. ¿Y zapatos?

—Hasta que llegue su equipaje. Ahora está en Frittoli.

Con su exquisita caligrafía, Eva María preveía que su ropa quizá no me quedase perfecta, pero concluía que era mejor que andar por ahí desnuda.

Según examinaba uno a uno los artículos de la maleta, me alegré de que Janice no pudiera verme. El hogar de nuestra infancia no era lo bastante grande para dos obsesas de la moda, así que yo —para exasperación de Umberto— me había propuesto ser todo lo contrario. En clase, Janice acaparaba los elogios de las compañeras cuyas vidas se regían por los nombres de los grandes diseñadores, mientras que cualquier admiración que yo pudiera despertar procedía de chicas que habían visitado las tiendas de saldos pero no habían tenido el talento suficiente para comprar lo que yo compraba, ni el valor para combinarlo. No es que me disgustara la ropa de moda, es que no quería darle a Janice la satisfacción de pensar que me preocupaba mi aspecto porque, hiciera lo que hiciese, ella siempre me superaba.

Cuando dejamos la universidad, yo ya tenía mi propia imagen: un diente de león en el arriate de la sociedad. Muy guay, pero no por ello menos hierbajo. Cuando tía Rose puso nuestras fotos de graduación sobre el piano de cola, sonrió con tristeza al observar que todas las clases que había recibido parecían haberme convertido en la perfecta antítesis de Janice.

En otras palabras, la ropa de diseño de Eva María no era en absoluto mi estilo.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Tras mi conversación con Umberto la noche anterior, había decidido jubilar mis chanclas y prestar más atención a mi bella figura. A fin de cuentas, sólo me faltaba que Francesco Maconi, el asesor financiero de mi madre, no me juzgara digna de confianza. Así que me probé las prendas de Eva María una por una, volviéndome de este lado y del otro delante del espejo del armario hasta que di con la menos escandalosa —un traje de minifalda ajustadísima y chaqueta en rojo chillón con unos grandes topes negros—, que me hacía parecer recién salida de un Jaguar cargada con cuatro maletas a juego y un perrito llamado *Bijoux*. Mejor aún, me daba el aspecto de una de esas mujeres que acostumbraban a desayunar reliquias familiares y asesores financieros.

Además, llevaba unos zapatos a juego.

Para llegar al palazzo Tolomei, según me había explicado el director Rossini, debía subir por la via del Paradiso o bajar por la via della Sapienza. Las dos calles estaban prácticamente cerradas al tráfico —como la mayoría de las del centro de Siena—, pero Sapienza, me había advertido, podía ser algo peligrosa y, en general, Paradiso era probablemente la ruta más segura.

Mientras bajaba por la via della Sapienza, las fachadas de las casas antiguas me iban cerrando el paso, y pronto me vi atrapada en un laberinto de siglos pasados, fruto de una forma de vida pretérita. Por encima de mí, una cinta de cielo azul cruzada de banderines de colores luminosos que contrastaban fuertemente con el ladrillo medieval, pero, aparte de eso —y de algún que otro par de vaqueros secándose en alguna ventana—, no había casi nada que vinculase aquel lugar a la modernidad.

El mundo se había desarrollado a su alrededor, pero a Siena no le importaba. El director Rossini me había dicho que la época dorada de los sieneses había sido el final de la Edad Media y, a medida que iba avanzando, pude ver que tenía razón; la ciudad se aferraba a su yo medieval con una terca indiferencia por los atractivos del progreso. Había toques del Renacimiento por aquí y por allá, pero, en general —me había dicho el director del hotel con una risita— Siena había sido demasiado astuta para dejarse seducir por los encantos de los *playboys* de la historia, los llamados «maestros», que convertían las casas en pasteles de varios pisos. En consecuencia, lo más hermoso de Siena era su integridad; incluso ahora, en un mundo al que le daba todo igual, seguía siendo Sena Vetus Civitas Virginis, o la antigua Siena, Ciudad de la Virgen. Sólo por esa razón, había concluido Rossini, con todos los dedos plantados en el mostrador de mármol verde, era el único lugar del planeta en el que merecía la pena vivir.

—¿En qué otros lugares ha vivido? —le había preguntado yo sin malicia.

—Estuve en Roma dos días —me había respondido muy digno—. ¿Quién quiere más? Si le da un bocado a una manzana podrida, ¿sigue usted comiendo?

Tras sumergirme en los callejones silenciosos, terminé apareciendo en una

bulliciosa calle peatonal. Conforme a las indicaciones que había recibido, se trataba del Corso, y el director Rossini me había explicado que era famosa por los múltiples bancos antiguos que solían servir a los forasteros que hacían la vieja ruta de peregrinaje y que pasaban por la ciudad. A lo largo de los siglos, millones de personas habían viajado por Siena, y muchos tesoros y monedas extranjeros habían cambiado de manos allí. En otras palabras, que el constante flujo de turistas de nuestros días no era más que la continuación de una antigua tradición muy rentable.

Así había sido como mis antepasados, los Tolomei, se habían enriquecido, me había indicado Rossini, y como sus rivales, los Salimbeni, se habían enriquecido más aún. Eran comerciantes y banqueros, y sus *palazzos* fortificados habían flanqueado aquella misma carretera —la principal vía pública de Siena— con torres altísimas que habían ido creciendo más y más hasta que al final ambas habían caído.

Al pasar por el palazzo Salimbeni, busqué en vano restos de la antigua torre. Seguía siendo un edificio impresionante con una puerta principal propia del castillo del mismísimo Drácula, pero ya no era la fortificación que había sido en su día. En algún lugar de aquel edificio, pensé mientras lo dejaba atrás, tenía su despacho Alessandro, el estirado ahijado de Eva María. Con un poco de suerte, no estaría en ese mismo momento registrando algún archivo policial en busca del turbio secreto de Juliet Jacobs.

Algo más adelante, aunque no mucho, estaba el palazzo Tolomei, la antigua morada de mis antepasados. Levanté la vista hacia la espléndida fachada medieval y, de pronto, me sentí orgullosa de estar emparentada con las personas que en su día habían vivido en tan destacado edificio. Al parecer, no había cambiado mucho desde el siglo XIV; el único indicio de que los poderosos Tolomei se habían marchado y un banco moderno había ocupado su lugar eran los carteles publicitarios que colgaban de las ventanas interiores, con sus coloridas promesas fragmentadas por los barrotes de hierro.

El interior del edificio no era menos sobrio que el exterior. Un guardia de seguridad se acercó para sujetarme la puerta mientras entraba, con toda la gentileza que le permitía el rifle semiautomático que llevaba en brazos, pero yo estaba demasiado absorta en lo que me rodeaba para reparar en su uniformada delicadeza. Seis pilares titánicos de ladrillo rojo sostenían el altísimo techo, sobrehumanamente alto, y aunque había mostradores, sillas y personas moviéndose por el vasto suelo de piedra, éstos ocupaban tan poco espacio que las cabezas de león blancas que sobresalían de las antiguas paredes parecían ignorar por completo su presencia.

—¿Sí? —La cajera me miró por encima de la montura de sus modernas gafas, tan pequeñas que difícilmente podían transmitir más que una diminuta porción de la realidad.

Me incliné un poco hacia delante, por favorecer la intimidad.

—Me gustaría hablar con el signor Francesco Maconi.

La cajera logró enfocarme con sus gafas, pero lo que vio no pareció convencerla.

—Aquí no hay ningún signor Francesco —declaró con firmeza y con un fuerte acento.

—¿Ningún Francesco Maconi?

Llegadas a ese punto, la cajera consideró necesario quitarse las gafas, plegarlas con cuidado sobre el mostrador y mirarme con una de esas sonrisas extraordinariamente afables que suelen dedicarte justo antes de clavarte una jeringuilla en el cuello.

—No.

—Pero trabajaba aquí... —No seguí porque su compañera del cubículo contiguo se inmiscuyó en la conversación susurrándole algo en italiano.

Al principio, mi desagradable cajera la hizo callar con un gesto de enfado, pero después lo pensó mejor.

—Perdóneme —dijo al fin, inclinándose para captar mi atención—, ¿se refiere usted al *presidente* Maconi?

Sentí una punzada de emoción.

—¿Trabajaba aquí hace veinte años?

Me miró horrorizada.

—¡El presidente Maconi siempre ha estado aquí!

—¿Podría hablar con él? —le sonreí con dulzura, aunque no se lo merecía—. Es un viejo amigo de mi madre, Diane Tolomei. Soy Giulietta Tolomei.

Las dos mujeres se me quedaron mirando como si fuese una aparición. Sin mediar palabra, la cajera que había querido despacharme volvió a ponerse las gafas torpemente sobre la nariz, hizo una llamada y mantuvo una conversación en un italiano sumiso y rastroso. Al terminar, colgó con aire reverente y se volvió hacia mí exhibiendo algo muy parecido a una sonrisa.

—La recibirá después de comer, a las tres en punto.

Comí por primera vez desde mi llegada a Siena en una bulliciosa pizzería llamada Cavallino Bianco. Mientras estaba allí sentada, fingiendo leer el diccionario de italiano que acababa de comprarme, empecé a darme cuenta de que iba a necesitar algo más que un traje prestado y unas cuantas frases útiles para ponerme a la altura de los sieneses. Las mujeres que me rodeaban, sospeché observando furtivamente sus sonrisas y sus gestos exuberantes mientras bromeaban con el apuesto camarero Giulio, poseían algo que yo nunca había tenido, una habilidad que no conseguía recordar, pero que debía de ser un componente esencial de ese esquivo estado de ánimo, la felicidad.

Sintiéndome más torpe y descolocada que nunca, proseguí mi paseo y me detuve a tomar un *espresso* de pie en un bar de la piazza Postierla. Allí le pregunté a la

exuberante camarera si podía recomendarme una tienda de ropa barata en el barrio (en la maleta de Eva María, por suerte, no había ropa interior). Ignorando por completo a sus otros clientes, la camarera me miró de arriba abajo con escepticismo y espetó:

—Lo quieres todo nuevo, ¿verdad? ¿El peinado, la ropa...?

—Pues...

—Tranquila, mi primo es el mejor peluquero de Siena, puede que del mundo. Te pondrá guapa. ¡Ven!

Tras cogirme del brazo e insistir en que la llamase Malena, la camarera me llevó de inmediato a ver a su primo Luigi, a pesar de que era la hora del café y los clientes le gritaron desesperados al verla marchar. Ella se encogió de hombros y rio, consciente de que seguirían babeando todos por ella cuando volviera, quizá incluso más que antes, después de su ausencia.

Luigi estaba barriendo los pelos del suelo cuando entramos en su peluquería. No era mayor que yo, pero tenía la mirada penetrante de un Michelangelo. Sin embargo, al mirarme a mí, no se mostró impresionado. —*Ciao, caro* —dijo Malena pellizcándole ambas mejillas—, ésta es Giulietta. Necesita una transformación *totale*.

—Bueno, sólo las puntas —intervine—. Un par de dedos.

Fue precisa una acalorada discusión en italiano —que me alivió no entender— para que Malena persuadiera a Luigi de que aceptase mi penoso caso. Sin embargo, una vez lo hizo, se tomó muy en serio el desafío. En cuanto Malena salió de la peluquería, Luigi me sentó en un sillón y estudió mi imagen en el espejo, girándome a un lado y a otro para comprobar todos los ángulos. Luego me quitó las gomas de las trenzas y las tiró directamente a la papelera con cara de asco.

—*Bene...* —dijo al fin, ahuecándose el pelo y volviendo a mirarme en el espejo, algo menos crítico que antes—. No está mal, ¿no?

Cuando volví caminando al palazzo Tolomei dos horas más tarde, me había endeudado aún más, pero no me arrepentía ni de un sólo céntimo del crédito. El traje rojo y negro de Eva María iba bien doblado al fondo de la bolsa de compras, con los zapatos a juego encima, y yo llevaba uno de mis cinco conjuntos nuevos, todos ellos aprobados por Luigi y su tío Paolo, que casualmente tenía una tienda de ropa a la vuelta de la esquina. Tío Paolo, que no hablaba una palabra de inglés pero lo sabía todo de moda, me había hecho un treinta por ciento de descuento en toda la compra con la condición de que no volviera a ponerme el disfraz de mariquita.

Yo había protestado al principio, explicándole que mi equipaje llegaría en cualquier momento, pero al final la tentación había sido demasiado grande. ¿Qué más daba que las maletas me estuvieran esperando cuando regresara al hotel? De todas formas, no llevaba nada en ellas que pudiera ponerme en Siena, salvo quizá los zapatos que Umberto me había regalado por Navidad y que ni siquiera me había

probado nunca.

Al salir de la tienda iba mirándome en todos los escaparates por los que pasaba. ¿Por qué no lo había hecho antes? Desde el instituto, me cortaba el pelo en casa — sólo las puntas— cada dos años o así con unas tijeras de cocina. Me llevaba unos cinco minutos y, la verdad —pensaba yo—, ¿quién iba a notar la diferencia? De pronto la veía yo. De algún modo, Luigi había logrado dar vida a mi aburrido pelo de siempre, que ya saboreaba su recién adquirida libertad ondeando al viento mientras caminaba y enmarcando mi rostro como si fuese digno de enmarcar.

De niña, tía Rose me llevaba al barbero del pueblo cuando le parecía y, por lo general, tenía la sensatez de no llevarnos a Janice y a mí a la vez. Sólo en una ocasión terminamos sentadas la una al lado de la otra y, mientras estábamos allí instaladas, haciéndonos muecas en los grandes espejos, el viejo barbero sostuvo en alto nuestras coletas y dijo:

—¡Vaya!, una tiene pelo de oso y la otra de princesa.

Tía Rose no le replicó. Se había sentado allí, en silencio, y esperaba a que terminase. Cuando terminó, le pagó y le dio las gracias con aquella voz entrecortada tan suya, luego nos sacó a rastras por la puerta como si hubiésemos sido nosotras, y no el barbero, las que se hubiesen portado mal. Desde ese día, Janice no había perdido una ocasión de piropoear mi precioso pelo de oso.

El recuerdo casi me hizo llorar. Allí estaba yo, la mar de guapa, ahora que tía Rose se encontraba en un lugar desde el que no podía alegrarse de que por fin hubiese salido de mi capullo de macramé. La habría hecho muy feliz verme así —una sola vez—, pero yo estaba demasiado empeñada en que Janice no lo hiciera jamás.

El presidente Maconi era un hombre galante de sesenta y tantos años, vestido con un traje y una corbata de tonos suaves, y con una asombrosa habilidad para cubrirse la coronilla con los pelos largos de un solo lado de la cabeza. En consecuencia, su porte era de rígida dignidad, pero sus ojos albergaban una auténtica ternura que anulaba de inmediato lo ridículo.

—¿Señorita Tolomei? —Cruzó la sala principal del banco para estrecharme la mano cordialmente, como si fuéramos viejos amigos—. ¡Qué placer tan inesperado!

Mientras subíamos juntos la escalera, el presidente Maconi se disculpó en un inglés impecable por las irregularidades de las paredes y los desniveles de los suelos. Ni siquiera los diseñadores de interiores más modernos, me explicó con una sonrisa, podían con un edificio de casi ochocientos años de antigüedad.

Después de un día de constantes anomalías lingüísticas, era un alivio conocer por fin a alguien que dominara mi lengua materna. El ligero acento británico del presidente Maconi indicaba que había vivido algún tiempo en Inglaterra —quizá había estudiado allí—, lo que habría explicado que mi madre lo hubiera elegido a él como asesor financiero.

Su despacho estaba en la última planta y, desde las ventanas divididas por parteluces, tenía una vista perfecta de la iglesia de San Cristóbal y algunos otros edificios espectaculares del vecindario. Sin embargo, al avanzar tropecé con un cubo de plástico plantado en medio de una enorme alfombra persa; tras comprobar mi integridad física, el presidente Maconi volvió a colocarlo donde estaba exactamente antes de que yo me lo llevara por delante.

—Hay una gotera en el tejado —me explicó mirando al techo de escayola agrietado—, pero no la encontramos. Es muy raro..., aunque no llueva, sigue cayendo agua. —Se encogió de hombros y me indicó que me sentara en una de las sillas de caoba de exquisito tallado que miraban a su escritorio—. El anterior presidente solía decir que el edificio lloraba. Conocía a su padre, por cierto.

Sentado tras su mesa, el presidente Maconi se recostó todo lo que le permitía el sillón de cuero y juntó las yemas de los dedos.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarla, señorita Tolomei?

No sé muy bien por qué, la pregunta me pilló por sorpresa. Me había centrado tanto en llegar hasta allí que apenas había pensado en el siguiente paso. Supongo que el Francesco Maconi que hasta entonces se había alojado cómodamente en mi imaginación sabía bien que yo iría a por el tesoro de mi madre, y había esperado impaciente todos aquellos años para entregárselo a su legítima heredera.

Sin embargo, el verdadero Francesco Maconi no era tan complaciente. Empecé a explicarle a qué había venido y me escuchó en silencio, asintiendo con la cabeza alguna que otra vez. Cuando al fin dejé de hablar, se me quedó mirando pensativo, sin que su rostro revelara conclusión alguna.

—Así que me preguntaba si podría conducirme a la caja de seguridad —proseguí, percatándome de que había olvidado lo más importante.

Saqué la llave de mi bolso y la puse sobre su mesa, pero el presidente Maconi se limitó a mirarla. Tras un breve e incómodo silencio, se levantó, se acercó a una ventana con las manos a la espalda y contempló ceñudo los tejados de Siena.

—Su madre era una mujer sabia —dijo al fin—. Y, cuando Dios se lleva a los sabios al cielo, nos deja su sabiduría a los que seguimos en la tierra. Sus espíritus perviven, revolotean silenciosos a nuestro alrededor, como lechuzas, con ojos que ven por la noche, cuando usted y yo sólo vemos oscuridad. —Se detuvo para comprobar el cristal emplomado, que empezaba a soltarse—. Lo cierto es que la lechuza sería un símbolo perfecto para toda Siena, no sólo para nuestra contrada.

—Porque... ¿todos los sieneses son sabios? —propuse, no del todo segura de adonde quería llegar.

—Porque la lechuza tiene una predecesora antiquísima. Para los griegos, era la diosa Atenea. Virgen, pero también guerrera. Los romanos la llamaban Minerva. En tiempos de los romanos, había un templo dedicado a ella en Siena. Por eso siempre

hemos amado a la Virgen María, incluso en la antigüedad, antes del nacimiento de Cristo. Para nosotros, ella siempre ha estado aquí.

—Presidente Maconi...

—Señorita Tolomei —dijo mirándome al fin—, trato de imaginar lo que su madre habría querido que hiciese. Me pide que le entregue algo que a ella le causó mucho dolor. ¿Querría ella que se lo diera? —Intentó en vano sonreír—. Claro que no soy yo quien debe decidir, ¿verdad? Ella lo dejó aquí, no lo destruyó, así que posiblemente quería que se lo entregase a usted, o a alguien. La pregunta es: ¿seguro que quiere tenerlo?

En el silencio que siguió a sus palabras, los dos lo oímos con nitidez: una gota de agua que caía al cubo de plástico en un día soleado. Tras llamar a un segundo llavero, el lúgubre signor Virgilio, el presidente Maconi me condujo a las grutas más profundas del banco por una escalera independiente, una espiral de piedra centenaria que debía de llevar allí desde la construcción del *palazzo*. Fue entonces cuando entendí que había todo un mundo bajo Siena, un mundo de pasadizos y sombras que contrastaba fuertemente con el mundo de luz de la superficie.

—Bienvenida a los *Bottini* —dijo el presidente Maconi mientras atravesábamos una especie de gruta—. Éste es el antiguo acueducto subterráneo construido hace mil años para llevar el agua a la ciudad de Siena. Todo esto es arenisca y, aun con las herramientas primitivas de entonces, los ingenieros sieneses fueron capaces de cavar una vasta red de túneles que llevaban el agua dulce a las fuentes públicas e incluso a los sótanos de algunos domicilios particulares. Ahora, como es lógico, ya no se usa.

—Pero ¿la gente sigue bajando aquí de todas formas? —pregunté, tocando el áspero muro de arenisca.

—¡Ah, no! —Al presidente Maconi le divirtió mi ingenuidad—. Es un lugar peligroso. Uno puede perderse fácilmente. Nadie conoce bien los *Bottini*. Se cuentan muchas historias de túneles secretos, pero no queremos que nadie ande explorándolos. La arenisca es porosa, ¿ve? Se deshace. Y toda Siena se asienta en ella.

Retiré la mano.

—Pero este muro... está reforzado, ¿no?

El presidente Maconi me miró, algo avergonzado.

—No.

—Pero ¿si esto es un banco! ¿No resulta... peligroso?

—Una vez intentaron asaltarlo —respondió arqueando las cejas, ofendido—. Una vez. Cavaron un túnel. Les llevó meses.

—¿Lo consiguieron?

El presidente Maconi señaló la cámara que colgaba de un oscuro rincón.

—Cuando saltó la alarma, escaparon por el túnel, pero al menos no robaron nada.

—¿Quiénes eran? —quise saber—. ¿Lo averiguaron?

Se encogió de hombros.

—Unos gángsters de Nápoles. No han vuelto.

Cuando por fin llegamos a la cámara acorazada, el presidente Maconi y el signor Virgilio tuvieron que pasar simultáneamente sus tarjetas para que se abriese la colosal puerta.

—¿Ve?, ni siquiera el presidente puede abrir esta cámara solo —dijo Maconi, orgulloso del dispositivo—. Como suele decirse, el poder absoluto corrompe absolutamente.

En el interior de la cámara, las paredes estaban forradas de arriba abajo con cajas de seguridad. La mayoría eran pequeñas, pero algunas habrían servido de taquilla en la consigna de cualquier aeropuerto. La de mi madre resultó ser de un tamaño intermedio y, en cuanto el presidente Maconi me la señaló y me ayudó a introducir la llave, él y el signor Virgilio tuvieron la delicadeza de salir de la cámara. Al poco, oí encenderse un par de cerillas y supe que aprovechaban para fumarse un cigarrillo en el corredor.

Desde que había leído la carta de tía Rose por primera vez, había barajado diversas suposiciones sobre el contenido del tesoro de mi madre, y había procurado moderar mis expectativas con el fin de evitar una desilusión. Sin embargo, en mis fantasías más secretas, imaginaba un magnífico cofre de oro, sellado y prometedor, como los que los piratas encontraban en islas desiertas.

Mi madre me había dejado algo parecido. Era un cofre de madera con ornamentos dorados y, aunque no estaba cerrado con llave —no tenía cerradura—, el óxido del cierre impedía abrirlo, y no me permitía hacer otra cosa más que agitarlo con suavidad para intentar adivinar su contenido. Era del tamaño de una tostadora, aunque asombrosamente ligero, lo que descartaba la posibilidad de que contuviera oro y joyas. Claro que había fortunas y fortunas, y no iba a ser yo quien rechazase unos fajos de billetes de tres cifras.

Cuando nos despedíamos, Maconi insistió en llamarme un taxi, pero le dije que no lo necesitaba: el cofre cabía perfectamente en una de mis bolsas de compras, y mi hotel estaba cerca.

—Yo no andaré por ahí con eso —me advirtió—. Su madre siempre tuvo cuidado.

—Pero ¿quién sabe que estoy aquí? ¿Y que tengo esto?

Se encogió de hombros.

—Los Salimbeni...

Me lo quedé mirando sin saber si hablaba o no en serio.

—¡No me diga que perdura la vieja enemistad entre familias! Maconi miró hacia otro lado, incomodado por el tema.

—Un Salimbeni siempre es un Salimbeni.

Mientras me alejaba del palazzo Tolomei, me repetí aquella frase varias veces, preguntándome qué significaría exactamente. Al final decidí que era lo único que podía esperarse de aquel lugar; a juzgar por los relatos de Eva María sobre la intensa rivalidad entre contradas en el Palio moderno, las viejas inquinas familiares de la Edad Media seguían vivas, aunque las armas hubiesen cambiado.

Consciente de mi propia herencia Tolomei, imprimí algo de brío a mis andares al pasar delante del palazzo Salimbeni por segunda vez ese día, para que Alessandro supiera —en caso de que estuviese asomado a la ventana en ese preciso instante— que había un nuevo sheriff en la ciudad.

Justo entonces, al mirar por encima del hombro para ver si había quedado bien claro, reparé en un hombre que me seguía. Por alguna razón, no encajaba en la escena; la calle rebosaba de alegres turistas, madres con cochecitos y ejecutivos con traje que hablaban a gritos por el móvil. Aquel hombre, en cambio, llevaba un chándal barato y unas gafas de sol de espejo con las que no ocultaba, sin embargo, que no les quitaba ojo a mis bolsas.

¿O tal vez fueran imaginaciones mías? ¿Me habrían alterado los nervios las últimas palabras de Maconi? Me detuve delante de un escaparate con la esperanza de que el hombre pasara de largo y siguiese su camino. No fue así. Cuando paré, él hizo lo mismo y fingió leer un cartel de la pared.

Sentí por primera vez el cosquilleo del miedo, como solía llamarlo Janice, y analicé mis opciones en un par de hondas respiraciones. Sólo podía hacer una cosa. Si proseguía mi camino, posiblemente se acercara con sigilo y me arrebatará la bolsa, o aún peor, me siguiera para ver dónde me alojaba y hacerme una visita luego.

Canturreando por lo bajo, entré en la tienda y, una vez dentro, corrí hacia el dependiente y le pregunté si podía salir por la puerta trasera. Sin levantar apenas la mirada de su revista de motos, se limitó a señalarme una puerta al otro lado de la sala.

Diez segundos después salía disparada al callejón de atrás, casi tumbando un montón de Vespas aparcadas en batería. No tenía ni idea de dónde estaba, pero me daba igual. Lo importante era que aún tenía mis bolsas.

Cuando el taxi me dejó de vuelta en el hotel Chiusarelli, habría pagado lo que fuera por el trayecto, pero el conductor rechazó la propina meneando la cabeza y me la devolvió casi entera.

—¡Señorita Tolomei! —Rossini vino a mí algo alarmado en cuanto entré en el vestíbulo—. ¿Dónde se había metido? El capitán Santini ha estado aquí hace un momento. ¡De uniforme! ¿Qué ha ocurrido?

—¡Ah! —me esforcé por sonreír—. ¿Habrá venido a invitarme a un café?

El director Rossini me lanzó una mirada asesina, arqueando mucho las cejas en señal de desaprobación.

—No creo que el capitán haya venido con la intención de seducirla, señorita Tolomei. Le ruego encarecidamente que lo llame. Tome. —Me entregó su tarjeta de visita como si fuese una hostia consagrada—. Ése es su número de teléfono, el que está escrito por detrás, ¿lo ve? Le ruego... —al ver que yo seguía mi camino, Rossini elevó la voz—, ¡que lo llame inmediatamente!

Me llevó casi una hora —y varias excursiones a recepción— abrir el cofre de mi madre. Tras probar con todo lo que tenía a mano, como la llave de la habitación, el cepillo de dientes y el auricular del teléfono, bajé corriendo a pedir prestadas unas pinzas, luego un cortaúñas, después una aguja y, por último, un destornillador, perfectamente consciente de que Rossini se mostraba menos afable cada vez que me veía.

Al final lo conseguí, no abriendo el oxidado cierre, sino desatornillando la tapa entera, lo que me llevó un rato, porque el destornillador que me habían prestado era demasiado pequeño, pero estaba convencida de que el director reventaría si volvía a verme aparecer por la recepción.

Con tanto esfuerzo, mis expectativas con respecto al contenido del cofre se habían disparado tanto que, cuando por fin levanté la tapa, apenas podía respirar de la emoción. Como era tan ligero, estaba convencida de que en el cofre encontraría algo frágil —y caro—, pero, al mirar en el interior, supe que me había equivocado.

No había nada frágil en el cofre; de hecho, prácticamente no había nada, salvo papeles. Papeles aburridos, para ser exactos. Ni dinero, ni acciones, ni escrituras, ni ninguna otra clase de valores, sino cartas en sobres y diversos textos mecanografiados en folios, grapados o enrollados y sujetos con gomas elásticas medio podridas. Los únicos objetos que albergaba el cofre eran un cuaderno lleno de garabatos, un ejemplar de bolsillo de *Romeo y Julieta* de Shakespeare y un viejo crucifijo con una cadena de plata.

Inspeccioné el crucifijo un rato, preguntándome si sería antiquísimo y por ello valioso. Lo dudaba. Aunque fuese una antigüedad, sólo era plata y, a mi juicio, no tenía nada de especial.

Lo mismo me sucedió con la edición de bolsillo de *Romeo y Julieta*. La hojé varias veces, decidida a encontrarle algún valor, pero no había nada en ella que prometiese, ni siquiera alguna anotación a lápiz en el margen.

En el cuaderno, sin embargo, había unos dibujos que —con un poco de buena voluntad— podían interpretarse como pistas para la búsqueda de algún tesoro oculto. O quizá no fueran más que bocetos de excursiones a museos y jardines escultóricos. A mi madre —si aquel cuaderno era suyo y aquéllos eran sus dibujos— le había llamado la atención una escultura en particular, y no me extrañaba. Representaba a un hombre y a una mujer; el hombre estaba arrodillado y sostenía en brazos a la mujer, que, de no haber tenido los ojos abiertos, habría parecido dormida o incluso muerta.

El cuaderno contenía al menos veinte dibujos distintos de aquella escultura, pero muchos eran detalles de los rasgos faciales, por ejemplo, y, sinceramente, ninguno de ellos me daba una pista de por qué a mi madre la había obsesionado tanto.

Al fondo del cofre había también dieciséis cartas privadas. Cinco eran de tía Rose, que le suplicaba a mi madre que olvidase «aquella locura» y volviera a casa; otras cuatro, también de tía Rose, eran posteriores, y mi madre no había llegado a abrirlas. Las demás estaban en italiano y las remitían personas a las que yo no conocía.

Una vez examinado todo aquello, no quedaban en el cofre más que los múltiples textos mecanografiados. Algunos estaban arrugados y descoloridos, otros eran más recientes y más nítidos; la mayoría estaban en inglés, pero había uno en italiano. Ninguno parecía un original; todos —salvo el que estaba en italiano— eran traducciones mecanografiadas en algún momento de los últimos cien años más o menos. Mientras repasaba el montón, me fue quedando claro que, en realidad, había orden y concierto en aquel aparente caos y, descubierto esto, no me costó extender los textos sobre la cama en cierto orden cronológico:

- Diario del maestro Ambrogio (1340).
- Cartas de Giulietta a Giannozza (1340).
- Confesiones de Fray Lorenzo (1340).
- La maledizione sul muro (1370).
- La trigésima tercera historia* de Masuccio Salernitano (1476).
- Romeo y Julieta* de Luigi da Porto (1530).
- Romeo y Julieta* de Matteo Bandello (1554).
- Romeo y Julieta* de Arthur Brooke (1562).
- Romeo y Julieta* de William Shakespeare (1597).
- Árbol genealógico de Giulietta y Giannozza.

Sin embargo, una vez esparcidos ante mí, me costó aún más encontrarle sentido a la colección. Los cuatro primeros textos —todos del siglo XIV— eran misteriosos y a menudo estaban fragmentados, mientras que los más recientes eran más claros, pero, sobre todo, tenían algo en común: todos eran versiones de la historia de Romeo y Julieta, que culminaban en la que casi todo el mundo conocía, *La muy excelente y lamentable tragedia de Romeo y Julieta* de Shakespeare. Aunque siempre me había considerado una buena conocedora de la obra, me sorprendió mucho descubrir que el Bardo no había inventado la historia, sino que había plagiado a otros autores. Claro que Shakespeare era un genio de las palabras y, si él no hubiera pasado aquella historia por su máquina de versificar, posiblemente jamás se habría hecho tan famosa. Aun así, en mi modesta opinión, ya tenía pinta de ser una historia condenadamente buena cuando aterrizó en su escritorio. Además, curiosamente, la versión más antigua

—la escrita por Masuccio Salernitano en 1476— no estaba ambientada en Verona, sino allí mismo, en Siena.

Ese descubrimiento literario estuvo a punto de hacerme olvidar que, en el fondo, me sentía inmensamente decepcionada. No había nada en el cofre de mi madre que tuviese valor monetario, ni tampoco el más mínimo indicio de que entre todos los papeles revisados se ocultaran bienes familiares de algún valor.

Quizá tendría que haberme avergonzado de pensar así; tal vez debería haber valorado más el hecho de que al fin tenía entre mis manos algo que había pertenecido a mi madre.

Sin embargo, me sentía demasiado confundida para racionalizar. ¿Qué demonios había hecho creer a tía Rose que había algo valiosísimo en juego, algo digno de un viaje al que, a su juicio, era el más peligroso de los lugares: Italia? ¿Y por qué había guardado mi madre aquel cofre lleno de documentos en la cámara acorazada de un banco? De pronto me sentía estúpida, sobre todo al recordar al tipo del chándal. Obviamente, no me seguía. También eso debía de haber sido fruto de mi calenturienta imaginación.

Empecé a repasar sin ganas los primeros textos. Dos de ellos, las «Confesiones de fray Lorenzo» y las «Cartas de Giulietta a Giannozza» no eran más que recopilaciones de frases sueltas, del tipo «juro por la Virgen que he obrado conforme a la voluntad del cielo» y «todo el viaje a Siena en un ataúd por miedo a los bandidos de los Salimbeni».

El «Diario del maestro Ambrogio» era más legible, pero, cuando empecé a hojearlo, casi deseé que no lo hubiera sido. Quienquiera que fuese el tal maestro, tenía un serio problema de verborrea y había escrito un diario sobre todas y cada una de las minucias que le habían ocurrido —a él y, por lo visto, también a sus amigos— en el año 1340. A simple vista no tenía nada que ver conmigo, ni con ninguna otra de las cosas del cofre de mi madre.

Fue entonces cuando mis ojos repararon de pronto en un nombre escrito en el centro del texto del maestro. *Giulietta Tolomei*.

Escudriñé histérica la página a la luz de la lámpara de noche. Pero no, no me había equivocado: tras algunas divagaciones iniciales sobre la dificultad de pintar la rosa perfecta, el prolijo maestro Ambrogio había escrito páginas y páginas sobre una joven que casualmente se llamaba igual que yo. ¿Coincidencia?

Me recosté en la cama y empecé a leer el diario desde el principio, consultando de vez en cuando los textos sueltos en busca de referencias cruzadas. Así dio comienzo mi viaje a la Siena de 1340, y mi acercamiento a aquella mujer que había llevado mi nombre.

Segunda Parte



II. I

Y en tu nueva apariencia mortal has de seguir cuarenta y dos horas.

Siena, 1340

¡Ay, eran presa de la fortuna!

Llevaban tres días de camino, jugando al escondite con el desastre y alimentándose de un pan duro como una piedra. Por fin, ese día, el más caluroso y aciago del verano, estaban tan cerca de su destino que fray Lorenzo pudo divisar las torres de Siena brotando embelesadoras en el horizonte. Allí, por desgracia, era donde su rosario perdía todo su poder protector.

Sentado en su carreta, bamboleándose agotado tras sus seis compañeros de viaje a caballo —todos monjes como él—, el joven fraile ya había empezado a imaginar el chisporroteo de la carne asada y el efecto balsámico del vino que los esperaban en su destino cuando una docena de siniestros jinetes salieron al galope de un viñado entre una nube de polvo y rodearon al pequeño grupo con las espadas en ristre, cortándoles el paso en todas las direcciones.

—¡Saludos, forasteros! —bramó el capitán, desdentado y mugriento pero espléndidamente vestido, sin duda con las ropas de víctimas anteriores—. ¿Quién osa invadir las tierras de los Salimbeni?

Fray Lorenzo tiró de las riendas para detener a los caballos, mientras que sus compañeros de viaje hacían lo posible por situarse entre la carreta y los bandidos.

—Como podéis ver, noble amigo, somos humildes hermanos de Florencia —contestó el monje de mayor edad, mostrando como prueba su cogulla de burdo paño.

—Aja. —Frunciendo los ojos, el cabecilla de los bandoleros miró a los supuestos monjes hasta que su vista se posó en el rostro aterrado de fray Lorenzo—. ¿Qué tesoro ocultáis en la carreta?

—Nada de valor —respondió el mismo monje, haciendo recular un poco a su caballo para cerrar aún más el acceso del bandido a la carreta—. Dejadnos pasar, por favor. Somos hombres de Dios y no representamos amenaza alguna para los vuestros.

—Este camino pertenece a los Salimbeni —señaló el capitán, subrayando sus palabras con la espada, una señal para que sus compañeros se acercaran—. Si queréis usarlo, debéis pagar un peaje. Por vuestra seguridad.

—Ya hemos pagado cinco peajes a los Salimbeni.

El bandido se encogió de hombros.

—La protección sale cara.

—Pero ¿quién iba a atacar a un puñado de hombres santos camino de Roma? —

arguyó el otro con persistente calma.

—¿Quién? ¡Los despreciables perros de los Tolomei! —Como refuerzo a sus palabras, el capitán escupió dos veces en el suelo, y sus hombres no tardaron en hacer lo mismo—. ¡Esos bastardos ladrones, violadores y asesinos!

—Por eso mismo, preferiríamos llegar a Siena antes de que anochezca —observó el monje.

—No está lejos —replicó el bandido señalando con la cabeza—, pero las puertas se cierran temprano ahora, por las graves intromisiones de los perros rabiosos de Tolomei en la vida tranquila de la gente buena e industriosa de Siena y en particular, debo añadir, de la distinguida y benevolente casa de Salimbeni, a la que representa mi noble señor.

La banda recibió con gruñidos de apoyo el discurso de su capitán.

—De modo que, como bien podéis apreciar —prosiguió—, gobernamos, con toda humildad, eso sí, éste y casi todos los caminos de las inmediaciones de esta digna república (la de Siena, claro está), por lo que os aconsejo encarecidamente, de amigo a amigo, que paguéis ya el peaje para poder continuar viaje y colaros en la ciudad antes de que ésta cierre sus puertas, momento a partir del cual los viajeros indefensos como vos son presa de las bandas de malandrines de los Tolomei, que, después de oscurecido, salen a asaltar y a otras cosas que está feo mentar en presencia de hombres santos.

Cuando el bandido concluyó su discurso se hizo el silencio. Agazapado en la carreta tras sus compañeros, sosteniendo apenas las riendas, fray Lorenzo notó que el corazón le daba botes en el pecho, como buscando un lugar donde esconderse y, por un instante, creyó que iba a desmayarse. Había sido uno de esos días de sol abrasador sin una brizna de aire que le recordaban a uno los horrores del infierno. Para colmo, se habían quedado sin agua hacía ya muchas horas. Si fray Lorenzo hubiese estado a cargo de la bolsa, habría pagado gustoso a los bandidos con tal de poder seguir adelante.

—Muy bien, ¿cuánto pedís a cambio de vuestra protección? —inquirió el monje superior, como si hubiera oído la súplica silenciosa de fray Lorenzo.

—Depende —sonrió el bandido—. ¿Qué lleváis en la carreta y qué valor tiene para vos?

—Llevamos un ataúd, noble amigo, con el cadáver de la víctima de una terrible plaga.

Al oírlo, los bandidos retrocedieron, pero su capitán no era tan fácil de disuadir.

—Bueno —dijo con una sonrisa aún mayor—, veámoslo entonces.

—¡No os lo aconsejo! —advirtió el monje—. La caja debe permanecer sellada; así nos lo han ordenado.

—¿Ordenado? —bramó el capitán—. ¿Desde cuándo reciben órdenes unos

humildes monjes? ¿Y desde cuándo —hizo una pausa de efecto y esbozó una mueca de satisfacción— montan caballos criados en Lipica?

En el silencio que siguió a aquellas palabras, fray Lorenzo sintió que su fortaleza se desplomaba como un yunque hasta el fondo de su alma, amenazando con escapársele por el extremo opuesto.

—¡Fijaos en eso! —prosiguió el bandido, sobre todo por divertir a los suyos—. ¿Cuándo se ha visto a un humilde monje con tan espléndido calzado? Eso... —señaló con la espada las ajadas sandalias de fray Lorenzo— es lo que deberíais haber llevado todos, mis descuidados amigos, para evitar el gravamen. Por lo que veo, aquí el único hermano humilde es el mudo de la carreta; en cuanto a los demás, me apuesto las pelotas a que servís a algún generoso patrón, no a Dios, y estoy seguro de que el valor de ese ataúd, para él, supera con creces los cinco miserables florines que voy a cobraros por dejaros pasar.

—Os equivocáis si nos creéis capaces de semejante gasto —replicó el monje superior—. Dos florines es todo cuanto podemos pagar. No dice mucho de vuestro patrón querer desvalijar a la Iglesia con tan desproporcionada codicia.

El bandido saboreó el insulto.

—¿Codicia lo llamáis? No, mi pecado es la curiosidad. Si no me pagáis los cinco florines, sabré lo que hacer. La carreta y el ataúd se quedan aquí, bajo mi protección, hasta que vuestro patrón los reclame personalmente. Me muero de ganas de ver al rico bastardo que os ha enviado.

—No protegeréis más que el hedor de la muerte.

El capitán rio con desdén.

—El olor del oro, amigo mío, sobrepasa cualquier hedor.

—Ni una montaña de oro lograría eclipsar el vuestro —replicó el monje, dejando por fin a un lado su humildad.

Al oír el insulto, fray Lorenzo se mordió el labio y empezó a buscar una vía de escape. Conocía lo bastante bien a sus compañeros de viaje para predecir el resultado de aquella disputa, y no quería verse envuelto en ella.

Al cabecilla de la banda no le impresionó la audacia de su víctima. —¿Estáis decidido, pues, a morir bajo mi espada? —dijo ladeando la cabeza.

—Estoy decidido a cumplir mi misión —replicó el monje—, y ningún acero oxidado me apartará de mi objetivo.

—¿Vuestra misión? —graznó el bandido—. Mirad, primos, ¡este monje cree que Dios lo ha armado caballero!

Todos los bandoleros rieron, más o menos conscientes del motivo. Su capitán señaló con la cabeza la carreta.

—Deshaceos de estos imbéciles y llevad los caballos y la carreta a Salimbeni...

—Tengo una idea mejor —dijo, sonriendo satisfecho, el monje, y se arrancó el

hábito dejando al descubierto el uniforme que llevaba debajo—: ¿por qué no vamos a ver a mi señor Tolomei con vuestra cabeza en una pica?

Fray Lorenzo gimió por lo bajo al ver sus temores hechos realidad. Sin más disimulo, sus compañeros de viaje —todos ellos caballeros de Tolomei disfrazados— sacaron espadas y dagas de debajo de los hábitos y las alforjas. El solo sonido del acero al aire hizo que los bandoleros se replegaran atónitos, aunque sólo para iniciar de inmediato, a lomos de sus caballos, un furioso ataque frontal.

El repentino clamor hizo que los caballos de fray Lorenzo se encabritaran y emprendieran el galope, llevándose consigo la carreta; el fraile poco pudo hacer salvo tirar de las inútiles riendas e implorar sensatez y moderación de dos animales que jamás habían estudiado filosofía. Para llevar tres días de camino, tiraban de la carga con notable vigor, alejándose del tumulto rumbo a Siena por el accidentado camino, mientras hacían gemir las ruedas y bambolearse al ataúd, que amenazaba con caerse del carro y hacerse añicos.

Viéndose incapaz de dialogar con las bestias, fray Lorenzo buscó en el féretro un rival más fácil. Con ambas manos y ambos pies, quiso mantenerlo firme, pero mientras se afanaba por hallar un modo de viajar tranquilo en aquel vehículo indómito, un movimiento a su espalda le hizo alzar la vista y percatarse de que la integridad del ataúd debía ser la menor de sus preocupaciones.

Lo seguían al galope dos de los bandidos, empeñados en recuperar su botín. A gatas, fray Lorenzo se dispuso a preparar su defensa, pero sólo encontró un látigo y su rosario. Entonces vio con inquietud que uno de los bandoleros daba alcance a la carreta —con el cuchillo entre las encías desdentadas— y alargaba la mano para asirse al canto de madera. Buscando en su interior misericordioso la rudeza necesaria, fray Lorenzo descargó el látigo sobre aquel pirata al abordaje, y lo oyó aullar cuando el rabo de buey le abrió las carnes. Sin embargo, el malandrín tuvo bastante con un corte y, cuando fray Lorenzo fue a atizarle de nuevo, el otro se apoderó del látigo y le arrebató el mango de la mano. El fraile, que ya sólo podía protegerse con su rosario y el crucifijo que llevaba al cuello, decidió arrojarle los restos del almuerzo a su adversario, pero, a pesar de la dureza del pan, no pudo impedir que terminara abordando el vehículo.

Al ver que el monje se quedaba sin munición, el bandolero se irguió con aire triunfante, cogió el cuchillo que llevaba en la boca y le mostró la longitud del acero a su tembloroso blanco.

—¡Deteneos, en nombre de Cristo! —exclamó fray Lorenzo, anteponiendo su rosario—. ¡Tengo amigos en el cielo que os harán caer muerto al instante!

—¿Ah, sí? ¡No los veo por ninguna parte!

Justo entonces se levantó la tapa del ataúd y su ocupante —una joven de cabello alborotado y ojos llameantes con aspecto de ángel vengador— se incorporó en su

interior, visiblemente consternada. Sólo verla bastó para que el bandido soltara el cuchillo, horrorizado, y se volviera, pálido como un muerto. Sin dudarle un instante, el ángel se incorporó en la caja, cogió el cuchillo y lo retornó de inmediato al cuerpo de su propietario, tan cerca de la ingle como su rabia le permitió acertar.

Entre alaridos de dolor, el hombre herido perdió el equilibrio y cayó de la carreta, haciéndose aún más daño. Con las mejillas encendidas de emoción, la muchacha se volvió y sonrió a fray Lorenzo, y habría salido del ataúd si él no se lo hubiese impedido.

—¡No, Giulietta! —le insistió, empujándola hacia adentro—. ¡Por los clavos de Cristo, quedaos donde estáis y guardad silencio!

Fray Lorenzo bajó la tapa sobre el rostro indignado de la joven y miró alrededor, intentando averiguar qué había sido del otro jinete. Por desgracia, ése, más juicioso que su compañero, no tenía intención de abordar la carreta en marcha a semejante velocidad. En cambio, se adelantó para sujetar los arneses y detener así a los caballos, y, para angustia de fray Lorenzo, la artimaña funcionó. Medio kilómetro más allá, los caballos fueron reduciendo a medio galope, luego al trote y finalmente se detuvieron por completo.

Sólo entonces se acercó el bandido a la carreta y, cuando lo hizo, fray Lorenzo pudo ver que se trataba nada menos que del capitán espléndidamente vestido, que aún sonreía satisfecho y parecía haber salido indemne de la pendencia. El sol poniente lo dotaba de un halo dorado completamente inmerecido, y a fray Lorenzo le sorprendió el contraste entre la luminosa belleza del campo y la absoluta brutalidad de sus moradores.

—A ver qué os parece esto, fraile —empezó el bandido con sorprendente delicadeza—: os perdono la vida, de hecho, podéis incluso llevaros esta estupenda carreta y estos nobles caballos, sin peajes, a cambio de la muchacha.

—Aprecio vuestra generosa oferta —replicó fray Lorenzo frunciendo los ojos al sol—, pero he jurado proteger a esta noble dama y no puedo permitir que os la llevéis. Si lo hiciera, ambos arderíamos en el infierno.

—¡Bah! —El bandolero conocía bien la excusa—. Esa joven es tan dama como vos o como yo. De hecho, ¡tengo la fuerte sospecha de que no es más que una furcia Tolomei!

Se oyó un alarido de indignación procedente del interior del ataúd y fray Lorenzo puso en seguida el pie sobre la tapa para impedir que se abriera.

—La dama es de gran importancia para mi señor Tolomei, eso es cierto, como también lo es que cualquier hombre que le ponga la mano encima llevará la guerra a los suyos —declaró el fraile—. Dudo que vuestro señor, Salimbeni, desee un conflicto así.

—¡Ah, sermones de monje! —El bandido se aproximó a la carreta, y sólo

entonces se extinguió su halo—. No me amenacéis con la guerra, frailecillo, que es lo que mejor se me da.

—¡Os suplico que nos dejéis marchar —lo instó fray Lorenzo, alzando trémulo el rosario con la esperanza de que atrapase los últimos rayos de sol—, o juro por estas cuentas sagradas y por las heridas de Nuestro Señor Jesucristo que los ángeles del cielo bajarán a robarles el aliento a vuestros hijos mientras duermen!

—¡Serán bienvenidos! —El bandido desenvainó la espada de nuevo—. Tengo muchos, no puedo alimentarlos a todos. —Pasó la pierna por encima de la cabeza del caballo y saltó a bordo de la carreta con la agilidad de un bailarín. Al ver que el otro retrocedía aterrado, rio—. ¿Qué os sorprende tanto? ¿De veras pensabais que os iba a dejar vivir?

El bandolero alzó la espada para atacar y fray Lorenzo cayó rendido de rodillas, aferrado al rosario en espera del espadazo que pondría fin a sus plegarias. Era cruel morir a los diecinueve, sobre todo sin testigo alguno de su martirio, salvo su Padre celestial, no conocido precisamente por correr al auxilio de sus hijos moribundos.

II. II

Aquí, sentaos aquí, querido primo Capuleto,
que a ambos nos pasó el tiempo de la danza.

No recuerdo hasta dónde leí esa noche, pero los pajarillos ya habían empezado a cantar cuando me quedé traspuesta en medio de un océano de papeles. Ya sabía la relación que había entre los distintos documentos del cofre de mi madre: todos eran —cada uno a su manera— versiones preshakespeareanas de *Romeo y Julieta*. Mejor aún, los textos del año 1340 no eran ficción, sino relatos de primera mano de los acontecimientos originarios de la famosa obra.

Aunque aún no había aparecido en su propio diario, el misterioso maestro Ambrogio, al parecer, había conocido en persona a los homólogos de carne y hueso de algunos de los personajes con peor estrella de la literatura universal. No obstante, lo cierto era que, de momento, sus escritos no cuadraban mucho con la tragedia de Shakespeare; claro que habían transcurrido más de dos siglos y medio entre los sucesos reales y la obra del poeta, tiempo suficiente para que la historia pasara por muchas manos.

Deseando compartir mi hallazgo con alguien que supiera apreciarlo —no a todo el mundo iba a hacerle gracia descubrir que, durante siglos, millones de turistas habían invadido la ciudad equivocada en busca del balcón y de la tumba de Julieta—, llamé a Umberto al móvil en cuanto me di una ducha matinal.

—¡Enhorabuena! —exclamó apenas le dije que había logrado convencer al presidente Maconi para que me entregase el cofre de mi madre—. ¿Y qué?, ¿ya eres rica?

—Pues... —respondí, echando un vistazo al desorden de mi cama—. Dudo que el tesoro esté en el cofre. Si es que hay un tesoro...

—Claro que hay un tesoro —repuso Umberto—, ¿por qué si no iba a esconderlo tu madre en una caja de seguridad? Mira bien.

—Hay algo más... —Hice una breve pausa, buscando un modo de decírselo sin parecer idiota—. Creo que estoy emparentada con la Julieta de Shakespeare.

Supongo que era lógico que Umberto riera, pero me fastidió de todos modos.

—Sé que suena raro —proseguí interrumpiendo su risa—, pero ¿cómo explicas si no que nos llamemos igual, Giulietta Tolomei?

—Querrás decir Julieta Capuleto —me corrigió Umberto—. Lamento desilusionarte, Principessa, pero me temo que no era un personaje real...

—¡Claro que no! —espeté, deseando no habérselo contado—. Pero parece que la historia estaba inspirada en personas de carne y hueso... ¡Bah, no importa! ¿Qué tal

todo por ahí?

Cuando colgué, empecé a ojear por encima las cartas italianas que mi madre había recibido hacía más de veinte años. Seguramente aún vivía alguien en Siena que hubiera conocido a mis padres y pudiera responderme a todas las preguntas que tía Rose había eludido constantemente. No obstante, sin saber nada de italiano, no podía distinguir las cartas de amigos de las de familiares; mi única pista era que una de ellas comenzaba con «*Carissima Diana...*», y estaba firmada por una tal Pia Tolomei.

Desplegué el plano de la ciudad que había comprado el día anterior, con el diccionario, y, después de buscar un rato la dirección garabateada en el reverso del sobre, logré al final ubicarla en una plaza minúscula del centro de Siena, la *piazzetta* del Castellare. Se hallaba en el corazón de la contrada de la Lechuza, el territorio de mi familia, a escasa distancia del palazzo Tolomei, donde me había reunido con el presidente Maconi el día anterior.

Con un poco de suerte, Pia Tolomei —quienquiera que fuese— aún viviría allí y estaría deseando hablar con la hija de Diane Tolomei, y lo bastante lúcida para recordar por qué. La *piazzetta* del Castellare era como una pequeña fortaleza en el interior de la ciudad, nada fácil de encontrar. Tras pasar de largo varias veces, descubrí que se entraba por un pasaje cubierto, que al principio había ignorado creyéndolo el acceso a un patio privado. Una vez dentro de la *piazzetta*, me vi atrapada entre edificios altos y silenciosos y, al levantar la vista a todas aquellas contraventanas cerradas de las paredes que me rodeaban, creí lógico que se hubiesen cerrado en algún momento de la Edad Media y jamás hubieran vuelto a abrirse.

En realidad, de no haber sido por el par de Vespas aparcadas en un rincón, el gato atigrado apostado a la entrada de una casa y la música proveniente de la única ventana abierta, habría supuesto que los edificios se habían desocupado hacía tiempo y abandonado a las ratas y los fantasmas.

Saqué el sobre que había encontrado en el cofre de mi madre y volví a mirar la dirección. Según mi plano, estaba en el lugar correcto, pero, al examinar los portales, no encontré ningún Tolomei junto a los timbres, ni ningún número que coincidiera con el consignado en mi carta. Para ser cartero en aquellas tierras, pensé, la clarividencia debía de ser un requisito fundamental.

Sin saber muy bien qué hacer, empecé a tocar todos los timbres, uno por uno. Me disponía a pulsar el cuarto cuando una mujer abrió las contraventanas del piso situado encima de mí y me gritó algo en italiano.

En respuesta, agité la carta.

—¿Pia Tolomei?

—¿Tolomei?

—¡Sí! ¿Sabe dónde vive? ¿Sigue aquí?

La mujer señaló una puerta al otro lado de la *piazzetta* y dijo algo que no podía

significar más que «Pruebe ahí».

Sólo entonces reparé en una puerta más contemporánea, de espurio pomo blanco y negro, en el muro del fondo; la tenté y se abrió. Ignorando si en Siena sería de recibo colarse así en casas ajenas, me detuve un instante, pero, a mi espalda, la mujer de la ventana —que debía de creerme boba— no paraba de instarme a que entrara, así que entré.

—¿Hola? —Precavida, crucé despacio el umbral y me quedé mirando a la fría oscuridad.

Cuando mis ojos se adaptaron, vi que me encontraba en un vestíbulo de techo muy alto, rodeada de tapices, pinturas y antigüedades expuestas en vitrinas de cristal. Solté la puerta y grité:

—¿Hay alguien en casa? ¿Señora Tolomei?

Sólo oí la puerta encajarse a mi espalda. Sin saber muy bien cómo proceder, avancé por el pasillo, mirando las antigüedades a mí paso. Entre ellas, había una colección de banderolas verticales con imágenes de caballos, torres y mujeres que se parecían mucho a la Virgen María. Algunas eran muy antiguas y estaban descoloridas, otras eran modernas y llamativas; al llegar al final del pasillo, caí en la cuenta de que aquél no era un domicilio particular, sino una especie de museo o establecimiento público.

Por fin oí unos pasos irregulares y una voz grave que llamaba impaciente:

—¿Salvatore?

Me volví para ver a mi involuntario anfitrión salir de la habitación contigua, apoyándose en una muleta. Era un anciano, debía de tener más de setenta, y el gesto adusto lo hacía parecer mayor aún.

—¿Salva...? —Se detuvo en seco al verme y añadió algo que no me sonó muy cordial.

—*Ciao!* —saludé, a la vez nerviosa y atenta, y sostuve en alto la carta como quien sostiene un crucifijo ante un noble transilvano, por si acaso—. Busco a Pia Tolomei. Conoció a mis padres. Soy Giulietta Tolomei —añadí señalándome—. To-lo-mei.

El anciano se me acercó, apoyándose con fuerza en la muleta, y me arrebató la carta. Miró con recelo el sobre y le dio la vuelta varias veces para releer las direcciones del destinatario y del remitente.

—Mi esposa la envió hace muchos años —dijo al fin en un inglés asombrosamente fluido—. A Diane Tolomei. Era mí... mi tía. ¿Dónde la ha encontrado?

—Diane era mi madre —señalé, y mi voz sonó extrañamente monótona en la inmensa habitación—. Soy Giulietta, la mayor de sus gemelas. Quería venir a Siena... para ver dónde vivía... ¿La recuerda?

El anciano tardó en hablar. Me miró a la cara con los ojos llenos de asombro, luego alargó la mano y me acarició la mejilla para asegurarse de que era de verdad.

—¿Pequeña Giulietta? —dijo al fin—. ¡Ven aquí! —Me cogió por los hombros y me envolvió en un abrazo—. Soy Peppo Tolomei, tu padrino.

No supe qué hacer. Yo no era de las que iban por ahí abrazando a la gente —eso se lo dejaba a Janice—, pero no me importó que aquel anciano entrañable lo hiciera.

—Lamento la intrusión... —empecé; luego me interrumpí, sin saber qué más decir.

—¡No, no, no, no, no!... —Peppo le quitó importancia—. ¡Me alegro tanto de que estés aquí! ¡Ven, voy a enseñarte el museo! Éste es el museo de la contrada de la Lechuza... —No sabía bien por dónde empezar, y daba vueltas con su muleta en busca de algo impresionante que mostrarme. Paró al ver mi expresión—. ¡No! ¡No quieres ver el museo! ¡Quieres hablar! ¡Sí, tenemos que hablar! —dijo alzando los brazos, y a punto estuvo de tirar una escultura con la muleta—. Quiero que me lo cuentes todo. Mi esposa... Vamos a verla. Se pondrá muy contenta. Está en casa... ¡Salvatore! ¿Dónde se habrá metido...?

Cinco minutos después salía disparada de la piazzetta del Castellare en la parte trasera de un escúter rojo y negro. Peppo me había ayudado a montar con la galantería con que un mago ayudaría a su joven asistente a meterse en la caja que se propone serrar en dos y, en cuanto me hube agarrado bien a sus tirantes, salimos pitando por el pasaje cubierto, sin frenar para nada.

Peppo había insistido en cerrar en seguida el museo y llevarme a casa con él para que conociese a su esposa, Pia, y a todo el que anduviera por allí. Yo había aceptado encantada, dando por sentado que la casa de la que hablaba estaba a la vuelta de la esquina. Cuando enfilamos a toda velocidad el Corso y pasamos el palazzo Tolomei, fui consciente de mi error.

—¿Está lejos? —grité, agarrándome todo lo fuerte que podía.

—¡No, no, no! —contestó Peppo, casi atropellando a una monjita que empujaba la silla de ruedas de un anciano—. ¡Tranquila! ¡Los llamaremos a todos y celebraremos una gran reunión familiar!

Ilusionado, empezó a describirme a todos los miembros de la familia que yo pronto conocería, aunque el viento casi no me permitía oírlo. Tan distraído iba que, a la altura del palazzo Salimbeni, pasamos por en medio de un puñado de guardias de seguridad, obligándolos a apartarse de un salto.

—¡Ayyy! —exclamé, preguntándome si Peppo era consciente de que íbamos a terminar celebrando la reunión familiar en el trullo.

No obstante, los guardias no hicieron además de detenernos, sino que se limitaron a vernos pasar como un perro bien atado ve a una ardilla cruzar la calle tan tranquila. Por desgracia, uno de ellos era el ahijado de Eva María, Alessandro, que seguramente

me reconoció, porque se volvió para mirar mis pies al viento, intrigado quizá por el paradero de mis chanclas.

—¡Peppo! —grité, agarrándome más fuerte a los tirantes de mi padrino—. No quiero que me arresten, ¿vale?

—¡Tranquila! —volvió una esquina y aceleró mientras hablaba—: ¡Voy demasiado de prisa para la policía!

Al poco cruzamos la puerta antigua de una ciudad como un caniche salta a través de un aro y, veloces, nos introdujimos de lleno en el escenario de un verano toscano.

En la moto, mientras contemplaba el paisaje por encima de su hombro, deseé poder sentirme como en casa, notar que por fin había vuelto a mi tierra, pero todo lo que me rodeaba era nuevo para mí: el cálido aroma a hierba y especias, la perezosa ondulación de los campos..., hasta la colonia de Peppo tenía un componente extraño que me resultaba absurdamente atractivo.

¿Cuánto recordamos realmente de nuestros tres primeros años de vida? A veces me recordaba abrazada a unas piernas desnudas que sin duda no eran las de tía Rose, y Janice y yo recordábamos un cuenco de cristal lleno de corchos de vino, pero, aparte de eso, me costaba distinguir los fragmentos que pertenecían a aquel lugar. Cuando, alguna vez, lográbamos rescatar algún recuerdo de nuestra infancia, siempre terminábamos liándonos.

—Estoy segura de que la mesa de ajedrez desvencijada estaba en la Toscana —insistía Janice—. ¿Dónde iba a estar, si no? Tía Rose nunca ha tenido una.

—Entonces —le replicaba yo—, ¿cómo explicas que fuese Umberto quien te dio un bofetón cuando la volcaste?

Janice no podía explicarlo. Al final, terminaba mascullando:

—Bueno, tal vez fue otra persona. Con dos años, todos los hombres te parecen iguales. Joder, si aún me lo parecen —añadía socarrona.

De adolescente, fantaseaba con la idea de que volvía a Siena y de pronto recordaba mi infancia; ahora que por fin estaba allí, recorriendo a toda velocidad sus angostas carreteras, empecé a preguntarme si el haber vivido siempre lejos de aquel lugar había hecho marchitar de algún modo una parte esencial de mi ser.

Pia y Peppo Tolomei vivían en una granja situada en un pequeño valle, rodeados de viñedos y olivares. Cercaban su propiedad un puñado de suaves montes, pero el confort de aquella pacífica reclusión compensaba sobradamente la falta de vistas mayores. La casa no era en absoluto espléndida; por las grietas de sus paredes amarillas brotaban malas hierbas, las contraventanas verdes necesitaban algo más que una mano de pintura, y el tejado de barro parecía que fuese a desmoronarse con la próxima tormenta, o incluso con un simple estornudo desde el interior. Aun así, las múltiples enredaderas y las macetas estratégicamente colocadas lograban enmascarar su decadencia y convertirla en un lugar absolutamente irresistible.

Peppo aparcó el escúter, cogió una muleta apoyada en la pared y me llevó directamente al jardín. Allí detrás, a la sombra de la casa, su esposa Pia se hallaba sentada en un taburete, rodeada de nietos y bisnietos, como una intemporal diosa de la naturaleza entre ninfas, enseñándoles a hacer trenzas de ajos frescos. Peppo tuvo que explicarle varias veces quién era yo y por qué me había llevado allí, pero, cuando al fin dio crédito a sus oídos, se calzó las zapatillas, se levantó con la ayuda de su séquito y me envolvió en un lloroso abrazo.

—¡Giulietta! —exclamó, apretándome contra su pecho y besándome la frente a la vez—. *Che meraviglia!* ¡Es un milagro!

Se alegraba tanto de verme que casi me avergoncé de mí misma. No había ido al museo de la Lechuza en busca de mis padrinos desaparecidos; ni se me había ocurrido que pudiera tenerlos y que fuera a emocionarlos tanto encontrarme sana y salva. Sin embargo, allí estaban, y su amabilidad me hizo darme cuenta de que, hasta entonces, jamás me había sentido verdaderamente acogida en ningún sitio, ni siquiera en mi propia casa. Por lo menos mientras Janice anduviera cerca.

En menos de una hora, la casa y el jardín se llenaron de gente y de comida, como si todos hubieran estado a la vuelta de la esquina —exquisitez local en ristre— ansiando un motivo de celebración. Algunos eran familia, otros, amigos y vecinos, pero todos aseguraban haber conocido a mis padres y haberse preguntado qué demonios habría sido de sus gemelas. Nadie lo dijo explícitamente, pero tuve la sensación de que, por aquel entonces, tía Rose había irrumpido allí reclamándonos a Janice y a mí en contra de los deseos de la familia Tolomei —gracias a tío Jim, aún tenía contactos en el Departamento de Estado—, y nos habíamos esfumado sin dejar rastro, para frustración de Pia y Peppo, que, a fin de cuentas, eran nuestros padrinos.

—¡Todo eso es pasado! —decía Peppo sin parar, dándome palmaditas en la espalda—. ¡Ahora estás aquí y al fin podemos hablar! —Pero no sabía por dónde empezar; tantos eran los interrogantes, incluido el motivo de la misteriosa ausencia de mi hermana.

—Estaba muy liada para viajar —dije desviando la mirada—, pero seguro que pronto vendrá a veros.

Para colmo de males, sólo un puñado de invitados hablaban inglés y, cuando contestaba una pregunta, alguien tenía que entenderme primero y traducirme después. Aun así, todos eran tan amables y cariñosos que hasta yo, al cabo de un rato, empecé a relajarme y a pasármelo bien. Daba igual que no nos entiéramos, lo esencial eran las sonrisitas y los gestos de asentimiento, muchísimo más valiosos que las palabras.

De pronto, Pia salió a la terraza con un álbum y se sentó a enseñarme fotos de la boda de mis padres. En cuanto lo abrió, acudieron otras mujeres, deseosas de verlas también y ayudarnos a pasar las páginas.

—¡Mira! —dijo Pia señalando una foto grande—, tu madre llevaba el mismo vestido que llevé yo en mi boda. ¡Qué buena pareja hacían!... Ah, éste es tu primo Francesco...

—¡Espera! —Intenté en vano impedir que pasara la página. Pia no era consciente de que yo jamás había visto una foto de mi padre, y la única foto de adulta de mi madre que conocía era la de graduación del instituto que había sobre el piano de tía Rose.

El álbum de Pia me pilló por sorpresa, no tanto porque mi madre ocultaba bajo el vestido de novia un avanzado embarazo como porque mi padre parecía tener cien años. Obviamente, no los tenía, pero, al lado de mi madre —un sonriente bombón con hoyuelos en las mejillas—, parecía el anciano Abraham de mi Biblia ilustrada para niños.

Aun así, se los veía felices juntos y, aunque no había instantáneas de los dos besándose, en la mayoría mi madre aparecía colgada del brazo de su marido, mirándolo con admiración. Poco después logré deshacerme de mi asombro y decidí aceptar que quizá allí, en aquellas tierras luminosas y dichosas, el tiempo y la edad tuvieran escasa relevancia en la vida de las personas.

Las mujeres que me rodeaban confirmaban mi teoría; ninguna de ellas parecía encontrar extraordinaria aquella unión. Por lo que podía entender, sus exaltados comentarios —todos ellos en italiano— eran principalmente sobre el vestido de mi madre, su velo y la compleja relación genealógica de todos y cada uno de los invitados a la boda con mi padre y consigo mismas.

Tras la boda de mis padres, vinieron unas cuantas páginas dedicadas a nuestro bautizo, pero mis padres apenas salían en ellas. En las imágenes se veía a Pia con un bebé en brazos que podría haber sido Janice o yo —era imposible saber cuál de las dos, y Pia no se acordaba—, y a Peppo sosteniendo orgulloso al otro. Al parecer, había habido dos ceremonias diferentes: una dentro de la iglesia y otra fuera, al sol, junto a la pila bautismal de la contrada de la Lechuza.

—Aquél fue un día especial —sonrió Pia con tristeza—. Tu hermana y tú os convertisteis en pequeñas *civettini*, pequeñas lechuzas. Lástima que... —No acabó la frase, pero cerró el álbum con inmensa ternura—. Hace tanto de eso. A veces me pregunto si es cierto que el tiempo cura... —La interrumpió una repentina conmoción en la casa y una voz que la llamaba impaciente—. *Come!* —Pia se levantó, de pronto inquieta—. ¡Debe de ser Nonna!

La anciana abuela Tolomei, a la que todos llamaban Nonna, vivía con una de sus nietas en el centro de Siena, pero la habían invitado a la finca esa tarde para que me conociese, algo que obviamente no cuadraba en sus planes. De pie en el pasillo, se recolocaba irritada las enaguas negras con una mano, mientras se apoyaba en su nieta con la otra. Si yo hubiera sido tan cruel como Janice, la habría proclamado ipso facto

la perfecta bruja de cuento. Sólo le faltaba el cuervo al hombro.

Pia salió veloz a saludar a la anciana, que, de mala gana, se dejó besar ambas mejillas y permitió que la sentaran en una silla especial del salón. Invirtieron varios minutos en acomodarla: le llevaron cojines, que colocaron y recolocaron, y una limonada de la cocina, que hizo cambiar de inmediato por otra, esta vez con una rodaja de limón anclada al borde.

—Nonna es nuestra tía, la hermana menor de tu padre —me susurró Peppo al oído—. Ven, que te presento. —Me arrastró para que me cuadrara delante de la anciana y le explicó ilusionado la situación en italiano con la clara expectativa de ver algún signo de gozo en su rostro.

Nonna se negó a sonreír. Por más que Peppo le pidió —hasta le imploró— que se sumara a nuestra alegría, no logró persuadirla de que encontrara regocijo alguno en mi presencia. Incluso me instó a acercarme para que la anciana me viera mejor, pero lo que vio sólo le dio más motivos para arrugar el gesto y, antes de que Peppo pudiera apartarme de su alcance, se inclinó y espetó furiosa algo que yo no entendí, pero que hizo espantarse a todos los demás.

Pia y Peppo prácticamente me sacaron del salón, deshaciéndose en disculpas.

—¡Lo siento mucho! —no dejaba de decir Peppo, tan abochornado que ni siquiera podía mirarme a los ojos—. ¡No sé qué le pasa! ¡Creo que se está volviendo loca!

—No te preocupes —dije, demasiado perpleja para sentir nada—. Es lógico que le cueste digerirlo. Todo esto es demasiado nuevo, hasta para mí.

—Vamos a dar un paseo, luego volvemos —me propuso Peppo, aún aturdido—. Es hora de que te enseñe sus tumbas.

El cementerio local era un oasis tranquilo y acogedor, muy distinto de los que yo conocía. Todo el lugar era un laberinto de muros blancos sin techo forrados de tumbas a modo de mosaico. Nombres, fechas y fotos identificaban a los individuos que yacían tras las losas de mármol, y unos conos de bronce sostenían —en nombre de sus anfitriones temporalmente incapacitados— las flores traídas por las visitas.

—Por aquí... —Peppo se apoyó en mi hombro, pero eso no le impidió abrir galantemente la cancela chirriante que conducía a un pequeño santuario algo apartado de la calle principal—. Esto es parte del antiguo..., eh..., panteón de los Tolomei. Casi todo es subterráneo y ya no bajamos allí. Lo de arriba está mejor.

—¡Es precioso!

Entré en la pequeña sala y vi múltiples planchas de mármol y un ramo de flores frescas sobre el altar. En un recipiente de cristal rojo que me resultaba vagamente familiar, ardía lenta una vela, lo que indicaba que los Tolomei cuidaban su panteón. De pronto me sentí fatal por estar allí sin Janice, pero en seguida lo olvidé. De haberme acompañado, seguramente habría fastidiado ese momento con algún

comentario sarcástico.

—Aquí está enterrado tu padre —me indicó Peppo—, y tu madre a su lado. —Guardó silencio, como presa de algún recuerdo lejano—. Era tan joven. Pensé que me sobreviviría.

Miré las placas de mármol, lo único que quedaba del profesor Patrizio Scipione Tolomei y de su esposa, Diane Lloyd Tolomei, y el corazón me dio un brinco. Desde que tenía uso de razón, mis padres habían sido poco más que sombras distantes en un sueño, y jamás había imaginado que un día estaría tan cerca de ellos, al menos físicamente. No sé muy bien por qué, incluso cuando sólo fantaseaba con la posibilidad de viajar a Italia, se me había ocurrido que lo primero que tenía que hacer era encontrar sus tumbas, por eso le agradecía inmensamente a Peppo que me hubiera ayudado a hacer lo que debía.

—Gracias —le dije en voz baja apretándole la mano, que aún descansaba en mi hombro.

—Su muerte fue una tragedia —dijo meneando la cabeza—, así como que todo el esfuerzo de Patrizio se perdiera en el incendio. Había construido una granja preciosa en Malamerenda..., todo desapareció. Después del funeral, tu madre compró una casita cerca de Montepulciano y vivió allí con vosotras, con tu hermana y contigo, pero ya no volvió a ser la misma. Le traía flores todos los domingos, pero... —hizo una pausa para sacarse un pañuelo del bolsillo— ya nunca más fue feliz.

—Espera... —Miré las lápidas de mis padres—. ¿Mi padre murió antes que mi madre? Pensaba que habían muerto a la vez... —Sin embargo, mientras hablaba, pude ver que las fechas confirmaban ese nuevo dato; mi padre había muerto más de dos años antes que mi madre—. ¿Qué incendio fue ése?

—Alguien... No, no debería decir eso... —se reconvino Peppo—. Hubo un incendio terrible. La granja de tu padre ardió. Tu madre tuvo suerte: estaba en Siena de compras con vosotras. Una grandísima tragedia. Pensé que Dios la había protegido, pero a los dos años...

—El accidente de tráfico —murmuré.

—Bueno... —Peppo hincó en el suelo la puntera del zapato—. No sé qué pasó realmente. Nadie lo sabe. Pero voy a decirte algo... —Me miró por fin a los ojos—. Siempre he sospechado que los Salimbeni tuvieron algo que ver.

Yo no sabía qué decir. Recordé a Eva María y su maleta llena de ropa en mi habitación del hotel, lo amable que había sido conmigo, y su empeño en que fuésemos amigas.

—Había un joven —prosiguió Peppo—, Luciano Salimbeni. Era un alborotador. Corrieron muchos rumores. Yo no quiero... —Me miró inquieto—. El incendio... en el que murió tu padre..., dicen que no fue fortuito. Dicen que alguien quiso asesinarlo y destruir su investigación. Fue terrible. Una casa tan bonita. Pero no sé, me parece

que tu madre salvó algo de la casa. Algo importante. Documentos. Temía hablar de ello, pero tras el incendio empezó a indagar sobre... cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—De todo tipo. Yo no sabía las respuestas. Me preguntó por los Salimbeni, por túneles secretos bajo tierra. Quería encontrar una tumba. Tenía algo que ver con la peste.

—¿La peste... bubónica?

—Sí, la gran plaga. La de 1348. —Peppo carraspeó, incómodo—. Tu madre creía que una antigua maldición persigue a los Tolomei y los Salimbeni, e intentaba averiguar cómo ponerle fin. La obsesionaba esa idea. Yo quería creerla, pero... —Se ahuecó el cuello de la camisa, de pronto acalorado—. Era tan resuelta. Estaba convencida de que todos estábamos malditos. Muerte, destrucción, accidentes... «Caiga la peste sobre vuestras dos familias...», era lo que solía decir. —Suspiró profundamente, reviviendo el dolor del pasado—. Siempre citaba a Shakespeare. Se tomaba muy en serio... *Romeo y Julieta*. Creía que la tragedia había sucedido aquí, en Siena. Tenía una teoría... que la obsesionaba. —Peppo meneó la cabeza, incrédulo—. No sé, yo no soy profesor. Sólo sé que hubo un hombre, Luciano Salimbeni, que quiso encontrar un tesoro...

No podía evitarlo, tenía que preguntar:

—¿Qué clase de tesoro?

—¿Quién sabe? —dijo Peppo encogiéndose de hombros—. Tu padre se dedicaba a investigar viejas leyendas. Siempre estaba hablando de tesoros perdidos. En cierta ocasión, tu madre me habló de uno..., ¿cómo lo llamó...? Los «ojos de Julieta», creo. Ignoro a qué se refería, aunque, por lo visto, era muy valioso, y me parece que Luciano Salimbeni iba tras él.

Me moría de ganas de averiguar más, pero a Peppo se lo veía muy angustiado; se mareaba, y se agarró a mi brazo para no caerse.

—Yo que tú me andarías con muchísimo cuidado —prosiguió—. No me fiaría de nadie que llevase el apellido Salimbeni. —Al ver mi expresión, frunció el ceño—. ¿Me crees *pazzo...*, loco? Estamos ante la tumba de una joven que murió prematuramente: tu madre. ¿Quién soy yo para decirte quién le hizo esto y por qué? —Se agarró con más fuerza—. Está muerta, como tu padre. Eso es todo cuanto sé, pero mi viejo corazón Tolomei me dice que debes tener cuidado.

En nuestro último año de instituto, Janice y yo nos presentamos voluntarias para la obra de fin de curso, que casualmente era *Romeo y Julieta*. Tras las pruebas, a Janice le dieron el papel de Julieta, y a mí me tocó hacer de árbol del jardín de los Capuleto. Ella, claro, le dedicaba más tiempo a sus uñas que a memorizar el texto y, cuando ensayábamos la escena del balcón, era yo, estratégicamente situada en escena, con un montón de ramas por brazos, quien le soplabla el comienzo de sus frases.

Sin embargo, la noche del estreno se portó fatal conmigo —en maquillaje, no paraba de reírse de mi cara marrón, y de arrancarme las hojas del pelo mientras a ella le ponían unas trenzas rubias y las mejillas sonrosadas—, así que, cuando llegó la escena del balcón, no me apeteció echarle un cable.

De hecho, hice todo lo contrario.

Romeo dijo: «¿Por quién he de jurar?», y yo le susurré: «Tres palabras...». Janice soltó inmediatamente: «Tres palabras aún, Romeo, y me despido», lo que descolocó por completo a Romeo e hizo que la escena terminase en caos.

Más tarde, cuando yo hacía de candelabro en la alcoba de Julieta, logré que Janice amaneciera junto a Romeo y le soltase sin más: «¡Vete, que ya despierta!», algo que no generó muy buen ambiente para el resto de su tierna escena. Huelga decir que Janice se puso tan furiosa que me siguió por todo el instituto después, jurando que iba a afeitarme las cejas. Al principio fue divertido pero, cuando se pasó llorando una hora entera, encerrada en el baño, dejé de reírme.

Pasada la medianoche, mientras hablaba con tía Rose en el salón, sin querer ir a mi cuarto por miedo a que Janice me afeitase en cuanto me quedara dormida, Umberto nos trajo un vaso de *vin santo*. No dijo nada, se limitó a darnos los vasos, y tía Rose ni siquiera mencionó que yo era demasiado joven para beber.

—¿Te gusta esa obra? —me preguntó en cambio—. Pareces sabértela de memoria.

—No es que me guste mucho —confesé—. Es que... la tengo *ahí*, metida en la cabeza.

Tía Rose asintió despacio, saboreando su vino dulce.

—A tu madre le pasaba lo mismo. Se la sabía de memoria. Era... como una obsesión.

Contuve el aliento para por no interrumpirla y esperé en vano otra pincelada de mi madre. Tía Rose se limitó a alzar la vista, fruncir el ceño, carraspear y dar otro sorbo al vino. Nada más. Ésa fue una de las pocas cosas que me dijo de mi madre motu proprio; nunca se lo conté a Janice. Nuestra mutua obsesión por la obra de Shakespeare era un pequeño secreto que sólo compartía con mi madre, igual que nunca le hablé a nadie de mi temor creciente a morir a los veinticinco, como le había sucedido a ella.

En cuanto Peppo me dejó a la puerta del hotel Chiusarelli, me fui directa al cibercafé más próximo y busqué a Luciano Salimbeni en Internet. Sin embargo, me costó varias acrobacias verbales dar con una combinación de búsqueda que produjera algo remotamente útil. Sólo al cabo de una hora y muchísimas frustraciones con el italiano, llegué a las siguientes conclusiones casi inamovibles:

Uno: Luciano Salimbeni estaba muerto.

Dos: Luciano Salimbeni era malo, posiblemente un asesino en serie.

Tres: Luciano y Eva María Salimbeni estaban emparentados de algún modo.

Cuatro: había algo raro en el accidente de tráfico que había matado a mi madre, y a Luciano Salimbeni lo habían llamado para interrogarlo.

Imprimí las páginas para poder releerlas más tarde, con la ayuda de mi diccionario. Aquella búsqueda me reportaba poco más de lo que Peppo me había contado esa misma tarde, pero al menos ya sabía que mi anciano primo no se había inventado la historia; realmente había habido un peligroso Luciano Salimbeni suelto por Siena hacía unos veinte años.

Lo bueno era que estaba muerto. En otras palabras, no podía ser el tipo del chándal que —quizá sí, quizá no— me había seguido el día anterior al salir del banco del palazzo Tolomei con el cofre de mi madre.

En el último momento se me ocurrió buscar «los ojos de Julieta» y, como era de esperar, ninguno de los resultados tenía nada que ver con tesoros legendarios. Casi todo eran debates pseudoacadémicos sobre la importancia de los ojos en el *Romeo y Julieta* de Shakespeare y, ya que estaba en ello, me leí un par de pasajes de la obra, tratando de detectar algún mensaje cifrado. Uno de ellos rezaba: *¡Ay de mí! Temo el peligro de tus ojos más, mucho más, que a veinte espadas.*

Bueno, pensé, si ese malvado Luciano Salimbeni realmente había matado a mi madre por «los ojos de Julieta», lo que Romeo decía era cierto; cualquiera que fuese la naturaleza de aquellos ojos misteriosos, eran mucho más peligrosos que una arma, así de sencillo. En cambio, el segundo pasaje parecía algo más que la típica frase de ligoteo:

*Dos estrellas del cielo entre las más hermosas
han rogado a sus ojos que en su ausencia
brillen en las esferas hasta su regreso.*

¡Oh, si allí sus ojos estuvieran! ¡Y si habitaran su rostro las estrellas!

Fui rumiando aquellos versos mientras caminaba por la via del Paradiso. Romeo pretendía piroppear a Julieta diciéndole que sus ojos eran como estrellas resplandecientes, pero lo hacía de una forma curiosa. A mi juicio, imaginar a una chica con las cuencas de los ojos vacías no era el mejor modo de enamorarla.

No obstante, aquella poesía me supuso una agradable distracción de otras cosas que había averiguado ese día. Mis padres habían muerto de una forma horrible, por separado, y posiblemente incluso a manos de un asesino. Aunque hacía horas que había dejado el cementerio, aún me costaba procesar tan espantoso descubrimiento. Aparte de la conmoción y la tristeza, notaba las cosquillas del miedo, igual que el día anterior, cuando creí que me seguían al salir del banco. ¿Habría hecho mal en desoír la advertencia de Peppo? ¿Estaría en peligro después de tantos años? Si era así, en teoría, sólo tenía que volver a Virginia para ponerme a salvo, pero ¿y si lo del tesoro

era cierto? ¿Y si, en algún lugar del cofre de mi madre, había una pista para encontrar «los ojos de Julieta», fueran lo que fuesen éstos?

Absorta en mis cavilaciones, entré paseando en el apartado jardín de un monasterio, a cierta distancia de la piazza San Domenico. Empezaba a oscurecer, y me detuve un instante junto a la arcada de una galería a beberme los últimos rayos de sol mientras las sombras de la noche trepaban despacio por mis piernas. No me apetecía volver al hotel, donde me esperaba el diario del maestro Ambrogio para devolverme al año 1340 y tenerme en vela toda la noche.

Allí, inmersa en la penumbra, pensando sólo en mis padres, lo vi por primera vez...

Al maestro.

Caminaba entre las sombras de la galería opuesta, cargado con un atril y varios objetos más que no paraban de escapársele de las manos, forzándolo a detenerse para redistribuir el peso. Al principio, tan sólo me lo quedé mirando; era imposible no hacerlo. No se parecía a ningún otro italiano que hubiese conocido, con su pelo largo y cano, su rebeca dada de sí y sus sandalias abiertas, como un viajero en el tiempo venido de Woodstock que vagase sin ganas por un mundo gobernado por otros cánones.

De primeras no me vio y, cuando le di alcance y le entregué un pincel que se le había caído, dio un respingo.

—*Scusi...* —dije—. Creo que esto es suyo.

Miró el pincel sin reconocerlo y, cuando al fin lo aceptó, lo sostuvo desmañadamente, como si ignorase su utilidad por completo. Luego me miró a mí, aún perplejo, y me dijo:

—¿Te conozco?

Antes de que pudiese contestarle, una sonrisa se dibujó en su rostro y exclamó:

—¡Claro que sí! Te recuerdo. Eres..., refréscame la memoria..., ¿quién eres?

—*Giulietta... Tolomei*. Pero no creo que...

—¡Sí, sí, sí! ¡Por supuesto! ¿Dónde has estado?

—Acabo... de llegar.

Su rostro se ensombreció al percatarse de su propia estupidez.

—¡Claro! No me hagas caso. Acabas de llegar. Y aquí estás. Más guapa que nunca. *Giulietta Tolomei*. —Sonrió y meneó la cabeza—. Nunca he entendido eso del tiempo.

—Bueno... —dije, alucinada—. ¿Se encuentra bien?

—¿Yo? ¡Ah! Sí, gracias. Pero... tienes que venir a verme. Quiero enseñarte algo. ¿Conoces mi taller? Está en la via Santa Caterina. La puerta azul. No hace falta que llames, pasa.

Entonces se me ocurrió que me había tomado por una turista y quería venderme

souvenirs. «Sí, claro —pensé—. Tranquilo, que me pasaré por allí».

Cuando hablé con Umberto esa misma noche, le afectó mucho mi descubrimiento sobre la muerte de mis padres.

—¿Estás segura de que es cierto?

Le contesté que sí. No sólo todo apuntaba a que alguna fuerza oscura había intervenido en los sucesos de hacía veinte años, sino que, por lo visto, esas fuerzas seguían presentes, al acecho.

—¿Estás segura de que este tipo te seguía? —objetó Umberto—. Quizá...

—Umberto —lo interrumpí—, iba en chándal.

Los dos sabíamos que, en el universo de Umberto, sólo un perverso delincuente pasearía por una calle elegante vestido con un chándal.

—Bueno, tal vez sólo era un carterista —dijo él—. Vio que salías del banco y se imaginó que habías sacado dinero...

—Sí, puede ser. No veo por qué alguien podría querer este cofre. No encuentro nada en él que tenga que ver con «los ojos de Julieta»...

—¿«Los ojos de Julieta»?

—Sí, eso fue lo que me dijo Peppo. —Suspiré y me tiré sobre la cama—. Al parecer, ése es el tesoro. Aunque yo creo que todo es una inmensa filfa. Me da que mamá y tía Rose deben de estar partiéndose de risa en el cielo. En fin..., ¿qué tal tú?

Tardé al menos cinco minutos en enterarme de que Umberto ya no se hospedaba en casa de tía Rose, sino en un hotel de Nueva York, buscando trabajo o algo así. Me costaba imaginármelo sirviendo mesas en Manhattan, gratinando con parmesano la pasta de otros. A él debía de pasarle lo mismo, porque parecía cansado y deprimido. Me habría encantado poder asegurarle que estaba a punto de hacerme con una sustanciosa fortuna, pero ambos sabíamos que, aun habiendo recuperado el cofre de mi madre, no tenía ni idea de por dónde empezar.

II. III

La muerte que sorbió la miel de tus labios no pudo nada contra tu belleza.

Siena, 1340

El golpe letal no llegó. En su lugar, fray Lorenzo —aún arrodillado en oración ante el bandido— oyó un resuello frágil y aterrador seguido de un temblor que sacudió la carreta entera y el estruendo de un cuerpo desplomándose al suelo. Después... silencio. Un breve vistazo con un ojo medio abierto le valió para confirmar que, efectivamente, quien pretendía asesinarlo ya no se alzaba sobre él blandiendo su espada, por lo que fray Lorenzo se estiró nervioso para ver dónde había ido a parar el bandido tan de repente.

Allí estaba, roto y ensangrentado, al borde de la cuneta, el individuo que hacía apenas unos instantes era el engreído cabecilla de una banda de salteadores de caminos. Cuan frágil y humano parecía ahora, pensó fray Lorenzo, con la punta de un cuchillo brotándole del pecho mientras un hilo de sangre se le escurría de aquella boca diabólica a un oído que había sido testigo de muchas súplicas desesperadas sin atender jamás ninguna.

—¡Madre de Dios! —alzó las manos juntas al cielo—. ¡Gracias, Virgen santa, por salvar a tu humilde servidor!

—No hay de qué, padre, pero no soy ninguna virgen.

Al oír aquella voz espectral y comprobar lo cerca que estaba su propietario, espeluznante, con su casco empenachado, su peto y su lanza en ristre, fray Lorenzo se levantó de un brinco.

—¡Noble San Miguel, me habéis salvado la vida! —gritó, a un tiempo exaltado y aterrado—. ¡Ese hombre, ese granuja, estaba a punto de matarme!

San Miguel se levantó la visera y reveló su joven rostro.

—Sí —dijo con voz ahora humana—, lo he supuesto, pero, para vuestra desilusión, debo añadir que tampoco soy un santo.

—¡Sea cual sea vuestra condición, noble caballero, vuestra llegada ha sido de verdad milagrosa, y estoy seguro de que la Virgen os compensará en el cielo! —exclamó fray Lorenzo.

—Gracias, padre, pero la próxima vez que habléis con ella, ¿os importaría decirle que preferiría una compensación terrenal? —replicó el caballero con un destello de picardía en los ojos—. ¿Otro caballo, quizá? Porque, con éste, seguro que no me toca ni un cerdo en el Palio.

Fray Lorenzo pestañeó una vez, tal vez dos, mientras empezaba a darse cuenta de

que su salvador le había dicho la verdad: no era ningún santo. Además, a juzgar por el modo en que había hablado de la Virgen María —con impertinente familiaridad—, tampoco era un alma piadosa.

Al detectar que, por una minúscula rendija, la ocupante del ataúd intentaba ver a su osado redentor, fray Lorenzo no dudó en sentarse sobre la tapa para evitar que la caja se abriera, ya que su instinto le decía que aquellos dos jóvenes no debían conocerse.

—Ejem —dijo, decidido a ser cortés—. ¿Dónde andáis batallando, noble caballero? ¿Partís para Tierra Santa, quizá?

El otro lo miró incrédulo.

—¿De dónde salís, extraño fraile? Cualquier hombre de Dios sabe bien que los tiempos de las cruzadas ya pasaron. Esas colinas, esas torres..., ¡ésa es mi Tierra Santa! —añadió extendiendo el brazo en dirección a Siena.

—Entonces, ¡me alegro sinceramente de no haber topado con viles intenciones!

El caballero no parecía convencido.

—¿Puedo preguntar qué os trae a Siena, padre? —dijo frunciendo los ojos—. ¿Qué lleváis en ese ataúd?

—¡Nada!

—¿Nada? —El otro miró el cuerpo tirado en el suelo—. Me extraña que los Salimbeni sangren por nada. Seguro que ahí lleváis algo valioso.

—¡En absoluto! —insistió el fraile, muy agitado aún para confiar en otro desconocido con demostradas habilidades asesinas—. En esta caja descansa uno de mis pobres hermanos, brutalmente desfigurado de una caída desde nuestro ventoso campanario hace tres días. Debo entregárselo a mi señor..., eh..., a su familia de Siena esta noche.

Para alivio del fraile, el gesto del otro mudó la creciente hostilidad por la compasión, y no hizo más preguntas sobre el ataúd. En cambio, volvió la cabeza y miró inquieto camino abajo. Fray Lorenzo le siguió la mirada, pero no halló otra cosa más que el sol poniente, si bien la vista le recordó que, gracias a aquel joven, pagano o no, podía disfrutar del resto del día y, Dios mediante, de muchos más como ése.

—¡Primos! —bramó su redentor—, ¡la mala fortuna de este desdichado fraile ha interrumpido nuestro ensayo de la carrera!

Sólo entonces vio fray Lorenzo a otros cinco jinetes surgir del sol y, según se aproximaban, entendió que se trataba de un puñado de jóvenes que practicaban algún deporte. Ninguno de los otros llevaba armadura, pero uno —casi un niño— portaba un reloj de arena. Cuando el chico vio el cadáver en la cuneta, el artilugio se le escapó de las manos, cayó al suelo y se partió por la mitad.

—Un mal augurio para nuestra carrera, primito —le dijo el caballero al muchacho—, aunque quizá nuestro santo amigo pueda deshacerlo con una oración o dos. ¿Qué

decís, padre? ¿Podrías bendecir mi caballo?

Fray Lorenzo miró furioso a su redentor, creyéndose víctima de una broma, pero el otro, a la grupa de su caballo, tan cómodo como cualquiera podría estarlo en una silla de su casa, parecía sincero. No obstante, al ver el ceño fruncido del monje, el joven sonrió y dijo:

—¡Da igual! No hay bendición que valga a este jamelgo. Pero, decidme, antes de que partamos, si he salvado a amigo o enemigo.

—¡Nobilísimo maestro! —Avergonzado de haber pensado mal, siquiera un instante, del hombre que el Altísimo había enviado a salvarle la vida, fray Lorenzo se levantó de un brinco y, con la mano en el pecho, añadió sumiso—: ¡Os debo la vida! ¿Qué otra cosa podría ser sino vuestro devoto súbdito para siempre?

—¡Hermosas palabras! Pero ¿a quién favorecéis?

—¿Favorecer? —Fray Lorenzo los miró a todos, uno por uno, en busca de una pista.

—Sí, ¿por quién hacéis campaña en el Palio? —lo instó el muchacho al que se le había caído el reloj de arena.

Seis pares de ojos se fruncieron mientras el fraile se esforzaba por articular una respuesta, mirando primero el pico dorado del casco empenachado del caballero, después las alas negras de la banderola que llevaba sujeta a la lanza y, por último, la enorme águila que decoraba su peto.

—Por supuesto, favorezco... ¿al águila? —contestó fray Lorenzo con precipitación—. ¡Sí! A la gran águila..., ¡la reina del cielo!

Para su alivio, la respuesta fue recibida entre vítores.

—¡Entonces sois de los nuestros! —concluyó el caballero—. Me alegro de haberlo matado a él y no a vos. Venid, os escoltaremos hasta la ciudad. Por la puerta de Camollia no se permite el paso de carretas después de la puesta del sol, así que debemos darnos prisa.

—Vuestra amabilidad me abruma —declaró fray Lorenzo—. Os ruego que me digáis vuestro nombre para que pueda bendeciros en todas mis oraciones de ahora en adelante.

El casco picudo descendió brevemente en un gesto de cordial asentimiento.

—Soy el Águila, pero me llaman Romeo Marescotti.

—¿Marescotti es vuestro nombre mortal?

—¿Qué más da el nombre? El Águila vive eternamente.

—Sólo Dios puede otorgar la vida eterna —espetó fray Lorenzo, dejando que su cicatería natural eclipsara por un instante su gratitud.

El caballero sonrió.

—Así pues —replicó, sobre todo por divertir a sus compañeros—, ¡el águila debe de ser el ave favorita de la Virgen!

Cuando Romeo y sus primos dejaron por fin al monje y su carreta en su destino de Siena, el atardecer se había tornado en noche cerrada y un cauto silencio se había apoderado del mundo. Puertas y ventanas se hallaban cerradas y vedadas a los demonios de la noche y, de no haber sido por la luna y algún transeúnte ocasional portador de una antorcha, fray Lorenzo se habría perdido hacía tiempo en aquel laberinto de callejuelas empinadas.

Al preguntarle Romeo a quién iba a visitar, el monje había mentido. Sabía de la cruenta enemistad entre los Tolomei y los Salimbeni y que, en la compañía equivocada, podía resultar fatal admitir que había viajado a Siena en busca del gran señor Tolomei. A pesar de su voluntad de ayudar, quién sabe cómo habrían reaccionado Romeo y sus primos, y qué lascivas historias contarían a sus familias si averiguaban la verdad. De modo que fray Lorenzo les había dicho que se dirigía al taller del maestro Ambrogio Lorenzetti, el otro único nombre que podía relacionar con Siena.

Ambrogio Lorenzetti era un pintor, un auténtico maestro, muy apreciado en todas partes por sus frescos y sus retratos. Fray Lorenzo no lo conocía en persona, pero recordaba que alguien le había dicho que aquel gran hombre vivía en Siena. Al principio se lo había nombrado a Romeo con cierta inquietud, pero, al ver que la mención del artista no contrariaba al joven, osó suponer que su elección había sido acertada.

—Bueno..., hemos llegado —dijo Romeo, deteniendo su caballo en una calle estrecha—. Es la puerta azul.

Fray Lorenzo miró alrededor, sorprendido de que el famoso pintor no viviese en un barrio más atractivo. Había basura e inmundicia por toda la calle, y gatos escuálidos que lo observaban desde portales y rincones oscuros.

—Agradezco vuestra ayuda, caballeros —dijo apeándose de la carreta—. El cielo os compensará en su debido momento.

—Apartad, padre —replicó Romeo, desmontando—, para que entremos ese ataúd por vos.

—¡No! ¡No lo toquéis! —Fray Lorenzo trató de interponerse entre Romeo y el ataúd—. Ya me habéis ayudado bastante.

—¡Sandeces! —Romeo casi apartó al monje de un empujón—. ¿Cómo pretendéis meterlo en la casa sin nuestra ayuda?

—No pretendo... ¡Dios proveerá! Me ayudará el maestro...

—Los pintores tienen cerebro, no músculos. —Esta vez Romeo lo apartó, pero lo hizo con delicadeza, consciente de que se enfrentaba a un oponente más débil.

El único que parecía desconocer su debilidad era el fraile.

—¡No! —exclamó, empeñado en defender su cometido de protector único del ataúd—. Os ruego..., ¡os ordeno que...!

—¿Vos me lo ordenáis? —Romeo lo miró divertido—. No hacéis más que incrementar mi curiosidad. Acabo de salvaros la vida, padre. ¿Cómo es que ya no os sirve mi amabilidad?

Al otro lado de la puerta azul, dentro del taller del maestro Ambrogio, el pintor se ocupaba en lo que solía ocuparse a esa hora del día: mezclar y probar colores. La noche pertenecía al audaz, al loco, al artista —a menudo, uno y trino—, y era un momento excelente para trabajar porque todos sus clientes estaban en sus casas, comiendo y durmiendo como hacen los humanos, y no llamarían a su puerta hasta después del amanecer.

Gozosamente ensimismado en su trabajo, el maestro Ambrogio no reparó en el alboroto de la calle hasta que su perro, *Dante*, empezó a gruñir. Sin soltar el mortero, el pintor se aproximó a la puerta para evaluar la gravedad de la disputa, que, a juzgar por el elevado tono, tenía lugar en su portal. Le recordó a la espléndida muerte de Julio César, asesinado decorativa y armoniosamente —escarlata sobre mármol, enmarcado por las columnas— por una multitud de senadores romanos. ¡Ojalá algún gran sienes muriese allí de forma similar y le permitiera disfrutar de la escena en el muro vecino!

En ese preciso instante, alguien aporreó la puerta, y *Dante* empezó a ladrar.

—¡Calla! —le dijo Ambrogio al perro—. Más vale que te escondas, por si es el cornudo el que intenta entrar. Lo conozco bastante mejor que tú.

Tan pronto como el maestro abrió la puerta, lo envolvió un remolino de voces agitadas que irrumpieron en su domicilio en medio de una acalorada discusión sobre no sé qué objeto que debía meterse allí.

—¡Decidles, mi buen hermano en Cristo... —lo instó el monje, sin resuello—, decidles que ya nos encargamos nosotros de esto!

—¿De qué? —quiso saber el maestro Ambrogio.

—¡Del ataúd del campanero muerto! —espetó otro—. ¡Éste!

—Me temo que os equivocáis de casa —señaló el maestro—. Yo no he pedido nada.

—Os suplico que nos dejéis entrar —le imploró el monje—. Os lo explicaré todo.

No tenía más que hacerse a un lado, de modo que abrió la puerta de par en par y dejó que los jóvenes metieran el ataúd en su taller y lo depositaran en el suelo, en el centro de la estancia. No le extrañó que el joven Romeo Marescotti y sus primos anduvieran —como de costumbre— metidos en algún lío; lo que le asombró fue la presencia del inquieto monje.

—Éste es el ataúd más ligero que he cargado jamás —observó uno de los acompañantes de Romeo—. Vuestro campanero debía de ser muy delgado, fray Lorenzo. La próxima vez, procurad encontrar uno más fuerte que aguante mejor en el ventoso campanario.

—¡Eso haremos! —exclamó fray Lorenzo con descortés impaciencia—. Gracias, caballeros, por vuestros servicios. Gracias, mi señor Romeo, por salvarnos la vida... ¡por salvarme la vida! Tomad..., ¡un *centesimo* por las molestias! —añadió sacándose de debajo del hábito una moneda pequeña y doblada.

La moneda quedó al aire un rato, sin que nadie la reclamase. Al final, fray Lorenzo volvió a metérsela bajo el hábito, con las orejas encendidas como ascuas avivadas por una ráfaga de viento inesperada.

—Lo único que pido —dijo Romeo, por fastidiar— es que nos mostréis lo que contiene ese ataúd. Porque no es un monje, ni gordo ni delgado, de eso estoy seguro.

—¡No! —La inquietud de fray Lorenzo se transformó en pánico—. ¡No puedo permitirlo! ¡Os juro, y pongo a la Virgen María por testigo, que si este ataúd se abre, una debacle caerá sobre todos nosotros!

Ambrogio pensó que jamás había reparado en los rasgos de una ave, de un gorrioncillo caído del nido, con sus plumas desgredadas y sus ojitos aterrados... Eso parecía precisamente aquel joven fraile, acorralado por los gatos más célebres de Siena.

—Vamos, padre —dijo Romeo—. Os he salvado la vida esta noche. ¿Acaso no merezco vuestra confianza?

—Temo —terció Ambrogio dirigiéndose a fray Lorenzo— que tendréis que cumplir vuestra amenaza y dejar que la debacle caiga sobre todos nosotros. El honor así lo exige.

El monje meneó la cabeza con vehemencia.

—Muy bien, lo abriré, pero permitidme que os lo explique primero... —Miró inquieto a un lado y a otro en busca de inspiración, luego asintió con la cabeza y dijo —: Tenéis razón, no hay ningún monje en ese ataúd, pero sí alguien igualmente sagrado: la única hija de mi generoso patrón, que... —se aclaró la garganta para imprimir veracidad a su voz— falleció trágicamente hace dos días. Mi señor me envía a vos, maestro, con el cuerpo de la joven difunta para que plasméis sus rasgos en una pintura antes de que se pierdan para siempre.

—¿Dos días? —se espantó Ambrogio, muy profesional—. ¿Tanto tiempo lleva muerta? Mi querido amigo... —Sin esperar la aprobación del monje, levantó la tapa del ataúd para evaluar los daños, aunque, por fortuna, la joven del interior aún no había sido víctima de la muerte—. Parece que todavía tenemos tiempo —dijo gratamente sorprendido—. Aun así, debo comenzar en seguida. ¿Os ha sugerido vuestro patrón algún motivo? Acostumbro a pintar una Virgen María de cintura para arriba; en este caso, incluiré gratuitamente al Niño Jesús, dado que venís de tan lejos.

—Bien..., me quedo con la Virgen —respondió fray Lorenzo mirando nervioso a Romeo, que, arrodillado junto al ataúd, admiraba a la joven muerta—, y con Nuestro Señor Jesucristo, puesto que es gratis.

—*Ahimé!* —clamó Romeo, ignorando la pose vigilante del monje—. ¿Cómo puede Dios ser tan cruel?

—¡Deteneos! —gritó fray Lorenzo, aunque ya era demasiado tarde: el joven le había acariciado la mejilla a la muchacha.

—Una belleza así jamás debería morir —dijo con ternura—. Hasta la muerte reniega de su oficio esta noche. Mirad, aún no ha teñido sus labios de púrpura.

—¡Cuidado! —advirtió fray Lorenzo, intentando cerrar la caja—. ¡No sabéis la infección que portan esos labios!

—Si fuera mía —prosiguió Romeo, obstaculizando la voluntad del monje y obviando cualquier peligro—, la seguiría al paraíso y me la traería de vuelta. O me quedaría allí con ella para siempre.

—Sí, sí, sí —lo interrumpió fray Lorenzo, cerrando la caja a la fuerza, casi estampándola sobre la muñeca del otro—, la muerte transforma a todos los hombres en extraordinarios amantes. ¡Ojalá hubieran sido tan apasionados cuando la dama aún vivía!

—Muy cierto, padre —asintió Romeo, levantándose al fin—. Bueno, ya he visto y oído bastantes miserias por una noche. Os dejo con vuestros tristes menesteres, yo iré a tomarme un vino a la salud de esta pobre alma. De hecho, creo que serán varios, por si el alcohol me lleva directo al paraíso y puedo conocerla allí en persona. —Fray Lorenzo se abalanzó de pronto sobre él y le susurró furioso sin motivo aparente:

—¡Amarrad vuestra lengua, mi señor Romeo, no vaya a perderos!

El joven sonrió.

—... y presentarle mis respetos.

Hasta que salieron del taller todos los granujas y se extinguió por completo el sonido de los cascos de sus caballos, fray Lorenzo no volvió a levantar la tapa del ataúd.

—Estáis a salvo —dijo—. Podéis salir.

La joven abrió al fin los ojos y se incorporó, con las mejillas hundidas por el agotamiento.

—¡Dios todopoderoso!, ¿qué suerte de brujería es ésta? —exclamó espantado Ambrogio, persignándose con la mano del mortero.

—Os ruego, maestro, que nos escoltéis al palazzo Tolomei —le imploró fray Lorenzo, ayudando a la joven a levantarse—. Esta joven dama es la sobrina de mi señor Tolomei, Giulietta. Ha sido víctima de muchos males y debo ponerla a salvo cuanto antes. ¿Podrías ayudarnos?

Ambrogio miró al monje y luego a la muchacha, tratando aún de digerir lo acontecido. A pesar del cansancio, la joven se mantenía erguida, su pelo alborotado, resplandeciente a la luz de la vela, sus ojos, tan azules como el cielo de un día claro. Era, sin la menor duda, la creación más perfecta que había contemplado jamás.

—¿Puedo preguntar qué os ha impulsado a confiar en mí? —le preguntó al monje.

Fray Lorenzo señaló las pinturas que lo rodeaban.

—Un hombre que ve lo divino en las cosas mundanas, sin duda, es un hermano en Cristo.

El maestro miró también a su alrededor, pero no vio más que botellas de vino vacías, obras inconclusas y retratos de personas que habían cambiado de opinión al ver la factura.

—Exageráis, aunque os lo agradezco —dijo meneando la cabeza—. No temáis, os llevaré al palazzo Tolomei, pero, primero, satisfaced mi descortés curiosidad y contadme qué le aconteció a esta joven dama y por qué se hacía pasar por muerta encerrada en ese ataúd.

Por primera vez, Giulietta habló, con una voz tan dulce y firme como tenso de dolor se mostraba su rostro.

—Hace tres días —dijo—, los Salimbeni asaltaron mi casa. Mataron a todos los Tolomei (a mi padre, a mi madre y a mis hermanos) y a todos cuantos se interpusieron en su camino, salvo a este hombre, mi querido confesor, fray Lorenzo. Yo estaba confesándome en la capilla cuando tuvo lugar el asalto, si no también... —Apartó la mirada, presa de la desesperación.

—Venimos en busca de protección —continuó el fraile—, y a contarle a mi señor Tolomei lo sucedido.

—Venimos en busca de venganza —lo corrigió Giulietta con los ojos muy abiertos, llenos de odio, y los puños cerrados apretados contra el pecho como para contener la ira—, y a destripar a ese monstruo de Salimbeni y colgarlo de sus propias entrañas.

—Ejem... —la interrumpió el fraile—. Ejerceremos, por supuesto, el perdón cristiano...

Giulietta asintió con vehemencia, sin escucharlo, y prosiguió:

¡y se las echaremos a los perros una por una!

—Os compadezco. Debéis de haber sufrido mucho... —confesó el maestro Ambrogio, deseando poder abrazar a la hermosa muchacha para consolarla.

—¡No he sufrido en absoluto! —Sus ojos azules perforaron el alma del pintor—. De modo que no os compadezcáis de mí, limitaos a llevarnos a casa de mi tío sin más interrogatorios. Por favor —añadió, más serena, consciente de su arrebató.

Tras dejar a salvo al monje y a la muchacha en el palazzo Tolomei, el maestro Ambrogio volvió al taller en una especie de galopada. Nunca antes se había sentido así. Estaba enamorado, enfurecido..., todo a la vez. La inspiración agitaba sus colosales alas en su cabeza y le desgarraba el pecho buscando un modo de escapar del continente mortal de aquel hombre de talento. Desparramado en el suelo, eternamente

confundido por el comportamiento humano, *Dante* miraba con un ojo medio inyectado en sangre cómo Ambrogio componía sus colores e iniciaba la plasmación de los rasgos de Giulietta Tolomei sobre una pintura de una Virgen María hasta entonces descabezada. Tuvo que empezar por los ojos. En su taller, no había habido hasta entonces un color tan fascinante; de hecho, aquella tonalidad no se encontraba en toda la ciudad, porque acababa de inventarla, presa de un frenesí casi febril, mientras la imagen de la joven seguía aún húmeda en el lienzo de su mente.

Alentado por el resultado, no dudó en trazar el contorno del notable rostro que ocultaban aquellos llameantes riachuelos de pelo. Los trazos del artista eran rápidos y firmes; si la joven hubiese estado sentada ante él en ese preciso instante, posando para la eternidad, el artista no podría haber trabajado con más vertiginoso acierto.

—¡Sí! —Era lo único que escapaba de su boca mientras, con avidez, casi con voracidad, devolvía a la vida aquellos rasgos arrebatadores.

Terminada la pintura, retrocedió varios pasos y al fin cogió el vaso de vino que se había servido en una vida anterior, hacía cinco horas.

Justo entonces volvieron a llamar a la puerta.

—¡Calla! —le dijo a *Dante*, amenazándolo con el dedo para que dejara de ladrar—. Siempre supones lo peor. Quizá sea otro ángel. —Sin embargo, al abrir la puerta y ver el demonio que le había enviado el destino a tan intempestiva hora, supo que el perro tenía más razón que él.

Fuera, a la luz titilante de la antorcha mural, se hallaba Romeo Marescotti, con su rostro engañosamente encantador partido en dos por una ebria sonrisa. Aparte de su reciente encuentro con el joven, Ambrogio conocía muy bien a Romeo desde hacía una semana, cuando todos los varones Marescotti se habían sentado ante él, uno por uno, para que sus rostros se incluyeran en un nuevo y formidable mural del palazzo Marescotti. El páter familias, el comandante Marescotti, buscaba una representación de su clan que combinase pasado y presente, y en la que todos sus antepasados ilustres —más unos cuantos menos ilustres— aparecieran en el centro, afanados, de algún modo, en la batalla de Montaperti, mientras los vivos flotaban en el cielo, vestidos y dispuestos como las Siete Virtudes. Para entretenimiento de todos, a Romeo le había correspondido la menos ajustada a su carácter, con lo que el maestro Ambrogio se había visto obligado a fundir pasado y presente aplicando hábilmente los rasgos del más infame playboy de Siena al príncipe apostado en el trono de la Castidad.

La castidad renacida apartó de un empujón a su benigno creador y entró en el taller buscando el ataúd, que aún se encontraba —cerrado— en medio de la estancia. El joven no podía ocultar que ansiaba abrirlo y ver de nuevo el cuerpo que se ocultaba en su interior, pero, para ello, habría tenido que retirar la paleta del pintor y algunos pinceles húmedos que descansaban ahora encima de la tapa.

—¿Habéis terminado ya la pintura? —preguntó en cambio—. Quiero verla.

Ambrogio cerró la puerta despacio, consciente de que su visitante había bebido demasiado para guardar bien el equilibrio.

—¿Por qué deseáis ver la imagen de una joven muerta? Habrá muchas vivas por ahí.

—Cierto —coincidió Romeo, detectando al fin la nueva incorporación—, pero eso sería demasiado fácil, ¿no os parece? —Se acercó al retrato y lo examinó con la mirada de un experto, no en arte, sino en mujeres. Al poco, asintió con la cabeza—: No está mal. Bonitos ojos le habéis dado. ¿Cómo habéis...?

—Os lo agradezco —intervino en seguida Ambrogio—, pero el verdadero artista es Dios. ¿Más vino?

—Claro. —Romeo tomó la copa y se sentó en el ataúd, evitando los pinceles húmedos—. ¿Qué os parece si brindamos por vuestro amigo, Dios, y por todos los juegos a que nos somete?

—Es muy tarde —dijo Ambrogio, retirando la paleta para sentarse junto a Romeo—. Debéis de estar cansado, amigo mío.

Como atrapado por el retrato que tenía delante, Romeo no lograba apartar los ojos de él lo bastante para mirar al pintor. Cuando por fin habló, lo hizo con una sinceridad novedosa, incluso para él.

—No estoy tan cansado como despierto. Me pregunto si alguna vez lo he estado tanto.

—Eso sucede a veces cuando estamos medio dormidos. Sólo entonces abrimos de verdad los ojos del alma.

—Pero no estoy dormido, ni deseo estarlo. Nunca volveré a dormir. Creo que vendré todas las noches y me sentaré aquí en lugar de dormir.

Sonriendo ante tan apasionada declaración, privilegio envidiable de la juventud, Ambrogio contempló su obra maestra.

—¿Os complace, pues?

—¿Complacerme? —dijo Romeo, casi ahogándose con la palabra—. ¡La adoro!

—¿Honraríais un santuario así?

—¿Acaso no soy un hombre? Sin embargo, como hombre, siento también una gran pena al ver tanta belleza desaprovechada. Ojalá pudiera persuadirse a la muerte de que renunciara a ella.

—¿Entonces, qué? —Ambrogio logró fruncir el ceño oportunamente—. ¿Qué haríais vos si esta angelical mujer viviera y respirara?

Romeo tomó aire, pero las palabras se le escaparon.

—No sé... La amaría, obviamente. Sé cómo amar a una mujer. He amado a muchas.

—Quizá sea preferible que no viva, pues me temo que ésta requeriría un mayor

esfuerzo. De hecho, imagino que, para cortejar a una dama así, habría que entrar por la puerta principal, en lugar de esconderse bajo su balcón. —Al ver que el otro enmudecía de pronto y una pincelada de ocre recorría su noble rostro, Ambrogio prosiguió con mayor tranquilidad—: Una cosa es el deseo y otra el amor. Aunque están relacionados, son cuestiones bien distintas. Para disfrutar de lo primero basta con poco más que dulces palabras y un cambio de vestimenta; para lograr el último, sin embargo, el hombre debe renunciar a su costilla. A cambio, la mujer deshará el pecado de Eva y lo devolverá al paraíso.

—Pero ¿cómo sabe el hombre cuándo debe renunciar a su costilla? A muchos amigos míos no les queda ninguna, y os aseguro que no han estado en el paraíso ni una sola vez.

La preocupación visible en el rostro del joven hizo asentir con la cabeza a Ambrogio.

—Vos lo habéis dicho —reconoció—. Un hombre lo sabe; un muchacho, no.

Romeo rio a carcajadas.

—¡Os admiro! —exclamó, poniéndole una mano en el hombro—. ¡Tenéis valor!

—¿Qué tiene de extraordinario el valor? —replicó el artista con mayor audacia una vez aprobado su papel de mentor—. Sospecho que esa virtud ha matado a más hombres buenos que todos los vicios juntos.

Romeo rio de nuevo a carcajadas, como si no disfrutase a menudo de tan descarada oposición, y el maestro descubrió inesperadamente que el joven le caía bien.

—A menudo —prosiguió Romeo, sin intención de zanzar el tema—, oigo a los hombres decir que harían cualquier cosa por una mujer, pero, a la menor ocasión, protestan y se escabullen como perros.

—¿Y vos? ¿También os escabullís?

Romeo reveló una fila completa de dientes perfectos, asombroso para alguien con fama de liarse a puñetazos donde quiera que fuese.

—No —respondió, aún sonriente—, tengo buen olfato para las mujeres que no piden más de lo que quiero darles. Sin embargo, si existiera una mujer así... —señaló el retrato con la cabeza—, me rompería gustoso todas las costillas por conquistarla. Más aún, entraría por la puerta principal, como decís, y pediría su mano antes de tocarla siquiera. Y no sólo eso, la convertiría en mi única mujer y jamás volvería a mirar a otra. ¡Lo juro! Merecería la pena, lo sé.

Complacido con lo que oía y queriendo creer que su obra había logrado apartar al joven de sus libertinas costumbres, el maestro asintió con la cabeza, satisfecho en general del trabajo de aquella noche.

—La joven sin duda lo merece.

Romeo volvió la cabeza con los ojos entornados.

—Habláis como si aún viviera.

Ambrogio guardó silencio un instante y estudió el rostro del joven, tratando de averiguar la veracidad de su afirmación.

—Giulietta se llama —confesó al fin—. Creo que vos, amigo mío, con vuestras caricias, la rescatasteis de la muerte anoche, pues, cuando salisteis para la taberna, vi su hermoso cuerpo alzarse por sí solo del ataúd...

Romeo se levantó de un brinco, como si ardiera de pronto el asiento.

—¡Qué espeluznante afirmación! ¡No sé si el temblor de mi brazo es de gozo o de miedo!

—¿Teméis las maquinaciones de los hombres?

—De los hombres, no; de Dios, mucho.

—Tranquilizaos entonces con lo que voy a deciros, pues no fue Dios quien la introdujo en este ataúd, sino el monje fray Lorenzo, que temía por su seguridad.

Romeo se quedó boquiabierto.

—¿Insinuáis que nunca ha estado muerta?

La expresión del joven hizo sonreír a Ambrogio.

—Siempre ha estado tan viva como vos.

Romeo se llevó las manos a la cabeza.

—¡Os burláis de mí! ¡No os creo!

—Creed lo que queráis —dijo el maestro, levantándose y retirando los pinceles—, o abrid el ataúd.

Tras un instante de gran angustia, paseando de un lado a otro, Romeo se armó por fin de valor y abrió de golpe el ataúd.

Al verlo vació, en vez de alegrarse, miró al maestro con renovado recelo.

—¿Dónde está?

—No puedo decíroslo. Traicionaría la confianza que se ha depositado en mí.

—Pero ¿vive?

Ambrogio se encogió de hombros.

—Vivía la última vez que la vi, en el umbral de la casa de su tío, despidiéndose de mí.

—¿Quién es su tío?

—Repito que no puedo decíroslo.

Romeo se acercó un paso al maestro, retorciéndose los dedos.

—¿Pretendéis que ronde todos los balcones de Siena hasta dar con la mujer que busco? —*Dante* se levantó en cuanto vio que el joven parecía amenazar a su dueño, pero, en lugar de gruñirle una advertencia, echó la cabeza hacia atrás y soltó un largo y expresivo aullido.

—No creo que salga al balcón si la rondáis —replicó Ambrogio, inclinándose para darle una palmadita al perro—. No está de humor para serenatas. Ni creo que

vuelva a estarlo nunca.

—¿Por qué me contáis todo esto, entonces? —protestó Romeo, casi tumbando el caballete y el retrato de frustración.

—Porque aflige a un artista ver a una paloma nívea coquetear con cuervos —respondió Ambrogio, divertido por la exasperación del otro.

Tercera Parte



III. I

¿En un nombre qué hay?

Lo que llamamos rosa aun con otro nombre mantendría su perfume.

La vista desde la antigua fortificación de los Medici, la Fortezza, era espectacular. No sólo podía ver los tejados de arcilla de Siena cociéndose al sol de la tarde, sino que al menos treinta kilómetros de montes ondulados se alzaban a mí alrededor como un océano de tonos verdes y azules lejanos. Una y otra vez, levantaba la vista de la lectura e inspiraba el magnífico paisaje con la esperanza de que me limpiara los pulmones de aire viciado y me llenara el alma de verano. Pero, en cuanto bajaba de nuevo la cabeza y retomaba el diario de Ambrogio, volvía a sumergirme en los oscuros acontecimientos de 1340.

Había pasado la mañana en el café de Malena, en la piazza Postierla, hojeando las primeras versiones oficiales de *Romeo y Julieta*, las que Masuccio Salernitano y Luigi da Porto habían escrito en 1476 y 1530, respectivamente. Resultaba interesante comprobar cómo había ido desarrollándose el argumento, y el giro literario que Da Porto le había dado a una historia que, según Salernitano, se basaba en hechos reales.

En la versión de Salernitano, Romeo y Julieta —o más bien Mariotto y Giannozza— vivían en Siena, pero no existía rivalidad entre sus familias, aunque sí se casaban en secreto tras sobornar a un fraile, si bien el drama no comenzaba hasta que Mariotto mataba a un destacado ciudadano y tenía que exiliarse. Entretanto, los padres de Giannozza —que ignoraban que su hija ya se había casado— le exigían que se casara con otro. Desesperada, Giannozza le pedía al fraile que le preparase un potente somnífero de efecto tan fuerte que los estúpidos de sus padres creyeran que había muerto y la enterraran así en seguida. Por suerte, el frailecillo la rescataba del sepulcro y poco después Giannozza viajaba —secretamente— en barco a Alejandría, donde Mariotto vivía su exilio. Pero el mensajero que debía informarle de la maquinación del somnífero era capturado por unos piratas y, al recibir la noticia de la muerte de Giannozza, Mariotto salía disparado a Siena para morir a su lado. Allí, los soldados lo capturaban y lo decapitaban, zas, y Giannozza se pasaba el resto de su vida llorando en un convento.

A mi juicio, los elementos fundamentales de ese original eran el matrimonio secreto, el exilio de Romeo, el disparatado plan del somnífero, el mensajero que se extraviaba y la misión deliberadamente suicida de Romeo al creer que Julieta había muerto.

La gran pega, claro está, era que todo sucedía supuestamente en Siena; si Malena hubiese estado por allí, le habría preguntado si aquello era del dominio público.

Sospechaba que sí.

Curiosamente, cuando Da Porto reescribió la historia medio siglo después, también quiso anclarla a la realidad, llamando a Romeo y a Giulietta por su nombre de pila real, pero trasladó toda la historia a Verona y cambió los nombres de las familias, muy posiblemente por miedo a las represalias de los poderosos clanes implicados en el escándalo.

Logística aparte, en mi modesta opinión —propiciada por varios capuchinos— Da Porto escribió un relato mucho más interesante. Fue él quien incorporó el baile de máscaras y la escena del balcón, y quien ingenió el doble suicidio. Lo que no acababa de cuadrarme era que, para él, Julieta moría conteniendo la respiración. Claro que quizá pensó que su público no recibiría bien una escena sangrienta, escrúpulos que Shakespeare, por suerte, no tuvo.

Después de Da Porto, un tal Bandello había querido escribir una tercera versión y añadir una buena dosis de melodrama sin alterar, al menos aparentemente, su esencia argumental. Entonces, los italianos ya estaban hartos de la historia, por lo que viajó a Francia y a Inglaterra, donde fue a parar al escritorio de Shakespeare, que se encargó de inmortalizarla.

La gran diferencia que veía entre todas aquellas versiones poéticas y el diario del maestro Ambrogio era que, en realidad, eran tres las familias implicadas, no dos: las casas enemistadas eran la de los Tolomei y la de los Salimbeni (los Capuleto y los Montesco); Romeo, en cambio, era un Marescotti y, por tanto, ajeno a la disputa. En ese aspecto, el relato primero de Salernitano era el que más se aproximaba a la verdad; se situaba en Siena, y en él no se mencionaba rivalidad alguna entre familias.

Más tarde, cuando volvía de la Fortezza con el diario del maestro Ambrogio apretado contra el pecho, observé los rostros felices de quienes me rodeaban y volví a notar la presencia de un muro invisible entre ellos y yo. Paseaban, corrían, comían helados, y no se paraban a cuestionar el pasado, ni tenían —como yo— la angustiada sensación de no encajar del todo en este mundo.

Esa mañana, delante del espejo del baño, me había probado el colgante con el crucifijo de plata del cofre de mi madre y había decidido llevarlo puesto. A fin de cuentas, era suyo, y seguramente lo había metido allí para que yo lo llevase. Tal vez, pensé, me protegiera de la maldición que había causado su muerte prematura.

¿Estaba loca? Tal vez. Aunque había muchos tipos de locura. Tía Rose siempre había sostenido que el mundo entero se hallaba en un estado de locura permanente y fluctuante, y que la neurosis no era una enfermedad, sino ley de vida, como las espinillas. Algunos tenían más, otros menos, pero sólo la gente verdaderamente anormal no tenía. Aquella filosofía tan sensata me había consolado muchas veces, y volvía a hacerlo ahora.

Cuando volví al hotel, el director Rossini vino a mí como el mensajero de

Maratón, ansioso por ponerme al día.

—¡Señorita Tolomei! ¿Dónde se había metido? ¡Debe irse! ¡En seguida! ¡La condesa Salimbeni la espera en el Palazzo Pubblico! Vaya... —Me despachó como uno despacha al perro que ronda la mesa en busca de sobras—. ¡No la haga esperar!

—¡Un momento! —Señalé dos objetos plantados visiblemente en medio del vestíbulo—. ¡Ésas son mis maletas!

—Sí, sí, sí, las han traído hace un momento.

—Pues me gustaría subir a mi habitación a...

—¡No! —Rossini abrió de golpe la puerta principal y me indicó que saliera por ella—. ¡Debe irse en seguida!

—¡Si no sé ni adonde tengo que ir!

—¡A Santa Catalina! —Rossini puso los ojos en blanco y soltó la puerta, aunque yo sabía que, en el fondo, le encantaba ilustrarme sobre Siena—. ¡Venga, que le hago un croquis!

Entrar en la piazza del Campo era como meterse en una concha gigante. Su contorno se encontraba salpicado de restaurantes y cafés y, al fondo de la plaza inclinada, donde habría estado la perla, se alzaba el Palazzo Pubblico, el ayuntamiento de Siena desde la Edad Media.

Me detuve un instante a procesar el murmullo de voces bajo el cielo azul, el revoloteo de las palomas a mí alrededor y la fuente de mármol blanco y agua turquesa, hasta que se me acercó por la espalda una oleada de turistas que me arrastró hacia adelante, presa de un emocionado estupor ante la grandeza de la enorme plaza.

Mientras me hacía el croquis, Rossini me había asegurado que la del Campo era la plaza más hermosa de Italia, y no sólo para los sieneses. De hecho, ni siquiera recordaba en cuántas ocasiones huéspedes del hotel de todos los rincones del mundo —hasta de Florencia— se le habían acercado para ensalzar las bondades de la plaza. Él, como es lógico, había protestado y resaltado el esplendor de otros muchos sitios —que seguramente andaban por ahí, en alguna parte—, pero no habían querido escucharlo. Habían insistido en que Siena era la ciudad más maravillosa y mejor conservada del planeta y, a la vista de semejante convicción, ¿qué otra cosa podía hacer Rossini salvo admitir que probablemente estuvieran en lo cierto?

Me metí el croquis en el bolso y empecé a caminar hacia el Palazzo Pubblico. El edificio no pasaba inadvertido, con su elevado campanario, la torre del Mangia, construcción que el director me había descrito con tal profusión de detalles que costaba creer que no se hubiera levantado delante de sus mismísimos ojos, sino a finales de la Edad Media. Lirio, la había llamado, un digno monumento a la pureza femenina, con su flor de piedra blanca en lo alto de un elevado tallo rojo. Curiosamente, se había construido sin cimientos. Sólo la gracia de Dios y la fe, aseguraba, habían logrado mantenerla intacta a lo largo de seis siglos.

Haciéndome sombra con la mano, contemplé aquella torre erguida sobre un azul infinito. Jamás había visto celebrar la pureza femenina con un símbolo fálico de cien metros de altura. Aunque tal vez fueran cosas mías.

Había cierta gravedad, en el sentido literal del término, en aquel conjunto arquitectónico —el del palacio y la torre—, como si la plaza entera sucumbiese bajo su peso. Rossini me había dicho que, si lo dudaba, imaginase que soltaba una pelota en cualquier punto de la plaza. La pelota siempre terminaría rodando hacia el Palazzo Pubblico. La idea me fascinaba, quizá fuera el hecho de imaginarme una pelota botando por aquel adoquinado tan antiguo. O tal vez fuese el modo en que Rossini había pronunciado las palabras, en un dramático susurro, como un mago dirigiéndose a unos niños de cuatro años.

Como cualquier otro órgano de gobierno, el *palazzo* había ido creciendo con los años. Desde sus orígenes en forma de pequeña sala de reuniones para nueve administradores, se había convertido en una estructura formidable, por lo que entré en el patio interior sintiéndome vigilada. No por nadie en particular, sino por las sombras perpetuas de generaciones pretéritas, entregadas a la vida de aquella ciudad, de aquella pequeña parcela de tierra, de aquel universo en sí mismo.

Eva María Salimbeni me esperaba en el salón de la Paz, sentada en un banco en el centro de la estancia, mirando al aire, como si mantuviera una conversación silenciosa con Dios. Sin embargo, en cuanto me vio entrar por la puerta se puso firme y esbozó una sonrisa de satisfacción.

—¡Al final has venido! —exclamó, levantándose para besarme ambas mejillas—. Empezaba a preocuparme.

—Siento haberla hecho esperar. No me he dado cuenta de...

Su sonrisa invalidaba cualquier cosa que yo pudiera decir.

—Ya estás aquí, eso es lo que importa. Mira... —Señaló con un amplio barrido del brazo los enormes frescos que cubrían las paredes de la sala—. ¿Habías visto algo tan espléndido? Nuestro gran maestro, Ambrogio Lorenzetti, los hizo a finales de la década de 1330. Probablemente terminara éste, el que hay sobre las puertas, en 1340. Se llama *El buen gobierno*.

Me volví a mirar el fresco en cuestión. Cubría la pared, con lo que su realización debió de implicar el uso de un complejo andamiaje, y quizá de plataformas suspendidas del techo. En la mitad izquierda se veía una ciudad tranquila cuyos habitantes se ocupaban en sus asuntos cotidianos; la derecha era una amplia vista del campo que se extendía más allá de los muros de la ciudad. Entonces caí en la cuenta y dije, desconcertada:

—¿Se refiere a... *el maestro Ambrogio*?

—Sí, claro —asintió Eva María, en absoluto sorprendida de que me sonara el nombre—. Uno de los grandes. Pintó estas escenas para celebrar el fin de la rivalidad

entre nuestras familias, los Tolomei y los Salimbeni. Por fin, en 1339, hubo paz.

—¿Ah, sí? —Recordé a Giulietta y a fray Lorenzo huyendo de los bandidos de Salimbeni que los habían asaltado camino de Siena—. Me parece que, en 1340, nuestros ancestros aún estaban en guerra. En el campo, por lo menos.

Eva María esbozó una sonrisa críptica: o le agradaba que me hubiera tomado la molestia de informarme sobre la familia o la ofendía que osara contradecirla. Si se trataba de lo último, tuvo la elegancia de reconocer que yo estaba en lo cierto.

—Tienes razón. La paz tuvo consecuencias inesperadas, como siempre que los burócratas intentan ayudarnos. Si alguien quiere zurrarse, no hay quien lo detenga —dijo alzando los brazos—. Si les prohíbes que lo hagan en la ciudad, lo harán en el campo y, ahí fuera, se saldrán con la suya. Al menos, en Siena, las peleas se detenían antes de que llegara la sangre al río. ¿Por qué?

Me miró para ver si adivinaba la respuesta, pero ¿cómo iba yo a saberlo?

—Porque en Siena siempre hemos tenido milicia —prosiguió agitando un dedo delante de mi nariz—, y para controlar a los Salimbeni y los Tolomei, los ciudadanos debían ser capaces de repartir sus tropas por las calles de la ciudad en cuestión de minutos —asintió convencida—. Creo que por eso la tradición de las contradas sigue siendo tan sólida hoy en día: la dedicación de la antigua milicia de los barrios fue lo que hizo posible la república sienesa. Si se quiere atar corto a los malos, los buenos deben ir bien armados.

Sonreí con su conclusión, procurando que pareciera que no me iba nada en todo aquello. No era el momento de decirle que no creía en las armas y que sabía de buena tinta que los «buenos» no eran mejores que los malos.

—Precioso, ¿no te parece? —prosiguió Eva María, señalando el fresco con la cabeza—. Una ciudad en paz consigo misma.

—Supongo —respondí—, aunque la gente no parece muy feliz, la verdad. Mire ésa... —señalé a una joven atrapada entre un puñado de bailarinas—. Se la ve..., no sé..., distraída.

—Quizá había visto pasar al cortejo nupcial —propuso Eva María, señalando un tren de personas que seguían a lo que parecía una novia a caballo—. Tal vez le recordara a un amor perdido...

—Está mirando el tambor —volví a señalar—, o la pandereta, y las bailarinas parecen... malas. Fíjese en cómo la atrapan con su baile. Además, una de ellas le mira el vientre. —Me volví hacia Eva María, pero no supe interpretar su expresión—. O a lo mejor son imaginaciones mías.

—No —respondió serena—, es obvio que el maestro quiere que nos fijemos más en ella. Las bailarinas de ese grupo son de mayor tamaño que cualquier otra persona de esa pintura. Además, si te fijas bien, es la única que lleva diadema en el pelo.

Forcé la vista y descubrí que tenía razón.

—¿Quién era? ¿Se sabe?

Eva María se encogió de hombros.

—Oficialmente, no, pero, entre nosotras... —Se inclinó para susurrarme—. Yo creo que es tu antepasada. Se llamaba Giuletta Tolomei.

Me sorprendió tanto oírle decir ese nombre —el mío— y formular la misma idea que yo le había formulado a Umberto por teléfono que tardé un instante en hacerle la pregunta lógica:

—¿Cómo demonios lo sabe? Que es mi antepasada, quiero decir...

Eva María estuvo a punto de echarse a reír.

—¿No es obvio? ¿Por qué, si no, iba a llamarte tu madre como ella? De hecho, ella misma me lo dijo: eres descendiente directa de Giuletta y Giannozza Tolomei.

Aunque me emocionaba oír aquello —expuesto con tanta contundencia—, me costaba digerir de golpe tanta información.

—No tenía ni idea de que hubiera conocido usted a mi madre —repliqué, preguntándome por qué no me lo habría dicho antes.

—Vino a verme una vez, con tu padre. Antes de casarse. —Eva María hizo una pausa—. Era muy joven. Más que tú. Dábamos una fiesta con un centenar de invitados, pero nos pasamos la velada hablando del maestro Ambrogio. Ellos me contaron todo lo que yo te cuento ahora. Tenían mucho interés en nuestras familias, sabían mucho de ellas. Fue una lástima lo que ocurrió.

Guardamos silencio un instante, sin movernos. Me miraba socarrona, como si supiera que me bullía en la cabeza una pregunta que no me atrevía a hacer: ¿cuál era su parentesco —si lo había— con el malvado Luciano Salimbeni, y cuánto sabía de la muerte de mis padres?

—Tu padre creía —prosiguió sin darme tiempo a preguntar— que el maestro Ambrogio ocultaba una historia en esta pintura, una tragedia ocurrida en su época de la que no podía hablarse abiertamente. Mira... —señaló el fresco—, ¿ves la pequeña jaula de la ventana, arriba? ¿Y si te dijera que ese edificio es el palazzo Salimbeni y que el hombre que ves dentro es el propio Salimbeni, entronado como un rey, mientras la gente se arrodilla a sus pies para pedirle dinero?

Noté que, por alguna razón, la historia la entristecía y sonreí, decidida a no permitir que el pasado se interpusiera entre nosotras.

—No parece muy orgullosa de él.

Hizo una mueca.

—Ah, era un gran hombre, pero al maestro Ambrogio no le gustaba. ¿No lo ves? Fíjate..., una boda..., una joven triste bailando..., y luego un pájaro en una jaula. ¿Qué conclusión sacas? —Al ver que no respondía, miró por la ventana—. Tenía veintidós años. Cuando me casé con él. Con Salimbeni. Él, sesenta y cuatro. ¿Te parece viejo? —Me miró fijamente a los ojos, intentando leerme el pensamiento.

—No necesariamente —repuse—. Como sabe, mi madre...

—Pues a mí sí —me interrumpió Eva María—. Pensé que era muy viejo y moriría pronto. Pero era rico. Tengo una casa preciosa. Tienes que venir a verme.

Me desconcertó tanto su franqueza —y la posterior invitación— que me limité a decir:

—Claro, encantada.

—¡Perfecto! —respondió agarrándome posesiva el hombro—. ¡Ahora sólo te queda encontrar al héroe del fresco!

Casi me hizo reír. Eva María Salimbeni era una auténtica artista cambiando de tema.

—Venga —me dijo, como un profesor a una clase de vagos—, ¿dónde está el héroe? Siempre hay un héroe. Mira bien el fresco.

Levanté la vista, obediente.

—Podría ser cualquiera.

—La heroína está en la ciudad —me orientó—, y parece muy triste. El héroe debe de estar... ¡Mira! A la izquierda tienes vida entre los muros de la ciudad, luego Porta Romana, la puerta de la ciudad, al sur, que divide el fresco en dos, y a la derecha...

—Vale, ya lo veo —dije, sumisa—. El tío que sale de la ciudad a caballo.

Eva María sonrió, pero no a mí, sino al fresco.

—¡Qué guapo es, ¿verdad?!

—¡Venga ya! ¿Y por qué lleva ese sombrero de elfo?

—Es cazador. Míralo bien. Lleva una ave de presa y va a soltarla, pero algo se lo impide. El otro hombre, el más moreno que va a pie y lleva el maletín de pintor, intenta decirle algo, y nuestro héroe se inclina en la silla para oírlo mejor.

—Quizá el que va a pie quiere que se quede en la ciudad —propuse.

—Quizá, pero ¿qué le ocurriría si lo hiciera? Mira lo que le ha puesto Ambrogio sobre la cabeza. La horca. No es una alternativa agradable, ¿no? —Sonrió—. ¿Quién crees que es?

No respondí en seguida. Si el pintor del fresco era el mismo Ambrogio cuyo diario estaba leyendo y la bailarina infeliz de la diadema era verdaderamente mi antepasada, Giulietta Tolomei, el jinete no podía ser otro más que Romeo Marescotti. Sin embargo, no me apetecía que Eva María supiera de mis recientes descubrimientos, ni de la fuente de mi conocimiento —a fin de cuentas, era una Salimbeni—, así que me encogí de hombros y contesté:

—No tengo ni idea.

—¿Y si te dijera —prosiguió ella— que el jinete es Romeo, el de *Romeo y Julieta*, y que tu antepasada, Giulietta, es la Julieta de Shakespeare?

Logré soltar una carcajada.

—¿Eso no ocurrió en Verona? Y ¿no eran una invención de Shakespeare? En la

película *Shakespeare in Love*...

—¡*Shakespeare in Love*! —me miró como si nunca hubiese oído nada más repugnante—. Giulietta... —Eva María me acarició una mejilla—, créeme, sucedió aquí mismo, en Siena. Muchísimo antes de Shakespeare. Los tienes ahí arriba, en ese fresco: a Romeo camino del exilio y a Julieta a punto de casarse con un hombre al que no podía amar. —Sonrió al ver mi reacción y finalmente me soltó—: Tranquila. Cuando vengas a verme, hablaremos más de estas cosas tan tristes. ¿Qué haces esta noche?

Retrocedí un paso, confiando en poder ocultar cuánto me sorprendía su conocimiento íntimo de la historia de mi familia.

—Voy a limpiar mi balcón.

Eva María no perdió un segundo.

—Cuando hayas terminado, quiero que vengas conmigo a un concierto precioso. Toma... —hurgó en el bolso y sacó una entrada—. Un programa estupendo. Lo he elegido yo. Te gustará. A las siete en punto. Después cenaremos juntas y te contaré más cosas de nuestros antepasados.

Más tarde, camino de la sala de conciertos, me noté fastidiada. Hacía una noche preciosa y la ciudad bullía de gente feliz, pero yo no lograba contagiarme. Avanzando a grandes zancadas, con la vista fija en la acera, absorta en mis pensamientos, identifiqué la razón de mi mal humor: me estaban manipulando.

Desde mi llegada a Siena, todos parecían empeñados en decirme qué hacer y qué pensar. Sobre todo Eva María. Al parecer, encontraba lógico que sus extraños deseos y planes dictasen mis movimientos —etiqueta incluida—, y ahora pretendía trazar mi línea de pensamiento también. ¿Y si no me apetecía comentar con ella lo sucedido en 1340? Ah, qué lástima; no tenía elección. Aun así, por alguna extraña razón, seguía cayéndome bien. ¿Por qué? ¿Porque era la antítesis de tía Rose, siempre tan agobiada por no hacer las cosas mal que nunca las había hecho bien tampoco? ¿O acaso me caía bien precisamente porque debía disgustarme? Así lo habría entendido Umberto: el modo más seguro de conseguir que me relacionase con los Salimbeni habría sido sugerirme que me mantuviera alejada de ellos. Supongo que era algo propio de las Julietas.

Quizá había llegado el momento de que Julieta fuese sensata. Para el presidente Maconi, un Salimbeni siempre sería un Salimbeni, y según Peppo eso significaba desgracias para cualquier Tolomei que se le pusiera por delante. Y no sólo en la tempestuosa Edad Media; en la Siena actual, el fantasma del posible asesino Luciano Salimbeni aún no había abandonado la escena.

Por otro lado, quizá fueran esos prejuicios los que mantenían viva la vieja rivalidad familiar durante generaciones. Quizá el escurridizo Luciano Salimbeni jamás les había puesto una mano encima a mis padres, pero su apellido lo había

convertido en sospechoso. No era de extrañar que hubiese hecho mutis. En un lugar donde se te considera culpable por asociación, no es probable que tu verdugo se sienta pacientemente a esperar sentencia.

De hecho, cuanto más pensaba en ello, más se inclinaba la balanza a favor de Eva María; a fin de cuentas, parecía decidida a demostrar que, a pesar de nuestra ancestral rivalidad, podíamos ser amigas. Si eso era así, no iba a ser yo quien aguara la fiesta.

El concierto de esa noche lo organizaba la Academia de Música de Chigiana en el palazzo Chigi-Saracini, justo enfrente de la peluquería de mi amigo Luigi. Entré por un portal cubierto que daba a un patio cerrado con una arcada abierta y un viejo pozo en el centro. Imaginé caballeros de resplandeciente armadura sacando agua de ese pozo para dar de beber a sus caballos, y supuse que habría sido el paso de las caballerías y las carretas durante siglos lo que había pulido la superficie de los adoquines que pisaban mis sandalias de tacón. El lugar no era ni muy grande ni muy imponente, pero poseía una serena dignidad que hizo que me cuestionara la importancia de lo que pudiera suceder al otro lado de los muros de aquel cuadrángulo intemporal.

Miraba embobada el mosaico del techo de la arcada cuando se me acercó el acomodador, me dio un folleto y me señaló la puerta que conducía a la sala de conciertos de la planta superior. Lo examiné mientras subía, esperando encontrarme el programa del concierto, pero se trataba de una breve historia del edificio en varios idiomas, que rezaba así:

El palazzo Chigi-Saracini, uno de los más hermosos de Siena, perteneció originalmente a la familia Marescotti. El núcleo del edificio es muy antiguo, si bien, a lo largo de la Edad Media, los Marescotti fueron incorporando los edificios contiguos y, como muchas otras familias poderosas de Siena, levantaron una gran torre, desde la cual se anunció, a golpe de tambor o de pandereta, la victoria de Montaperti en 1260.

Me detuve en mitad de la escalera a releer el párrafo. Si aquello era cierto y no estaba confundiendo los nombres del diario del maestro Ambrogio, el edificio en el que me encontraba en ese momento había sido originalmente el palazzo Marescotti, el hogar de Romeo en 1340.

Hasta que la gente empezó a estrujarse, irritada, para pasar por delante de mí, no salí de mi estupefacción y continué avanzando. ¿Qué más daba que hubiera sido el hogar de Romeo? Nos separaban casi setecientos años y, además, por aquel entonces, él tenía a su propia Julieta. Aun con mi nuevo *look*, no era más que un retoño desgarrado de la criatura perfecta de entonces.

Janice se habría reído a carcajadas de mis ideas románticas. «¡Ya estamos otra vez —se habría burlado—: Jules soñando con un tipo inalcanzable!». Y habría tenido

razón. Aunque, a veces, éstos son los mejores.

Esa rara obsesión por las figuras históricas se me había despertado a los nueve años, con el presidente Jefferson. Mientras las otras chicas —incluida Janice— forraban las paredes de su cuarto de pósters de cantantes buenorros con el vientre al descubierto, la mía era un santuario dedicado a mi padre fundador favorito. Había hecho todo lo posible por aprender a escribir «Thomas» con letra de imprenta, e incluso había bordado una T gigante en un cojín al que dormía abrazada todas las noches. Por desgracia, Janice encontró mi bloc secreto, lo pasó por la clase y todo el mundo se carcajeó de mis fantasiosos dibujos, en los que se me veía al pie del Monticello, vestida de novia y cogida de la mano de un Jefferson muy cachas.

Después, todos empezaron a llamarme Jeff, hasta los profesores, que ni siquiera sabían por qué y que, curiosamente, jamás vieron mi cara de pena cuando me nombraban en clase. Al final dejé de levantar la mano y decidí limitarme a estar allí, en la última fila, escondida tras mi pelo, con la esperanza de que nadie reparara en mi existencia.

En el instituto, gracias a Umberto, me obsesioné con el mundo clásico, y mis fijaciones fueron el espartano Leónidas, el romano Escipión e incluso, un tiempo, el emperador Augusto, hasta que descubrí su lado oscuro. Cuando empecé la universidad, ya me había retrotraído tanto en el tiempo que mi héroe era un cavernícola anónimo que habitaba la estepa rusa, mataba mamuts y tocaba melodías inolvidables con su flauta de hueso, bajo la luna llena, en soledad.

La única que me hizo ver que todos mis novios tenían algo en común fue, claro está, Janice.

—Lástima que ya estén todos criando malvas —me dijo una noche que intentábamos dormirnos en una tienda de campaña del jardín y había conseguido sonsacarme uno a uno todos mis secretos a cambio de unos caramelos que en realidad eran míos.

—¡Eso no es cierto! ¡Los famosos viven eternamente! —protesté, arrepentida de haberle confesado mis secretos.

A lo que Janice respondió con sorna:

—Puede, pero ¿quién quiere besar a una momia?

Sin embargo, a pesar de mi hermana, no era fruto de mi imaginación sino de la costumbre el cosquilleo que me producía la idea de acechar al fantasma de Romeo en su propio domicilio; para que nuestra hermosa relación durase sólo hacía falta una cosa: que siguiera muerto.

Eva María hacía los honores en la sala de conciertos, rodeada de hombres con traje oscuro y mujeres con vestidos deslumbrantes. Era una estancia de techos altos, decorada en tonos crema y rematada con toques dorados. Se habían dispuesto unas doscientas sillas para el público, que, a juzgar por el número de personas ya

presentes, no tardarían en ser ocupadas. Al fondo afinaban sus instrumentos los miembros de una orquesta, y una mujer aparatosa vestida de rojo amenazaba con cantar. Como en casi toda Siena, no había allí nada moderno que pudiera distraer, salvo algún que otro adolescente con calzado deportivo bajo los pantalones de pinzas.

En cuanto me vio entrar, Eva María me dedicó una distinguida seña para que me agregara a su séquito. Al acercarme oí que me presentaba con inmerecidos superlativos y, poco después, ya era amiguísima de algunos de los peces gordos de la cultura sienesa, entre ellos el presidente del banco Monte dei Paschi, en el palazzo Salimbeni.

—Monte dei Paschi es el máximo mecenas de las artes en Siena —me explicó Eva María—. Nada de lo que ves a tu alrededor habría sido posible sin el respaldo financiero de la fundación.

El presidente me miró sonriendo apenas, como su esposa, que estaba de pie a su lado, cogida de su brazo. Al igual que la de Eva María, su elegancia no tenía edad y, aunque yo me había vestido para la ocasión, sus ojos me decían que me quedaba mucho por aprender. Incluso se lo susurró a su marido, o eso me pareció.

—A mi esposa le parece que no se lo cree usted —bromeó el presidente, con el acento y la entonación dramática de quien recita los versos de una canción—. Quizá piensa que estamos demasiado... —tuvo que buscar la palabra— orgullosos de nosotros mismos.

—No necesariamente —dije con las mejillas encendidas por el constante escrutinio—. Me resulta... paradójico que la supervivencia de la casa de los Marescotti dependa de la buena voluntad de los Salimbeni, eso es todo.

El presidente validó mi argumento con un leve cabeceo, como confirmando el acierto de los superlativos de Eva.

—Paradójico, ciertamente.

—El mundo está lleno de paradojas —dijo una voz a mi espalda.

—¡Alessandro! —exclamó el presidente, de pronto rebosante de audacia y jovialidad—. Ven a conocer a la signorina Tolomei. Está siendo muy... *dura* con todos nosotros. Sobre todo contigo.

—Lo es, lógicamente. —Alessandro me besó la mano con socarrona caballerosidad—. De lo contrario, jamás creeríamos que es una Tolomei. —Me miró fijamente a los ojos antes de soltarme la mano—. ¿No es así, señorita Jacobs?

Fue una situación violenta. Obviamente no esperaba encontrarme allí, y su reacción no nos favoreció a ninguno de los dos. Claro que no me extrañaba que estuviese antipático conmigo; al final no lo había llamado después de que viniera a verme al hotel hacía tres días. Su tarjeta de visita se había quedado tirada en mi escritorio como si estuviera maldita; esa misma mañana la había roto por la mitad y la había tirado a la papelera, suponiendo que, si hubiera querido detenerme, ya lo habría

hecho.

—Sandro, ¿no te parece que Giulietta está preciosa esta noche? —terció Eva María, malinterpretando la tensión que había entre nosotros.

Alessandro se esforzó por sonreír.

—Cautivadora.

—Sí, sí —intervino el presidente—, pero ¿quién guarda nuestro dinero si tú estás aquí?

—Los fantasmas de los Salimbeni —contestó Alessandro sin apartar la vista de mí—. Son formidablemente poderosos.

—¡Basta! —Aunque secretamente complacida por las palabras de su ahijado, Eva María se fingió ceñuda y le atizó en el hombro con un programa enrollado—. Todos seremos fantasmas algún día. Hoy celebramos la vida.

Después del concierto, Eva María insistió en que fuésemos a cenar por ahí, los tres. Cuando empecé a protestar, hizo sonar una tarjeta de cumpleaños y dijo que esa noche precisamente —«que pasaba otra página de la muy excelente y lamentable comedia de la vida»— su único deseo era cenar en su restaurante favorito con dos de sus personas favoritas. Curiosamente, Alessandro no se opuso en absoluto. Al parecer, en Siena no estaba bien visto contradecir a las madrinas el día de su cumpleaños.

El restaurante favorito de Eva María se encontraba en la via delle Campane, en los límites de la contrada del Águila; su mesa favorita estaba situada sobre una plataforma exterior con vistas a una floristería que cerraba ya sus puertas hasta el día siguiente.

—Entonces, ¿no te gusta la ópera! —me dijo después de pedir una botella de prosecco y un plato de *antipasto*.

—¡Claro que sí! —protesté, incómoda, con el espacio justo para cruzar las piernas debajo de la mesa—. Me encanta la ópera. El mayordomo de mi tía la escuchaba a todas horas. Especialmente *Aida*. Sólo que... se supone que *Aida* era una princesa etíope, no una cincuentona de tamaño colosal. Lo siento.

Eva María rio con ganas.

—Haz lo que hace Sandro: cierra los ojos.

Miré de reojo a Alessandro. Se había sentado detrás de mí en el concierto, y había notado que no me quitaba ojo de encima.

—¿Por qué? La cantante sigue siendo la misma.

—¡Pero la voz proviene del alma! —arguyó Eva María por su ahijado, inclinándose—. Lo único que tienes que hacer es escuchar y verás a *Aida* como es en realidad.

—¡Qué amable! —Miré a Alessandro—. ¿Eres siempre tan amable?

Alessandro no respondió. No tenía por qué hacerlo.

—La magnanimidad es la mayor de las virtudes —prosiguió Eva María, probando el vino y juzgándolo digno de consumo—. Aléjate de la gente mezquina, atrapada en almas pequeñas.

—Según el mayordomo de mi tía, la mayor de las virtudes es la belleza —dije—, aunque solía decir que la generosidad es una forma de belleza.

—La verdad es belleza; la belleza, verdad —proclamó al fin Alessandro—. Según Keats. Viviéndola así, la vida es muy fácil.

—¿Tú no la vives así?

—No soy una urna.

Empecé a reírme, pero él ni siquiera sonrió.

Aunque sin duda quería que fuésemos amigos, Eva María no era capaz de evitar intervenir.

—¡Háblanos más de tu tía! —me instó—. ¿Por qué crees que nunca te dijo quién eras en realidad?

Miré a uno, luego al otro, y tuve la sensación de que ya habían hablado de mí y no se habían puesto de acuerdo.

—No tengo ni idea. Creo que tenía miedo de que... O tal vez... —Bajé la vista—. No sé.

—En Siena, tu nombre significa mucho —confesó Alessandro, mirando su vaso de agua.

—¡Nombres, nombres, nombres! —suspiró Eva María—. Lo que no entiendo es por qué tu tía..., ¿Rose?..., nunca te trajo a Siena.

—A lo mejor temía que la persona que mató a mis padres me matase a mí también —dije, con mayor rotundidad esta vez.

Eva María se recostó en el asiento, pasmada.

—¡Qué idea tan horrible!

—Bueno..., ¡felicidades! —Bebí un sorbo de mi prosecco—. Y gracias por todo. —Miré furiosa a Alessandro, obligándolo a mirarme también—. No te preocupes, me voy en seguida.

—No, imagino que este sitio es demasiado tranquilo para tu gusto —dijo, cabeceando.

—Me gusta la tranquilidad.

En el verde conífera de sus ojos, percibí un destello admonitorio de su alma. Una visión perturbadora.

—Indudablemente.

En vez de responder, apreté los dientes y desvié mi atención al *antipasto*. Por desgracia, Eva María no captó los matices más sutiles de mis emociones; sólo vio que me sonrojaba.

—Sandro —dijo subiéndose al que creyó el tren del coqueteo—, ¿cómo es que

aún no has paseado a Giulietta por la ciudad para enseñarle cosas bonitas? A ella le encantaría.

—Sin duda. —Alessandro asesinó una aceituna con el tenedor, pero no se la comió—. Lamentablemente, aquí no tenemos estatuas de sirenitas.

Entonces tuve la certeza de que había examinado mi expediente y había averiguado todo lo que podía saberse de Juliet Jacobs, la antibelicista, que, en cuanto volvió de Roma, salió rumbo a Copenhague a destrozar la estatua de la Sirenita en protesta por la intervención danesa en Iraq. Por desgracia, en el expediente no se indicaba que todo había sido un gran error y que Juliet sólo había viajado a Dinamarca para demostrarle a su hermana que se atrevía a hacerlo.

Saboreando en la garganta el fuerte cóctel de rabia y miedo, cogí a tientas el cesto del pan con la firme esperanza de que mi pánico no se notara.

—¡No, pero tenemos otras estatuas bonitas! —Eva María me miró, luego lo miró a él tratando de averiguar qué ocurría—. Y fuentes. Tienes que llevarla a Fontebranda...

—Quizá la señorita Jacobs quiera ver la via dei Malcontenti —propuso Alessandro, interrumpiendo a Eva María—. Allí solíamos llevar a los delincuentes para que sus víctimas pudieran arrojarles cosas camino de la horca.

Le devolví la mirada implacable, pues no vi necesidad de seguir disimulando.

—¿Se perdonaba a alguien?

—Sí. Se llamaba destierro. Se les pedía que salieran de Siena y no volvieran nunca más. A cambio, se les perdonaba la vida.

—Ah, sí, como con vuestra familia, los Salimbeni —espeté mirando de reojo a Eva María, que, para variar, parecía atónita—. ¿Me equivoco?

Alessandro no respondió en seguida. A juzgar por la tensión de su mandíbula, le habría encantado devolvérmela, pero sabía que no podía hacerlo delante de su madrina.

—El gobierno expropió a los Salimbeni en 1419 —respondió al fin con la voz tensa—, y los obligó a abandonar la república de Siena.

—¿Para siempre?

—Obviamente no, pero estuvieron desterrados mucho tiempo. —Por cómo me miraba, supe que volvíamos a hablar de mí—. Probablemente lo merecían.

—¿Y si volvieron de todas formas?

—Pues... —hizo una pausa de efecto y entonces me di cuenta de que el verde de sus ojos no era como el follaje orgánico, sino algo frío y cristalizado, igual que el trozo de malaquita que yo había presentado orgullosísima en cuarto, hasta que la profesora explicó que ese mineral se usaba para extraer cobre y que era muy dañino para el medio ambiente— sus razones tendrían.

—¡Basta ya! —Eva María alzó su copa—. Se acabaron los destierros, y las

disputas. Ahora todos somos amigos.

Logramos mantener una conversación civilizada durante unos diez minutos, luego ella se excusó para ir al baño, y Alessandro y yo nos quedamos solos ante el peligro. Al mirarlo de reojo, lo vi escudriñarme y, por un fugaz instante, quise creer que no pretendía más que jugar al gato y al ratón con el fin de comprobar si yo era lo bastante vital para convertirme en su pareja de juego de la semana. Bueno, pensé, fuera lo que fuese, el gato no tramaba nada bueno.

Alargué el brazo para coger un trozo de salchicha.

—¿Crees en la redención? —pregunté.

—Me da igual lo que hicieras en Roma —contestó Alessandro, acercándose el plato—. O en cualquier otro sitio. Pero me importa Siena. Dime, ¿a qué has venido?

—¿Me estás interrogando? —dije con la boca llena—. ¿Debería llamar a mi abogado?

Se inclinó hacia mí y bajó la voz:

—Podría encerrarte así... —chasqueó los dedos delante de mis narices—. ¿Eso es lo que quieres?

—Las amenazas nunca han funcionado conmigo —le repliqué, sirviéndome más comida y confiando en que no notara lo mucho que me temblaban las manos—. Quizá obraran maravillas en tus antepasados, pero, si recuerdas, a los míos no les impresionaban mucho.

—Muy bien... —Se incorporó y cambió de táctica—. A ver qué te parece esto, yo te dejo en paz con una condición: que te mantengas alejada de Eva María.

—¿Por qué no se lo dices a ella?

—Es una mujer muy especial y no quiero que sufra.

Solté el tenedor.

—¿Y yo sí? ¿Tan mala opinión tienes de mí?

—¿De veras quieres saberlo? —Me dio un repaso como si yo fuera un producto carísimo a la venta—. Pienso que eres hermosa, inteligente..., una gran actriz... —Al verme confundida, frunció el ceño y prosiguió con mayor severidad—: Y que alguien te ha pagado mucho dinero para que vengas aquí y te hagas pasar por Giuletta Tolomei...

—¿Qué?!

—... y que una parte de tu misión consiste en intimar con Eva María. Pero adivina qué... No te lo voy a permitir.

No sabía ni por dónde empezar. Por suerte, sus surrealistas acusaciones me dejaron demasiado pasmada para sentirme verdaderamente ofendida.

—¿Por qué no crees que soy Giuletta Tolomei? —espeté al fin—. ¿Es porque no tengo los ojos tan azules?

—¿Quieres saber por qué? Te lo diré. —Se inclinó, clavando los codos en la mesa

—. Porque Giulietta Tolomei está muerta.

—¿Cómo explicas entonces —respondí, inclinándome también—, que esté aquí sentada?

Me miró más intensamente que nunca, buscando en mi rostro algo que, de algún modo, me delatara. Al final, apartó la vista con los labios muy apretados y supe que, por algún motivo, no lo había convencido, y probablemente jamás lo haría.

—¿Sabes qué?... —Aparté la silla de la mesa y me levanté—. Que, siguiendo tu consejo, voy a evitar la compañía de Eva María. Dale las gracias por el concierto y por la cena, y dile que puede recuperar su ropa cuando quiera. Ya no la necesito.

No esperé su respuesta. Bajé de la plataforma y salí aprisa del restaurante sin mirar atrás. En cuanto volví la primera esquina, fuera del alcance de su vista, me brotaron lágrimas de rabia y, a pesar de los zapatos que llevaba, eché a correr. Sólo me faltaba que Alessandro me diera alcance y se disculpara por sus groserías, si es que era lo bastante humano para intentarlo.

Elegí volver al hotel por las calles menos transitadas. Mientras avanzaba en la penumbra, con más esperanza que certeza de haber tomado el camino correcto, iba tan absorta en mi charla con Alessandro —más concretamente, en todas las respuestas cortantes que podría haberle dado— que tardé un rato en percatarme de que me seguían.

Al principio era poco más que la sensación escalofriante de que alguien me observaba, pero en seguida empecé a percibir el levísimo sonido de un desplazamiento sigiloso a mi espalda. En cuanto emprendía la marcha, oía un claro roce de ropa y el ruido de unas pisadas blandas, pero, si me detenía, el roce desaparecía y sólo oía un silencio inquietante que era casi peor.

Al enfilar de pronto una calle cualquiera, por el rabillo del ojo vislumbré movimiento y la sombra de un hombre. Si no me equivocaba, se trataba del mismo tipo que me había seguido hacía unos días al salir del banco del palazzo Tolomei con el cofre de mi madre. Mi cerebro, obviamente, había catalogado como peligroso mi primer encuentro con aquel tío e, identificados su silueta y su paso, hizo saltar una ensordecedora alarma de evacuación inmediata que fulminó de golpe todos los pensamientos racionales que pudiera albergar y me impulsó a descalzarme y —por segunda vez aquella noche— echar a correr.

III. II

Corazón, ¿amé yo antes de ahora?
¡Ojos, negadlo! Nunca hasta ahora conocí la belleza. Nunca antes.

Siena, 1340

La noche propiciaba el engaño. En cuanto Romeo y sus primos estuvieron fuera del alcance de la torre Marescotti, volvieron la esquina muertos de risa. Aquella noche había sido muy fácil escapar de la casa, porque el palazzo Marescotti rebosaba de familiares procedentes de Bolonia y el padre de Romeo, el comandante Marescotti, se había visto obligado a ofrecer un banquete amenizado por músicos. A fin de cuentas, ¿qué tenía Bolonia que Siena no pudiera ofrecer diez veces?

Conscientes de que estaban violando, una vez más, el toque de queda del comandante, Romeo y sus primos se detuvieron a ajustarse las llamativas máscaras de carnaval que solían llevar en todas sus escapadas nocturnas. Mientras estaban allí, peleándose con nudos y lazadas, pasó por delante el carnicero de la familia, cargado con un jamón para la fiesta y acompañado de un ayudante que portaba la antorcha, pero fue lo bastante astuto como para no reconocerlos. Algún día, Romeo sería el señor del palazzo Marescotti y el que le pagara los encargos.

Ajustadas al fin las máscaras, los jóvenes volvieron a calarse los sombreros de fieltro, ocultando sus rostros todo lo posible. Uno, mirando risueño a los demás, cogió el laúd que llevaba encima y tocó unos acordes festivos.

—¡Giuuulieeettaaa! —cantó en un falsete socarrón—. Yo sería tu gooorriooonciillooo, tu gooorriooonciillooo travieeesooo... —prosiguió, dando saltitos de pajarillo y haciendo que todos salvo Romeo se doblaran de risa.

—¡Muy gracioso! —protestó Romeo, ceñudo—. ¡Sigue mofándote de mis heridas y pronto tendrás las tuyas!

—Vamos —los apremió otro aprovechando la coyuntura—, como no nos demos prisa, temo que tu serenata se convertirá en nana.

Medido sólo en pasos, el trayecto de aquella noche no era largo, apenas quinientas zancadas, pero, por todo lo demás, era una odisea. A pesar de la hora, las calles bullían de gente —vecinos y forasteros, compradores y vendedores, peregrinos y ladrones—, y en cada esquina había un profeta con una vela de cera que condenaba el mundo material al tiempo que escudriñaba a todas las prostitutas que pasaban con la misma contención con que un perro estudia los movimientos de una ristra de chorizos.

Abriéndose paso por las calles, saltando por encima de canalones y mendigos y

pasando por debajo de repartidores y palanquines, los jóvenes llegaron por fin a la piazza Tolomei. Romeo se estiró para ver por qué la muchedumbre se detenía, y pudo ver una figura de vistosos colores que se balanceaba en la penumbra de los escalones de la iglesia de San Cristóbal.

—¡Mirad! —dijo uno de sus primos—. Tolomei ha invitado a san Cristóbal a cenar. Aunque no va vestido para la ocasión. ¡Qué vergüenza!

Estupefactos, comprobaron que la procesión, alumbrada por antorchas, cruzaba la plaza hacia el palazzo Tolomei, y Romeo supo que ésa era su oportunidad de entrar en la imponente casa por la puerta principal en vez de rondar en vano la supuesta ventana de Giulietta. Una hilera de prepotentes seguía a los curas que cargaban con el santo, todos enmascarados. Era bien sabido que el señor Tolomei organizaba bailes de máscaras cada cierto tiempo para poder meter en su casa a aliados desterrados y a miembros de su familia perseguidos por la ley. De lo contrario, difícilmente habría llenado la pista de baile.

—Sin duda nos sonrío la diosa Fortuna —exhortó Romeo a sus primos—. O se propone ayudarnos para poder aplastarnos después y reírse de nosotros. ¡Vamos!

—¡Espera! —dijo uno de sus primos—. Temo que...

—¡Temes demasiado pronto! —lo interrumpió Romeo—. ¡Adelante, lozanos caballeros!

La confusión de los escalones de entrada a la iglesia de San Cristóbal era precisamente lo que Romeo necesitaba para robar una antorcha y caer sobre su incauta presa: una anciana viuda sin acompañante a la vista.

—Por favor, señora —dijo, ofreciéndole el brazo—. Mi señor Tolomei nos ha pedido que velemos por vuestra comodidad.

A la mujer no pareció disgustarle la prometedor masculinidad de aquel brazo, ni tampoco las descaradas sonrisas de quienes lo acompañaban.

—Sería la primera vez —espetó, muy digna—, aunque parece que quiere rectificar.

Quizá les pareciera imposible a quienes no habían podido verlo con sus propios ojos, pero, al entrar en su *palazzo*, Romeo tuvo que reconocer que los Tolomei habían logrado superar a los Marescotti con sus frescos. No sólo todas y cada una de las paredes narraban las hazañas pasadas y la devoción presente de los Tolomei, sino que incluso los techos eran destinatarios de un piadoso autobombo. De haber estado solo, Romeo habría alzado la cabeza y habría admirado la multitud de criaturas exóticas que poblaban aquel paraíso particular. Claro que no estaba solo; junto a cada pared vigilaba un guardia bien armado y uniformado, y el temor a que lo arrestaran le bastó para evitar el atrevimiento y procurar halagar abundantemente a la anciana viuda mientras se preparaban para el baile inaugural.

Si la viuda había dudado del estatus de Romeo —la indudable calidad de sus

ropas se había visto comprometida por el modo tan sospechoso en que se había granjeado su compañía—, al verlo dispuesto para el baile, su porte, garantía de su noble cuna, debió de tranquilizarla.

—¡Qué suerte he tenido esta noche! —murmuró ella, procurando que sólo la oyera él—. Decidme, ¿habéis venido con algún propósito concreto o sólo estáis aquí para... bailar?

—Me confieso perdidamente enamorado del baile —dijo Romeo muy cortés, sin prometer mucho ni poco—. Juro que podría bailar sin descanso durante horas.

La mujer rio discretamente, satisfecha de momento. A medida que avanzaba el baile, empezó a tomarse más libertades de las que él habría querido, acariciándole el terciopelo en busca de algo más sólido debajo, pero Romeo estaba demasiado distraído para impedirselo.

Esa noche sólo le interesaba encontrar a la mujer a la que había salvado la vida y cuyos hermosos rasgos había captado el maestro Ambrogio en un maravilloso retrato. El maestro se había negado a decirle su apellido pero a Romeo no le había costado averiguarlo él mismo. Apenas transcurrida una semana desde la llegada de la joven, ya corría el rumor por la ciudad de que, el domingo por la mañana, el señor Tolomei había llevado a misa a una belleza extranjera de ojos tan azules como el mar, de nombre Giulietta.

Romeo miró de nuevo a su alrededor y observó la multitud de hermosas mujeres con vistosos vestidos que giraban a la espera de que los hombres las recibieran. No alcanzaba a comprender dónde podía haberse metido la joven. Una flor como aquélla tendría que ir de brazo en brazo, sin descanso; el único obstáculo sería liberarla de los otros jóvenes que reclamaran su atención. Era un obstáculo al que ya se había enfrentado en otras ocasiones, y un juego del que disfrutaba.

Como para el príncipe griego a las puertas de Troya, la paciencia era su primer recurso, paciencia y resistencia mientras todos los demás contendientes se ponían en ridículo unos a unos. Después, el primer contacto: la caricia de una sonrisa cómplice, de conspiración frente a los otros. Más adelante, una mirada sostenida, grave y oscura, desde el otro lado de la estancia, y por Dios que la próxima vez que sus manos se encontraran en la cadena de baile, a ella se le desbocaría de tal forma el corazón que él podría seguir su recorrido por el cuello desnudo de la joven. Entonces, en ese preciso instante, le daría el primer beso...

Sin embargo, hasta la paciencia homérica de Romeo iba agotándose con cada baile, haciendo girar a las jóvenes como cuerpos celestiales y creando con ellas todas las constelaciones posibles, salvo la única que anhelaba. Como iban enmascaradas, no estaba completamente seguro, pero, por lo que podía ver de su pelo y sus sonrisas, la joven a la que quería cortejar no estaba allí. Perdérsela esa noche sería un desastre, porque sólo un baile de máscaras le permitiría colarse en el palazzo Tolomei de forma

clandestina, y tendría que volver a rondar su balcón —donde estuviera— con una voz que el Creador no había hecho para cantar.

Como es lógico, existía el peligro de que el rumor lo hubiera confundido y que la joven de ojos azules vista en misa fuera otra persona. En ese caso, su pavoneo en la pista de baile del señor Tolomei esa noche no habría sido más que una pérdida de tiempo; la joven a la que quería conocer probablemente dormía como un bebé en alguna otra casa de la ciudad. Cuando ya casi estaba convencido de que se trataba de un error, en medio de una galante reverencia de la *ductia*, tuvo de pronto el fuerte presentimiento de que lo observaban.

Introduciendo un giro donde no había giro, Romeo recorrió con la vista la estancia entera. Y al fin lo vio: un espejismo, medio velado por el pelo, lo miraba fijamente desde las sombras de la arcada de la planta superior. Sin embargo, en cuanto distinguió la forma ovalada de la cabeza de una mujer, ésta se ocultó entre las sombras, como si temiera ser descubierta.

Se volvió para mirar a su pareja, sonrojado de emoción. Si bien apenas había podido vislumbrar a la dama de lejos, en su corazón no cabía duda de que lo que había visto era la figura de la hermosa Giulietta. Ella también lo miraba, como si lo conociera y supiese a qué había venido. Otra *ductia* lo llevó por la sala con una majestuosidad cósmica, luego vino una *estampie*, hasta que al fin Romeo divisó a uno de sus primos entre la multitud y logró llamar su atención con una mirada penetrante.

—¿Dónde te habías metido? —le susurró furioso—. ¿Es que no ves que me muero?

—Me debes agradecimiento, no maldiciones —le replicó el otro, ocupando su lugar—, porque ésta es una fiesta miserable, con vino miserable y mujeres miserables, y..., ¡eh, espera!

Pero Romeo ya se iba, sordo a las palabras de desaliento y ciego a la mirada reprobatoria de la viuda al verlo desaparecer. En una noche así, no había puerta cerrada a un hombre audaz. Con todo el servicio y los guardias ocupados en la planta baja, cualquier cosa por encima de ella era para el amante lo que una charca forestal para el cazador: dulce recompensa del paciente.

Allí arriba, en la primera planta, los humos embriagadores de la fiesta de abajo tornaban en joven al viejo, en tonto al sabio y en generoso al tacaño y, al recorrer la galería superior, Romeo pasó por muchas estancias oscuras rebosantes de murmullos de seda y risitas sofocadas. De cuando en cuando, un destello de blanco traicionaba la retirada estratégica de ropa y, al pasar por un rincón particularmente salaz, a punto estuvo de detenerse a mirar, fascinado por la infinita flexibilidad del cuerpo humano.

Sin embargo, cuanto más se alejaba de la escalera, más silenciosos eran los rincones y, cuando al fin pasó la arcada que daba a la pista de baile, allí no quedaba ni una alma a la vista. Donde antes había estado Giulietta, medio escondida tras una

columna de mármol, ya no había nada, y al final de la arcada había una puerta cerrada que ni siquiera él se atrevía a abrir.

La desilusión fue enorme. ¿Por qué no habría huido del baile antes, como la estrella fugaz escapa de la aburrida inmortalidad del firmamento? ¿Qué le había hecho pensar que ella seguiría allí, esperándolo? Absurdo. Se había contado un cuento con un trágico final.

Estaba a punto de marcharse cuando se abrió la puerta del fondo de la arcada y una figura esbelta de luminoso cabello se deslizó por el umbral —como una dríade se colaría por una grieta en el tiempo—, antes de que la puerta volviera a cerrarse de golpe. Por un instante, no hubo movimiento, ni otro sonido más que el de la música de la planta baja, aunque Romeo creyó oír un resuello, el de alguien que no esperaba encontrárselo allí, acechando en las sombras, y contenía el aliento.

Debería haberla tranquilizado, pero su emoción era demasiado intensa para dominarla con buenos modales. En lugar de ofrecerle una disculpa por la intrusión o, mejor aún, el nombre del intruso, se quitó la máscara de carnaval y se acercó, resuelto a sacarla de las sombras y desvelar por fin su rostro vivo.

Ella no se dirigió a él ni tampoco huyó; en cambio, se acercó al balcón y miró a los bailarines. Animado, Romeo la siguió y, cuando ella se inclinó sobre la balaustrada, él tuvo la satisfacción de ver su perfil alumbrado por las luces de la planta baja. Aunque tal vez Ambrogio había exagerado los rasgos sublimes de su belleza, no había hecho justicia a la luminosidad de sus ojos ni al misterio de su sonrisa. La ternura de sus labios con vida había preferido, sin duda, dejar que la descubriera el propio Romeo.

—Ésta debe de ser la famosa corte del rey de los cobardes —empezó la joven.

Sorprendido por la amargura de su tono, Romeo no supo qué contestar.

—¿Qué otro pasaría la noche dándole uvas a una efigie —siguió ella sin volverse aún— mientras los asesinos se pasean por la ciudad presumiendo de sus hazañas? ¿Qué hombre decente podría contemplar una fiesta así cuando a su hermano acaban de...? —No pudo continuar.

—Son muchos los que consideran un valiente al señor Tolomei —intervino al fin Romeo con una voz que incluso él mismo extrañaba.

—Son muchos los que se equivocan —replicó ella—. Y vos, *signore*, perdéis el tiempo. No bailaré esta noche; me pesa mucho el corazón. Volved con mi tía y disfrutad de sus caricias; de mí no recibiréis ninguna.

—No he venido aquí a bailar —dijo Romeo acercándose con descaro—. Estoy aquí porque no puedo estar lejos. ¿No vais a mirarme?

Ella guardó silencio un instante, procurando no moverse.

—¿Por qué debería miraros? ¿Tan inferior es vuestra alma a vuestro cuerpo?

—No conocía mi alma hasta que vi su reflejo en vuestros ojos —contestó Romeo,

bajando la voz al corazón de ella.

Ella no respondió en seguida, pero, cuando lo hizo, la aspereza de su tono lo descorazonó.

—¿Y cuándo habéis desflorado mis ojos con vuestra imagen? Para mí vos no sois más que la silueta distante de un excelente bailarín. ¿Qué demonio me los ha robado para dároslos?

—El sueño fue el culpable —dijo Romeo, contemplando su perfil y ansiando el retorno de su sonrisa—. Los tomó de vuestra almohada y me los trajo. ¡Ay, la dulce tortura de ese sueño!

—¡El sueño es el padre de las mentiras! —repuso la joven, aún empeñada en no volverse.

—Pero la madre de la esperanza.

—Quizá. Pero el primogénito de la esperanza es la tragedia.

—Habláis con la familiaridad con que sólo se habla de los parientes.

—¡Ah, no! —exclamó con aguda amargura—. No oso alardear de tan altas conexiones. Cuando muera, si mi muerte es sonada y devota, que sean los eruditos quienes debatan mi linaje.

—No me interesa vuestro linaje —dijo él, pasándole audaz un dedo por el cuello—, salvo para entender los secretos que ha escrito en vuestra piel.

Las caricias de él la enmudecieron por un instante. Cuando habló de nuevo, la emoción de sus palabras desmintió el pretendido desprecio.

—Entonces temo que os decepcionaré —repuso por encima del hombro—, pues mi piel no tiene nada hermoso que narrar, sólo habla de masacre y de venganza.

Alentado por la acogida de su primer emisario, le envolvió los hombros con las manos y se inclinó para hablarle a través del sedoso parapeto de su cabello.

—Sé de vuestra pérdida. No hay corazón en Siena que no sienta vuestro dolor.

—¡Sí lo hay! ¡Reside en el palazzo Salimbeni y es incapaz de albergar sentimientos humanos! —se zafó de las manos de Romeo—. ¡Cuán a menudo he deseado haber nacido hombre!

—Nacer hombre no salvaguarda de la pena.

—¿De veras? —Se volvió al fin para mirarlo, burlándose de su gravedad—. Decidme, *signore*, os lo ruego, cuáles son vuestras penas. —Sus ojos, asombrosos incluso en la oscuridad, lo repasaron de arriba abajo divertidos, luego se posaron en su rostro—. No, como sospechaba, sois demasiado guapo para tener penas. Más bien tenéis la voz y el semblante de un ladrón.

Al ver la indignación de Romeo, ella rio a carcajadas y prosiguió:

—Sí, de un ladrón, pero de un ladrón al que le dan más de lo que quiere y, por eso, se considera más generoso que codicioso, más favorito que enemigo. Corregidme si me equivoco: sois un hombre al que nunca se le ha privado de nada.

¿Cómo puede alguien así tener penas?

Romeo combatió su mirada burlona con confianza.

—Ningún hombre ha sufrido jamás una tribulación cuyo fin no deseara. No obstante, ¿qué peregrino rechaza cama y alimento en el camino? No me neguéis el mérito de mi viaje, pues, de no haber sido viajero, nunca habría atracado en vuestra orilla.

—¿Qué exótica indígena puede retener a un hombre de mar? ¿Qué peregrino no se hastía con el tiempo de su cómodo sillón y parte en busca de santuarios vírgenes aún más lejanos?

—Vuestras palabras no nos hacen justicia. Os ruego que no me tachéis de inconstante antes de saber siquiera mi nombre.

—Es mi naturaleza bárbara.

—Yo no veo sino belleza.

—Entonces no me veis en absoluto.

Romeo le tomó la mano y la forzó a acariciarle la mejilla.

—Yo os vi, mi bárbara, antes que vos a mí, aunque vos me oísteis a mí primero. Y así podríamos haber vivido, nuestro amor disuelto por los sentidos, si esta noche la diosa Fortuna no os hubiera dado ojos a vos ni me hubiese concedido oídos a mí.

La joven frunció el ceño.

—Vuestra poesía es misteriosa. ¿Pretendéis que os entienda, o esperáis que mi estupidez me haga creerme sabio?

—¡Por Dios! —exclamó Romeo—. ¡La diosa Fortuna nos ha engañado! Os ha dado ojos pero os ha robado los oídos. Giulietta, ¿no reconocéis la voz de vuestro caballero? —Le acarició la mejilla como cuando ella aún se fingía muerta en aquel ataúd—. ¿No identificáis sus caricias? —le susurró.

Durante un brevísimo instante, Giulietta se ablandó y apoyó la mejilla en su mano, buscando el consuelo de su proximidad, pero cuando Romeo la creía rendida, lo sorprendió verla fruncir los ojos. En lugar de abrirle la puerta de su corazón — hasta entonces sospechosamente entornada—, retrocedió de pronto, apartándose de su mano.

—¡Embustero! ¿Quién os manda para que juguéis conmigo?

Él hizo un aspaviento de sorpresa.

—Dulce Giulietta...

Pero ella se negaba a escucharlo y se limitó a apartarlo de sí para que la dejase en paz.

—¡Iros! ¡Marchad a reiros de mí con vuestros amigos!

—¡Os lo juro! —Romeo se mantuvo firme e intentó tomarle las manos, pero ella no quiso dárselas. A falta de algo mejor, la cogió por los hombros y la enderezó, desesperado por que escuchase lo que tenía que decirle—. Soy quien os salvó a fray

Lorenzo y a vos de los asaltadores —insistió—, y entrasteis en esta ciudad bajo mi protección. Os vi después en el taller del maestro, cuando yacíais en el ataúd...

Mientras hablaba, vio que Giulietta abría mucho los ojos, de pronto consciente de que decía la verdad, pero, en lugar de manifestar gratitud, su semblante se llenó de angustia.

—Entiendo —dijo con voz trémula—. Supongo que habéis venido a cobraros vuestra deuda.

Sólo entonces, al ver su temor, se le ocurrió a Romeo que había sido un atrevimiento cogerla por los hombros de aquella manera y que eso le habría hecho dudar de sus intenciones. Maldiciéndose por ser tan impulsivo, la soltó despacio y retrocedió, confiando en que no huyera. Aquel encuentro no estaba saliendo como había previsto, en absoluto. Llevaba muchas noches soñando con el momento en que Giulietta saldría al balcón, atraída por su serenata, y se llevaría las manos al pecho, admirada de su persona, sino de su canción.

—He venido a oíros pronunciar mi nombre con vuestra dulce voz —confesó, rogándole perdón con la mirada—. Eso es todo.

Conmovida por su sinceridad, ella se atrevió a sonreír.

—Romeo. Romeo Marescotti —susurró—, bendito del cielo. Ea, ¿qué más os debo?

A punto estuvo de acercarse de nuevo, pero logró contenerse y guardar las distancias.

—No me debéis nada, pero lo quiero todo. Os he estado buscando por toda la ciudad desde que descubrí que estabais viva. Sabía que debía veros y... hablar con vos. Hasta he rogado a Dios... —Se interrumpió, avergonzado.

Giulietta le dedicó una mirada larga, con los ojos llenos de asombro.

—¿Y qué os ha contestado Dios?

Romeo no pudo contenerse más; le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Me ha dicho que estabais hoy aquí, esperándome.

—Entonces debéis de ser la respuesta a mis plegarias. —Lo observó admirada mientras él le besaba la mano una y otra vez—. Esta misma mañana, en misa, he pedido a Dios que me enviara a un hombre, un héroe, que pudiera vengar la cruenta muerte de los míos. Ahora entiendo que me equivocaba al pedir a alguien diferente, porque fuisteis vos quien acabó con el bandido del camino y quien me protegió desde el instante en que llegué. Sí —afirmó, llevándose al rostro la otra mano de Romeo—, creo que vos sois ese héroe.

—Me honráis, Giulietta —dijo Romeo irguiéndose—. Nada me agradaría más que ser vuestro caballero.

—Bien —respondió ella—, pues hacedme un pequeño favor: buscad a ese bastardo de Salimbeni y hacedlo sufrir como él hizo sufrir a mi familia y, cuando

acabéis con él, traedme su cabeza en una caja para que vague descabezado por los pasillos del purgatorio.

Romeo tragó saliva pero logró asentir con la cabeza.

—Vuestros deseos son órdenes, ángel mío. ¿Me concedéis unos días para esta tarea o deseáis que sufra esta misma noche?

—Lo dejo a vuestra elección —contestó ella con donosa modestia—. Sois vos el experto en matar Salimbenis.

—Cuando termine —dijo Romeo cogiéndole ambas manos—, ¿me concederéis un beso por las molestias?

—Cuando terminéis, os concederé lo que deseéis —respondió Giulietta, mirándolo mientras él le besaba las muñecas, primero una, luego la otra.

III. III

Se diría que adorna el rostro de la noche
como preciado colgante que portara una etíope.

La ciudad de Siena dormía, ajena a mi sufrimiento. Los callejones por los que corría aquella noche no eran sino oscuros riachuelos de silencio, y todo lo que dejaba atrás —escúters, contenedores de basura, coches— se encontraba envuelto en el velo nebuloso de la luz de la luna, como si llevara cientos de años hechizado en la misma posición. Las fachadas de las casas se me antojaban igual de desdeñosas: las puertas no tenían pomos y todas y cada una de las ventanas y contraventanas estaban cerradas a cal y canto. Ocurriera lo que ocurriese en las calles oscuras de aquella centenaria ciudad, sus habitantes no querían saberlo.

Al hacer una breve pausa, detecté que el tipo, oculto entre las sombras, había empezado a correr también. Ni siquiera se molestaba en ocultar que me seguía; sus pasos eran pesados e irregulares, las suelas de sus zapatos arañaban los adoquines desiguales, y hasta cuando paraba a olfatear mi rastro, jadeaba con fuerza, como quien no está habituado a hacer ejercicio. Aun así, no conseguía despistarlo; por muy rápida y sigilosamente que me moviera, siempre daba conmigo y me seguía por todas las esquinas, casi como si pudiera leerme el pensamiento.

Con los pies destrozados de correr descalza por el adoquinado, enfilé a trompicones un estrecho pasadizo al final de un callejón, confiando en encontrar una salida, o varias, al otro lado. Pero no la había. Fui a parar a una calle cortada y terminé rodeada de altos edificios. De hecho, no había ni un muro ni una valla por los que pudiera trepar, ni un solo contenedor en el que pudiese esconderme, y mi única defensa eran los tacones puntiagudos de mis zapatos.

Decidida a hacer frente a mi destino, me preparé para el encuentro. ¿Qué podría querer? ¿Mi bolso? ¿El crucifijo que llevaba colgado del cuello? ¿A mí? Quizá sólo quería saber dónde se ocultaba el tesoro de la familia, pero también yo, y posiblemente nada de lo que había averiguado hasta el momento lo satisfaría. Por desgracia, los ladrones —según Umberto— no digerían bien las desilusiones, así que hurgué en el bolso y saqué de prisa la cartera; con suerte, mis tarjetas de crédito lo consolarían. Sólo yo sabía que encubrían una deuda de veinte mil dólares.

Mientras esperaba lo inevitable, el palpitar de mi corazón se vio ahogado por el rugido de una moto que se acercaba. En lugar de ver a aquel tipo embocar triunfante el callejón, vislumbré el metal negro de la moto, que pasó por delante de mí y siguió su camino en la dirección opuesta. No desapareció, sino que se detuvo de pronto con un sonoro frenazo, giró y volvió a pasar por allí un par de veces más, sin acercarse a

mí en ningún momento. Sólo entonces oí los pasos de alguien con calzado deportivo que bajaba la calle a toda pastilla, presa del pánico, y desaparecía por una esquina lejana como alma que lleva el diablo, con la moto pisándole los talones.

Luego, de pronto, se hizo el silencio.

Pasaron varios segundos —quizá incluso medio minuto—, pero ni el tipo ni la moto volvieron. Cuando al fin me atreví a salir del callejón, ni siquiera veía las esquinas más próximas. De cualquier forma, el hecho de hallarme perdida en la oscuridad era el menor de mis males esa noche. En cuanto encontrase un teléfono público, llamaría al hotel y pediría ayuda a Rossini. A pesar de mi lamentable situación, eso le encantaría.

Enfilé la calle, avancé unos metros y, de pronto, algo me llamó la atención.

Era una moto con su motorista, apostado en medio de la calle, mirándome. La luz de la luna iluminaba el casco del piloto y el metal del vehículo, y proyectaba la imagen de un hombre vestido de cuero negro, con la visera bajada, que esperaba pacientemente mi salida.

El miedo habría sido la reacción más lógica, pero, allí de pie, con los zapatos en la mano, lo único que sentí fue confusión. ¿Quién era aquel tipo? ¿Y qué hacía ahí sentado mirándome? ¿Me había salvado del que me seguía? En ese caso, ¿esperaba que me acercara a agradecersele?

Mi incipiente gratitud se truncó de pronto cuando encendió el faro de la moto y me cegó con su intensa luz. Mientras me llevaba las manos a los ojos para protegerme, arrancó la moto y aceleró un par de veces, como para dejarme las cosas claras.

Di media vuelta y enfilé la calle en dirección opuesta, aún algo deslumbrada y maldiciendo mi ingenuidad. Quienquiera que fuese aquel tipo, obviamente no era un amigo; seguramente se trataba de algún zumbado que se pasaba la noche aterrorizando a la gente pacífica con su moto. Casualmente su última víctima había sido mi persecutor, pero eso no nos convertía en amigos en absoluto.

Me dejó correr un poco e incluso esperó a que volviese la primera esquina antes de venir a por mí. No a toda velocidad, como si quisiera atropellarme, pero sí lo bastante de prisa para que supiera que no iba a poder escapar.

Fue entonces cuando vi la puerta azul.

Acababa de volver otra esquina y sabía que el faro no tardaría en localizarme de nuevo cuando la vi delante de mí: la puerta azul del taller del pintor, entreabierta como por arte de magia. Ni siquiera me detuve a pensar si habría más de una puerta azul en Siena, o si sería buena idea irrumpir así en casa de alguien en plena noche. Me limité a hacerlo. En cuanto estuve dentro, cerré la puerta y me apoyé en ella, escuchando nerviosa cómo la moto pasaba por delante y desaparecía.

Tras nuestro encuentro del día anterior en los jardines del claustro, seguramente el

pintor de larga melena me creía un bicho raro, pero, cuando te persiguen tipos malvados por callejones medievales, no puedes ser quisquilloso.

El taller del maestro Lippi chocaba de primeras. Parecía que una bomba de inspiración divina hubiese estallado en él, no una, sino muchas veces, esparciendo pinturas, esculturas y artilugios extraños por todas partes. Al parecer, no era alguien cuyo talento pudiera canalizarse de un solo modo; como un genio lingüístico, hablaba la lengua que más se amoldaba a su estado de ánimo, y elegía las herramientas y los materiales con el acierto de un virtuoso. En medio de todo, ladraba un perro, mezcla improbable de bichón peludo y dóberman circunspecto.

—Ah, estás ahí —dijo el maestro Lippi saliendo de detrás de un caballete al oír que se cerraba la puerta—. Me preguntaba cuándo vendrías. —Luego, sin mediar palabra, desapareció. Volvió al poco, cargado con una botella de vino, dos vasos y una barra de pan. Al ver que no me había movido, añadió socarrón—: Tendrás que disculpar a *Dante*. No se fía de las mujeres.

—¿Se llama *Dante*? —Miré al perro, que se acercó a traerme una zapatilla vieja, disculpándose a su modo por haberme ladrado—. ¡Qué curioso!... ¡Así se llamaba el perro del maestro Ambrogio!

—Bueno, éste es su taller. —Lippi me sirvió un vaso de tinto—. ¿Lo conoces?

—¿Se refiere a Ambrogio Lorenzetti, el que vivió en 1340?

—¡Claro! —El maestro sonrió y alzó su vaso para brindar—. Bienvenida. ¡Felicidades! ¡Por *Diana*!

A punto estuve de atragantarme con el vino. ¿Conocía a mi madre?

Antes de que pudiera balbucir nada, el maestro se acercó a mí con aire conspirador.

—Según la leyenda, *Diana* es una corriente que discurre bajo nosotros, en lo más hondo de la tierra. Nadie la ha visto nunca, pero algunos dicen que la sienten a veces cuando despiertan de madrugada. Además, en la Antigüedad había un templo dedicado a *Diana* en el Campo. Los romanos celebraban allí sus juegos, la lidia de toros y los duelos. Ahora tenemos el Palio en honor a la Virgen María. Ella nos da el agua con la que renacemos, como las vides, de la oscuridad.

Permanecimos así un momento, mirándonos, y tuve la extraña sensación de que, si hubiera querido, el maestro Lippi podría haberme contado muchos secretos de mí misma, de mi destino, del futuro de todas las cosas, secretos que me habría llevado varias vidas descubrir a mí sola. Pero ese pensamiento se desvaneció en seguida, ahuyentado por la frívola sonrisa del maestro, que me arrebató de pronto el vaso de vino para dejarlo en la mesa.

—¡Ven! Quiero enseñarte algo. ¿Recuerdas que te lo dije?

Me condujo a otra habitación más atiborrada de arte —si cabe— que el propio taller. Era un cuarto interior sin ventanas, sin duda empleado como almacén.

—Un segundo... —El maestro se abrió paso por entre el caos y levantó con cuidado la tela que cubría una pequeña pintura que colgaba de la pared del fondo—. ¡Mira!

Me acerqué para verla mejor, pero, al verme demasiado cerca, el maestro me detuvo.

—Cuidado. Es muy antigua. No exhales encima.

Era el retrato de una joven, hermosa, de grandes ojos azules, que miraba ensoñadora algo a mi espalda. Parecía triste a la vez que ilusionada, y sostenía una rosa de cinco pétalos.

—Creo que se parece a ti —dijo Lippi, comparándome con el retrato—, o quizá tú te pareces a ella. En los ojos, no, ni en el pelo..., en otra cosa. ¿Qué opinas tú?

—Opino que ése es un cumplido que no merezco. ¿Quién lo pintó?

—¡Aja! —Lippi se me acercó con una sonrisa furtiva—. Lo encontré cuando me instalé en el taller. Estaba oculto en la pared, en una caja metálica. También había un libro. Un diario. Creo... —Antes de que terminara la frase, ya se me había erizado el vello de los brazos, y sabía perfectamente lo que iba a decir—. Mejor dicho, estoy convencido de que fue el maestro Ambrogio Lorenzetti quien escondió la caja. Era su diario. Creo que fue él quien pintó el cuadro. Se llama igual que tú, Giulietta Tolomei. Lo indicó por detrás.

Me quedé mirando la pintura, casi incapaz de creer que aquél fuese realmente el retrato sobre el que había estado leyendo. Era tan hipnótico como lo había imaginado.

—¿Aún tiene el diario?

—No. Lo vendí. Se lo comenté a un amigo, que se lo comentó a un amigo y un buen día se presentó aquí un hombre que quería comprarlo. El profesor Tolomei. —Lippi me miró, arqueando las cejas—. Tú también eres una Tolomei, ¿lo conoces? Un hombre muy mayor.

Me senté en la silla más próxima. No tenía asiento, pero me dio igual.

—Era mi padre. Él tradujo el diario a mi idioma. Lo estoy leyendo. Sólo habla de ella... —señalé el retrato con la cabeza—, de Giulietta Tolomei. Por lo visto, era antepasada mía. Ambrogio describe sus ojos en ese diario... y ahí están.

—¡Lo sabía! —El maestro Lippi se volvió de golpe hacia el retrato, pletórico de gozo—. ¡Tú antepasada! —Rio y me miró de nuevo, cogiéndome por los hombros—. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido a verme!

—Lo que no entiendo es qué llevó al maestro Ambrogio a ocultar estas cosas en la pared. O quizá no lo hizo él..., fue otra persona...

—¡No pienses tanto! —me advirtió Lippi—. Se te arruga la cara. —Hizo una pausa, asaltado por una súbita inspiración—. La próxima vez que vengas te pintaré. ¿Cuándo vuelves? ¿Mañana?

—Maestro... —Sabía que debía aprovechar ese momento de lucidez—. Me

preguntaba si podría quedarme aquí un poco más. Por esta noche.

Me miró intrigado, como si fuese yo y no él quien mostraba indicios de demencia. Sentí la necesidad de explicarme.

—Hay alguien ahí fuera... No sé qué pasa. Ese tipo... —Meneé la cabeza—. Le parecerá una locura, pero me siguen, y no sé por qué.

—Ah —dijo Lippi. Con sumo cuidado, cubrió el retrato de Giulietta Tolomei y me condujo de nuevo al taller. Allí, me sentó en una silla, me pasó el vaso de vino, tomó asiento él también y me miró como el niño que espera que le cuenten un cuento—. Me parece que lo sabes. Dime por qué te sigue.

En la hora siguiente se lo conté todo. No quería hacerlo, pero en cuanto empecé a hablar ya no pude parar. Había algo en el maestro y en su forma de mirarme —con los ojos brillantes de emoción, asintiendo con la cabeza de vez en cuando— que me hizo creer que tal vez podría ayudarme a descubrir lo que se ocultaba tras todo aquello, si es que se ocultaba algo.

Así que le hablé de mis padres y de los accidentes en los que habían perdido la vida, e insinué que un tal Luciano Salimbeni podría haber tenido algo que ver con su muerte. Después pasé a describirle el cofre de documentos de mi madre y el diario del maestro Ambrogio, y le hablé de «los ojos de Julieta», el tesoro desconocido que me había mencionado mi primo Peppo.

—¿Ha oído hablar de algo así? —le pregunté a Lippi al verlo fruncir el ceño.

En vez de contestar, se levantó y alzó la cabeza como si escuchara una llamada distante. Cuando se puso en marcha, supe que debía seguirlo y pasé tras él a otro cuarto, subí un tramo de escaleras y entré en una biblioteca alargada y estrecha forrada de viejas estanterías desvencijadas. Una vez allí, me limité a verlo ir de un lado a otro en busca —supuse— de algún libro concreto que no se dejaba encontrar. Tras localizarlo al fin, lo cogió y lo sostuvo en alto, triunfante.

—¡Sabía que lo había visto en alguna parte!

Resultó ser una antigua enciclopedia de monstruos y tesoros legendarios —por lo visto, inseparables— y, mientras el maestro lo hojeaba, pude ver varias ilustraciones más relacionadas con cuentos de hadas que con mi vida hasta la fecha.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó, señalando entusiasmado una entrada—. ¿Qué te parece?

Incapaz de esperar a que volviéramos abajo, encendió una bamboleante lámpara de pie y leyó el texto en voz alta con una entusiasta mezcla de italiano e inglés.

El texto venía a decir que «los ojos de Julieta» eran un par de zafiros etíopes grandísimos, originalmente llamados «los gemelos etíopes», que, al parecer, el señor Salimbeni de Siena había comprado en 1340 como regalo de compromiso para su futura esposa, Giulietta Tolomei. Tras la trágica muerte de Giulietta, los zafiros habían pasado a ser los ojos de la estatua de oro que presidía su tumba.

—¡Escucha esto! —El maestro Lippi, emocionado, recorrió la página con el dedo—. ¡Shakespeare también conocía la estatua! —Y pasó a leer las siguientes líneas del final de *Romeo y Julieta*, que la enciclopedia citaba tanto en italiano como en mi idioma:

*Pues he de erigirle una estatua de oro
a Julieta, de modo que, mientras Verona exista,
ninguna otra imagen ha de ser tan honrada
como la de vuestra fiel y sincera hija.*

Cuando al fin terminó de leer, Lippi me enseñó la ilustración y la reconocí de inmediato. La estatua representaba a un hombre y una mujer; él arrodillado, sosteniéndola a ella en brazos. Salvo por algunos detalles, era idéntica a la estatua que mi madre había intentado captar al menos una veintena de veces en el cuaderno que había encontrado en su cofre.

—¡Cielo santo! —Me acerqué para verla mejor—. ¿Dice algo de dónde está la tumba?

—¿La tumba de quién?

—De Julieta, ¿o debería decir de Giulietta? —Señalé el texto que acababa de leerme—. En el libro dice que se levantó una estatua de oro junto a la tumba, pero no *dónde* exactamente...

Lippi cerró el libro y lo colocó en la estantería que tenía más cerca.

—¿Para qué quieres saberlo? —inquirió, de pronto agresivo—. ¿Para llevarte los ojos? Sin ojos, ¿cómo reconocerá a su Romeo cuando vaya a despertarla?

—¡No quiero llevármelos! —protesté—. Sólo quiero... verlos.

—Bueno... —contestó el maestro, apagando la lámpara bamboleante—, entonces tendrás que hablar con Romeo. No sé quién más podría encontrarla. Pero ten cuidado. Hay muchos fantasmas por aquí, y no todos son tan amables como yo. —Se me acercó en la oscuridad, encontrando algún extraño placer en asustarme, y me susurró furioso—: ¡La peste! ¡Caiga la peste sobre vuestras dos familias!

—Ah, estupendo —dije—. Gracias.

Luego rio a carcajadas, dándose palmadas en las rodillas.

—¡Venga! ¡No seas gallina! ¡Te estoy tomando el pelo!

De nuevo abajo, tras varios vasos de vino, logré retomar el tema de «los ojos de Julieta».

—¿Qué ha querido decir con que *Romeo* sabe dónde está la tumba? —pregunté.

—¿Lo sabe? —Lippi me miró perplejo—. No estoy seguro. Pero creo que deberías preguntarle. Él sabe más que yo de todo esto. Es joven. A mí se me olvidan las cosas.

Traté de sonreír.

—¡Habla de él como si estuviera vivo! El maestro se encogió de hombros.

—Va y viene. Siempre de madrugada..., se sienta ahí a contemplarla. —Miró hacia el almacén donde estaba el retrato de Giulietta—. Creo que aún la quiere. Por eso dejó la puerta abierta.

—Escuche —le dije, cogiéndole la mano—, Romeo no existe. Ya no. ¿De acuerdo?

El maestro me miró furioso, casi ofendido.

—¡Tú existes! ¿Por qué no iba a existir él? —Frunció el ceño—. ¿Qué?, ¿también tú crees que es un fantasma? Bueno..., nunca se sabe, pero lo dudo. Yo pienso que es real. —Hizo una breve pausa para sopesar los pros y los contras, entonces replicó convencido—: Bebe vino. Los fantasmas no beben. Requiere práctica y no les apetece. Son aburridos. Prefiero a la gente como tú. Tú eres divertida. Toma, bebe más. —Volvió a llenarme el vaso.

—Si tuviera que hacerle unas preguntas a Romeo... —proseguí, tomando obediente otro sorbo—, ¿cómo podría hacerlo? ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Bueno... —dijo el maestro, meditando la pregunta—. Me temo que tendrás que esperar a que te encuentre él. —Al verme decepcionada, se inclinó sobre la mesa y escudriñó mi rostro—. Aunque me parece que ya te ha encontrado —añadió—. Sí, creo que sí. Lo veo en tus ojos.

III. IV

Con las alas livianas de amor salté estos muros,
pues que para el amor no hay límites de piedra.

Siena, 1340

Romeo pasó la piedra por la hoja con movimientos largos y cautos. Llevaba un tiempo sin usar la espada y la hoja tenía restos de herrumbre que debía amolar antes de engrasarla. Solía hacerlo con la daga, pero se la había clavado en la espalda a un saltador de caminos y, en un momento de distracción impropia de él, había olvidado recuperarla después. Además, a Salimbeni no podía apuñalarlo por la espalda como a un delincuente común; no, tendrían que batirse en duelo.

Era la primera vez que Romeo se cuestionaba su relación con una mujer, claro que ninguna otra le había pedido nunca que cometiera un asesinato. Recordó la conversación mantenida con el maestro Ambrogio aquella noche fatídica, hacía dos semanas, cuando le había dicho al pintor que tenía buen olfato para las mujeres que no le pedían más que lo que quería darles, y que él —a diferencia de sus amigos— no era de los que, a la menor ocasión, protestaban y se escabullían como perros. ¿Seguía siendo cierto? ¿Estaba dispuesto a abordar a Salimbeni espada en ristre y a encontrar la muerte antes de haber cobrado su recompensa o haber vuelto siquiera a ver los ojos angelicales de Giulietta?

Suspiró profundamente, volvió la espada y empezó a pulir el otro lado. Sus primos querrían saber dónde estaba y por qué no salía con ellos, y su padre, el comandante Marescotti, había ido a verlo al menos un par de veces, no para interrogarlo, sino para invitarlo a entrenar. Tras otra noche en vela, la luna compasiva había dado paso una vez más al implacable sol, y Romeo, sentado aún a la mesa, se preguntó por enésima vez si ése sería el día.

Justo entonces oyó ruido en la escalera que había a la entrada de su cuarto y acto seguido aporrearon su puerta.

—¡No, gracias! —gruñó, como había hecho ya muchas veces—. ¡No tengo hambre!

—¿Mi señor Romeo? ¡Tenéis visita!

Se levantó al fin, con los músculos doloridos de tantas horas sin moverse ni dormir.

—¿Quién es?

Se oyó un murmullo al otro lado de la puerta.

—Un tal fray Lorenzo y un tal fray Bernardo. Dicen que tienen noticias

importantes y solicitan una audiencia privada.

La mención de fray Lorenzo —el compañero de viaje de Giulietta, si no se equivocaba— impulsó a Romeo a abrir la puerta. Fuera, en la galería, encontró a un sirviente y dos monjes encapuchados; tras ellos, en el patio inferior, otros tantos sirvientes se estiraban para ver quién había logrado que al fin su joven amo abriera la puerta de su cuarto.

—¡Aprisa, pasad! —instó a los monjes a que entraran—. Stefano... —miró inflexible al sirviente—, no le hables de esto a mi padre.

Los monjes entraron con cierta reserva. El sol matinal, que se colaba por la puerta abierta del balcón, caía sobre la cama hecha de Romeo, y un plato de pescado frito descansaba intacto sobre la mesa, junto a la espada.

—Perdonad que os molestemos a esta hora —dijo fray Lorenzo, mirando la puerta de reojo para comprobar que estaba cerrada—, pero no podíamos esperar...

Antes de que pudiera proseguir, su compañero se adelantó y se quitó la capucha, revelando un peinado de lo más complejo. No era un monje quien acompañaba a fray Lorenzo esa mañana, sino Giulietta, más hermosa que nunca a pesar del disfraz, con las mejillas encendidas de emoción.

—Por favor, decidme que... todavía no habéis hecho lo que os pedí —le imploró.

Aún emocionado y asombrado de verla, Romeo apartó la mirada, avergonzado.

—No lo he hecho.

—¡Alabado sea el cielo! —Cruzó las manos aliviada—. Porque he venido a disculparme y a rogaros que olvidéis que un día os pedí semejante barbaridad.

Sobresaltado, Romeo sintió una punzada de esperanza.

—¿Ya no queréis verlo muerto?

Giulietta frunció el ceño.

—Lo deseo con toda mi alma, pero no a vuestra costa. Fui mezquina y egoísta al haceros presa de mi dolor. ¿Podréis perdonarme? —Lo miró fijamente a los ojos y, al ver que no respondía de inmediato, le tembló un poco el labio—. Perdonadme. Os lo ruego.

Por primera vez en muchos días, Romeo sonrió.

—No.

—¿No? —Los ojos azules de la joven se oscurecieron, amenazando tormenta, y retrocedió un paso—. ¡Qué crueldad!

—No os perdono —prosiguió, bromeando—. Me prometisteis una gran recompensa y ahora os echáis atrás.

Giulietta hizo un aspaviento.

—¡No es cierto! ¡Os estoy salvando la vida!

—¡Y además me insultáis! —Romeo se llevó un puño al pecho—. ¡Insinuáis que no sobreviviría a este duelo..., mujer! ¡Jugáis con mi honor como un gato con un

ratón! ¡Volved a morder y veréis cómo huye despavorido!

—¡Sois vos quien juega conmigo! —exclamó Giulietta frunciendo los ojos recelosa—. No he dicho que moriríais a manos de Salimbeni, como bien sabéis, sino que creo que vengarían vuestro crimen. Y eso... —apartó la mirada, aún disgustada con él— sería una lástima, supongo.

Romeo observó su perfil desdeñoso con gran interés. Al no verla dispuesta a ceder, se volvió hacia fray Lorenzo.

—¿Puedo pedirlos que nos dejéis a solas un momento?

A fray Lorenzo, como es natural, no le agradó ese ruego, pero, como Giulietta no protestó, tampoco pudo negarse. De modo que asintió con la cabeza y se retiró al balcón, dándoles sumiso la espalda.

—¿Por qué sería una lástima que muriera? —le dijo Romeo en voz tan baja que sólo Giulietta pudo descifrar las palabras.

Ella respiró profundamente, furiosa.

—Me salvasteis la vida.

—Y lo único que pedí a cambio fue ser vuestro caballero.

—¿De qué sirve un caballero decapitado?

Romeo sonrió y se acercó.

—Os aseguro que, mientras estéis cerca de mí, no habrá razón para tales miedos.

—¿Tengo vuestra palabra? —Giulietta lo miró a los ojos—. ¿Prometéis que no trataréis de enfrentaros a Salimbeni?

—Parece que ahora me pedís un segundo favor —observó Romeo, disfrutando del intercambio—, y bastante más complicado que el primero, pero seré generoso y os diré que mi precio sigue siendo el mismo.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Vuestro precio?

—O mi recompensa, o como queráis llamarlo. No ha cambiado.

—¡Sinvergüenza! —susurró furiosa Giulietta, esforzándose por sofocar una sonrisa—. Vengo aquí a liberaros de una promesa letal ¿y seguís decidido a robarme la virtud?

Romeo sonrió.

—Seguramente un beso no pondrá a prueba vuestra virtud.

Giulietta se defendió de sus encantos.

—Depende de quién me bese. Sospecho que un beso vuestro me privaría instantáneamente de dieciséis años de ahorros.

—¿De qué sirven los ahorros si no se gastan?

Justo cuando Romeo creía tenerla atrapada, una fuerte tos procedente del balcón hizo que Giulietta retrocediera sobresaltada.

—¡Paciencia, Lorenzo! —dijo, severa—. No tardaremos en irnos.

—Vuestra tía empezará a preguntarse qué clase de confesión os lleva tanto tiempo.

—¡Un momento! —Giulietta se volvió hacia Romeo con los ojos llenos de desilusión—. Debo irme.

—Confesaos conmigo —le susurró él, cogiéndole las manos— y os daré una bendición que jamás se extinguirá.

—El borde de vuestra copa está untado de miel —replicó Giulietta, dejándose atraer de nuevo hacia él—. Me pregunto qué terrible veneno contendrá.

—Si es veneno, nos matará a los dos.

—Cielos..., debo de gustaros mucho si preferís morir conmigo a vivir con otra mujer.

—Así lo creo. —La abrazó—. Besadme o moriré sin duda.

—¿Moriréis otra vez? ¡Para haberos condenado dos veces, os veo muy vivo!

Se oyó otro ruido procedente del balcón, pero esta vez Giulietta se quedó donde estaba.

—¡Paciencia, Lorenzo, te lo ruego!

—Tal vez mi veneno haya perdido su efecto —respondió Romeo, volviéndole la cabeza sin soltarla.

—Debo irme...

Como el ave rapaz se abalanza sobre su presa y se adueña feroz de la pobre desgraciada, así le robó Romeo los labios antes de perderlos de nuevo. Suspendida entre ángeles y demonios, su presa cesó el forcejeo y él extendió del todo las alas y dejó que el viento creciente los llevara por el cielo hasta que incluso el ave rapaz perdió toda esperanza de volver a casa.

Durante ese abrazo, Romeo sintió una certeza que hasta entonces no había creído posible con nadie, ni siquiera con la virtuosa. Fueran cuales fuesen sus intenciones al enterarse de que la joven del ataúd vivía —oscuras entonces hasta para él—, ahora sabía que las palabras que le había dicho al maestro Ambrogio habían sido proféticas: con Giulietta en sus brazos, todas las demás mujeres —pasadas, presentes y futuras— dejaban de existir.

De regreso al palazzo Tolomei esa mañana, Giulietta fue recibida con un desagradable aluvión de preguntas y acusaciones, sazonado de comentarios sobre sus costumbres rurales.

—Quizá sea normal entre campesinos —le había dicho su tía con desdén, arrastrándola por el brazo—, pero, en la ciudad, las mujeres solteras de buena familia no salen a confesarse y vuelven varias horas después con los ojos brillantes y... —la señora Antonia la había examinado furiosa en busca de otros indicios de mala conducta— ¡el pelo alborotado! De ahora en adelante, no habrá más salidas y, si necesitas hablar con tu querido fray Lorenzo, lo harás bajo este techo. ¡Ya no te está

permitido deambular por la ciudad a merced de chismorreos y ultrajes! —había concluido su tía, tirando de ella por la escalera y obligándola a encerrarse en su alcoba.

—¡Ay, Lorenzo! —sollozó Giulietta cuando el monje fue a verla a su prisión dorada—. ¡No me dejan salir! ¡Voy a enloquecer! ¡Ay! —Caminó de un lado a otro de la alcoba, mesándose el cabello—. ¿Qué pensará de mí? Le he dicho que nos veríamos..., ¡se lo he prometido!

—Callad, querida, y calmaos —le dijo fray Lorenzo, tratando de sentarla en una silla—. El caballero del que habláis sabe de vuestra agonía y eso no ha hecho sino aumentar su afecto. Me ha pedido que os diga...

—¿Has hablado con él? —Giulietta cogió al monje por los hombros—. ¡Ay, bendito seas, Lorenzo! ¿Qué te ha dicho? ¡Cuéntamelo, aprisa!

—Me ha pedido... —el monje se metió la mano bajo el hábito y sacó un pergamino enrollado y sellado con cera— que os entregue esta carta. Tomad. Es para vos.

Giulietta cogió la carta, reverente, y la tuvo en la mano un instante antes de romper el sello del águila. Luego, con los ojos muy abiertos, desenrolló la misiva y estudió la densa caligrafía en tinta marrón.

—¡Qué bonita! Nunca había visto nada tan elegante. —Dándole la espalda al fraile, permaneció inmóvil un momento, ensimismada en su tesoro—. ¡Es un poeta! ¡Qué bien escribe! Qué arte, qué... perfección. Debe de haberle llevado toda la noche.

—Me parece que le ha llevado varias noches —replicó el fraile con cierto cinismo—. Esa carta, os lo aseguro, es fruto de muchos pergaminos y muchas plumas.

—Pero no entiendo esto... —Se volvió hacia fray Lorenzo para enseñarle el párrafo—. ¿Por qué dice que mis ojos no pertenecen a mi cara sino al firmamento? Pretenderá halagarme, pero habría bastado con decir que mis ojos son del color del cielo. No comprendo su argumento.

—No es un argumento —señaló fray Lorenzo cogiendo la carta—, es poesía y, por ello, irracional. Su finalidad no es persuadir, sino complacer. Supongo que os complace.

Ella hizo un aspaviento.

—¡Por supuesto!

—Así pues, la carta ha cumplido su objetivo —dijo el fraile remilgadamente—. Ahora propongo que nos olvidemos de ella.

—¡Un momento! —Giulietta le arrebató el documento antes de que pudiera destruirlo—. Debo responderle.

—Eso será complicado, dado que no disponéis de pluma, ni de tinta, ni de pergamino. ¿No os parece?

—Cierto —respondió Giulietta sin amilanarse—, pero tú me lo traerás todo. En secreto. Iba a pedírtelo de todas formas, para poder escribir por fin a mi pobre hermana... —Miró al fraile ilusionada, esperando encontrarlo dispuesto a cumplir sus órdenes de inmediato. Al verlo fruncir el ceño descontento, exclamó alzando los brazos—: ¿Qué pasa ahora?

—No apruebo este empeño —gruñó él, negando con la cabeza—. Una dama soltera no debe responder a una misiva clandestina. Sobre todo...

—¿Y una casada sí?

—... sobre todo teniendo en cuenta quién la envía. Como viejo amigo de la familia, debo preveniros de tipos como Romeo Marescotti y... ¡un momento! —levantó una mano para evitar que Giulietta lo interrumpiera—. Sí, es verdad que el joven tiene cierto encanto, pero seguro que, a los ojos de Dios, es horripilante.

Giulietta suspiró.

—No es horripilante. Lo que ocurre es que estás celoso.

—¿Celoso? —resopló el fraile—. Yo no reparo en las apariencias, pues son sólo propias de la carne y no van más allá de la tumba. Lo que he querido decir es que su *alma* es horripilante.

—¡Cómo puedes hablar así del hombre que nos ha salvado la vida! —replicó Giulietta—. Un hombre al que nunca habías visto antes. Un hombre del que no sabes nada.

—Sé lo bastante para profetizar su perdición —le advirtió el fraile agitando el dedo—. Hay plantas y criaturas en este mundo que no sirven sino para ocasionar dolor y desconsuelo a todo cuanto se interponga en su camino. ¡Miraos! Vos ya estáis sufriendo por esa relación.

—De seguro... —Giulietta hizo una pausa para calmarse—. Sin duda sus bondadosas acciones habrán compensado cualquier vicio que pudiera tener antes. —Al ver que el fraile seguía mostrándose hostil, añadió serena—: Sin duda Dios no habría elegido a Romeo como instrumento de nuestra salvación si no hubiera deseado redimirlo.

Fray Lorenzo volvió a amenazarla con un dedo.

—Dios es un ser divino y, como tal, carece de deseos.

—Pues yo no. Deseo ser feliz. —Giulietta se llevó la carta al pecho—. Sé lo que piensas. Quieres protegerme, como viejo amigo de la familia, y piensas que Romeo me ocasionará dolor. Un gran amor conlleva una gran pena, eso crees. Quizá tengas razón. Quizá los sabios desprecian lo uno para permanecer a salvo de lo otro; yo, en cambio, antes que nacer sin ojos, prefiero que me ardan en las cuencas.

Muchas semanas y muchas cartas habrían de pasar antes de que Giulietta y Romeo volvieran a verse. Entretanto, el tono de su correspondencia cobró una creciente vehemencia que culminó —a pesar del esfuerzo de fray Lorenzo por

sosegar las pasiones— en una mutua declaración de amor eterno.

La otra persona que estaba al tanto de las emociones de Giulietta era su hermana gemela, Giannoza, la única que le quedaba en el mundo después de que los Salimbeni asaltaron su hogar. Aunque se había casado el año anterior y se había trasladado a la finca de su esposo en el sur, ellas, que siempre habían estado muy unidas, habían mantenido el contacto por correspondencia. La lectura y la escritura no eran aptitudes corrientes entre las jovencitas, pero su padre había sido un hombre poco corriente, que odiaba la contabilidad y prefería encargarse de esas tareas a su esposa y a sus hijas, mucho menos ocupadas que él.

Sin embargo, aun cuando se escribían a menudo, Giulietta apenas recibía cartas de Giannoza, y sospechaba que las suyas también tardaban en llegar, si es que llegaban. De hecho, después de instalarse en Siena, no había recibido ni una sola misiva de su hermana, a pesar de que le había enviado varios informes sobre el terrible ataque a su familia y su triste refugio —y posterior encarcelamiento— en Palazzo Tolomei, la casa de su tío.

Si bien confiaba en la capacidad de fray Lorenzo para sacar sus cartas de la casa de forma segura y secreta, sabía que el fraile no podía controlarlas una vez en manos de desconocidos. Giulietta no tenía dinero para pagar una entrega; dependía de la bondad y la diligencia de quienes viajaban hacia donde vivía su hermana. Por otra parte, ahora que la tenían encerrada, existía además la posibilidad de que alguien detuviese al fraile cuando entraba o salía y le exigiera que se vaciase los bolsillos.

Consciente del peligro, empezó a esconder las cartas que le escribía a Giannoza debajo de las tablas del suelo en lugar de enviarlas de inmediato. El pobre fray Lorenzo ya tenía bastante con entregar sus cartas de amor a Romeo; cargarlo con más pruebas de sus impúdicas actividades habría sido una crueldad. Así que terminaron todos bajo el suelo —los fantásticos relatos de sus encuentros amorosos con Romeo—, a la espera del día en que pudiese pagar a un mensajero que los entregara todos de una vez. O del día en que los arrojara todos al fuego.

En cuanto a las cartas que le escribía a Romeo, recibía ardientes respuestas a todas ellas. Si ella le hablaba de cientos, él de miles, y lo que a ella le gustaba a él le encantaba. Si ella osaba compararlo con el fuego, él, más osado aún, la comparaba con el sol; ella se imaginaba bailando con él, él no pensaba más que en estar a solas con ella...

Una vez declarado, ese ardiente amor sólo conocía dos caminos: el uno, a la plenitud; el otro, a la desilusión. La indiferencia era imposible. Por eso, un domingo por la mañana, cuando a Giulietta y a sus primas les dejaron confesarse en San Cristóbal después de misa, al acercarse al confesonario descubrió que no era un cura lo que la esperaba al otro lado.

—Perdonadme, padre, porque he pecado —empezó, como era de costumbre,

esperando que el cura la instara a explicarse. En cambio, una voz desconocida le susurró:

—¿Cómo puede ser pecado el amor? Si Dios no quisiera que nos amáramos, no habría creado una belleza como tú.

—¿Romeo? —espetó Giulietta, espantada. Se arrodilló para verificar su sospecha a través de la filigrana metálica y, en efecto, al otro lado de la celosía vio una sonrisa poco sacerdotal—. ¿Cómo te atreves a venir aquí? ¡Mi tía no está ni a tres metros de distancia!

—Tu dulce voz tiene más peligro que veinte tías juntas —protestó él—. Te lo ruego, vuelve a hablarme y remata mi ruina. —Apretó la mano contra la celosía, deseando que Giulietta hiciera lo mismo. Lo hizo y, aunque sus manos no se tocaron, ella pudo notar el calor de su palma en la propia.

—Ojalá fuésemos simples campesinos —le susurró Giulietta— y pudiéramos vernos cuando quisiéramos.

—¿Y qué haríamos, campesinos de nosotros, cuando nos viéramos? —inquirió Romeo.

Giulietta agradeció que él no pudiera verla sonrojarse.

—Ninguna reja nos separaría.

—No estaría mal —dijo Romeo.

—Tú —prosiguió ella, colando un dedo por la rejilla— me hablarías en pareados, como los hombres que seducen a doncellas reacias. Cuanto más reacias, más exquisita la poesía.

Romeo contuvo la risa lo mejor que pudo.

—Primero, jamás he oído a un campesino recitar versos. Segundo, me pregunto cuan exquisita habría de ser mi poesía. No mucho, diría yo, a juzgar por la doncella.

—¡Bribón! —espetó ella, espantada—. Tendré que demostrarte que te equivocas siendo muy puritana y rechazando tus besos.

—Eso es fácil decirlo cuando un muro nos separa —señaló él, socarrón.

Permanecieron en silencio un momento, intentando tocarse a través del tablero calado.

—¡Ay, Romeo! —suspiró Giulietta, de pronto afligida—. ¿Así debe ser nuestro amor? ¿Un secreto en un cuarto oscuro mientras el mundo bulle fuera?

—No por mucho tiempo, si puedo evitarlo. —Cerró los ojos e imaginó que la celosía era la frente de Giulietta apoyada en la suya—. Quería verte para decirte que voy a pedirle a mi padre que autorice nuestro matrimonio, y le propondré lo mismo a tu tío en cuanto me sea posible.

—¿Quieres... casarte conmigo? —No estaba segura de haberlo entendido. No se lo había pedido, sino que lo daba por hecho. Quizá fuera así como se hacía en Siena.

—Sólo eso deseo —gruñó Romeo—. Debo tenerte, del todo, en mi mesa y en mi

cama, o me marchitaré como un prisionero muerto de hambre. Ya está dicho; disculpa la falta de poesía.

Al ver que se hacía el silencio al otro lado, Romeo temió haberla ofendido. Ya maldecía su propia franqueza cuando Giulietta volvió a hablar, ahuyentando esos pequeños temores revoltosos con el tufo de una bestia mayor.

—Si es esposa lo que buscas, tendrás que conquistar a Tolomei.

—Respeto a tu tío —repuso Romeo—, pero confiaba en llevarte a ti y no a él a mi alcoba.

Por fin ella sonrió, pero no fue un placer duradero.

—Es un hombre ambicioso. Procura que tu padre traiga un largo linaje cuando venga.

El insulto velado espantó a Romeo.

—¡Mi familia llevaba casco emplumado y servía al cesar cuando tu tío Tolomei vestía piel de oso y servía pasta de cebada a los cerdos! —Consciente de que estaba siendo infantil, Romeo prosiguió más sereno—: Tolomei no rechazará a mi padre. Entre nuestras casas siempre ha habido paz.

—¡Mejor serian ríos de sangre! —suspiró Giulietta—. ¿No lo ves? Si nuestras casas están en paz, ¿qué se ganará con nuestra unión?

Él se negaba a entenderla.

—Todos los padres desean lo mejor para sus hijos.

—Por eso nos dan medicinas amargas y nos hacen llorar.

—Tengo dieciocho años. Mi padre me trata como a un igual.

—Un anciano, entonces. ¿Cómo no estás casado? ¿O acaso has enterrado ya a la esposa de tu infancia?

—Mi padre no cree en madres sin destetar.

La tímida sonrisa de Giulietta, apenas visible a través de la celosía, resultó gratificante después de tanto tormento.

—¿Pero sí cree en doncellas viejas?

—No puedes tener los dieciséis.

—Justos. Pero ¿quién cuenta los pétalos de una rosa marchita?

—Cuando nos casemos —le susurró él, besándole los dedos como podía—, te regaré y, echándote en mi cama, te los contaré todos.

Giulietta trató de fingirse indignada.

—¿Y las espinas? ¿Y si te pincho y te arruino la dicha?

—El placer superará con creces el dolor, créeme.

Así siguieron, preocupándose y bromeando, hasta que alguien tocó impaciente la pared del confesonario.

—¡Giulietta! —susurró furiosa la señora Antonia, haciendo saltar a su sobrina de miedo—. No puede quedarte mucho que confesar. ¡Date prisa, que nos vamos!

Mientras intercambiaban despedidas breves pero poéticas, Romeo le recalcó su intención de casarse con ella, pero la joven no se atrevió a creerlo. Habiendo visto casarse a su hermana con un hombre que más que su boda debía organizar su funeral, sabía bien que el matrimonio no era algo que los jóvenes amantes planearan por su cuenta, sino, ante todo, cuestión de política y de herencia, y que nada tenía que ver con los deseos de los novios, más bien con las ambiciones de sus padres. El amor —según Giannozza, cuyas primeras misivas de casada habían hecho llorar a Giulietta— siempre llegaba después, y con otra persona.

El comandante Marescotti rara vez se sentía satisfecho de su primogénito. Casi siempre tenía que recordarse que —como con algunas fiebres— no había para la juventud otro remedio más que el tiempo. O el sujeto moría o su dolencia terminaba remitiendo por sí sola sin que los sabios pudieran aferrarse a más virtud que la paciencia. Claro que Marescotti no era diestro en esas lides y, en consecuencia, su corazón paterno se había convertido en una bestia de muchas cabezas, guardiana de un cavernoso depósito de furias y miedos, siempre alerta, por lo general en vano.

Esa vez no era una excepción.

—¡Romeo! —dijo bajando la ballesta tras la peor muestra de puntería de esa mañana—. No quiero oírte más. Soy un Marescotti. Durante años, Siena se ha gobernado desde esta misma casa. Se han planificado guerras en este mismo atrio. ¡La victoria de Montaperti se proclamó desde esta misma torre! ¡Estas paredes hablan por sí mismas!

El comandante Marescotti, tan erguido en su propio patio como lo estaría ante su ejército, lanzó una mirada feroz al nuevo fresco y a su atareado y jovial creador, el maestro Ambrogio, todavía incapaz de apreciar la genialidad de ambos. La colorida escena bélica proporcionaba cierta calidez al monástico espacio, no cabía duda, y la pose de la familia Marescotti resultaba elegante y convincentemente virtuosa. Pero ¿por qué demonios tardaba tanto en terminarlo?

—¡Padre!

—¡Basta! —el comandante alzó la voz—. ¡No toleraré que se me asocie con esa chusma! ¿No ves que hemos vivido en paz muchos años mientras esos forasteros avariciosos, los Tolomei, los Salimbeni y los Malavoltis se mataban unos a otros en las calles? ¿Acaso deseas que su sangre maldita se mezcle con la nuestra? ¿Quieres ver muertos en su lecho a tus hermanos y a tus primos?

Desde el fondo del patio, Ambrogio no pudo evitar mirar al comandante, que rara vez revelaba sus emociones. El padre de Romeo, aún más alto que su hijo —por la pose, sobre todo—, era uno de los hombres más admirables que el artista había retratado. Ni su rostro ni su figura mostraban exceso alguno; sólo comía lo que su cuerpo necesitaba para mantenerse en forma, y dormía lo justo para proporcionarle a su organismo el descanso necesario. En contraste, su hijo Romeo comía y bebía lo

que le apetecía, tornaba alegremente la noche en día con sus escapadas y el día en noche durmiendo a horas insospechadas.

Aun así, se parecían mucho —fuertes e inflexibles— y, a pesar del hábito de Romeo de incumplir las normas de la casa, era raro verlos enzarzados en un duelo verbal como ése, decididos a probar sus argumentos.

—¡Padre! —volvió a decir Romeo, y su padre volvió a ignorarlo.

—¿Y todo para qué? ¡Por una mujer! —El comandante habría puesto los ojos en blanco, pero los necesitaba para apuntar. Esta vez, la flecha fue directa al centro del blanco de paja—. Todo por una mujer, una cualquiera, con todas las que hay por ahí. ¡Como si no lo supieras ya!

—No es una cualquiera —repuso Romeo, contradiciendo sereno a su padre—. Es mía.

Se hizo un breve silencio durante el cual dos flechas más acertaron el blanco en rápida sucesión, haciendo bailar al muñeco de paja colgado de la soga como a un ahorcado voluntario. Al final, el comandante respiró profundamente y volvió a hablar, más tranquilo, siempre razonable.

—Quizá, pero tu dama es sobrina de un imbécil.

—Un imbécil poderoso.

—A los que no nacen imbéciles, la política y la adulación los convierten en tales.

—Dicen que es muy generoso con la familia.

—¿Le queda alguna?

Romeo rio, perfectamente consciente de que su padre no era de los que hacen reír.

—Alguna, ciertamente, después de dos años de tregua —contestó.

—¿Tregua, dices? —Marescotti lo había visto todo ya, y las falsas promesas lo fatigaban más que las mentiras descaradas—. Si los hombres de Salimbeni vuelven a tomar los castillos de Tolomei y a asaltar al clero en los caminos, mira bien lo que te digo, es que hasta esa tregua llega a su fin.

—Entonces, ¿por qué no sellar una alianza ahora? —insistió Romeo—. ¿Con Tolomei?

—¿Y convertirnos en enemigos de Salimbeni? —Marescotti miró a su hijo, confundido—. Si te hubieras apropiado de tanta información en la ciudad como de vino y de mujeres, hijo mío, sabrías que Salimbeni se ha estado movilizand. No sólo se propone pisarle el cuello a Tolomei y apoderarse de la banca de esta ciudad, sino sitiarla desde sus plazas fuertes en el campo y, si no me equivoco, tomar las riendas de nuestra república. —Marescotti frunció el ceño y empezó a pasearse nervioso—. Conozco a ese hombre, Romeo, lo he tenido delante, y he preferido cerrar mis oídos y mi puerta a su ambición. No sé quién sale peor parado, si sus amigos o sus enemigos, así que Marescotti ha jurado no ser ni lo uno ni lo otro. Un día, pronto quizá, Salimbeni atacará furioso el orden establecido y correrán ríos de sangre por nuestras

cunetas. Vendrán soldados de fuera y muchos hombres esperarán a que llamen a su puerta, lamentando las alianzas pactadas. Yo no seré uno de ellos.

—¿Y quién dice que todo ese sufrimiento no puede evitarse? —quiso saber Romeo—. Aunemos fuerzas con Tolomei. Si lo hiciéramos, otros nobles seguirían el estandarte del águila y Salimbeni no tardaría en perder terreno. Podríamos perseguir juntos a los bandidos y volver a hacer seguros los caminos. Con su fortuna y vuestro prestigio podrían acometerse grandes proyectos: dentro de unos meses, estaría listo el nuevo orden del Campo; la nueva catedral podría estar terminada dentro de unos años, y la providencia de Marescotti formaría parte de las oraciones de todos.

—Un hombre debe prescindir de las oraciones —dijo el comandante, haciendo una pausa para ladear la ballesta—, hasta su muerte. —El disparo atravesó la cabeza del muñeco de paja y aterrizó en un tiesto de romero—. Entonces podrá hacer lo que quiera. Los vivos, hijo mío, debemos procurarnos la gloria, no la adulación. La verdadera gloria se encuentra entre Dios y tú. La adulación es el alimento de los desalmados. En tu fuero interno, puedes alegrarte de haberle salvado la vida a esa joven, pero no busques el reconocimiento ni el encomio de otros hombres. La presunción no es propia de un noble.

—No busco el encomio de nadie —espetó Romeo, su rostro masculino de pronto teñido de una desazón casi infantil—. Sólo la quiero a *ella*. Me importa bien poco lo que sepa o piense la gente. Si no aprobáis mi deseo de casarme con ella...

El comandante Marescotti alzó una mano enguantada para evitar que su hijo pronunciara unas palabras de las que ya no podría desdecirse.

—No me amenes con algo que podría hacerte más daño que a mí. Y no te comportes como un niño en mi presencia o te prohibiré que participes en el Palio. También los juegos de hombres..., no, sobre todo los juegos precisan el decoro de un hombre. Como el matrimonio. Nunca te he prometido a nadie...

—¡Y yo os amo por ello, padre!

—... porque he ido viendo cómo se moldeaba tu carácter desde la más tierna infancia. De haber sido un hombre malvado y tenido algún enemigo al que castigar, habría optado por robarle a su única hija y dejar que le destrozaras el corazón. Pero no soy esa clase de hombre, hijo mío. He esperado paciente a que te despojaras de tu inconstancia y te conformaras con una sola.

Romeo parecía abatido. Pero la dulce pócima del amor aún le hormigueaba en la lengua, y no pudo contener la sonrisa mucho tiempo. Su gozo se desató como un potro de quienes lo doman y galopó descontrolado por su semblante.

—¡Padre, ya me conformo! —frivolizó—. ¡La constancia es mi verdadera naturaleza! Jamás miraré a otra mujer o, mejor dicho, sí lo haré, pero serán como sillas o mesas para mí. No porque vaya a sentarme en ellas ni a comer de ellas, claro está, sino porque las veré como simples muebles. O quizá debería decir que al lado de

ella palidecerán como la luna junto al sol...

—No la compares con el sol —le advirtió Marescotti, que se acercó al muñeco de paja para recoger sus flechas—. Tú siempre has preferido la compañía de la luna.

—¡Porque vivía una noche eterna! Ciertamente la luna es la reina de un miserable que jamás ha visto la luz del sol. Pero ha nacido el día, padre, vestido del oro y el rojo del matrimonio, ¡y ése es el amanecer de mi alma!

—El sol se recoge todas las noches —razonó el comandante.

—¡También yo lo haré! —Romeo se apretó un manojo de flechas contra el pecho—. Dejaré la oscuridad a los búhos y los ruiseñores. Abrazaré afanoso las horas luminosas del día o no volveré a atacar a ovejas inocentes.

—No hagas promesas sobre la noche —le dijo su padre, apretándole al fin el hombro—. Si tu esposa es la mitad de lo que dices, habrá mucho ataque y poco sueño.

Cuarta Parte



IV. I

Si nos topamos con ellos habrá pelea. En días de calor bulle febril la sangre.

Me hallaba de nuevo en mi castillo de fantasmas susurrantes. En el sueño, como siempre, cruzaba una habitación tras otra, buscando por todas partes a los que sabía que estaban allí, atrapados igual que yo. Esta vez, en cambio, las puertas doradas se abrían ante mí antes incluso de que las tocara, como si el aire estuviera lleno de manos invisibles que me indicaban el camino y me incitaban a seguir. Así que continué avanzando, por inmensas galerías y salones desiertos, explorando resuelta partes del castillo aún por descubrir, hasta que llegué a un enorme portón. ¿Sería ésa la salida?

Miré el pesado armazón de hierro y alargué la mano para probar el pomo, pero, antes de que llegara a tocarlo, la puerta se abrió sola de par en par, revelando un enorme vacío negro.

Me detuve en el umbral y, forzando la vista, intenté ver algo —cualquier cosa— que me indicara si había salido al mundo exterior o tan sólo había pasado a otra sala.

Mientras estaba allí de pie, ciega y pestañeando, me envolvió un viento gélido procedente de aquella oscuridad que, tirándome de los brazos y de las piernas, me hizo perder el equilibrio. Cuando me agarré al marco de la puerta en busca de asidero, el viento cobró mayor fuerza y empezó a tirarme del pelo y de la ropa, aullando furioso en su empeño por arrastrarme consigo. Su potencia era tal que el marco de la puerta empezó a ceder y el suelo crujió bajo mis pies. Decidida a mantener mi integridad física, solté el marco de la puerta e intenté volver corriendo por donde había venido al interior del castillo, pero me envolvió un interminable torrente de demonios invisibles —susurrando burlones citas de Shakespeare que yo conocía bien—, ansiosos por escapar al fin del castillo y llevarme consigo.

Caí al suelo y empecé a resbalar hacia atrás, clavando las uñas desesperada en busca de algo sólido a lo que agarrarme. Cuando estaba a punto de precipitarme, un individuo enfundado en un traje negro de motorista vino corriendo hacia mí para cogerme por los brazos y levantarme.

—¡Romeo! —grité, tendiéndole las manos, pero, al mirarlo, descubrí que no había rostro tras la visera del casco, sólo la nada.

Después caí, caí, caí... al agua. Y de pronto estaba otra vez en el puerto de Alexandria, en Virginia, con diez años, ahogándome en una sopa de algas e inmundicia mientras, en el muelle, Janice y sus amigos se comían un helado muertos de risa.

Justo cuando emergía para coger aire e intentaba frenética alcanzar alguna amarra, desperté espantada y me descubrí en el sofá del maestro Lippi, con una áspera manta enroscada en las piernas y *Dante* lamiéndome la mano.

—Buenos días —dijo el maestro, ofreciéndome una taza de café—. A *Dante* no le gusta Shakespeare. Es un perro muy listo.

Al volver al hotel esa mañana, guiada por un sol intenso, lo sucedido la noche anterior parecía de lo más irreal, como si todo hubiera sido un gigantesco teatro representado para placer de otro. La cena con los Salimbeni, mi agitado periplo por las calles oscuras y mi extraño refugio en el taller del maestro Lippi..., de auténtica pesadilla. La única prueba de que había sucedido en realidad eran las plantas de mis pies, sucias y llenas de rasguños.

El caso es que había sucedido y, cuanto antes dejara de ampararme en esa falsa sensación de seguridad, mejor. Era la segunda vez que me seguían, y esta vez no había sido sólo un desconocido en chándal, sino también un hombre en moto, sabe Dios por qué. Para colmo, estaba el acuciante problema de Alessandro, que obviamente conocía mis antecedentes penales y no dudaría en usarlos en mi contra si volvía a acercarme a su queridísima madrina.

Ésas eran razones más que suficientes para salir por patas, pero Juliet Jacobs no era de las que se rajan, y tampoco —lo presentía— Giulietta Tolomei. A fin de cuentas, había en juego un tesoro sustancioso, siempre que las historias de Lippi fueran ciertas y yo fuera capaz de encontrar la tumba de Julieta y echarle el guante a la legendaria estatua de los ojos de zafiro.

O tal vez lo de la estatua no fuera más que una leyenda. Quizá la gran recompensa por mis apuros fuera descubrir que un puñado de chiflados me creía emparentada con una heroína shakespeariana. Tía Rose siempre se había quejado de que, aun siendo capaz de memorizar una obra del derecho y del revés, no me importaba realmente la literatura, ni el amor, y sostenía que algún día el potente foco de la verdad terminaría arrojando luz sobre mi errónea conducta.

Uno de mis primeros recuerdos de tía Rose era el de ella sentada ante el enorme escritorio de caoba, de madrugada, a la luz de una lamparita, examinando algo con una lupa. Aún recuerdo el tacto de la pata de mi oso de peluche y el temor a que me mandaran a la cama. Al principio, no me vio, pero, cuando lo hizo, se sobresaltó, como si fuera un pequeño fantasma que hubiera ido a rondarla. Lo siguiente que recuerdo es estar sentada en su regazo, con un vasto océano de papel delante.

—Mira esto —me había dicho, sosteniéndome la lupa—: éste es tu árbol genealógico, y aquí está tu madre.

Recuerdo una intensa emoción seguida de una amarga decepción. No era una foto de ella, sino una línea de letras que yo aún no había aprendido a leer.

—¿Qué dice? —debí de preguntar, porque recuerdo muy bien la respuesta de tía

Rose.

—Dice —contestó con desacostumbrada teatralidad—: «Querida tía Rose, cuida bien de mi pequeña. Es muy especial. La echo mucho de menos». —Entonces descubrí, horrorizada, que estaba llorando. Nunca había visto llorar a un adulto. Ni se me había ocurrido que pudieran hacerlo.

A medida que Janice y yo nos hacíamos mayores, tía Rose nos iba contando cosas sueltas sobre nuestra madre, pero nunca con detalle. Un buen día, después de empezar la universidad, decidimos echarle valor. Hacía un tiempo estupendo, así que la sacamos al jardín, la acomodamos en una silla —con café y magdalenas a mano— y le pedimos que nos lo contara todo. Fue un momento de singular sinergia entre mi hermana y yo. Juntas la acribillamos a preguntas: sabíamos que nuestros padres habían muerto en un accidente, pero ¿cómo eran? ¿Por qué razón no teníamos contacto con nadie de Italia si nuestros pasaportes decían que habíamos nacido allí?

En silencio, tía Rose nos escuchó despotricar sin tocar siquiera las magdalenas y, cuando terminamos, asintió con la cabeza.

—Tenéis derecho a preguntar y, algún día, encontraréis las respuestas. De momento debéis ser pacientes. Os he contado poco de vuestra familia por vuestro propio bien.

Nunca entendí qué había de malo en saberlo todo de la propia familia. O al menos algo. Aun así, por respeto a tía Rose, a quien parecía incomodar el tema, aplacé el inevitable conflicto. Algún día me sentaría a hablar con ella y le exigiría una explicación. Algún día me lo contaría todo. Incluso cuando cumplió los ochenta años, seguí dando por sentado que algún día respondería al fin a todas nuestras preguntas. Ahora, claro está, ya no podía hacerlo.

Cuando entré en el hotel, Rossini hablaba por teléfono en el cuartito trasero y me detuve a esperar a que saliera. De vuelta del taller del maestro Lippi, había ido meditando los comentarios del artista sobre su supuesto visitante nocturno, Romeo, y había llegado a la conclusión de que iba siendo hora de que empezara a investigar a la familia Marescotti y a sus posibles descendientes.

Imaginé que lo más lógico sería pedirle el listín telefónico a Rossini, y me propuse hacerlo de inmediato. Sin embargo, después de esperar al menos diez minutos, me rendí y alargué el brazo para coger la llave de mi habitación del cajetín de la pared, al otro lado del mostrador.

Frustrada por no haber interrogado a Lippi sobre los Marescotti cuando había podido hacerlo, subí despacio la escalera, notando el escozor de los cortes de los pies con cada paso. No ayudaba que no acostumbrara a llevar tacones, sobre todo con la cantidad de kilómetros que había recorrido en los últimos dos días. Sin embargo, al abrir la puerta de mi habitación, olvidé de golpe todos mis pequeños males: la habían puesto patas arriba, del revés incluso.

Un invasor muy resuelto —o un grupo de ellos— había arrancado literalmente las puertas del armario y había sacado el relleno de las almohadas buscando no sé qué; mi ropa, mis cosas, mis artículos de aseo estaban tirados por todas partes, e incluso una de mis braguitas nuevas colgaba de la lámpara de araña.

Nunca había visto estallar una maleta bomba, pero así debía de quedar todo tras la explosión, estaba segura.

—¡Señorita Tolomei! —Rossini me dio alcance al fin, jadeando y sin resuello—. La condesa Salimbeni ha llamado para preguntar si se encontraba mejor..., pero... ¡santa Catalina! —Al ver el destrozo de mi habitación, olvidó lo que había venido a decirme y los dos nos quedamos inmóviles un instante, contemplando horrorizados aquel desbarajuste.

—Bueno —dije, consciente de que tenía público—, ya no tengo que deshacer las maletas.

—¡Esto es terrible! —gritó Rossini, menos dispuesto que yo a ver el lado bueno—. ¡Fíjese! ¡Ahora la gente dirá que el hotel no es seguro! ¡Ay, tenga cuidado, no pise los cristales!

El suelo estaba alfombrado de cristales de la puerta del balcón. Obviamente, el intruso había venido en busca del cofre de mi madre, que, claro, había desaparecido, pero la pregunta era por qué había puesto patas arriba la habitación. ¿Quería alguna otra cosa aparte del cofre?

—*Cavólo!* —suspiró Rossini—. ¡Ahora habrá que llamar a la policía, vendrán a hacer fotos y la prensa dirá que el hotel Chiusarelli no es seguro!

—¡Espere! —dije—. No llame a la policía, no es necesario. Sabemos a por qué venían. —Me acerqué al escritorio en el que había dejado el cofre—. No volverán. ¡Capullos!

—¡Ah! —Rossini se iluminó de pronto—. ¡Había olvidado decírselo! Anoche, yo mismo le subí las maletas...

—Sí, ya lo veo.

—... y vi que tenía una valiosa antigüedad sobre la mesa, así que me tomé la libertad de sacarla de la habitación y guardarla en la caja fuerte del hotel. Espero que no le importe. Normalmente no me entrometo en...

Me sentí tan aliviada que no se me ocurrió protestar por su intromisión, ni tampoco maravillarme de su previsión. En cambio, lo cogí por los hombros:

—¿El cofre sigue aquí?

En efecto, cuando bajé al despacho de Rossini, encontré el cofre de mi madre muy bien guardado en la caja fuerte del hotel, entre libros de contabilidad y candelabros de plata.

—¡Bendito sea, Rossini! —dije de corazón—. Este cofre es muy especial.

—Lo sé. Mi abuela tenía uno idéntico. Ya no se fabrican. Es una vieja tradición

sienesas. Cofre de secretos, se llaman. Se emplean para ocultar cosas a tus padres. O a tus hijos. O a quien sea.

—Insinúa que... ¿tiene algún compartimento secreto?

—¡Sí! —Rossini cogió el cofre y empezó a inspeccionarlo—. Espere, se lo mostraré. Hay que ser sienesas para saber encontrarlos; son muy engañosos. Nunca están en el mismo sitio. El de mi abuela estaba en un lateral, aquí..., pero éste es distinto. Tiene truco. A ver..., aquí no..., aquí tampoco... —Inspeccionó el cofre desde todos los ángulos, disfrutando del desafío—. Guardaba sólo un mechón de pelo. Lo encontré un día mientras dormía. No le pregunté..., ¡aja!

De algún modo, Rossini había logrado localizar y accionar el mecanismo de apertura del compartimento secreto. Sonrió orgulloso al ver que una cuarta del fondo caía a la mesa, seguida de una cartulina rectangular. Volvimos el cofre del revés y examinamos el compartimento secreto, pero no contenía nada aparte de la tarjeta.

—¿Entiende usted esto? —Le mostré las letras y los números mecanografiados en ella con una máquina de escribir antigua—. Parece algún tipo de código.

—Esto —dijo, quitándomela— es una antigua... ¿cómo se dice?..., ficha. Las usábamos antes de tener ordenadores. No es de su época. ¡Ay, cómo ha cambiado el mundo! Recuerdo...

—¿Tiene idea de cuál puede ser su procedencia?

—¿De esto? ¿Una biblioteca, quizá? No sé. No soy experto. Pero... —me miró de reojo para decidir si era digna de semejante confianza— conozco a alguien que sí lo es.

Me llevó un rato encontrar la diminuta librería de viejo que me había descrito Rossini, y cuando lo hice —claro está— ya había cerrado para el almuerzo. Me asomé al escaparate para ver si había alguien dentro, pero no vi nada más que libros y más libros.

Volví la esquina de la piazza del Duomo y me senté a matar el tiempo en los escalones de entrada a la catedral de Siena. A pesar de la cantidad de turistas que entraban y salían del templo, había algo relajante en aquel lugar, algo sólido y eterno que me producía la sensación de que, de no haber tenido algo importante que hacer, podría haberme quedado allí sentada para siempre, como el propio edificio, a contemplar con una mezcla de nostalgia y compasión el perenne renacer de la humanidad.

Lo más llamativo de la catedral era el campanario. No era tan alto como el de Mangia, el viril lirio de Rossini en pleno Campo, pero su peculiar exterior rayado lo hacía más interesante. Las franjas alternas de piedra blanca y negra lo recorrían hasta la cúspide, como si se tratara de una escalera de galleta que subiera al cielo, y no pude evitar preguntarme qué simbolizaría aquel diseño. Quizá nada. Quizá sólo pretendía llamar la atención. O quizá fuese un reflejo del escudo de Siena, la Balzana

—medio blanco, medio negro, como una copa sin pie, llena hasta la mitad del más oscuro de los tintos—, algo que encontraba igualmente desconcertante.

Rossini me había hablado de unos gemelos romanos que habían escapado de su malvado tío en sendos caballos, blanco y negro, pero yo no tenía claro que eso explicara los colores de la Balzana. Debía de ser algo sobre contrastes. Algo sobre el peligroso arte de acercar extremos y forzar entendimientos, o quizá sobre la certeza de que la vida constituye un delicado equilibrio de grandes fuerzas, y de que el bien perdería su fuerza si no quedara mal que combatir en el mundo.

Pero filosofar no se me daba bien, y el sol empezaba a recordarme que a esa hora sólo los perros rabiosos y los ingleses se exponían a sus rayos. Al volver la esquina de nuevo, descubrí que la librería seguía cerrada; suspiré y miré mi reloj, preguntándome dónde podría refugiarme hasta que a la madre del amigo de la infancia de Rossini le apeteciera volver del almuerzo.

En la catedral de Siena el aire estaba repleto de oro y de sombras. A mi alrededor, por todos lados, inmensos pilares blancos y negros sostenían un vasto firmamento salpicado de estrellitas, y el suelo de mosaicos formaba un puzle gigante de símbolos y leyendas que de algún modo conocía —como se conoce el sonido de una lengua extranjera— pero no entendía.

El lugar era tan distinto de los templos modernos de mi niñez como una religión de otra, y aun así noté que mi corazón respondía a él con un reconocimiento místico, como si hubiera estado allí antes, buscando el mismo Dios, hacía muchísimo tiempo. De pronto caí en la cuenta de que, por primera vez, me encontraba en un edificio similar al castillo de fantasmas susurrantes de mis sueños. Tal vez, pensé, contemplando boquiabierta la cúpula estrellada en aquel bosque silencioso de columnas de abedul plateado, alguien me había llevado a esa misma catedral cuando era un bebé, y lo había almacenado en mi memoria sin saber lo que era.

La única vez que había estado en una iglesia de semejantes dimensiones había sido cuando había hecho novillos después de ir al dentista y Umberto me había llevado a la Basílica del Santuario Nacional de la Inmaculada Concepción, en Washington. No debía de tener más de seis o siete años, pero recordaba vivamente que Umberto se había arrodillado junto a mí en medio de aquel inmenso lugar y me había preguntado:

—¿Lo oyes?

—¿El qué? —le había preguntado yo, sujetando con fuerza la pequeña bolsa de plástico que contenía mi nuevo cepillo de dientes rosa.

Él había ladeado la cabeza risueño.

—A los ángeles. Si estás muy callada, los oirás reírse.

—¿Y de qué se ríen? —había querido saber yo—. ¿De nosotros?

—Aprenden a volar. No hay viento, sólo el aliento de Dios.

—¿Es eso lo que los hace volar? ¿El aliento de Dios?

—Volar tiene truco. Me lo han dicho los ángeles. —Sonrió al verme abrir mucho los ojos, admirada—. Debes olvidar todo lo que sabes como ser humano. Cuando eres humano, descubres que odiar la tierra te da un gran poder. Casi puede hacerte volar. Pero nunca lo hará.

Yo había fruncido el ceño, sin entenderlo muy bien.

—Entonces, ¿cuál es el truco?

—Amar el cielo.

Mientras estaba allí de pie, absorta en el recuerdo del desacostumbrado derroche de sentimentalismo de Umberto, un grupo de turistas británicos se me acercaron por la espalda y oí cómo su guía les hablaba animadamente de los múltiples intentos fallidos de localizar y excavar la antigua cripta de la catedral, que supuestamente existía en la Edad Media pero, al parecer, se había perdido ya para siempre.

Escuché un rato, divertida por el tinte sensacionalista de la explicación, luego dejé la catedral a los turistas, bajé paseando por la via del Capitano y terminé —para mi sorpresa— en la piazza Postierla, justo enfrente del café de Malena.

A diferencia de las otras veces que había estado allí, no encontré la pequeña plaza concurrida, sino agradablemente tranquila, quizá porque era la hora de la siesta y hacía un calor sofocante. Una columna coronada por la figura de una loba amamantando a su dos cachorros se alzaba frente a una pequeña fuente rematada por un pájaro metálico de aspecto fiero. Un niño y una niña correteaban alrededor, salpicándose y riendo histéricos; no muy lejos había un grupo de ancianos sentados a la sombra, con la gorra puesta y la chaqueta quitada, contemplando con ligereza su propia inmortalidad.

—¡Hola! —dijo Malena al verme entrar en el bar—. Luigi hizo un buen trabajo, ¿eh?

—Es un genio. —Extrañamente a gusto, me acerqué a ella y me apoyé en la fría barra—. No pienso marcharme de Siena mientras él siga aquí.

Soltó un carcajada, cálida y cómplice, que me hizo preguntarme una vez más por el ingrediente secreto de la vida de aquellas mujeres. Fuera lo que fuese, escapaba a mi intelecto. Era algo más que la simple seguridad en sí mismas; parecía más bien la capacidad de amarse, con entusiasmo y prodigalidad, en cuerpo y alma, seguida lógicamente de la suposición de que todos los hombres del planeta se morían de ganas por participar de aquello.

—Toma... —Malena me puso un expreso delante y, con un guiño, añadió un *biscotto*—, debes comer más. Te da..., ya sabes, carácter.

—Una criatura fiera —dije refiriéndome a la fuente de fuera—. ¿Qué clase de pájaro es?

—Es nuestra águila, *aquila* en italiano. Esa fuente es nuestra..., ay, ¿cómo se

dice? —Se mordió el labio, buscando la palabra—. Nuestra *fonte battesimale*..., ¿la *fonte* para el bautismo? ¡Sí! Allí es donde llevamos a los bebés para que sean *aquilini*, aguiluchos.

—¿Ésta es la contrada del Águila? —Con el vello de pronto erizado, eché un vistazo a los otros clientes—. ¿Es cierto que el símbolo del águila procede originalmente de los Marescotti?

—Sí —asintió—, pero no lo inventamos nosotros. El águila nos vino de los romanos, luego Carlomagno se la apropió y, como los Marescotti formaban parte de su ejército, pudimos usar ese símbolo imperial. De eso ya no se acuerda nadie.

Me la quedé mirando, casi segura de que se había referido a los Marescotti como si fuera, de hecho, uno de ellos. Pero justo cuando abría la boca para preguntarle, el rostro sonriente de un camarero se interpuso entre nosotras.

—Sólo los que tenemos la suerte de trabajar aquí. Lo sabemos todo de su pajarraco.

—Ni caso —dijo Malena, haciendo un amago de atizarle con la bandeja en la cabeza—. Él es de la contrada de la Torre —añadió con una mueca—. Siempre se está haciendo el gracioso.

Justo entonces, en medio del jolgorio general, algo del exterior me llamó la atención. Moto negra y piloto de negro, visera bajada, deteniéndose brevemente a mirar por la puerta de cristal, para acelerar después y desaparecer con un intenso rugido.

—Ducati Monster S4 —recitó el camarero como si hubiera memorizado el anuncio de una revista—, una fiera urbana. Motor refrigerado por líquido. Hace que los hombres sueñen con sangre, despierten empapados en sudor y salgan a por ella. Pero no tiene asideros, así que... no invites a subir a una chica si no tienes un buen ABS —concluyó dándose unas palmaditas significativas en el estómago.

—*Basta, basta, Darío!* —lo reprendió Malena—. *Tu parli di niente!*

—¿Conoces a ese tío? —pregunté, procurando sonar despreocupada cuando me sentía de todo menos eso.

—¿Qué tío? —Puso los ojos en blanco, nada impresionada—. Ya sabes lo que se dice..., que los que hacen tanto ruido es porque les falta algo por ahí abajo.

—¡Yo no hago mucho ruido! —protestó Darío.

—¡No hablaba de ti, imbécil! Hablaba del *moscerino* de la moto.

—¿Sabes quién es? —volví a preguntar.

Se encogió de hombros.

—Me gustan los hombres con coche. Los que tienen moto... son playboys. Puedes llevar a tu novia en la moto, sí, pero ¿y los niños, las damas de honor y la suegra?

—Eso mismo pienso yo —intervino Darío, meneando las cejas—. Estoy

ahorrando para comprarme una.

Para entonces, varios clientes que hacían cola detrás de mí empezaban a dar muestras de impaciencia y, aunque a Malena no parecía inquietarle ignorarlos tanto como le apeteciera, decidí dejar para otro día mi interrogatorio sobre los Marescotti y sus posibles descendientes vivos.

Mientras me alejaba del café, seguí buscando la moto con la mirada, pero ya no estaba. Aunque no podía asegurarlo, mi intuición me decía que aquel tipo era el mismo que me había acosado la noche anterior y, si de verdad era un ligón en busca de quien se le agarrara al ABS, sinceramente se me ocurrían formas mejores de iniciar esa conversación.

Cuando la dueña de la librería volvió por fin de comer, yo estaba sentada en el escalón de la entrada, apoyada en la puerta, a punto de darme por vencida. Sin embargo, mi paciencia se vio recompensada, porque la mujer —una anciana cariñosa cuyo cuerpecillo menudo parecía moverse sólo por efecto de una enorme curiosidad— le echó un vistazo a la ficha y asintió de inmediato.

—Ah, sí —dijo, en absoluto sorprendida, en mi idioma—, es del archivo de la universidad. Colección de historia. Creo que aún usan el catálogo antiguo. Déjame..., sí, ¿ves?, esto quiere decir «Baja Edad Media». Esto, «local». Y mira... —me mostró los códigos de la ficha—, ésta es la letra del estante, la K, y éste es el número del cajón, el 3-17b. No dice lo que contiene. De todas formas, el código significa eso. —Resuelto el misterio, me miró como esperando otro—. ¿De dónde la has sacado?

—De mi madre..., bueno, de mi padre..., era profesor de universidad, creo. ¿Tolomei?

La anciana se iluminó como un árbol de Navidad.

—¡Lo recuerdo! ¡Yo fui alumna suya! Él organizó toda esa colección. Era un desastre. Me pasé dos veranos pegando números en los cajones. Pero... ¿por qué sacaría esta ficha? Se enojaba cuando la gente se dejaba las fichas por ahí.

La Universidad de Siena estaba compuesta por edificios repartidos por toda la ciudad, pero el archivo histórico no andaba lejos, caminando a buen paso en dirección a la puerta de la ciudad, la llamada Porta Tufi. Me llevó un rato encontrar el edificio entre las discretas fachadas que bordeaban la calle; al final, lo que lo delató como centro docente fueron los restos de carteles socialistas que había a la entrada.

Con la esperanza de pasar desapercibida entre el alumnado, entré por la puerta que me había descrito la librera y me dirigí al sótano. Tal vez porque aún era la hora de la siesta —o porque nadie iba por allí en verano—, pude bajar sin toparme con nadie por el camino; el lugar estaba gozosamente fresco y tranquilo. Casi resultó demasiado fácil.

Sin otra orientación que la propia ficha, recorrí el archivo varias veces, buscando en vano la estantería que necesitaba. Según me había dicho la librera, era una

colección independiente, y ni siquiera en su época se usaba mucho. Debía encontrar la zona más recóndita del archivo, cuestión complicada teniendo en cuenta lo recóndito que me parecía el archivo entero. Además, las estanterías que veía no tenían cajones; eran estantes normales con libros, nada más, y en ellos no había ningún volumen etiquetado como K 3-17b.

Después de dar vueltas durante al menos veinte minutos, se me ocurrió probar una puerta que había al fondo de la sala. Era una puerta metálica blindada, casi como las de las cámaras acorazadas de los bancos, pero se abrió sin problema, revelando una sala menor con una especie de microclima que confería al aire un olor muy distinto, como de palomitas de chocolate.

Por fin mi ficha tenía sentido. Las estanterías estaban repletas de cajones, idénticos a los que me había descrito la librera. Además, la colección estaba organizada cronológicamente, empezando por la época etrusca y terminando —supuse— por el año de la muerte de mi padre. Resultaba obvio que nadie la usaba jamás, porque una gruesa capa de polvo lo cubría todo y, cuando intenté mover la escalera rodante, se resistió al principio, ya que el óxido de las ruedas metálicas las había adherido al suelo. Cuando al fin se movió —chirriando en protesta—, fue dejando a su paso un pequeño rastro anaranjado en el linóleo gris.

Situé la escalera en la estantería marcada con la K y subí para ver de cerca la fila 3, formada por una treintena de cajones de tamaño medio, todos ellos bien altos y bien escondidos, salvo que se tuviera escalera y se supiera exactamente lo que se buscaba. Al principio me pareció que el cajón 17b estaba cerrado con llave y tuve que aporrearlo varias veces para que cediera. Muy posiblemente nadie lo había abierto desde que mi padre lo había cerrado hacía ya unos decenios.

En el interior encontré un paquete grande sellado al vacío en un sobre de plástico marrón. Palpándolo con cuidado, noté que contenía una especie de tejido esponjoso, como las bolsas de espuma de los almacenes textiles. Desconcertada, saqué el paquete del cajón, bajé de la escalera y me senté en el último peldaño a inspeccionar mi hallazgo.

En lugar de abrir el paquete rompiendo el envoltorio, clavé una uña en el plástico e hice un pequeño agujero. En cuanto se deshizo el vacío, el sobre pareció respirar profundamente y por él asomó una punta del tejido azul claro. Agrandé el agujero y palpé el tejido con los dedos. No era experta, pero sospeché que se trataba de seda y —a pesar de su excelente estado— antiquísima.

Sabiendo que exponía de golpe algo delicado al aire y a la luz, lo saqué del sobre despacio y empecé a desdoblárla en mi regazo. Al hacerlo, resbaló del paño un objeto que golpeó el suelo de linóleo con un sonido metálico.

Era un cuchillo grande en una funda dorada, oculto entre los pliegues del paño de seda. Al cogerlo noté que tenía una águila grabada en la empuñadura.

Mientras estaba allí sentada examinando el objeto, oí de pronto un ruido procedente del otro lado del archivo. Consciente de que me había colado en una institución que posiblemente albergaba tesoros irremplazables, me levanté algo asustada y envolví mi botín lo mejor que pude. Lo último que quería era que me sorprendieran con las manos en la masa en el cuidado microclima de la cámara acorazada.

Tan sigilosamente como pude, volví a la sala principal de la biblioteca, cerrando casi por completo la puerta metálica al salir. Luego me agazapé tras la última fila de estanterías para escuchar, pero no pude oír más que mi propia respiración entrecortada. Lo único que tenía que hacer era acercarme a la escalera y salir del edificio con la misma naturalidad con que había entrado.

No obstante, me equivocaba. En cuanto decidí moverme, oí pasos; no los del bibliotecario que volvía a su puesto tras la siesta, ni los de un alumno que buscaba un libro, sino los pasos inquietantes de alguien que no quería que lo oyera llegar y cuya presencia en el archivo era aún más sospechosa que la mía. Mirando por entre las estanterías, lo vi acercarse —sí, el mismo desgraciado que me había seguido la noche anterior—, reptando de estantería en estantería, sin apartar la vista de la puerta metálica de la cámara acorazada. Esta vez, sin embargo, llevaba una arma.

No tardaría en alcanzar mi escondite. Mareada a causa del miedo, avancé pegada a la estantería hasta el final. Allí, un pasillo estrecho corría paralelo a la pared hasta el mostrador del bibliotecario. Caminé de puntillas lo que pude, luego me apoyé en el fino canto de la estantería con la esperanza de que el tipo, que en ese momento pasaba por el otro extremo de mi pasillo, no llegara a verme.

Allí de pie, sin atreverme a respirar, tuve que resistir la tentación de salir disparada. Obligándome a permanecer completamente inmóvil, esperé unos segundos más y, cuando al fin me decidí a asomarme y mirar, lo vi colarse sigilosamente en la cámara acorazada.

Temblando, me quité los zapatos y eché a correr; al llegar al mostrador del bibliotecario, volví la esquina y subí la escalera de tres en tres sin pararme siquiera a mirar atrás.

Una vez lejos de las instalaciones de la universidad y a salvo en algún callejón oscuro, me atreví por fin a parar, sintiéndome algo aliviada. Sin embargo, la sensación no duró. Ése debía de ser el tipo que había puesto patas arriba mi habitación, y lo único bueno de todo aquello era que yo no estaba presente en aquel momento.

A Peppo Tolomei le sorprendió tanto verme de nuevo en el museo de la Lechuza como a mí volver allí tan pronto.

—¡Giulietta! —exclamó, dejando trofeo y trapo—. ¿Qué ocurre? ¿Qué es eso?
Los dos miramos el fardo que llevaba en los brazos.

—No tengo ni idea —confesé—. Pero creo que era de mi padre.

—Trae... —Me hizo un hueco en la mesa y yo deposité en ella el paño de seda azul, dejando al descubierto el cuchillo oculto entre sus pliegues.

—¿Tienes idea de dónde ha salido esto? —dije cogiendo el cuchillo.

Pero Peppo no miró el cuchillo. Empezó a desdoblar el paño de seda con sumo cuidado. Cuando lo tuvo completamente extendido, retrocedió un paso, abrumado, y se persignó.

—¿Dónde demonios lo has encontrado? —me preguntó con un hilo de voz.

—Eh..., en la colección de mi padre, en la universidad. Envolvía el cuchillo. No sabía que fuese algo especial.

Peppo me miró sorprendido.

—¿No sabes lo que es esto?

Miré con mayor detenimiento el paño de seda azul. Era bastante más ancho que alto, a modo de banderola, y en él había pintada una figura femenina, con un halo en la cabeza y las manos alzadas en actitud de bendición. El tiempo lo había decolorado, pero su embrujo aún perduraba. Hasta una inculta como yo podía ver que se trataba de una imagen de la Virgen María.

—¿Es una bandera religiosa?

—Esto —dijo Peppo, irguiéndose respetuoso— es un *cencío*, el gran premio del Palio. Pero es muy antiguo. ¿Ves los números romanos de la esquina? Es la fecha. —Volvió a acercarse para verificar el año—. ¡Sí! ¡Madre de Dios! —Me miró emocionado—. ¡No sólo es antiguo, sino el más legendario que ha existido jamás! Todo el mundo lo creía desaparecido. ¡Pero aquí está! Es el *cencío* del Palio de 1340. ¡Un gran tesoro! Iba forrado de colitas de... *vaio*. ¿Cómo se dice? Mira... —Me señaló los bordes deshilachados del tejido—. Estaban aquí y aquí. No de ardillas, de ardillas especiales. Pero ya no están.

—¿Cuánto puede valer una cosa así, en dinero?

—¿En dinero? —El concepto era desconocido para Peppo, que me miró como si le hubiera preguntado cuánto cobraba Jesús por hora—. ¡Es el premio! Es muy especial..., un gran honor. Desde la Edad Media, el ganador del Palio recibía una hermosa banderola de seda forrada de pieles carísimas; los romanos lo llamaban *pallium*, por eso nuestra carrera se llama Palio. Mira... —señaló con el bastón algunas de las banderolas colgadas de las paredes que nos rodeaban—, cada vez que nuestra contrada gana el Palio, incorporamos un nuevo *cencío* a nuestra colección. Los más antiguos tienen doscientos años.

—Entonces, ¿no tienes ningún otro *cencío* del siglo XIV?

—¡No, no! —Peppo negó enérgicamente con la cabeza—. Éste es muy especial. Antiguamente los hombres que ganaban el Palio se hacían ropa con el *cencío* y luego se la ponían para celebrar su victoria. Por eso se han perdido.

—Siendo así, valdrá *algo* —insistí—. Si de verdad es una rareza, digo yo.

—¡Dinero, dinero, dinero! —se burló—. El dinero no lo es todo. ¿Es que no lo entiendes? ¡Ésta es la historia de Siena!

El entusiasmo de mi primo contrastaba fuertemente con mi estado de ánimo. Por lo visto, aquella mañana me había jugado el pellejo por un cuchillo oxidado y una banderola descolorida. Sí, era un *cencío* y, como tal, una pieza valiosísima, casi mágica para los sieneses, pero, lamentablemente, un trapo viejo completamente inútil más allá de los muros de Siena.

—¿Qué me dices del cuchillo? —pregunté—. ¿Lo habías visto antes?

Peppo se volvió hacia la mesa y cogió el cuchillo.

—Esto es una daga —dijo sacando la hoja oxidada de la vaina y examinándolo a la luz de la lámpara de araña—. Una arma muy práctica. —Inspeccionó detenidamente el grabado, asintiendo para sí al comprobar que todo aquello, por lo visto, parecía cuadrar—. Una águila. Claro. Escondida junto con el *cencío* de 1340. ¿Quién me iba a decir que viviría para ver esto? ¿Por qué no me lo enseñó nunca? Debía de saber lo que iba a decirle. Estos tesoros pertenecen a toda Siena, no sólo a los Tolomei.

—Peppo —dije, frotándome la frente—, ¿qué se supone que debo hacer con esto?

Me miró, con la mirada perdida, como si estuviera en 1340 a la vez que en el presente.

—¿Recuerdas que te dije que tus padres creían que Romeo y Julieta vivían en Siena? Pues en 1340 hubo un Palio muy disputado. Dicen que el *cencío* desapareció, éste de aquí, y que el jinete murió durante la carrera. También dicen que Romeo participó en aquel Palio, y creo que ésta es su daga.

Por fin la curiosidad venció a mi desilusión.

—¿Ganó?

—No estoy seguro. Dicen que fue él quien murió. Pero, escúchame bien... —me miró con los ojos fruncidos—, los Marescotti harían lo que fuera por echarle el guante a esto.

—¿Te refieres a los Marescotti que viven actualmente en Siena?

Peppo se encogió de hombros.

—Pienses lo que pienses del *cencío*, la daga era de Romeo. ¿Ves el grabado del águila aquí, en la empuñadura? ¿Imaginas el tesoro que supondría esto para ellos?

—Imagino que podría devolvérselo...

—¡No! —El regocijo de la mirada de mi primo dio paso a emociones menos ligeras—. ¡Debes dejarlo aquí! Ahora este tesoro pertenece a toda Siena, no sólo a los *aquilini* ni a los Marescotti. Has hecho bien en traerlo. Debemos contárselo a todos los magistrados de todas las contradas. Ellos sabrán qué hacer. Mientras, lo guardaré en mi caja fuerte para protegerlo de la luz y del aire. —Empezó a plegar el *cencío*

entusiasmado—. Te prometo que lo cuidaré muy bien. Nuestra caja fuerte es muy segura.

—Pero mis padres me lo dejaron a mí... —me atreví a objetar.

—Sí, sí, sí, pero no es algo que deba pertenecer a alguien. Tranquila, los magistrados sabrán qué hacer.

—¿Y qué pasa con...?

Peppo me miró muy serio.

—Soy tu padrino. ¿No confías en mí?

IV. II

¿Qué decís? ¿Podéis amar a un caballero así? Lo veréis esta noche en nuestra fiesta.

Siena, 1340

Para el maestro Ambrogio, la víspera de la Asunción de la Virgen María era tan sagrada como la Nochebuena. En el transcurso de la vigilia, la catedral de Siena, por lo general oscura, se llenaba de cientos de colosales cirios votivos —algunos de más de veinte kilos—, al tiempo que una larga procesión de representantes de todas las contradas recorría la nave central en dirección al altar dorado para honrar a la protectora de Siena, la Virgen María, celebrando su ascensión a los cielos.

Al día siguiente, el de la fiesta propiamente dicha, cuando los fieles de las poblaciones vecinas fueran a rendirle tributo, un bosque de llamas titilantes iluminaría la majestuosa catedral. Todos los años para esa fecha, el 15 de agosto, se les exigía por ley la donación de una cantidad escrupulosamente calculada de cirios a la dama celestial de Siena, y se apostaba en el interior de la catedral a una serie de estrictos funcionarios locales responsables de garantizar que todas y cada una de las poblaciones dependientes de Siena pagaba su tributo. El hecho de que una gran cantidad de cirios santos iluminara ya la catedral venía a confirmar únicamente lo que todos los forasteros sabían bien: que Siena era un lugar glorioso, bendecido por una virgen todopoderosa, y que merecía la pena depender de ella.

Ambrogio prefería la vigilia nocturna a la procesión diurna. Cuando aquellas personas llevaban luz a la oscuridad, algo mágico les sucedía: la luz impregnaba sus almas y, si se miraba bien, podía verse el milagro en sus ojos.

No obstante, esa noche no podía participar en la procesión como acostumbraba hacer. Desde que había iniciado los frescos del Palazzo Pubblico, los magistrados de Siena lo trataban como a uno de ellos —sin duda por asegurarse de que los pintaba favorecidos—, y allí estaba, sentado en una tribuna con los Nueve, los magistrados de la Biccherna, el capitán de la guerra y el capitán del pueblo. Su único consuelo era que aquella tribuna le ofrecía una vista privilegiada de todo el espectáculo nocturno: los músicos de uniforme púrpura, los tamborileros y portaestandartes con su insignia, los curas con sus hábitos sueltos y la procesión iluminada por los cirios, que proseguiría hasta que todas las contradas hubieran rendido su tributo a la dama divina que los arrojaba con su manto protector.

Imposible pasar por alto a los Tolomei, que encabezaban la procesión desde la contrada de San Cristóbal. Vestidos del rojo y oro de su escudo de armas, el señor

Tolomei y su esposa avanzaban por la nave central hacia el altar principal con el porte de la realeza rumbo a su trono. Inmediatamente después llegaba un grupo de miembros de la familia Tolomei, y al maestro Ambrogio no le costó localizar a Giulietta entre ellos. Aunque llevaba el cabello cubierto de seda azul —el azul de la inocencia y la grandeza de la Virgen María—, y a pesar de que sólo iluminaba su rostro la velita que llevaba entre las manos devotamente cruzadas, su belleza eclipsaba fácilmente todo cuanto la rodeaba, hasta los hermosos rasgos de sus primas.

Sin embargo, Giulietta no reparó en los ojos que la seguían con admiración hasta el altar. Obviamente, sus pensamientos eran sólo para la Virgen María y, mientras los demás avanzaban hacia el altar con el orgullo del ofrendante, la joven mantuvo la vista fija en el suelo hasta que pudo arrodillarse junto a sus primas y entregarles la vela a los sacerdotes.

Luego se levantó y, con una doble reverencia, se volvió hacia el mundo. Sólo entonces pareció percatarse del esplendor que la rodeaba y se bamboleó levemente bajo la inmensidad de la cúpula, admirando todo lo humano con huidiza curiosidad. Al maestro nada le habría gustado más que correr a su lado a ofrecerle su modesta ayuda, pero el decoro lo obligaba a permanecer donde estaba, por lo que se limitó a apreciar su belleza desde lejos.

No fue el único que reparó en ella. Los magistrados, ocupados haciendo tratos y estrechando manos, enmudecieron al ver el rostro radiante de Giulietta. Además, bajo la tribuna, lo bastante cerca como para dar a entender que formaba parte de ella, hasta el gran Salimbeni se volvió para ver qué los había acallado de ese modo. Al divisar a la joven, un gesto de agradable sorpresa inundó su rostro, y ese gesto le recordó al maestro un fresco que había visto una vez en una casa de mala nota, cuando era joven e ingenuo. La escena representaba al anciano dios Dioniso descendiendo sobre la isla de Naxos en busca de la princesa Ariadna, abandonada por su pérfido amante Teseo. El mito no dejaba muy claro el resultado del encuentro entre ambos; algunos querían pensar que huían juntos en amorosa armonía, otros sabían que los encuentros entre humanos y dioses afectuosos nunca terminaban bien.

Comparar a Salimbeni con una divinidad podría considerarse un exceso de indulgencia, dada su reputación. Claro que los dioses paganos de la Antigüedad no eran precisamente clementes y distantes; aunque Dioniso era el dios del vino y de la celebración, estaba más que dispuesto a transformarse en el del desenfreno, una terrible fuerza de la naturaleza capaz de seducir a una mujer y convencerla de que corriera alocadamente por el bosque o descuartizara algún animal con sus propias manos.

A ojos de los neófitos, Salimbeni, que miraba a Giulietta desde el otro lado de la catedral, parecía todo benevolencia y prodigalidad, pero el maestro sabía que, bajo el lujoso brocado de aquel hombre, la transformación ya estaba teniendo lugar.

—Tolomei es una caja de sorpresas —murmuró uno de los Nueve lo bastante alto para que Ambrogio lo oyera—. ¿Dónde *la* ha tenido encerrada todo este tiempo?

—No bromeéis —repuso el mayor de los magistrados, Niccolino Patrizi—. He oído decir que una de las bandas de Salimbeni la ha dejado huérfana. Asaltaron su casa mientras se confesaba. Recuerdo bien a su padre. Un hombre excepcional, muy íntegro, e incorruptible.

—¿Seguro que ella estaba allí? —bufó otro—. Me cuesta creer que Salimbeni dejase escapar una joya así.

—Al parecer, la salvó un clérigo. Tolomei los ha acogido a los dos. —Patrizi suspiró y tomó un sorbo de vino de su copa de plata—. Sólo espero que todo esto no reavive la enemistad entre ambas familias, ahora que por fin la tenemos bajo control.

El señor Tolomei llevaba semanas temiendo ese momento. Sabía que en la vigilia de la Asunción se encontraría frente a frente con su enemigo, el más odioso de los hombres, Salimbeni, y que su dignidad le exigía venganza por la muerte de la familia de Giulietta. De modo que, después de inclinarse ante el altar, se dirigió a la tribuna y buscó a Salimbeni entre los nobles reunidos debajo.

—¡Buenas noches, mi querido amigo! —Salimbeni abrió los brazos en un gesto de afecto al ver acercarse a su enemigo—. Vuestra familia disfruta de buena salud, espero.

—Más o menos —replicó Tolomei apretando la mandíbula—. Algunos han sido víctimas de muertes violentas recientemente, como de seguro ya sabréis.

—He oído rumores, pero no me fío de ellos —dijo Salimbeni, cambiando la cordialidad por el desdén.

—Entonces yo soy más afortunado —replicó Tolomei, elevándose por encima del otro tanto en estatura como en modales pero incapaz de dominarlo—, porque tengo testigos oculares dispuestos a jurar sobre la Biblia.

—¿En serio? —Salimbeni apartó la mirada, como si lo aburriera el tema—. ¿Qué tribunal sería tan estúpido de escucharlos?

Un silencio significativo siguió a la pregunta. Tolomei y todos cuanto lo rodeaban sabían que estaba desafiando a alguien tan poderoso que podía aplastarlo y arruinárselo todo —vida, libertad y propiedades— en cuestión de horas. Y los magistrados no harían nada por protegerlo. Había demasiado oro de Salimbeni en sus arcas privadas —y más que habría— para que ninguno de ellos deseara la caída del tirano.

—Mi querido amigo —prosiguió Salimbeni, de nuevo benevolente—, espero que no dejéis que esos sucesos lejanos os arruinen la velada. Deberíais alegraros de que nuestras viejas disputas hayan terminado y podamos disfrutar de paz y entendimiento en el futuro.

—¿Llamáis a esto paz y entendimiento?

—Quizá podríamos... —Salimbeni miró al otro lado del templo y todos menos Tolomei supieron lo que miraba— sellar nuestra paz con un matrimonio.

—¡Ciertamente! —Tolomei le había propuesto esa misma medida en varias ocasiones, pero Salimbeni siempre la había rechazado. Suponía que, si los Salimbeni mezclaban su sangre con la de los Tolomei, seguramente serían menos dados a derramarla.

Deseando aprovechar la oportunidad, llamó nervioso a su esposa desde el lado opuesto de la estancia. Tras verlo hacerle señas varias veces, la señora Antonia se atrevió a interpretar que requerían su presencia, de modo que se dirigió a ellos con inusual humildad, acercándose inquieta a Salimbeni como una esclava se presentaría ante su amo impredecible.

—Mi querido amigo Salimbeni me ha propuesto un matrimonio entre nuestras familias —le explicó Tolomei—. ¿Qué dices, querida? ¿No te parece algo maravilloso?

La señora Antonia se estrujó las manos emocionada a la vez que halagada.

—Ciertamente, sí. Sería algo maravilloso. —Casi le hizo una reverencia a Salimbeni—. Ya que tenéis la amabilidad de proponerlo, señor, tengo una hija que acaba de cumplir trece años y no sería del todo inapropiada para vuestro apuesto hijo Niño. La muchacha es muy callada, pero está sana. Se encuentra allí... —señaló al fondo de la sala—, al lado de mi primogénito, Tebaldo, que participará en el Palio mañana, como quizá sabréis. Si no os complace, también está su hermana menor, que tiene ahora once años.

—Os agradezco la generosa oferta, querida señora —dijo Salimbeni con una reverencia de perfecta cortesía—, pero no pensaba en mi hijo, sino en mí mismo.

Tolomei y la señora Antonia quedaron mudos de asombro. A su alrededor se produjo un estallido espontáneo de incredulidad, que pronto generó un murmullo nervioso, y hasta desde la tribuna siguieron lo que acontecía abajo con intensa desazón.

—¿Quién es ésa? —prosiguió Salimbeni señalando a Giulietta, ajeno a la conmoción—. ¿Ha estado casada antes?

La voz de Tolomei recobró parte de la furia inicial cuando dijo:

—Ésa es mi sobrina. Sólo ella sobrevivió a los trágicos sucesos que acabo de mencionar. Creo que vive únicamente para vengarse de los responsables de la matanza de su familia.

—Entiendo —Salimbeni no se mostró en absoluto descorazonado; más bien parecía saborear el desafío—. Una mujer animosa, ¿no es cierto?

La señora Antonia no pudo guardar silencio por más tiempo y dio un paso hacia él.

—Mucho, señor. Una joven de todo punto desagradable. Sería preferible que os

llevarais a una de mis hijas. Ellas no se opondrán.

Salimbeni sonrió para sí.

—Lo cierto es que me agrada encontrar algo de oposición.

Incluso a distancia, Giulietta notaba que todos los ojos la miraban, y no sabía adonde ir para evitar el escrutinio. Sus tíos habían abandonado a la familia para socializar con otros nobles, y los veía hablar con un hombre que rezumaba el confort y la magnanimidad de un emperador pero tenía los ojos de un animal escuálido y hambriento. Lo inquietante era que aquellos ojos estaban —con breves interrupciones— fijos en ella.

Buscando refugio tras una columna, respiró profundamente un par de veces y se dijo que todo iría bien. Esa mañana, fray Lorenzo le había llevado una carta de Romeo en la que le comunicaba que su padre, el comandante Marescotti, abordaría cuanto antes a su tío Tolomei con una proposición. Desde entonces no había hecho otra cosa más que rezar para que la proposición fuese aceptada y pronto su dependencia de su familia fuese cosa del pasado.

Giulietta asomó por detrás de la columna y divisó al guapo Romeo entre todos los nobles —o mucho se equivocaba o también él la buscaba, y parecía cada vez más frustrado de no verla—, junto a un hombre que no podía ser sino su padre. Sintió una punzada de gozo al verlos, sabiéndolos decididos a integrarla en su familia y, al comprobar que se acercaban a su tío Tolomei, no pudo resistirse. Fue avanzando de columna en columna hasta apostarse a una distancia desde la que pudiera oír sin que los hombres detectaran su presencia. Por suerte para ella, estaban todos demasiado absortos en su conversación para prestarle atención a nada más.

—¡Comandante! —exclamó tío Tolomei al ver aproximarse a los Marescotti—. Decidnos, ¿está el enemigo a las puertas?

—El enemigo —replicó el comandante, señalando al hombre de mirada animal situado junto a su tío— ya está aquí. Se llama corrupción y no se detiene a las puertas. —Hizo una breve pausa para que pudieran reírle la gracia—. Señor Tolomei, hay un asunto delicado del que quisiera hablaros. En privado. ¿Cuándo puedo haceros una visita?

Tolomei miró a Marescotti, visiblemente desconcertado. Aunque los Marescotti no poseyeran las riquezas de los Tolomei, la antorcha de la historia iluminaba su nombre, y el árbol genealógico de aquella familia había brotado sin duda en el campamento de Carlomagno, hacía cinco siglos, si no en el mismo Edén. Nada, sospechaba Giulietta, satisfaría más a su tío que asociarse a alguien de tanto renombre. De modo que, dándole la espalda al tipo de la mirada voraz, lo recibió con los brazos abiertos.

—Decidme, ¿qué tenéis en mente?

El comandante Marescotti titubeó, incomodado por el entorno público y los oídos

que los rodeaban por todas partes.

—No creo que al señor Salimbeni le interesen nuestros asuntos —repuso con diplomacia.

Al oír el nombre de Salimbeni, Giulietta notó que todo su cuerpo se agarrotaba a causa del miedo. Sólo entonces cayó en la cuenta de que el hombre de la mirada voraz —el que había provocado tanta humildad en la señora Antonia hacía un momento— era el garante de la muerte de su familia. Había pasado muchas horas imaginando el aspecto de aquel monstruo y, ahora que lo tenía delante, le sorprendió comprobar que, salvo por los ojos, no parecía tal.

Esperaba a un hombre terrible, con un cuerpo creado tan sólo para la guerra y los abusos; en cambio, vio a uno que posiblemente nunca había empuñado una arma y parecía más experto en retórica y vida social. No podía haber mayor contraste entre dos hombres que el que había entre el comandante Marescotti y el señor Salimbeni: uno era experto en guerras pero no deseaba más que la paz; el otro vestía una túnica de civismo pero, bajo sus finas ropas, ansiaba el conflicto.

—Os equivocáis, comandante —dijo Salimbeni—. Me fascina cualquier asunto que no pueda esperar hasta mañana. Además, como sabéis, el señor Tolomei y yo somos buenos amigos; seguramente no despreciará mi... —Salimbeni tuvo la honradez de mofarse de sus propias palabras—, *humilde* consejo sobre esos asuntos de tanta importancia.

—Os ruego que me disculpéis —señaló el comandante retirándose prudentemente—, pero tenéis razón. Esto puede esperar hasta mañana.

—¡No! —Romeo era incapaz de retirarse sin exponer el motivo de su acercamiento, así que se adelantó bruscamente antes de que su padre pudiera impedirselo—. ¡No puede esperar! Señor Tolomei, deseo casarme con vuestra sobrina, Giulietta.

A Tolomei lo sorprendió tanto aquella proposición tan directa que enmudeció de pronto. No fue el único asombrado de la impulsiva intromisión de Romeo en su conversación; a su alrededor, todos se estiraron para ver quién tenía el valor de replicar. Tras la columna, Giulietta se llevó una mano a la boca; la conmovía tremendamente la determinación de Romeo, pero la horrorizaba pensar que se hubiera precipitado, hablando en contra del deseo de su padre.

—Como habéis oído —le dijo el comandante con notable calma al perplejo Tolomei—, querría proponeros un matrimonio entre mi hijo mayor, Romeo, y vuestra sobrina Giulietta. Sabéis que somos una familia de posibles, además de gozar de una buena reputación, y, con el debido respeto, creo que vuestra sobrina no sufrirá menoscabo alguno de confort o estatus. A mi muerte, cuando mi hijo Romeo me suceda como cabeza de familia, ella será señora de un gran consorcio formado por numerosas fincas y extensos territorios, cuyos detalles he recogido en un documento.

¿Cuándo sería un buen momento para visitaros y entregaros el documento en persona?

Tolomei no respondió. Una extraña sombra le recorrió el semblante, como los tiburones rodean a sus víctimas bajo el agua, y resultó obvio que buscaba angustiado una salida.

—Si os preocupa su felicidad —prosiguió el comandante Marescotti, no del todo complacido con el titubeo del otro—, puedo aseguraros que mi hijo no se opone al matrimonio.

Cuando Tolomei habló por fin, su voz apenas albergaba valor.

—Mi generoso comandante —dijo con tristeza—, me honráis con vuestra proposición. Examinaré vuestro documento y consideraré vuestra oferta...

—¡No haréis tal cosa! —lo interrumpió Salimbeni, interponiéndose entre ambos, enfurecido al verse ignorado—. Este asunto está, zanjado.

El comandante retrocedió un paso. Aunque fuera un alto mando militar, siempre preparado para cualquier ataque por sorpresa, Salimbeni era más peligroso que cualquier enemigo extranjero.

—¡Disculpadnos! —dijo—. Maese Tolomei y yo manteníamos una conversación.

—Manted cuantas conversaciones queráis —espetó Salimbeni—, pero la joven es mía. Es mi única condición para hacer que perdure esta tregua absurda.

Debido al murmullo general que desató la monstruosa exigencia de Salimbeni, nadie oyó los gritos de horror de Giulietta. Agazapada tras la columna, se cubrió la boca con ambas manos y rezó para que aquello fuese un malentendido y que la joven en cuestión no fuera ella sino otra.

Cuando al fin se atrevió a mirar de nuevo, vio que su tío Tolomei rodeaba a Salimbeni para dirigirse al comandante Marescotti, con el rostro desencajado de vergüenza.

—Mi querido comandante —dijo con voz trémula—, éste es, como bien decís, un asunto delicado. Pero a buen seguro podremos llegar a un acuerdo...

—¡Ciertamente! —Su esposa, la señora Antonia, se atrevió a intervenir de nuevo, esta vez para ofrecerse obsequiosa al ceñudo comandante—. Tengo una hija, con trece años ya cumplidos, que sería una excelente esposa para vuestro hijo. Está allí... ¿la veis?

El comandante ni siquiera se volvió a mirar.

—Señor Tolomei —dijo con toda la paciencia de que fue capaz—, nuestra proposición se aplica únicamente a vuestra sobrina Giulietta, y haríais bien en consultarle el asunto. Ya no corren los tiempos bárbaros en que se ignoraban los deseos de una mujer...

—¡La joven me pertenece y puedo hacer con ella lo que me plazca! —espetó Tolomei, furioso por la intromisión de su esposa y molesto por el sermón—.

Agradezco vuestro interés, comandante, pero tengo otros planes para ella.

—Os aconsejo que lo meditéis —lo amenazó Marescotti, acercándose a él—. La joven siente mucho apego por mi hijo, al que considera su salvador, y os dará problemas si la obligáis a casarse con otro. Sobre todo con alguien... —lanzó una mirada despectiva a Salimbeni— a quien no parece importarle la tragedia que ha sufrido su familia.

Ante un argumento tan contundente, a Tolomei no se le ocurrió qué objetar. Giulietta incluso sintió una punzada de compasión por él; de pie entre aquellos dos hombres, su tío parecía un náufrago en busca de algún tablón al que agarrarse, y el resultado no era en absoluto elegante.

—¿Debo entender que os oponéis a mi demanda, comandante? —inquirió Salimbeni, interponiéndose de nuevo entre los dos—. No querréis cuestionar los derechos del señor Tolomei como cabeza de su familia. Tampoco querrá la casa de Marescotti enemistarse con Tolomei y Salimbeni —añadió con una mirada indudablemente amenazadora.

Giulietta, aún oculta tras la columna, no pudo contener las lágrimas por más tiempo. Quería correr hacia los hombres y detenerlos, pero sabía que su presencia no haría sino empeorar las cosas. Cuando Romeo le había comunicado su intención de casarse con ella, en el confesonario, le había dicho que entre sus familias siempre había habido paz. Al parecer, por su culpa, a partir de entonces esas palabras ya no serían ciertas.

Niccolino Patrizi, uno de los nueve administradores de Siena, había escuchado con creciente aprensión la acalorada disputa que tenía lugar bajo la tribuna. No era el único.

—Cuando eran enemigos mortales, los temía muchísimo —masculló su vecino, mirando a Tolomei y a Salimbeni—. Ahora que son amigos, los temo aún más.

—¡Somos el gobierno! ¡Debemos estar por encima de las emociones humanas! —exclamó Niccolino Patrizi, levantándose—. ¡Señor Tolomei! ¡Señor Salimbeni! ¿A qué vienen esos aires clandestinos en la vigilia de la Asunción? ¿No estaréis haciendo negocios en la casa de Dios?

Un silencio elocuente se apoderó de la noble asamblea al oír las palabras pronunciadas desde la tribuna y, bajo el altar mayor, el obispo se olvidó de bendecir por un momento.

—Honorable señor Patrizi —replicó Salimbeni con sardónica cortesía—, vuestras palabras no dicen mucho de nosotros, ni de vos. Deberíais felicitarnos, porque mi buen amigo Tolomei y yo hemos decidido celebrar nuestra duradera tregua con un matrimonio.

—¡Mis condolencias por la muerte de vuestra esposa! —espetó Patrizi—. ¡No estaba al corriente de su fallecimiento!

—Mi señora Agnese —dijo Salimbeni, imperturbable— no pasará de este mes. Yace en cama en Rocca di Tentennano y no ingiere alimento alguno.

—Es difícil comer cuando no te alimentan —masculló uno de los magistrados de la Biccherna.

—Necesitaréis la autorización del papa para celebrar una boda entre antiguos enemigos —insistió Niccolino Patrizi— y dudo que os la conceda. El camino entre vuestras casas lo ha regado tal torrente de sangre que ningún hombre decente enviaría a su hija por él. Un espíritu maléfico...

—¡Sólo el matrimonio puede ahuyentar a los espíritus maléficos!

—¡El papa no piensa del mismo modo!

—Posiblemente —replicó Salimbeni, permitiendo que una sonrisa del todo impropia asomara a sus labios—, pero el papa me debe dinero. Y vos. Todos vosotros.

La grotesca afirmación tuvo el efecto deseado: Patrizi se sentó, encendido y furioso, y Salimbeni miró con descaro al resto del gobierno como esperando que alguien más osara oponerse a su empeño. Pero la tribuna guardó silencio.

—¡Señor Salimbeni! —Una voz interrumpió el murmullo de domeñada indignación y todos se estiraron para ver al atrevido.

—¿Quién habla? —A Salimbeni siempre le satisfacía la oportunidad de poner en su sitio a hombres inferiores—. ¡No seáis tímido!

—La timidez es para mí lo que para vos la virtud, señor Salimbeni —respondió Romeo.

—¿Y qué podríais tener que decirme vos a mí? —inquirió Salimbeni con la cabeza bien alta para mirar con aire de superioridad a su contendiente.

—Sólo esto —replicó Romeo—: que la dama que codiciáis ya pertenece a otro hombre.

—¿En serio? —Salimbeni lanzó una mirada a Tolomei—. ¿Cómo es eso?

Romeo se irguió.

—El cielo la puso en mis manos para que la guarde siempre. ¡Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre!

Salimbeni se mostró incrédulo al principio, luego se echó a reír.

—Bien dicho, muchacho, ya te reconozco. Tu daga mató a un buen amigo mío hace poco pero no te guardo rencor, viendo que has cuidado tan bien de mi futura esposa.

Salimbeni dio media vuelta, dando a entender que daba por terminada la conversación. Todas las miradas se centraron en Romeo, encendido de repulsión, y más de uno sintió lástima por el pobre muchacho, que obviamente era víctima del perverso Cupido.

—Vamos, hijo mío —dijo el comandante Marescotti, retirándose—. De nada sirve

seguir cuando el juego está perdido.

—¿Perdido? —gritó Romeo—. ¡Nunca ha habido juego alguno!

—Sea cual sea el trato al que han llegado esos dos hombres —lo tranquilizó su padre—, se han estrechado la mano bajo el altar de la Virgen. Si discutes con ellos, lo harás también con Dios.

—¡Pues lo haré —exclamó Romeo—, porque el cielo se ha vuelto contra sí mismo permitiendo que esto suceda!

Cuando el joven volvió a adelantarse, no fue necesario gesto alguno para que hubiera silencio; todos los ojos se clavaron en sus labios, presos de una inquieta expectación.

—¡Santa Madre de Dios! —gritó Romeo, sorprendiendo a la concurrencia al alzar su voz a la cúpula en lugar de dirigirse a Salimbeni—. ¡Se ha cometido un grave delito en este templo, bajo vuestro manto, esta noche! ¡Os ruego que enderecéis a los canallas y os mostréis ante ellos para que nadie dude de vuestra divina voluntad! ¡Que quien gane el Palio sea vuestro elegido! ¡Concededme vuestra bandera sagrada para que pueda cubrir con ella mi lecho nupcial y descansar sobre ella con mi legítima esposa! ¡Después os la devolveré, oh, Madre misericordiosa, porque habrá sido ganada conforme a vuestra voluntad y otorgada a mí por vuestra propia mano para demostrar a toda la humanidad vuestras simpatías en este asunto!

Cuando Romeo calló al fin, ningún hombre lo miraba. Algunos se mostraron estupefactos por la blasfemia, otros avergonzados de ver a Marescotti forjar un trato tan egoísta y tan singular con la Virgen María, pero la mayor parte simplemente sintieron lástima de su padre, el comandante Marescotti, un hombre admirado en todas partes. A ojos de la mayoría, ya fuera por intervención divina tras semejante profanación o por necesidades de la política humana, el joven Marescotti no sobreviviría al Palio.

IV. III

¡Sí! ¡Sí! ¡Un rasguño! ¡Nada más! ¡Suficiente!
¿Dónde está mi paje? Corre, tú..., un médico.

Al salir del museo de la Lechuza me sentí descorazonada. Por una parte, me aliviaba que el *cencío* y la daga de Romeo estuvieran en la caja fuerte de Peppo pero, por otra, lamentaba haberlos cedido tan pronto. ¿Y si mi madre había querido que los tuviera por una razón concreta? ¿Y si, de algún modo, eran la clave para localizar la tumba de Julieta?

De camino al hotel, más de una vez me vi tentada de regresar para reclamar mis tesoros. Logré resistir la tentación porque sabía que la satisfacción de recuperarlos pronto se vería eclipsada por el temor a que les ocurriera algo. ¿Quién podía asegurar que estuvieran más seguros en la caja fuerte del director Rossini que en la de Peppo? A fin de cuentas, el matón sabía dónde me alojaba —¿cómo, si no, iba a desvalijarme la habitación?—, y tarde o temprano averiguaría dónde escondía mis cosas.

Creo que me paré en medio de la calle. Hasta ese momento no se me había ocurrido que volver al hotel era lo menos inteligente que podía hacer, aun sin llevar encima mis tesoros. Obviamente, el matón estaría esperando que hiciera eso. Además, después de nuestro particular juego del escondite en el archivo de la universidad, probablemente no estuviera de buen humor.

Tendría que cambiar de hotel, y tendría que hacerlo sin dejar rastro. O quizá aquello fuera una señal para que cogiera el primer avión de vuelta a Virginia.

No, no podía rendirme, ahora que por fin estaba consiguiendo algo. Cambiaría de hotel, quizá esa misma noche, cuando oscureciera. Me haría invisible, sagaz, perversa. Esta vez Juliet se echaría a las trincheras.

Había una comisaría de policía en la misma calle del hotel. Me quedé a la puerta un rato, viendo entrar y salir a los agentes, y preguntándome si sería buena idea que me diese a conocer a las fuerzas del orden locales y me arriesgara a que descubriesen mi doble identidad. Al final, decidí que no. Por mi experiencia en Roma y Copenhague, sabía que los agentes de policía son como los periodistas: te escuchan, pero prefieren inventárselo todo.

Así que opté por regresar al centro, volviéndome cada diez pasos para ver si me seguían y pensando en cuál sería mi estrategia a partir de entonces. Incluso entré en el banco del palazzo Tolomei, por si el presidente Maconi tenía tiempo para recibirme y aconsejarme; por desgracia, no fue así, pero la cajera de las gafas de montura fina — de repente amiguísima mía— me aseguró que estaría encantado de atenderme cuando volviera de sus vacaciones en el lago Como dentro de diez días.

Desde mi llegada a Siena, había pasado varias veces por la imponente entrada principal de Monte dei Paschi, y siempre había apretado el paso para alejarme de la fortaleza de los Salimbeni sin ser vista; incluso agachaba la cabeza, por si el despacho del jefe de seguridad daba al Corso.

Pero ese día fue distinto. Ese día cogí el toro por los cuernos y le di una buena sacudida. Me acerqué al portal gótico y entré, asegurándome de que las cámaras de seguridad captaban bien mi nueva actitud.

Para ser un edificio incendiado por familias rivales —entre ellas, la mía—, destrozado por una turba furiosa, reconstruido varias veces por sus propietarios, confiscado por el gobierno y resurgido finalmente como entidad financiera en 1472 —lo que lo convertía en el banco más antiguo del mundo—, el palazzo Salimbeni era un lugar excepcionalmente tranquilo. En su interior convivían respetuosamente lo medieval y lo moderno, de forma que, al acercarme a la recepción, tuve la sensación de que pasado y presente se fundían en torno a mi persona.

El recepcionista estaba al teléfono, pero cubrió el auricular con una mano para preguntarme —primero en italiano, luego en inglés— a quién había ido a ver. Cuando le dije que era amiga del jefe de seguridad y que tenía un asunto urgente que tratar con él, el hombre sonrió y me dijo que encontraría lo que buscaba en el sótano.

Gratamente sorprendida de que me dejase pasar sin más, sin escolta y sin anunciarme, empecé a bajar la escalera con fingida indiferencia, mientras una legión de mariposas me revoloteaba en el estómago. Habían permanecido inmóviles mientras huía veloz del matón del chándal unas horas antes, y ahora se desmadraban porque iba a ver a Alessandro.

Lo cierto era que, cuando lo había dejado en el restaurante la noche anterior, no había albergado deseo alguno de volver a verlo, sinceramente. La sensación, estaba segura, era mutua. Sin embargo, allí iba yo, directa a su despacho sin otra razón que el instinto. Janice solía decir que el instinto era la lógica de las emergencias; yo no lo tenía tan claro. Mi lógica me decía que era muy improbable que Alessandro y los Salimbeni tuvieran nada que ver con todo lo que me estaba pasando, pero mi instinto me aconsejaba que podía contar con él, aunque sólo fuera para que me dejase claro lo mal que le caía.

Al bajar al sótano noté el aire bastante más frío y, de pronto, las paredes me parecieron más toscas y estropeadas, restos de la estructura original del edificio. En la Edad Media, aquellos cimientos habían sostenido una torre altísima, quizá tan alta como la torre Mangia del Campo. Por aquel entonces, la ciudad estaba repleta de construcciones como aquella, que habían servido de fortificaciones en épocas de disturbios.

Al fondo de la escalera, un pasillo estrecho se perdía en la oscuridad y las puertas blindadas conferían al lugar el aspecto de una mazmorra. Empezaba a pensar que

había girado por el pasillo equivocado en algún momento cuando oí un repentino estrépito de voces, seguido de vítores, desde el otro lado de una puerta entreabierta.

Me acerqué con cierta desazón. Tanto si Alessandro estaba allí como si no, tendría que dar muchas explicaciones, y la lógica nunca había sido mi fuerte. Asomé la cabeza y pude ver una mesa repleta de artilugios metálicos y bocadillos a medio comer, una pared forrada de rifles y tres hombres en camiseta y pantalón de uniforme —uno de ellos, Alessandro— de pie alrededor de un pequeño monitor. Al principio pensé que observaban lo que captaba una de las cámaras de seguridad del edificio, pero, al verlos protestar y llevarse las manos a la cabeza, supe que estaban viendo un partido de fútbol.

Como no me oyeron llamar, me asomé un poco más —sólo un poco— y carraspeé. Alessandro volvió al fin la cabeza para ver quién osaba interrumpir el partido y, al verme allí, forzando una sonrisa, reaccionó como si le hubieran dado un sartenazo en la cabeza.

—Siento molestar —dije, procurando no parecer Bambi con zancos, aunque así era exactamente cómo me sentía—. ¿Tienes un momento?

Al cabo de pocos segundos salían del cuarto los otros dos, cogiendo las armas y las chaquetas del uniforme a su paso, con los bocadillos a medio comer en la boca.

—Bueno... —dijo Alessandro al tiempo que apagaba el televisor y tiraba por ahí el mando a distancia—, satisfaz mi curiosidad. —Obviamente no pensaba que necesitara la segunda parte de la frase, si bien, por cómo me miró (aunque yo perteneciera al substrato criminal de la sociedad), en el fondo se alegraba de verme.

Me senté en una silla vacía, examinando los artilugios colgados de las paredes.

—¿Éste es tu despacho?

—Sí... —Se puso los tirantes y se sentó al otro lado de la mesa—. Aquí es donde interrogamos a los sospechosos. Sobre todo norteamericanos. Antes era una cámara de tortura.

El descaro de su mirada casi me hizo olvidar mi desazón y el motivo de mi presencia allí.

—Te pega.

—Eso mismo pensé yo. —Apoyó una de sus pesadas botas en el canto de la mesa y se balanceó para apoyarse en la pared—. Bueno, te escucho. Debes de tener una buena razón para venir aquí.

—Yo no lo llamaría «razón». —Aparté la mirada, tratando en vano de recordar la historia oficial que había ensayado por la escalera—. Está claro que piensas que soy una intrigante...

—Las he visto peores.

—... y tampoco es que sienta adoración por ti.

Él sonrió burlón.

—Pero aquí estás.

Me crucé de brazos y contuve una risa nerviosa.

—Sé que no crees que soy Giulietta Tolomei, y ¿sabes qué?, que me da igual, pero esto es lo que hay... —Tragué saliva para tranquilizarme—. Alguien intenta matarme.

—Quieres decir... ¿aparte de tú misma?

Su sarcasmo me hizo recuperar la serenidad.

—Hay un tío que me sigue —dije tal cual—. Un tipejo asqueroso, vestido de chándal. Verdadera escoria. Supuse que sería amigo tuyo.

Alessandro ni se inmutó.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—No sé... —busqué una chispa de compasión en sus ojos—, ¿ayudarme?

Chispa había, sí, pero de triunfo, más que nada.

—A ver..., ¿y por qué iba a hacer yo algo así?, dime.

—¡Eh! —exclamé, indignada por su actitud—. Soy... ¡una damisela en apuros!

—¿Y quién se supone que soy yo?, ¿el Zorro?

Reprimí un gruñido, furiosa conmigo misma por pensar que le importaría.

—Creía que los italianos nunca os resistíais a los encantos femeninos.

Lo meditó.

—Y no nos resistimos... cuando nos topamos con ellos.

—Muy bien —dije, tragándome la rabia—. Quieres que me largue, y eso voy a hacer. Regresaré a Estados Unidos y jamás volveré a molestaros ni a ti ni a tu querida madrina, pero primero quiero averiguar quién es ese tío y conseguir que alguien le dé su merecido.

—¿Y ese alguien soy yo?

Lo miré furiosa.

—Quizá no. Daba por sentado que alguien como tú no querría que alguien como yo anduviese suelta por la preciada Siena, pero... —hice ademán de irme— veo que me equivocaba.

Fingiéndose preocupado, se inclinó al fin hacia adelante y apoyó los codos en la mesa.

—Muy bien, señorita Tolomei, dime, ¿por qué crees que alguien quiere matarte?

Aun no teniendo adonde ir, habría salido de allí en ese mismo instante de no haber sido porque por fin me llamó «señorita Tolomei».

—Bueno... —me revolví incómoda en el asiento—, ¿qué te parece esto? Me ha seguido por las calles, me ha desvalijado la habitación y esta mañana ha venido a por mí armado...

—Eso no significa que quiera matarte —dijo Alessandro, armándose de paciencia. Examinó mi rostro un instante, luego frunció el ceño—. ¿Cómo esperas

que te ayude si no me cuentas la verdad?

—¡Te la estoy contando! ¡Lo juro! —Traté de buscar otra forma de convencerlo, pero la vista se me iba a los tatuajes que llevaba en el antebrazo derecho, y mi cerebro andaba demasiado atareado procesando ese impulso.

Ése no era el Alessandro que esperaba encontrar al entrar en el palazzo Salimbeni. El Alessandro que yo conocía era refinado y sutil, por no decir anticuado, y desde luego no llevaba una libélula —o lo que fuera eso— tatuada en la muñeca.

Si me leía el pensamiento, no se le notaba.

—No toda. Faltan muchas piezas del puzle.

Me erguí.

—¿Qué te hace pensar que hay algo más?

—Siempre hay algo más. Dime, ¿qué persigue?

Respiré profundamente, consciente de que yo misma me había metido en aquel lío y lo lógico era que me explicara en condiciones.

—Vale —dije al fin—. Creo que por algo que me dejó mi madre. Una reliquia de familia que mis padres encontraron hace años y querían que yo tuviese. Mi madre la escondió en un sitio donde sólo yo pudiera encontrarla. ¿Por qué? Porque, te guste o no, soy Giulietta Tolomei.

Lo miré desafiante y lo descubrí escudriñándome el rostro con una especie de sonrisa.

—¿Y lo has encontrado?

—Me parece que no. Todavía. Sólo he encontrado un cofre oxidado lleno de papelotes, un viejo... estandarte y una especie de daga, y, la verdad, no veo...

—*Aspetta!* —levantó la mano para pedirme calma—. ¿Qué papelotes? ¿Qué estandarte?

—Relatos, cartas, cosas así. No me tires de la lengua. El estandarte, por lo visto, es un *cencío* de 1340. Lo encontré envolviendo una daga, tal cual, en un cajón...

—¡Un momento! ¿Me estás diciendo que has encontrado un *cencío* de 1340?

Me sorprendió que lo entusiasmara la noticia incluso más que a mi primo Peppo.

—Sí, eso parece. Por lo que se ve, es muy especial. Y la daga...

—¿Dónde está?

—En un lugar seguro. Lo he dejado en el museo de la Lechuza. —Como no me seguía, añadí—: Mi primo, Peppo Tolomei, es el conservador del museo. Me ha dicho que él me lo cuidaría.

Alessandro gruñó y se pasó ambas manos por el pelo.

—¿Qué? —inquirí—. ¿No ha sido buena idea?

—*Merda!* —Se levantó, hurgó en el cajón, sacó una arma y se la enfundó en la pistolera del cinturón—. ¡Venga, vamos!

—¡Espera! ¿Qué pasa? —Me levanté de mala gana—. No pretenderás ir a ver a

mi primo con esa... arma.

—No es una sugerencia. ¡Vamos!

Mientras avanzábamos aprisa por el pasillo, echó un vistazo a mis pies.

—¿Puedes correr con eso?

—Mira —dije esforzándome por ir a su paso—, que quede muy clara una cosa: no creo en las armas. Quiero que haya paz, ¿vale?

Alessandro se detuvo en mitad del pasillo, sacó el arma y me obligó a cogerla antes de que me diera cuenta siquiera de lo que estaba haciendo.

—¿Sientes esto? Es una arma. Existe. Y hay mucha gente ahí fuera que *sí* cree en ellas. Así que perdona si me encargo de ellos para que tú puedas tener tu paz.

Salimos del banco por una puerta trasera y bajamos por una calle abierta al tráfico. No era el camino que yo conocía, pero seguro que nos llevaba derechos a la piazzetta del Castellare. Alessandro sacó el arma en cuanto nos acercamos a la puerta del museo de la Lechuza, pero fingí no darme cuenta.

—Quédate detrás de mí —me dijo— y, si las cosas se ponen feas, tírate al suelo y tápate la cabeza. —Sin esperar mi reacción, se llevó un dedo a los labios y abrió la puerta despacio.

Obediente, entré en el museo unos pasos por detrás de él. A mi juicio, no cabía duda de que exageraba, pero dejaría que llegara a esa conclusión por sí solo. De hecho, el edificio entero estaba en absoluto silencio y no había indicio alguno de actividades delictivas. Cruzamos varias habitaciones, arma en ristre, pero, al final, me detuve.

—Oye, escucha... —Alessandro me tapó la boca con la mano para silenciarme y, mientras estábamos los dos allí parados, también yo lo oí: un gemido.

Atravesando de prisa las otras estancias, dimos con el origen del sonido y, en cuanto Alessandro se aseguró de que no era una emboscada, entramos corriendo y nos encontramos a Peppo tirado en el suelo de su despacho, magullado pero vivo.

—¡Ay, Peppo! —grité, tratando de ayudarlo—, ¿te encuentras bien?

—¡No! —espetó—. ¡Claro que no! Creo que me he caído. No puedo apoyar la pierna.

—Aguanta... —Miré alrededor para ver dónde había dejado su muleta y reparé en la caja fuerte, abierta y vacía—. ¿Has visto al hombre que ha hecho esto?

—¿Qué hombre? —Con una mueca de dolor, Peppo intentó incorporarse—. ¡Mi cabeza! ¡Necesito mis pastillas! ¡Salvatore! Ay, no, espera, que Salvatore libra... ¿qué día es hoy?

—*Non ti muovere!* —Alessandro se arrodilló y le examinó detenidamente las piernas—. Creo que tiene rota la tibia. Voy a llamar una ambulancia.

—¡Espera! ¡No! —Obviamente Peppo no quería una ambulancia—. Iba a cerrar la caja. ¿Me oyes? Tengo que cerrar la caja fuerte.

—Luego nos encargamos de la caja —dije yo.

—La daga... está en la sala de juntas. La estaba buscando en un libro. Hay que guardarla. ¡Es maléfica!

Alessandro y yo nos miramos. No era el momento de decirle a Peppo que era demasiado tarde para cerrar la caja. Era evidente que el *cencío* había desaparecido, como todos los demás tesoros que mi primo custodiaba. Aunque quizá el ladrón no había reparado en la daga. Me levanté y me dirigí a la sala de juntas y, efectivamente, la daga de Romeo estaba encima de la mesa, junto a una guía de armas medievales para coleccionistas.

La cogí con fuerza y volví al despacho de Peppo justo cuando Alessandro llamaba una ambulancia.

—Ah, sí —dijo mi primo al ver la daga—, ahí está. Guárdala, corre. Trae mala suerte. Mira lo que me ha pasado a mí. El libro dice que está poseída del espíritu del diablo.

Peppo había sufrido una conmoción cerebral leve y tenía un hueso roto, pero la doctora insistió en dejarlo en observación esa noche, conectado a varias máquinas por si acaso. Lamentablemente se empeñó también en contarle con detalle lo que le había ocurrido.

—Ella dice que alguien le ha dado un golpe en la cabeza y se ha llevado todo lo de la caja —me susurró Alessandro, traduciéndome la animada conversación que mantenían la doctora y Peppo, su malhumorado paciente—, y él dice que quiere hablar con un médico de verdad y que nadie le atizaría en la cabeza en su propio museo.

—¡Giulietta! —exclamó mi primo cuando al fin consiguió deshacerse de la doctora—, ¿qué piensas tú de todo esto? ¡La doctora dice que alguien ha entrado a robar *en el museo*!

—Me temo que es cierto —dije cogiéndole la mano—. Lo siento. Ha sido por mi culpa. Si no hubiera...

—¿Y ése quién es? —Peppo miró con recelo a Alessandro—. ¿No habrá venido a cubrir la noticia? Dile que no he visto nada.

—Éste es el capitán Santini —le expliqué—; él es quien te ha salvado, ¿no te acuerdas? De no ser por él, estarías... destrozado de dolor.

—Ya. —Peppo no estaba dispuesto a abandonar su mal humor—. Ya lo conozco. Es un Salimbeni. ¿No te dije que te mantuvieras alejada de esa gente?

—¡Chis! ¡Por favor! —Traté de hacerlo callar, pero sabía que Alessandro lo había oído todo—. Tienes que descansar.

—¡No! Tengo que hablar con Salvatore. Hay que averiguar quién ha hecho esto. Había muchos tesoros en esa caja.

—Me temo que el ladrón iba tras el *cencío* y la daga —dije—. Si no te los hubiera

llevado, nada de esto habría ocurrido.

Peppo parecía desconcertado.

—Pero ¿quién iba a...? ¡Ah! —Con la mirada perdida, contempló un pasado nebuloso—. ¡Claro! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Pero ¿por qué iba a querer hacer eso?

—¿De quién estás hablando? —Le apreté la mano, intentando que dejara de divagar—. ¿Sabes quién te ha hecho esto?

Peppo me cogió por la muñeca y me miró con intensidad febril.

—Patrizio..., tu padre. Siempre decía que volvería. Que algún día Romeo volvería y lo recuperaría todo..., su vida..., su amor..., todo cuanto le arrebatamos.

—Peppo —le dije, acariciándole el brazo—, deberías descansar. —Por el rabillo del ojo, vi a Alessandro sopesar la daga de Romeo, ceñudo, como si percibiera sus poderes ocultos.

—Romeo —prosiguió Peppo, adormecido por el efecto del calmante—. Romeo Marescotti. Bueno, no se puede ser un fantasma eternamente. Quizá quiera vengarse así de todos nosotros. Por cómo tratamos a su madre. Era... ¿cómo se dice... *un figlio illegittimo, capitano?*

—Un hijo bastardo —dijo Alessandro, uniéndose por fin a nosotros.

—¡Sí, sí! —asintió Peppo con la cabeza—. ¡Un hijo bastardo! Fue un gran escándalo. Ella era una joven tan hermosa... Por eso él los echó...

—¿Quién? —pregunté.

—Marescotti. El abuelo. Era un hombre muy anticuado. Pero muy guapo. Aún recuerdo la comparsa del 65... Fue la primera victoria de *Aceto*... ¡Ay, *Topolone*, un caballo excelente! Ya no son lo que eran... Por aquel entonces no se torcían los tobillos y se descalificaban, y tampoco necesitábamos veterinarios ni alcaldes que nos dijeran que no podíamos correr..., iufff! —meneó la cabeza asqueado.

—¿Peppo? —le di una palmadita en la mano—. Hablabas de los Marescotti, de Romeo, ¿recuerdas?

—¡Ah, sí! Decían que tenía las manos malditas. Todo lo que tocaba... lo estropeaba. Los caballos perdían, la gente moría. Eso dicen. Por llamarse Romeo, ya ves. Lo había heredado. Lo llevan en la sangre..., el conflicto. Necesitaba velocidad y ruido... no podía parar quieto. Siempre con los escúters, con las motos...

—¿Lo conociste?

—No, sólo sé lo que dice la gente. Su madre y él... se esfumaron. Nadie volvió a verlos. Dicen que él creció salvaje, en Roma, que se convirtió en un delincuente y mató a gente. Dicen..., dicen que murió. En Nassiriyah. Con otro nombre.

Me volví a mirar a Alessandro, y él me devolvió una sonrisa inusualmente sombría.

—¿Nassiriyah? —susurré—. ¿Tú sabes dónde está eso?

Por alguna razón, mi pregunta lo encendió, pero, antes de que pudiera responderme, Peppo suspiró profundamente y prosiguió:

—Para mí no es más que una leyenda. A la gente le gustan las leyendas. Y las tragedias. Y las conspiraciones. Esto es muy tranquilo en invierno.

—Entonces, ¿no crees que sea cierto?

Peppo volvió a suspirar; le pesaban los párpados.

—¡Ya no sé qué creer! Ay, ¡por qué no viene el médico!

En ese momento, la puerta se abrió de golpe e irrumpió en la habitación la familia Tolomei, que rodeó a su héroe caído entre gemidos y lamentos. El médico debía de haberles resumido la situación, porque Pia, la esposa de Peppo, me miró de arriba abajo al tiempo que me empujaba para ocupar mi sitio al lado de su marido, y nadie dio señal alguna de gratitud. Para terminar de humillarme, cuando buscaba una excusa para largarme, la anciana *Nonna* Tolomei cruzó la puerta renqueante y no me cupo la menor duda de que, a su juicio, la culpable de todo aquello era yo, no el ladrón.

—¡Tú! —me gruñó en italiano, clavándome el índice en el corazón—. ¡Bastarda!

Dijo mucho más, pero no lo entendí. Paralizada por su furia como un ciervo ante un tren a punto de arrollarlo, me quedé allí, incapaz de moverme, hasta que Alessandro —harto del jolgorio familiar— me agarró por el codo y me sacó de la habitación.

—¡Uf! —exclamé—. ¡Qué genio tiene! ¿Te puedes creer que es tía mía? ¿Qué decía?

—Nada importante —me contestó, recorriendo el pasillo del hospital con el gesto de quien querría tener a mano una granada.

—¡Te ha llamado Salimbeni! —le dije, orgullosa de haberlo entendido.

—Sí. Y no es ningún cumplido.

—¿Qué me ha llamado a mí? Eso no lo he pillado.

—¡Qué más da!

—Claro que da. —Me detuve en mitad del pasillo—. ¿Qué me ha llamado?

Alessandro me miró con repentina ternura.

—Te ha dicho: «¡Bastarda! ¡No eres de los nuestros!».

—Ah. —Me quedé cortada—. Claro, nadie cree que sea realmente Giulietta Tolomei. A lo mejor me lo merezco. Igual es una especie de infierno reservado para la gente como yo.

—Yo sí te creo.

Lo miré sorprendida.

—¿En serio? Eso es nuevo. ¿Desde cuándo?

Él se encogió de hombros y siguió adelante.

—Cuando te vi en la puerta de mi despacho.

No supe cómo responder a tan repentina amabilidad, así que hicimos el resto del camino en silencio, bajamos la escalera y salimos por la puerta principal a esa luz tenue y dorada que marca el final del día y el comienzo de algo mucho menos predecible.

—Bueno, Giulietta —dijo Alessandro volviéndose hacia mí con los brazos en jarras—, ¿hay algo más que deba saber?

—Pues... —dije frunciendo los ojos por la luz—, también hay un tío en moto...

—¡Madre de Dios!

—Pero lo de éste es distinto. Sólo... me sigue. No sé qué quiere...

Alessandro puso los ojos en blanco.

—¡No sabes lo que quiere! ¿Quieres que te lo diga?

—No, gracias. —Me re Coloqué el vestido—. No me preocupa. Pero el del chándal, sí..., ése entró a la fuerza en mi habitación. Así que... tal vez debería cambiar de hotel.

—¿«Tal vez»? —No parecía impresionado—. Te diré qué vamos a hacer: antes que nada, iremos a la policía...

—¡No, a la policía, no!

—Sólo ellos pueden decirte quién le ha hecho eso a tu primo Peppo. Yo no tengo acceso a los expedientes de Monte dei Paschi. Tranquila, te acompaño. Conozco a esos tíos.

—¡Sí, claro! —le di un codazo en el pecho—. ¡Qué forma tan astuta de enchironarme!

—Si quisiera enchironarte —dijo desesperado—, tendría que ser astuto de verdad, ¿no?

—Mira... —Me erguí todo cuanto pude—. ¡Aún no entiendo tus juegos de poder! Mi postura le hizo sonreír.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en jugar a ellos?

La central de policía de Siena era un lugar muy tranquilo. En algún momento del pasado, al reloj de la pared se le habían gastado las pilas a las siete menos diez, y esa tarde, mientras examinaba obediente hojas y hojas de bandidos digitalizados, empecé a sentirme así yo también. Cuanto más miraba los rostros de la pantalla, más consciente era de que, en el fondo, no sabía qué aspecto tenía de cerca mi persecutor. La primera vez que había visto al tipejo llevaba gafas de sol, la segunda era demasiado de noche, y la tercera —aquella misma tarde— me había preocupado demasiado la pistola que llevaba en la mano para fijarme en los detalles de su careto.

—Lo siento... —me volví hacia Alessandro, sentado pacientemente a mi lado, con los codos clavados en las rodillas a la espera de mi momento eureka—, pero no me suena ninguno de éstos. —Sonreí como disculpándome a la agente a cargo del ordenador, consciente de que les estaba haciendo perder el tiempo—. *Mi dispiace.*

—Tranquila —respondió ella, devolviéndome la sonrisa porque era una Tolomei —, no tardaremos en localizar las huellas dactilares.

Lo primero que había hecho Alessandro nada más llegar a la comisaría había sido denunciar el robo del museo de la Lechuza. Dos coches patrulla habían salido inmediatamente para el lugar de los hechos y los cuatro agentes se habían mostrado entusiasmados de tener al fin un verdadero delito entre manos. Si el tipejo había sido lo bastante torpe como para dejar rastros de su persona en el museo —huellas, sobre todo—, tarde o temprano sabríamos quién era, siempre, claro está, que estuviese fichado.

—Mientras esperamos —dije—, ¿crees que deberíamos buscar a Romeo Marescotti?

Alessandro frunció el ceño.

—No te habrás creído el cuento de tu primo...

—¿Por qué no? A lo mejor es él. A lo mejor ha sido siempre él.

—¿De chándal? Lo dudo.

—¿Por qué no? ¿Acaso lo conoces?

Alessandro inspiró profundamente.

—Sí, y no está en ese ordenador. Ya lo he buscado.

Me lo quedé mirando estupefacta. Antes de que pudiera hacerle más preguntas, dos agentes entraron en la sala; uno de ellos llevaba un portátil, que colocó delante de mí. Ninguno de los dos hablaba mi idioma, así que Alessandro tuvo que traducir lo que me decían.

—Han encontrado una huella en el museo —me explicó— y quieren que eches un vistazo a unas fotos, a ver si alguno te resulta familiar.

Me volví hacia la pantalla y vi cinco rostros de hombre uno al lado del otro; todos ellos me miraban con una mezcla de indiferencia y repugnancia. Al poco, dije:

—No estoy segura al ciento por ciento, pero, si queréis saber cuál se parece más al tipo que me seguía, yo diría que el cuarto.

Tras una breve conversación con los agentes, Alessandro asintió con la cabeza.

—Ése es el hombre que ha entrado en el museo. Ahora quieren saber por qué lo ha hecho, y por qué anda siguiéndote.

—¿Qué tal si me decís quién es? —Observé sus rostros serios—. ¿Es algún... asesino?

—Se llama Bruno Carrera. Ha formado parte del crimen organizado y se lo ha vinculado a tipos muy peligrosos. Ha estado desaparecido, pero... —señaló la pantalla con la cabeza—, parece que ha vuelto.

Volví a mirar la foto. Bruno Carrera ya no era ningún chaval. Me extrañaba que hubiera abandonado su retiro para robar una pieza de seda antigua de nulo valor comercial.

—Sólo por curiosidad... —dije sin pensar—, ¿se lo ha relacionado alguna vez con un tal Luciano Salimbeni?

Los agentes se miraron.

—Qué discreta —me susurró Alessandro, queriendo decir justo lo contrario—. Creía que no buscabas respuesta a ninguna pregunta.

Levanté la mirada y vi que los agentes me estudiaban con renovado interés. Probablemente se preguntaran qué hacía yo en Siena y cuánta información vital sobre el asalto no les había desvelado aún.

—*La signorina conosce Luciano Salimbeni?* —le preguntó uno de ellos a Alessandro.

—Diles que mi primo me ha hablado del tal Luciano —le pedí—. Al parecer, iba tras algunas de las reliquias de nuestra familia hace veinte años. Por lo menos eso es cierto.

Alessandro defendió mi caso lo mejor que pudo, pero los agentes no parecían satisfechos y siguieron pidiendo detalles. Fue una extraña lucha de poder, porque era obvio que lo respetaban mucho, pero había algo en mí y en mi historia que no terminaba de encajar. Justo entonces salieron de la habitación y yo me volví hacia Alessandro, desconcertada.

—¿Ya está? ¿Podemos irnos?

—¿De verdad crees que te van a dejar marchar sin que les expliques por qué tu familia está relacionada con uno de los delincuentes más buscados de Italia? —preguntó desalentado.

—¿«Relacionada»? Lo único que he dicho es que Peppo sospechaba que...

—Giulietta... —se me acercó para que nadie nos oyera—, ¿por qué no me habías contado todo eso?

Antes de que pudiera responder, los agentes volvieron con el expediente impreso de Bruno Carrera y le pidieron a Alessandro que me interrogara sobre una parte concreta.

—Parece que tienes razón —dijo repasando el texto—, Bruno solía hacer trabajitos esporádicos para Luciano Salimbeni. Lo arrestaron una vez y les contó una historia de una estatua de ojos dorados... —Me miró, tratando de evaluar mi honradez—. ¿Sabes algo sobre eso?

Sorprendida de que la policía supiera de la estatua dorada —aunque su información fuese escasa—, conseguí negar rotundamente con la cabeza.

—Ni idea.

Nos miramos en silencio unos segundos pero no flaqueé. Al final volvió al expediente.

—Parece que Luciano podría haberse visto implicado en la muerte de tus padres, justo antes de desaparecer.

—¿Desaparecer? Pensaba que había muerto...

Alessandro ni siquiera me miró.

—Cuidado. No voy a preguntarte quién te ha dicho eso. ¿Acierto al suponer que no tienes intención de contarles nada más a estos agentes? —Me miró un segundo para confirmarlo, luego siguió—: En ese caso, te sugiero que te finjas traumatizada para que podamos salir de aquí. Ya te han pedido dos veces el número de la seguridad social.

—Si no me equivoco —le susurré—, ¿has sido tú el que me ha traído aquí!

—Y ahora te voy a sacar. —Me pasó el brazo por el hombro y me acarició el pelo como si necesitara consuelo—. No te preocupes por Peppo, se pondrá bien.

Siguiéndole el juego, me recosté en su hombro y proferí un suspiro hondo y lloroso que casi pareció auténtico. Al verme tan compungida, los agentes se retiraron y nos dejaron solos; cinco minutos después salíamos juntos de la comisaría.

—Buen trabajo —me dijo Alessandro en cuanto nos hubimos alejado un poco.

—Lo mismo digo. Aunque... no he tenido un buen día, y no estoy para fiestas. Se detuvo y me miró, algo ceñudo.

—Al menos ahora ya sabes quién te ha estado siguiendo. ¿No era eso lo que querías cuando has venido a verme esta tarde?

Había anochecido mientras estábamos en la comisaría, pero el aire aún era cálido y las farolas lo iluminaban todo con una luz tenue y amarillenta. De no ser por las vespas que pasaban disparadas en todas las direcciones, la *piazza* habría parecido el decorado de una ópera.

—¿Qué significa *ragazza*? —pregunté—. ¿Es alguna grosería?

Alessandro se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar.

—He supuesto que si les decía que eras mi novia dejarían de pedirte el número de la seguridad social ¡Y el teléfono!

Reí.

—¿Y no les ha extrañado que Julieta salga con un Salimbeni?

Alessandro sonrió, pero noté que la pregunta le había molestado.

—Me temo que en las comisarías italianas no se enseña a Shakespeare.

Caminamos en silencio un rato, sin rumbo. Lo lógico habría sido que nos despediéramos, pero no me apetecía retirarme aún, no sólo porque Bruno Carrera bien podría estar esperándome en la habitación del hotel a mi regreso, sino porque estaba a gusto con Alessandro.

—¿Sería éste un buen momento para darte las gracias? —le pregunté.

—¿Ahora? —Se miró el reloj—. *Assolutamente si*. Sería el momento perfecto.

—¿Te apetece ir a cenar? Te invito.

Mi propuesta le hizo gracia.

—Claro. Salvo que prefieras esperar a Romeo en tu balcón.

—Por mi balcón se ha colado alguien, ¿recuerdas?

—Ya. —Frunció ligeramente los ojos—. Quieres que te proteja.

Estuve a punto de soltarle una grosería, pero me di cuenta de que no me apetecía hacerlo. Lo cierto era que, con todo lo que había pasado y lo que podía pasar aún, nada me habría gustado más que tener a Alessandro a mi lado —armado— durante el resto de mi estancia en Siena.

—Bueno..., digamos que no me molestaría que lo hicieras —dije tragándome el orgullo.

IV. IV

Tú estás enamorado. Toma alas de Cupido y empínate hasta donde puedas.

Siena, 1340

Era el día del Palio y el pueblo de Siena flotaba radiante en un océano de canciones. Todas las calles se tornaban en ríos, las *piazzas* en una vorágine de éxtasis religioso, y quienes se veían arrastrados por la corriente no cesaban de agitar sus banderas y estandartes como queriendo elevarse y llegar, a lomos de la escurridiza fortuna, hasta su tierna madre celestial.

La oleada de devotos ya había reventado las compuertas de la ciudad y había chorreado por el campo hasta Fontebecci, unos kilómetros al norte de Porta Camollia, donde un mar creciente de cabezas presenciaba con atención la salida de los quince jinetes participantes, enfundados en su uniforme de campaña y dispuestos a honrar con un vistoso despliegue de hombría a la Virgen recién coronada.

Al maestro Ambrogio le había llevado buena parte de la mañana salir de la ciudad, abriéndose paso a codazos entre la muchedumbre. De haberse sentido un poco menos culpable, habría dado media vuelta un millar de veces antes de llegar siquiera a Fontebecci. Pero no podía. ¡Cuán desdichado se sentía esa mañana! ¡Cuán desafortunada había resultado su intervención en los asuntos de aquellos dos jóvenes! Si no se hubiera empeñado en juntar belleza con belleza por el bien de la belleza misma, Romeo jamás habría sabido que Giulietta vivía y ella no se habría contagiado de su pasión.

Cuan extraño era que la devoción de un artista por la belleza pudiera tornarse en punible tan fácilmente. Cuan cruel la diosa Fortuna por darle a un anciano una lección a costa de la dicha de dos jóvenes amantes. ¿Acaso se equivocaba al tratar de justificar su delito con sus ideales? ¿Sería su mera humanidad, y sólo eso, lo que había condenado a los amantes desde el principio? ¿Podría ser que hubiese transferido su propio deseo enfermizo al admirable cuerpo de Romeo y que todo su empeño en la feliz unión de los jóvenes no fuese sino una forma de ganarse el acceso indirecto al lecho nupcial de Giulietta Tolomei?

El maestro no era dado a los acertijos místicos, salvo que fuesen parte de una pintura debidamente retribuida, pero de pronto se le ocurrió que la leve náusea que le producía el verse como lascivo titiritero debía aproximarse a lo que Dios sentía cada minuto del día. Si es que sentía algo. A fin de cuentas, era un ser divino y era lógico pensar que la divinidad lo privara de emociones. Si no, compadecía sinceramente a Dios, porque la historia de la humanidad no era sino un infinito valle de lágrimas.

Con la Virgen María era distinto. Ella había sido humana y comprendía el sufrimiento de los mortales. Era ella quien escuchaba siempre las aflicciones de uno y se encargaba de que Dios enviara sus rayos en la dirección correcta. Como la esposa de un hombre poderoso, era ella quien lo cautivaba y lo camelaba, la que sabía cómo llegar a su divino corazón. Era a ella a quien Siena había entregado sus llaves, ella la que sentía especial devoción por los sieneses y los protegería de sus enemigos como una madre protege al pequeño que se ampara en sus brazos ante el acoso de sus hermanos mayores.

El aire de inminente apocalipsis del maestro no se reflejaba en los rostros de quienes iba apartando en su afán por llegar a Fontebecci antes de que comenzase la carrera. Estaban de fiesta y nadie tenía especial urgencia por avanzar; mientras lograran apostarse en el camino despejado, no habría necesidad de recorrerse el estado entero hasta Fontebecci. Habría cosas curiosas que ver en el punto de partida —las tiendas de campaña, las múltiples salidas falsas y las familias nobles de los jóvenes participantes—, pero ¿qué espectáculo podía ser más interesante que el estrépito de los quince caballos de batalla al galope?

Cuando por fin llegó, Ambrogio fue directo hacia los colores del águila de Marescotti. Romeo había salido ya de la tienda amarilla, rodeado por los hombres de su familia, entre los que escaseaban las sonrisas. Incluso el comandante Marescotti, conocido por sus frecuentes palabras de aliento hasta en las situaciones más desesperadas, parecía un soldado consciente de que se le había tendido una emboscada. Fue él quien sujetó el caballo mientras Romeo montaba y el único que abordó a su hijo directamente.

—No temas —lo oyó decirle, ajustando la armadura que cubría el rostro de la fiera—, aunque parezca un ángel, correrá como un demonio.

Romeo se limitó a asentir con la cabeza, demasiado nervioso para hablar, y cogió la lanza con la bandera del águila que le entregaban. Tendría que empuñarla todo el camino y, si la Virgen así lo quería, la canjearía por el *cencío* en la meta. Si, por el contrario, la Virgen estaba celosa, sería el último jinete en plantar su bandera delante de la catedral y tendría que llevarse un cerdo como símbolo de su vergüenza.

Cuando le llevaban el yelmo, Romeo vio a Ambrogio y lo sorprendió tanto que se inquietó el caballo que montaba.

—¡Maestro! —exclamó con comprensible amargura—, ¿habéis venido a pintar un cuadro de mi ruina? Os garantizo que será todo un espectáculo para los ojos de un artista.

—Tenéis derecho a recriminarme —replicó Ambrogio—. Os di un mapa que conducía directamente al desastre. Pero estoy dispuesto a reparar el daño.

—¡Deshaced pues, anciano! —dijo Romeo—. Pero daos prisa, porque veo lista la sogá.

—Así lo haré —repuso el maestro—, si me permitís hablaros con franqueza.

—No tenemos otra cosa —intervino el comandante Marescotti—. ¡Hablad!

Ambrogio se aclaró la garganta. El monólogo que tanto había ensayado esa mañana se esfumó de su cabeza y ni siquiera pudo recordar cómo empezaba. No obstante, la necesidad pronto dominó a la elocuencia, y el maestro soltó la información según se le iba ocurriendo.

—¡Corréis gran peligro! —empezó—. Si no me creéis...

—¡Os creemos! —bramó el comandante—. ¡Contadnos los detalles!

—Uno de mis pupilos, Hassan —prosiguió Ambrogio—, acertó a oír una conversación anoche en el palazzo Salimbeni. Trabajaba en el ángel del techo, un querubín, creo...

—¡Olvidaos del querubín! —rugió el comandante—, ¡contadnos lo que Salimbeni planea hacerle a mi hijo!

El maestro respiró profundamente.

—Creo que se propone lo siguiente: no harán nada en Fontebecci, ante la atenta mirada de tantísimos observadores, pero, a medio camino hacia Porta Camollia, donde el sendero se ensancha, el hijo de Tolomei y alguien más intentarán cortaros el paso y empujaros a la cuneta. Si el hijo de Salimbeni os lleva ventaja, se contentarán con retrasaros. Eso es sólo el comienzo. Cuando entréis en la ciudad, tened cuidado al atravesar la contrada controlada por Salimbeni. Cuando paséis delante de las casas de los barrios de Magione y Santo Stefano, habrá personas en las torres que os arrojarán objetos si os encontráis entre los tres primeros jinetes. Una vez lleguéis a San Donato y Sant'Egidio, no serán tan descarados, pero si vais adelantado y tenéis posibilidades de ganar, se arriesgarán.

Romeo miró a su padre.

—¿Qué pensáis?

—Lo mismo que tú —contestó Marescotti—. No me sorprende, lo esperaba, pero gracias al maestro ahora lo sabemos con certeza. Tendrás que salir en la cabecera y mantener la posición. No agotes al caballo, mantén el ritmo. Cuando llegues a Porta Camollia, deja que te pasen uno a uno hasta quedar en la cuarta posición.

—Pero...

—¡No me interrumpas! Seguirás en la cuarta posición hasta que pases Santo Stefano. Luego podrás adelantar hasta la tercera o la segunda, pero no hasta la primera. Hasta que hayas pasado el palazzo Salimbeni, ¿me has entendido?

—¡Eso es demasiado cerca de la meta! ¡No podré adelantar!

—Lo harás.

—¡Está demasiado cerca! ¡Nadie lo ha conseguido jamás!

—¿Cuándo ha sido eso un impedimento para ti, hijo mío? —le dijo su padre, más sereno.

Un toque de trompeta procedente de la salida puso fin a la conversación. Acto seguido, le encasquetaron a Romeo el yelmo del águila con la visera bajada. El clérigo de la familia impartió al joven la bendición —muy probablemente la última—, y el maestro se sorprendió extendiendo las bendiciones al inquieto caballo; hecho esto, el campeón quedaba al amparo de la Virgen.

Mientras los quince caballos se alineaban junto a la soga, la multitud empezó a corear los nombres de los favoritos y de sus rivales. Cada familia tenía sus partidarios y sus detractores; a ninguna de ellas se la apoyaba o se la despreciaba de forma incondicional. Incluso los Salimbeni contaban con una multitud de seguidores fieles, y era en esas ocasiones cuando los hombres importantes y ambiciosos esperaban ver recompensada su generosidad con un profuso despliegue de respaldo público.

Entre los propios jinetes, pocos pensaban en otra más cosa que en el camino que tenían por delante. Abundaban las miradas de soslayo, llegaban santos patronos como langostas a Egipto, y a modo de misiles se lanzaban a las puertas de la ciudad los últimos insultos mientras éstas se cerraban. Había pasado el momento de los rezos, no se oían consejos y ningún trato podía deshacerse ya. Cobraban vida los espíritus, buenos o malos, conjurados por el alma colectiva del pueblo de Siena, y sólo la propia batalla, la carrera, podía hacer justicia. No había más ley que el destino, ni más derecho que el favor de la fortuna; la victoria era la única verdad digna de saberse.

—Que sea éste el día en que vos, divina Señora, celebréis vuestra ascensión a los cielos con misericordia hacia nosotros, pobres pecadores, viejos y jóvenes —dijo para sí el maestro—. Os ruego que os compadezcáis de Romeo Marescotti y lo protejáis de las fuerzas del mal que están a punto de devorar esta ciudad desde sus mismas entrañas. Prometo que, si lo dejáis vivir, dedicaré el resto de mi vida a ensalzar vuestra belleza. Si muere, en cambio, morirá por mi mano, y de pena y de vergüenza, esta mano jamás volverá a pintar.

Mientras se aproximaba a la salida empuñando el estandarte del águila, Romeo se sintió envuelto en la pegajosa telaraña de una conspiración. Todos sabían de su impetuoso desafío a Salimbeni y que se avecinaba una guerra entre familias. Conociendo a los adversarios, lo que la mayoría se preguntaba no era quién ganaría la carrera, sino quién sobreviviría a ella.

Romeo echó un vistazo a sus rivales e intentó juzgar sus posibilidades. El de la contrada de la Luna Creciente —el hijo de Tolomei, Tebaldo— se había aliado sin duda con el del Diamante —el hijo de Salimbeni, Niño—, y hasta los jinetes del Gallo y del Toro lo miraban con ojos traicioneros. Sólo el de la Lechuza lo saludó con la austera simpatía de un amigo, claro que éste tenía muchos.

Cuando cayó la soga, Romeo ni siquiera estaba dentro del área oficial de salida. Se había distraído observando a los otros jinetes, tratando de averiguar su estrategia, y no había reparado en el magistrado responsable del evento. Además, el Palio

siempre empezaba con salidas falsas, y normalmente el magistrado no tenía problema en recolocarlos a todos una decena de veces; de hecho, todo aquello formaba parte del juego.

Pero ese día no. Por primera vez en la historia del Palio, las trompetas no proclamaron la salida falsa: a pesar de la confusión y de que un caballo se había quedado atrás, se permitió que los otros catorce jinetes continuaran la carrera. Demasiado atónito para experimentar algo más que una punzada de rabia, Romeo inclinó la lanza, se la calzó bajo el brazo, le hincó las espuelas al caballo e inició la persecución.

El grupo estaba ya tan lejos que era imposible saber quién lo encabezaba; por la visera del yelmo sólo veía polvo y rostros de incredulidad, los de los espectadores que habían esperado verlo aventajar a sus rivales. Ignorando sus gritos y sus gestos —algunos, alentadores; otros, no—, apretó el paso, dando rienda suelta al caballo y rezando para que éste le devolviera el favor.

El comandante Marescotti había corrido un riesgo deliberado al darle a su hijo un semental; montando una yegua o un caballo castrado habría tenido posibilidades, pero, cuando uno se jugaba la vida, con eso no bastaba. Al menos con un semental era todo o nada. Sí, quizá *Cesare* se encabritara, decidiera perseguir a una yegua o tirar a su joven jinete para demostrarle quién mandaba, pero, por otro lado, contaba con la potencia adicional necesaria para salir de una situación peligrosa y, lo más importante, tenía espíritu de vencedor. *Cesare* tenía además otra cualidad, algo que era, en circunstancias normales, completamente irrelevante para el Palio, pero que de pronto se le antojó a Romeo la única forma de dar alcance al grupo: el caballo era un saltador extraordinario.

Las normas del Palio no obligaban a seguir el camino. Siempre que saliera de Fontebecci y terminara en la catedral de Siena, el jinete podía optar al premio. Nunca había sido necesario marcar la ruta exacta, porque nadie había sido nunca lo bastante estúpido como para no seguir el camino. Los campos de ambos lados eran desiguales, estaban llenos de ganado o balas de heno y, lo peor, sembrados de vallas y verjas. En resumen, atajar por el campo implicaba hacer frente a un ejército de obstáculos que quizá divirtieran a un jinete vestido de túnica pero que podían causar la muerte a un caballo cargado con un caballero vestido de armadura con la lanza en ristre.

Romeo no titubeó. Los otros catorce jinetes se dirigían al suroeste por un recodo de unos tres kilómetros del camino que los conduciría a Porta Camollia. Era su oportunidad.

Al detectar un claro entre la multitud exaltada, sacó a *Cesare* del camino, lo dirigió hacia un campo de grano recién cosechado y cabalgó directo rumbo a las puertas de la ciudad.

Saboreando el desafío, *Cesare* atravesó el campo con mucha más energía de la

exhibida en el camino. Romeo, al verse próximo a la primera valla de madera, se quitó el yelmo del águila y lo arrojó a una bala de heno. No había normas respecto a la indumentaria obligada de un jinete, salvo en cuanto a la lanza con los colores de la familia; los jinetes llevaban yelmo y armadura sólo para protegerse. Sabía bien que, sin yelmo, sería vulnerable a los ataques de los otros jinetes y al impacto de los objetos que le lanzaran desde las casas altas de la ciudad, pero también sabía que, si no aligeraba su peso, el caballo —aun siendo fuerte— jamás llegaría a la meta. *Cesare* voló por encima de la valla y cayó pesadamente al otro lado; sin pensarlo, Romeo se quitó el peto de los hombros y lo arrojó a la pocilga junto a la que pasaban. Las dos vallas siguientes eran más bajas y el corcel las saltó de carrera mientras Romeo sostenía en alto la lanza para evitar que se le enganchara entre los maderos. Si perdía la lanza con los colores de los Marescotti, perdería la carrera, aunque llegara el primero.

Cualquiera que lo viera ese día pensaría que se proponía lo imposible. Lo que acortaba con el atajo quedaba contrarrestado por los múltiples saltos y, cuando regresara al camino, estaría tan lejos de los otros jinetes como antes, por no hablar del daño que habría sufrido el caballo de galopar por montículos y socavones y saltar como un perro rabioso bajo el sol de agosto.

Por suerte, Romeo desconocía sus probabilidades. Tampoco sabía que saldría al camino delante del grupo por circunstancias extraordinarias. En algún punto del recorrido, un espectador anónimo había soltado un puñado de gansos delante de los jinetes y, aprovechando la confusión, se habían lanzado huevos podridos con asombrosa puntería a un jinete concreto —de una casa específica— en venganza por un incidente similar el año anterior. Aquellas bromas formaban parte del Palio, pero rara vez repercutían seriamente en la carrera.

Algunos vieron la mano de la Virgen en todo aquello: los gansos, el retraso y el vuelo mágico de Romeo por encima de siete vallas. Pero, para los catorce jinetes que habían seguido sumisos el camino, la repentina aparición de Romeo delante de ellos no podía ser más que obra del diablo, por eso lo siguieron con furiosa vehemencia al tiempo que el camino se estrechaba para canalizarlos a todos por el arco de Porta Camollia.

Sólo los muchachos que se habían subido a la mampostería de la puerta habían podido ver con sus propios ojos la última parte de la atrevida cabalgada de Romeo, y fueran cuales fuesen sus anteriores lealtades, no pudieron evitar vitorear al intrépido jinete cuando éste cruzó la puerta por debajo de ellos, sumamente vulnerable sin yelmo y sin armadura, con un puñado de enemigos enloquecidos pisándole los talones.

Muchos Palios se habían decidido en Porta Camollia: el jinete que tuviese la fortuna de cruzar primero la puerta albergaba muchas posibilidades de mantener el

liderazgo por las calles estrechas de la ciudad y terminar vencedor en la piazza del Duomo. Desde ese punto, la mayor dificultad eran las casas altas que flanqueaban el camino: aunque, según la ley, si se arrojaban objetos deliberadamente desde una casa, ésta se derribaría, seguían cayendo macetas y ladrillos —de forma milagrosa o diabólica, conforme a las lealtades de cada uno— sobre los rivales que pasaban por debajo. A pesar de la ley, esos actos rara vez se castigaban, porque pocos agentes del orden se molestaban en recabar informes sobrios y unánimes de los hechos causantes de tales accidentes a lo largo del Palio.

Al pasar la fatídica puerta y entrar en Siena el primero, Romeo era perfectamente consciente de que desobedecía a su padre. El comandante le había dado instrucciones claras de que evitase situarse a la cabeza del grupo, precisamente por el peligro de que le arrojaran proyectiles desde las casas. Aun con el casco puesto, una maceta de barro lanzada con puntería podía derribar a un hombre de su caballo; sin casco, habría muerto antes de llegar al suelo.

Pero Romeo no podía dejar que lo adelantaran. Le había costado tanto alcanzar al grupo que la idea de situarse en cuarta posición —aun en pro de la estrategia y de su propia integridad física— le repugnaba tanto como la de retirarse y permitir que terminaran la carrera sin él.

De modo que espolé al caballo y entró como un trueno en la ciudad, confiando sólo en que la Virgen le abriera paso por el océano de curiosos con su báculo celestial y lo protegiese de cualquier proyectil malintencionado que cayese de lo alto.

No vio rostros, ni extremidades, ni cuerpos; el camino de Romeo lo flanqueaban muros tachonados de bocas chillonas y ojos como platos, bocas que no emitían sonidos y ojos que no veían sino blanco y negro, rival y aliado, y que jamás podrían narrar los hechos de la carrera porque para una multitud enfervorizada no los hay. Todo es emoción, esperanza, y los deseos de la multitud invalidan la verdad del individuo.

El primer proyectil lo alcanzó cuando entraba en el barrio de Magione. No vio lo que era, sólo sintió un repentino dolor intenso en el hombro cuando el objeto lo ametralló y cayó al suelo.

El siguiente —una maceta de terracota— le acertó en el muslo con un golpe seco y entumecedor y, por un instante, pensó que le había destrozado el hueso, pero, al tocarse la pierna, no sintió nada, ningún dolor. Mientras siguiera ensillado y con el pie bien sujeto al estribo, igual daba si se le había roto o no.

El tercer objeto que lo golpeó era más pequeño, por suerte, porque le dio justo en la frente y a punto estuvo de tumbarlo. Tras un par de boqueadas, logró recobrar la visión y recuperó al fin el control del caballo; entretanto, a su alrededor, el muro de bocas chillonas se reía de su confusión. Sólo entonces entendió lo que su padre había sabido desde el principio: si continuaba a la cabeza en los barrios controlados por los

Salimbeni, jamás terminaría la carrera.

Tomada la decisión, no era difícil perder el primer puesto; lo complicado sería impedir que lo adelantaran más de tres jinetes. Todos lo miraron furiosos al pasarlo —el hijo de Tolomei, el de Salimbeni y otro que le daba igual—, y Romeo les devolvió la mirada, odiándolos por pensar que se rendía y odiándose a sí mismo por recurrir a ese truco.

Retomando la persecución, Romeo se mantuvo lo más cerca posible de los tres primeros, con la cabeza gacha y con la esperanza de que ninguno de los agresores, partidarios de Salimbeni, se arriesgara a hacer daño al hijo de su patrón. Acertó. Al ver los tres diamantes del estandarte de Salimbeni, dejaron de arrojar macetas y ladrillos por un momento y, mientras los cuatro recorrían al galope el barrio de San Donato, no lo golpeó ni un solo objeto.

Al pasar al fin por el palazzo Salimbeni, supo que había llegado la hora de conseguir lo imposible: adelantar a sus tres rivales, uno por uno, antes de enfilarse la empinada vía del Capitano rumbo a la piazza del Duomo. Ése era el momento en que precisaba la intervención divina; sólo podría lograrlo y ganar la carrera desde su posición con el favor celestial.

Espoleando al caballo, Romeo consiguió dar alcance al hijo de Tolomei y al de Salimbeni —el uno junto al otro como aliados de toda la vida—, pero, cuando estaba a punto de hacerlo, Niño Salimbeni retrajo el brazo como un escorpión retrae la cola y le hundió a Tebaldo Tolomei una daga resplandeciente en el cuello, justo por donde le asomaba entre la armadura y el yelmo.

Sucedió tan de prisa que nadie pudo ver quién había atacado ni cómo. Un destello dorado, un leve forcejeo, y el joven adolescente cayó sin vida al centro de la plaza, donde los seguidores de su padre lo recogieron entre gritos mientras el asesino proseguía su galopada a toda velocidad sin volverse siquiera.

El único que reaccionó ante tal atrocidad fue el tercer jinete, que, temiendo por su propia vida tras haberse convertido en el único rival de Salimbeni, empezó a empujarlo con su estandarte para desmontarlo.

Romeo dio entonces rienda suelta a *Cesare* y trató de pasar a los combatientes, pero estuvo a punto de caer del caballo cuando Salimbeni le golpeó el costado al intentar esquivar el ataque del tercer jinete. Colgado de poco más que un estribo, intentando volver a montar, Romeo vio pasar el palazzo Marescotti y supo que se aproximaba al rincón más letal de la carrera. Si no lograba montar antes de la curva, su participación en el Palio —y tal vez también su vida— tendría un innoble final.

En la piazza del Duomo, fray Lorenzo lamentó por enésima vez aquella mañana no haberse quedado rezando en su solitaria celda. En cambio, se había dejado llevar por la locura del Palio. Allí estaba, atrapado por la multitud, casi incapaz de ver la meta a pesar del paño diabólico que ondeaba en lo alto de un poste, ese nudo de seda

al cuello de la inocencia: el *cencío*.

A su lado estaba la tribuna, que albergaba a los representantes de las familias nobles, distinta de la del gobierno, continente de menos lujo y alcurnia, pero —a pesar de su modesta retórica— idéntica en cantidad de ambición. En la primera, tanto Tolomei como Salimbeni eran bien visibles, habiendo optado por ver triunfar a sus hijos desde la comodidad de sus asientos acolchados en lugar de tragar polvo a la salida, en Fontebecci, sólo para impartir sus consejos paternos a unos jóvenes desagradecidos que en cualquier caso desoirían sus palabras.

Allí sentados, saludaban con moderada condescendencia a sus alborozados seguidores, perfectamente conscientes de que ese año el tono de las masas había cambiado. El Palio siempre había sido una cacofonía de voces en la que cada cual cantaba a su contrada y a sus héroes —incluidas las casas de Tolomei y Salimbeni, si participaban en la carrera—, pero ese año parecía que muchos se habían sumado a los cánticos del Águila de los Marescotti.

Al oír todo aquello desde la tribuna, Tolomei se mostró preocupado. Sólo entonces fray Lorenzo se aventuró a suponer que el gran hombre se preguntaba si había sido buena idea llevar consigo al verdadero premio del Palio: su sobrina Giulietta.

Apenas podía reconocerse a la joven, instalada entre padre y futuro esposo, su regío atuendo en conflicto con sus pálidas mejillas. Había vuelto la cabeza una vez y había mirado directamente a fray Lorenzo, como si hubiese sabido en todo momento que él estaba allí, observándola. La expresión de su semblante le produjo una punzada de compasión en el corazón, seguida de inmediato por una punzada de rabia por no poder salvarla.

¿Para eso la había salvado Dios de la masacre que había sufrido su familia, para arrojarla a los brazos del mismo canalla que había derramado la sangre de los suyos? Cruel era el destino, y fray Lorenzo se sorprendió deseando que ni ella ni él hubieran sobrevivido a aquel día aciago.

Si Giulietta, expuesta en la tribuna a la compasión de todos, hubiera sabido lo que pensaba su amigo, habría convenido en que la boda con Salimbeni era peor destino que la muerte. Pero aún era demasiado pronto para ceder a la desesperación; el Palio todavía no había terminado, Romeo —por lo que sabía— seguía vivo, y el cielo aún podía estar de su parte.

Si a la Virgen le hubiera ofendido la conducta de Romeo en la catedral la noche anterior, lo habría fulminado en el acto; el hecho de que le hubiera permitido seguir con vida y volver a casa ileso debía de significar que quería que participara en el Palio. Claro que una cosa eran los designios divinos y otra muy distinta la voluntad del hombre que tenía sentado a su lado, Salimbeni.

Un distante retumbar de caballos hizo que la multitud que rodeaba la tribuna se

contrajera de expectación y estallara en un frenesí de vítores, gritando los nombres de favoritos y rivales como si los gritos pudieran conducir el destino. A su alrededor, todos se irguieron para ver cuál de los quince jinetes entraba primero en la *piazza*, pero Giulietta no pudo mirar. Cerrando los ojos al tumulto, se cubrió la boca con las manos cruzadas y se atrevió a pronunciar la única palabra que lo arreglaría todo: «*Aquila!*».

Tras un instante de tensa emoción, miles de voces empezaron a corear la palabra: «*Aquila! Aquila! Aquila!...*», con entusiasmo, entre dientes, con desdén. Giulietta abrió los ojos emocionada y vio a Romeo entrar veloz en la *piazza* —el caballo patinando en el piso irregular y espumando de agotamiento— y dirigirse al carro de ángeles donde estaba el *cencío*. Reparó en su rostro descompuesto de rabia y le sorprendió verlo empapado en sangre, pero aún llevaba el estandarte del águila en la mano, y era el primero. El primero.

Sin detenerse a saludar, Romeo se acercó al carro, apartó a los regordetes niños cantores, provistos de alas y suspendidos de cuerdas, cogió la pica del *cencío* y plantó la bandera del águila en su lugar. Sosteniendo en alto su premio con una euforia desbordante, se volvió hacia su rival más próximo, Niño Salimbeni, para saborear su rabia.

A nadie le importaba quién había llegado tercero, cuarto y quinto; la multitud se volvió casi a una para ver qué hacía Salimbeni con Romeo y el inesperado giro de los acontecimientos. Por aquel entonces no había un solo hombre o mujer en Siena que ignorase el desafío de Romeo a Salimbeni y su promesa a la Virgen —de que, si ganaba el Palio, no haría ropa del *cencío* sino que cubriría con él su lecho nupcial—, y pocos no sentían cierta simpatía por el joven enamorado.

Al ver que Romeo se había hecho con el *cencío*, Tolomei se levantó de golpe, bamboleado por la traidora fortuna. A su alrededor, el pueblo de Siena le imploraba que cambiase de parecer, pero a su lado tenía a un hombre dispuesto a aplastarle el corazón si lo hacía.

—¡Mi señor Tolomei! —bramó Romeo, blandiendo el *cencío* mientras el caballo se encabritaba—. ¡El cielo ha hablado en mi favor! ¿Osaréis ignorar los deseos de la Virgen? ¿Someteréis esta ciudad a su ira? ¿Significa más para vos el placer de ese hombre que el bienestar de todos nosotros? —añadió señalando con descaro a Salimbeni.

La multitud rugió escandalizada por la idea y los guardias apostados junto a la tribuna adoptaron una posición defensiva. Algunos de los presentes desafiaron a los guardias e intentaron llegar hasta Giulietta, instándola a que saltara de la tribuna para poder llevarla hasta su Romeo. Pero Salimbeni puso fin al atrevimiento levantándose y sujetándola con fuerza por el hombro.

—¡Muy bien, muchacho! —le gritó a Romeo, contando con que sus múltiples

seguidores lo apoyarían y cambiarían las tornas—. ¡Has ganado! Ahora vete a casa, hazte un bonito vestido con ese *cencío* y quizá te permita que te cases conmigo cuando...

Pero la muchedumbre, que ya había oído bastante, no lo dejó terminar.

—¡Vergüenza debería darles a los Salimbeni —gritó alguien—, pisotear así la voluntad de la Virgen!

Los demás respondieron de inmediato, desatando contra los nobles su indignación, dispuestos a convertir la rabia en pendencia. Las viejas rivalidades del Palio no se habían olvidado del todo, y a los pocos imbéciles que aún vitoreaban no tardaron en acallarlos sus iguales.

El pueblo de Siena sabía que, si se unía frente a aquellos pocos, podría asaltar la tribuna y llevarse a la dama que obviamente pertenecía a otro. No sería la primera vez que los sieneses se rebelaban contra Salimbeni, y sabían que, si seguían presionando, los poderosos no tardarían en refugiarse en sus torres y recoger las escaleras.

A Giulietta, sentada en la tribuna como un marinero inexperto en plena tempestad, el hecho de que los elementos se enfurecieran por ella le resultaba a la vez aterrador y embriagador. Allí estaban, miles de extraños cuyos nombres desconocía dispuestos a desafiar las insignias de los guardias por procurarle justicia. Si seguían tirando, terminarían volcando el palco y los nobles caballeros se entretendrían en salvarse y en proteger sus finas túnicas de la chusma.

En ese pandemónium, Giulietta supuso que Romeo y ella podrían escapar, y la Virgen mantendría la revuelta el tiempo suficiente para que pudieran salir juntos de la ciudad.

Pero no sería así. Antes de que el gentío cobrara impulso, un nuevo grupo de personas irrumpió en la *piazza*, comunicándole a gritos la terrible noticia al señor Tolomei.

—¡Tebaldo! —gritaban, mesándose desesperados los cabellos—. ¡Ay, pobre muchacho! —Cuando al fin llegaron al palco y encontraron a Tolomei de rodillas, rogándoles que le contaran lo que le había ocurrido a su hijo, respondieron entre lágrimas, agitando al aire una daga sangrienta—. ¡Ha muerto! ¡Apuñalado durante el Palio!

En cuanto asimiló el mensaje, Tolomei se desplomó entre convulsiones y todo el palco se espantó. Pasmada al ver así a su tío, como poseído por un demonio, Giulietta reculó primero, luego se obligó a arrodillarse y a atenderlo lo mejor posible, protegiéndolo del barullo de pies y piernas hasta que la señora Antonia y los sirvientes pudieron pasar.

—¡Tío Tolomei! —lo instó Giulietta sin saber qué más decirle—. ¡Calmaos!

El único que se mantuvo impassible fue Salimbeni, que pidió el arma asesina y la levantó de inmediato para que la vieran todos.

—¡Mirad! —bramó—. ¡Ahí tenéis a vuestro héroe! ¡Ésta es la daga con la que se ha dado muerte a Tebaldo Tolomei durante vuestra carrera sagrada! ¿Veis? —señaló la empuñadura—. ¿Qué conclusión extraéis?

Giulietta miró alrededor horrorizada y vio a la multitud observar incrédula la daga y a Salimbeni. Aquél era el hombre al que querían castigar hacía un momento, pero la estremecedora noticia del crimen y la visión de la figura apenada del señor Tolomei los habían distraído. Ya no querían pensar, y se quedaron allí, boquiabiertos, esperando una señal.

Al ver cómo cambiaba la expresión de sus rostros, Giulietta supo en seguida que Salimbeni había planificado la jugada de antemano para volver a las masas contra Romeo si éste ganaba el Palio. La turba había olvidado por completo la razón por la que quería atacar el palco, pero seguía alterada y buscaba un nuevo blanco para su ira.

La reacción no se hizo esperar. Salimbeni contaba con seguidores más que suficientes entre la multitud para que, al exhibir la daga, alguien gritara:

—¡Romeo es el asesino!

En cuestión de segundos, el pueblo de Siena volvió a unirse, esta vez movido por el odio hacia el joven al que acababa de proclamar su héroe.

Aprovechando el revuelo, Salimbeni se atrevió a ordenar el arresto inmediato de Romeo y a declarar traidor a todo aquel que se opusiera. Sin embargo, para inmenso alivio de Giulietta, cuando los guardias volvieron al palco después de una hora, tan sólo traían un caballo espumante, el estandarte del Águila y el *cencío*. De Romeo Marescotti no quedaba rastro. Por más que habían preguntado, la respuesta había sido siempre la misma: nadie lo había visto salir de la *piazza*.

Sólo cuando empezaron a ir de casa en casa, un pobre hombre —por salvar a su esposa y a sus hijas de aquellos bandidos uniformados— confesó haber oído decir que Romeo había escapado por un acueducto subterráneo en compañía de un joven fraile franciscano.

Cuando Giulietta se lo oyó comentar a los criados por la noche, dio gracias a la Virgen. No le cabía duda de que el franciscano era fray Lorenzo, y lo conocía lo bastante como para estar segura de que haría todo lo posible por salvar al hombre al que sabía que ella amaba.

IV. V

¡Menudo hombre es! A su lado Romeo es una insignificancia.
Ni el águila, señora, tiene ojos tan verdes, tan vivos, como Varis.

El banco Monte dei Paschi, oscuro y vacío fuera de horario, nos recibió con un balsámico silencio. Alessandro me había preguntado si me importaba que parásemos un momento antes de ir a cenar, y yo, claro está, le había contestado que no. De pronto, mientras subía con él la escalera, empecé a preguntarme adonde me llevaba exactamente y por qué.

—Tú primero... —Abrió una robusta puerta de caoba y esperó a que entrara en lo que resultó ser una enorme oficina esquinera—. Dame un minuto. —Encendió una lámpara y se metió en un cuarto trasero, dejando la puerta entreabierta—. ¡No toques nada!

Eché un vistazo a los lujosos sillones y al imponente escritorio con su extraordinaria silla. El despacho apenas mostraba signos de uso. El archivador que ocupaba solitario la mesa parecía haber sido colocado allí para aparentar. La única decoración de las paredes eran las ventanas que daban a la piazza Salimbeni; no había efectos personales como diplomas o fotos por ninguna parte, ni nada más que identificara a su propietario. Acababa de pasar un dedo por la mesa para palpar el polvo cuando salió Alessandro abotonándose una camisa.

—¡Cuidado! —dijo—. ¡Esos escritorios matan a más personas que cualquier arma!

—¿Éste es tu despacho? —preguté como una boba.

—Lo siento... —Cogió una chaqueta de una silla—. Sé que prefieres el sótano. Para mí... —miró sin entusiasmo la opulenta decoración—, ésta es la verdadera cámara de tortura.

De nuevo fuera, se detuvo en medio de la piazza Salimbeni y me miró con socarronería.

—Bueno, ¿adónde me llevas?

Me encogí de hombros.

—Me gustaría ver dónde cenan los Salimbeni.

Su sonrisa se desvaneció.

—No lo creo. Salvo que quieras pasar el resto del día con Eva María. —Al ver que no, añadió—: ¿Por qué no vamos a otro lado? ¿A algún sitio de tu barrio?

—Pero no conozco a nadie de la contrada de la Lechuza —protesté—, salvo a mi primo Peppo. No tendría ni idea de dónde comer.

—Bueno. —Empezó a caminar—. Así no nos molestará nadie.

Terminamos en la Taverna di Ceceo, a la vuelta de la esquina del museo de la Lechuza. Era un local pequeño y bullicioso, fuera de la ruta turística, frecuentado por gente del barrio. Todos los platos —algunos servidos en recipientes de barro— tenían aspecto de comida casera. Al echar un vistazo alrededor, no vi ningún experimento culinario, ningún plato medio vacío decorado con hierbas por los bordes; allí se servían buenas raciones y las especias estaban donde debían: mezcladas con los alimentos.

En la mayoría de las mesas había cinco o seis personas, todas riendo y charlando animadamente, sin preocuparse en absoluto por alborotar mucho o manchar los manteles. Entonces entendí por qué Alessandro había querido ir a algún sitio donde nadie lo conociera: a juzgar por el modo en que la gente se reunía allí con sus amigos —invitando a todo el mundo a unirse a ellos y armando bulla si se negaban—, debía de ser difícil disfrutar de una cena tranquila para dos en Siena. Cuando pasamos delante de todos ellos para instalarnos en un rincón apartado, observé que Alessandro se sentía visiblemente aliviado de no conocer a nadie.

En cuanto nos sentamos, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó la daga de Romeo y la puso sobre la mesa, entre ambos.

—Parece que te debo una disculpa —dijo, pronunciando muy despacio esas inusuales palabras.

—Bueno, bueno... —respondí ocultando tras la carta mi sonrisa de satisfacción—, tampoco te emociones. Ya has visto mi expediente. Aún soy una amenaza para la sociedad.

Pero todavía no estaba preparado para reírse de aquello, y se hizo un silencio incómodo durante el que fingimos estudiar la carta y toqueteamos la daga por turnos.

Hasta que tuvimos una botella de prosecco y un plato de *antipasto* delante, no sonrió —como pidiendo disculpas, eso sí— y alzó su copa.

—Espero que esta vez lo disfrutes más. El mismo vino, una botella distinta.

—Si llego al primer plato, será un triunfo —dije brindando con él—. Y si después puedo evitar huir descalza por las calles, seguro que esta noche supera con creces la anterior.

Hizo una mueca.

—¿Por qué no volviste al restaurante?

—Lo siento, pero el matón de mi amigo Bruno era mucho mejor compañía que tú —reí—. Al menos él siempre ha creído que soy Giulietta.

Alessandro miró hacia otro lado y pensé que quizá sólo yo le veía la gracia a la situación. Sabía que tenía sentido del humor —y sarcasmo de sobra—, pero en ese momento, obviamente, no le apetecía que le recordasen su conducta tan poco caballerosa.

—A los trece —dijo al fin, recostándose en el asiento—, pasé un verano con mis

abuelos en Siena. Tenían una granja preciosa: viñedos, caballos, agua corriente... Un día los visitó una mujer norteamericana, Diane Tolomei, con sus dos hijas, Giulietta y Giannoza...

—¡Un momento! —lo interrumpí—. ¿Te refieres a mí?

Me dedicó una sonrisa rara, de medio lado.

—Sí. Llevabas un..., ¿cómo se dice?..., un pañal. —Ignorando mis protestas, prosiguió—: Mi abuela me pidió que jugara con vosotras mientras ellas hablaban, así que os llevé al establo para enseñaros los caballos. Tú te asustaste y te caíste sobre un biello..., fue espantoso. —Meneó la cabeza, reviviendo aquel momento—. Berreabas y sangrabas muchísimo. Te llevé hasta la cocina, pero no parabas de llorar y patalear, y tu madre me miró como si te hubiera torturado a propósito. Por suerte, mi abuela ya sabía qué hacer: te dio un helado grande y te cosió el corte como se los había cosido a todos sus hijos y sus nietos montones de veces. —Tomó un sorbo de prosecco antes de seguir—. Dos semanas después, mis padres leyeron en el periódico que Diane Tolomei había muerto en un accidente de coche, junto con sus pequeñas. Se sintieron desolados. —Alzó la mirada y me miró al fin—. Por eso no creía que fueras Giulietta Tolomei.

Estuvimos un rato mirándonos, sin más. Era una historia triste para los dos, pero, a la vez, había algo agrisado e irresistible en la idea de que nos hubiéramos conocido antes, de niños.

—Es cierto que mi madre murió en un accidente —dije con tristeza—, pero no íbamos con ella ese día. El periódico se equivocó. En cuanto a lo del biello —proseguí, más alegre—, agradezco que me cuentes lo que ocurrió. No te haces a la idea de lo inquietante que resulta tener una cicatriz y no saber de qué es.

Alessandro me miró incrédulo.

—¿Aún tienes la cicatriz?

—¡Por supuesto! —Me subí la falda y le enseñé la marca blanca del muslo—. Fea, ¿eh? Por lo menos ahora sé a quién culpar.

Al mirar si parecía arrepentido, me lo encontré mirándose el muslo con una expresión de asombro tan impropia de él que solté una carcajada.

—¡Perdona! —dije bajándome la falda—. Me he dejado llevar por tu relato.

Alessandro carraspeó y cogió la botella de prosecco.

—Avísame cuando quieras otra.

A mitad de la cena, lo llamaron de la comisaría. Cuando volvió a la mesa, vi que traía buenas noticias.

—Bueno —dijo sentándose—, parece que no vas a tener que cambiar de hotel esta noche. Han encontrado a Bruno en casa de su hermana, con el maletero lleno de cosas robadas del museo de tu primo. Cuando su hermana se ha enterado de que había vuelto a las andadas, le ha zurrado tanto que ha suplicado que lo arrestaran en

seguida. —Sonrió y meneó la cabeza pero, en cuanto me vio arquear las cejas, cambió de tono—. Por desgracia, no han encontrado el *cencío*. Suponemos que lo ha escondido en alguna parte. Tranquila, aparecerá. No creo que pueda vender fácilmente ese trapo viejo... —Al verme espantada por el calificativo, se encogió de hombros—. No me he criado aquí.

—Un coleccionista pagaría mucho por ese trapo viejo —repuse, rotunda—. Esas cosas tienen un gran valor sentimental para la gente de aquí..., ya te habrás dado cuenta. Quién sabe, igual son los familiares de Romeo, los Marescotti, los que andan detrás de todo esto. Recuerda que, según mi primo Peppo, los descendientes de Romeo consideran que el *cencío* y la daga les pertenecen.

—Si es así, lo sabremos mañana —repuso Alessandro, recostándose en la silla mientras el camarero retiraba los platos—, cuando los chicos charlen con Bruno. No es de los que callan.

—¿Qué piensas tú? ¿Crees que lo han contratado los Marescotti para que robe el *cencío*?

Vi que Alessandro no se sentía en absoluto cómodo con el tema.

—Si de verdad estuvieran detrás de esto —dijo al fin—, no habrían recurrido a Bruno. Tienen su propia gente. Y no se habrían dejado la daga en la mesa.

—Parece que los conoces...

Se encogió de hombros.

—Siena es una ciudad pequeña.

—Pensaba que no te habías criado aquí.

—Cierto. —Tamborileó en la mesa, incomodado por mi insistencia—. Pero he pasado aquí todos los veranos, con mis abuelos, ya te lo he dicho. Mis primos y yo jugábamos en los viñedos de los Marescotti a diario, siempre con miedo de que nos pillaran. Así era más divertido. Todo el mundo tenía miedo al viejo Marescotti. Salvo Romeo, claro.

Casi tiré la copa de vino.

—¿Te refieres a Romeo? ¿Al mismo del que hablaba mi primo? ¿Insinúas que él podría haber robado el *cencío*? —Al ver que no respondía, proseguí, más serena—: Ahora lo entiendo. Erais amigos de la infancia.

Hizo una mueca.

—No exactamente. —Consciente de que estaba deseando hacerle más preguntas, me pasó la carta—. Toma. Pensemos en cosas dulces.

Durante el postre, *cantucci*, pequeñas pastas de almendras mojadas en *vin santo*, traté de retomar el asunto de Romeo, pero Alessandro se hizo el loco. En su lugar, me preguntó cosas de mi infancia, e indagó sobre la razón de mi activismo antibelicista.

—Venga ya —dijo burlándose de mi enfado—, no todo va a ser culpa de tu hermana.

—Yo no he dicho que lo sea. Tenemos prioridades distintas.

—Déjame adivinar... —me miró de arriba abajo, socarrón—, ¿tu hermana es militar? ¿Fue a Iraq?

—¡Ja! —Me serví más *cantucci*—. Janice no encontraría Iraq ni en un rompecabezas de gomaespuma. Para ella la vida es... divertirse.

—¡Qué vergüenza! —Alessandro meneó la cabeza—. Querer disfrutar de la vida. Suspiré profundamente.

—¡Sabía que no lo entenderías! Cuando...

—Lo entiendo —me interrumpió—. Como ella se divierte, tú no puedes. Si ella disfruta de la vida, tú no. Lástima que eso sea inmutable.

—Mira —agité despacio mi copa de vino, negándome a claudicar—, para Janice Jacobs, la persona más importante del mundo es Janice Jacobs. Traicionaría a quien fuera por apuntarse un tanto. Es de esa clase de personas que... —Me interrumpí, consciente de que tampoco yo quería conjurar el triste pasado en una velada tan agradable.

—¿Y qué hay de Juliet Jacobs? —Me rellenó la copa—. ¿Quién es la persona más importante para ella?

Estudí su sonrisa por ver si aún se burlaba de mí.

—A ver si lo adivino. —Se recostó en el asiento—. Juliet Jacobs quiere salvar al mundo y que todos sean felices...

—Pero sólo consigue hacer desgraciado a todo el mundo, incluida ella misma —continué, robándole la fábula—. Sé lo que piensas. Crees que el fin no justifica los medios y que serrándole la cabeza a una sirena no se impide la guerra. Lo sé. Lo sé todo.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—¡No lo hice! No era eso lo que pretendía. —Lo miré para ver si podíamos olvidarnos del asunto de la Sirenita y hablar de algo más agradable, pero no. Aunque sonreía, su mirada decía claramente que aquel asunto ya no podía posponerse—. Muy bien —suspiré—, ocurrió lo siguiente: pensé que íbamos a ponerle el uniforme militar de faena y que la prensa danesa vendría a hacer fotos...

—Y así fue.

—¡Lo sé! Pero yo no quería cortarle la cabeza...

—Llevabas la sierra.

—¡Eso fue un accidente! —Me tapé la cara con las manos—. No caímos en lo pequeña que era. Es una estatua diminuta. La ropa no le valía. Luego vino un... idiota... con una sierra... —No pude seguir.

Guardamos silencio un instante, hasta que me asomé por entre mis dedos para ver si seguía indignado. Ya no. De hecho, parecía divertido. Aunque no sonreía, le brillaban los ojos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —refunfuñé.

—Tú —me contestó—. Eres una auténtica Tolomei. ¿Recuerdas? «Me portaré como un tirano. Primero acabaré con los hombres y luego seré "amable" con las vírgenes: las descabezaré». —Al ver que reconocía la cita, sonrió por fin—. «Sí, las descabezaré o las desfloraré, como prefieras».

Me descubrí la cara, a un tiempo aliviada y avergonzada por el giro de la conversación.

—Me sorprendes. Ignoraba que te supieras *Romeo y Julieta* de memoria.

Meneó la cabeza.

—Sólo las partes en las que hay pelea. Espero no decepcionarte.

Como no sabía bien si flirteaba conmigo o se mofaba de mí, me puse a jugar con la daga.

—Es curioso —dije—, yo me sé la obra entera. Siempre me la he sabido. Incluso antes de saber lo que era. Me sonaba en la cabeza como una vocecita... —Empecé a reír—. No sé por qué te estoy contando esto.

—Porque acabas de descubrir quién eres —respondió Alessandro sin más—. Y de pronto todo encaja por fin. Todo lo que has hecho, todo lo que has querido hacer... ahora lo entiendes. Eso es lo que la gente llama destino.

Alcé la vista y vi que no me miraba a mí, sino la daga.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Has descubierto ya tu destino?

Inspiró profundamente.

—Hace tiempo que lo conozco. Y, si se me olvida, Eva María me lo recuerda en seguida. Aunque nunca me ha gustado la idea de que el futuro esté ya escrito. Me he pasado la vida intentando huir de mi destino.

—¿Y lo has conseguido?

Lo meditó.

—Por un tiempo. Pero siempre termina dándote alcance, ¿sabes? Por lejos que vayas.

—¿Has ido muy lejos?

Asintió con la cabeza, pero sólo una vez.

—Muy lejos. Hasta el límite.

—Me intrigas —dije sin pensarlo esperando que se explicara. Pero no lo hizo. A juzgar por su gesto ceñudo, no era un tema agradable. Ansiosa por saber más de él pero sin querer estropear la velada, me limité a preguntar—: ¿Tienes pensado volver?

Casi sonrió.

—¿Por qué? ¿Querrías venir?

Me encogí de hombros mientras, distraída, daba vueltas a la daga, en el centro de la mesa.

—Yo no huyo de mi destino.

Al ver que no lo miraba, puso la mano con delicadeza encima de la daga para que dejara de dar vueltas.

—A lo mejor deberías.

—Me parece —repliqué, sacando traviesa mi tesoro de debajo de su mano— que prefiero quedarme y luchar.

Después de cenar, Alessandro insistió en acompañarme al hotel. Como ya me había ganado la batalla con la cuenta del restaurante, no me resistí. Además, aunque hubieran encerrado a Bruno Carrera, aún había suelto un friqui en moto al acecho de ratitas asustadizas como yo.

—¿Sabes? —dijo mientras paseábamos juntos en la oscuridad—, yo era como tú. Pensaba que hay que luchar por la paz y que un mundo perfecto siempre requiere sacrificios. Ahora ya no. —Me miró de reojo—. Deja estar al mundo.

—No intentes mejorarlo, ¿no?

—No pretendas que la gente sea perfecta porque te morirás intentándolo.

Su conclusión de hombre de mundo me hizo sonreír.

—Salvo porque mi primo está en un hospital, en manos de un puñado de doctoras mandonas, lo estoy pasando muy bien. Lástima que no podamos ser amigos.

Eso era nuevo para Alessandro.

—¿No podemos?

—Obviamente no —respondí—. ¿Qué dirían todos tus otros amigos? Tú eres Salimbeni, yo Tolomei. Estamos destinados a ser enemigos.

Volvió a sonreír.

—O amantes.

Solté una carcajada, de sorpresa sobre todo.

—¡Ni hablar! Tú eres un Salimbeni y da la casualidad de que Salimbeni era el Paris de Shakespeare, el ricachón que quería casarse con Julieta cuando ella ya se había casado secretamente con Romeo.

Alessandro no se tomó a mal el comentario.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo: el rico y guapo Paris! ¿Ése soy yo?

—Eso parece —respondí con un suspiro teatral—. ¡No olvidemos que mi antepasada, Giulietta Tolomei, amaba a Romeo Marescotti, pero la obligaron a prometerse al malvado Salimbeni, tu antepasado! Se vio atrapada en un triángulo amoroso, igual que la Julieta de Shakespeare.

—¿Yo también soy malvado? —A Alessandro cada vez le gustaba más la historia—. Rico, guapo y malvado. No es mal papel. —Lo pensó un instante y luego añadió en voz baja—: Entre tú y yo, siempre he pensado que Paris era mucho mejor hombre que Romeo. Para mí, Julieta era boba.

Me paré en medio de la calle.

—¡Cómo!

Alessandro se paró también.

—Piénsalo. Si Julieta hubiera conocido primero a Paris, se habría enamorado de él, no de Romeo, y los dos habrían vivido felices para siempre. Estaba predispuesta a enamorarse.

—¡De eso nada! —repliqué—. Romeo era un encanto...

—¿Un encanto? —Puso los ojos en blanco—. ¿Qué clase de hombre es «un encanto»?

—... y un excelente bailarín...

—¡Romeo bailaba como un pato mareado! ¡Lo decía él mismo!

—... pero, sobre todo, ¡tenía unas manos preciosas! —rematé.

Alessandro parecía derrotado por fin.

—Ya. Tenía unas manos preciosas. Ahí me has pillado. Entonces, ¿de eso están hechos los buenos amantes?

—Según Shakespeare, sí. —Le miré las manos, pero se las metió en los bolsillos y no me dio tiempo a vérselas.

—¿De verdad quieres vivir la vida según Shakespeare? —dijo reanudando la marcha.

Miré la daga. Se me hacía raro ir por ahí con ella en la mano, pero era demasiado grande y no me cabía en el bolso, y no quería pedirle a Alessandro que me la llevara otra vez.

—No necesariamente.

Miró la daga también y supe que pensábamos lo mismo. Si el poeta no se equivocaba, aquélla era el arma con la que Giulietta se había quitado la vida.

—Entonces, ¿por qué no reescribes la historia y cambias tu destino? —me propuso.

Lo miré furiosa.

—¿Me estás diciendo que reescriba *Romeo y Julieta*?

No se volvió, siguió mirando al frente.

—Y que seas mi amiga.

Estudí su perfil en la penumbra. Habíamos pasado la noche hablando pero aún no sabía casi nada de él.

—Con una condición —respondí—: que me cuentes más cosas de Romeo. —No obstante, al ver su gesto de frustración, lamenté en seguida haber pronunciado aquellas palabras.

—Romeo, Romeo, siempre Romeo —protestó—. ¿A eso has venido a Siena? ¿En busca de ese bailarín encantador de manos preciosas? Pues lamento decepcionarte, porque no se parece en nada al Romeo que crees conocer. No te rondará con versos rimados. Créeme: es un capullo. Yo en tu lugar... —me miró al fin— recibiría a Paris en mi balcón esta vez.

—No tengo intención de recibir a nadie en mi balcón —repuse con aspereza—. Lo único que quiero es recuperar el *cencío* y, al parecer, sólo Romeo tiene motivos para llevárselo. Si no crees que haya sido él, dímelo y me olvido del asunto.

—Vale —me contestó—. No creo que haya sido él. Pero eso no significa que esté limpio. Ya has oído a tu primo: Romeo tiene unas manos endemoniadas. Todos lo preferirían muerto.

—¿Por qué estás tan seguro de que no ha sido él?

Frunció la mirada.

—Lo presiento.

—¿Tienes olfato para los cabronazos?

No respondió de inmediato. Cuando al fin habló, lo hizo más para sí que para mí.

—Tengo olfato para los rivales.

Rossini se santiguó cuando me vio entrar por la puerta del hotel esa noche.

—¡Señorita Tolomei! *Grazie a Dio!* ¡Está a salvo! La ha llamado su primo un montón de veces desde el hospital... —Vio a Alessandro a mi espalda y lo saludó con un leve movimiento de la cabeza—. Me ha dicho que estaba usted en mala compañía. ¿Dónde se ha metido?

Me sentí abochornada.

—Como puede ver, me encuentro en las mejores manos.

—Las segundas mejores —me corrigió Alessandro, echando piedras sobre su propio tejado—. Por ahora.

—Me ha pedido que le diga que ponga la daga a buen recaudo —prosiguió el director Rossini.

Miré la daga que llevaba en la mano.

—Dámela —dijo Alessandro—. Yo te la guardo.

—Sí —me instó Rossini—. Désela al capitán Santini. Yo no quiero más robos.

Así que le di la daga de Romeo a Alessandro y volví a verla desaparecer en su bolsillo.

—Volveré mañana —dijo—, a las nueve en punto. No le abras la puerta a nadie más.

—¿Ni siquiera la de mi balcón?

—Ésa menos aún.

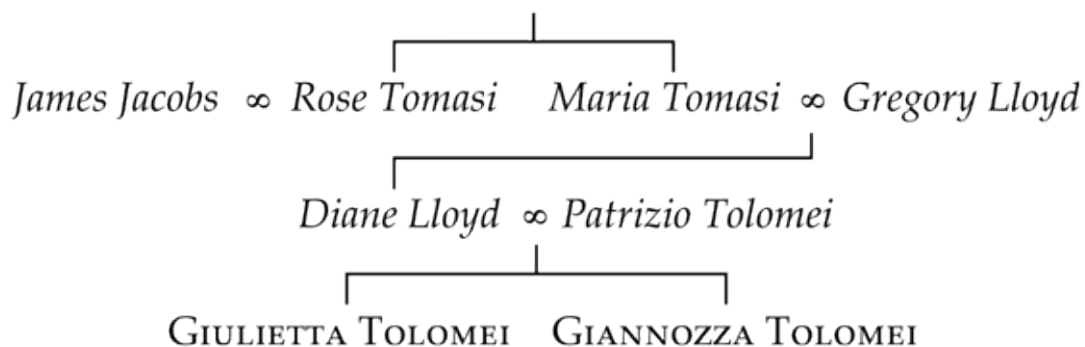
Esa noche me metí en la cama con el documento del cofre de mi madre que rezaba «Árbol genealógico de Giulietta y Giannozza». Ya lo había ojeado antes, pero no lo había encontrado muy ilustrativo. Sin embargo, después de que Eva María me confirmase más o menos que descendía de Giulietta Tolomei, de pronto tenía mucho más sentido que mi madre se hubiera preocupado de rastrear nuestro linaje.

Mi habitación seguía siendo un desastre, pero no me apetecía ordenar el equipaje aún. Al menos los cristales ya no estaban, y habían puesto una ventana nueva durante

mi ausencia; si alguien más quería colarse en mi cuarto esa noche, tendría que despertarme primero.

Desplegué el largo documento encima de la cama y pasé un buen rato tratando de orientarme en aquella maraña de nombres. No era un árbol genealógico normal, porque seguía nuestras raíces sólo por la rama femenina y se centraba únicamente en justificar la conexión entre la *Giulietta* de 1340 y yo.

Por fin nos encontré a Janice y a mí al final del documento, debajo de los nombres de nuestros padres:



Tras mi carcajada inicial al descubrir que el nombre de pila de Janice era en realidad *Giannoza* —ella siempre había odiado ser Janice y había sostenido, hasta el punto de llorar, que ése no era su nombre—, recorrí el documento hasta el principio, donde volví a encontrar exactamente los mismos nombres:



Y así sucesivamente. La lista que había entremedio era tan larga que podría haberla colgado de mi balcón a modo de escala. Era increíble que alguien —o mejor dicho, decenas de personas a lo largo de los siglos— hubiera seguido tan diligentemente el rastro de nuestro linaje, partiendo de 1340, con Giulietta y su hermana Giannoza.

De cuando en cuando, aquellos dos nombres aparecían uno junto al otro en el árbol, aunque siempre con un apellido distinto, nunca Tolomei. Lo que me resultó más interesante fue que, por lo visto, Eva María no estaba del todo en lo cierto al decirme que Giulietta Tolomei era mi antepasada, porque, según el documento, las tres —mamá, Janice y yo— descendíamos de la hermana de Giulietta, Giannoza, y su marido, Mariotto da Gambacorta. En cuanto a Giulietta, no había constancia de que se hubiera casado con nadie, ni de que hubiera tenido hijos.

Presas de un presentimiento, dejé de lado el documento y volví a sumergirme en los otros. Sabiendo que mi antepasada era, en realidad, Giannozza Tolomei, valoré mucho más los fragmentos de las cartas que Giulietta le había escrito y los comentarios ocasionales sobre su tranquila vida en el campo, lejos de Siena.

«Tienes suerte, querida, de que tu casa sea tan grande y a tu esposo le cueste tanto caminar» le había escrito en una ocasión, y en otra: «¡Ay!, quién fuera tú, que puedes salir a tumbarte sobre el tomillo silvestre y disfrutar de una hora de paz...».

Al final me quedé traspuesta y dormí profundamente un par de horas, hasta que me despertó un gran estruendo cuando aún era de noche.

Todavía algo ajena al mundo de los despiertos, tardé un momento en identificar aquel follón con el ruido de una moto atronando en la calle, bajo mi balcón.

Pasé un rato tumbada, molesta por la falta de civismo de la juventud sienesa en general, y aún tardé un rato más en percatarme de que aquello no era una pandilla, sino un solo motorista que intentaba llamar la atención de alguien, y ese alguien, empecé a temer, era yo.

Me asomé por la rendija de la persiana, pero no se veía la calle. Mientras estaba de pie intentando ver algo, empecé a oír ruido a mi alrededor, dentro del hotel. Al parecer, los otros huéspedes se habían despertado también, y subían de golpe las persianas para ver qué demonios estaba ocurriendo.

Animada por el alboroto colectivo, abrí las puertas de mi balcón para asomarme y entonces lo vi por fin; era, sin duda, el motorista que me perseguía, que dibujaba ochos perfectos a la luz de una farola. Estaba convencida de que se trataba del mismo tío que me había seguido dos veces —una para salvarme de Bruno Carrera y la otra para mirarme a través de la puerta de cristal del café de Malena—, porque iba de negro, con la visera bajada, y yo en mi vida había visto otra moto como aquella.

De pronto volvió la cabeza y me vio en el balcón. El ruido del motor se redujo a un mero ronroneo, casi sofocado por los alaridos de otros huéspedes asomados a las ventanas y los balcones del hotel Chiusarelli. A él, sin embargo, le dio igual. Se llevó la mano al bolsillo, sacó un objeto redondo y, cogiendo impulso, me lo lanzó al balcón con asombrosa puntería.

Aterrizó a mis pies con un extraño sonido esponjoso e incluso botó ligeramente y rodó antes de detenerse. Sin mediar otra comunicación, mi misterioso amigo aceleró a fondo la Ducati, que estuvo a punto de encabritarse y tirarlo. Segundos después, doblaba la esquina y desaparecía y, de no haber sido por los otros huéspedes, que refunfuñaban o reían, la noche habría sido de nuevo tranquila.

Me quedé quieta un momento, mirando el proyectil, hasta que al fin me atreví a cogerlo; volví a la habitación y cerré la puerta del balcón. Tras encender las luces, descubrí que se trataba de una pelota de tenis envuelta en un papel sujeto con gomas. El papel resultó ser un mensaje manuscrito por una mano fuerte y segura en el rojo

intenso de las cartas de amor y de las notas de suicidio. Decía lo siguiente:

Giulietta:

Disculpa mi cautela, tengo razones sobradas. Pronto lo entenderás. Debo hablar contigo y explicártelo todo. Reúnete conmigo en lo alto de la torre del Mangia mañana a las nueve de la mañana, y no se lo digas a nadie.

~ Romeo ~

Quinta Parte

A decorative horizontal line with a central floral ornament. The ornament features a large, detailed rose in the center, flanked by smaller roses and leaves. The entire design is rendered in a golden-brown color.

V. I

No sólo desciendo al lecho de la muerte para volver a contemplar el rostro
de mi amada
sino para rescatar de sus dedos sin vida un anillo preciado.

Siena, 1340

La noche del fatídico Palio, el cuerpo del joven Tebaldo se expuso en la iglesia de San Cristóbal, al otro lado de la *piazza*, frente al palazzo Tolomei. En un gesto de amistad, Salimbeni pasó a envolver con el *cencío* el cuerpo del héroe, y a prometerle a su doliente padre que pronto encontrarían al asesino. Después se excusó y dejó a la familia Tolomei con su duelo, deteniéndose sólo para persignarse ante el Señor y contemplar la esbelta figura de Giulietta, arrodillada de forma tentadora mientras rezaba ante el féretro de su primo. Todas las mujeres de la familia Tolomei estaban reunidas en la iglesia de San Cristóbal esa noche, plañendo y rezando con la madre de Tebaldo, mientras los hombres iban de la iglesia al *palazzo* y viceversa, apestando a vino, ansiando que se hiciese justicia con el joven Romeo. Cada vez que Giulietta los oía hablar en susurros se le agarrotaba la garganta de miedo y los ojos se le llenaban de lágrimas de imaginar al hombre al que amaba atrapado por sus enemigos y castigado por un delito que estaba segura de que no había cometido.

Decía mucho de ella que lamentase tanto la pérdida de un primo con el que jamás había intercambiado una sola palabra; las lágrimas que Giulietta derramó esa noche se entremezclaron con las de sus primas y su tía como ríos que desembocaran con fuerza en el mismo mar, y fueron tan abundantes que nadie se preocupó de averiguar su verdadero origen.

—Supongo que lo sientes *de verdad* —le había dicho su tía, olvidando por un momento su propio dolor para ver a Giulietta llorar sobre el *cencío* que cubría el cuerpo de Tebaldo—. ¡Más te vale! ¡De no ser por ti, ese malnacido de Romeo jamás se habría atrevido a...! —Antes de terminar la frase, la señora Antonia había vuelto a deshacerse en lágrimas, y Giulietta había optado por retirarse a uno de los bancos más oscuros de la iglesia.

Allí sentada, sola y triste, se vio tentada de probar a huir de San Cristóbal a pie. Aunque no tenía dinero ni nadie que la protegiera, con la ayuda de Dios quizá lograra llegar hasta el taller del maestro Ambrogio. No obstante, las calles de la ciudad estaban plagadas de soldados que buscaban a Romeo, y un puñado de guardias custodiaba la entrada al templo. Sólo un ángel —o un espíritu— podría pasar por delante de ellos sin ser visto.

Poco después de medianoche, Giulietta alzó la vista del regazo y vio a fray Lorenzo hacer la ronda de las dolientes. Le extrañó, porque había oído decir que un franciscano había ayudado —supuestamente— a Romeo a escapar por los *bottini* después del Palio y, como es natural, había imaginado que se trataba de fray Lorenzo. Al verlo pasearse por la iglesia tan tranquilo, consolando a las plañideras, la desilusión le oprimió el pecho con fuerza. Quien hubiera ayudado a Romeo a escapar no era nadie que ella conociese ni fuera a conocer nunca.

Cuando al fin la vio sentada sola en un rincón, se acercó a ella de inmediato. Apretándose en el banco, fray Lorenzo se tomó la libertad de arrodillarse a su lado y masculló:

—Perdonad que me inmiscuya en vuestro dolor.

Giulietta respondió en voz baja, asegurándose de que nadie los oyera.

—Eres el mejor amigo de mi dolor.

—¿Os consolaría saber que el hombre por el que lloráis *de verdad* va camino de tierras lejanas donde sus enemigos jamás lo encontrarán?

Giulietta se tapó la boca para contener la emoción.

—Si es cierto que está a salvo, soy la criatura más feliz de la tierra, pero también la más desgraciada —dijo con voz trémula—. Ay, Lorenzo, ¿cómo vamos a vivir así..., él allí, yo aquí? ¡Ojalá hubiera ido con él! ¡Ojalá fuese un halcón en su hombro y no un pajarillo en esta jaula pútrida!

Consciente de que había hablado demasiado alto y con demasiada franqueza, Giulietta miró alrededor, nerviosa, para ver si alguien la había oído. Por suerte, la señora Antonia estaba demasiado absorta en su propia desgracia para reparar mucho en ella, y las otras mujeres aún se hallaban apiñadas alrededor del féretro, ocupadas disponiendo las flores.

Fray Lorenzo la miró fijamente desde detrás de sus manos cruzadas.

—Si pudierais seguirlo, ¿lo haríais?

—¡Por supuesto! —Se irguió sin querer—. ¡Lo seguiría por el mundo entero! —Al caer en la cuenta de que había vuelto a dejarse llevar, se hundió más en el reclinatorio y susurró solemne—: Lo seguiría por el valle de las sombras.

—Componeos, pues —le susurró fray Lorenzo agarrándole el brazo—, porque está aquí, y... ¡calmaos!, que no saldrá de Siena sin vos. No os volváis, que está justo...

Giulietta no pudo evitar volverse para echar un vistazo al monje encapuchado arrodillado en el reclinatorio situado detrás del suyo, con la cabeza inclinada y el rostro perfectamente oculto; mucho se equivocaba si no llevaba el mismo hábito que fray Lorenzo le había hecho ponerse a ella cuando habían ido juntos al palazzo Marescotti.

Mareada de la emoción, Giulietta miró a sus tías y a sus primas con medrosa

prudencia. Si alguien descubría que Romeo estaba allí, en la iglesia esa noche, ni él, ni tampoco ella, ni siquiera fray Lorenzo vivirían para contarlo. Era una osadía, una diablura tal que el presunto asesino profanara la vigilia de Tebaldo para rondar a la prima del héroe muerto, que ningún Tolomei toleraría jamás el insulto.

—¿Estás chiflado? —le susurró ella furiosa por encima del hombro—. Si te descubren, ¡te matarán!

—¡Tu voz corta más que sus espadas! —protestó Romeo—. Sé tierna, te lo ruego; quizá ésta sea la última vez que hablemos. —Giulietta sintió la sinceridad de sus ojos, que la miraban intensamente tras la capucha—. Si de verdad sientes lo que acabas de decir, toma... —Se quitó un anillo del dedo y se lo ofreció—. Te entrego este anillo...

Giulietta hizo un aspaviento pero cogió el anillo. Era un sello de oro con el águila de Marescotti, pero las palabras de Romeo, «Te entrego este anillo», lo convertían en una alianza.

—¡Que Dios os bendiga a los dos para siempre —susurró fray Lorenzo, sabiendo bien que ese «para siempre» quizá no pasara de esa noche—, y que los santos del Cielo sean testigos de vuestra feliz unión! Escuchadme atentamente. El funeral tendrá lugar mañana, en el panteón de los Tolomei, a las afueras de la ciudad...

—¡Un momento! —exclamó Giulietta—. ¡Yo voy contigo ahora!

—¡Chis! ¡Imposible! —Fray Lorenzo le puso otra mano encima para tranquilizarla—. Los guardias de la puerta os detendrían, y la ciudad es demasiado peligrosa esta noche...

Alguien los hizo callar desde el otro lado, y los tres se sobresaltaron. Giulietta miró nerviosa a sus tías y las vio indicarle por señas que callara y no disgustase más a la señora Antonia. Así que bajó la cabeza obediente y guardó silencio hasta que dejaron de mirarla. Luego, volviéndose de nuevo, miró suplicante a Romeo.

—¡No te cases conmigo y me dejes! —le suplicó—. ¡Ésta es nuestra noche de bodas!

—Mañana recordaremos todo esto y nos reiremos —le susurró, casi alargando la mano para acariciarle la mejilla.

—¡Quizá no haya un mañana! —sollozó Giulietta, cubriéndose la boca con la mano.

—Pase lo que pase, estaremos juntos —le aseguró Romeo—. Como esposos. Te lo juro. En este mundo... o en el otro.

El panteón de los Tolomei formaba parte de un inmenso cementerio situado al otro lado de Porta Tufi. Desde antiguo, los sieneses habían enterrado a sus muertos fuera de la ciudad, y todas las familias nobles poseían —o habían usurpado— una antigua cripta en la que descansaba determinada cantidad de antepasados fallecidos. Allí se encontraba el santuario de los Tolomei, un castillo de mármol en aquella

ciudad de muertos; casi toda la construcción era subterránea, pero contaba con una magnífica entrada en la superficie, como las tumbas de los egregios hombres de estado romanos con quienes al señor Tolomei le gustaba tanto compararse.

Una gran multitud de parientes y amigos íntimos acudieron al cementerio ese triste día para consolar a la familia mientras se depositaba el cuerpo de su primogénito en el sarcófago de granito que Tolomei había encargado originalmente para sí. Resultaba inmoral y vergonzoso ver a un joven tan sano entregado al más allá; no había palabras que confortaran a la afligida madre, ni a la muchacha con la que Tebaldo estaba prometido desde el nacimiento de ella, hacía doce años. ¿Dónde encontraría un buen esposo ahora que ya casi era mujer y estaba habituada a verse como la señora del palazzo Tolomei?

Sin embargo, a Giulietta la angustiaba demasiado su propio futuro inmediato para andar compadeciendo a su desconsolada familia. Además, se encontraba exhausta por falta de descanso. La vigilia había durado toda la noche. Bien entrada la tarde del día siguiente, y tras haber perdido toda esperanza de resurrección, Antonia parecía querer unirse a su hijo en su prematura tumba. Pálida y ojerosa, se apoyaba con fuerza en los brazos de sus hermanos; sólo una vez se volvió hacia Giulietta, con su lúgubre semblante descompuesto de odio.

—¡Ahí la tenéis, la sierpe en mi regazo! —gruñó para que todos la oyeran—. ¡De no ser por su indigno coqueteo, Romeo Marescotti jamás habría levantado una mano contra esta casa! ¡Fijaos en esas lágrimas traidoras! ¡Apuesto a que no son por mi Tebaldo, sino por su asesino, Romeo! —Escupió dos veces para librarse del sabor de su nombre—. ¡Es hora de que actuéis, hermanos! ¡Dejad de comportaros como un rebaño asustado! Se ha cometido un crimen terrible contra la casa de los Tolomei y el asesino anda suelto por ahí, creyéndose por encima de la ley... —Se sacó un cuchillo resplandeciente de debajo del chal y lo agitó en el aire—. ¡Si sois hombres, peina la ciudad y encontradlo dondequiera que se esconda, para que esta madre destrozada pueda hundirle la hoja en su negro corazón!

Tras ese arrebató, Antonia se desplomó en los brazos de sus hermanos, y allí se quedó, desmadejada y abatida, mientras la procesión descendía la escalera en dirección al panteón subterráneo. Una vez reunidos todos abajo, se dispuso el cuerpo amortajado de Tebaldo en el sepulcro y tuvieron lugar las últimas ceremonias.

Durante el funeral, Giulietta inspeccionó con disimulo todos los rincones y recovecos del panteón en busca de un buen escondite. Conforme al plan de fray Lorenzo, debía permanecer oculta en la cámara funeraria después de la ceremonia, sin que nadie la viera, y esperar allí sola hasta que anocheciera, momento en que Romeo podría ir en su busca. Era, según el monje, el único lugar en que los guardias de Tolomei no harían recuento de los miembros de la familia; además, como el cementerio estaba fuera de los límites de la ciudad, Romeo no se vería limitado por el

temor constante a que lo descubrieran y lo arrestaran.

Cuando la sacara del panteón, Giulietta lo acompañaría al exilio y, tan pronto como estuvieran a salvo en tierras extranjeras, escribirían una carta secreta a fray Lorenzo para contarle lo felices que eran y animarlo a que se uniera a ellos en cuanto pudiera.

Ése era el plan que habían trazado precipitadamente en San Cristóbal la noche anterior, y a Giulietta no se le ocurrió cuestionar los pormenores hasta el instante en que tuvo que actuar. Presa de las náuseas, miró las sepulturas selladas que la rodeaban por todas partes —gigantescos contenedores de muerte—, preguntándose cómo podría escabullirse y esconderse entre ellas sin ser vista ni oída.

Hasta que terminó la ceremonia y el clérigo los reunió a todos para rezar en actitud de recogimiento no vio Giulietta la oportunidad de apartarse con sigilo de su abstraída familia y agazaparse tras la sepultura más próxima. Cuando el sacerdote los instó a pronunciar un sentido y melodioso amén con el que poner fin al rito, aprovechó la oportunidad para ocultarse aún más entre las sombras, a cuatro patas, temblando por el contacto con la tierra fría y húmeda.

Mientras permanecía oculta, apoyada en la tosca piedra de un sepulcro, procurando contener la respiración, los asistentes al funeral fueron saliendo uno a uno del panteón, dejando las velas en el pequeño altar situado bajo los pies del Cristo, e iniciaron el largo y lloroso camino a casa. Pocos habían dormido desde el Palio del día anterior y, como fray Lorenzo había previsto, nadie tuvo a bien comprobar que salían del panteón tantas personas como habían entrado en él. Después de todo, ¿qué ser humano querría quedarse en una lúgubre cámara de terrible hedor, atrapado tras una pesada losa que no podía retirarse desde dentro?

Cuando se hubieron marchado todos, la puerta del panteón se cerró con un golpe seco. Titilaban las velitas en el altar de la entrada, pero a Giulietta, agazapada entre las sepulturas de sus antepasados, jadeando, la envolvió una oscuridad absoluta.

Allí sentada, sin noción del tiempo, Giulietta empezó a comprender que la muerte era, más que nada, una espera. Allí yacían todos sus ilustres antepasados, esperando pacientemente que una mano divina llamase a su sepultura y despertara su espíritu a una existencia que jamás podrían haber imaginado en vida.

Algunos volverían con su armadura de caballeros, quizá faltos de un ojo o de alguna extremidad, y otros en ropas de dormir, con aspecto enfermizo y llenos de forúnculos; otros no serían más que bebés de llanto inconsolable, y otros sus jóvenes madres, empapadas en sangre...

Aunque Giulietta no ponía en duda que, un día, alguien llamaría a la sepultura de todos los que lo merecieran, el hecho de ver todos aquellos sepulcros antiquísimos y pensar en todos esos siglos pasados la aterraban. Vergüenza debería darle, pensó, inquietarse por tener que esperar a Romeo entre las inmóviles sepulturas de piedra;

¿qué eran unas cuantas horas de angustia en comparación con semejante eternidad?

Cuando al fin se abrió la puerta del panteón, casi todas las velas del altar se habían consumido y las pocas que quedaban proyectaban sombras aterradoras y distorsionadas, casi peores que la oscuridad. Sin detenerse siquiera a comprobar que era realmente Romeo quien llegaba, Giulietta corrió emocionada hacia su salvador, hambrienta de vitalidad y sedienta de aire fresco.

—¡Romeo! —gritó, cediendo por fin a la debilidad—. ¡Gracias a Dios...!

Pero no era Romeo quien estaba a la puerta, contemplándola con una crítica sonrisa, sino el señor Salimbeni.

—Por cómo te has quedado encerrada junto a la sepultura de tu primo, se diría que lamentas en demasía su muerte —dijo en un tono severo nada acorde con su aspecto jovial—. Aunque no veo restos de lágrimas en esas mejillas sonrosadas. Quizá... —bajó unos peldaños pero se detuvo, asqueado por el hedor— mi tierna prometida se ha vuelto loca. Eso debe de ser. Temo tener que ir a buscarte a los cementerios, querida, y encontrarte jugando cual perturbada con huesos y calaveras. Claro que... —añadió con una mueca lasciva— tampoco me desagradan esos juegos. De hecho, creo que nos llevaremos bien, tú y yo.

Paralizada al verlo, Giulietta no supo qué responder; ni siquiera entendía qué se proponía. No pensaba más que en Romeo, y en por qué no había ido él sino el odioso Salimbeni a sacarla del panteón. Claro que ésa era una pregunta que no se atrevía a formular en voz alta.

—¡Ven aquí! —Salimbeni le hizo un gesto para que saliera de la cámara mortuoria y Giulietta no tuvo más remedio que obedecer. Así que subió a su lado y se vio en plena noche rodeada por las antorchas de los guardias uniformados de Salimbeni.

Tras examinar los rostros de los hombres, le pareció ver compasión e indiferencia en dosis iguales, pero lo más inquietante fue la impresión de que sabían algo que ella ignoraba.

—¿No ansias saber cómo he podido rescatarte de las garras de la muerte? —preguntó Salimbeni disfrutando de su aturdimiento.

Giulietta apenas fue capaz de asentir con la cabeza, innecesariamente, pues él, satisfecho, continuó el monólogo sin su consentimiento.

—Por suerte para ti —prosiguió—, he tenido un guía excelente. Mis hombres lo vieron rondar la zona y, en lugar de darle muerte de inmediato, según las órdenes, se preguntaron qué tesoro podría tentar a un proscrito a volver a la ciudad prohibida y jugarse el arresto y la muerte. Su camino, como ya habrás supuesto, nos ha traído hasta este panteón y, dado que es bien sabido que no se puede asesinar dos veces al mismo hombre, he deducido que pretendía bajar a la tumba de tu primo por venganza.

Al ver a Giulietta palidecer con su discurso, Salimbeni indicó por fin a sus guardias que trajesen a la persona en cuestión, y éstos arrojaron el cuerpo cerca de donde ambos se encontraban como el carnicero echa una res enferma a la picadora.

Giulietta gritó al ver a su Romeo allí tirado, ensangrentado y destrozado, y, si Salimbeni no se lo hubiera impedido, también ella se habría tirado al suelo para acariciarle el pelo mugriento y besarle la sangre de los labios mientras aún le quedaba resuello en el cuerpo.

—¡Maldito demonio! —le aulló a Salimbeni, forcejeando furiosa para zafarse de él—. ¡Dios os castigará por esto! ¡Soltadme, diablo, para que pueda morir con mi esposo, porque llevo su anillo en mi dedo y juro por todos los ángeles del cielo que jamás seré vuestra!

Eso no agradó a Salimbeni. Cogió a Giulietta por la muñeca para poder inspeccionar el anillo y a punto estuvo de romperle el hueso. Cuando hubo visto bastante, la arrojó a los brazos de un guardia y se acercó a Romeo para darle una patada en el estómago.

—¡Gusano rastroso! —espetó, escupiéndole asqueado—. No has podido resistirte, ¿eh? ¡Pues que sepas que tu abrazo es la muerte de tu dama! ¡Iba a matarte sólo a ti, pero ya veo que ella es tan despreciable como tú!

—¡Os lo ruego! —tosió Romeo, esforzándose por levantar la cabeza del suelo para ver a Giulietta una última vez—. ¡No la matéis! ¡Fue sólo una promesa! ¡Nunca he yacido con ella! ¡Por favor! ¡Lo juro por mi alma!

—¡Conmoveros! —observó Salimbeni, mirando a uno y luego al otro, en absoluto convencido—. ¿Qué dices tú, muchacha?... —Cogió a Giulietta por la barbilla—. ¿Dice la verdad?

—¡Maldito seáis! —espetó, forcejeando—. ¡Somos marido y mujer, así que más vale que me matéis, pues como he yacido con él en nuestro lecho nupcial yaceré con él en nuestra tumba!

Salimbeni la sujetó con más fuerza.

—¿Es eso cierto? ¿También tú lo juras por tu alma? Mira que, si mientes, irá al infierno esta misma noche.

Giulietta miró a Romeo, tan desdichado, en el suelo, delante de ella, y la desesperación que le produjo le formó un nudo en la garganta que le impidió hablar —y mentir— más.

—¡Ja! —Salimbeni se alzó triunfante ante ellos—. Así que esta flor no la has deshojado, ¿eh, perro? —Le propinó otra patada, saboreando los gemidos de su víctima y los sollozos de la mujer que le suplicaba que parase—. Vamos a asegurarnos... —se hurgó en el jubón, sacó la daga de Romeo y la desenvainó— de que no deshojas ninguna más.

Con un movimiento lento y generoso, Salimbeni hundió la daga del águila en el

abdomen de su propietario, luego la sacó, dejando al joven en medio de una insufrible agonía, con el cuerpo entero retorcido alrededor de la espantosa herida.

—¡No! —gritó Giulietta, abalanzándose sobre Romeo, presa de un pánico tan intenso que los guardias no pudieron con ella. Se tiró a su lado y lo envolvió en sus brazos, desesperada por ir a donde iba él y no quedarse atrás.

Pero Salimbeni, harto de su teatro, la levantó agarrándola por los pelos.

—¡Calla! —bramó, dándole una bofetada para que obedeciera—. Esos aullidos no te servirán para nada. Serénate y recuerda que eres una Tolomei. —Luego, antes de que ella entendiera qué hacía, le quitó el sello del dedo y lo tiró al suelo, donde yacía Romeo—. Ahí van tus votos con él. ¡Agradece que sean tan fáciles de deshacer!

A través del velo de su cabello ensangrentado, Giulietta vio a los guardias coger el cuerpo de Romeo y arrojarlo escaleras abajo al panteón de los Tolomei como si fuera un saco de grano. Pero no los vio encajar la puerta después, ni asegurarse de que estaba bien cerrada. En medio de aquel horror, había olvidado cómo respirar; fue entonces cuando un ángel misericordioso le cerró al fin los ojos y la dejó desplomarse en los brazos de una serena oscuridad.

V. II

La virtud misma, si mal aplicada,
en vicio se convierte y el vicio se ennoblece con acciones.

Desde la torre del Mangia, la media luna del Campo parecía una mano de cartas tapadas. Qué propio de una ciudad con tantos secretos, pensé. ¿Quién podría haber pensado que hombres como el malvado Salimbeni medrarían en un lugar tan hermoso, o que se les permitiría acceder a él siquiera?

No había indicios en el diario del maestro Ambrogio de que el Salimbeni medieval hubiera tenido alguna virtud —como la generosidad de Eva María o el encanto de Alessandro— y, aunque la hubiera tenido, eso no cambiaba el hecho de que había asesinado brutalmente a todos los seres queridos de Giulietta, con excepción de fray Lorenzo y su hermana Giannozza.

Había pasado casi toda la noche angustiada por los brutales sucesos descritos en el diario y, con las pocas páginas que me quedaban por leer, intuía que me esperaba un amargo final. Mucho me temía que no habría final feliz para Romeo y Julieta; no eran las acrobacias literarias sino los hechos puros y duros los que habían convertido sus vidas en una tragedia. Para empezar, Romeo ya estaba muerto, apuñalado en el abdomen con su propia daga —la *mía*, vamos— y Giulietta era presa de su odiado enemigo. Quedaba por ver si ella moría en esas páginas.

Quizá por eso no estaba de muy buen humor esa mañana mientras me encontraba en lo alto de la torre del Mangia, esperando a que apareciera mi Romeo motorizado. O quizá fuera aprensión, porque sabía que no debería haber ido allí. ¿Qué clase de mujer accede a citarse a ciegas en lo alto de una torre? ¿Y qué clase de hombre se pasa las noches con el casco puesto y la visera bajada, comunicándose con la gente por medio de pelotas de tenis?

Pero allí estaba yo.

Porque, si de verdad aquel hombre misterioso descendía del Romeo medieval, yo tenía que ver cómo era. Hacía más de seiscientos años que nuestros antepasados se habían visto separados por violentas circunstancias y, desde entonces hasta la fecha, su desastroso romance había sido una de las más hermosas historias de amor que el mundo había conocido jamás.

¿Cómo no iba a estar nerviosa? No podía estar sino histérica de que una de mis figuras históricas —sin duda la más importante para mí— hubiera cobrado vida al fin. Desde que Lippi me había puesto al corriente de que había un Romeo Marescotti contemporáneo, amante del arte y del vino, suelto por Siena de noche, había soñado con conocerlo. Sin embargo, cuando por fin lo tenía delante —personificado en tinta

roja y rubricado con fioritura—, caí en la cuenta de que lo que en realidad sentía eran náuseas, de esas que uno siente cuando cree estar traicionando a alguien cuya confianza no quiere perder.

Ese alguien, me di cuenta, sentada en la tronera que miraba a una ciudad a la vez tremendamente hermosa e irresistiblemente arrogante, era Alessandro. Sí, era un Salimbeni, y no, no le gustaba nada mi Romeo, pero su sonrisa —cuando la dejaba emerger— era tan auténtica y tan contagiosa que ya me había enganchado.

Claro que eso era ridículo. Hacía una semana que nos conocíamos y casi todo el tiempo habíamos estado tirándonos los trastos a la cabeza, estimulados por los prejuicios de mi familia. Ni siquiera Romeo y Julieta —los de verdad— podían presumir de esa clase de hostilidad inicial. Resultaba paradójico que la historia de nuestros ancestros se repitiera de una manera tan shakespeariana y que nuestro triángulo amoroso diera semejante vuelta.

Sin embargo, tan pronto como admití mi interés por Alessandro, empecé a sentir lástima por el Romeo que estaba a punto de conocer. Según mi primo Peppo, había huido al extranjero para escapar de la brutalidad que los había sacado a él y a su madre de la ciudad, y fuera cual fuese el verdadero propósito de su regreso a Siena, probablemente lo arriesgara todo quedando conmigo en la torre del Mangia. Sólo por eso, debía estarle agradecida.

Además, aunque no pudiera igualarse a Alessandro, lo mínimo que podía hacer era darle la oportunidad de conquistarme, si eso era lo que quería, y no cerrarle mi corazón a cal y canto como Julieta se lo había cerrado a Paris tras conocer a Romeo. Tal vez me estuviera precipitando. Quizá sólo quisiera hablar conmigo. En ese caso, sería un alivio, la verdad.

Cuando al fin oí pasos en la escalera, me levanté de la tronera de piedra y me sacudí nerviosa el vestido, preparándome para el encuentro legendario que estaba a punto de producirse. No obstante, mi héroe tardó un poco en llegar al final de la escalera y, mientras lo esperaba, predispuesta a que me gustara, no pude evitar pensar que —por lo mal que respiraba y lo mucho que arrastraba los pies en el último tramo— yo estaba en mejor forma que él.

Por fin apareció mi jadeante acosador, con el traje de cuero colgado de un brazo y el casco en el otro, y, de pronto, todo dejó de tener sentido.

Era Janice.

No podría precisar en qué instante había empezado a hacer aguas mi relación con Janice. Nuestra infancia había estado plagada de conflictos, sí, pero como la de todo el mundo, y media humanidad parece capaz de llegar a la madurez sin haber perdido por completo el afecto de sus hermanos.

Nosotras, no. A mis veinticinco, no recordaba cuándo la había abrazado por última vez, ni cuándo había mantenido con ella una conversación que no hubiese

degenerado en disputa juvenil. Siempre que nos veíamos era como si volviéramos a tener ocho años, y recurríamos a argumentos de lo más primitivo. «Porque lo digo yo» y «Yo lo he visto primero» son expresiones que suelen dejarse atrás como vestigios de una época bárbara, del mismo modo que se renuncia a mantitas y chupetes; para Janice y para mí, eran la piedra angular de nuestra relación.

Tía Rose, en general, había optado por pensar que terminaría arreglándose con el tiempo, siempre que hubiese un reparto equitativo de afecto y caramelos. Si le pedíamos que se implicara, en seguida se lavaba las manos —al fin y al cabo, nuestras riñas eran constantes—, y nos respondía con algún argumento trillado como que debíamos aprender a compartir y a tratarnos bien.

—¡Vamos, niñas, sed buenas! —decía, cogiendo un cuenco de cristal lleno de palmeritas de chocolate que tenía en una mesita, muy cerca de su sillón—. Julie, sé justa con Janice..., ¡déjale tu... —lo que fuera: muñeca, libro, cinturón, bolso, gorro, botas...— y tengamos la fiesta en paz, por todos los santos!

Al final, nos íbamos sin resolver el problema, Janice solazándose de mis pérdidas y de sus propias ganancias inmerecidas. Por lo general, quería mis cosas porque las suyas se habían roto o estaban «gastadas» y era más fácil quedarse con las mías que ahorrar para comprarse otras nuevas. Así dejábamos a tía Rose en su sillón después de otra redistribución de riquezas merced a la cual se me arrebatava lo mío sin reemplazarlo por nada más que un dulce seco del cuenco de cristal. Con sus letanías sobre ecuanimidad, tía Rose no hacía sino desencadenar desastres; mi infernal infancia estaba sembrada de sus buenas intenciones.

Cuando empecé a ir al instituto, ni me molestaba en pedirle ayuda a tía Rose; me plantaba directamente en la cocina para contárselo a Umberto, que —en mi memoria — siempre andaba afilando cuchillos, con la ópera a todo trapo. Cada vez que le salía con el manido «¡No es justo!», me respondía:

—¿Quién te ha dicho que la vida es justa? —Una vez me calmaba, me preguntaba —: ¿Qué quieres que haga yo?

A medida que fui creciendo y madurando, aprendí que la respuesta a aquella pregunta era «Nada. Tengo que hacerlo yo misma». Y era cierto. No acudía a él porque quisiera que le pusiera las pilas a Janice —aunque eso habría estado bien—, sino porque él no temía decirme, a su modo, que yo era mejor que ella y que merecía más de la vida. Dicho eso, conseguirlo o no era cosa mía. El único problema era que nunca me había dicho cómo.

Al parecer, me había pasado la vida corriendo con el rabo entre las piernas, esforzándome por descubrir oportunidades que Janice no pudiera robarme o estropearme, pero, por mucho que enterrara mis tesoros, ella siempre los olfateaba y los mordisqueaba hasta dejarlos irreconocibles. Si me guardaba las zapatillas de ballet para el recital de final de temporada, al abrir la caja, me encontraba con que se

las había probado y había dejado las cintas enmarañadas, y una vez que hice un *collage* de patinaje artístico sobre hielo en clase de plástica me coló un recorte de Paco Pico de Barrio Sésamo en cuanto lo llevé a casa. Por mucho que huyera, por mucho que camuflase mi rastro, siempre venía detrás de mí, con la lengua fuera, y correteaba traviesa a mi lado para dejarme en una visible segunda posición.

Estando allí, en lo alto de la torre del Mangia, las recordé de pronto, mis innumerables razones para odiar a Janice. Fue como si alguien hubiese iniciado la proyección de malos recuerdos en mi cabeza, y sentí una rabia que jamás había sentido en presencia de nadie más.

—¡Sorpresa! —dijo, soltando el traje y el casco y separando los brazos para aplaudir.

—¿Qué haces aquí? —espeté al fin, furiosa—. ¿Eras tú la que me seguía en esa ridícula moto? Y la carta... —Saqué de mi bolso la carta manuscrita, la arrugué y se la tiré—. ¿Tan estúpida me crees?

Janice sonrió, disfrutando de mi cabreo.

—¡Lo bastante como para subir a la puñetera torre! ¡Ah, ya sé!... —Hizo una mueca de falsa compasión que había patentado a los cinco años—. *¿De vegdá bensabas que ega Gomeo?*

—Vale —dije en medio de sus carcajadas—, ya has hecho tu gracia. Espero que el vuelo haya merecido la pena. Ahora, si me perdonas, me encantaría quedarme aquí contigo, pero mejor voy a meter la cabeza en un retrete.

Intenté rodearla para llegar a la escalera, pero retrocedió y me tapó la puerta.

—¡Ah, no, de eso nada! —susurró pasando de la calma a la furia—. ¡Tú no te vas sin darme mi parte!

—¿Cómo dices? —exclamé atónita.

—Esta vez, no —dijo, el labio inferior temblón, intentando por una vez el papel de ofendida—. Estoy tiesa. Arruinada.

—¡Pues llama al servicio de atención a millonarios! —repliqué, volviendo sin quererlo a nuestras disputas fraternales—. Creí que habías heredado, de alguien que conocemos las dos.

—¡Ah, ja ja! —esbozó una sonrisa torcida—. Sí, un auténtico puntazo. La buena de tía Rose y sus tropecientos millones.

—No entiendo de qué te quejas —dije negando con la cabeza—. La última vez que te vi te había tocado la lotería. Si lo que quieres es más dinero, te has equivocado por completo de persona. —Intenté de nuevo acceder a la puerta, y esta vez estaba decidida a pasar—. Aparta de mi camino —le dije, y, para mi sorpresa, lo hizo.

—¡Mírate! —se mofó mientras pasaba por delante. Si no la hubiera conocido bien, habría pensado que estaba celosa—. La princesita fugada. Te has fundido mi herencia en ropa, ¿verdad?

Al ver que seguía andando y ni siquiera me detenía a responder, cogió sus cosas y empezó a seguirme. Fue pisándome los talones por toda la escalera mientras me gritaba, primero furiosa, luego frustrada y, por último, desesperada, algo inusual.

—¡Espera! —me chilló, usando el casco de amortiguador contra la pared de ladrillo—. ¡Tenemos que hablar! ¡Para! ¡Jules! ¡En serio!

No iba a parar. Si tenía algo importante que decirme, ¿por qué no lo había hecho ya? ¿Para qué el montaje de la moto y la tinta roja? ¿Por qué había desperdiciado nuestros cinco minutos en la torre con sus payasadas de siempre? Si, como acababa de insinuar, se había fundido ya la fortuna de tía Rose, podía entender perfectamente su frustración. Pero, a mi modo de ver, ése era, por supuesto, su problema.

Tan pronto como llegué abajo, salí del Palazzo Pubblico y crucé briosa el Campo, dejando a Janice con sus líos. La Ducati Monster estaba aparcada delante del edificio, como una limusina ante el teatro Kodak, y, que yo pudiera ver, había al menos tres agentes de policía esperando impacientes —con sus musculosos brazos en jarras— a que volviera su propietaria.

El café de Malena era el único lugar donde se me ocurría que podía ocultarme de Janice. Si volvía al hotel, supuse, en breve estaría haciendo ochos bajo mi balcón.

Así que casi corrí a la piazza Postierla, volviéndome cada diez pasos para asegurarme de que no me seguía, con un nudo de rabia en la garganta. Cuando al fin entré disparada en el local, cerrando la puerta de golpe, Malena me recibió con una carcajada.

—*Dio mió!* ¿Qué haces aquí? Me parece que estás bebiendo demasiado café.

Al ver que ni siquiera me quedaba aliento para contestar, me llenó un vaso de agua del grifo. Mientras bebía, me observó intrigada, apoyada en la barra.

—¿Tienes problemas... con alguien? —propuso, con cara de que, si era el caso, tenía unos cuantos primos, aparte de Luigi, el peluquero, que estarían encantados de ayudarme.

—Bueno... —dije. ¿Por dónde empezaba? Miré alrededor y vi aliviada que apenas había gente en el local y que los demás clientes estaban absortos en sus conversaciones. Se me ocurrió que ésa era la ocasión que había estado esperando desde que Malena había mencionado a los Marescotti el día anterior.

—¿Te oí bien...? —Me lancé a la piscina sin pensarlo más—. ¿Dijiste *Marescotti*?

La pregunta hizo que en el rostro de Malena se dibujara una sonrisa emocionada.

—*Certamente!* Nací Marescotti. Ahora estoy casada, pero aquí dentro... —dijo llevándose la mano al pecho— siempre seré una Marescotti. ¿Has visto el *palazzo*?

Asentí con diplomático entusiasmo, pensando en el penoso concierto al que había asistido con Eva María y Alessandro hacía dos días.

—Es precioso. Me preguntaba... Dicen que... —Me detuve en seco, notando que

me azoraba y sabiendo que, planteara como plantease la siguiente pregunta, iba a hacer el ridículo.

Al verme tan nerviosa, Malena pescó un brebaje casero de debajo de la barra — sin mirar siquiera— y me sirvió un buen lingotazo en el vaso de agua.

—Toma —dijo—. Especialidad Marescotti. Te pondrá contenta. *Cin cin*.

—Son sólo las diez de la mañana —protesté, poco dispuesta a catar el turbio líquido por muy ancestral que fuera.

—¡Bah! —se encogió de hombros—. A lo mejor son las diez en Florencia...

Tras ingerir sumisa el brebaje másapestoso que había probado desde que Janice había intentado destilar su propia cerveza en el armario de su cuarto —y obligarme a elogiarlo—, sentí que tenía derecho a preguntar.

—¿Estás emparentada con un tal Romeo Marescotti?

La transformación de Malena ante mi pregunta fue extraña. Pasó de ser mi mejor amiga, apoyada en los codos para escuchar mis problemas, a erguirse con un aspaviento y tapar de golpe la botella.

—Romeo Marescotti está muerto —dijo quitándome el vaso y pasando briosa un paño por la barra. Sólo entonces me miró a los ojos, y donde antes había simpatía encontré temor y recelo—. Era mi primo. ¿Por qué?

—¡Ah! —La decepción se apoderó de mi cuerpo y me dejó algo mareada. O tal vez fuera la bebida—. Lo siento mucho. No tendría que haberte... —Ése no era, pensé, el momento de decirle que mi primo Peppo sospechaba que había sido Romeo quien había robado en el museo—. Es que el maestro Lippi, el artista..., dice que lo conoce.

Malena resopló, pero al menos pareció aliviada.

—El maestro Lippi —susurró llevándose el dedo a la sien a modo de destornillador— habla con fantasmas. No le hagas caso. Está... —Buscó la palabra, pero no encontró ninguna.

—Hay alguien más... —dije, pensando que bien podría irse todo al garete de una vez—. El jefe de seguridad de Monte dei Paschi. Alessandro Santini. ¿Lo conoces?

Malena abrió mucho los ojos, sorprendida; luego volvió a fruncirlos.

—Siena es pequeña. —Por cómo lo dijo, supe que había gato encerrado en todo aquello.

—¿Por qué crees que alguien iría diciendo por ahí que tu primo Romeo vive? —proseguí serena, esperando que mis preguntas no siguieran abriendo viejas heridas.

—¿Eso te ha dicho? —Malena me escudriñó el rostro, más incrédula que triste.

—Es una larga historia —dije—, pero, resumiendo, fui yo la que le preguntó por Romeo, porque... soy Giulietta Tolomei.

No esperaba que entendiese la relación de mi nombre con el de Romeo, pero, por su gesto de asombro, sabía bien quién era, y quiénes eran mis antepasados. En cuanto

asimiló la noticia, reaccionó cariñosa y alargó la mano para pellizcarme la nariz.

—*Il gran disegno*—masculló—. Sabía que habías venido a mí por alguna razón. —Hizo una pausa, como si quisiera decir algo que no debía—. Pobre Giulietta —dijo en cambio, compasiva—. Ojalá pudiera decirte que está vivo... pero no.

Cuando al fin salí del café, me había olvidado por completo de Janice. Por eso me resultó una desagradable sorpresa encontrármela fuera esperándome, cómodamente apoyada en la pared, como el vaquero que mata el tiempo hasta que abran la taberna.

En cuanto la vi allí de pie, sonriendo triunfante por haberme encontrado, lo recordé todo —la moto, la carta, la torre, la discusión—, suspiré profundamente y eché a andar en otra dirección, sin preocuparme mucho adonde iba mientras no me siguiera.

—¿Qué tienes con ese bomboncito? —En su afán por alcanzarme, a punto de tropezar—. ¿Intentas darme celos?

Estaba ya tan harta de ella que me detuve en plena piazza Postierla y me volví a gritarle:

—¿Te lo deletreo? ¡Intento librarme de ti!

De las muchas cosas desagradables que le había dicho a mi hermana en toda nuestra vida, ésa no era ni mucho menos la peor. Sin embargo, quizá porque estábamos lejos de casa, acerté de lleno y, por un instante, se mostró aturdida, como si fuese a echarse a llorar.

Di media vuelta, asqueada, y proseguí mi camino, logrando distanciarme un poco de ella antes de que volviera a seguirme, dejándose en el adoquinado los taconazos de sus botas.

—¡Vale! —exclamó, aleteando para mantener el equilibrio—. Siento lo de la moto. También lo de la carta, ¿vale? No pensé que te lo fueras a tomar así. —Al ver que ni contestaba ni aminoraba la marcha, gimoteó y siguió avanzando sin lograr darme alcance—. Escucha, Jules, sé que estás cabreada, pero tenemos que hablar. ¿Recuerdas el testamento de tía Rose? ¡Pues era un ca..., aaahhh!

Debía de haberse torcido algo, porque, cuando me volví, Janice estaba sentada en medio de la calle, masajeándose el tobillo.

—¿Qué has dicho? —pregunté con cautela, retrocediendo un poco—. ¿Del testamento?

—Ya me has oído —respondió con tristeza, inspeccionando el tacón roto de la bota—, que todo era un camelo. Pensé que estabas en el ajo, por eso he actuado en secreto, para averiguar qué te traías entre manos, pero... estoy dispuesta a concederte el beneficio de la duda.

Mi malvada gemela había tenido una mala semana. Primero —me contó mientras avanzaba a la pata coja colgada de mi cuello—, había descubierto que el abogado de la familia, el señor Gallagher, no era en realidad quien decía ser. ¿Cómo? Porque

había aparecido el verdadero señor Gallagher. Después, resultó que el testamento que nos había enseñado era pura invención. En realidad, tía Rose no tenía nada que dejarle a nadie, salvo deudas. Por último, el día después de mi partida, se habían plantado en casa dos agentes de policía que le habían montado un pollo por quitar la cinta amarilla. ¿Qué cinta? Pues la cinta con la que habían precintado el edificio al descubrir que era la escena de un crimen.

—¿La escena de un crimen? —Aunque calentaba el sol, sentí un escalofrío—. ¿Insinúas que tía Rose fue *asesinada*?

Janice se encogió de hombros como pudo, esforzándose por mantener el equilibrio.

—Sabe Dios. Por lo visto, estaba toda magullada, a pesar de que, en teoría, había muerto mientras dormía. Vete tú a saber.

—¡Janice! —No sabía qué decir, así que me limité a reprenderla por ser tan frívola.

La inesperada noticia —el hecho de que tía Rose no hubiera muerto tranquila, como me había dicho Umberto— hizo que se me formara un nudo asfixiante en la garganta.

—¿Qué? —espetó ella con voz pastosa—. ¿Crees que fue divertido pasar la noche en la sala de interrogatorios, respondiendo a todas esas preguntas sobre si... —le costó decirlo— la quería?

Estudí su perfil, preguntándome cuándo la había visto llorar por última vez. Con el rímel corrido y la ropa desaliñada de la caída, hasta parecía humana y casi agradable, quizá por el dolor del tobillo, la tristeza y la desilusión. De pronto consciente de que, para variar, tendría que ser yo la fuerte, me armé de valor y procuré que se olvidara momentáneamente de la pobre tía Rose.

—¡No lo entiendo! ¿Dónde demonios estaba Umberto?

—¡Ja! —La pregunta le permitió recobrar parte de su energía—. ¿Te refieres a *Luciano*? —Me miró para asegurarse de que me había dejado pasmada—. Pues sí. El bueno de Birdie era un fugitivo, un forajido, un mañoso..., llámalo como quieras. Ha estado escondiéndose todos estos años en nuestro jardín de rosas mientras la poli y la mafia lo buscaban. Al parecer, sus colegas mañosos lo localizaron y... —chascó los dedos con la mano libre—, ¡zas!, desapareció.

Inspiré profundamente y tragué saliva para no echar el brebaje de Malena, que, supuestamente, iba a ponerme contenta, pero en realidad me sabía a angustia.

—No se llamará... Luciano Salimbeni, ¿verdad?

Mi dominio la dejó tan atónita que olvidó que no podía apoyar el pie izquierdo.

—¡Vaya! —exclamó retirando el brazo de mi hombro—. ¡Ya veo que estás muy metida en esto!

Tía Rose solía decir que había contratado a Umberto por su tarta de cerezas y,

aunque no era del todo falso —los postres se le daban de miedo—, lo cierto era que no sabía prescindir de él. Umberto se ocupaba de la cocina, del jardín, del mantenimiento de la casa, pero lo más admirable era que lograba que su contribución pareciera nimia al lado de las inmensas tareas llevadas a cabo por la propia tía Rose, como preparar centros florales para la mesa del comedor o buscar palabras difíciles en el diccionario.

La verdadera habilidad de Umberto era conseguir que nos creyéramos autosuficientes. Casi parecía que considerara fallidos sus empeños si detectábamos su toque en las bendiciones que recibíamos; era una especie de Santa Claus perpetuo que sólo gustaba de regalar a quienes dormían profundamente.

Como casi todo en nuestra infancia, la llegada de Umberto a nuestras vidas norteamericanas se hallaba cubierta por un velo de silencio. Ni Janice ni yo recordábamos un momento en que él no hubiera estado presente. Cuando alguna vez, tumbadas en la cama, bajo el escrutinio de la luna llena, competíamos por recordar nuestra exótica infancia en la Toscana, él siempre aparecía en la foto.

En cierto modo, lo quería más que a tía Rose, porque siempre me defendía y me llamaba «princesita». Aunque nunca fue explícito, sé que todas notábamos que detestaba los deplorables modales de Janice, y me apoyaba discretamente cuando decidía no emular sus travesuras.

Cuando Janice le pedía que nos contara un cuento, recurría a alguna fábula en la que alguien terminaba decapitado; en cambio, si yo me acurrucaba en el banco de la cocina, me traía las galletas especiales de la lata azul y me contaba historias interminables de caballeros, doncellas y tesoros enterrados. Cuando crecí lo bastante para entenderlo, empezó a prometerme que algún día Janice recibiría su merecido, que dondequiera que fuese llevaría consigo un ineludible pedazo de infierno, porque ella era el infierno y, con el tiempo, se convertiría en su peor castigo; yo, sin embargo, era una princesa, y un día —si lograba apartarme de influencias corruptoras y errores irreversibles— conocería a un príncipe guapísimo y encontraría mi propio reino mágico.

¿Cómo no iba a quererlo?

Era más de mediodía cuando terminamos de ponernos al corriente. Janice me contó todo cuanto la policía le había dicho de Umberto —o más bien de Luciano Salimbeni—, que no era mucho, y yo le conté lo que me había sucedido en Siena desde mi llegada, que sí era mucho.

Acabamos comiendo en la piazza del Mercato, con vistas a la via dei Malcontenti y a un valle de un verde intenso. El camarero nos comentó que, al otro lado del valle, corría una lúgubre calle de una sola dirección, la via di Porta Giustizia, al final de la cual, antiguamente, se ejecutaba de forma pública a los criminales.

—Genial —soltó Janice, sorbiendo la sopa *ribollita* con los codos clavados en la

mesa, libre ya de su fugaz tristeza—. No me extraña que al bueno de Birdie no le apeteciera volver.

—Aún no me lo creo —mascullé, escarbando en mi comida. Sólo de ver comer a Janice se me quitaba el apetito, por no hablar de las sorpresas que había traído consigo—. Si de verdad mató a papá y a mamá, ¿por qué no nos mató también a nosotras?

—¿Sabes? —dijo Janice—, alguna vez me pareció que iba a hacerlo. Lo digo en serio. Tenía esa mirada de asesino en serie...

—Tal vez se sentía culpable por lo que había hecho... —propuse.

—O tal vez —me interrumpió— sabía que nos necesitaba, por lo menos *a ti*, para conseguir el cofre de mamá que guardaba el señor Macarroni.

—Supongo que pudo ser él quien contrató a Bruno Carrera para que me siguiese —añadí, tratando de aplicar la lógica donde la lógica no bastaba.

—¡Obviamente! —Janice puso los ojos en blanco—. ¡Y puedes estar bien segura de que también tiene controlado a tu noviete! Le dirigí una mirada furiosa que ni siquiera pareció notar.

—Espero que no te refieras a Alessandro...

—Mmm..., Alessandro —paladeó su nombre como si de un bombón se tratase—. La espera ha merecido la pena, Jules, eso no te lo voy a negar. Lástima que ya se esté acostando con Birdie.

—¡Qué asquerosa eres! —le espeté, sin dejar que me disgustara—. Además, te equivocas.

—¿Ah, sí? —No le gustaba equivocarse—. ¿Y por qué entró a robar en tu habitación?

—¿Qué?

—Sí, sí... —saboreó la última rebanada de pan con aceite de oliva—, la noche en que te salvé de Bruno Piesdegoma y terminaste pedo en casa del pintor, Alessandro se lo estaba pasando en grande en tu cuarto. ¿No me crees? —Se metió la mano en el bolsillo, satisfecha de poder rebatirme la sospecha—. Échale un ojo.

Sacó un móvil y me enseñó unas fotos borrosas de alguien que trepaba por mi balcón. Resultaba difícil saber si era Alessandro, pero Janice insistió en que así era, y la conocía lo bastante para reconocer la sinceridad en la tensión de sus labios.

—Lo siento —dijo casi como si fuera cierto—. Sé que te fastidio tu pequeña fantasía, pero he supuesto que querrías saber que tu Winnie the Pooh no busca sólo la miel.

Le devolví el móvil sin saber qué decir. Había tenido que digerir demasiadas cosas durante las últimas horas y estaba completamente saturada. Primero Romeo, muerto y enterrado; luego Umberto, reconvertido en Luciano Salimbeni, y ahora Alessandro...

—¡No me mires así! —me susurró furiosa Janice, usurpándome la superioridad moral con su habitual destreza—. ¡Te estoy haciendo un favor! Imagina que hubieras seguido adelante y te hubieras enamorado de ese tío para luego descubrir que lo único que le interesa son las joyas de la familia.

—¿Por qué no me haces otro favor —le dije recostándome en la silla para alejarme todo lo posible de su argumento— y me explicas cómo me has encontrado y a qué ha venido todo el teatro de Romeo?

—¡Ni una palabra de agradecimiento! ¡La historia de mi vida! —Janice se llevó la mano al bolsillo una vez más—. Si no hubiera ahuyentado a Bruno, ahora estarías muerta. Pero mira lo que te importa. ¡Sólo sabes protestar! —Tiró una carta sobre la mesa que estuvo a punto de caer en el cuenco de la salsa—. Toma. Míralo tú misma. Ésta es la *auténtica* carta de tía Rose que me dio el *auténtico* señor Gallagher. Respira profundamente. Es todo lo que nos ha dejado.

Mientras Janice se encendía el cigarrillo de la semana con manos temblorosas, sacudí las migas del sobre y extraje la carta. Eran ocho folios repletos de la caligrafía de tía Rose y, si la fecha era correcta, el documento había llegado hasta el señor Gallagher hacía varios años. Decía lo siguiente:

Mis queridas niñas:

A menudo me habéis preguntado por vuestra madre y nunca os he contado toda la verdad, por vuestro bien. Temía que, si sabíais cómo era, intentarais imitarla. Pero no quiero llevármelo a la tumba, así que aquí tenéis lo que no me he atrevido a contaros antes.

Ya sabéis que Diane se vino a vivir conmigo cuando murieron sus padres y su hermano, pero nunca os he contado cómo ocurrió. Fue muy triste y duro para ella, jamás lo superó. Tuvieron un accidente en carretera, un día festivo de mucho tráfico y, según me contó, fue culpa suya por discutir con su hermano. Era Nochebuena. Creo que nunca se lo perdonó. Jamás abría sus regalos. Era una chica muy religiosa, mucho más que su anciana tía, sobre todo en Navidad. Ojalá hubiera podido ayudarla, pero en aquella época, no se iba al médico por cualquier cosa.

Le interesaba mucho la genealogía. Creía que nuestra familia descendía de la nobleza italiana por parte materna, y me dijo que, antes de morir, mi madre le había contado un secreto. Me pareció muy raro que mi madre le hubiese contado a su nieta algo que no nos había contado ni a María ni mí, sus hijas, y jamás creí una palabra de todo aquello, pero ella era muy testaruda y seguía diciendo que descendíamos de la Julieta de Shakespeare y que pesaba una maldición sobre nuestro linaje. También decía que por eso Jim y yo no habíamos tenido hijos y sus padres y su hermano habían muerto. Cuando hablaba de ese

modo, no le prestaba mucha atención, simplemente la dejaba hablar. Después de su muerte empecé a pensar que debería haber hecho algo para ayudarla, pero ahora ya es demasiado tarde.

El pobre Jim y yo intentamos que terminara sus estudios, pero era muy inconstante. Antes de que nos diéramos cuenta, había hecho la mochila y se había ido a Europa, y lo siguiente que supimos de ella fue que iba a casarse con un profesor italiano. No fui a la boda. El pobre Jim estaba muy enfermo por aquel entonces, y tras su muerte no me apetecía viajar. Ahora lo lamento. Diane estaba sola, embarazada de gemelas; después, su marido falleció en un terrible incendio, así que ni siquiera llegué a conocerlo.

Le escribí muchas cartas pidiéndole que volviera, pero no quiso; era muy cabezota. Se había comprado una casa y estaba empeñada en continuar con la investigación de su marido. Por teléfono, me contó que se había pasado la vida buscando un tesoro familiar que pondría fin a la maldición, pero yo no creí una sola palabra. Le dije que no era muy sensato casarte con un miembro de tu propia familia, aunque fuera un pariente lejano, pero me respondió que tenía que hacerlo porque ella llevaba los genes Tolomei de su madre y de su abuela y él llevaba el apellido, y ambos debían ir juntos. Era todo muy raro, la verdad. A vosotras dos os bautizaron en Siena, y os llamaron Giulietta y Giannoza. Según Diane, los nombres eran una tradición familiar.

Intenté por todos los medios que volviera, de visita, le proponía, y hasta le compramos los billetes, pero estaba demasiado metida en su investigación y no paraba de decir que se hallaba muy cerca de encontrar el tesoro y que tenía que ver a un hombre por algo de un antiguo anillo. Una mañana me llamó un policía de Siena para decirme que había habido un accidente terrible y que vuestra pobre madre había muerto. Me contó que vosotras estabais con vuestros padrinos pero que podíais correr peligro y que debía ir a buscaros en seguida. Cuando fui a por vosotras, la policía me preguntó si Diane me había hablado alguna vez de un tal Luciano Salimbeni, y eso me asustó mucho. Querían que asistiera a una vista, pero yo tenía tanto miedo que cogí el primer avión a casa y os llevé conmigo sin esperar siquiera la tramitación de los papeles de la adopción. Os cambié el nombre. A Giulietta la llamé Juliet, y a Giannoza, Janice y, en lugar de Tolomei, os puse mi apellido, Jacobs. No quería que ningún italiano chiflado viniera a buscaros o se empeñara en adoptaros. Incluso contraté a Umberto para que os protegiera y estuviese al tanto por si aparecía el tal Luciano Salimbeni. Por suerte, nunca más volvimos a oír hablar de él.

No sé mucho de lo que Diane hizo sola en Siena esos años, pero creo que encontró algo muy valioso y que lo dejó allí para que vosotras fuerais a buscarlo. Espero que, si lo encontráis, lo compartáis como buenas hermanas.

Además, tenía una casa, y su marido era rico. Si os dejó algo de valor en Siena, ¿podrías encargarnos también de Umberto?

Me duele mucho decirlo, pero no soy tan pudiente como pensáis. He estado viviendo de la pensión del pobre Jim, pero, cuando muera, no quedará nada para vosotras, sólo deudas. Tal vez debería habérselo dicho, pero nunca se me han dado bien estas cosas.

Ojalá supiera más del tesoro de Diane. A veces hablaba de ello, pero yo no escuchaba. Pensaba que era sólo otra de sus locuras, aunque hay un hombre en el banco del palazzo Tolomei que quizá os ayude. Por más que lo intento, no logro recordar su nombre. Era el asesor financiero de vuestra madre y bastante joven, me parece, así que puede que aún viva.

Si decidís ir allí, no olvidéis que hay personas en Siena que creen en las mismas historias que vuestra madre. Ojalá le hubiera prestado más atención cuando me hablaba de todo aquello. No le digáis a nadie cómo os llamáis realmente, salvo al hombre del banco. Quizá él pueda ayudaros a encontrar la casa. Me gustaría que fuerais juntas. Diane lo habría querido así. Deberíamos haber ido hace años, pero tenía miedo de que os pasara algo.

Ahora ya sabéis que no os he dejado nada de lo que podáis vivir, pero espero que, gracias a esta carta, podáis encontrar lo que os legó vuestra madre. Esta mañana he quedado con el señor Gallagher. Yo no debería haber vivido tanto; cuando muera, no quedará nada, ni siquiera los recuerdos, porque no quise conocerlos. Siempre temí que salierais corriendo como Diane y os metierais en algún lío. Ahora sé que os meteréis en líos dondequiera que vayáis. Conozco bien esa mirada vuestra, la misma de Diane, y quiero que sepáis que rezo por vosotras todos los días.

Umberto sabe dónde se guardan las instrucciones para el funeral.

¡Que Dios bendiga vuestros inocentes corazones!

*Con muchísimo cariño,
Tía Rose*

V. III

¿No queda ya piedad en los cielos? ¿Nadie puede llegar hasta el pozo de mi dolor?

Siena, 1340

Atrapada en su habitación en lo más alto de la torre Tolomei, Giulietta no se enteraba de lo que sucedía en la ciudad. La habían tenido allí encerrada desde el día del funeral de Tebaldo, sin permitirle recibir visitas. Los guardias de Tolomei habían claveteado las contraventanas y le pasaban la comida por una ranura de la puerta, claro que eso daba igual, porque llevaba sin comer más tiempo que en toda su vida.

Durante las primeras horas de su reclusión, había rogado que la dejaran salir a cualquiera que la oyese al otro lado de la puerta.

—¡Tía bendita! —le había instado con la mejilla húmeda por las lágrimas pegada a la puerta—. ¡Por favor, no me tratéis así! ¡Recordad de quién soy hija...! ¿Primos queridos? ¿Me oís?

Al ver que nadie se dignaba responder, había empezado a gritarles a los guardias, maldiciéndolos por acatar las órdenes de un demonio disfrazado de hombre.

Finalmente, como contestaba una sola palabra, se dio por vencida. Debilitada por la pena, se tumbó en la cama y se cubrió la cabeza con una sábana, incapaz de pensar más que en el cuerpo maltratado de Romeo y en su impotencia para impedir una muerte tan espantosa. Sólo entonces se acercaron a su puerta los aprensivos criados para ofrecerle comida y bebida, pero ella lo rechazó todo, hasta el agua, con la esperanza de acelerar su propia muerte y seguir a su amado al paraíso antes de que fuera muy lejos.

Lo único que le quedaba por hacer en la vida era escribir una carta secreta a su hermana. Pretendía ser una despedida, pero, al final, se convirtió en una de tantas, escrita a la luz de la vela y oculta junto a las otras bajo una tabla suelta del suelo. Y pensar —le escribió— que este mundo y todo cuanto había en él habían llegado a fascinarla en su día; ahora entendía que fray Lorenzo siempre había tenido razón.

—El mundo de los mortales es un mundo de polvo —solía decirle—. Cuando uno lo pisa, se desmorona bajo sus pies y, si no se anda con cuidado, uno se precipita al limbo.

Ese limbo debía de ser donde ella se encontraba entonces, pensó, un abismo desde el que no se oía ninguna oración.

Giannoza, su hermana, Giulietta lo sabía bien, no era ajena a esa clase de desgracia. A pesar del noble empeño en que sus hijas aprendieran a leer y escribir, en cuanto al matrimonio, su padre había sido siempre un anticuado. Para él, una hija era

una especie de embajadora a la que podía enviarse a forjar una alianza con alguna persona importante de otro lugar; por esa razón, cuando el primo de su esposa —un noble propietario de una finca inmensa al norte de Roma— había manifestado su interés por estrechar lazos con los Tolomei, su padre había comunicado a Giuletta que debía ir ella. A fin de cuentas, era cuatro minutos mayor que su hermana Giannoza, y es obligación de la mayor ser la primera.

Al enterarse de la noticia, las hermanas habían pasado muchos días llorando ante la perspectiva de tener que separarse y vivir tan lejos la una de la otra, pero su padre se mostró inflexible, y aún más su madre —después de todo, era su primo, no un desconocido—, y al final las jóvenes se habían acercado a sus progenitores con una humilde propuesta.

—Padre —comenzó Giannoza, la única lo bastante atrevida para hablar por las dos—, a Giuletta le honran los planes que tenéis para ella, pero os suplica que consideréis la posibilidad de enviarme a mí en su lugar. Lo cierto es que siempre ha sentido cierta inclinación por el convento y teme que sólo sería buena esposa de Cristo. Yo, en cambio, no me opongo a un matrimonio terrenal; de hecho, creo me gustaría llevar mi propia casa. Por eso nos preguntábamos... —miró por primera vez a su madre, buscando su aquiescencia— si podríais despacharnos a las dos juntas, a mí de novia y a Giuletta de novicia a un convento próximo. De ese modo, podremos vernos siempre que queramos y no tendréis que preocuparos de nuestro bienestar.

Al ver que Giuletta se resistía tanto al matrimonio, su padre accedió al fin a permitir que Giannoza ocupara su lugar, pero, en lo relativo a la otra parte del plan, se mostró remiso.

—Si Giuletta no quiere casarse ahora —proclamó sentado tras su enorme escritorio, cruzado de brazos—, se casará más adelante, cuando se le pase esa... tontería. —Después meneó la cabeza, furioso por aquella intromisión en sus asuntos—. ¡Jamás debería haberos enseñado a leer, niñas! Sospecho que habéis estado leyendo la Biblia a mis espaldas..., ¡más que suficiente para llenarle de pájaros la cabeza a una muchacha!

—Pero padre...

Sólo entonces se adelantó su madre, con la mirada encendida.

—¡Vergüenza debería daros poner a vuestro padre en este aprieto! —espetó furibunda—. ¡No somos pobres y le pedís que se porte como si lo fuéramos! ¡Las dos tenéis dotes lo bastante sustanciosas para tentar a un príncipe! Sin embargo, hemos sido selectivos. Muchos han venido a rondarte, Giuletta, pero tu padre los ha rechazado a todos porque sabía que podíamos encontrarte algo mejor. ¿Y ahora quieres que se regocije de verte convertida en monja, como si no tuviéramos medios ni contactos suficientes para casarte? ¡Vergüenza debería darte anteponer tus propios deseos egoístas a la dignidad de tu familia!

Y así Giannozza se había casado con un noble al que no había visto nunca y había pasado la noche de bodas con un hombre que le triplicaba la edad, tenía los ojos de su madre y las manos de un extraño. Cuando se despidió de su familia a la mañana siguiente —para abandonar su hogar al lado de su esposo— se había colgado del cuello de todos ellos, sin mediar palabra, con los labios bien prietos para no maldecir a sus padres.

Las palabras llegaron después, en cartas interminables remitidas desde su nuevo hogar, no directamente a Giulietta, sino a su amigo fray Lorenzo, que podía hacérselas llegar en secreto mientras la confesaba en la capilla. Eran cartas que Giulietta jamás olvidaría, que la atormentarían siempre y mencionarían a menudo en las suyas, como cuando coincidía con su hermana en que «existen en este mundo, como bien dices, hombres que viven sólo del mal, de ver sufrir a otros». Sin embargo, siempre animaba a su hermana a que viera el lado bueno de las cosas —su esposo era un hombre mayor y enfermizo que seguramente moriría cuando ella aún fuera joven, y, aunque no la dejara salir de casa, al menos las vistas desde el castillo eran magníficas—, e incluso se atrevía a señalar que «al contrario de lo que dices, hermana, puede encontrarse *algo* de placer en la compañía de un hombre. No todos están completamente podridos».

En cambio, en la carta de despedida escrita a Giannozza desde su prisión el día después del funeral de Tebaldo, Giulietta ya no pudo hablar tan animadamente del futuro. «Tú tenías razón, yo estaba equivocada —se limitó a decirle—. Cuando la vida duele más que la muerte, no merece la pena vivir».

Y así había decidido morir, rechazar todo alimento hasta que su cuerpo se rindiera y liberar su alma para unirse a Romeo. Pero, al tercer día de su huelga de hambre —con los labios secos y la cabeza a punto de estallarle—, empezó a obsesionarla otra idea: a qué parte del paraíso tendría que ir para encontrarlo. Por fuerza debía de ser un lugar inmenso, y no había forma de saber si los mandarían a los dos a la misma zona. De hecho, temía que no fuera así.

Aunque ella no fuese completamente intachable a los ojos de Dios, aún era doncella; Romeo, en cambio, había dejado tras de sí un reguero de travesuras. Además, no había habido ritos funerarios por él, ni se había rezado por su alma, con lo que probablemente ni siquiera fuera al paraíso. Quizá estuviera condenado a vagar por ahí como un fantasma, herido y ensangrentado, hasta que algún buen samaritano —si lo había— se apiadara de él y diese sepultura a su cuerpo.

Giulietta se incorporó en la cama sobresaltada. Si ella moría, ¿quién enterraría a Romeo como era debido? Si dejaba que los Tolomei encontraran el cuerpo la próxima vez que falleciese alguien de la familia —muy probablemente ella misma—, sin la menor duda darían a su cuerpo cualquier cosa menos descanso. No, pensó, cogiendo al fin el agua —sus débiles dedos apenas capaces de asir la taza—, tendría que seguir

viviendo hasta que pudiera hablar con fray Lorenzo y exponerle la situación.

¿Dónde demonios se había metido el fraile? Giulietta, compungida, no había querido hablar con nadie, ni siquiera con su gran amigo, y había sido un alivio que no hubiera ido a verla. Pero ahora que había puesto el alma en un plan que no podía ejecutar sola, estaba furiosa con él por no estar a su lado. Sólo tras engullir toda la comida que encontró en la habitación, se le ocurrió que quizá su tío Tolomei le había prohibido las visitas al fraile con el fin de evitar que divulgara los pormenores de su desgracia.

Mientras paseaba nerviosa de un lado a otro del cuarto, deteniéndose de vez en cuando a mirar por una rendija de las contraventanas selladas para ver qué hora del día era, Giulietta concluyó que la muerte tendría que esperar, no porque deseara vivir, sino porque quedaban dos cosas en este mundo que sólo ella podía hacer: una era encontrar a fray Lorenzo —o cualquier otro hombre santo más pronto a obedecer las leyes de Dios que las de su tío— y encargarle que enterrara a Romeo debidamente; la otra era hacer sufrir a Salimbeni como ningún hombre había sufrido jamás.

La señora Agnese murió el día de Todos los Santos, tras pasar en cama más de medio año. Se decía que la pobre mujer había aguantado tanto sólo por fastidiar a su esposo, el señor Salimbeni, que tenía preparado el traje de boda desde su compromiso con Giulietta en el mes de agosto.

El sepelio tuvo lugar en Rocca di Tentennano, la inexpugnable fortaleza de Salimbeni en Val d'Orcia. Tan pronto echó tierra sobre el féretro, el viudo salió para Siena con la presteza de un cupido alado. Sólo un joven lo acompañó de regreso a la ciudad: Niño, su hijo de diecinueve años —asesino empedernido del Palio, según algunos—, cuya madre había ocupado el panteón familiar varios años antes que la señora Agnese como consecuencia de una afección similar, comúnmente conocida como abandono.

La tradición exigía un período de luto tras una pérdida semejante, pero a pocos les extrañó volver a ver al gran hombre tan pronto en la ciudad. Salimbeni era conocido por su celeridad mental: mientras otros lloraban varios días la muerte de una esposa o de un hijo, él se olvidaba de todo al cabo de unas horas, y jamás pasaba por alto una operación comercial importante.

A pesar de sus turbios negocios y su perenne enemistad con los Tolomei, Salimbeni era un hombre al que muchos no podían evitar admirar hasta la adulación servil. Siempre que asistía a alguna reunión se convertía en el centro de atención indiscutible y, cuando se proponía divertir, provocaba la carcajada general, aunque nadie hubiera oído lo que había dicho. Su generosidad le granjeaba el afecto instantáneo de los desconocidos, y sus clientes sabían que, una vez se ganaran su confianza, recibirían abundantes compensaciones. Como conocía mejor que nadie la dinámica de la ciudad, sabía perfectamente cuándo alimentar al pobre y cuándo

plantar cara al gobierno. No era casualidad que le gustara vestir como un emperador romano, con su exquisita toga de lana de ribetes escarlatas, porque gobernaba la ciudad de Siena como si fuese su imperio y a todo aquel que se opusiera a su autoridad se lo consideraba traidor a la ciudad entera.

Dado el saber político y fiscal de Salimbeni, asombraba al pueblo de Siena su insistente encaprichamiento de la melancólica sobrina de Tolomei. Allí estaba, inclinándose ante su pálida figura en misa cuando ella ni siquiera lo soportaba. Giulietta no sólo lo despreciaba por lo que le había hecho a su familia —su tragedia ya era del dominio público—, sino también por haber expulsado de la ciudad a su amado Romeo tras culparlo del dudoso asesinato de Tebaldo Tolomei.

¿Por qué, se preguntaba la gente, un hombre de la talla de Salimbeni ponía en peligro su dignidad por casarse con una joven que no lo querría jamás aunque los dos vivieran mil años? Giulietta era hermosa, y había muchos jóvenes que anhelaban sus labios perfectos y sus ojos soñadores, pero era muy distinto que un hombre asentado como Salimbeni tirara por la borda su dignidad y la reclamara para sí tan pronto como desapareciera el amor de ella y falleciera la esposa de él.

—¡Es una cuestión de honor! —decían quienes aprobaban el compromiso—. Romeo se disputó a Giulietta y esa disputa sólo tenía un resultado lógico: el vencedor vivía, el perdedor moría y la dama era del que quedaba, la quisiera o no.

Otros, más cándidos, veían la mano del diablo en los actos de Salimbeni.

—He ahí un hombre cuyo poder nadie controla hace tiempo —le susurraban al maestro Ambrogio por las noches, en las tabernas, delante de un vaso de vino—. Ese poder se ha tornado maligno y, como tal, constituye una amenaza para nosotros y para él. Vos mismo lo habéis dicho, maestro: las virtudes de Salimbeni han madurado hasta convertirse en vicios y, ya saciado, su inmenso apetito de gloria e influencia buscará inevitablemente nuevas fuentes de las que beber.

No había que hurgar mucho para encontrar ejemplos: ciertas féminas sienesas habrían dado fe gustosas de las maneras cada vez más perversas de Salimbeni.

Según le había contado una señora al maestro, Salimbeni, que siempre había querido complacer y ser complacido, había empezado a rechazar a las que se mostraban demasiado dispuestas a satisfacer sus deseos. Buscaba mujeres difíciles, incluso hostiles, que le dieran motivos para ejercer su dominio plenamente, y nada lo complacía más que el encuentro con una —con frecuencia, una atrevida forastera recién llegada— que aún no supiera que él era un hombre al que había que obedecer.

Pero hasta las forasteras atrevidas se dejaban aconsejar y, al poco, para su contrariedad, Salimbeni empezó a toparse con sonrisas y chanzas repulsivas cada vez que salía al centro vestido con lo que él consideraba un disfraz. Casi todos los propietarios de negocios habrían querido cerrarle las puertas al voraz cliente, pero, al no haber quien quisiera aplicar la ley a aquel tirano, ¿cómo iban a verse libres de tales

infracciones los pobres comerciantes? Así que seguía la sátira y su intérprete continuaba la búsqueda perenne de desafíos dignos de su potestad, mientras el coro de gente que dejaba a su paso podía hacer poco más que transmitir a otros los innumerables peligros de su orgullo desmedido y la trágica cegazón que derivaba invariablemente de ellos.

—¿Veis, maestro? —concluyó la señora, encantada de intercambiar chismes con vecinos que no escupieran al verla—, la obsesión de ese individuo con esa joven no es ningún misterio. —Se apoyó en la escoba y le hizo una seña para que se acercara, inquieta de que pudieran oírla—. Hablamos de una joven, una criatura nubil y preciosa, que no sólo es la sobrina de su enemigo, sino que, por sí misma, tiene razones sobradas para despreciarlo. No hay riesgo de que su fiera resistencia se torne en dulce sumisión, no existe la posibilidad de que ella lo invite voluntariamente a ocupar su lecho. ¿Lo entiende, maestro? Al casarse con ella, Salimbeni se asegura una fuente inagotable de su afrodisíaco favorito: el odio.

La boda de Salimbeni tuvo lugar una semana y un día después del funeral de su esposa. Con la tierra del cementerio aún entre las uñas, el viudo no dudó en arrastrar al altar a su siguiente esposa, para que inyectara en su mermado árbol genealógico la noble sangre de los Tolomei.

A pesar de su carisma y su generosidad, aquel desvergonzado despliegue de egoísmo asqueó a los sieneses. Cuando el cortejo nupcial cruzó la ciudad, más de un observador comentó su parecido con los desfiles militares de los romanos: el botín de tierras lejanas, hombres y bestias antes nunca vistos y una dama a caballo coronada para su escarnio, todo ello presentado a la muchedumbre boquiabierta que salpicaba el camino por un general exultante que los saludaba desde un carro.

Ver al tirano en toda su gloria reforzó las murmuraciones que lo habían seguido a todas partes desde el Palio. Aquél era un hombre —decían algunos— que no había asesinado una sola vez, sino que lo hacía siempre que le placía y, sin embargo, nadie se atrevía a reprochárselo. Ciertamente alguien que podía escabullirse de tamaños delitos —y organizarse un casamiento con una joven que lo despreciaba— era alguien que podía hacerle cualquier cosa a cualquiera, y que no dudaría en hacerlo.

Al borde del camino, bajo la llovizna otoñal, mientras contemplaba a la mujer en cuyo camino se habían cruzado todas las estrellas del firmamento, el maestro Ambrogio se sorprendió rezando para que alguien salvara a Giulietta de ese destino. A los ojos de la multitud, no era menos hermosa entonces que antes, pero era evidente para el pintor —que no había vuelto a verla desde la víspera del Palio fatal— que la suya era ahora más la belleza pétreo de Atenea que el encanto risueño de Afrodita.

Cuánto le habría gustado que Romeo hubiera vuelto a Siena en ese mismo instante, acompañado de un pelotón de soldados extranjeros, para arrebatarse a la dama al tirano antes de que fuese demasiado tarde. Pero Romeo, decía la gente

negando con la cabeza, había huido a tierras lejanas y buscaba consuelo en las mujeres y la bebida donde sabía que Salimbeni jamás daría con él.

De pronto, allí de pie, encapuchado para protegerse de la lluvia, el artista supo cómo concluir el enorme fresco del Palazzo Pubblico. Debía haber una novia, una joven triste absorta en recuerdos amargos, y un hombre que dejaba la ciudad a caballo pero que, recostado en la silla de su rocín, escuchaba la plegaria de un pintor. Sólo confesando a la pared silenciosa su inquietud lograría aliviar el dolor de su corazón en tan aciago día, pensó el maestro.

Giulietta supo en cuanto terminó el desayuno que ésa sería su última comida en el palazzo Tolomei: la señora Antonia le había echado algo en la comida para calmarla. Poco sabía su tía que Giulietta no tenía intención de impedir la boda negándose a asistir. ¿De qué otro modo podría acercarse a Salimbeni lo bastante como para hacerle sufrir?

Lo veía todo como en una nebulosa —el cortejo nupcial, la multitud pasmada, los serios ocupantes de la oscura catedral—, y sólo cuando Salimbeni le levantó el velo para que el obispo y los perplejos invitados vieses la corona nupcial salió ella de su trance y reparó en los aspavientos y en la proximidad de él.

La tiara era una joya indecente de oro y brillantes, que rivalizaba con cualquier cosa que se hubiera visto antes, en Siena o en otra parte. Era un tesoro más propio de la realeza que de una campesina taciturna, claro que en realidad no era para ella, sino para él.

—¿Te gusta mi obsequio? —le preguntó, escudriñándola—. Tiene dos zafiros egipcios que me recordaron a tus ojos. De valor incalculable. Como parecían tan desamparados, los he acompañado de dos esmeraldas egipcias que me recuerdan el modo en que te miraba ese tipo, Romeo. —Sonrió al verla espantarse—. Dime, querida, ¿no te parezco generoso?

Giulietta tuvo que armarse de valor para poder dirigirse a él.

—Sois más que generoso, mi señor.

Él rio a carcajadas a causa de su respuesta.

—Me alegra saberlo. Creo que tú y yo vamos a llevarnos muy bien.

Sin embargo, el obispo, que había oído el cruel comentario, no se mostró muy satisfecho. Tampoco los clérigos, que, tras asistir al banquete, entraron en la alcoba nupcial para consagrarla con agua bendita e incienso y encontraron el *cencío* de Romeo extendido sobre la cama.

—¡Mi señor Salimbeni, no podéis adornar vuestra cama con ese *cencío*! —protestaron.

—¿Por qué no? —inquirió él, copa de vino en ristre y músicos a remolque.

—Porque pertenece a otro —replicaron—. La Virgen se lo entregó a Romeo Marescotti, y está destinado a cubrir su cama solamente. ¿Acaso queréis desafiar la

voluntad del cielo?

Pero Giulietta sabía muy bien por qué Salimbeni había extendido el *cencío* sobre la cama, por la misma razón por la que había elegido las esmeraldas verdes para la tiara nupcial: recordarle que Romeo estaba muerto y que no podía hacer nada por recuperarlo.

Al final, Salimbeni echó a los clérigos sin recibir la bendición por parte de éstos y, cuando estuvo harto de las lisonjas de los invitados borrachos, los echó a ellos también, junto con los músicos. Aunque a algunos les sorprendió la repentina brusquedad de su patrón, todos entendieron la razón por la que había puesto fin a la fiesta: Giulietta estaba sentada en un rincón, más dormida que despierta, pero, aun en su desmadejamiento, demasiado hermosa para dejarla sola mucho más tiempo.

Mientras Salimbeni se ocupaba de despedirlos a todos y de agradecer sus parabienes, la joven vio la ocasión de coger un cuchillo de la mesa del convite y escondérselo bajo la ropa. No le había quitado el ojo de encima a esa arma concreta en toda la noche, y había observado cómo atrapaba la luz de las velas cuando los criados la usaban para servir la carne a los invitados. Aun antes de tenerla en la mano, ya había planeado cómo trincharía con ella a su odioso marido. Sabía por las cartas de Giannozza que —siendo ésa su noche de bodas— llegaría un momento en que Salimbeni se acercaría a ella con ganas de todo menos de pelea, y sabía también que ése era el momento en que debía atacar.

Ansiaba hacerle tanto daño que la cama se empapara de su sangre en vez de la de ella, pero, sobre todo, anhelaba saborear su reacción a la mutilación que iba a causarle antes de hundirle la hoja en su diabólico corazón.

Después, aún no sabía qué haría. Como no había podido comunicarse con fray Lorenzo desde la noche del Palio —y no había encontrado otro oído compasivo que lo reemplazara—, sabía que, muy probablemente, el cuerpo de Romeo aún yacía sin enterrar en el panteón de los Tolomei. Era concebible que su tía, la señora Antonia, hubiera vuelto a la tumba de Tebaldo al día siguiente para rezar y encenderle una vela, pero sospechaba que, de haberse topado con el cadáver del supuesto asesino de su hijo, no sólo ella sino toda Siena se habrían enterado ya, o habrían visto a la compungida madre arrastrarlo por las calles sujeto de los tobillos a un carruaje.

Cuando Salimbeni se reunió con Giulietta en la alcoba iluminada por las velas, ella apenas había terminado de rezar sus oraciones, y todavía no había decidido dónde esconder el cuchillo. Al volverse hacia el intruso, la sorprendió encontrarlo vestido con poco más que una túnica; verlo armado le habría resultado menos inquietante que verle los brazos y las piernas desnudos.

—Creo que es costumbre —dijo Giulietta con voz trémula— conceder tiempo a la esposa para que se prepare...

—¡Yo creo que ya estás más que lista! —Salimbeni cerró la puerta y, acercándose

a ella, la cogió por la barbilla. Luego sonrió—. Por mucho que me hagas esperar, nunca seré el hombre al que quieres.

Giulietta tragó saliva, asqueada por sus caricias y su olor.

—Pero vos sois mi marido... —empezó, sumisa.

—¿Ahora sí lo soy? —la miró divertido, con la cabeza ladeada—. Entonces, ¿por qué no me recibes con más entusiasmo, mi amor? ¿A qué se debe esa mirada tan fría?

—No... —le costaba pronunciar las palabras— estoy acostumbrada a vuestra presencia.

—Me decepcionas —replicó él con una siniestra sonrisa—. Me habían dicho que eras más animosa. —Meneó la cabeza con fingida desesperación—. Empiezo a pensar que podría llegar a gustarte.

Como Giulietta no respondía, le llevó las manos al escote, buscando acceso a su pecho. El tacto de aquellos dedos codiciosos la espantó y, por un instante, olvidó su astuto plan de hacerle creer que la había conquistado.

—¿Cómo os atrevéis a tocarme, cerdo apestoso! —le bufó, tratando de zafarse de él—. ¡Dios no permitirá que me pongáis la mano encima!

Riendo satisfecho de tan repentina rebeldía, Salimbeni le hundió una zarpa en la melena para sujetarla mientras la besaba. Sólo cuando ella sufrió una arcada él le soltó la boca y le dijo, echándole el fétido aliento a la cara:

—Voy a contarte un secreto: a Dios le gusta mirar. —Dicho eso, la cogió en brazos y la soltó sobre la cama—. ¿Por qué iba a crear un cuerpo como el tuyo sino para mi disfrute?

En cuanto la soltó para quitarse el cinto, Giulietta reculó. Por desgracia, cuando la atrajo hacia sí tirándole de los tobillos, quedó al descubierto el cuchillo que llevaba bajo las faldas, sujeto al muslo. Sólo de verlo, su pretendida víctima se echó a reír a carcajadas.

—¡Una arma oculta! —exclamó, liberándolo y admirando su hoja impoluta—. Veo que sabes cómo complacerme.

—¡Canalla! —Giulietta intentó arrebatarárselo y a punto estuvo de cortarse—. ¡Es mío!

—¿Ah, sí? —Contempló el gesto desfigurado de ella, cada vez más divertido—. ¡Pues ve a por él! —Al segundo, el arma se clavó temblona en una viga de madera, inalcanzable. Cuando Giulietta, presa de la frustración, intentó patearlo, él volvió a tumbarla y la inmovilizó sobre el *cencío*, evitando que ella pudiera arañarle o escupirle a la cara—. Veamos —se mofó—, ¿qué otras sorpresas me tienes reservadas para esta noche, querida?

—¡Una maldición! —espetó con desdén, forcejeando—. ¡De todo lo que más queráis! Matasteis a mis padres y a Romeo. Arderéis en el infierno, ¡y yo bailaré sobre vuestra tumba!

Mientras yacía allí indefensa, desarmada, contemplando el rostro triunfante del hombre que debería haber estado ya postrado en un charco de sangre, desmembrado si no muerto, Giulietta tendría que haber estado desesperada. Y, durante unos instantes terribles, ciertamente lo estuvo.

Pero entonces ocurrió algo. Al principio fue poco más que un repentino calor que impregnó todo su cuerpo desde la cama, una especie de cálido cosquilleo, como si estuviese tumbada en una parrilla a fuego lento y, al notar que la sensación se intensificaba, se echó a reír. De pronto entendió que lo que experimentaba era un instante de éxtasis religioso, y que la Virgen obraba en ella un milagro a través del *cencío* en el que yacía.

Para Salimbeni, la risa histérica de Giulietta resultaba mucho más inquietante que cualquier insulto o arma que pudiera haberle lanzado, y la abofeteó una vez, dos veces, hasta tres, sin conseguir más que aumentar sus carcajadas desenfundadas. Desesperado por acallarla, empezó a tirarle de la seda que le cubría el pecho, pero su nerviosismo le impedía encontrar el modo de soltar la prenda. Maldiciendo a los sastres de Tolomei por la robustez de sus hilos, pasó a hurgar entre las faldas en busca de un punto de acceso menos protegido.

Giulietta no se inmutó. Siguió tendida, riendo, mientras Salimbeni se ponía en ridículo. Porque sabía, con una certeza que sólo podía venirle del cielo, que no le haría daño esa noche. Por mucho que se empeñara en ponerla en su sitio, la Virgen estaba de su lado, espada en ristre, para impedir que él la invadiera y proteger el *cencío* santo de un sacrilegio.

Riendo de nuevo, miró a su asaltante con los ojos llenos de júbilo.

—¿Me habéis oído? —preguntó sin más—. Estáis maldito, ¿no lo notáis?

Los sieneses sabían bien que los chismorreos o son una plaga o una bendición, dependiendo de si uno es o no el blanco de los mismos. Son arteros, persistentes y mortíferos; cuando lo eligen a uno, no paran hasta hundirlo. Si no pueden acorralarlo de una forma, varían y lo atacan desde arriba o desde abajo; siempre lo encuentran, por lejos que uno corra o por mucho que permanezca agazapado en silencio.

El maestro Ambrogio oyó el rumor por primera vez en la carnicería. Ese mismo día volvió a oírlo en la panadería y, al regresar a casa con la compra, ya sabía lo bastante para pensar que debía hacer algo al respecto.

Dejó a un lado la cesta de los víveres y, olvidándose por completo de la cena, fue directamente al trastero a por el retrato inacabado de Giulietta, que volvió a colocar en el caballete. De pronto supo qué debía llevar entre sus piadosas manos: no un rosario, ni un crucifijo, sino una rosa de cinco pétalos, la «rosa mística». Se creía que esa flor, antiguo símbolo de la Virgen, representaba el misterio de su virginidad tanto como la inmaculada concepción, y, para el maestro, no había mayor emblema del patrocinio divino de la inocencia.

Lo complicado para el pintor era —siempre— retratar aquella planta fascinante de forma que condujera los pensamientos de los hombres hacia la doctrina religiosa en lugar de distraerlos con la tentadora simetría orgánica de sus pétalos. Era un desafío que aceptaba sin reservas y, mientras mezclaba los colores para obtener el rojo perfecto, procuró purgar su mente de cualquier cosa que no fuese botánica.

Pero no pudo. Los rumores que había oído eran demasiado maravillosos — demasiado bienvenidos— para no disfrutarlos un poco más. Se decía que, en la noche de bodas de Salimbeni y Giulietta Tolomei, Némesis había visitado la alcoba nupcial y había impedido, misericordiosa, un acto de inefable crueldad.

A unos les parecía magia, otros lo atribuían a la naturaleza humana o a la simple lógica; no obstante, fuera cual fuese la causa, todos coincidían en el efecto: el novio no había sido capaz de consumar el matrimonio.

Según se le había dado a entender al maestro, las pruebas de tan notable acontecimiento eran abundantes. Una de ellas tenía que ver con las actividades de Salimbeni: un hombre maduro se casa con una hermosa joven y pasan su noche de bodas en el lecho nupcial. Al salir de la casa, tres días después, busca la compañía de una dama de la noche pero no logra beneficiarse de sus servicios. Cuando la dama en cuestión le ofrece amablemente un surtido de pociones y polvos, él le grita enfurecido que ya los ha probado todos y que no son más que un camelo. ¿Qué podría inferirse salvo que ha pasado sus nupcias impedido y que ni siquiera un especialista ha podido curarlo?

Otra prueba del presunto estado de las cosas provenía de una fuente bastante más fiable, porque se había originado en la propia casa de Salimbeni. Desde tiempo inmemorial, había sido tradición en la familia examinar las sábanas tras la noche de bodas para comprobar que la novia era virgen hasta entonces. Si no había sangre en las sábanas, la joven volvía con sus padres, deshonrada, y los Salimbeni añadían otro nombre a su larga lista de enemigos.

No obstante, la mañana siguiente a la boda de Salimbeni no se exhibieron las sábanas ni éste aireó triunfante el *cencío* de Romeo. Sólo supo de su destino el criado que se lo llevó a Tolomei en una caja esa misma tarde con una disculpa de su señor por haberlo retirado injustificadamente del cuerpo de Tebaldo. Cuando al fin, varios días después de la boda, se le dio a la doncella una sábana manchada de sangre, que ésta le entregó al ama de llaves, que se la dio en seguida a la abuela más anciana de la casa, dicha anciana la rechazó por falsificación.

La pureza de una novia era una cuestión de gran honor —y, por ende, de gran decepción—, por lo que toda la ciudad compadecía a las abuelas enfrentadas por aplicar o detectar las pócimas más convincentes en las sábanas nupciales cuando faltaba lo auténtico. No bastaba con la sangre; había que mezclarla con otras sustancias, y todas las abuelas tenían su propia receta y su método de detección.

Como los alquimistas de antaño, aquellas mujeres no hablaban en términos mundanos sino mágicos; para ellas, el reto eterno era forjar la combinación perfecta de placer y dolor, masculino y femenino.

A una mujer así, casi una avezada bruja, no podía engañarla la sábana nupcial de Salimbeni, obra sin duda de un hombre que no había vuelto a mirar ni a la novia ni el lecho después de la escaramuza inicial. Aun así, nadie se atrevió a plantearle el asunto al señor, pues todos sabían bien que el problema no era de la dama, sino de él.

Al maestro no le bastaba con terminar el retrato de Giulietta. Pictórico de energía, Ambrogio fue al palazzo Salimbeni una semana después de la boda para decirles a sus inquilinos que los frescos precisaban revisión y posiblemente mantenimiento. Nadie se atrevió a contradecir al famoso artista, nadie pensó tampoco en consultar a su señor, y así, en los días siguientes, Ambrogio pudo entrar y salir de la casa a su antojo.

Su motivo, por supuesto, era poder ver a Giulietta y, a ser posible, ofrecerle su ayuda. Ignoraba cómo, sólo sabía que no descansaría hasta que ella supiera que aún le quedaban amigos en este mundo. Sin embargo, por más que esperó subido a los andamios, fingiendo encontrar defectos en su propio trabajo, la joven jamás bajó. Tampoco la mencionó nadie. Era como si hubiese dejado de existir.

Una noche, cuando el maestro se hallaba en lo alto de una escalera examinando el mismo escudo de armas por tercera vez y preguntándose si no tendría que replantearse su estrategia, oyó por casualidad una conversación entre Salimbeni y su hijo Niño en la habitación contigua. Convencidos de que estaban solos, se habían retirado a ese rincón de la casa para tratar un asunto delicado, sin sospechar que, por el hueco entre una puerta lateral y su marco, muy quieto en la escalera, Ambrogio lo oía todo.

—Quiero que llesves a la señora Giulietta a Rocca di Tentennano y te encargues de... instalarla —le dijo Salimbeni a su hijo.

—¡Tan pronto! —exclamó el joven—. ¿No creéis que la gente hablará?

—La gente ya habla —observó Salimbeni, al parecer habituado a mantener esos intercambios tan francos con su hijo—, y no quiero que todo esto estalle. Lo de Tebaldo, Romeo..., todo eso. Te vendrá bien ausentarte de la ciudad un tiempo, hasta que la gente olvide. Han pasado demasiadas cosas últimamente. Las masas empiezan a agitarse. Me preocupa.

Niño profirió un sonido que sólo podía ser un conato de carcajada.

—Quizá deberíais iros vos en mi lugar. Un cambio de aires...

—¡Calla! —La camaradería de Salimbeni tenía un límite—. Irás tú, ¡y te llevarás contigo a esa bruja desobediente! Me enferma tenerla en mi casa. Una vez allí, quiero que te quedes...

—¿Que me quede *allí*? —Para el joven Niño no había nada más detestable que

quedarse en el campo—. ¿Cuánto tiempo?

—Hasta que la dejes embarazada.

Se hizo un silencio comprensible durante el cual el maestro Ambrogio tuvo que agarrarse a la escalera con ambas manos para no perder el equilibrio mientras digería lo que acababa de oír.

—Ah, no... —Niño se apartó de su padre, acobardado por aquel disparate—. Yo no. Otro. Cualquier otro.

Con el rostro encendido de rabia, Salimbeni se acercó a su hijo y lo cogió por el cuello de la camisa.

—No tengo que explicarte lo que ocurre. Nuestro honor está en juego. De buen grado me desharía de ella, pero es una Tolomei. Así que haré lo más conveniente: plantarla en el campo donde nadie la vea, ocupada con sus hijos y lejos de mi vista. —Soltó a su hijo—. La gente dirá que he sido compasivo.

—¿Hijos? —A Niño cada vez le gustaba menos el plan—. ¿Cuántos años queréis que esté acostándome con mi madre?

—¡Ella tiene dieciséis! —replicó Salimbeni—. ¡Harás lo que yo te diga! Antes de que termine este invierno, quiero que toda Siena sepa que espera un hijo mío. A ser posible un varón.

—Me esforzaré por complaceros —respondió Niño con sarcasmo.

Salimbeni respondió a la frivolidad amenazando a su hijo con un dedo.

—Dios te libre de perderla de vista. Que no la toque nadie más que tú. No quiero exhibir un hijo bastardo.

Niño suspiró.

—Muy bien. Haré de Paris y tomaré a vuestra esposa, anciano padre. Ah, un momento... Si, en realidad, no es vuestra esposa, ¿no es cierto?

La bofetada no sorprendió a Niño; se la merecía.

—Eso es... —dijo reculando—, abofeteadme siempre que os diga la verdad y premiadme cuando haga algo malo. Decidme qué queréis... acabar con un rival, con un amigo, con el virgo de una doncella... y lo haré. Pero no me pidáis que os respete después.

De vuelta al taller esa noche, Ambrogio no podía dejar de pensar en la conversación que había oído. ¿Cómo podía haber un ser tan perverso en el mundo, en su propia ciudad, además? ¿Por qué nadie lo detenía? De pronto se sintió viejo y caduco, y deseó no haber ido al palazzo Salimbeni ni haberse enterado nunca de aquellos planes crueles.

Al llegar encontró la puerta azul abierta. Titubeando en el umbral, se preguntó si habría olvidado cerrarla, pero, al no oír ladrar a *Dante*, temió que la hubiesen forzado.

—¿Hola? —Empujó la puerta y entró con miedo, confundido por las lámparas

encendidas—. ¿Quién está ahí?

Casi de inmediato, alguien lo apartó de la puerta y la cerró con fuerza. Sin embargo, cuando se volvió hacia su adversario, vio que no se trataba de ningún extraño malintencionado, sino de Romeo Marescotti. A su lado, fray Lorenzo con *Dante* en brazos, cerrándole la boca.

—¡Loado sea el cielo! —exclamó Ambrogio mirándolos, maravillado de sus barbas—. ¿Al fin habéis vuelto de tierras extranjeras?

—No tan extranjeras —dijo Romeo, que buscó asiento a la mesa cojeando ligeramente—. Hemos estado en un monasterio no muy lejos de aquí.

—¿Los dos? —preguntó el artista, atónito.

—Lorenzo me ha salvado la vida —explicó Romeo frunciendo el ceño de dolor al estirar la pierna—. Me dieron por muerto... los Salimbeni... en el cementerio..., pero él me encontró y me devolvió a la vida. Estos últimos meses..., de no haber sido por él, estaría muerto.

—Dios quiso que vivierais —intervino el fraile, dejando por fin al perro en el suelo—. También que yo os ayudara.

—Dios quiere mucho de nosotros, ¿verdad? —replicó Romeo con su habitual frivolidad.

—No podríais haber vuelto en mejor momento —dijo Ambrogio mientras buscaba el vino y las copas—, porque acabo de enterarme...

—También nosotros nos hemos enterado —lo interrumpió Romeo—, pero me da igual. No voy a dejarla con él. Lorenzo quería que esperara hasta que me hubiese recuperado del todo, pero no sé si eso será así alguna vez. Tenemos hombres y caballos. La hermana de Giulietta, la señora Giannoza, desea librarla de las zarpas de Salimbeni tanto como nosotros. —El joven se recostó en la silla, algo agotado de hablar—. Ahora que os dedicáis a pintar frescos, conocéis todas las casas. Quiero que me hagáis un mapa del palazzo Salimbeni...

—Perdonad —dijo el maestro, meneando la cabeza, aturdido—, pero ¿de qué os habéis enterado exactamente?

Romeo y fray Lorenzo se miraron.

—Creí entender —dijo el fraile, a la defensiva— que Giulietta había contraído matrimonio con Salimbeni hacía algunas semanas. ¿No es así?

—¿Y eso es todo lo que sabéis? —preguntó el artista. Los dos jóvenes volvieron a mirarse.

—¿Qué sabéis vos, maestro? —inquirió Romeo, ceñudo—. ¿No me digáis que ya está preñada de él?

—¡Cielos, no! —rio el artista, de pronto mareado—. Al contrario.

Romeo lo miró con los ojos fruncidos.

—Soy consciente de que ya hace tres semanas que se conocen... —tragó con

dificultad, como si las palabras le produjeran náuseas—, pero confío en que ella no se haya acostumbrado aún a sus caricias.

—Mis queridos amigos —declaró Ambrogio, localizando al fin la botella—, preparaos para oír una historia de lo más inusual.

V. IV

¿Un pecado? ¿De mis labios? Oh dulce urgencia de pecado.
Dadme el pecado, dádme otra vez.

Ya era casi de día cuando Janice y yo nos dormimos por fin en mi habitación del hotel, rendidas las dos sobre una manta de documentos, con la cabeza repleta de historias familiares. Nos habíamos pasado la noche yendo y viniendo de 1340 al presente y, cuando cerramos los ojos, Janice sabía casi tanto como yo de los Tolomei, los Salimbeni, los Marescotti y sus álgter egos shakespearianos. Le había enseñado absolutamente todos los papeles del cofre de nuestra madre, incluidos el volumen tiñoso de *Romeo y Julieta* y el cuaderno de bocetos. Para mi sorpresa, no le importó que me quedara con el crucifijo de plata y lo llevara colgado del cuello; le interesaba más nuestro árbol genealógico y el poder seguir nuestro linaje hasta la hermana de Giulietta, Giannoza.

—¡Mira esto! —había exclamado Janice recorriendo con el dedo el largo documento—, ¡hay Giuliettas y Giannozas por todas partes!

—Las primeras eran gemelas —le había explicado, mostrándole un fragmento de una de las últimas cartas de Giulietta a su hermana—, ¿ves? Dice: «Me has dicho muchas veces que, aunque eres cuatro minutos más joven que yo, te sientes cuatro siglos mayor. Ahora te entiendo».

—¡Qué fuerte! —había añadido, explorando de nuevo el árbol genealógico—. ¡A lo mejor todas éstas son gemelas! Igual es un gen de familia.

Sin embargo, aparte de que nosotras también éramos gemelas, no había muchas otras similitudes entre nuestras vidas y las de nuestras homologas medievales. Ellas habían vivido en una época en que las mujeres eran las víctimas silenciosas de los errores de los hombres; nosotras, en principio, éramos libres de cometer los nuestros y proclamarlos tan alto como quisiéramos.

Sólo después de seguir leyendo —juntas— el diario del maestro Ambrogio, aquellos dos mundos tan distintos se habían fundido al fin en un lenguaje que todo el mundo entendía, el del dinero. Salimbeni le había regalado a Giulietta una diadema nupcial con cuatro supergemas —dos zafiros y dos esmeraldas—, y por lo visto ésas eran las joyas que habían terminado decorando la estatua que presidía su tumba. Pero nos habíamos quedado dormidas antes de llegar ahí.

Cuando apenas me había dormido, me despertó el teléfono.

—Señorita Tolomei, ¿está despierta? —gorjeó Rossini, orgulloso de su papel de madrugador.

—Ahora sí. —Fruncí los ojos para ver la esfera de mi reloj de pulsera. Eran las

nueve—. ¿Qué pasa?

—El capitán Santini ha venido a verla. ¿Qué le digo?

—Eh... —Estudié el caos que me rodeaba. Janice roncaba como un lirón a mi lado—. Bajo dentro de cinco minutos.

Con el pelo aún empapado de una ducha rápida, bajé lo más aprisa que pude a reunirme con Alessandro, que me esperaba sentado en un banco del jardín, jugando distraído con una flor de magnolia. Me hizo ilusión verlo, pero en cuanto levantó la vista para mirarme, me acordé de las fotos que Janice le había hecho colándose en mi habitación del hotel, y el feliz cosquilleo se convirtió de inmediato en una punzada de duda.

—Buenos días —dije, poco convencida—. ¿Alguna noticia de Bruno?

—Vine ayer —respondió, mirándome pensativo—, pero no estabas.

—¿No estaba? —me esforcé por parecer sorprendida. En mi impaciencia por reunirme con el motorista Romeo en la torre del Mangia, me había olvidado de mi cita con Alessandro—. Qué raro. Bueno... ¿qué ha dicho Bruno?

—No mucho. —Alessandro tiró la flor y se levantó—. Está muerto.

—¿Así..., de repente? —exclamé espantada—. ¿Qué ha ocurrido?

Mientras paseábamos por la ciudad, Alessandro me explicó que a Bruno Carrera —el tipo que había entrado a robar en el museo de Peppo— lo habían hallado muerto en la celda la mañana después del arresto. Resultaba difícil saber si había sido un suicidio o se había pagado a alguien de dentro para que lo silenciara, pero, según él, hacía falta mucha pericia —por no decir un milagro— para colgarse de unos viejos cordones sin romperlos con la caída.

—¿Insinúas que lo han asesinado? —Me daba pena, a pesar de su carácter, su conducta y el arma—. Supongo que alguien no quería que hablase.

Alessandro me miró como si sospechara que sabía más de lo que daba a entender.

—Eso parece.

Fontebranda era una antigua fuente pública —en desuso merced al agua corriente— ubicada en una amplia zona abierta, al fondo de un laberinto de calles en pendiente. El edificio era una especie de pórtico de antiquísimo ladrillo rojizo al que se llegaba por una ancha escalera cubierta de hierbajos.

Sentada al borde, al lado de Alessandro, contemplé el agua de verde cristalino recogida en la enorme pila de piedra y el caleidoscopio de luces reflejadas en las paredes y en el techo abovedado.

—¿Sabes qué? —dije, digiriendo con dificultad tanta belleza—, ¡que tu antepasado era un capullo integral!

Rio sorprendido, con una risa triste.

—Confío en que no me juzgues por mis antepasados. Ni te juzgues a ti misma por los tuyos.

«¿Qué tal si te juzgo por la foto del móvil de mi hermana?», pensé mientras me inclinaba para pasar los dedos por el agua. En cambio, dije:

—La daga... puedes quedártela. Dudo que Romeo quisiera recuperarla. —Lo miré, empeñada en responsabilizar a alguien de los crímenes de Salimbeni—. Peppo tenía razón: esa daga lleva en sí el espíritu del diablo. Aunque también algunas personas.

Guardamos silencio un momento; mi gesto ceñudo hizo sonreír a Alessandro.

—¡Venga ya, estás viva! ¡Mira, brilla el sol! Éste es el momento ideal para venir aquí, cuando la luz pasa a través de las arcadas y se refleja en el agua. Por la tarde, Fontebranda se convierte en un lugar oscuro y frío, como una gruta. No lo reconocerías.

—¡Qué raro —mascullé—, que algo pueda cambiar tanto en unas horas!

Si sospechaba que me refería a él, no dio muestras de ello.

—Todo tiene su lado oscuro. A mi juicio, eso es lo que hace interesante la vida.

A pesar de mi tristeza general, su lógica me hizo sonreír.

—¿Debería asustarme?

—Bueno... —se quitó la chaqueta y se recostó sobre la arcada—, los ancianos te dirán que Fontebranda tiene poderes especiales.

—Sigue. Ya te aviso cuando esté lo bastante asustada.

—Quítate los zapatos.

Muy a mi pesar, solté una carcajada.

—Vale, has conseguido asustarme.

—Vamos, te va a gustar. —Lo vi quitarse los suyos, y los calcetines; luego se remangó los pantalones y metió los pies en el agua.

—¿No tienes que trabajar hoy? —pregunté, observando cómo balanceaba las piernas.

Alessandro se encogió de hombros.

—El banco tiene más de quinientos años. Creo que puede sobrevivir una hora sin mí.

—Bueno... —dije cruzándome de brazos—, háblame de esos poderes especiales.

Lo pensó un momento, luego dijo:

—Para mí, hay dos clases de locura en este mundo: la creativa y la destructiva. El agua de Fontebranda, dicen, te vuelve loco, *pazzo*, pero en el buen sentido. Es difícil de explicar. Durante casi mil años, muchos hombres y muchas mujeres han bebido *pazzia* de esta fuente. Algunos han sido poetas, otros, santos; la más famosa, claro, fue santa Catalina, que se crió aquí, a la vuelta de la esquina, en la contrada de la Oca.

No estaba de humor para asentir a ciegas a todo cuanto dijese, ni para dejarlo que me distrajera con cuentos, así que negué rotundamente con la cabeza.

—Todas esas mártires..., mujeres que morían de hambre o quemadas en la hoguera..., ¿qué tiene eso de creativo? Es una inmensa locura.

—Para casi todo el mundo, apedrear a la policía romana también sería una locura. —Se rio de mi expresión—. Sobre todo si te niegas a meter los pies en esta maravillosa fuente.

—Yo sólo digo —añadí descalzándome— que depende de la perspectiva de cada cual. Lo que para ti es creativo quizá sea destructivo para mí. —Metí los pies con cautela en el agua—. Creo que todo depende de en qué creas. Vamos, de qué lado estés.

No supe interpretar su sonrisa.

—¿Insinúas que debo replantearme mi teoría? —dijo mirando cómo me mojaba los pies.

—Las teorías siempre hay que replantearse, de lo contrario, dejan de ser teorías y se convierten en otra cosa... —Agité las manos amenazadora—. Se transforman en dragones al pie de tu torre, que no dejan entrar ni salir a nadie.

Me miró, probablemente preguntándose por qué estaba tan picajosa esa mañana.

—¿Sabías que aquí el dragón simboliza la virginidad y la protección?

Miré para otro lado.

—Curioso. En China, el dragón representa al novio, el enemigo mismo de la virginidad.

Estuvimos un rato sin hablar. El agua de Fontebranda formaba ondas en silencio, proyectando sus rayos lustrosos en el techo abovedado con la paciente confianza de un espíritu inmortal y, por un instante, casi me sentí un poco poetisa.

—Entonces, ¿tú lo crees? —inquirí, deshaciéndome de la idea antes de que cuajara—. ¿Lo de que Fontebranda te vuelve *pazzo*?

Miró el agua y observó nuestros pies sumergidos en el líquido de color jade, luego sonrió lánguidamente, como si supiera de algún modo que, en el fondo, no esperaba respuesta porque estaba allí mismo, reflejada en sus ojos, aquella promesa de arrebató, de un verde intenso.

Me aclaré la garganta.

—No creo en los milagros.

Bajó la mirada a mi cuello.

—Entonces, ¿por qué llevas eso?

Me llevé la mano al crucifijo.

—No suelo llevarlo. Al contrario que tú. —Señalé con la cabeza su camisa desabrochada.

—¿Te refieres a esto?... —Se sacó el objeto que llevaba colgado del cuello con un cordel de cuero—. Esto no es un crucifijo. No me hace falta uno para creer en los milagros.

Me quedé mirando el colgante.

—¿Llevas colgada *una bala*?

Sonrió burlón.

—Yo lo llamo carta de amor. En el informe lo llamaron «fuego amigo». Muy amigo. Se detuvo a dos centímetros de mi corazón.

—Buena caja torácica.

—Buen compañero. Son balas hechas para atravesar a varias personas. Ésta pasó por otro primero. —Volvió a metérsela bajo la camisa—. De no haber estado en el hospital, me habría hecho pedazos. Al parecer, Dios sabe dónde estoy aunque no lleve crucifijo.

No supe qué decir.

—¿Cuándo ocurrió? ¿Dónde?

Se inclinó hacia adelante para tocar el agua.

—Ya te lo he dicho. He vivido al límite.

Intenté mirarlo a los ojos, pero no me lo permitió.

—¿Y ya está?

—Ya está de momento.

—Vale —repuse—, voy a decirte en qué creo yo. Creo en la ciencia. Sus ojos vagaron por mi rostro, pero su gesto no cambió.

—Me parece que crees en algo más —repuso—, mal que te pese. Por eso tienes miedo. Tienes miedo de la *pazzia*.

—¿Miedo? —Intenté reírme—. No tengo miedo de...

Cogió un poco de agua con las manos y me la ofreció.

—Si no crees, bebe. No tienes nada que perder.

—¡Venga ya! —Me aparté, asqueada—. ¡Eso está lleno de gérmenes!

Tiró el agua.

—La gente lleva cientos de años bebiéndola.

—¡Y volviéndose loca!

—¿Ves? —Sonrió—. Sí que crees.

—¡Sí! ¡Creo en los microbios!

—¿Has visto alguna vez un microbio?

Miré furiosa su sonrisa burlona, fastidiada de que me hubiera pillado tan fácilmente.

—¡Por favor! Los científicos los ven a todas horas.

—Santa Catalina vio a Jesús —dijo con los ojos brillantes—, en el cielo, sobre la basílica de Santo Domingo. ¿A quién crees? ¿A tus científicos, a santa Catalina, o a los dos?

Al ver que no respondía, cogió más agua de la fuente con las manos y bebió unos sorbos. Luego me ofreció el resto pero, una vez más, me aparté.

Alessandro meneó la cabeza, fingiéndose decepcionado.

—Ésta no es la Giulietta que recuerdo. ¿Qué te han hecho en Norteamérica?

Me incorporé de golpe.

—Muy bien, ¡trae!

No le quedaba mucha agua en las manos, pero la sorbí de todas formas, para demostrar que podía hacerlo. No caí en lo íntimo de ese gesto, hasta que vi su expresión.

—Ya no puedes escapar de la *pazzia* —declaró con voz ronca—. Eres una auténtica sienesa.

—Hace sólo una semana me pediste que volviera a casa —le espeté, frunciendo los ojos muy seria.

Sonriendo por mi gesto, Alessandro alargó la mano para acariciarme la mejilla.

—Y, sin embargo, estás aquí.

Me costó lo indecible no apoyarme en su mano. A pesar de mis múltiples razones válidas para no confiar en él —y menos aún coquetear con él—, sólo fui capaz de decir:

—A Shakespeare no le gustaría.

Nada desalentado por mi poco convincente negativa, Alessandro me recorrió la mejilla con un dedo hasta alcanzar la comisura de los labios.

—Shakespeare no tiene por qué enterarse.

Lo que vi en sus ojos me resultó tan asombroso como la costa tras interminables noches en el océano; al otro lado de la densa jungla sentí la presencia de una bestia ignota, una criatura primitiva que esperaba oculta mi llegada. No sé qué vio él en los míos, pero lo que fuese lo impulsó a bajar la mano.

—¿Por qué me tienes miedo? —susurró—. *Fammi capire*. Explícamelo.

Titubeé. Ésa debía ser mi oportunidad.

—No sé nada de ti.

—Estoy aquí.

—¿Dónde ocurrió eso? —pregunté señalándole el pecho, donde sabía que llevaba la bala.

Cerró los ojos un instante, luego volvió a abrirlos y me dejó ver su alma cansada.

—Esto te va a encantar... Iraq.

Con esa palabra, mi rabia y mi recelo quedaron enterrados bajo un alud de compasión.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. Siguiente pregunta.

Tardé un poco en procesar el hecho de que —sin apenas esfuerzo— me había enterado del gran secreto de Alessandro, o al menos de uno de ellos. Sin embargo, dudaba mucho que me permitiera enterarme de los otros tan fácilmente, sobre todo de

la razón por la que había entrado en mi habitación.

—¿Te...? —empecé, pero no tuve valor. Entonces se me ocurrió otro modo de plantearlo y comencé otra frase—: ¿Tienes algún parentesco con Luciano Salimbeni?

Alessandro hizo un gesto de sorpresa; obviamente esperaba algo completamente distinto.

—¿Por qué? ¿Crees que ha sido él quien ha matado a Bruno Carrera?

—Pensaba que Luciano Salimbeni había muerto —dije lo más tranquila que pude—. Claro que tal vez estaba mal informada. Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado y que podría ser él quien mató a mis padres, creo que tengo derecho a saberlo. —Saqué los pies de la fuente, primero uno y luego otro—. Tú eres un Salimbeni. Eva María es tu madrina. Dime qué relación hay, por favor.

Al ver que iba en serio, Alessandro gruñó y se pasó las dos manos por el pelo.

—No creo que...

—Por favor...

—¡Bueno! —Respiró profundamente, posiblemente más furioso consigo mismo que conmigo—. Te lo voy a explicar. —Se quedó pensativo un rato, quizá preguntándose por dónde empezar, luego dijo—: ¿Te suena Carlomagno?

—¿Carlomagno? —repetí, no muy segura de haberlo oído bien.

—Sí —asintió Alessandro—. Era... muy alto.

Entonces me rugió el estómago y me di cuenta de que no había comido en condiciones desde el almuerzo del día anterior, salvo que se considere comida una botella de chianti, un bote de alcachofas en conserva y medio *panforte* de chocolate.

—¿Qué tal si me cuentas el resto delante de un café? —le propuse mientras me calzaba.

En el Campo ya habían comenzado los preparativos para el Palio y, al pasar por delante de un montículo de arena destinado a usarse en la pista, Alessandro se agachó y cogió un puñado con la misma reverencia que si se tratase del más exquisito azafrán.

—¿Ves? —Me lo enseñó—. *La terra in piazza*.

—Déjame adivinar..., ¿significa que esta *piazza* es el centro del universo?

—Casi. Significa «la tierra de la plaza». El suelo. —Me puso un poco en la mano—. Toma, siéntela. Huélela. Es el Palio.

Mientras nos dirigíamos al café más próximo para sentarnos, me señaló a unos obreros que levantaban vallas acolchadas en todo el perímetro del Campo.

—No hay nada más allá de las vallas del Palio.

—Qué poético —dije sacudiéndome la arena de las manos con disimulo—. Lástima que Shakespeare fuera tan veronáfilo.

Meneó la cabeza.

—¿Nunca te cansas de Shakespeare?

A punto estuve de soltarle: «¡Has empezado tú!», pero me contuve. No había necesidad de recordarle que la primera vez que nos habíamos visto, en el jardín de mis abuelos, yo aún llevaba pañales.

Estuvimos así sentados un momento, nuestras miradas presas de una disputa silenciosa sobre el Bardo y tantas otras cosas, hasta que el camarero se aproximó a tomarnos nota. En cuanto se fue, me incliné hacia delante y apoyé los codos en la mesa.

—Aún estoy esperando a que me hables de tu parentesco con Luciano —le recordé, negándome a claudicar—. Así que, ¿por qué no nos saltamos lo de Carlomagno y pasamos...?

Entonces sonó su móvil y, tras mirar el número en la pantalla, se disculpó y abandonó la mesa, sin duda aliviado de que su relato volviera a posponerse. Mientras estaba allí sentada, observándolo desde lejos, reparé de pronto en lo improbable de que fuese él quien había entrado en mi habitación del hotel. Aunque sólo hacía una semana que lo conocía, estaba convencida de que no era de los que pierden los papeles fácilmente. Puede ser que Iraq casi lo hubiera matado, pero no había acabado con él, al contrario. Si hubiese sido él quien había estado husmeando en mi habitación por la razón que fuera, no me habría revuelto las maletas como un diablo de Tasmania, ni me habría dejado las bragas colgadas de la lámpara. No tenía ningún sentido.

A los cinco minutos, cuando regresó a la mesa, le acerqué el café con una sonrisa que pretendía ser clemente, pero él apenas me miró mientras cogía la taza y se servía una pizca de azúcar. Su actitud había cambiado, y noté que quien lo había llamado le había contado algo preocupante. Algo que tenía que ver conmigo.

—¿Por dónde íbamos? —dije como si nada, sorbiendo el café a través de la espuma—. ¡Ah, sí! Carlomagno era muy alto...

—¿Por qué no me hablas de tu amigo el motorista? —contraatacó Alessandro en un tono demasiado desenfadado para ser sincero. Al verme atónita y sin respuesta, añadió más serio—: ¿No me dijiste que te seguía un tío en una Ducati?

—¡Ah, *ese* tío! —fingí una risa—. Ni idea. No he vuelto a verlo. Supongo que no tengo las piernas lo bastante largas.

Alessandro no sonrió.

—Lo bastante largas para Romeo.

Casi lo rocié de capuchino.

—¡Un momento! ¿Insinúas que me acosa tu antiguo rival de la infancia?

Miró hacia otro lado.

—No insinúo nada. Sólo sentía curiosidad.

Se hizo un incómodo silencio entre nosotros. Todavía le preocupaba algo, estaba claro, y yo me devanaba los sesos por averiguar qué era. Sabía lo de la Ducati, sin

duda, pero ignoraba que era mi hermana quien la conducía. Quizá estaba al tanto de que la policía había confiscado la moto el día anterior tras esperar en vano, al pie de la torre del Mangia, a que el propietario volviera. Según Janice, al ver a los agentes tan indignados, había decidido salir por piernas. Un solo tío habría sido pan comido, con dos quizá hubiera sido divertido, pero tres *boy scouts* uniformados eran demasiado incluso para mi hermana.

—Mira —le dije, procurando recuperar parte de nuestra anterior intimidad—, espero que no creas que aún... sueño con Romeo.

Alessandro no respondió en seguida. Cuando lo hizo, habló a regañadientes, consciente de que revelaba parte de su mano.

—Sólo dime una cosa —dijo, garabateando el mantel con la cucharilla—: ¿te gustaron las vistas desde la torre del Mangia?

Lo miré furiosa.

—¡Un segundo! ¿Me has estado... *siguiendo*?

—No —repuso, no muy orgulloso de sí mismo—, pero la policía te ha estado vigilando. Por tu bien. Por si el tipo que mató a Bruno va a por ti también.

—¿Se lo has pedido tú? —Lo miré a los ojos y vi en ellos la respuesta antes de que hablara—. Genial, gracias —proseguí con sequedad—. ¡Lástima que no anduvieran por la zona la otra noche cuando el chorizo ese se coló en mi habitación!

Alessandro ni se inmutó.

—Andaban por la zona anoche. Dicen que vieron a un hombre en tu habitación.

Solté una carcajada. Todo aquello era absurdo.

—¡Qué chorrada! ¿Un hombre en mi habitación? ¿En mi habitación? —Como no parecía convencerlo, dejé de reírme—. Mira —dije, seria—, ni anoche había un hombre en mi habitación ni tampoco había ninguno en la torre. —Iba a añadir: «¿A ti qué diablos te importa?», pero me contuve, porque no lo sentía. En cambio, me eché a reír—. ¡Madre mía! Parecemos un matrimonio.

—Si fuéramos un matrimonio, no tendría que preguntártelo —replicó sin sonreír aún—. Ese hombre sería yo.

—Ya salieron otra vez los genes Salimbeni —observé, poniendo los ojos en blanco—. Déjame adivinar..., si estuviéramos casados, me encerrarías en la mazmorra cuando te ausentaras.

Lo pensó un instante.

—No tendría que hacerlo. En cuanto me conocieras, ya no querrías a nadie más y... —soltó por fin la cucharilla— te olvidarías de todos los que hubieras conocido antes.

Sus palabras —medio en broma, medio en serio— se me enroscaron como una colonia de anguilas al cuerpo de un ahogado y noté un millar de dientecitos mordisqueándome el aplomo.

—Si no recuerdo mal —dije rotunda, cruzando las piernas—, ibas a hablarme de Luciano Salimbeni.

La sonrisa de Alessandro se desvaneció.

—Sí. Tienes razón. —Enmudeció, ceñudo, luego dijo al fin—: Debería haberte contado esto hace mucho... Bueno, tendría que habértelo contado la otra noche, pero no quería asustarte.

Cuando estaba a punto de instarlo a que prosiguiera e iba a decirle que no me asustaba tan fácilmente, otro cliente pasó rozando mi silla para sentarse con un hondo suspiro en la mesa que había junto a la nuestra.

Janice otra vez.

Llevaba el traje rojo y negro de Eva María y unas gafas de sol inmensas, pero fue discreta y se limitó a coger la carta y fingir que consideraba sus opciones. Vi que Alessandro la miraba y, por un segundo, temí que pudiera notar el parecido, o incluso reconocer la ropa de su madrina. Pero no. Sin embargo, la presencia de alguien tan cerca lo disuadió de iniciar el relato que quería contarme, y una vez más se hizo un silencio desagradable entre nosotros.

—*Ein cappuccino, bitte, und zwei biscotti!* —le pidió Janice al camarero en su falso alemán con acento americano.

La habría matado. No cabía duda de que Alessandro había estado a punto de desvelarme algo de tremenda importancia, pero de pronto siguió hablando del Palio, mientras el camarero, como un perrito faldero, intentaba sonsacarle a la desvergonzada de mi hermana de qué parte de Alemania era.

—Prague! —espetó ella, pero se corrigió en seguida—. *Prague... heim... stadt.*

El camarero, lo bastante convencido y embobado, salió corriendo a atender su pedido con la diligencia de un caballero artúrico.

—Mira la Balzana... —Alessandro me mostró el escudo de armas de Siena en el lateral de mi taza de café, pensando que lo escuchaba—. Aquí todo es muy sencillo: blanco y negro, maldiciones y bendiciones.

Miré la taza.

—¿Es eso lo que significa, maldiciones y bendiciones? Se encogió de hombros.

—Puede significar lo que quieras. Para mí, es un indicador de actitud.

—¿De actitud? ¿Por lo de... la taza medio llena?

—Es un instrumento. En cabina. Te muestra si estás boca abajo. Cuando miro la Balzana, sé que estoy boca arriba. —Me cogió la mano con la suya, haciendo caso omiso de Janice—. Cuando te miro a ti, sé...

Retiré la mano en seguida; no quería que Janice presenciara aquella situación tan íntima y luego me atormentara con ello.

—¿Qué clase de piloto no sabe si está boca abajo? —espeté.

Alessandro se me quedó mirando sin entender mi repentino rechazo.

—¿Por qué te resistes? —preguntó cariñoso—. ¿Por qué tienes tanto miedo de ser feliz? —Volvió a cogerme la mano.

Aquello fue el colmo. Janice, oculta tras su guía de viaje en alemán, no aguantó más y soltó una carcajada. Aunque intentó enmascararla tosiendo, era evidente hasta para Alessandro que había estado escuchando nuestra conversación, y le dirigió una mirada feroz que hizo que me encariñase aún más con él.

—Lo siento —suspiró, buscándose la cartera—, pero tengo que volver.

—Ya pago yo esto —repuse, quedándome donde estaba—. A lo mejor me tomo otro café. ¿Tienes tiempo luego? Aún tienes algo que contarme.

—Tranquila —respondió, acariciándome la mejilla antes de levantarse—, te lo contaré.

En cuanto se hubo alejado lo bastante, me volví hacia Janice, furibunda.

—¿Tenías que venir a estropearlo todo? —espeté sin quitarle el ojo a la figura cada vez más lejana de Alessandro—. Estaba a punto de contarme algo. ¡Algo de Luciano Salimbeni!

—Vaya, siento haber interrumpido tu romántico encuentro con el tío que entró a la fuerza en tu habitación —replicó ella, socarrona—. De verdad, Jules, ¿se te va la olla?

—No tengo claro que...

—¡Claro que sí! Yo lo vi, ¿recuerdas? —Consciente de que me resistía a creerlo, Janice bufó y soltó la guía de viaje—. Sí, es muy mono, y sí, está como un queso, pero ¡por favor!, ¿cómo te dejas manipular de ese modo? Una cosa sería que le molaras, pero sabes bien lo que quiere.

—La verdad es que no estoy tan segura de saberlo —bromeé—, pero tú pareces experta en sinvergüenzas, así que, por favor, ilústrame.

—¡Veeenga ya! —A Janice le costaba creermelo tan ingenua—. Está claro que te ronda para saber cuándo vas en busca del arca perdida. Déjame adivinar, ¿a que no te ha preguntado explícitamente por la tumba y la estatua?

—¡Te equivocas! —respondí—. En la comisaría me preguntó si sabía algo de una estatua de ojos dorados. ¡Ojos dorados! Obviamente no tenía ni idea...

—¡Obviamente sabía bien lo que decía! —espetó Janice—. De libro: fingirse perdido. ¿No te das cuenta de que hace de ti lo que quiere?

—¿Qué insinúas?, ¿que esperará a que tengamos las piedras preciosas para... robárnoslas? —mientras pronunciaba las palabras, reparé en que aquello tenía sentido.

Janice alzó los brazos.

—¡Bienvenida al mundo real, melón! Ya estás dejando a ese tío y mudándote a mi hotel. Le haremos creer que te largas al aeropuerto...

—¿Y luego qué? ¿Me encierro en tu habitación? Por si aún no te has percatado,

ésta es una ciudad muy pequeña.

—Déjame hacer el trabajo sucio. —Janice parecía estar visualizándolo—. Esto lo soluciono yo en un pispas.

—¡Que te lo has creído! —repuse—. Estamos en esto juntas...

—*Ahora* lo estamos.

—... y, para tu información, prefiero que me la juegue él a que me la juegues tú.

—Bueno, pues ¿por qué no vas tras él ahora mismo? —contestó ofendida—. Seguro que te complacerá encantado. Entretanto, yo voy a ver qué tal está el primo Peppo, y no, no hace falta que me acompañes.

Volví al hotel sola, a pie, absorta en mis pensamientos. Por más vueltas que le daba, Janice tenía razón: no debía confiar en Alessandro. El problema era que no sólo confiaba, sino que me estaba enamorando de él. En mi ceguera, casi estaba convencida de que las fotos de Janice eran de otra persona y que, en realidad, sólo había hecho que me siguieran por galantería. Además, me había prometido explicármelo todo, y no era culpa suya que lo hubieran interrumpido varias veces. ¿O sí? Si de verdad quería que lo supiera, ¿por qué había esperado a que yo sacara el tema? Y hacía un rato, cuando Janice nos había interrumpido, ¿por qué no me había propuesto que volviera con él a Monte dei Paschi y me había ido contando algo por el camino?

Cuando me acercaba al hotel, una limusina negra con las lunas tintadas se paró a mi lado; al bajarse un poco la ventanilla del asiento trasero, vi el rostro sonriente de Eva María.

—¡Giulietta! —exclamó—. ¡Qué coincidencia! Sube y tómate una delicia turca conmigo.

Me senté en el asiento de cuero crema de enfrente de Eva María y me sorprendí preguntándome si aquello sería algún tipo de trampa. Claro que, si hubiera querido secuestrarme, ¿por qué no se lo había encargado a Alessandro? Seguramente él ya le había dicho que me tenía comiendo —o bebiendo— de su mano.

—¡Cuánto me alegro de que aún estés aquí! —exclamó Eva María entusiasmada, ofreciéndome un dulce de una caja satinada—. Te he estado llamando. ¿No te lo han dicho? Temía que mi ahijado te hubiese ahuyentado. Debo disculparme por él: no acostumbra a ser así.

—Tranquila —le dije, chupándome los dedos y preguntándome qué sabría en realidad de mi relación con Alessandro—. Últimamente se está portando muy bien.

—¿Ah, sí? —Me miró con las cejas arqueadas, a un tiempo contenta de saberlo y disgustada por no haberse enterado antes—. Eso es bueno.

—Siento haberme marchado así de su cena de cumpleaños... —proseguí, algo avergonzada de no haber vuelto a llamarla desde aquella noche terrible—. La ropa que me prestó usted...

—¡Quédatela! —dijo, quitándole importancia—. Tengo demasiada, la verdad. Dime, ¿estás aquí este fin de semana? Voy a dar una fiesta, y tendré invitados a los que deberías conocer, personas que saben mucho más que yo de tus antepasados Tolomei. La fiesta es mañana por la noche, pero me gustaría que te quedaras en casa todo el fin de semana —añadió sonriendo como el hada buena que convierte la calabaza en un carruaje—. ¡Te va a encantar Val d'Orcia, estoy convencida! Alessandro puede llevarte en coche. Él también viene.

—Ah... —dije. ¿Cómo iba a negarme? Claro que, si aceptaba, Janice me estrangularía—. Me encantaría ir, pero...

—¡Estupendo! —Eva María se inclinó para abrirme la puerta—. Hasta mañana, entonces. ¡No traigas nada, con tu presencia basta!

V. V

Cuan frecuente es que los hombres a punto de morir muestren una sonrisa a la que quienes velan llaman luz que da paso a la muerte...
¿Una luz? ¿Le he llamado luz...? ¡Oh, amor, esposa mía!

Siena, 1340

Rocca di Tentennano era una construcción colosal. Se apostaba como un buitre en lo alto de un monte, en Val d'Orcia, estratégicamente situada para fiscalizarlo todo. Sus inmensos muros se habían construido para soportar incontables asaltos y ataques enemigos y, a juzgar por el hacer y el sentir de sus propietarios, su grosor era más que necesario.

Durante todo el viaje, Giulietta no había parado de preguntarse por qué Salimbeni habría tenido la delicadeza de mandarla al campo, lejos de él. Cuando se había despedido de ella el día anterior, a la entrada del palazzo Salimbeni, mirándola con cierto aire de benevolencia, le había hecho pensar si quizá —merced a la maldición que había caído sobre su virilidad— se arrepentía de lo que había hecho y buscaba compensarla por el dolor que le había causado sacándola de la ciudad.

Imbuida de optimismo, lo había visto despedirse de su hijo Niño —que la acompañaría a Val d'Orcia— y darle las últimas instrucciones para el camino, y había creído hallar en sus ojos un afecto verdadero.

—Que Dios te bendiga durante el viaje y también después —le había dicho mientras Niño montaba el caballo que había llevado en el Palio.

El joven no había respondido. Se había comportado como si su padre no estuviera allí, y su maldad había hecho que Giulietta —aun apenas un instante— sintiera lástima de Salimbeni.

Sin embargo, más tarde, al descubrir la vista desde su alcoba en Rocca di Tentennano, empezó a comprender la verdadera razón de su traslado, y supo que no se trataba de un alarde de generosidad, sino de una ingeniosa forma de seguir castigándola.

El lugar era una fortificación. Del mismo modo que no podía entrar nadie de fuera, tampoco nadie podía salir sin autorización. Al fin entendía por qué criticaban que Salimbeni enviase a sus esposas a la isla: sólo la muerte podría sacarla de Rocca di Tentennano.

Para su sorpresa, una criada acudió en seguida a encenderle el fuego y ayudarla a cambiarse. Era un día frío de principios de diciembre y, en las últimas horas de viaje, las yemas de los dedos se le habían quedado blancas y entumecidas. Ahora llevaba un vestido de lana y unas zapatillas secas, y daba vueltas ante el fuego, tratando de

recordar cuándo se había sentido cómoda por última vez.

Al abrir los ojos vio a Niño a la puerta de la alcoba, contemplándola con un gesto no del todo displicente. Lástima que fuese tan sinvergüenza como su padre, porque era un joven apuesto, fuerte y capaz, que parecía sonreír más a menudo de lo conveniente para lo que debía de pesarle la conciencia.

—¿Querríais bajar a cenar conmigo esta noche? —le preguntó con la misma cordialidad con que se solicita un baile—. Tengo entendido que habéis comido sola las tres últimas semanas y me gustaría disculparme por la descortesía de mi familia. —Al verla perpleja, sonrió encantador—. No temáis. Os aseguro que estamos completamente solos.

Y lo estaban. Apostados en ambos extremos de una mesa en la que habrían cabido veinte personas, Giulietta y Niño cenaron en silencio, mirándose muy de vez en cuando entre los candelabros. Cuando la veía mirarlo, Niño sonreía, y por fin Giulietta halló en su interior el valor necesario para dar voz a sus pensamientos.

—¿Matasteis vos a mi primo Tebaldo en el Palio?

La sonrisa de Niño se desvaneció.

—Claro que no. ¿Cómo podéis pensar eso?

—¿Quién lo hizo, entonces?

La miró inquisitivo, si bien ninguna de sus preguntas parecía haberlo disgustado.

—Sabéis bien quién lo hizo. Todo el mundo lo sabe.

—¿Y sabe todo el mundo... —se detuvo un instante para serenarse—, lo que vuestro padre le hizo a Romeo?

En vez de contestar, Niño se levantó y recorrió la mesa hasta ella, se arrodilló a su lado y le tomó la mano como un caballero se la tomaría a una damisela en apuros.

—¿Cómo podré reparar el daño que ha hecho mi padre? —Se acercó la mano de Giulietta a la mejilla—. ¿Cómo eclipsar la mala sombra que pesa sobre los míos? Decidme, por favor, señora mía, ¿cómo puedo complaceros?

Giulietta escudriñó su rostro, luego se limitó a decir:

—Dejadme marchar.

Él la miró desconcertado, sin saber a qué se refería.

—No soy la esposa de vuestro padre —prosiguió Giulietta—. No hay necesidad de que me retengáis aquí. Dejadme ir y no volveré a molestaros.

—Lo siento, pero no puedo hacer eso —dijo Niño, besándole la mano esta vez.

—Entiendo —repuso ella, retirándola—. En ese caso, dejadme volver a mi alcoba. Eso me complacería mucho.

—Y lo haré —respondió Niño poniéndose en pie—, cuando os toméis otra copa de vino. —Le rellenó la copa que apenas había tocado—. Casi no habéis comido. Estaréis hambrienta. —Al ver que Giulietta no contestaba, Niño sonrió—. La vida por aquí puede ser muy agradable, ¿sabéis? Aire puro, buena comida, estupendo pan,

no como los pedruscos que nos sirven en casa, y... —alzó los brazos— excelente compañía. Todo para vuestro disfrute. Sólo tenéis que tomarlo.

Cuando le ofreció la copa, aún sonriente, Giulietta entendió al fin lo que insinuaba.

—¿No teméis la reacción de vuestro padre? —le preguntó, serena, cogiendo la copa.

Niño rio.

—Creo que a los dos nos vendría bien olvidarnos de mi padre por una noche. — Se apoyó en la mesa, esperando a que ella bebiera—. Confío en que veáis que no soy como él.

Giulietta dejó la copa sobre la mesa y se levantó.

—Agradezco esta comida y vuestras atenciones —dijo—, pero es hora de que me retire. Os deseo buenas noches...

Una mano en la muñeca le impidió marcharse.

—No soy un desalmado —dijo Niño, serio al fin—. Sé que habéis sufrido y querría que no hubiese sido así, pero el destino ha dispuesto que estemos aquí juntos...

—¿El destino? —Giulietta trató de zafarse, pero no pudo—. ¿Querréis decir vuestro padre?

Sólo entonces Niño renunció a todo fingimiento y la miró hastiado.

—¿No entendéis que estoy siendo generoso? Aunque no lo creáis, no tengo por qué serlo. Pero me gustáis. Merecéis la pena. —Le soltó la muñeca—. Marchad ya y haced lo que suelen hacer las mujeres; iré a veros cuando estéis lista. —Tuvo el descaro de sonreír—. Os prometo que no me encontraréis tan ofensivo a medianoche.

Giulietta lo miró a los ojos, pero no vio en ellos sino resolución.

—¿No hay nada que pueda hacer para convencerlos de lo contrario?

Niño se limitó a sonreír y negar con la cabeza.

Camino de su alcoba, Giulietta vio un guardia apostado en cada esquina. Sin embargo, con tanta protección, no había cerradura en su puerta, ni forma alguna de evitar que entrara Niño.

Abriendo las contraventanas a la gélida noche, alzó la vista a las estrellas y se asombró de su número y su brillo, un espectáculo deslumbrante que el cielo había organizado, al parecer, sólo para ella, para que pudiera llenarse el alma de belleza antes de que todo se desvaneciera.

Había fracasado en todo cuanto se había propuesto. Sus planes de enterrar a Romeo y matar a Salimbeni se habían echado a perder, y sólo había sobrevivido para que abusaran de ella. Su único consuelo era que, por más que lo habían intentado, no habían logrado invalidar sus votos con Romeo: jamás había pertenecido a ningún otro. Era su esposo, aunque no lo fuese. Sus almas estaban unidas, sus cuerpos

separados por la muerte. Pero no por mucho tiempo. Lo único que debía hacer era serle fiel hasta el final; quizá entonces, si fray Lorenzo le había dicho la verdad, se reuniría con Romeo en la otra vida.

Dejó abiertas las ventanas y se acercó a su equipaje. Vestidos, galas..., lo que buscaba estaba oculto en una zapatilla de brocado: un frasquito de perfume que había pasado algún tiempo en su mesilla de noche, en el palazzo Salimbeni, y al que en seguida había decidido dar otro uso.

Tras su boda, todas las noches pasaba una anciana a darle una cucharada de somnífero, con los ojos llenos de inconfesable compasión.

—¡Abrid la boca y sed buena chica! —le decía, áspera—. Queréis tener felices sueños, ¿no es así?

Las primeras veces Giulietta escupía la poción en la bacinilla en cuanto la anciana salía de la alcoba, decidida a estar completamente despierta para recordarle a Salimbeni su maldición en caso de que osara volver a su lecho.

Pero después se le ocurrió vaciar el frasquito de agua de rosas que Antonia le había dado a modo de despedida y fue llenándolo con los buches de somnífero que le administraban cada noche.

Al principio pensó en usarlo contra Salimbeni, pero, como él la visitaba cada vez menos, el frasquito se quedó en su mesilla sin un propósito claro, salvo el de recordarle a Giulietta que, cuando estuviera lleno, resultaría letal para cualquiera que lo bebiese.

Desde su más temprana edad, recordaba haber oído relatos de mujeres que se mataban con somníferos cuando las abandonaban sus amantes. Aunque su madre procuraba protegerlas de ese tipo de chismorreos, había demasiadas criadas en la casa que disfrutaban con la atención de las pequeñas. Y así, Giulietta y Giannozza habían pasado muchas tardes en su lecho secreto de margaritas, muriéndose por turnos mientras la otra representaba el papel de quienes descubrían horrorizados el cadáver y el frasco vacío. Una vez, Giulietta había permanecido quieta y aletargada tanto tiempo que Giannozza la había creído muerta de verdad.

—¿Giu-giu? —le había dicho, tirándole de los brazos—. ¡Para, por favor! Ya no tiene gracia. ¡Por favor!

Al final, Giannozza había empezado a llorar y, aunque Giulietta se había incorporado, riendo, no había logrado consolarla. Había llorado toda la tarde y toda la noche, y se había ido corriendo de la mesa sin cenar. No habían vuelto a jugar a ese juego.

Durante su encierro en el palazzo Salimbeni, había pasado algunos días sentada acariciando el frasquito y deseando que estuviera lleno y tener el valor de poner fin a su propia vida, pero el frasco no había terminado de llenarse hasta la víspera de su partida a Val d'Orcia y, mientras viajaba, se había consolado pensando en el tesoro

que llevaba oculto en su equipaje.

De pronto, sentada en la cama con el frasquito en las manos, tuvo la certeza de que aquello le pararía el corazón. Ése debía de haber sido siempre el plan de la Virgen: que su enlace con Romeo se consumara en el cielo, no en la tierra. Esa idea tan agradable la hizo sonreír.

Sacó pluma y tinta, también ocultas en el equipaje, y se dispuso a escribir una última carta a Giannozza. El tintero que fray Lorenzo le había dado en el palazzo Tolomei estaba casi vacío, y había afilado la pluma tantísimas veces que sólo quedaba de ella un lánguido penacho; aun así, redactó con paciencia un último mensaje para su hermana; después enrolló el pergamino y lo escondió en una grieta de la pared, detrás de la cama. «Te esperaré, querida hermana, en nuestro lecho de margaritas —le escribió, emborronando la tinta de lágrimas— y, cuando me llames, despertaré en seguida, lo prometo».

Romeo y fray Lorenzo llegaron a Rocca di Tentennano con diez hombres a caballo entrenados en toda suerte de combates. De no haber sido por el maestro Ambrogio, jamás habrían sabido dónde encontrar a Giulietta, y, de no ser por su hermana Giannozza y los guerreros que les prestó, nunca podrían haber pasado a la acción.

Su conexión con Giannozza había sido obra de fray Lorenzo. Cuando estaban escondidos en el monasterio —Romeo aún inmovilizado por la herida del estómago— el fraile la había enviado una carta a la única persona que pensaba que podría compadecerse de su situación. Conocía bien la dirección de Giannozza, pues había sido el mensajero secreto de su hermana durante más de un año, y no habían pasado ni dos semanas cuando recibió una respuesta. «Tu dolorosa carta me llega en buen momento —le escribía—, pues acabo de enterrar al hombre de esta casa y al fin soy dueña de mi destino. Aun así, no tengo palabras para expresar la pena que siento, querido Lorenzo, al saber de tus tribulaciones y del destino de mi hermana. Por favor, dime cómo puedo ayudar. Tengo hombres, caballos. Son tuyos».

Sin embargo, los fuertes guerreros de Giannozza se sentían impotentes ante la inmensa puerta de Rocca di Tentennano y, mientras estudiaban de lejos la fortaleza a la luz del crepúsculo, Romeo supo que tendría que servirse de alguna artimaña para entrar a salvar a su dama.

—Me recuerda a un avispero gigante —les dijo a los otros, mudos al ver la fortaleza—. Un ataque a plena luz del día nos costaría la vida, pero quizá podamos lograrlo al anochecer, cuando estén todos dormidos excepto unos cuantos centinelas.

Así esperó a que oscureciera para escoger a ocho hombres —entre los cuales, fray Lorenzo, al que no podía dejar atrás—, se aseguró de que iban provistos de cuerdas y dagas y se los llevó con sigilo a los pies del acantilado sobre el que se levantaba la fortaleza de Salimbeni.

Sin otro público que las estrellas centelleantes en un cielo sin luna, los intrusos escalaron la montaña con tanto sigilo como fueron capaces para llegar por fin a los pies del extraordinario edificio. Desde allí, reptaron por la base de la muralla inclinada hasta que uno de ellos divisó una abertura prometedora unos metros más arriba y le dio un toque en el hombro a Romeo para indicárselo.

Sin cederle a otro el honor de ir primero, Romeo se amarró una cuerda a la cintura y, con una daga en cada mano, inició el ascenso, clavándolas en la argamasa de entre las piedras y tirando laboriosamente de su cuerpo con los brazos. La muralla presentaba la inclinación justa para permitir la hazaña sin llegar a facilitarla, y fray Lorenzo se espantaba cada vez que Romeo resbalaba y se quedaba colgado de los brazos. No le habría preocupado tanto si el joven hubiera estado en perfectas condiciones, pero sabía que cada movimiento de su amigo al escalar el muro debía de estar causándole un dolor casi insoportable porque la herida del abdomen no había curado del todo.

Sin embargo, a Romeo apenas le dolía la vieja herida mientras trepaba por el muro, ya que el dolor de imaginar a Giulietta obligada a someterse a la voluntad del despiadado hijo de Salimbeni ahogaba todos los demás. Recordaba bien a Niño del Palio, donde lo había visto apuñalar hábilmente a Tebaldo, y sabía que ninguna mujer podría darle un portazo a su voluntad. Tampoco era probable que Niño cayera presa de amenazas de maldición; el joven debía de saber que, en lo relativo al cielo, ya estaba condenado para toda la eternidad.

La abertura en lo alto resultó ser una tronera lo bastante ancha para que Romeo cupiera por ella. Al pasar por el ventanuco, vio que se encontraba en un arsenal, y la paradoja casi lo hizo sonreír. Se desató la cuerda que llevaba a la cintura, la amarró a un antorchero de la pared y tiró de ella dos veces para que los otros supieran que podían subir.

Rocca di Tentennano era un sitio triste por dentro y por fuera. No había allí frescos que alegraran las paredes, ni tapices que paliaran las corrientes; a diferencia del palazzo Salimbeni —despliegue de refinamiento y opulencia—, aquel lugar se había construido sin otro propósito más que el del dominio, y cualquier elemento decorativo no habría hecho sino entorpecer el trajín de hombres y de armas.

Mientras recorría los serpenteantes e interminables pasillos —con fray Lorenzo y los otros a remolque— Romeo empezó a temer que encontrar a Giulietta en aquel mausoleo viviente y escapar con ella sin ser vistos fuese más una cuestión de suerte que de valor.

—¡Cuidado! —susurró de pronto, levantando una mano para detener a los otros al divisar a un guardia—. ¡Replegaos!

Para evitar al guardia tuvieron que embarcarse en un laberíntico desvío tras el cual terminaron en el punto de partida, agazapados en silencio entre las sombras, allí

donde la luz de las antorchas murales no llegaba.

—Hay guardias en todas las esquinas —susurró uno de los hombres de Giannozza—, pero sobre todo en esa dirección... —añadió señalando hacia delante.

Romeo asintió, muy serio.

—Tendremos que eliminarlos uno a uno, pero prefiero esperar cuanto sea posible.

No hubo necesidad de explicarles por qué razón quería posponer el clamor de armas. Todos eran conscientes de que los guardias que dormían en las entrañas del castillo los superaban en número, y sabían que, cuando comenzara la lucha, su única esperanza sería salir corriendo. Con ese fin, Romeo había dejado a tres hombres a cargo de los caballos, pero empezaba a sospechar que no les quedaría otra que volver a Giannozza con el relato de su fracaso.

Entonces, cuando empezaba a desesperar, fray Lorenzo le dio un golpecito en el hombro y le señaló una figura familiar, con una antorcha, al otro lado del pasillo. La figura —Niño— avanzaba despacio, casi con desgana, como si tuviese que cumplir una misión que de buen grado aplazaría. A pesar de que la noche era fría, vestía sólo una túnica, si bien llevaba la espada sujeta al cinto; Romeo supo de inmediato adonde se dirigía.

Después de hacer una seña a fray Lorenzo y a los hombres de Giannozza para que lo siguieran, enfiló el pasillo tras el bandido y se detuvo sólo cuando éste lo hizo para dirigirse a dos guardias que flanqueaban una puerta cerrada.

—Podéis ir a descansar —les dijo—. Yo me encargo de la seguridad de la señora Giulietta. De hecho... —se volvió para hablarles a todos los guardias a la vez—, ¡podéis marcharos todos! Y pedid en cocinas que esta noche no se racione el vino.

Cuando se hubieron ido todos los guardias —felices ante la perspectiva de la juerga— Niño respiró profundamente al fin y asió el pomo de la puerta. Pero, en ese preciso instante, lo sobresaltó un ruido a su espalda, el inconfundible desenvainar de una espada.

Se volvió despacio y pudo ver, incrédulo, a su asaltante. Cuando identificó al hombre que había ido hasta allí para retarlo, los ojos estuvieron a punto de salirse de las cuencas.

—¡Imposible! ¡Estáis muerto!

Romeo salió a la luz de la antorcha con una sonrisa venenosa.

—Si estuviese muerto, sería un fantasma y vos no tendríais que temer mi espada.

Niño miró atónito a su rival. Tenía ante sí a un hombre al que no esperaba volver a ver, un hombre que había desafiado a la muerte para salvar a su amada. Por primera vez en su vida, quizá el hijo de Salimbeni pensara que aquél era el verdadero héroe, y él, Niño, el villano.

—Os creo —dijo, sereno, y colgó la antorcha de la pared—, y respeto vuestra espada, pero no la temo.

—Craso error —replicó Romeo, esperando a que el otro se preparara.

Oculto a la vuelta de la esquina, fray Lorenzo escuchó aquel diálogo con vana agitación. No entendía que Niño no llamase a los guardias para someter a Romeo sin necesidad de luchar. Aquélla era una intrusión infame, no un espectáculo público; no tenía por qué correr ningún riesgo. Ni tampoco Romeo.

A su lado, agazapados en la oscuridad, fray Lorenzo vio a los hombres de Giannozza intercambiar miradas, preguntándose por qué Romeo no les pedía que salieran a cortarle el cuello a Niño antes de que el engreído transgresor tuviese tiempo de clamar socorro. A fin de cuentas, aquello no era un torneo con el que ganarse el corazón de una dama, sino un asalto en toda regla. Sin duda Romeo no le debía un duelo de caballeros al hombre que le había robado a su esposa.

Pero los dos rivales no pensaban del mismo modo.

—Quien yerra sois vos —repuso Niño, desenvainando ansioso su espada—. Os recuerdo que ya os ha reducido dos veces un Salimbeni. La gente dirá que le tenéis aprecio a nuestro acero.

Romeo miró a su oponente con una sonrisa burlona.

—Os recuerdo que, en vuestra familia, escasea el acero últimamente —dijo poniéndose en posición de ataque—. De hecho, la gente anda demasiado entretenida hablando del crisol... vacío de vuestro padre para preocuparse de otras cosas.

El insolente comentario habría hecho que un espadachín menos experimentado se lanzase furioso sobre su adversario, olvidando que la rabia descentra y lo convierte a uno en blanco fácil, pero Niño no era tan vulnerable. Comedido, acusó recibo tocando la punta de la espada de Romeo con la suya.

—Cierto —dijo rodeando a su oponente—, mi padre es lo bastante sabio para conocer sus limitaciones. Por eso me ha encomendado a la joven. Cuan grosero de vuestra parte diferir así su disfrute. Se encuentra tras esta puerta, esperándome con labios húmedos y mejillas sonrosadas.

Esta vez fue Romeo quien tuvo que contenerse, poniendo a prueba el acero de su rival con un leve toque y absorbiendo la vibración en su mano.

—La dama de la que habláis es mi esposa —señaló—, y me animará con gritos de placer mientras os hago pedazos.

—¿Eso pensáis? —Niño atacó, esperando en vano sorprenderlo—. Por lo que sé, no es más esposa vuestra que de mi padre, y pronto... —sonrió— no será la de nadie, sino mi putita, que esperará ansiosa todo el día a que acuda a entretenerla por las noches...

Romeo atacó a Niño y no le acertó por poco, pues éste tuvo la prudencia de apartarse y esquivar el acero. No obstante, eso bastó para interrumpir su conversación y, durante un rato, no se oyó más que el choque furioso de las espadas que los arrastraba a una danza mortal.

Aunque Romeo ya no era el ágil espadachín de antes, sus tribulaciones le habían enseñado a resistir y, lo más importante, lo habían llenado de un odio ciego que, bien canalizado, podía reemplazar sus aptitudes para la lucha. Así, aunque Niño lo provocaba bailando a su lado, Romeo no picó el anzuelo y esperó pacientemente su momento de venganza, momento que estaba seguro de que la Virgen le concedería.

—¡Cuán afortunado soy! —espetó Niño, tomando por fatiga la contención de su rival—. Poder disfrutar de mis dos deportes favoritos en la misma noche... Decidme, ¿qué se siente?...

Romeo no necesitó más que un descuido momentáneo en la pose de Niño para lanzarse sobre él con asombrosa velocidad y clavarle la espada entre las costillas, atravesándole el corazón e inmovilizándolo, por un instante, contra la pared.

—¿Qué se siente? —preguntó burlón ante su rostro atónito—. ¿De veras queréis saberlo?

Dicho esto, extrajo asqueado el acero y observó cómo el cuerpo sin vida se deslizaba hasta el suelo, dejando en la pared una estela carmesí.

Desde la esquina, fray Lorenzo presenció estupefacto el breve duelo. La muerte le había sobrevenido tan de pronto al joven Niño que su rostro no revelaba sino sorpresa; el fraile habría querido que aquel sinvergüenza admitiese su derrota antes de expirar, siquiera por un instante, pero el cielo, más clemente, había puesto fin a su sufrimiento antes de que empezase.

Sin detenerse a limpiar la espada, Romeo pasó sobre el cadáver para girar el pomo que Niño había guardado con su vida. Al ver desaparecer a su amigo por la fatídica puerta, el fraile salió por fin de su escondite y, corriendo aprisa por el pasillo, siguió a Romeo a lo desconocido, con los hombres de Giannozza a remolque.

Al cruzar la puerta, el fraile se detuvo para acomodar la vista. No había más luz en la alcoba que el fulgor de unas ascuas en la chimenea y el débil brillo de las estrellas que se colaba por la ventana abierta; aun así, Romeo había ido directo al lecho a despertar a su amada durmiente.

—¡Giulietta, mi amor, despierta! —la instó, abrazándola y regándole de besos el pálido rostro—. ¡Hemos venido a salvarte!

Cuando la joven al fin se movió, el fraile vio en seguida que algo ocurría. La conocía lo bastante como para saber que se hallaba presa de una fuerza mayor que la de su amado.

—Romeo... —masculló, intentando sonreír y acariciarle la cara—, ¡me has encontrado!

—¡Vamos —la animó él, tratando de incorporarla—, debemos irnos antes de que vuelvan los guardias!

—Romeo... —Se le cerraban los ojos y la cabeza se le caía como una flor bajo el peso de la guadaña—. Quería... —Habría seguido hablando, pero se le trabó la

lengua. Romeo miró desesperado a fray Lorenzo.

—¡Ayúdame! —le pidió a su amigo—, ¡está enferma! Tendremos que llevarla en brazos. —Al verlo dudar, Romeo siguió su mirada y vio el frasquito y el corcho sobre la mesilla de noche—. ¿Qué es eso? —preguntó con la voz ronca de miedo—. ¿Veneno?

Fray Lorenzo se acercó corriendo a inspeccionar el frasquito.

—Era agua de rosas —dijo oliendo el frasco vacío—, pero también algo más...

—¡Giulietta, tienes que despertar! —exclamó Romeo zarandeándola—. ¿Qué has bebido? ¿Te han envenenado?

—Somnífero... —masculló ella sin abrir los ojos—, para que pudieras despertarme...

—¡Virgen santa! —Fray Lorenzo ayudó a Romeo a incorporarla—. ¡Giulietta! ¡Despertad! ¡Soy vuestro viejo amigo, Lorenzo!

Giulietta arrugó la frente y logró abrir los ojos. Sólo entonces, al ver al fraile y a todos aquellos extraños alrededor de su cama, pareció entender que no había muerto, que aún no estaba en el paraíso. Consciente de eso, se espantó y el pánico le desfiguró el rostro.

—¡Ay, no puede ser! —susurró, agarrándose a Romeo con la fuerza que le quedaba—. Mi amor... ¡estás vivo! Estás...

Empezó a toser y una serie de violentos espasmos se apoderó de su cuerpo; fray Lorenzo observó que le latía el pulso como si fueran a reventarle las venas. Sin saber qué hacer, procuraron mitigar sus dolores y serenarla, y siguieron sosteniéndola aun cuando empezó a sudar profusamente y, convulsa, volvió a desplomarse sobre la cama.

—¡Ayuda! —gritó Romeo a los hombres que rodeaban el lecho—. ¡Se está ahogando!

Pero los soldados de Giannoza estaban entrenados para quitar la vida, no para nutrirla, y miraban inmóviles cómo el marido y el amigo de la infancia intentaban salvar a la mujer amada. Aun siendo extraños, tan absortos estaban en la tragedia que tenía lugar ante sus ojos que no repararon en la llegada de los guardias de Salimbeni hasta que éstos estuvieron junto a la puerta y no hubo escapatoria posible.

Fue un grito de horror procedente del pasillo lo que los alertó del peligro. Alguno había visto al joven señor desparramado sobre su propia sangre. Cuando los guardias de Salimbeni inundaron la estancia, los hombres de Giannoza pudieron por fin desenvainar sus armas.

En una situación tan desesperada, la única esperanza de salvación era no tener ninguna. Sabiéndose ya muertos, los soldados de Giannoza se arrojaron sobre los guardias de Salimbeni con intrépido ímpetu y los redujeron sin piedad, sin detenerse siquiera a comprobar si habían acabado con uno antes de pasar al siguiente. El único

hombre armado que no se volvió a luchar fue Romeo, incapaz de soltar a Giulietta.

Por un tiempo, los hombres de Giannozza fueron capaces de defender su posición y matar a todos los enemigos que entraban en la alcoba. La puerta era demasiado estrecha para que pasara más de uno y, en cuanto entraban, se encontraban de golpe con siete espadas a manos de hombres que no habían pasado la noche hartándose de vino. En un espacio reducido como aquél, unos cuantos hombres resueltos no estaban tan indefensos frente a centenares de adversarios como en campo abierto; mientras llegaran de uno en uno, el número carecía de importancia.

Sin embargo, no todos los guardias de Salimbeni eran imbéciles; cuando los soldados de Giannozza empezaban a albergar la esperanza de sobrevivir a esa noche, se oyó un fuerte estrépito procedente del fondo de la estancia y, al volverse, vieron que se abría una puerta secreta y un torrente de guardias entraban por ella. Atacados por delante y por detrás, los hombres pronto se vieron desbordados. Uno a uno, los soldados de Giannozza cayeron derrotados —moribundos unos, muertos otros— a medida que la alcoba se inundaba de guardias.

Ni siquiera entonces, perdidas todas las esperanzas, Romeo se dispuso a luchar.

—¡Mírame! —instó a Giulietta, más preocupado por revivirla que por defenderse —, ¡mírame!... —Pero una lanza arrojada desde el otro lado de la alcoba le acertó en plena espalda, y Romeo se desplomó en la cama sin más, resistiéndose, aun muerto, a dejar a Giulietta.

Al desmoronarse su cuerpo sin vida se le cayó de la mano el sello del águila, y el fraile entendió que la última voluntad de Romeo había sido devolver el anillo al dedo de Giulietta, donde debía estar. Sin pensarlo, cogió el objeto sagrado de la cama — porque no lo confiscaran unos hombres que jamás respetarían su destino—, pero, antes de que pudiese ponérselo a la joven, unas manos fuertes lo apartaron de ella.

—¿Qué ha pasado aquí, fraile parlanchín? —quiso saber el capitán de los guardias—. ¿Quién es ese hombre y por qué ha matado a la señora Giulietta?

—Ese hombre —replicó fray Lorenzo, demasiado paralizado por la conmoción y el dolor para atemorizarse— era su verdadero marido.

—¿Su marido? —El capitán cogió al fraile por la capucha del hábito y lo zarandeó—. ¡No sois más que un fraile apestoso! Pero... —sonrió enseñando los dientes— eso tiene fácil arreglo.

El maestro Ambrogio lo vio con sus propios ojos. El carro llegó de Rocca di Tentennano ya de noche —cuando él pasaba por el palazzo Salimbeni—, y los guardias del tirano no dudaron en soltar el infeliz cargamento a los pies de su señor, en los escalones de entrada a su casa.

Primero fue fray Lorenzo, atado, con los ojos vendados y casi incapaz de bajar del carro por sí mismo. A juzgar por la crueldad con que los guardias lo arrastraron hasta el edificio, lo llevaban directo a la cámara de tortura. Luego procedieron a

descargar los cuerpos de Romeo, Giulietta y Niño... envueltos en la misma sábana ensangrentada.

Se dijo después que Salimbeni no se había inmutado al ver el cuerpo sin vida de su hijo, pero al maestro no lo engañó el gesto inflexible del hombre al contemplar su propia tragedia. Ése había sido fruto de sus tejemanejes: Dios lo castigaba presentándole a su hijo cual cordero descuartizado, bañado en la sangre de las dos personas que él mismo se había encargado de separar y aniquilar contra la voluntad divina. Sin duda entonces Salimbeni supo que se hallaba ya en el infierno y que, por lejos que fuese y mucho que viviera, sus demonios irían siempre con él.

Cuando Ambrogio volvió al taller esa noche, sabía que los guardias de Salimbeni podían llamar a su puerta en cualquier instante. Si eran ciertos los rumores sobre sus métodos de tortura, el pobre fray Lorenzo soltaría todo cuanto sabía —amén de un buen montón de invenciones y exageraciones— antes de medianoche.

¿Se atreverían a ir también a por él?, se preguntó. A fin de cuentas, era un famoso artista al que recurrían muchos nobles. No podía saberlo. Sólo una cosa era segura: si huía y se escondía, daría a entender que era culpable y —una vez fugado— no podría regresar a la ciudad que amaba más que a cualquier otra.

Así pues, buscó por el taller lo que pudiera incriminarlo, como el retrato de Giulietta y su diario, que estaba sobre la mesa y, tras añadir un último párrafo —unas líneas desordenadas sobre lo que había visto esa noche—, cogió ambos objetos, los envolvió en un paño, los metió en una caja hermética y la escondió en un hueco secreto de la pared donde nadie los encontraría jamás.

Sexta Parte



VI. I

¿Puedo avanzar si aquí mi corazón desea detenerse?

Tierra, ¡vuélvete atrás y halla tu centro!

Janice no mentía cuando decía que era buena escaladora. No sé por qué, nunca me había creído mucho sus postales de sitios exóticos, salvo las que hablaban de decepción y depravación. La imaginaba más durmiendo la mona en un motel de México que buceando entre arrecifes de coral en aguas tan claras que —como le había escrito una vez a tía Rose— una se zambullía en ellas hecha una pecadora empedernida y salía sintiéndose como Eva en su primer día en el paraíso, antes de que apareciese Adán con la prensa y los cigarrillos.

Al verla trepar hasta mi balcón, caí en lo mucho que había anhelado su regreso, porque, después de pasearme de un lado a otro de la habitación durante al menos una hora, había llegado a la frustrante conclusión de que jamás le encontraría sentido a aquella situación yo sola.

Yo siempre había sido así. Cuando, de pequeña, le contaba mis problemas a tía Rose, se alteraba mucho, pero, al final, yo terminaba sintiéndome mucho peor que antes. Si algún chico me fastidiaba en el colegio, llamaba al director y a todos los profesores y les exigía que hablasen con sus padres. En cambio, Janice —si se enteraba de casualidad— se encogía de hombros como si nada y me soltaba:

—Le molas. Se le pasará. ¿Qué hay de cena? —Y, muy a mi pesar, tenía razón.

Seguramente también ahora tenía razón. No me entusiasmaban sus críticas de Alessandro y Eva María, pero alguien tenía que hacerlas, y yo era víctima de un claro conflicto de intereses.

Jadeando tras aquel esfuerzo de supervivencia, Janice agarró la mano que le tendía y logró pasar una pierna por encima de la barandilla.

—La escalada... —resolló, cayendo como un saco de patatas—, ¡dulce pesar!

—¿Por qué no has subido por la escalera? —pregunté al verla sentada en el suelo, jadeando.

—¡Muy graciosa! —replicó—. ¡Teniendo en cuenta que hay por ahí suelto un asesino en serie que me odia a muerte...!

—¡Venga ya! —dije—. Si Umberto hubiera querido cortarnos el cuello, lo habría hecho hace tiempo.

—Con esa clase de gente, ¡nunca se sabe cuándo van a atacar! —Janice se levantó al fin, sacudiéndose la ropa—. Sobre todo ahora que tenemos el cofre de mamá. Propongo que salgamos de aquí pitando y... —Sólo entonces me miró a la cara y reparó en mis ojos rojos e hinchados—. ¡Madre mía, Jules! —exclamó—. ¿Qué te

pasa?

—Nada —dije restándole importancia—. Acabo de terminar de leer la historia de Romeo y Giulietta. Perdona que te fastidie el final, pero no termina bien. Niño Salimbeni intenta seducirla —o violarla— y ella se suicida con un fuerte somnífero justo antes de que Romeo irrumpa en su alcoba para salvarla.

—¿Y qué esperabas? —Entró en el baño para lavarse las manos—. Los tipos de la calaña de Salimbeni nunca cambian. En su vida. Lo llevan en los genes. Malvados con sonrisa. Niño, Alessandro..., todos cortados por el mismo patrón. O los matas o te matan.

—Eva María no es así... —empecé, pero Janice no me dejó terminar.

—¡No me digas! —se burló desde el baño—. Permite que te abra los ojos. Eva María ha estado jugando contigo desde el primer día. ¿En serio crees que viajaba en ese avión por casualidad?

—¡Venga ya! —exclamé—. ¡Nadie sabía que iba en ese avión salvo...! —me interrumpí.

—¡Exacto! —Janice dejó la toalla y se tiró sobre la cama—. Es obvio que Umberto y ella están compinchados. No me extrañaría nada que fueran hermanos. Así funciona la mafia, ¿sabes? Es todo cosa de familia, de favores y de cubrirse las espaldas unos a otros... Que conste que a mí no me importaría cubrírselas a tu chico, pero no tengo claro que me apetezca dormir bajo tierra.

—¡Bueno, vale ya!

—¡No, no vale! —Janice se había embalado—. El primo Peppo dice que el marido de Eva María, Salimbeni, era un *bastardo classico*, un mañoso de limusina y matones de camisa impecable y corbata siciliana, el paquete completo. Hay quien piensa que Eva María hizo liquidar a la joyita de papá para apoderarse del negocio y fundirse las tarjetas de crédito. Tu don Meloso es su cachitas particular, por no decir su perrito faldero. Pero ahora..., ¡tachan!, te lo ha azuzado, y la pregunta es: ¿desenterrará el hueso para ella o para ti? ¿Dominará la *virgetariana* al playboy o prevalecerá la madrina y recuperará las joyas familiares en cuanto les pongas las manitas encima?

Me la quedé mirando.

—¿Has terminado ya?

Janice pestañeó un par de veces y volvió de su viaje astral en solitario.

—Totalmente. Yo me largo de aquí. ¿Tú?

—¡Joder! —Me senté a su lado, de pronto exhausta—. Mamá quiso dejarnos un tesoro y lo hemos estropeado todo. Yo lo he estropeado. Quiero arreglarlo, se lo debo, ¿no te parece?

—Tal y como yo lo veo, lo único que le debemos es seguir vivas. —Agitó un manojito de llaves delante de mí—. Vamos a casa.

—¿De dónde son esas llaves?

—De la vieja casa de mamá. Peppo me habló de ella. Está al sureste de aquí, en un lugar llamado Montepulciano. Lleva vacía todos estos años. —Me miró con comedia esperanza—. ¿Te vienes?

La miré, extrañada de que me preguntase.

—¿En serio quieres que vaya?

Janice se incorporó.

—Jules —me dijo con inusual sobriedad—, quiero que salgamos las dos de aquí, en serio. Esto no va sólo de estatuas y piedras preciosas. Aquí pasa algo muy chungo. Peppo me habló de una sociedad secreta que cree que pesa una maldición sobre nuestra familia y que tienen que pararla. ¿Y sabes quién dirige el cotarro? Tu querida doña mafia. Es el mismo rollo en que estaba metida mamá..., no sé qué rituales de sangre para convocar a los muertos. Perdona si no me mola el plan.

Me levanté, me acerqué a la ventana y fruncí el ceño ante mi propio reflejo.

—Me ha invitado a una fiesta. En su casa de Val d'Orcia.

Como no respondía, me volví a ver qué pasaba. Tumbada boca arriba, se tapaba la cara.

—¡Madre de Dios! —protestó—. ¡No me lo puedo creer! Déjame adivinar: ¿a que *el niño* también va?

—¡Venga ya, Jan! —exclamé alzando los brazos—. ¿No quieres llegar al fondo de esto? ¡Yo sí!

—¡Y lo harás! —Janice se levantó de golpe y empezó a pasearse briosa por la habitación, apretando mucho los puños—. Llegarás al fondo de algo, seguro, con el corazón partido o los pies hundidos en cemento. ¡Te juro que, como sigas con todo esto y termines igual que nuestros ancestros, enterrada bajo los escalones de entrada al palacio de Eva María, no te vuelvo a hablar!

Me miró beligerante; yo, incrédula. Ésa no era mi Janice. A mi Janice le daba igual lo que hiciera o lo que me pasara mientras fracasara estrepitosamente en todo lo que me proponía. Imaginarme con los pies sumergidos en cemento la habría hecho mondarse de risa, no morderse el labio inferior como si fuera a llorar.

—Vale —añadió, más serena, al ver que yo guardaba silencio—, ¡adelante, que te maten en algún... ritual satánico! A mi me da igual.

—No he dicho que vaya a ir.

Se tranquilizó un poco.

—Ah, bueno, en ese caso, creo que es hora de que tú y yo nos tomemos un *gelato*.

Pasamos buena parte de la tarde catando sabores antiguos y nuevos en Nannini, una heladería estratégicamente ubicada en la piazza Salimbeni. Aunque no nos reconciamos del todo, al menos nos pusimos de acuerdo en dos cosas: primero,

sabíamos muy poco de Alessandro para dejarle que me llevase en coche a la fiesta y, segundo, el *gelato* era mejor que el sexo.

—Confía en mí —dijo Janice, guiñándome un ojo para animarme.

A pesar de sus defectos, mi hermana siempre había sido muy perseverante, y ella sola se hizo más de una hora de guardia, mientras yo me agazapaba en un banco al fondo del local, muerta de vergüenza de que alguien pudiera vernos.

De pronto, Janice tiró de mí para que me levantara. No dijo nada; no hizo falta. Al mirar por la puerta de cristal, vimos a Alessandro cruzar a pie la piazza Salimbeni y seguir por el Corso.

—¡Va al centro! —observó Janice—. ¡Lo sabía! Los tíos como él no viven en las afueras. O a lo mejor... —me puso ojitos— va a ver a su amante. —Estiramos el cuello para ver mejor, pero Alessandro se había evaporado—. ¡Mierda!

Salimos disparadas de la heladería y echamos a correr por la calle lo más discretamente posible, procurando no llamar mucho la atención, algo casi imposible en compañía de Janice.

—¡Espera! —la cogí del brazo para frenarla—. ¡Ya lo veo! Está ahí... ¡Huy!

En ese preciso momento, Alessandro se detuvo y tuvimos que escondernos en un portal.

—¿Qué hace? —susurré, demasiado asustada para averiguarlo por mí misma.

—Está hablando con un tío —contestó Janice, asomándose—. Un tío con una bandera amarilla. ¿De qué va el rollo este de las banderas? Aquí todo el mundo tiene una. —Al poco reanudamos la persecución y, ocultándonos entre escaparates y portales, seguimos a nuestra presa por toda la calle y cruzamos el Campo en dirección a la piazza Postierla. Ya se había detenido varias veces para saludar a alguien a su paso, pero, a medida que aumentaba la pendiente de la calle, crecía también el número de amistades que se cruzaban en su camino.

—¡Madre mía! —exclamó Janice cuando Alessandro paró a hacerle cucamonas a un bebé en una sillita—. ¿Qué pasa con ese tío?, ¿que va para alcalde o qué?

—Se llama relacionarse con otros seres humanos —murmuré—. Deberías probarlo.

Janice puso los ojos en blanco.

—¡Vaya, habló la sociable!

Buscaba una réplica ingeniosa cuando nos dimos cuenta de que nuestro blanco había desaparecido.

—¡Ay, no! —exclamó Janice—. ¿Dónde se ha metido?

Corrimos a donde lo habíamos visto por última vez —casi enfrente del local de Luigi— y allí descubrimos la entrada a la callejuela más oscura de toda Siena.

—¿Lo ves? —le susurré a Janice escondiéndome detrás de ella.

—No, pero no ha podido ir a otro sitio. —Me cogió de la mano y tiró de mí—.

¡Vamos!

Mientras recorríamos el pasaje de puntillas, no pude evitar reírme como una boba. Allí estábamos las dos, curioseando de la mano como cuando éramos niñas. Janice me miró muy seria, preocupada por el ruido, pero, cuando vio mi cara risueña, se ablandó y empezó a reír también.

—¡No puedo creer que estemos haciendo esto! —le susurré—. ¡Qué vergüenza!

—¡Chis! —me espetó furiosa—. No creo que éste sea un buen barrio. —Señaló el grafiti de una de las paredes—. ¿Qué es *galleggiante*? Suena a palabrota. ¿Y qué coño pasó en el 92?

Al fondo, el callejón doblaba a la derecha; nos paramos un instante en la esquina, escuchando los pasos que se extinguían. Janice incluso asomó la cabeza para evaluar la situación, pero la ocultó de inmediato.

—¿Te ha visto? —le susurré.

Janice respiró profundamente.

—¡Ven! —Me cogió del brazo y me hizo doblar la esquina sin darme tiempo a rechistar.

Por suerte, Alessandro ya no estaba y pudimos avanzar en sigiloso nerviosismo hasta que vimos, de pronto, a un grupo de personas que cuidaban de un caballo al fondo del angosto callejón.

—¡Para! —La eché contra la pared con la esperanza de que nadie nos hubiera visto—. Esto no me gusta. Esos tíos...

—Pero ¿qué haces? —Se apartó de la pared y enfiló el callejón hacia el caballo y sus cuidadores. Al ver que, por fortuna, Alessandro no estaba entre ellos, corrí tras ella, tirándole del brazo para detenerla.

—¿Estás loca? —le dije furiosa—. Ese caballo debe de ser para el Palio y a esos tíos no les va a hacer gracia que unas guiris los anden espiando...

—Yo no soy guiri, soy periodista —repuso, se zafó de mí y siguió caminando.

—¡No! ¡Jan! ¡Espera!

Al verla acercarse a los hombres que custodiaban el caballo me invadió una mezcla de admiración y deseos de matarla. La última vez que me había sentido así había sido en el instituto, cuando se le había ocurrido llamar a un chico de clase porque yo había dicho que me gustaba.

En ese instante, alguien abrió unas contraventanas encima de nosotras y, al ver que era Alessandro, me pegué en seguida a la pared y arrastré a Janice conmigo, desesperada por que no nos viese husmeando por el barrio como adolescentes enamoradizas.

—¡No mires! —le susurré, aún conmocionada—. Creo que vive ahí arriba, en el tercero. Misión cumplida. Caso cerrado. Hora de largarse.

—¿Cómo que «misión cumplida»? —Se echó hacia atrás y miró a la ventana de

Alessandro con los ojos brillantes—. Hemos venido a averiguar qué se trae entre manos. No podemos irnos. —Probó la puerta de al lado y, al ver que se abría sin problemas, meneó las cejas y entró—. ¡Vamos!

—¿Estás grillada? —Miré nerviosa a los hombres que nos observaban fijamente, que debían de estar preguntándose qué hacíamos—. ¡No pienso entrar en ese edificio! ¡Vive ahí!

—Por mí, genial —replicó encogiéndose de hombros—. Quédate aquí con ellos, no creo que les importe.

Resultó que no estábamos en una escalera. Mientras avanzaba en la penumbra detrás de Janice, había temido que me llevara a la carrera hasta el tercero, decidida a irrumpir en el piso de Alessandro y acribillarlo a preguntas, pero, cuando vi que no había escaleras, empecé a relajarme.

Al final del largo pasillo había una puerta entreabierta y nos asomamos a ver qué había al otro lado.

—¡Banderas! —espetó Janice, visiblemente decepcionada—. Más banderas. Me parece que a alguien le obsesiona el amarillo por aquí. Y los pájaros.

—Es un museo —dije al ver algunos *cenciós* colgados de las paredes—. Un museo de contrada, como el de Peppo. Me pregunto...

—Genial —repuso Janice, empujando la puerta sin que me diera tiempo a rechistar—, echemos un vistazo. Siempre te han gustado las chatarras polvorientas.

—¡No! ¡Por favor, no...! —Traté de retenerla, pero se zafó y entró decidida en la sala—. ¡Vuelve aquí! ¡Jan!

—¿Qué clase de hombre vive en un museo? —masculló, echando un vistazo a los objetos allí expuestos—. ¡Qué grima!

—«En», no —la corregí—, «encima de». Además, tampoco tiene momias aquí metidas.

—¿Cómo lo sabes? —Le levantó la visera a una armadura para curiosear—. A lo mejor tiene momias de caballo. Tal vez es aquí donde celebran esos rituales secretos con los que convocan a los espíritus de los muertos.

—Sí. —La miré furiosa—. Gracias por llegar al fondo del asunto cuando tuviste ocasión.

—¡Eh! —Casi me hizo un corte de mangas—. ¡Que Peppo no sabía más ¿vale?!

Durante cosa de un minuto la vi pasearse de puntillas por la exposición, fingiéndose interesada. Las dos sabíamos que lo hacía sólo por fastidiarme.

—Bueno —le susurré al fin—, ¿has terminado de ver banderas? —En vez de contestar, entró en otra sala y me dejó allí sola, medio escondida.

Tardé un rato en encontrarla; estaba curioseando en una capilla diminuta con velas encendidas en el altar y magníficas pinturas al óleo en las paredes.

—¡Vaya! —exclamó cuando por fin nos encontramos—. ¿Qué te parecería esto

como salón? ¿Qué se hace en un sitio así? ¿Examinar entrañas?

—¡Espero que sean las tuyas! ¿Te importa si nos vamos?

Pero antes de que pudiese responderme alguna grosería, oímos pasos. Casi chocándonos, presas del pánico, salimos de la capilla a toda prisa, buscando un escondite en la otra sala.

—¡Aquí! —Arrastré a Janice a un rincón, tras una vitrina llena de gorros de equitación deslustrados y, al cabo de cinco segundos, pasó por nuestro lado una anciana cargada de paños amarillos muy bien doblados. La seguía un niño de unos ocho años, ceñudo, con las manos en los bolsillos. La mujer cruzó la habitación sin detenerse; el niño se quedó a tres metros de nuestro escondite, contemplando las espadas antiguas de la pared.

Janice hizo una mueca, pero ninguna de las dos nos atrevimos a movernos un centímetro, ni siquiera a susurrar, agazapadas en el rincón como bribonas de libro. Por suerte para nosotras, el chaval andaba demasiado absorto en su travesura para prestar atención a nada más. Cuando estuvo seguro de que su abuela no lo veía, se empinó, descolgó un estoque y adoptó un par de posturas de ataque que no estaban nada mal. Tan ensimismado estaba en su ilícito empeño que no oyó que alguien entraba en la sala hasta que ya era demasiado tarde.

—¡No, no, no! —lo reprendió Alessandro, cruzando la estancia para quitarle el estoque. Sin embargo, en lugar de volver a colgar el arma de la pared como habría hecho cualquier adulto responsable, le enseñó al niño la postura correcta y luego le devolvió el estoque—. *Tocca a te!*

El chaval blandió el arma con soltura hasta que, al final, Alessandro cogió otro estoque de la pared y los dos se enzarzaron en una «lucha» que terminó con el grito furioso de una mujer:

—Enrico! Dove sei?

Al cabo de un segundo, las armas estaban en su sitio y, cuando la abuela apareció por la puerta, Alessandro y el niño la esperaban, inocentes, con las manos a la espalda.

—¡Ah! —exclamó la mujer, encantada de ver a Alessandro, y le besó las mejillas—. ¡Romeo!

Dijo mucho más que eso, pero no lo oí. Si Janice y yo no hubiésemos estado tan juntas, probablemente me habría desplomado, porque de pronto me fallaron las piernas.

Alessandro era Romeo.

Pues claro. ¿Cómo no había caído? ¿No era ése el museo del Águila? ¿No había visto ya la verdad en los ojos de Malena... y en los de él?

—¡Ostras, Jules, al loro! —me dijo Janice por señas.

Pero eso ya me daba igual. Todo cuanto creía saber de Alessandro pasó por

delante de mis ojos como los números de una ruleta, y supe que, en una sola conversación con él, había apostado todo mi haber al color equivocado.

No era Paris, no era un Salimbeni, ni siquiera era Niño. Siempre había sido Romeo. No el juerguista seductor del sombrero de elfo, sino el Romeo exiliado al que los chismorreos y las supersticiones habían desterrado hacía tiempo y que había dedicado su vida a ser otra persona. Según él mismo me había dicho, Romeo era su rival. Romeo tenía las manos malditas y la gente prefería creerlo muerto. Romeo no era quien yo creía; nunca me rondaría con versos rimados. Claro que Romeo también era el hombre que visitaba el taller del maestro Lippi por las noches para tomarse un vaso de vino y contemplar el retrato de Giulietta Tolomei. Eso, para mí, valía mucho más que la más exquisita poesía.

Aun así, ¿por qué no me había contado la verdad? Yo le había preguntado por Romeo una y otra vez, pero todas y cada una ellas me había respondido como si se tratase de otro, alguien a quien no me conviniera conocer en absoluto.

De pronto recordé cuando me había enseñado la bala que llevaba colgada del cuello y cuando Peppo, postrado en la cama del hospital, me había dicho que Romeo había muerto. Recordé también el gesto de Alessandro cuando Peppo comentó que Romeo era un hijo bastardo. Sólo entonces entendí su rabia hacia la familia Tolomei, que, ignorando su verdadera identidad, se habían complacido en tratarlo como a un Salimbeni y, por tanto, como a un enemigo. Igual que lo había hecho yo.

Cuando, al fin, salieron todos de allí —la abuela y Enrico en una dirección, Alessandro en la otra— Janice me cogió por los hombros, con los ojos encendidos.

—¿Quieres calmarte de una vez?

Pero eso era pedir demasiado.

—¡Romeo! —protesté, llevándome las manos a la cabeza—, ¿cómo puede ser Romeo? ¡Mira que soy imbécil!

—Sí, pero eso no es ninguna novedad. —Janice no estaba de humor para ser simpática—. No sabemos si es Romeo. *Ese* Romeo. A lo mejor es sólo su segundo nombre. Es muy corriente en Italia. Además, aunque fuera *ese* Romeo..., tampoco cambia nada. ¡Sigue estando conchabado con los Salimbeni! ¡Y sigue siendo él quien te desvalijó la habitación del hotel!

Tragué saliva un par de veces.

—No me encuentro muy bien.

—Venga, larguémonos de aquí. —Janice me cogió de la mano y tiró de mí, pensando que nos llevaba hacia la entrada principal del museo.

En cambio, fuimos a parar a una parte de la exposición que todavía no habíamos visto, una sala de luz muy tenue, con las paredes forradas de *cenciós* antiguos, ya ajados, protegidos por cristal. Parecía un santuario y, en uno de los laterales, había una empinada escalera de caracol de peldaños oscurecidos que conducía al sótano.

—¿Qué habrá ahí abajo? —me susurró Janice, asomándose.

—¡Olvídalo! —le espeté, recobrando un poco el ánimo—. ¡No nos vamos a quedar atrapadas en alguna mazmorra!

No obstante, la diosa Fortuna prefería sin duda la audacia de Janice a mi canguelo, porque, al poco, volvimos a oír voces —en apariencia, procedentes de todas las direcciones— y casi rodamos por la escalera en nuestro afán de ocultarnos. Jadeando de miedo, nos agazapamos al fondo; las voces se acercaron y los pasos se detuvieron justo encima de nosotras.

—¡Ay, Dios, es él! —le susurré a Janice antes de que me tapara la boca con la mano.

Nos miramos con los ojos como platos. En ese instante, acurrucadas como estábamos en el sótano de Alessandro, ni siquiera a Janice parecía apetecerle la perspectiva de un encuentro.

Justo entonces se encendieron las luces a nuestro alrededor y vimos que Alessandro empezaba a bajar la escalera, luego se detenía.

—Ciao, Alessio, come stai?... —lo oímos saludar a alguien.

Janice y yo nos miramos, conscientes de que nuestra humillación se había pospuesto, aunque sólo fuese unos minutos.

Al mirar histéricas alrededor en busca de opciones, descubrimos que estábamos verdaderamente atrapadas en aquel callejón sin salida subterráneo, como yo había predicho. Aparte de los tres orificios cavernosos de la pared —las oscuras bocas de lo que, sin duda, eran los *bottini*—, no había otro modo de salir de allí más que subiendo y pasando por delante de Alessandro. Las rejas negras que tapaban las bocas de los pasadizos impedían el acceso a los mismos.

Pero un Tolomei nunca se rinde. Horrorizadas ante la idea de quedarnos allí atrapadas, nos levantamos y empezamos a inspeccionar las rejas con dedos temblorosos: yo, emperrada en ver si podríamos colarnos por allí a la fuerza; Janice, palpando con pericia cierres y bisagras, resistiéndose a creer que aquello no pudiera abrirse. Para ella, todas las paredes tenían puertas y éstas, llave; en definitiva, todos los entuertos tenían remedio. Sólo había que encontrarlo.

—¡Pst! —Me hizo una seña nerviosa para demostrarme que, en efecto, la tercera reja se abría, como una puerta y sin rechinar—. ¡Vamos!

Nos adentramos en el pasadizo tanto como nos lo permitieron las luces, luego avanzamos algunos metros más a tientas, en la más absoluta oscuridad, hasta que nos detuvimos.

—Si tuviéramos una linterna... —señaló Janice—. ¡Joder! —Casi nos abrimos la cabeza la una a la otra cuando, de pronto, un rayo de luz iluminó el pasadizo hasta apenas unos metros de donde estábamos y después se retrajo, como la resaca de las olas en el mar.

Escarmentadas, nos adentramos un poco más, hasta que topamos con algo que parecía un nicho lo bastante grande para que cupiéramos las dos.

—¿Viene? ¿Viene? —me susurró Janice, que no veía porque yo la tapaba—. ¿Es él?

Asomé la cabeza y volví a esconderla en seguida.

—¡Sí, sí y sí!

Resultaba difícil ver otra cosa más que la luz de la linterna bamboleándose de un lado a otro, pero, de repente, todo se estabilizó y me atreví a mirar de nuevo. Efectivamente era Alessandro —o mejor debería decir Romeo— y, al parecer, se había parado a abrir una puerteara en la pared de la cueva, sosteniendo con fuerza la linterna bajo el brazo.

—¿Qué hace? —quiso saber Janice.

—Parece una especie de caja fuerte... Está sacando algo. Una caja.

Mi hermana, histérica, me dio un zarpazo.

—¡Tal vez sea el *cencío*!

Volví a mirar.

—No, es pequeña. Como una caja de puros.

—¡Lo sabía! Es fumador.

Observé a Alessandro cerrar la caja fuerte y volver al museo con la cajita. Poco después se cerró la reja metálica con un fuerte sonido que resonó por el pasadizo —y en nuestros oídos— más tiempo del deseado.

—¡Ay, no! —exclamó Janice.

—¿No me digas que...? —Me volví hacia ella, esperando que me tranquilizara, pero aun en la oscuridad pude ver su cara de pánico.

—Ya me extrañaba a mí que no estuviese cerrada... —dijo, defensiva.

—Pero eso no te ha impedido bajar, ¿no? —espeté—. ¡Y ahora estamos atrapadas!

—¿Dónde está tu espíritu aventurero? —Janice tenía por costumbre disfrazar de virtud la necesidad—. Esto es genial. Siempre me ha llamado la atención la espeleología. Por algo será. —Me miró bromeando para aliviar su inquietud—. ¿O *guizá Biulieda breberiría que da resgadase Drobeo*?

Umberto nos había descrito una vez las catacumbas romanas, después de que pasamos la tarde preguntándole a tía Rose por qué no podíamos ir a Italia y bombardeándola con consultas sobre dicho país. Tras darnos un paño de cocina a cada una para que lo ayudáramos a secar los platos que él lavaba, nos había explicado que los primeros cristianos se reunían en galerías subterráneas para celebrar la eucaristía donde nadie pudiera verlos ni informar de sus actividades al emperador pagano. Además, aquellos primeros cristianos, contrarios a la tradición romana de la incineración, envolvían a sus muertos en sudarios, los bajaban a las galerías, los

depositaban en nichos abiertos en la roca y celebraban ritos funerarios anclados en la esperanza de otra vida.

Si nos empeñábamos en ir a Italia, concluía Umberto, él mismo se encargaría de bajarnos a las catacumbas y enseñarnos aquellos interesantes esqueletos.

Mientras recorríamos a tientas los pasadizos, encabezando por turnos la procesión, recordé las fantasmales historias de Umberto. Como los protagonistas de su relato, nos movíamos furtivamente por el subsuelo para evitar que nos localizaran, e igual que los primeros cristianos tampoco sabíamos cuándo ni dónde saldríamos a la superficie, si es que lo hacíamos.

Nos vino bien el mechero del cigarrillo de la semana de Janice; cada veinte pasos o así, parábamos y lo encendíamos unos segundos, sólo por asegurarnos de que no caíamos en un pozo sin fondo o —como dijo Janice lloriqueando cuando la pared del pasadizo se volvió pringosa— nos estampábamos contra una inmensa telaraña.

—Las arañas son la menor de nuestras preocupaciones —espeté, robándole el mechero—. No lo gastes. Quizá debemos pasar la noche aquí abajo.

Caminamos en silencio un buen rato —yo, delante; Janice, detrás, murmurando algo de que a las arañas les gustaba la humedad—, hasta que tropecé con una roca, caí al suelo desigual y me hice tanto daño en las rodillas y las muñecas que me habría echado a llorar de no haberme agobiado más comprobar que el mechero estuviera intacto.

—¿Estás bien? —preguntó Janice, aterrada—. ¿Puedes andar? Yo no puedo contigo.

—¡Estoy bien! —gruñí, oliendo la sangre en mis dedos—. Te toca ir delante. Toma... —Le di el mechero, nerviosa—. Rómpete una pierna.

Mientras ella iba delante, pude rezagarme y mirarme las heridas —físicas y mentales—, al tiempo que nos adentrábamos aún más en lo desconocido. Tenía las rodillas más o menos destrozadas, aunque nada comparable al caos en que se encontraba mi alma.

—¿Jan? —Le di un toquecito en la espalda—. ¿Tú crees que no me dijo que era Romeo porque quería que me enamorara de él por quien es, no por su nombre?

Su bufido no me extrañó.

—Vale... —proseguí—, no me dijo que era Romeo porque lo único que le faltaba era que una pesada *virgetariana* lo delatara...

—¡Jules! —Janice estaba tan concentrada en avanzar por la peligrosa oscuridad que apenas le quedaba paciencia para mis figuraciones—. ¡Deja de torturarte! ¡Y de torturarme a mí! Ni siquiera sabemos si es Romeo. Además, aunque lo fuera, lo voy a despellejar por tratarte así.

A pesar de su tono airado, volvió a asombrarme que se preocupara de ese modo por mí, y comencé a preguntarme si sería algo nuevo o quizá algo en lo que yo no

había reparado antes.

—El caso es que él nunca me ha dicho que fuese un Salimbeni —proseguí—. Ha sido cosa *mía*... ¡Oh! —A punto estuve de volver a caerme, y me agarré a Janice para recobrar el equilibrio.

—A ver si lo adivino... —dijo encendiendo el mechero para que pudiera verla arquear las cejas—. ¿A que tampoco te ha dicho nunca que tuviese nada que ver con el robo del museo?

—¡Ése fue Bruno Carrera! —exclamé—. ¡Que trabajaba para Umberto!

—Ah, no, cielo —replicó, imitando fatal a Alessandro—, yo no robé el *cencío* de Romeo. ¿Por qué iba a hacerlo? Para mí no es más que un trapo viejo. Pero... deja que te guarde ese cuchillo, no te vayas a hacer daño. ¿Cómo has dicho que se llama? ... ¿*Daga*?

—No, no fue así —murmuré.

—¡Te ha mentado vilmente, bonita! —Apagó por fin el mechero y reanudó la marcha—. Cuanto antes te entre en la cabecita, mejor. Créeme, Jules, ese tío no siente nada de nada por ti. Sólo está haciendo teatro para llevarse... ¡Ah! —A juzgar por cómo había sonado, se había dado un cabezazo contra algo, así que volvimos a parar—. ¿Qué ha sido eso? —Para comprobarlo, encendió el mechero, después de tres o cuatro intentos.

Así, descubrió que yo estaba llorando. Sorprendida por lo inusual de la escena, me abrazó con una torpe ternura.

—Lo siento, Jules. Sólo intentaba ahorrarte un disgusto.

—Pensaba que no tenías corazón.

—Huy... —me pellizcó—, ¡y tú has empezado a usarlo ahora! Una pena, la verdad, molabas más antes. —Manoseándome la barbilla con una mano pringosa que aún olía a moca y vainilla, al final consiguió hacerme reír, y siguió, derrochando generosidad—. De todas formas, es culpa mía. Debería haberlo visto venir. ¡Conduce un maldito Alfa Romeo, joder!

De no haber parado allí mismo, con el último destello débil del mechero moribundo, posiblemente jamás habríamos reparado en que el muro de la gruta se abría a nuestra izquierda. Apenas tenía medio metro de ancho, pero, por lo que vi al arrodillarme y asomar la cabeza, ascendía al menos diez metros —como el conducto de ventilación de una pirámide— y terminaba en un trozo de cielo azul en forma de concha. Incluso me pareció oír el tráfico de la superficie.

—¡Vaya, esto va pintando mejor! —exclamó Janice—. Tú primero. Edad antes que belleza.

La angustia de recorrer el túnel a ciegas no fue nada comparada con la claustrofobia que sentí al reptar por aquel pozo estrecho y el tormento de ir raspándome las rodillas y los codos. Cada vez que conseguía subir quince

centímetros, con gran esfuerzo, ayudándome de los dedos de los pies y de las manos, resbalaba otro tanto.

—¡Vamos! —me instó Janice, pegada a mí—. ¡Muévete!

—¿Por qué no te has puesto delante? —repliqué—. Tú eres la superescaladora.

—Toma... —Puso una mano bajo mi sandalia de tacón—. Apóyate aquí.

Tras un ascenso lento y angustioso, logramos llegar al final del pozo y, aunque se ensanchaba bastante en la parte superior —permitiendo que Janice trepase a mi lado—, no dejaba de ser un lugar asqueroso.

—¡Puaj! —dijo al ver toda la porquería que la gente había tirado por la reja—. ¡Qué asco! ¿Eso es... una hamburguesa con queso?

—¿Dónde ves tú el queso?

—¡Ay, mira! —Cogió algo—. ¡Un móvil! Espera... Lástima, no le queda batería.

—Si has terminado ya de revolver en la basura, ¿te importa que sigamos?

Nos abrimos paso por un revoltijo de indescriptible repugnancia hasta llegar a la original tapa vertical de la alcantarilla que nos separaba de la superficie.

—¿Dónde estamos? —pegó la nariz a la reja de bronce y las dos miramos las piernas y los pies de los peatones—. Es una especie de *piazza*, pero enorme.

—¡Madre mía! —exclamé, cayendo en la cuenta de que yo había visto ese lugar antes, muchas veces, pero desde ángulos muy distintos—. Sé dónde estamos. En el Campo. —Empujé la tapa de la alcantarilla—. ¡Ah! Está muy dura.

—¿Hola? ¿Hola? —Se estiró para ver mejor—. ¿Alguien me oye? ¿Hay alguien ahí?

Al poco apareció una adolescente alucinada, con un cucurucho de helado en la mano y los labios verdes, y se agachó para vernos.

—*Ciao!* —dijo sonriendo como si aquello fuese una cámara oculta—. Soy Antonella.

—Hola, Antonella —dije mirándola a los ojos—. ¿Hablas nuestro idioma? Estamos atrapadas aquí abajo. ¿Podrías... ir a por alguien que nos saque de aquí?

Después de veinte minutos de lo más embarazoso, Antonella apareció con un par de pies con sandalias.

—¿Maestro Lippi? —Me sorprendió tanto ver a mi amigo el pintor que casi se me escapó la pregunta—. ¡Hola! ¿Se acuerda de mí? Dormí en su sofá.

—¡Claro que me acuerdo! —Sonrió—. ¿Cómo estás?

—Eh... ¿Cree que sería posible... quitar esto? —Agité los dedos por entre las barras de la tapa de la alcantarilla—. Estamos atrapadas aquí abajo. Por cierto... ésta es mi hermana.

El maestro Lippi se arrodilló para vernos mejor.

—¿Has ido a algún sitio donde no debías ir?

Sonreí con toda la ingenuidad de que fui capaz.

—Me temo que sí.

El artista arrugó el ceño.

—¿Has encontrado la tumba? ¿Has robado los ojos? ¿No te dije que no los tocaras?

—¡No hemos hecho nada! —Miré de reojo a Janice para asegurarme de que también ella parecía lo bastante inocente—. Nos hemos quedado atrapadas, eso es todo. ¿Cree que habría alguna forma de... —volví a empujar la tapa de la alcantarilla y una vez más la noté durísima— desatornillar esta cosa?

—¡Pues claro! —dijo sin dudar—. Es muy fácil.

—¿Está seguro?

—¡Claro que estoy seguro! —repuso, poniéndose de pie—. ¡La diseñé yo mismo!

La cena de esa noche consistió en pasta primavera de lata aderezada con romero del alféizar del maestro Lippi y acompañada de una caja de tiritas para nuestras heridas de guerra. Apenas había sitio para los tres en la mesa de su taller, dado que compartíamos el poco espacio con sus trabajos y con montones de plantas en distintas fases de deterioro. Aun así, Janice y él lo estaban pasando en grande.

—Estás muy callada —observó el artista mientras se recuperaba de un ataque de risa y servía más vino.

—Julieta ha sufrido un pequeño desengaño con Romeo —explicó Janice en mi nombre—. Lo había comparado con la luna. Craso error.

—¡Ah! —dijo el maestro—. Estuvo aquí anoche. No estaba contento. Ahora lo entiendo.

—¿Estuvo aquí anoche? —repetí.

—Sí —asintió el artista—. Dijo que no te pareces al retrato, que eres mucho más guapa y mucho más... ¿cómo lo dijo? Ah, sí... ¡letal! —Lippi sonrió y alzó su vaso con complicidad.

—¿Por casualidad no le diría por qué ha estado volviéndome loca en lugar de decirme que es Romeo desde el principio? —repliqué sin poder evitar el sarcasmo—. Pensaba que era otra persona.

El maestro se mostró sorprendido.

—Pero ¿no lo reconociste?

—¡No! —Me llevé las manos a la cabeza, frustrada—. No lo reconocí. ¡Y seguro que él tampoco me reconoció a mí!

—¿Qué nos puede contar de ese tío? —le preguntó Janice a Lippi—. ¿Cuántas personas saben que es Romeo?

—Yo lo único que sé es que no quiere que lo llamen de ese modo —respondió el artista encogiéndose de hombros—. Sólo su familia lo llama así. Es un gran secreto. No sé por qué. Quiere que lo llamen Alessandro Santini...

—Y, si siempre lo ha sabido, ¿por qué no me lo dijo? —exclamé, indignada.

—¡Creí que lo sabías! —replicó el maestro—. ¡Eres Julieta! ¡Quizá necesites gafas!

—Perdone —intervino Janice, frotándose un arañazo del brazo—, pero ¿cómo supo usted que era Romeo?

El maestro Lippi se mostró perplejo.

—Yo... yo...

Janice alargó la mano para coger otra tiritita.

—Y no me diga que lo conocía de una vida anterior.

—No —repuso, algo ceñudo—. Lo identifiqué por el fresco. El del Palazzo Pubblico. Luego le vi el águila de Marescotti en el brazo... —me cogió la muñeca y me señaló la cara interna del antebrazo—, justo aquí. ¿Nunca se la has visto?

Por unos segundos volví al sótano del palazzo Salimbeni y al momento en que trataba de ignorar los tatuajes de Alessandro mientras hablábamos de los que me seguían. Incluso entonces tuve claro que los suyos —a diferencia de las calcomanías de Janice— no eran meros souvenirs de una noche de borrachera primaveral en Ámsterdam, pero tampoco pensé que contuvieran pistas importantes sobre su identidad. En realidad, había estado demasiado ocupada curioseando los diplomas y las reliquias de las paredes de su despacho para caer en la cuenta de que aquél era un hombre que no exhibía sus virtudes en un marco de plata, sino que las llevaba siempre encima.

—No son gafas lo que necesita, sino un cerebro nuevo —observó Janice, disfrutando de mi perplejidad.

—No es por cambiar de tema —dije cogiendo mi bolso—, pero ¿podría traducirnos algo? —Le di al maestro Lippi el texto en italiano que había en el cofre de nuestra madre y que llevaba días paseando con la esperanza de toparme con alguien dispuesto a traducírmelo. Al principio, había barajado la posibilidad de pedírselo a Alessandro, pero algo me había echado atrás—. Creemos que podría ser importante.

El maestro cogió el texto y examinó el título y los primeros párrafos.

—Esto es un cuento —dijo, algo sorprendido—. *La maledizione sul muro... La maldición del muro*. Es bastante largo. ¿Seguro que queréis oírlo?

VI. II

Malditas sean vuestras familias. Carne para gusanos me hicieron.

La maldición del muro Siena, 1370

Hay un relato que no muchos conocen, pues lo ocultaron las ilustres familias implicadas. Comienza con santa Catalina, conocida desde niña por sus poderes especiales. Gente de toda Siena acudía a ella con dolores y padecimientos, y ella los curaba con sus manos. De mayor, pasaba casi todo su tiempo cuidando de los enfermos del hospital situado junto a la catedral de Siena, el Santa María della Scala, donde tenía un cuarto propio con una cama.

Un buen día le pidieron que fuera al palazzo Salimbeni y, al llegar, vio que todos estaban muy preocupados. Cuatro noches antes, le contaron, se había celebrado allí una gran boda, la de la hermosa Mina, de los Tolomei. El banquete había sido fantástico, porque el novio era uno de los hijos de Salimbeni, y las dos familias se habían reunido allí a celebrar una paz ya muy larga.

Pero, cuando el novio se dirigió a su alcoba nupcial a medianoche, la novia no estaba. Preguntó a los criados, pero ninguno la había visto, y empezó a asustarse. ¿Qué le habría pasado a su Mina? ¿Habría huido?, ¿o la habrían secuestrado los enemigos? Pero ¿quién se atrevería a hacerles algo así a los Tolomei y a los Salimbeni? Imposible. El novio la buscó por todas partes, arriba, abajo, preguntó a los criados, a los guardias, pero todos le decían que Mina no podía haber salido sin ser vista. ¡Su corazón también le decía que no podía ser! Él era joven, bueno y guapo. Ella jamás huiría de él. El joven Salimbeni se lo contó a su padre, y al de ella, y la casa entera empezó a buscar a Mina.

La buscaron durante horas —en las alcobas, en las cocinas, incluso entre los criados—, hasta que empezó a cantar la alondra y al fin se rindieron. Pero, al nacer el nuevo día, la abuela más anciana de la boda, la señora Cecilia, bajó y los encontró allí sentados, hablando entre lágrimas de declararle la guerra a tal o a cual. La anciana los escuchó y les dijo:

—Tristes caballeros, venid conmigo, yo hallaré a Mina. Hay un lugar en la casa donde no habéis mirado y presiento que está allí.

La señora Cecilia los llevó abajo, a lo más profundo de la tierra, a las antiguas mazmorras del palazzo Salimbeni, les mostró que las puertas se habían abierto con las llaves de la casa que se le habían entregado a la novia durante la ceremonia nupcial, y les dijo que aquéllos eran los pasadizos que nadie había pisado en muchos años por miedo a la oscuridad. Los ancianos de la boda se asustaron mucho, porque

no podían creer que a la novia se le hubieran dado las llaves de esas puertas secretas, y se enfadaron y se espantaron cada vez más, pues sabían que había mucha oscuridad allí abajo, y que habían ocurrido muchas cosas en el pasado, antes de la Peste, que era mejor olvidar. Así que allí fueron todos atónitos, los grandes hombres, detrás de la señora Cecilia, con sus antorchas.

Al fin llegaron a un cuarto usado para castigos en otros tiempos. La señora Cecilia se detuvo, los hombres también, y entonces oyeron llorar a alguien. Sin dudar, el novio entró corriendo con su antorcha y, cuando la luz iluminó el fondo de la celda, vio allí a su esposa, en el suelo, con su fino camisón azul. Temblaba de frío y estaba tan asustada que gritó al ver a los hombres porque no reconocía a ninguno, ni siquiera a su propio padre.

Como es lógico, la levantaron y la subieron a la casa, donde había luz; la arroparon con una manta de lana y le ofrecieron agua para beber y cosas ricas para comer, pero Mina no dejaba de estremecerse y lo rechazaba todo. Su padre intentó hablar con ella, pero ella volvió la cabeza y ni siquiera quiso mirarlo. Finalmente, el pobre hombre la cogió por los hombros y le dijo:

—¿No recuerdas que eres mi pequeña Mina?

Pero ella lo apartó de sí con un gesto de desdén y, con una voz que no era la suya, oscura como la muerte, le respondió:

—No, yo no soy tu Mina. Mi nombre es Lorenzo.

Ambas familias se horrorizaron al ver que la joven había perdido el juicio. Las mujeres empezaron a rezarle a la Virgen y los hombres comenzaron a acusarse unos a otros de malos padres, malos hermanos, y de haber tardado tanto en encontrar a la pobre Mina. La única que mantuvo la calma fue la señora Cecilia, que se sentó al lado de la muchacha, le acarició el pelo e intentó que volviera a hablar.

Pero Mina se mecía de atrás adelante y no quería mirar a nadie, hasta que la anciana al fin le dijo:

—Lorenzo, Lorenzo, querido, soy Cecilia. ¡Sé lo que te hicieron!

Por fin Mina miró a la anciana y se echó a llorar otra vez. Cecilia la abrazó y la dejó llorar, durante horas, hasta que ambas se quedaron dormidas en el lecho nupcial. Mina durmió tres días enteros, y tuvo sueños, sueños terribles, y despertó a toda la casa con sus gritos, por lo que las familias decidieron llamar a santa Catalina.

Una vez informada de lo sucedido, santa Catalina entendió que la señora Mina estaba poseída por un espíritu. Pero no tuvo miedo. Se quedó sentada junto a la cama de la joven toda la noche y rezó sin pausa y, cuando Mina despertó por la mañana, ya recordaba quién era.

La casa entera se regocijó y todos elogiaron a santa Catalina, que los reprendió y les dijo que los elogios eran sólo para Cristo. Sin embargo, aun en su gran dicha, Mina seguía atribulada y, cuando le preguntaron qué le preocupaba, les contestó que

tenía un mensaje para ellos, de Lorenzo, y que no descansaría hasta que se lo transmitiera. Como es lógico, todos se espantaron al oírla hablar otra vez de Lorenzo, el espíritu que la había poseído, pero le dijeron:

—Muy bien, estamos preparados para oír el mensaje.

Sin embargo, Mina no recordaba el mensaje, y se echó a llorar de nuevo horrorizándolos a todos. Quizá hubiera vuelto a perder el juicio, se preocuparon.

Entonces, la sabia santa Catalina le dio a Mina pluma y tinta y le dijo:

—Querida, deja que Lorenzo escriba el mensaje con tu mano.

—¡Yo no sé escribir! —replicó Mina.

—No —le dijo santa Catalina—, pero, sí Lorenzo sabe, su mano guiará la tuya.

Así que Mina cogió la pluma y permaneció un rato sentada esperando a que su mano se moviera, mientras la santa rezaba por ella. Al fin, se levantó sin mediar palabra, salió del cuarto, y enfiló la escalera como una sonámbula y bajó hasta el sótano con el resto detrás de ella. Al llegar a la celda donde la habían encontrado, se acercó a la pared y empezó a pasear el dedo por ella, como si escribiera; los hombres se aproximaron con antorchas para ver lo que hacía y le preguntaron qué escribía, pero Mina les dijo:

—¡Leedlo! —Cuando ellos le contestaron que lo que escribía era invisible, ella replicó—: No, está ahí, ¿no lo veis?

Santa Catalina mandó a un muchacho a por tinte para la ropa del taller del padre y le pidió a Mina que mojara el dedo en el tinte y reescribiera el texto. Mina, que no sabía leer ni escribir, llenó la pared entera, y lo que escribió dejó muertos de miedo a los grandes hombres allí presentes. Éste es el mensaje que el espíritu de Lorenzo hizo escribir a la señora Mina:

*Malditas sean vuestras casas.
Pereceréis todos entre sangre y fuego,
vuestros hijos gemirán eternamente bajo una luna furiosa,
hasta que redimáis vuestros pecados y os arrodilléis ante la Virgen
y Giulietta despierte para contemplar a su Romeo.*

Cuando Mina hubo terminado de escribir, se desplomó en brazos de su marido, llamándolo por su nombre, y le pidió que se la llevase de allí, pues su tarea había concluido ya. Él así lo hizo y, llorando de alivio, la llevó arriba, a la luz. Mina no volvió a hablar por Lorenzo, pero jamás olvidó lo sucedido y, aunque su padre y su suegro procuraron ocultarle la verdad, hizo cuanto pudo por averiguar quién era Lorenzo y por qué se había manifestado a través de ella.

La señora Mina era una mujer testaruda, una auténtica Tolomei. Cuando su esposo viajaba por negocios, ella pasaba muchas horas con la anciana Cecilia, escuchando historias del pasado y haciendo muchas preguntas y, aunque al principio

la anciana tenía miedo, sabía que compartir aquella pesada carga, en lugar de llevarse la verdad a la tumba, le proporcionaría paz interior.

Cecilia le contó a Mina que en el muro en que ella había escrito aquella terrible maldición el joven fray Lorenzo había escrito esas mismas palabras con su sangre muchísimos años antes. Aquélla era la celda en la que lo habían encerrado y torturado hasta su muerte.

—Pero ¿quién? —preguntó Mina, inclinándose sobre la mesa y guardando las manos huesudas de la anciana entre las suyas—. ¿Quién le hizo eso, y por qué?

—Un hombre —respondió Cecilia con la cabeza gacha de pesar— al que hace tiempo que dejé de considerar mi padre.

Ese hombre, le explicó la señora Cecilia, gobernaba la casa de los Salimbeni en la época de la gran plaga, y lo hacía con tiranía. Algunos lo excusaban arguyendo que, de niño, los bandidos de Tolomei habían matado a su madre ante sus ojos, pero eso no justificaba que él hiciera lo mismo. Y eso hacía: era cruel con sus enemigos y duro con su familia. Cuando se cansaba de sus esposas, las encerraba en su finca rural e instruía a los criados para que no les dieran mucho de comer y, tan pronto como morían, volvía a casarse. A medida que envejecía, elegía esposas más jóvenes, pero, al final, ni la juventud lo complacía ya y, desesperado, empezó a obsesionarse con una joven cuyos padres había ordenado matar él mismo. Esa joven se llamaba Giulietta. Aunque Giulietta ya se había prometido en secreto a otro, al parecer, con la bendición de la Virgen, Salimbeni forzó su matrimonio con ella y, al hacerlo, se creó el mayor enemigo que se pueda tener, porque es de todos bien sabido que a la Virgen no le agrada la intromisión de los hombres en sus planes y, como era de esperar, todo aquello terminó en muerte y desgracia. No sólo se mataron los jóvenes amantes, sino que también falleció el primogénito de Salimbeni en el empeño desesperado de defender el honor de su padre.

Por todas aquellas ofensas, Salimbeni arrestó y torturó a fray Lorenzo. Lo responsabilizó de favorecer en secreto el desastroso romance de los jóvenes, e invitó al tío de Giulietta, Tolomei, a presenciar el castigo del fraile insolente que había arruinado su plan de unir a las familias enemigas mediante el matrimonio. Aquéllos eran los hombres a los que Lorenzo había dedicado la maldición del muro: el señor Salimbeni y el señor Tolomei.

Tras la muerte del fraile, Salimbeni enterró el cuerpo bajo el suelo de la celda de tortura, como era costumbre, y pidió a los criados que lavaran la maldición y encalaran el muro de nuevo. Sin embargo, no tardó en descubrir que aquellas medidas no bastaban para deshacer lo ocurrido.

Cuando fray Lorenzo se le apareció en sueños pocas noches después para advertirle que no habría jabón ni cal que borrarán la maldición, Salimbeni, presa del pánico, mandó cerrar la vieja celda de tortura para que quedaran allí encerrados sus

poderes malignos. Entonces, empezó a oír voces que le decían que estaba maldito y que la Virgen buscaba el modo de castigarlo. Las oía por todas partes: en la calle, en el mercado, en la iglesia..., aun estando solo. Una noche se produjo un enorme incendio en el palacio y creyó que se trataba de la maldición de fray Lorenzo, por la que su familia «perecería entre sangre y fuego».

Fue por entonces cuando llegaron a Siena los primeros rumores de la peste negra. Venían los peregrinos de Oriente con relatos de una plaga terrible que había asolado más pueblos y ciudades que un poderoso ejército, pero muchos pensaron que afectaría sólo a los paganos.

Estaban convencidos de que la Virgen tendería su manto protector sobre Siena — como lo había hecho tantas otras veces— y de que las oraciones y las velas mantendrían a raya aquel mal si llegaba a cruzar el océano.

Cuando empezaron a sucederse los desastres, Salimbeni, que siempre había creído que todo lo bueno que ocurría a su alrededor era fruto de su genialidad, comenzó a pensar que también aquello era obra suya, y a obsesionarse con la idea de que él y sólo él era culpable de que la peste amenazara con llegar a Siena. Presa de esa locura, exhumó los cuerpos de Romeo y Giulietta de la tierra impía en que los había enterrado y les preparó una tumba santísima para acallar las voces de la gente o, mejor dicho, las de su propia cabeza, que lo culpaban de la muerte de dos jóvenes cuyo amor había bendecido el cielo.

Tan empeñado estaba en hacer las paces con el fantasma de fray Lorenzo que pasó muchas noches estudiando la maldición escrita en un pergamino, tratando de encontrar un modo de satisfacer la petición de «redimir sus pecados y arrodillarse ante la Virgen». Incluso pidió ayuda a sabios profesores universitarios sobre cómo conseguir que Giulietta «despertase para contemplar a su Romeo», y fueron ellos quienes finalmente dieron con una solución.

Para librarse de la maldición debía empezar a entender que las riquezas no son buenas, y que un hombre que posee oro no es un hombre feliz. Aceptado eso, no le dolería otorgar grandes sumas de su fortuna a quienes lo ayudasen a redimirse, como los sabios profesores universitarios. Además, un hombre así estaría encantado de encargarse de una carísima escultura que, sin duda, acabaría con la maldición y le permitiría descansar al fin por las noches, sabedor de que él solo, sacrificando su maldito dinero, había llevado el perdón a toda la ciudad, amén de la salvación de la temida plaga.

La estatua —le dijeron— debía colocarse junto a la tumba de Romeo y Giulietta y recubrirse del oro más puro. Debía representar a los jóvenes amantes de modo que constituyese un antídoto a la maldición de Lorenzo. Salimbeni usaría las joyas de la tiara nupcial de Giulietta como ojos de la escultura: las dos esmeraldas para Romeo, los zafiros para Giulietta. A los pies de la estatua debía figurar la siguiente

inscripción:

*Aquí yace la fiel Giulietta,
a la que, por amor y misericordia de Dios,
despertará Romeo, su legítimo esposo,
en un instante de gracia absoluta.*

De ese modo, Salimbeni pudo recrear artificialmente su resurrección, haciendo posible que los amantes se vieran una vez más y para siempre, y permitiendo que todos los habitantes de Siena contemplaran la escultura y creyeran generoso y piadoso a Salimbeni.

Sin embargo, para favorecer esa impresión, debía hacer perdurar la historia de su liberalidad y encargó un relato que lo exculpara por completo. Sería el de Romeo y Giulietta y tendría que contener mucha poesía y confusión, como todo buen arte, pues un autor avezado que desborda de llamativos engaños capta mucho más la atención que el honrado aburrido.

A quienes, aun así, siguieran proclamando la culpa de Salimbeni, habría que acallarlos poniendo oro en sus manos o acero en sus espaldas, pues sólo deshaciéndose de las malas lenguas podría Salimbeni redimirse a los ojos del pueblo, volver a formar parte de sus oraciones y llegar así a los santos oídos del cielo.

Ésas fueron las encomiendas de los profesores, que Salimbeni quiso llevar a la práctica de inmediato. Primero, siguiendo su consejo, se ocupó de silenciarlos para que no lo difamaran. Después, encargó a un poeta que inventara un relato sobre los desdichados amantes, cuya trágica muerte no era culpa sino de ellos, y que lo divulgaran entre las clases lectoras, no como ficción, sino como verdad vergonzosamente ignorada. Por último encomendó al gran maestro Ambrogio que supervisara la creación de la estatua. Una vez terminada, con las valiosas joyas en las cuencas de los ojos, apostó a cuatro guardias armados en la capilla para que protegiesen a la inmortal pareja a todas horas.

Pero ni la estatua ni los guardias pudieron evitar la peste. La terrible enfermedad asoló Siena durante más de un año, cubriendo de pústulas negras los cuerpos sanos y acabando con casi todo lo que tocaba. Pereció la mitad de la población: por cada uno que vivía, moría otro. No hubo bastantes supervivientes para enterrar a los muertos; las calles se llenaron de podredumbre y quienes aún podían comer morían de inanición.

Cuando acabó, el mundo había cambiado. La historia de la humanidad empezaba de cero, para bien o para mal. Quienes habían logrado sobrevivir estaban demasiado ocupados rehaciendo su vida para prestar atención al arte y a los viejos chismorreos, y la historia de Romeo y Giulietta se convirtió en poco más que un leve eco de otro mundo, recordada alguna vez, fragmentada. Respecto a la tumba, desapareció para

siempre bajo una montaña de muerte, y quedaron pocos que conociesen el valor de la estatua. El maestro Ambrogio, que había colocado personalmente las piedras preciosas y sabía lo que eran, fue uno de los miles de sieneses que perdieron la vida como consecuencia de la peste.

Cuando Mina hubo escuchado toda la historia de la anciana Cecilia sobre Lorenzo, decidió que aún podía hacerse algo para aplacar al fantasma del fraile. Y así, un buen día, cuando su amantísimo esposo partió a hacer sus negocios, ordenó a seis criados fornidos que la siguieran al sótano y levantaran el suelo de la celda de tortura.

Como es lógico, a los criados no les entusiasmó la macabra tarea, pero al ver a su señora esperando pacientemente junto a ellos mientras trabajaban, animándolos con promesas de dulces y pasteles, no se atrevieron a protestar.

En el transcurso de la mañana encontraron los huesos, no de una, sino de varias personas. Al principio, el descubrimiento de tanta muerte y tantos abusos les produjo un gran malestar, pero, al ver que la señora Mina —aunque pálida— no flaqueaba, se sobrepusieron de inmediato, cogieron las herramientas y prosiguieron su trabajo. A medida que iba avanzando el día aumentó su admiración por aquella joven, tan decidida a librar a la casa de aquel mal.

Una vez recuperados todos los huesos, Mina les pidió que los envolvieran en sudarios y los llevaran al cementerio, salvo los más recientes, que, estaba segura, debían de ser los de Lorenzo. Sin saber muy bien qué hacer, pasó un rato sentada junto a los restos, mirando el crucifijo de plata que Lorenzo llevaba en la mano, hasta que se le ocurrió un plan.

Antes de casarse, Mina había tenido un confesor, un hombre santo y extraordinario, procedente del sur, de Viterbo, que a menudo le había hablado de su catedral, la de San Lorenzo. ¿No sería ése el lugar perfecto para enviar los restos del pobre fraile y que sus santos hermanos lo ayudaran a encontrar al fin la paz lejos de la Siena que le había causado indecibles penurias?

Cuando regresó su esposo esa noche, Mina lo tenía todo listo. Los restos del monje se encontraban en un ataúd de madera, preparados para cargarlos en un carro, junto con una carta que había escrito a los monjes de San Lorenzo, donde les contaba lo justo para que entendieran que aquel hombre merecía el fin de sus sufrimientos. Sólo faltaba la autorización de su esposo y un puñado de dinero para iniciar la empresa, pero Mina, en un par de meses de matrimonio, había aprendido que con una velada agradable podían conseguirse esas cosas de un hombre.

A primera hora del día siguiente, antes de que levantara la bruma de la piazza Salimbeni, Mina, de pie ante la ventana de su alcoba mientras su esposo dormía tranquilo a su espalda, vio partir el carro con el ataúd rumbo a Viterbo. Colgado del cuello llevaba el crucifijo de Lorenzo, limpio y pulido. Su primer impulso había sido

meterlo en el ataúd, junto con los restos del fraile, pero al final había decidido quedárselo como recuerdo de su conexión mística.

Aún no comprendía por qué el fraile había decidido hablar a través de ella y escribir con su mano la maldición que anunciaba la desgracia de los suyos, pero creía que lo había hecho por bondad, para advertirla de que debía encontrar un remedio. Hasta entonces llevaría consigo el crucifijo para no olvidar las palabras del muro ni al hombre que no había muerto pensando en sí mismo, sino en Romeo y Giulietta.

Séptima Parte



VII. I

No, no basta con un nombre para decir quién soy.
Mi nombre —cielo mío— yo mismo lo detesto.

Cuando Lippi dejó de leer, nos quedamos en silencio. En principio, había sacado el texto italiano para librarme del tema Alessandro-Romeo pero, de haberlo sabido tan lúgubre, lo habría dejado en mi bolso.

—Pobre fray Lorenzo —dijo Janice, apurando su vaso de vino—, no tuvo un buen final.

—Siempre he pensado que Shakespeare fue muy clemente con él —observé por aligerar el ambiente—. En su obra se pasea como si nada por el cementerio, sembrado de cadáveres, incluso reconoce estar tras la cagada del somnífero..., y ya está. Los Capuleto y los Montesco podrían haber intentado culparlo al menos.

—Tal vez lo hicieron después —repuso Janice—. «Unos serán perdonados, otros tendrán su castigo». Parece que la historia no terminaba porque cayese el telón...

—Obviamente, no —dije mirando de reojo el texto que Lippi acababa de leernos—. Además, según mamá, aún no ha terminado.

—Esto es muy inquietante —señaló el maestro, aún ceñudo por las maldades del anciano Salimbeni—. Si es cierto que fray Lorenzo escribió esa maldición, con esas mismas palabras, perduraría, en teoría, para siempre, hasta que... —miró el texto para repetir las palabras exactas— «redimáis vuestros pecados y os arrodilléis ante la Virgen... y Giulietta despierte para contemplar a su Romeo».

—Vale —dijo Janice, no muy dada a las supersticiones—, tengo dos preguntas: ¿a quién se refiere ese «redimáis»?...

—Está claro —la interrumpí—, teniendo en cuenta que maldice a las dos familias. Habla de los Salimbeni y los Tolomei, que estaban allí, en el sótano, torturándolo. Y, como tú y yo, somos de la familia Tolomei, también estamos malditas.

—Pero ¿qué estás diciendo? —espetó Janice—. ¡De la familia Tolomei! ¿Qué importará el nombre?

—No es sólo un nombre —repuse—. Son los genes y el nombre. Mamá tenía los genes, papá tenía el nombre. No tenemos escapatoria.

A Janice no le entusiasmó mi razonamiento, pero qué le iba a hacer.

—Muy bien, perfecto —suspiró—, Shakespeare se equivocaba. Está Mercucio, que moría por culpa de Romeo y maldecía a su familia y a la de Tebaldo; la maldición venía de fray Lorenzo. Genial. Pero tengo otra pregunta, y es la siguiente: si te crees lo de la maldición, ¿entonces, qué? ¿Cómo va a haber alguien tan bobo que

crea que puede pararla? No se trata de arrepentimiento, sino de un maldito «redimáis vuestros pecados». ¿Cómo? ¿Desenterramos a Salimbeni, le hacemos cambiar de opinión y... lo llevamos a rastras a la catedral para que se arrodille ante el altar o qué? ¡Por favoor! —Nos miró beligerante, como si el maestro y yo fuésemos quienes la hubiéramos metido en ese lío—. ¿Por qué no volvemos a casa y dejamos la condenada maldición en Italia? ¿Qué nos importa?

—A mamá le importaba —dije sin más—. Esto es lo que pretendía: sacarlo a relucir y acabar con la maldición. Tenemos que hacerlo nosotras, se lo debemos.

—Permíteme que me repita: si acaso, le debemos seguir con vida —señaló Janice apuntándome con una ramita de romero.

Me toqué el crucifijo que llevaba colgado del cuello.

—A eso me refiero precisamente. Si queremos seguir viviendo tan felices, según mamá, tenemos que acabar con la maldición. Tú y yo, Giannozza. Nadie más puede hacerlo.

Por el modo en que me miró, tuve claro que se había dado cuenta de que yo tenía razón o, por lo menos, mi teoría le resultaba convincente. Aunque no le gustara.

—Todo esto es absurdo —dijo—, pero, vale, supongamos por un momento que de verdad existe esa maldición y que, si no acabamos con ella, nos va a matar, como mató a papá y a mamá. La pregunta sigue siendo cómo. ¿Cómo acabamos con ella?

Miré al maestro. Había estado inusualmente atento toda la noche —y seguía estándolo—, pero ni siquiera él sabía la respuesta a la pregunta de Janice.

—No lo sé —confesó—, pero creo que la estatua dorada desempeña un papel importante. Y quizá la daga y el *cencío* también, aunque no veo cómo.

—¡Ah, bueno! —exclamó Janice, muy indignada—, ¡entonces ya está todo arreglado!... Salvo porque no tenemos ni idea de dónde está la estatua. La historia sólo cuenta que Salimbeni les hizo una «tumba santa» y que «apostó guardias en la capilla»... ¡podría estar en cualquier parte! Así que... no sabemos dónde está la estatua, ¡y tú has perdido la daga y el *cencío*! Me asombra que aún tengas el crucifijo, pero imagino que es porque no vale para nada.

Miré al maestro Lippi.

—El libro que usted tenía, el que hablaba de «los ojos de Julieta» y de la tumba..., ¿seguro que no decía nada de dónde está? Cuando hablamos de ello, me dijo que le preguntase a Romeo.

—¿Y se lo has preguntado?

—¡No! ¡Claro que no! —Me sentí furiosa de pronto, aunque sabía que no tenía motivos para culpar al pintor de mi ceguera—. No he sabido que era Romeo hasta esta tarde.

—¿Por qué no se lo preguntas la próxima vez que lo veas? —me propuso el maestro, como si fuese de lo más normal.

Era ya medianoche cuando Janice y yo volvimos al hotel. En cuanto pisamos el vestíbulo, el director Rossini apareció de detrás del mostrador y me entregó una pila de notas dobladas.

—El capitán Santini la ha llamado a las cinco de esta tarde —me comunicó, culpándome sin duda de no haber estado en mi habitación esperando a que me llamase—. Y muchas veces desde entonces. La última ha sido... —miró el reloj de la pared— hace diecisiete minutos.

Mientras subíamos en silencio, vi que Janice miraba furiosa los mensajes de Alessandro, prueba de su interés por mi paradero. Me preparé para el inevitable nuevo capítulo de la discusión pendiente sobre su carácter y sus razones, pero, en cuanto entramos en la habitación, nos recibió una inesperada corriente de aire procedente del balcón, que se había abierto solo sin indicios inmediatos de que nadie lo hubiese forzado. Aun así aprensiva, en seguida comprobé que no faltaba ningún documento del cofre de mamá; lo habíamos dejado allí mismo, encima del escritorio, porque estábamos convencidas de que no contenía ningún mapa del tesoro.

—«Por favor, llámame...» —canturreó Janice, repasando los mensajes de Alessandro uno por uno—. «Por favor, llámame. ¿Tienes planes para esta noche? ¿Estás bien? Lo siento. Llámame, por favor. Por cierto, soy un travestí...».

—¿No cerramos la puerta del balcón? —pregunté rascándome la cabeza—. Recuerdo claramente haberla cerrado.

—¿Falta algo? —Janice tiró a la cama los mensajes de Alessandro, de forma que quedaron esparcidos por todas partes.

—No —observé—. Los papeles están todos.

—Además —dijo quitándose la camiseta delante de la ventana—, la mitad de las fuerzas del orden sienesas vigilan tu habitación.

—¿Quieres quitarte de ahí? —le grité tirando de ella.

Janice rio encantada.

—¿Por qué? ¡Así sabrán que no te acuestas con *un hombre*!

En ese instante sonó el teléfono.

—Ese tío está zumbado —suspiró Janice, meneando la cabeza—. Escucha bien lo que digo.

—¿Por qué? —espeté, corriendo a por el teléfono—. ¿Porque le gusto?

—¿Que tú le gustas? —Janice parecía no haber oído cosa más ingenua en toda su vida, así que soltó una prolongada y sonora carcajada, que no cesó hasta que le arrojé una almohada.

—¿Diga? —Levanté el auricular y lo aislé con cuidado del ruido de mi hermana, que se paseaba desafiante por la habitación, tarareando la siniestra melodía de una peli de terror.

Era Alessandro, sí, agobiado que me hubiera pasado algo porque no le había

devuelto las llamadas. Ya, claro, reconoció, era demasiado tarde para cenar juntos, pero ¿podía confirmarle si de verdad tenía previsto asistir a la fiesta de Eva María al día siguiente?

—Sí, madrina... —se burló Janice de fondo—. Lo que tú digas, madrina...

—Lo cierto es que no...

Me esforcé por recordar mis excelentes motivos para rechazar la invitación, pero todos me parecían completamente infundados ahora que sabía que era Romeo. A fin de cuentas, él y yo éramos del mismo equipo, ¿no? Los maestros Ambrogio y Lippi habrían estado de acuerdo, y también Shakespeare. Además, nunca había tenido claro que fuese Alessandro quien había entrado en mi habitación. No habría sido la primera vez que Janice se equivocaba. O me mentía.

—Vamooos... —me dijo en un tono que podría convencer a cualquier mujer de lo que fuera, y seguro que lo había logrado más de una vez—, significaría mucho para ella.

Entretanto, en el baño, Janice se peleaba ruidosamente con la cortina de la ducha, fingiendo —al parecer— que la mataban a puñaladas.

—No sé —respondí, procurando evitar que se oyeran los gritos de mi hermana—, ahora mismo todo es... un caos.

—Tal vez lo que necesitas es un fin de semana tranquilo —me propuso Alessandro—. Eva María cuenta contigo. Ha invitado a mucha gente. Personas que conocían a tus padres.

—¿En serio? —inquirí, dejando que la curiosidad se apoderase de mi débil voluntad.

—Te recojo a la una, ¿vale? —espetó, optando por interpretar mi titubeo como un sí—. Te prometo que responderé a todas tus preguntas por el camino.

Pensaba que Janice me montaría el número cuando volviera a la habitación, pero no fue así.

—Haz lo que quieras —dijo sin más, encogiéndose de hombros como si le diera igual—, pero luego no digas que no te lo advertí.

—Para ti es muy fácil, ¿verdad? —Me senté al borde de la cama, de pronto exhausta—. Tú no eres Julieta.

—Ni tú tampoco —repuso ella, sentándose a mi lado—. Sólo una mujer que tuvo una madre rara. Como yo. Mira... —me rodeó con el brazo—, sé que quieres ir a esa fiesta. Ve. Sólo espero..., confío en que no te tomes muy en serio todo el rollo de Romeo y Julieta. Shakespeare no te creó, y no le perteneces. Eres dueña de ti misma.

Más tarde, nos tumbamos en la cama y repasamos una vez más el cuaderno de mamá. Ahora que ya conocíamos la historia de la estatua, sus bocetos del hombre con la mujer en brazos tenían sentido, pero seguíamos sin ver nada en el cuaderno que indicase la ubicación de la tumba. Casi todas las páginas estaban llenas de bocetos y

garabatos. Sólo una era distinta: tenía un borde de rosas de cinco pétalos y una cita de *Romeo y Julieta* escrita con una bonita caligrafía:

Y lo oscuro que pueda contenerse en tu libro está escrito sobre el margen de mis ojos.

Resultó ser la única cita explícita de Shakespeare de todo el cuaderno, y nos hizo pensar.

—Eso lo dice de Paris la madre de Julieta —observé—. Pero está mal. No es «*tu libro*», ni «*mis ojos*», sino «en libro *tal*» y «*sus ojos*».

—A lo mejor se confundió —propuso Janice.

La miré furiosa.

—¿Con Shakespeare? ¿Mamá? Lo dudo. Creo que lo hizo a propósito. Trataba de decirle algo a alguien.

Se incorporó. Siempre le habían gustado los acertijos y los secretos y, por primera vez desde la llamada de Alessandro, parecía entusiasmada de verdad.

—¿Y qué quería decir? Que, aunque haya alguien «oscuro», podemos encontrarlo, ¿no?

—Habla de un «libro», y de un «margen». Me suena a obra escrita.

—No sólo uno, dos —señaló Janice—: el *nuestro* y el *suyo*. Llama sus *ojos* a su *libro*. Eso me suena mucho a cuaderno de dibujo... —dio un golpecito en el cuaderno—, como *éste*. ¿No te parece?

—Pero no hay nada escrito en el margen... —Empecé a pasar las hojas del cuaderno y, de pronto, por primera vez, las dos reparamos en los números anotados, aparentemente al azar, abajo, en los bordes de las páginas—. ¡Madre mía, tienes razón! ¿Cómo no lo hemos visto antes?

—Porque no lo buscábamos —respondió quitándome el cuaderno—. Si estos números no son referencias de páginas y versos, puedes llamarme Ishmael.

—¿Páginas y versos de qué? —inquirí.

Caímos en la cuenta a la vez. Si el cuaderno era *su* libro, la edición de bolsillo de *Romeo y Julieta* —el único otro libro del cofre— era el *nuestro*, y los números de páginas y versos tenían que ser de pasajes concretos de la obra de Shakespeare. Qué propio.

Las dos nos lanzamos a por el cofre, pero no encontramos en él lo que buscábamos. Entonces supimos qué era lo que había desaparecido esa tarde: el tiñoso volumen.

Janice siempre había sido dormilona. Me repateaba que, cuando le sonaba el despertador, siguiera durmiendo sin alargar siquiera el brazo para pasarlo. Nuestros cuartos estaban uno enfrente del otro y dormíamos con la puerta entreabierta. Tía Rose, desesperada, recorrió varias veces la ciudad en busca de un despertador lo bastante monstruoso para sacar a mi hermana de la cama y ponerla en marcha. Nunca

lo consiguió. Yo tuve uno rosa, chiquitín, de la Bella Durmiente hasta que empecé a ir a la universidad; Janice, en cambio, terminó con un artilugio industrial, que Umberto había tuneado en la cocina con unas pinzas y que sonaba como la alarma de evacuación de una central nuclear. Aun así, sólo me despertaba a mí, por lo general con un alarido de pánico.

La mañana después de nuestra cena con el maestro Lippi, me sorprendió verla despierta en la cama, contemplando los primeros rayos de sol que se colaban por las contraventanas.

—¿Pesadillas? —le pregunté, pensando en los fantasmas anónimos que se habían pasado la noche persiguiéndome en mi sueño por un castillo parecido a la catedral de Siena.

—No podía dormir —respondió volviéndose hacia mí—. Voy a ir a la casa de mamá.

—¿Cómo? ¿Vas a alquilar un coche?

—No, voy a recuperar la moto. —Aunque meneó las cejas, no la vi muy convencida—. El sobrino de Peppo lleva el depósito de la grúa. ¿Vienes? —Noté que ya sabía que no iría.

Cuando Alessandro vino a recogerme a la una en punto, estaba sentada en los escalones de entrada al hotel con un bolso de fin de semana a los pies, coqueteando con el sol que pasaba por entre las ramas del magnolio. Al ver aparecer su coche se me aceleró el corazón; quizá porque era Romeo, quizá porque se había colado en mi habitación una o dos veces, o quizá sencillamente porque —como decía Janice— me faltaba un hervor. Podría haber culpado de todo al agua de Fontebranda pero, en realidad, mi locura, mi *pazzia*, había empezado hacía tiempo, mucho tiempo. Seiscientos años antes por lo menos.

—¿Qué te ha pasado en las rodillas? —preguntó acercándose por el caminito que tenía delante de mí, vestido con unos vaqueros y una camisa remangada, nada medieval. Hasta Umberto habría tenido que admitir que Alessandro inspiraba mucha confianza a pesar de su atuendo desenfadado, claro que Umberto era —en el mejor de los casos— un sinvergüenza, con lo que no tenía por qué seguir rigiéndome por su código ético.

El recuerdo de Umberto me provocó una pequeña punzada en el corazón; ¿por qué todas las personas que me importaban —con la salvedad quizá de tía Rose, que casi era adimensional— tenían siempre un lado oscuro?

Aparcando aquellos pensamientos tristes, me estiré la falda para tapar la evidencia de mi episodio del día anterior en los *bottini*.

—Un tropiezo con la realidad.

Alessandro me miró intrigado pero no dijo nada. Se agachó a coger mi bolso de viaje y, por primera vez, le vi el águila de Marescotti en el antebrazo. Y pensar que

había estado siempre ahí, mirándome a la cara mientras bebía de sus manos en Fontebranda. Claro que el mundo estaba lleno de aves, y yo no era precisamente una experta.

Se me hizo extraño volver a sentarme en su coche, esta vez en el asiento del acompañante. Habían sucedido muchas cosas desde mi llegada a Siena con Eva María —algunas agradables, otras todo lo contrario—, gracias en parte a él. Mientras salíamos de la ciudad, un tema, sólo uno, me abrasaba la lengua, pero no encontraba valor para abordarlo. Tampoco se me ocurría mucho más de que hablar que no nos llevara de nuevo a la madre de todas las preguntas: ¿por qué no me había dicho que era Romeo?

Como es lógico, tampoco yo se lo había contado todo. De hecho, apenas le había contado nada de mis —ciertamente penosas— pesquisas sobre la estatua de oro, y nada de nada de Umberto y de Janice, pero al menos le había dicho quién era desde el principio, y había sido él quien había decidido no creerme. Claro que yo sólo le había contado que era Giulietta Tolomei para evitar que descubriera a Juliet Jacobs, así que tampoco contaba mucho a mi favor en la gran balanza de la culpa.

—¡Qué callada estás hoy! —dijo mirándome de reojo mientras conducía—. Tengo la sensación de que es por mi culpa.

—Al final no me contaste lo de Carlomagno —repose, dando carpetazo a mi conciencia por un rato.

—¿Es eso? —Rio—. Tranquila, para cuando llegemos a Val d'Orcia, sabrás más de mí y de mi familia de lo que pueda apetecerte. Pero, primero, dime qué sabes ya, para que no lo repita.

—¿Te refieres a lo que sé de los Salimbeni? —Traté en vano de explorar su reacción.

Como sucedía siempre que mencionaba a los Salimbeni, me dedicó una sonrisa torcida. Ahora, claro está, ya sabía por qué.

—No, háblame de tu familia, los Tolomei. Cuéntame lo que sepas de lo ocurrido en 1340.

Y eso hice. En un rato, le conté la historia que había recompuesto a partir de la confesión de fray Lorenzo, las cartas de Giulietta a Giannozza y el diario del maestro Ambrogio, y no me interrumpió ni una sola vez. Al llegar al drama de Rocca di Tentennano, me pregunté por un instante si debía mencionar la historia italiana de la posesa señora Mina y la maldición de fray Lorenzo, pero opté por no hacerlo. Era demasiado rara, demasiado deprimente y, además, no quería volver a abordar el tema de la escultura y de las gemas después de haberle negado que supiese algo cuando me lo había preguntado por primera vez en la comisaría de policía.

—Así murieron —concluí—, en Rocca di Tentennano. No por efecto de daga y veneno, sino por un somnífero y una lanzada en la espalda. Fray Lorenzo fue testigo.

—¿Y cuánto de eso te has inventado? —me vaciló Alessandro.

—Un poco aquí y otro allá. —Me encogí de hombros—. Lo justo para rellenar los huecos. Me ha parecido que así resultaría más ameno; lo esencial no cambia... —Al mirarlo, lo vi hacer una mueca—. ¿Qué?

—Lo esencial no es lo que la mayoría de la gente piensa —dijo—. A mi juicio, tu historia, y la de *Romeo y Julieta*, no es una historia de amor, sino de política, y el mensaje es sencillo: cuando los mayores se pelean, son los jóvenes los que mueren.

—Eso no es nada romántico —comenté riendo.

Alessandro se encogió de hombros.

—Shakespeare tampoco lo veía romántico. Mira cómo los retrata. Romeo es un llorón, y es Julieta la verdadera heroína. Piénsalo bien. Él se bebe el veneno. ¿Qué hombre se envenena? Es ella la que se apuñala con la daga. Como lo haría un hombre.

No pude evitar reírme de él.

—Quizá eso sea cierto en el Romeo de Shakespeare, pero el auténtico Romeo Marescotti no era ningún llorón. Los tenía bien puestos. —Me volví para observar su reacción y lo pillé sonriendo—. No me extraña nada que Giulietta lo amara.

—¿Cómo sabes tú que lo amaba?

—¿No es evidente? —repliqué, poniéndome de mal humor—. Lo amaba tanto que, cuando Niño intentó seducirla, se suicidó para seguir siendo fiel a Romeo, aunque ellos no habían..., bueno, ya sabes. —Lo miré, mosqueada al ver que aún sonreía—. Te parece ridículo ¿no?

—¡Del todo! —dijo Alessandro mientras acelerábamos para adelantar a otro coche—. Piénsalo bien. Niño no era tan malo...

—¡Niño era espantoso!

—A lo mejor era espantosamente bueno en la cama —replicó—. ¿Por qué no probar? Siempre podría haberse suicidado a la mañana siguiente.

—¿Cómo puedes decir eso? —protesté, indignada—. ¡No me creo que lo digas en serio! Si tú fueras Romeo, no querrías que Julieta... ¡catase a Paris!

Soltó una carcajada.

—¡Venga ya! ¡Si fuiste tú misma la que dijo que yo era Paris! Rico, guapo y malvado. Claro que quiero que Julieta me cate. —Me miró de reojo y sonrió, disfrutando de mi cabreo—. ¿Qué clase de Paris sería si no lo hiciese?

Volví a estirarme la falda.

—¿Y cuándo tienes previsto que eso suceda?

—¿Qué tal ahora mismo? —dijo él, aminorando la marcha.

Había estado demasiado absorta en nuestra charla para prestarle atención al recorrido, pero de pronto descubrí que ya habíamos dejado la autopista hacía un rato y rodábamos despacio por un camino de tierra desierto flanqueado por descuidados

cedros. Terminaba de pronto al pie de un monte elevado, pero Alessandro, en lugar de dar media vuelta, se metió en un aparcamiento vacío y detuvo el coche.

—¿Aquí es donde vive Eva María? —grazné, incapaz de ver una sola casa por la zona.

—No —respondió saliendo del coche y cogiendo una botella y dos copas del maletero—, esto es Rocca di Tentennano. Bueno..., lo que queda de ello.

Subimos el monte hasta la base misma de la fortaleza en ruinas. Sabía por la descripción de Ambrogio que el edificio había sido colosal en su tiempo; él lo había llamado «un peñasco imponente, nido gigante de temibles depredadores, esas aves antiguas, devoradoras de hombres». No costaba imaginar cómo había sido en su día, porque parte de la inmensa torre seguía en pie y, aun en su decadencia, se alzaba imponente, como recordándonos el poder que había tenido.

—Impresionante —dije tocando el muro.

Noté caliente el ladrillo, muy distinto, seguro, de cómo lo sintieron Romeo y fray Lorenzo aquella fatídica noche invernal de 1340. El contraste entre pasado y presente era allí más patente que nunca. En la Edad Media, la cima del monte bullía de actividad; ahora estaba tan silenciosa que se oía el alegre zumbido de los insectos. Sin embargo, en la hierba que nos rodeaba había algún que otro resto de ladrillo recién caído, como si el antiquísimo edificio —abandonado a su suerte hacía años— siguiera inflándose silencioso, como el pecho de un gigante dormido.

—Lo llamaban «la isla» —me explicó, paseando—. *L'isola*. El viento sopla aquí con mucha fuerza, pero hoy no. Hemos tenido suerte.

Lo seguí por un caminito rocoso. Entonces reparé en la espectacular vista de Val d'Orcia, vestida de los atrevidos colores del verano. Alrededor se extendían luminosos campos amarillos y verdes viñedos, y de vez en cuando se veía algún pedazo azul o rojo, donde las flores tomaban la frondosa campiña. Altos cipreses bordeaban los caminos que serpenteaban en el paisaje y, al final de cada uno, se levantaba una granja. Era el tipo de vista que me hacía anhelar no haber dejado la clase de dibujo artístico en el último año de secundaria sólo porque Janice había amenazado con apuntarse.

—No había quien escapara de los Salimbeni —observé, tapándome el sol con la mano—. Sabían bien cómo elegir un emplazamiento.

—Tiene una gran importancia estratégica —asintió—. Desde aquí, controlas el mundo.

—O al menos una parte.

—La parte que merece la pena controlar —dijo encogiéndose de hombros.

Mientras me guiaba, lo vi muy cómodo en aquel entorno natural, cargando con las copas y la botella de prosecco, sin prisa aparente por descorcharla. Cuando paró junto a un pequeño hoyo invadido de hierbajos y me miró —sonriendo con un orgullo

infantil—, noté que se me anudaba la garganta.

—Déjame adivinar... —dije envolviéndome en mis propios brazos, aunque apenas soplaba la brisa—, aquí traes a todos tus ligues. Te advierto que a Niño no le salió muy bien.

Se mostró ofendido.

—¡No! Te equivocas. Mi tío me trajo aquí de niño —señaló con la cabeza los arbustos y los cantos rodados—. Luchamos a espada aquí mismo..., mi prima Malena y yo. —Quizá consciente de que su gran secreto podía empezar a desvelarse por el final, se interrumpió bruscamente y, en su lugar, dijo—: Desde entonces, siempre he querido volver.

—Pues ya has tardado —señalé, sabiendo bien que me traicionaban los nervios y que aquello no iba a ayudarnos a ninguno de los dos—. No me quejo, ¿eh? Esto es precioso. El lugar perfecto para una celebración. —Al ver que no contestaba, me quité los zapatos y di unos pasos descalza—. Por cierto, ¿qué celebramos?

Ceñudo, se volvió a contemplar el paisaje y noté que le costaba soltar lo que quería decir. Cuando al fin me miró, el gesto risueño al que ya estaba tan acostumbrada había desaparecido de su rostro; lo había reemplazado uno de absoluta desazón.

—He pensado que es hora de empezar de cero —dijo sereno.

—¿Quién va a empezar de cero?

Por fin dejó la botella y las copas sobre la hierba alta y se acercó a mí.

—Giulietta —me dijo en voz baja—, no te he traído aquí para hacer de Niño. Ni de Paris. Te he traído aquí porque aquí fue donde terminó todo. —Me acarició el rostro con veneración, como el arqueólogo que encuentra al fin el valioso objeto que se ha pasado la vida buscando—. Me ha parecido un buen sitio para empezar de cero. —Sin saber cómo interpretar mi reacción, añadió angustiada—: Siento no haberte dicho la verdad antes. Confiaba en no tener que hacerlo. No parabas de preguntar por Romeo, y yo esperaba que... —sonrió triste— me reconocieras.

Aunque ya sabía lo que quería contarme, con su solemnidad y la tensión del momento, me impactó de verdad, me llegó al alma, me afectó más que si hubiese llegado allí —y escuchado su confesión— sin saber nada en absoluto.

—Giulietta... —intentó mirarme a los ojos, pero no se lo permití.

Había esperado ansiosa esa conversación desde el descubrimiento de su verdadera identidad, y ahora que al fin estaba ocurriendo, quería oírsele decir una y otra vez. Pero, como había pasado un auténtico calvario durante los últimos días —aunque él no lo supiera—, necesitaba hacerlo sufrir un poco.

—Me has mentido.

En lugar de retroceder, se acercó más a mí.

—Nunca te he mentido sobre Romeo. Te dije que no era el hombre que tú creías.

—Y que me mantuviese alejada de él —le recordé—. Dijiste que me iría mejor con Paris.

Mi acusación lo hizo sonreír.

—Fuiste tú quien me dijo que yo era Paris...

—¡Y tú me dejaste que lo creyera!

—Sí. —Me acarició despacio la barbilla, como preguntándose por qué no sonreía—. Porque era lo que querías. Querías que fuese el enemigo. Sólo así podías relacionarte conmigo.

Abrí la boca para protestar, pero me di cuenta de que tenía razón.

—Llevo mucho tiempo esperando mi momento —prosiguió, consciente de que me tenía en el bote—. Y he pensado... Ayer, en Fontebranda, me pareció verte contenta. —Posó el pulgar en la comisura de mi boca—. Me pareció... que yo te gustaba.

Se hizo el silencio. Sus ojos confirmaban todo cuanto acababa de decirme y me rogaban una respuesta, pero, en lugar de hablar en seguida, le puse una mano en el pecho, y, al notar en ella el cálido latido de su corazón, un gozo absoluto e irracional bulló en mi interior, en algún lugar de cuya existencia ni siquiera era consciente, un gozo que al fin hallaba su vía de escape.

—Me gustas.

Jamás sabré cuánto duró el beso. Fue uno de esos momentos que no pueden cuantificarse aunque uno quiera, pero, al volver de ese remoto paraíso, todo era infinitamente mejor, como si el universo hubiera sufrido una transformación integral desde la última vez que lo había visto... O tal vez nunca lo había visto bien.

—Me alegro mucho de que seas Romeo —le susurré con la frente pegada a la suya—, pero, aunque no lo hubieras sido...

—Aunque no lo hubiera sido, ¿qué?

Lo miré avergonzada.

—Sería feliz de todos modos. —Rio, consciente de que había estado a punto de decir algo mucho más revelador.

—Ven... —me sentó en la hierba, a su lado—, que me lías y se me olvida mi promesa. ¡Eso se te da de miedo!

Lo observé allí sentado, decidido a ordenar sus ideas.

—¿Qué promesa?

—La de hablarte de mi familia —repuso, resignado—. Quiero contártelo todo...

—No hace falta que me lo cuentes todo —lo interrumpí, montando en su regazo—. Ahora no.

—¡Pero... espera un momento! —Trató en vano de pararme las manos traviesas—. Primero tengo que contarte lo de...

—¡Chis! —le tapé la boca con los dedos—. Primero tienes que volver a besarme.

—... Carlomagno...

—Puede esperar... —Retiré los dedos y le di un beso lento que no dejó lugar a dudas—. ¿No te parece?

Me miró con el gesto de un guerrero solitario ante un ejército de bárbaros.

—Pero quiero que sepas dónde te estás metiendo.

—Tranquilo —le susurré—, creo que sé dónde me estoy metiendo...

Tras resistirse durante tres nobles segundos, su voluntad flaqueó y me apretó contra sí tanto como permitía el decoro italiano.

—¿Seguro? —Al poco estaba tendida boca arriba sobre un lecho de tomillo silvestre, riendo de sorpresa—. Bueno... —me miró muy serio—, confío en que no esperes versos rimados.

—Lástima que Shakespeare no escribiese indicaciones para la escena —dije riendo.

—¿Por qué? —Me besó con ternura en el cuello—. ¿En serio crees que el bueno de William era mejor amante que yo?

Al final no fue mi pudor femenino lo que puso fin a la diversión, sino el inoportuno fantasma de la caballeridad sienesa.

—¿Sabías que a Colón le llevó seis años descubrir América? —gruñó Alessandro, inmovilizándome los brazos para que no le desabrochara la camisa. Mientras se alzaba sobre mí, todo contención, el misil se disparó entre los dos como un péndulo.

—¿Cómo tardó tanto? —pregunté, saboreando su esfuerzo con el cielo azul de fondo.

—Era un caballero italiano, no un conquistador —replicó, más que nada para sí.

—Iba a por el oro, como todos —repuse, intentando besarle la mandíbula apretada.

—Al principio, a lo mejor. Pero luego... —alargó el brazo para recolocarme la falda— descubrió lo mucho que le gustaba explorar la costa y familiarizarse con aquella cultura nueva.

—Seis años es mucho tiempo —protesté, en absoluto dispuesta a claudicar tan pronto—. Demasiado.

—No. —Sonrió a la tentación—. Seiscientos años es mucho tiempo. Así que puedes esperar media hora más a que te cuente mi historia.

Cuando fuimos a tomarnos el prosecco, ya estaba caliente, pero fue la mejor copa de vino que había probado en la vida. Me supo a miel y a hierbas silvestres, a amor y a planes frívolos, y allí sentada, apoyada en Alessandro, que a su vez descansaba sobre una piedra, casi pude creer que la mía sería una vida larga y llena de alegrías, y que al fin podría olvidarme de mis fantasmas.

—Sé que aún estás disgustada conmigo por no haberte dicho quién era —comentó acariciándome el pelo—. Tal vez piensas que temía que te enamoras del

nombre y no del hombre, pero lo cierto es que fue al revés. Temía, y aún temo, que, al saber mi historia, la de Romeo Marescotti, desearas no haberme conocido nunca.

Abrí la boca para protestar, pero no me dejé hacerlo.

—Todo lo que tu primo Peppo dijo de mí... es cierto. Seguro que los psicólogos podrían explicarlo con unos gráficos, pero en mi casa no hacemos caso de los psicólogos, ni de nadie. Nosotros, los Marescotti, tenemos nuestras propias teorías, y estamos tan convencidos de que son las acertadas que, como tú dices, se convierten en los dragones que guardan nuestra torre y no dejan entrar ni salir a nadie. —Hizo una pausa para rellenarme la copa—. El resto para ti, que yo tengo que conducir.

—¿Conducir? —reí—. ¡Eso no parece propio del Romeo Marescotti del que me habló Peppo! Creía que eras un imprudente. ¡Qué decepción!

—Tranquila... —Me estrechó entre sus brazos—. Te compensaré de otras formas.

Mientras sorbía mi vino, me habló de su madre, que se quedó embarazada a los diecisiete y no quiso decir quién era el padre. Como es lógico, el suyo —el anciano Marescotti, abuelo de Alessandro— se puso hecho un basilisco y la echó de casa. Ella se fue a vivir con la amiga de la infancia de su madre, Eva María Salimbeni. Cuando Alessandro nació, Eva María quiso ser su madrina, y fue ella quien insistió en que al niño se lo bautizara con el nombre tradicional de la familia, Romeo Alessandro Marescotti, aunque sabía que el anciano echaría espumarajos por la boca cuando se enterara de que un bastardo llevaba su apellido.

Al final, en 1977, la abuela de Alessandro logró convencer a su abuelo para que dejara que su hija y su nieto volvieran a Siena por primera vez desde el nacimiento de él, y se bautizó al niño en la fuente del Aquila justo antes del Palio. Sin embargo, ese año la contrada perdió los dos Palios de forma dramática, y el anciano Marescotti quiso buscar un culpable. Cuando se enteró de que su hija había llevado al niño a ver las cuabras antes de la carrera —y le había dejado tocar el caballo— se empeñó en que ésa era la razón de la derrota: el pequeño bastardo había traído mala suerte a toda la contrada.

Furibundo, le dijo a su hija que cogiera al pequeño, volviera a Roma y no regresara a casa hasta que hubiese encontrado marido. Y eso hizo. Volvió a Roma y encontró marido, un buen hombre que era *carabiniere*. Aquel hombre dejó que Alessandro llevase su apellido, Santini, y lo educó como a sus otros hijos, con disciplina y amor. Así fue cómo Romeo Marescotti se convirtió en Alessandro Santini.

De todos modos, todos los veranos, Alessandro tenía que pasar un mes en la granja de sus abuelos en Siena, para conocer a sus primos y alejarse de la gran ciudad. Aquello no fue idea del abuelo —ni de su madre—, sino fruto de la insistencia de su abuela. Lo único de lo que no logró convencer al anciano Marescotti fue de que lo dejase asistir al Palio. Iban todos —primos, tíos, tías—, pero

Alessandro tenía que quedarse en casa, porque su abuelo temía que diese mala suerte al caballo del Aquila. O eso decía. De modo que se quedaba en la granja solo y organizaba su propio Palio montando el viejo caballo de labranza. Más adelante aprendió a arreglar motos, y su Palio fue casi tan peligroso como el de verdad.

Alessandro terminó no queriendo volver a Siena porque, siempre que iba allí, el abuelo lo atormentaba con comentarios sobre su madre, que, como es lógico, no lo visitaba. Así que acabó sus estudios, ingresó en la policía, como su padre y sus hermanos, e hizo todo lo posible por olvidar que era Romeo Marescotti. Desde entonces se hizo llamar únicamente Alessandro Santini, y viajó todo lo lejos que pudo de Siena, con las misiones de paz que le proponían en otros países. Así fue a parar a Iraq, donde perfeccionó su inglés discutiendo con los soldados estadounidenses y se libró por los pelos de salir volando cuando los insurgentes estrellaron un camión repleto de explosivos contra la central de los *carabinieri* en Nassiriyah. Cuando volvió por fin a Siena, no le dijo a nadie que estaba allí, ni siquiera a su abuela, pero la víspera del Palio fue a las cuadras de la contrada. No lo tenía previsto; no pudo resistirse. Su tío estaba allí, custodiando el caballo, y cuando Alessandro le dijo quién era, se emocionó tanto que le dejó tocar el *giubbetto* amarillo y negro —la chaqueta del jinete— para que le diera buena suerte.

Por desgracia, durante el Palio del día siguiente, el jinete de la Pantera, la contrada rival, agarró al del Aquila por esa misma chaqueta y ralentizó tanto al caballo que perdieron la carrera.

Llegados a este punto de la historia, no pude evitar volverme para mirar a Alessandro.

—No debiste de pensar que era culpa tuya, ¿no?

Se encogió de hombros.

—¿Qué iba a pensar? Que le había dado gafe a nuestro *giubbetto* y habíamos perdido. Hasta mi tío lo dijo. No hemos vuelto a ganar un Palio desde entonces.

—Venga ya... —empecé.

—¡Chis! —Me tapó la boca con la mano—. Tú escucha. Desaparecí una larga temporada y apenas hace unos años que volvía Siena. Justo a tiempo. Mi abuelo estaba muy cansado. Recuerdo que estaba sentado en un banco, contemplando las viñas, y no me oyó hasta que le puse una mano en el hombro. Se volvió, me miró y se echó a llorar de alegría. Aquél fue un día genial. Hubo una gran comida y mi tío dijo que no volverían a dejarme ir. Al principio no estaba seguro de querer quedarme en la ciudad; nunca había vivido en Siena, y tenía muy malos recuerdos. Además, sabía que chismorrearían sobre mí si averiguaban quién era: la gente no olvida el pasado. Así que empecé por pedir un permiso. Pero entonces ocurrió algo. Corrimos en el Palio de julio y ésa fue una de nuestras peores carreras de todos los tiempos. En toda la historia del Palio, dudo que ninguna otra contrada haya perdido de ese modo,

íbamos a la cabeza desde el principio, pero, en la última curva, nos adelantaron los de la Pantera y ganaron. —Suspiró al revivir el momento—. No hay peor forma de perder el Palio. Nos llevamos un disgusto. Luego tuvimos que defender nuestro honor en el Palio del mes de agosto y a nuestro *fantino*, nuestro jinete, lo penalizaron. Nos penalizaron a todos. No podíamos correr al año siguiente, ni al otro; nos habían sancionado. Llámalo política si quieres, pero para mi familia fue algo más que eso.

»Mi abuelo se disgustó tanto que le dio un infarto de pensar que el Aquila no podría correr en el Palio en los dos años siguientes. Tenía ya ochenta y siete años. Tres días después, falleció. —Alessandro hizo una pausa y miró hacia otro lado—. Pasé con él esos tres días. Estaba furioso consigo mismo por haber perdido tantísimo tiempo, y quería mirarme a los ojos todo lo posible. Al principio pensé que se había enfadado conmigo por haber vuelto a llevarles la mala suerte, pero entonces me dijo que no era culpa mía, sino suya, por no haberlo entendido antes.

—¿Entender el qué? —tuve que preguntar.

—A mi madre. Sabía que lo que le había pasado a ella *tenía* que pasarle. Mi tío tenía cinco hijas, ningún hijo. Soy el único nieto que lleva el apellido de la familia porque mi madre no estaba casada cuando yo nací, y a mí me pusieron su apellido. ¿Lo entiendes?

Me incorporé.

—¿Qué clase de machismo asqueroso...?

—¡Giulietta, por favor! —Tiró de mí para que volviera a apoyarme en su hombro—. Nunca comprenderás esto si no escuchas. Lo que mi abuelo entendió fue que había un mal antiguo que había despertado después de muchas generaciones y me había elegido a mí por mi nombre.

Se me erizó el vello de los brazos.

—¿Elegido... para qué?

—Ahora... —dijo volviendo a rellenarme la copa— es cuando viene lo de Carlomagno.

VII. II

Se murió el simio. Habrá que conjurarlo.
Yo te conjuro, por los brillantes ojos de Rosalinda,
y por su hermosa frente y labios escarlata.

La plaga y el anillo Siena, 1340-1370

Los Marescotti son una de las familias nobles más antiguas de toda Siena. Se cree que el nombre proviene de Marius Scotus, un general escocés del ejército de Carlomagno. La mayoría de los Marescotti se afincaron en Bolonia, pero la familia estaba muy diseminada y la rama de Siena era particularmente célebre por su valor y su liderazgo en tiempos de crisis.

Sin embargo, como es bien sabido, nada grandioso lo es eternamente, y la celebridad de los Marescotti no es una excepción. Hoy en día, casi nadie recuerda su pasado glorioso en Siena, claro que la historia siempre ensalza más a los que viven para destruir que a los que se empeñan en proteger y preservar.

Romeo nació cuando la familia todavía era ilustre. Su padre, el comandante Marescotti, era muy admirado por su moderación y su decoro, e invertía tanto en esos valores que ni siquiera su hijo —de sobrada avaricia e indolencia— lograba dilapidar su fortuna.

Sin embargo, la fortaleza moral del comandante fue puesta a prueba cuando, a principios de 1340, Romeo conoció a Rosalinda. Ésta estaba casada con un carnicero, pero todos sabían que no eran felices juntos. En la versión de Shakespeare, Rosalinda es una joven belleza que atormenta a Romeo con su voto de castidad; la verdad era bien distinta. Rosalinda era diez años mayor que él, y se convirtió en su amante. Romeo pasó meses intentando convencerla de que se fugara con él, pero Rosalinda era demasiado astuta para fiarse del joven.

Justo después de las Navidades de 1340 —no mucho después de que Romeo y Giulietta murieran aquí, en Rocca di Tentennano— Rosalinda tuvo un bebé, y todos vieron en seguida que el carnicero no era el padre. Fue un gran escándalo, y Rosalinda tenía miedo de que su marido averiguara la verdad y matase al niño, así que le llevó el recién nacido al comandante Marescotti y le pidió que lo criara en su casa.

Pero el comandante se negó. No se creyó la historia y la rechazó. Sin embargo, antes de marcharse, Rosalinda le dijo:

—Algún día lamentaréis lo que nos habéis hecho a mí y a este niño. ¡Algún día Dios os castigará por negarme la justicia que os pido!

El comandante se olvidó de todo aquello hasta que, en 1348, llegó la peste negra a Siena. En unos meses murió más de un tercio de la población, y la mortandad fue mayor en la ciudad. Los cadáveres se apilaban en las calles y eran numerosos los hijos abandonados por sus padres y las esposas abandonadas por sus maridos; todos temían demasiado recordar lo que significa ser humano y no animal.

En una semana, el comandante había perdido a su madre, a su esposa y a sus cinco hijos; sólo él sobrevivió. Los lavó, los vistió, los puso a todos en una carreta y se los llevó a la catedral en busca de un sacerdote que pudiese officiar un funeral, pero no halló ninguno. Los que vivían andaban demasiado ocupados cuidando de los enfermos del hospital, el de al lado de la catedral, Santa María della Scala. Incluso allí tenían más muertos de los que podían enterrar, así que lo que hicieron fue levantar una pared hueca, echar allí los cuerpos y sellarla.

Cuando el comandante llegó a la catedral de Siena, los misericordistas estaban cavando una fosa común en la *piazza*, y los sobornó para que enterrasen a su familia en aquella tierra consagrada. Les dijo que aquéllas eran su madre y su esposa, les dio los nombres y las edades de todos los niños, y les explicó que iban vestidos con sus mejores galas, pero a ellos les dio igual. Aceptaron el oro y volcaron la carreta, y el comandante vio a sus seres queridos —su futuro— caer a la fosa sin una oración, una bendición ni una esperanza.

Luego estuvo vagando sin rumbo por la ciudad, sin reparar en lo que tenía alrededor. Para él, aquello era el fin del mundo, así que empezó a increparle a Dios, a preguntarle por qué lo había dejado vivir para ver aquella miseria y enterrar a sus propios hijos. Hasta se hincó de rodillas y, con las manos, cogió agua sucia del desagüe, rebosante de podredumbre y de muerte, se la echó por encima y la bebió, confiando en enfermar y morir como los demás.

Mientras estaba allí, arrodillado en el barro, de pronto oyó la voz de un niño que le decía:

—Ya lo he probado yo. No funciona.

El comandante miró al pequeño y creyó estar viendo un fantasma.

—¡Romeo! —dijo—. ¿Romeo? ¿Eres tú?

Pero no era Romeo, sino un niño de unos ocho años, muy sucio y vestido de harapos.

—Me llamo Romanino —contestó el chico—. Puedo llevaros la carreta.

—¿Por qué quieres llevarme la carreta? —preguntó el comandante.

—Porque tengo hambre —repuso Romanino.

—Toma... —El comandante sacó el dinero que le quedaba—. Ve a comprarte comida.

El niño lo rechazó, apartándole la mano.

—No soy un mendigo.

Y así el comandante le dejó tirar del carro de vuelta al palazzo Marescotti — ayudándolo de vez en cuando con un empujoncito— y, al llegar a la puerta, el niño, alzando la vista, contempló las águilas que decoraban los muros y dijo:

—Aquí es donde nació mi padre.

Como es lógico, el comandante se quedó pasmado al oír eso y le preguntó al niño:

—¿Cómo lo sabes?

—Madre solía contarme cosas —repuso él—. Decía que padre era muy valiente. Era un gran caballero con los brazos así de grandes, pero tuvo que irse a luchar con el emperador en Tierra Santa y jamás regresó. Madre me decía que un día vendría a buscarme y, que si lo hacía, sólo tendría que decirle una cosa para que supiese en seguida quién era yo.

—¿Qué es lo que tendrías que decirle?

El niño sonrió y, en ese mismo instante, por su sonrisa, el comandante supo lo que iba a decirle antes de oír siquiera sus palabras:

—Que soy un aguilucho, un *aquilino*.

Esa noche, el comandante Marescotti se encontró sentado frente a la mesa vacía de los criados, en la cocina, comiendo por primera vez en días. Frente a él, Romanino roía los huesos de pollo, demasiado atareado para hacer preguntas.

—Dime —lo instó el comandante—, ¿cuándo murió tu madre, Rosalinda?

—Hace tiempo —respondió—. Antes de todo esto. Él le pegaba, hasta que un día ella ya no se levantó. Le gritó y le tiró del pelo, pero no se movió. No se movió en absoluto. Luego él se echó a llorar. Yo me acerqué a ella y le hablé, pero no abrió los ojos. Estaba fría. Le toqué la cara y lo noté... Entonces supe que le había pegado demasiado fuerte, y se lo dije, y él empezó a darme patadas e intentó atraparme. Yo salí de allí corriendo... y no paré de correr. Aunque me seguía gritando, yo no paré de correr y correr, hasta que llegué a casa de mi tía; ella me acogió y me quedé allí. Trabajaba. Ayudaba un poco. Además, me encargué del bebé cuando nació, y la ayudaba a llevar comida a la mesa. Yo les gustaba, me parece que les gustaba tenerme por allí, cuidando del bebé, hasta que empezaron a morir todos. Murió el panadero, el carnicero y el agricultor que nos vendía la fruta. No teníamos suficiente comida, pero ella seguía dándome lo mismo que a los otros, aunque los demás se quedaran con hambre, así que... hui.

El niño lo miró con unos sabios ojos verdes y el comandante se preguntó cómo podía aquel escuerzo de ocho años ser más íntegro que cualquier hombre que él hubiera conocido.

—¿Cómo has sobrevivido a todo esto? —tuvo que preguntarle.

—No sé... —se encogió de hombros—, pero madre siempre decía que yo era diferente. Más fuerte. Que no enfermaría ni me volvería lelo como los demás. Solía decirme que yo llevaba una cabeza distinta sobre los hombros, y por eso no les caía

bien, porque sabían que yo era mejor. Así he sobrevivido, pensando en lo que ella decía, de mí, de ellos. Me decía que yo sobreviviría, y eso es lo que he hecho.

—¿Sabes quién soy? —preguntó al fin el comandante.

El niño lo miró.

—Sois un gran hombre, creo yo.

—No lo sé.

—Lo sois —insistió el niño—. Sois un gran hombre. Tenéis una gran cocina. Y pollo. Me habéis dejado tirar de vuestra carreta todo el camino. Y compartís vuestro pollo conmigo.

—Eso no me convierte en un gran hombre.

—Bebíais agua de la alcantarilla cuando os encontré —observó—. Ahora bebéis vino. A mis ojos, eso os convierte en el hombre más grande que he conocido.

A la mañana siguiente, el comandante decidió llevar a Romanino a casa de sus tíos. Mientras bajaban las empinadas calles hacia Fontebranda, esquivando la basura y los cadáveres, salió el sol por primera vez en días. O quizá no, pero el comandante había pasado todo ese tiempo en la penumbra de su casa, humedeciéndose unos labios que ya no querían beber.

—¿Cómo se apellida tu tío? —inquirió, consciente de pronto de que había olvidado preguntarle lo más obvio.

—Benincasa —dijo el niño—. Mi tío hace colores. Me gusta el azul, pero es muy caro. —Miró al comandante—. Mi padre siempre llevaba colores muy bonitos. Sobre todo el amarillo, con una capa negra que, al galope, semejaba unas alas. Cuando se es rico, se puede hacer eso.

—Supongo —señaló el comandante.

Romanino se detuvo delante de la alta verja de hierro y contempló el patio con tristeza.

—Aquí es. Ésa es la señora Lappa, mi tía. En realidad, no lo es, pero quiso que la llamara así.

Al comandante le extrañaron las dimensiones del lugar; lo había imaginado más humilde. En el patio, tres niños ayudaban a su madre a tender la colada mientras un bebé gateaba por ahí recogiendo el grano que se había echado a los gansos.

—¡Romanino! —La mujer se levantó de golpe en cuanto vio al niño a través de la verja y, tan pronto como levantó la barra con que estaba atrancada y se abrió la puerta, lo metió dentro y, entre lágrimas, lo llenó de besos y abrazos—. ¡Te creíamos muerto, tontorrón!

En medio de aquel alboroto, nadie vigilaba al bebé, y el comandante —que estaba a punto de retirarse de aquel feliz reencuentro familiar— fue el único con la presencia de ánimo suficiente para verla gatear hacia la puerta abierta y agacharse a cogerla, algo violento.

Era una pequeña preciosa —pensó el comandante—, y más simpática de lo que podría esperarse de alguien de semejante tamaño. De hecho, a pesar de su falta de experiencia con personitas tan diminutas, descubrió que le costaba devolvérsela a su madre y se quedó mirándole la carita, notando que algo le bullía en el pecho, como una flor primaveral que brotara del suelo helado.

La fascinación fue recíproca y la pequeña no tardó en empezar a toquetearle la cara al comandante, entusiasmada.

—¡Caterina! —gritó la madre, arrebatándole en seguida la niña a la distinguida visita—. ¡Os ruego que me perdonéis, señor!

—No hay por qué, no hay por qué —dijo él—. Dios ha cuidado de vos y de los vuestros, mi señora Lappa. Vuestra casa está bendita, creo yo.

La mujer se lo quedó mirando. Luego respondió con una reverencia:

—Gracias, mi señor.

A punto de irse, el comandante titubeó y se volvió hacia Romanino. El niño estaba tieso como un árbol joven que se crece frente al viento, pero de sus ojos había desaparecido el valor.

—Mi señora Lappa —dijo—. Quiero... Querría... Me pregunto si podríais prescindir de este muchacho. Cedérmelo.

La mujer lo miró incrédula más que otra cosa.

—Veréis —añadió en seguida el comandante—, creo que es mi nieto.

Esas palabras asombraron a todos, incluso al propio comandante. Aunque la confesión casi parecía haber asustado a la señora Lappa, Romanino se mostró sin duda ilusionado, y la alegría del niño a punto estuvo de provocar la carcajada de Marescotti, muy a su pesar.

—¿Vos sois el comandante Marescotti? —inquirió la mujer con las mejillas sonrojadas de emoción—. ¡Entonces, era cierto! ¡Ay, la pobre! Yo nunca... —Demasiado perpleja para saber cómo actuar, la señora Lappa agarró al niño por el hombro y lo empujó hacia el comandante—. ¡Anda, vete, tontorrón! ¡Y... no olvides dar gracias a Dios!

No tuvo que decírselo dos veces. Antes de que el comandante fuera siquiera consciente de que se le acercaba, los brazos de Romanino le rodearon el tronco y su nariz mucosa se hundió en el terciopelo bordado.

—Vamos —dijo acariciándole el pelo mugriento—, hay que comprarte unos zapatos, amén de otras cosas. Así que deja de llorar.

—Ya lo sé —gimoteó el niño, limpiándose las lágrimas—, los caballeros no lloran.

—Claro que sí —le replicó el comandante—, pero sólo cuando van limpios, bien vestidos y calzados. ¿Podrás esperar todo eso?

—Lo intentaré.

Mientras se alejaban calle abajo, de la mano, el comandante Marescotti se sorprendió tratando de resistir un súbito bochorno. ¿Cómo era posible que él, un hombre enfermo de pena, que lo había perdido todo salvo el latido de su propio corazón, hallase alivio en la firme presencia de un puño pequeño y pringoso alojado en el suyo?

Años después llegó al palazzo Marescotti un monje que quería ver al señor de la casa. Explicó que venía de un monasterio de Viterbo y que su abad le había encomendado que devolviese un tesoro a su legítimo dueño.

Romanino, que era ya un hombre adulto de treinta años, invitó al monje a pasar y mandó a sus hijas al piso superior a preguntarle a su bisabuelo, el viejo comandante, si tendría fuerzas para recibir a la visita. Mientras esperaban a que bajase el anciano, Romanino se encargó de que le llevaran comida y bebida al fraile y, como sentía mucha curiosidad, preguntó al desconocido por la naturaleza de aquel tesoro.

—Sé poco de su origen —replicó el fraile entre bocados—. Lo único que sé es que no puedo regresar con él.

—¿Por qué no? —inquirió Romanino.

—Porque tiene un gran poder destructivo —contestó el fraile, sirviéndose más pan—. Todo aquel que abre el cofre cae enfermo. Romanino se recostó en la silla.

—¿No habéis dicho que era un tesoro? ¡Ahora me decís que es maligno!

—Disculpadme, señor —lo corrigió el fraile—, pero yo no he dicho que fuese maligno. He dicho que posee grandes poderes: protectores, pero también destructores. Por eso debe volver a unas manos que sepan controlarlos. Debe volver a su propietario legítimo. Es lo único que sé.

—¿Y su propietario es el comandante Marescotti?

El fraile asintió de nuevo con la cabeza, aunque esta vez con menos convicción.

—Eso creemos.

—Porque, en caso contrario, habréis metido al diablo en mi casa, ¿lo sabéis?

El fraile se mostró abochornado.

—Creedme, señor, os lo ruego —dijo con urgencia—, no pretendo haceros daño a vos o a vuestra familia. Sólo hago lo que me han pedido. Este cofre... —se llevó la mano al bolsón y sacó una cajita de madera muy sencilla que puso con cuidado encima de la mesa— nos lo dieron los hermanos de San Lorenzo, nuestra catedral, y creo, aunque no estoy del todo seguro, que contiene la reliquia de un santo enviada hace poco a Viterbo por su noble patrona en Siena.

—¡No he oído hablar de esa santa! —espetó Romanino mirando el cofre con aprensión.

El fraile cruzó las manos en señal de respeto.

—La piadosa y modesta señora Mina de los Salimbeni, señor.

—Aja. —Romanino guardó silencio un instante. Había oído hablar de la dama,

sin duda. ¿Quién no sabía de la locura de la joven novia y de la supuesta maldición del muro del sótano? Pero ¿qué clase de santo podía fraternizar con los Salimbeni?—. Entonces, ¿puedo preguntaros por qué no le devolvéis a ella el supuesto tesoro?

—¡Ah, no! —exclamó el fraile, espantado—. ¡No! ¡Al tesoro no le agradan los Salimbeni! Uno de mis pobres hermanos, Salimbeni de nacimiento, murió mientras dormía después de tocar el cofre...

—¡Maldito seáis, fraile! —bramó Romanino, alzándose—. ¡Salid de mi casa ipso facto y llevaos vuestro cofre maldito!

—¡Tenía ciento dos años! —se apresuró a añadir el fraile—. ¡Y otros que lo han tocado se han recuperado milagrosamente de dolencias crónicas!

En ese preciso momento entró en el comedor el comandante Marescotti, muy digno, sosteniendo su orgulloso porte con la ayuda de un bastón. En lugar de echar a escobazos al fraile —como estaba a punto de hacer— Romanino se calmó y ayudó a su abuelo a sentarse cómodamente a un extremo de la mesa, antes de relatarle los pormenores de la inesperada visita.

—¿Viterbo? —inquirió el comandante, ceñudo—. ¿Y de qué me conocen?

El fraile permaneció en pie, intranquilo, sin saber si debía sentarse o no, ni si se esperaba que contestara él o Romanino.

—Tomad... —optó por decir, colocando el cofre delante del anciano—, esto, me dicen, debe volver con su legítimo dueño.

—¡Padre, tened cuidado! —advirtió Romanino al comandante cuando éste alargó la mano para abrir el cofre—. ¡No sabemos qué demonios contiene!

—No, hijo mío —le replicó el comandante—, pero pretendemos averiguarlo.

Se hizo un silencio terrible mientras el comandante levantaba despacio la tapa del cofre y se asomaba al interior. Al ver que su abuelo no se desplomaba de inmediato, entre convulsiones, Romanino se acercó a mirar también.

En el cofre había un anillo.

—Yo no lo... —empezó a decir el fraile, pero el comandante Marescotti ya había sacado el anillo y lo examinaba incrédulo.

—¿Quién decís que os ha dado esto? —preguntó con la mano temblorosa.

—Mi abad —dijo el fraile, apartándose aterrado—. Me comentó que quienes lo hallaron habían pronunciado el nombre de Marescotti antes de morir de una fiebre espantosa, tres días después de recibir el ataúd del santo.

Romanino miró a su abuelo deseando que soltase el sello, pero el anciano estaba absorto, acariciando el águila sin ningún miedo y mascullando un viejo lema familiar: «Fiel por los siglos de los siglos», grabado en letra pequeña en el interior de la alianza.

—Ven aquí, hijo mío —dijo al fin, tendiéndole la mano a Romanino—. Éste era el anillo de tu padre. Ahora es tuyo.

Romanino no sabía qué hacer. Por un lado, quería obedecer a su abuelo pero, por el otro, el anillo le daba miedo, y no estaba seguro de ser su legítimo dueño, aunque hubiese pertenecido a su padre. Cuando el comandante Marescotti lo vio titubear, se enfureció muchísimo y comenzó a tacharlo de cobarde y a exigirle que lo aceptara. Romanino se acercaba ya cuando el anciano se desplomó en la silla, víctima de un ataque, y el anillo cayó al suelo.

Al ver que el anciano había caído presa del maleficio del anillo, el fraile gritó horrorizado y salió de allí, dejando a Romanino solo con su abuelo, suplicándole a su alma que no abandonara el cuerpo hasta recibir el último sacramento.

—¡Fraile! —bramó, sujetándole la cabeza al comandante—. ¡Volved aquí y haced vuestro trabajo, rata asquerosa, o juro que llevaré al diablo a Viterbo y os comeremos vivo!

Cuando oyó la amenaza, el fraile volvió y sacó del bolsón el frasquito de santos óleos que su abad le había dado para el camino. Y así el comandante recibió la extremaunción y se mantuvo muy sereno un rato, mirando a Romanino. Sus últimas palabras antes de morir fueron:

—Alumbra alto, hijo mío.

Con razón, Romanino no sabía qué pensar del condenado anillo.

Obviamente era maligno y había matado a su abuelo, pero también había pertenecido a su padre, Romeo. Al final decidió quedárselo y guardar el cofre donde nadie pudiera encontrarlo, de modo que bajó al sótano y después a los *bottini* para esconderlo en algún rincón oscuro al que nadie fuese jamás. Nunca les habló de él a sus hijos por miedo a que su curiosidad desatara de nuevo sus demonios, pero escribió en papel toda la historia, la selló y la guardó con los demás documentos familiares.

Muy probablemente Romanino no descubriera la verdad sobre el anillo en toda su vida y, durante muchas generaciones, el cofre permaneció oculto en los *bottini*, bajo el palacio, intacto, sin que nadie lo reclamase. Aun así, los Marescotti siempre pensaron que un mal antiguo anidaba de algún modo en la casa y, en 1506, la familia decidió vender el edificio. El cofre con el anillo, como es lógico, se quedó donde estaba.

Cientos de años después, otro anciano Marescotti iba paseando por sus viñedos un día de verano cuando, de pronto, se topó con una niña. Le preguntó en italiano quién era y ella le respondió, también en italiano, que se llamaba Giulietta y tenía casi tres años. Al anciano le sorprendió mucho porque, por lo general, los niños le tenían miedo, pero aquélla le hablaba como si fuesen viejos amigos y, cuando empezaron a caminar, lo cogió de la mano.

Ya en la casa, vio que una joven hermosa tomaba café con su mujer, y había allí otra niña atiborrándose de *biscotti*. Su esposa le explicó que la joven era Diane

Tolomei, la viuda del viejo profesor Tolomei, y que había ido a hacerles algunas preguntas sobre los Marescotti.

El abuelo Marescotti trató muy bien a Diane Tolomei y respondió a todas sus preguntas. Quería saber si era cierto que su familia descendía de Romeo Marescotti a través de Romanino, y él le contestó que sí. También le preguntó si estaba al tanto de que Romeo Marescotti era el Romeo de Shakespeare, y le dijo que también lo sabía. Después le preguntó si sabía que la familia de ella descendía de Julieta, y él respondió que sí, que lo sospechaba, dado que era una Tolomei y había llamado Giulietta a una de sus hijas. Pero, cuando le preguntó si imaginaba el motivo de su visita, le contestó que no tenía ni idea.

Entonces Diane Tolomei le preguntó si el anillo de Romeo se encontraba aún en su poder. El anciano Marescotti le dijo que no sabía de qué le hablaba. Ella le preguntó si no había visto nunca una cajita de madera que en teoría contenía un tesoro maligno o si había oído a sus padres o a sus abuelos hablar de ella. El anciano le respondió que jamás había oído a nadie mencionar esa caja. Diane se mostró algo decepcionada y, cuando él quiso saber de qué iba todo aquello, ella le dijo que quizá era mejor así, que tal vez no convenía que resucitara todas aquellas cosas antiguas.

Como es natural, el abuelo Marescotti repuso que ella le había hecho muchas preguntas y él las había contestado todas, así que ya era hora de que también ella le resolviera algunas dudas. ¿De qué clase de anillo hablaba y por qué suponía que él debía conocerlo?

Lo que Diane Tolomei le contó primero fue el relato de Romanino y el fraile de Viterbo. Le explicó que su marido había estado investigando aquello toda su vida y que había sido él quien había encontrado los expedientes de la familia Marescotti en el archivo de la ciudad y descubierto las notas de Romanino sobre el cofre. Menos mal que Romanino tuvo la prudencia de no ponerse el anillo —añadió—, pues no era él su legítimo dueño y le habría hecho mucho daño.

Antes de que Diane pudiera proseguir con sus explicaciones, el nieto del anciano, Alessandro —o, como lo llamaban ellos, Romeo—, se acercó a la mesa para robar un *biscotto*. Cuando Diane cayó en la cuenta de que era Romeo, se emocionó mucho y dijo:

—Es todo un honor conocerte, jovencito. Mira, quiero presentarte a alguien muy especial. —Se subió al regazo a una de sus hijas y dijo, como si hablara de la octava maravilla del mundo—: Ésta es Giulietta.

Romeo se metió el *biscotto* en el bolsillo.

—Lo dudo mucho —replicó—. Lleva pañales.

—¡No! —protestó Diane Tolomei, bajándole el vestidito a la niña—. Son braguitas. Ella ya es una niña mayor, ¿verdad, Jules?

Romeo empezó a recular con la esperanza de poder escaquearse, pero su abuelo

lo detuvo y le pidió que se fuese a jugar con las dos niñas mientras los adultos tomaban café. Así lo hizo.

Mientras tanto, Diane les habló al anciano Marescotti y a su esposa del anillo de Romeo; les explicó que era el sello del joven y que éste se lo había regalado a Giulietta cuando su amigo, fray Lorenzo, los había casado en secreto. Por esa razón, la legítima heredera del anillo era Giulietta, su hija, e insistió en que debía recuperarlo para poner fin a la maldición de los Tolomei.

Al abuelo Marescotti lo dejó fascinado la historia de Diane, sobre todo porque, aunque obviamente ella no era italiana, parecía apasionarle todo lo acontecido allí en el pasado. Lo sorprendió que aquella norteamericana moderna creyese que pesaba una maldición sobre la familia —una maldición medieval, nada menos—, y que incluso pensara que su marido había muerto como consecuencia de ella. Podía entender que deseara acabar con la maldición para que sus hijas pudieran crecer sin que ésta pendiese sobre sus cabezas. Parecía creer que sus pequeñas se hallaban particularmente expuestas, quizá porque tanto su padre como su madre eran Tolomei.

Como es lógico, el abuelo Marescotti lamentaba no poder ayudar a aquella joven viuda, pero Diane lo interrumpió en cuanto empezó a disculparse.

—Por lo que dice, señor, deduzco que el cofre del anillo sigue allí, oculto en los *bottini*, bajo el palazzo Marescotti, intacto desde que Romanino lo escondió hace más de seiscientos años.

Marescotti no pudo evitar reírse a carcajadas, golpeándose las rodillas.

—¡Todo esto es absurdo! —dijo—. Me cuesta creer que siga allí y, en caso contrario, será porque está tan bien escondido que nadie puede encontrarlo, ni siquiera yo.

Para persuadirlo de que fuese a buscar el anillo, Diane le dijo que, si lograba encontrarlo y se lo daba, ella le entregaría a cambio algo que los Marescotti posiblemente también querían recuperar y que llevaba demasiado tiempo en poder de los Tolomei. Le preguntó si sabía de qué le hablaba, pero él respondió que no.

Entonces, Diane sacó una foto del bolso y la puso en la mesa delante de él. Marescotti se persignó al verla. No era sólo un *cencío* antiquísimo, sino que era el mismo del que tanto había oído hablar a su propio abuelo, un *cencío* que jamás creyó que llegara a ver, o tocar, porque no era posible que aún existiese.

—¿Cuánto hace que tu familia nos oculta esto? —inquirió con voz temblorosa.

—Tanto como su familia nos ha ocultado el anillo, *signore*. Coincidirá conmigo en que es hora de que devolvamos estos tesoros a sus legítimos dueños y pongamos fin al maleficio que nos ha dejado a ambos en tan lamentable estado.

Como era de esperar, al abuelo le ofendió ese último comentario y empezó a proclamar en voz alta todas las bendiciones que lo rodeaban.

—¿Acaso insinúa —le dijo Diane inclinándose sobre la mesa y cogiéndole las

manos— que no hay días en los que siente que lo observa con ojos impacientes una fuerza todopoderosa, un antiguo aliado que espera que haga lo único que de verdad le queda por hacer?

Esas palabras impresionaron a sus anfitriones, que guardaron silencio un momento, hasta que, de pronto, se oyó un gran alboroto en el granero y Romeo se acercó corriendo, cargado con una de sus invitadas, que se revolvía en sus brazos. Giulietta se había cortado con un bieldo, y la abuela de Romeo tuvo que coserle la herida encima de la mesa de la cocina.

Los abuelos no se enfadaron con Romeo por lo sucedido. Era mucho peor: les horrorizaba que su nieto causara dolor y destrucción allá adonde fuera. Tras oír el relato de Diane Tolomei, empezó a angustiarlos que de verdad tuviese las manos malditas, que algún viejo demonio lo poseyera y que, igual que su antepasado, viviese una vida —breve— de violencia y tristeza.

El abuelo Marescotti se sentía tan mal por lo que le había ocurrido a la pequeña que le prometió a Diane que haría cuanto pudiera por encontrar el anillo. Diane se lo agradeció y le dijo que, aunque no lo lograra, ella volvería pronto a llevarle el *cenció* para que al menos Romeo tuviera lo que le pertenecía. Para ella era fundamental que Romeo estuviese allí cuando regresara, porque quería probar algo con él. No dijo el qué, y nadie se atrevió a preguntar.

Acordaron que Diane regresaría a las dos semanas, con lo que Marescotti tendría tiempo de investigar lo del anillo, y se despidieron como amigos. Sin embargo, antes de marcharse, Diane le dijo una última cosa: si tenía suerte y encontraba el anillo, debía tener mucho cuidado, abrir el cofre lo mínimo posible y no tocar el anillo bajo ningún concepto. Aquella joya tenía tras de sí un largo historial de daños, le recordó.

El abuelo Marescotti se alegraba mucho de haber conocido a Diane y a las dos pequeñas y, al día siguiente, bajó a la ciudad dispuesto a recuperar el anillo. Pasó días y días recorriendo los pasadizos subterráneos del palazzo Marescotti en busca del escondite secreto de Romanino. Cuando al fin lo encontró —tuvo que pedir prestado un detector de metales—, entendió por qué nadie se había topado con él antes: el cofre estaba oculto en una grieta de la pared y había quedado enterrado por los restos de arenisca desprendida.

Al sacarlo, recordó lo que le había aconsejado Diane acerca de abrirlo sólo lo imprescindible, pero, tras seis siglos de polvo y gravilla acumulados, la madera estaba seca y quebradiza e incluso sus delicadas manos fueron demasiado para el cofre, que se deshizo como una bola de serrín y, en cuestión de segundos, lo dejó con el anillo en la mano.

Decidió no sucumbir a temores irracionales y, en lugar de guardar el anillo en otro cofre, se lo metió en el bolsillo de los pantalones y regresó a su villa en las afueras de la ciudad. Después de aquel trayecto con el anillo en el bolsillo, tan cerca de sus

entrañas, reparó en que no había ningún otro varón en su familia de nombre Romeo Marescotti; para su frustración, todos habían tenido hijas y más hijas. Sólo quedaba un Romeo, su nieto, y dudaba mucho que aquel niño inquieto se casara alguna vez y tuviera hijos.

Como es lógico, el abuelo Marescotti no reparó entonces en eso; estaba demasiado feliz de haber encontrado el anillo para Diane Tolomei y ansiaba hacerse con el *cencío* de 1340 y enseñarlo por la contrada. Ya había planeado donarlo al museo del Águila, e imaginaba que les traería mucha suerte en el próximo Palio.

No fue así. El día en que Diane debía volver a verlos, el abuelo reunió a toda la familia para celebrar una gran fiesta, y su esposa había estado cocinando durante varios días. Había guardado el anillo en un cofre nuevo y ella le había atado un lazo rojo. Incluso habían llevado a Romeo a la ciudad —aun en vísperas del Palio— a que le cortasen bien el pelo, en vez de hacerlo con el perol de *gnocchi* y unas tijeras. Ya sólo les quedaba esperar.

Y esperaron. Diane no apareció. En otras circunstancias, el abuelo habría enfurecido, pero esa vez tuvo miedo. No habría sabido cómo explicarlo. Se sentía febril y falto de apetito. Esa misma noche se enteró de la noticia. Su primo lo llamó para contarle que había habido un accidente y la viuda del profesor Tolomei y sus pequeñas habían muerto. Eso le impactó. Su esposa y él lloraron por Diane y por las niñas, y esa noche se sentó a escribirle una carta a su hija, que vivía en Roma, para pedirle que lo perdonara y volviera a casa. No le respondió, tampoco volvió a Siena con ellos.

Octava Parte



VIII. I

Oh, dueña soy ya del palacio del Amor y aún no lo poseo.
Vendida fui ya y aún no me gozan.

Cuando Alessandro terminó por fin su historia, estábamos tumbados el uno junto al otro sobre el tomillo silvestre, cogidos de la mano.

—Aún recuerdo el día en que nos contaron lo del accidente —añadió—. Tenía trece años, pero entendí lo terrible que debía de ser. Pensé en la pequeña, tú, que en teoría era Giulietta. Siempre supe que yo era Romeo, claro, pero nunca me había parado mucho a pensar en Giulietta. A partir de entonces empecé a pensar en ella y me di cuenta de lo extraño que resultaba ser Romeo si no había Giulietta en el mundo. Extraño y triste.

—¡Venga ya! —me incorporé sobre un codo, vacilándole con una violeta silvestre—. Seguro que no han faltado mujeres dispuestas a hacerte compañía.

Sonrió y apartó la flor.

—¡Pensaba que habías muerto! ¿Qué iba a hacer?

Suspiré y meneé la cabeza.

—Adiós a la inscripción del anillo de Romeo: «Fiel por los siglos de los siglos».

—¡Eh! —Alessandro rodó conmigo y, mirándome ceñudo desde arriba, protestó—: Romeo le dio el anillo a Giulietta, ¿recuerdas?...

—Sabia decisión.

—Muy bien... —Me miró a los ojos, descontento con el rumbo de la conversación—. Dime, Giulietta de América..., ¿has sido fiel por los siglos de los siglos?

Lo decía medio en broma, pero para mí no lo era. En lugar de contestar, lo miré resuelta y le pregunté sin más:

—¿Por qué te colaste en mi habitación del hotel?

Aunque Alessandro estaba preparado para lo peor, no podría haberlo dejado más helado. Con un gruñido, se tumbó boca arriba y se cubrió la cara con las manos, sin molestarse siquiera en fingir que se trataba de un error.

—*Porca vacca!*

—Supongo que tendrás una buena explicación —dije sin moverme de donde estaba, mirando al cielo con los ojos fruncidos—. Si no lo creyera, no estaría aquí.

Volvió a gruñir.

—La tengo. Pero no te lo puedo contar.

—¿Cómo? —Me incorporé de golpe—. ¿Me desvalijas la habitación y te niegas a decirme por qué?

—¿Qué? ¡No! —Alessandro se incorporó también—. ¡No fui yo! Ya estaba todo manga por hombro... ¡Pensé que tú lo habías dejado así! —Al ver mi gesto, levantó los brazos en señal de rendición—. Mira, es verdad. Esa noche, después de que discutimos y te fuiste del restaurante, me acerqué a tu hotel a..., no sé a qué. Pero, al llegar, te vi descolgarte por el balcón y salir de allí a hurtadillas...

—¡Y qué más! —exclamé—. ¿Por qué demonios iba a hacer eso?

—Vale, tal vez no fueras tú —rectificó, muy incómodo con el tema—, pero era una mujer. Que se parecía a ti. Fue ella la que te desvalijó la habitación. Cuando entré, la puerta del balcón ya estaba abierta y todo estaba revuelto. Confío en que me creas.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿Cómo esperas que te crea si no quieres decirme por qué lo hiciste?

—Lo siento —dijo, alargando la mano para quitarme una ramita de tomillo del pelo—. Ojalá pudiera, pero no soy yo quien tiene que contártelo. Con suerte, pronto te enterarás.

—¿Quién me lo va a contar? ¿O eso también es un secreto?

—Me temo que sí. —Se atrevió a sonreír—. Espero que me creas cuando digo que lo hice con buena intención.

Negué con la cabeza, enfadada conmigo misma por ser tan fácil.

—Debo de estar loca.

Sonrió más.

—¿Es ésa tu forma de decir que sí?

Me levanté y me sacudí enérgicamente la falda, aún algo cabreada.

—No sé por qué te dejo salirte con la tuya...

—Ven aquí... —Me cogió de la mano y tiró de mí para que volviera a sentarme con él—. Ya me conoces. Sabes que nunca te haría daño.

—Te equivocas —dije mirando para otro lado—. Eres Romeo. Tú eres precisamente quien más daño puede hacerme.

Sin embargo, cuando me estrechó en sus brazos, no me resistí. Era como si se derrumbase una barrera dentro de mí —llevaba toda la tarde derrumbándose— y me volviera blanda y acomodadiza, apenas capaz de ver más allá del momento.

—¿De verdad crees en las maldiciones? —le susurré, acurrucada en sus brazos.

—Creo en las bendiciones —repuso con los labios pegados a mi sien—. Creo que por cada maldición hay una bendición.

—¿Sabes dónde está el *cencío*?

Noté que se ponía tenso.

—Ojalá lo supiera. Quiero recuperarlo casi tanto como tú.

Lo miré a los ojos, tratando de averiguar si mentía.

—¿Por qué?

—Porque... —recibió con convincente serenidad mi mirada recelosa— carece de valor sin ti.

Cuando al fin volvimos paseando al coche, nuestras sombras se extendían ante nosotros y el aire tenía cierto aroma nocturno. Justo cuando empezaba a preguntarme si no llegaríamos tarde a la fiesta de Eva María, sonó el móvil de Alessandro, y me dejó guardando las copas y la botella en el maletero mientras él, alejándose del coche, intentaba explicarle a su madrina el misterioso retraso.

Buscando un lugar seguro donde dejar las copas, vi una caja de vinos de madera al fondo del maletero con la etiqueta «castello Salimbeni» impresa en el lateral. Levanté la tapa para ver qué había dentro y descubrí que no eran botellas de vino sino virutas de madera. Sospeché que era allí donde Alessandro había llevado las copas y el prosecco. Para asegurarme de que las copas cabían bien en la caja, metí la mano entre las virutas y hurgué un poco. Al hacerlo, mis dedos toparon con algo duro y, cuando lo saqué, vi que era una caja antigua, del tamaño de una de puros.

De pronto me acordé del día anterior, en los pasadizos subterráneos, cuando Janice y yo habíamos visto a Alessandro sacar un estuche similar de la caja fuerte del muro de toba. Incapaz de resistir la tentación, levanté la tapa del estuche con la temblorosa premura del infractor; jamás habría pensado que ya sabía lo que contenía. Al palparlo con los dedos —el sello dorado acolchado en terciopelo azul—, la realidad pulverizó en segundos mis pensamientos románticos.

Debido a la conmoción de descubrir que íbamos por ahí cargando con un objeto que había matado —directa o indirectamente— a un montón de gente, apenas había conseguido volver a guardarlo todo en la caja de vino cuando Alessandro se plantó a mi lado con el móvil cerrado en la mano.

—¿Qué buscas? —me preguntó con los ojos fruncidos.

—Mi crema solar —dije como si nada, corriendo la cremallera de mi bolso de viaje—. Aquí el sol es... criminal.

De nuevo en ruta, me costó calmarme. No sólo había entrado a robar en mi habitación y me había mentado sobre su nombre, sino que incluso ahora, después de todo lo que había ocurrido entre nosotros —besos, confesiones, secretos familiares... —, seguía sin decirme toda la verdad. Sí, me había contado una parte, y yo había decidido creerlo, pero no iba a ser tan tonta de creer que eso era todo lo que debía saber. Él mismo lo había admitido al negarse a explicarme por qué se había colado en mi habitación. Había puesto algunos ases sobre la mesa, cierto, pero sin duda aún me ocultaba sus mejores cartas. Igual que yo, supongo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó al cabo de un rato—. Estás muy callada.

—¡Estoy perfectamente! —Me limpié una gota de sudor de la nariz y noté que me temblaba la mano—. Tengo calor, eso es todo.

—Te sentirás mucho mejor cuando lleguemos —dijo dándome un apretón en la

rodilla—. Eva María tiene piscina.

—Lógico.

Respiré profundamente. Me noté la mano algo entumecida donde el anillo había rozado la piel y, con disimulo, me limpié los dedos en la ropa. No era de las que se dejan llevar por supersticiones, pero allí las tenía, revoloteándome en el estómago como maíz en una máquina de palomitas. Cerré los ojos y me dije que no era el momento de sucumbir a un ataque de pánico, y que aquella opresión en el pecho no era más que mi cerebro empeñado en aguarme la fiesta, como siempre. Aunque esa vez no se lo permitiría.

—Creo que lo que necesitas... —Redujo la marcha y tomó un caminito de grava—. *Cazzo!*

Una colosal puerta de hierro nos cortaba el paso. A juzgar por su reacción, no era así como Eva María solía recibir a su ahijado, e hizo falta un intercambio diplomático por el interfono para que se abriera la cueva mágica y pudiésemos enfilear el acceso flanqueado por apreses recortados en espiral. Una vez estuvimos a salvo en el interior de la finca, la altísima verja volvió a cerrarse suavemente a nuestra espalda y el chasquido de la cerradura apenas se oyó con el leve crujido de la gravilla y el canto vespertino de los pajarillos.

Eva María Salimbeni vivía en un lugar de ensueño. Su magnífica hacienda —*castello*, más bien— se encontraba en lo alto de un monte a escasa distancia de la villa de Castiglione, rodeada de campos y viñas por todas partes, como las faldas de una doncella sentada en un prado. Era de esos sitios que una sólo encuentra en los típicos libros caros de dimensiones imposibles pero con los que jamás se topa en realidad y, según íbamos acercándonos a la casa, me felicité internamente por haber decidido desoír las advertencias y acudir a la fiesta.

Desde que Janice me había dicho que primo Peppo creía que Eva María era una mafiosa, me había debatido entre la preocupación y la incredulidad más absolutas, pero, desde allí, a la luz del día, la idea me parecía descabellada. Si Eva María manejara los hilos de algo turbio, no habría organizado una fiesta en su casa y habría invitado a una desconocida como yo.

Hasta la amenaza del anillo maldito pareció disiparse cuando el castello Salimbeni se alzó ante nosotros y, al parar junto a la fuente central, cualquier preocupación que aún pudiera atenazarme se ahogó de inmediato en las aguas turquesas que brotaban en cascadas de tres cuernos de la abundancia sostenidos en alto por ninfas desnudas a lomos de grifos de mármol.

Ante una entrada lateral había aparcada una furgoneta de catering de la que dos hombres con delantales de cuero descargaban cajas bajo la atenta supervisión de Eva María. En cuanto vio el coche, se acercó, saludándonos emocionada e instándonos a que aparcáramos rapidito.

—*Benvenuti!* —gorjeó con los brazos abiertos—. ¡Qué bien que hayáis venido los dos!

Como de costumbre, la exuberancia de Eva María me aturdió y me impidió reaccionar con normalidad; lo único que se me pasó por la cabeza fue: «Si pudiera ponerme unos pantalones así a su edad, sería la mujer más feliz del mundo».

Me besó con vehemencia, como si hubiese temido por mi integridad hasta entonces, luego se volvió hacia Alessandro —su sonrisa de pronto recatada— y lo agarró por los bíceps.

—¿Qué travesura has estado haciendo? ¡Te esperaba hace horas!

—Quería enseñarle Rocca di Tentennano a Giuletta —dijo sin sentimiento de culpa.

—¡No! —exclamó, casi abofeteándolo—. ¡Ese espantoso lugar! ¡Pobre Giuletta! —Se volvió hacia mí, compadeciéndome—. Siento que hayas tenido que ver ese horrible edificio. ¿Qué te ha parecido?

—Lo cierto es que me ha parecido bastante... idílico —contesté mirando a Alessandro.

Por alguna razón inexplicable, mi respuesta la complació tanto que me besó la frente; luego nos condujo al interior de la casa.

—¡Por aquí! —Nos llevó por una puerta trasera a la cocina, después rodeamos una mesa gigantesca repleta de comida—. Espero que no te importe, querida, que entremos por aquí... *Marcello! Dio Santo!* —le gritó a uno de los responsables del catering, y luego dijo algo que lo hizo coger una caja que acababa de soltar y colocarla con mucho cuidado en otro sitio—. No puedo dejarlos solos ni un momento, ¡son un desastre, pobre gente! Ah..., *Sandro!*

—Pronto!

—¿Qué haces que no vas a por el equipaje? —le espetó Eva María, impaciente—. ¡Giuletta necesitará sus cosas!

—Pero... —A Alessandro no le hacía mucha gracia dejarme con su madrina, y su gesto de impotencia casi me hizo reír.

—¡Nos apañamos sólititas! —prosiguió ella—. ¡Queremos hablar de cosas de mujeres! ¡Venga! ¡Ve a por el equipaje!

A pesar del caos y del brío con que caminaba Eva María, pude apreciar las dimensiones de la cocina a mi paso por ella. En mi vida había visto pucheros y sartenes tan grandes, tampoco una chimenea del tamaño de un cuarto universitario; era la clase de cocina rústica con la que muchos dicen soñar pero que —si algún día la tuvieran— no sabrían cómo usar.

Desde la cocina salimos a un espléndido vestíbulo, sin duda la entrada oficial al castillo Salimbeni. Era un espacio cuadrado y ostentoso, con un techo de unos quince metros de altura y una arcada en la primera planta que rodeaba todo su perímetro, del

estilo de la biblioteca del Congreso en Washington, donde tía Rose nos había llevado una vez a Janice y a mí —con fines educativos y para no tener que cocinar— mientras Umberto disfrutaba de sus vacaciones anuales.

—¡Aquí es donde haremos la fiesta esta noche! —dijo Eva María con una breve pausa para asegurarse de que me sobrecogía.

—Es... impresionante —fue cuanto pude observar; las palabras escapándoseme bajo el altísimo techo.

Las habitaciones de invitados estaban arriba, lejos de aquel pórtico. Mi anfitriona, además, había tenido el detalle de asignarme una con balcón y vistas: de la piscina, de un huerto y, más allá del huerto, de Val d'Orcia bañado de oro. Un pedacito del Edén.

—¿No hay manzanos? —bromeé, asomándome al balcón y admirando la enredadera que trepaba por el muro—. ¿Ni serpientes?

—En mi vida he visto una serpiente aquí —me contestó Eva María muy seria—. Y paseo por el huerto todas las noches. Pero, si me encontrara una, la aplastaría con una piedra, tal que así. —Me hizo una demostración.

—Sí, pasaría a mejor vida —dije.

—De todas formas, si tienes miedo, Sandro está ahí mismo... —señaló las puertas francesas que había junto a las mías—. Compartís ese balcón. —Me dio un codazo cómplice—. He querido ponérselo fácil.

Algo anonadada, la seguí al interior de mi habitación. La dominaba una espléndida cama con dosel hecha con ropa blanca. Al reparar en mi estupefacción, Eva María meneó las cejas como lo habría hecho Janice.

—Bonita cama, ¿eh? ¡Colosal!

—Verá... —dije con las mejillas encendidas— no quiero que se haga usted una idea equivocada sobre mí y... su ahijado.

Me lanzó una mirada muy parecida a una de decepción.

—¿No?

—No. No soy de esa clase de personas. —Al ver que mi castidad no lograba impresionarla, añadí—: Sólo hace una semana que lo conozco. Más o menos.

Eva María sonrió al fin y me dio una palmadita en la mejilla.

—Eres una buena chica. Me gusta. Ven, que te voy a enseñar el baño...

Cuando por fin me dejó sola —después de comunicarme que había un biquini de mi talla en el cajón de la mesilla y un quimono en el armario—, me tiré en la cama con los brazos en cruz. Había algo muy relajante en la espléndida hospitalidad de aquella mujer; si hubiera querido, podría haberme quedado allí el resto de mi vida, viviendo las estaciones de postal del calendario de la Toscana, siempre vestida para cada ocasión. Aun así, todo aquello me resultaba preocupante; de hecho, tenía la sensación de que aún me quedaba por descubrir algo terrible sobre Eva María —no lo de la mafia, otra cosa—, y no ayudaba nada que las pistas que necesitaba se hallaran

suspendidas en el aire, como globos atrapados por un techo altísimo. Claro que tampoco ayudaba mi falta de perspectiva, la media botella de prosecco que me había bebido con el estómago vacío y que yo también flotara en el séptimo cielo como consecuencia de mi tarde con Alessandro.

Cuando empezaba a quedarme adormilada, oí un fuerte chapuzón procedente de fuera y, al poco, una voz que me llamaba. Me levanté de la cama sin muchas ganas y, al salir al mirador, vi a Alessandro saludándome desde la piscina, muy juguetón.

—¿Qué haces ahí arriba? —me chilló—. ¡El agua está buenísima!

—¿Y a ti qué diablos te ocurre con el agua? —le repliqué.

Se mostró perplejo, aunque eso sólo potenció su encanto.

—¿Qué tiene de malo el agua?

Cuando me reuní con él junto a la piscina, envuelta en el quimono de Eva María, Alessandro soltó una carcajada.

—¿No tenías calor? —dijo, sentándose al borde con los pies en el agua para disfrutar de los últimos rayos de sol.

—Tenía —respondí mientras jugaba con el cinto del quimono, algo incómoda—, pero ya me encuentro mejor. Tampoco soy buena nadadora, la verdad.

—No tienes que nadar —repuso—. La piscina no es muy profunda. Además... —me miró de arriba abajo— yo estoy aquí para protegerte.

Miré a todas partes menos a él. Llevaba uno de esos bañadores minúsculos europeos, pero eso era lo único minúsculo en él. Allí sentado, a la luz del atardecer, parecía de bronce; su cuerpo casi relumbraba y —no cabía duda— lo había esculpido alguien perfectamente familiarizado con las proporciones ideales del físico humano.

—¡Anda, ven! —dijo volviendo a sumergirse en el agua como si fuese su elemento—. Te va a encantar, ya verás.

—No bromeo —dije, sin moverme de donde estaba—. No soy muy de agua.

Sin crearme del todo, nadó hasta mí y apoyó los brazos en el borde de la piscina.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Que te disuelves?

—Tiendo a ahogarme —contesté, quizá más áspera de lo preciso—, y me entra el pánico. En el orden inverso. —Al ver que no me creía, suspiré profundamente y proseguí—: Cuando tenía diez años, mi hermana me empujó desde un muelle para impresionar a sus amigos. Me di un fuerte golpe en la cabeza con una amarra y estuve a punto de ahogarme. Desde entonces no puedo estar tranquila donde no haga pie. Hala, ya lo sabes: Giulietta es una cagueta.

—Vaya con tu hermanita... —dijo Alessandro meneando la cabeza.

—En realidad, tenía motivos —me expliqué—. Yo intenté tirarla a ella primero.

—Así que te dio tu merecido —rio—. Venga. Estás demasiado lejos. Siéntate aquí —dijo dando unas palmaditas en las baldosas grises.

Me desprendí por fin del quimono, dejando a la vista el biquini minúsculo de Eva

María, y me senté a su lado con los pies en el agua.

—¡Ah, la piedra quema!

—¡Pues ven aquí! —me instó—. Abrázate a mi cuello. Yo te cojo.

Negué con la cabeza.

—No. Lo siento.

—Anda, ven. No podemos seguir así, tú ahí arriba y yo aquí abajo. —Alargó los brazos y me agarró por la cintura—. ¿Cómo voy a enseñar a nadar a nuestros hijos si ven que tú le tienes miedo al agua?

—¡Vaya, eres una joyita! —bromeé apoyándome en sus hombros—. ¡Cómo me ahogue, te denuncio!

—Di que sí, denúnciame —dijo levantándome del borde y sumergiéndome en el agua—; tú no te culpes de nada.

Por suerte, ese comentario me fastidió tanto que no le presté mucha atención al agua. Antes de darme cuenta, me había metido hasta el pecho, con las piernas enroscadas en su cintura desnuda. Y me sentía de maravilla.

—¿Ves? —sonrió triunfante—. No está tan mal como pensabas, ¿no?

Miré el agua y vi mi reflejo distorsionado.

—¡Ni se te ocurra soltarme!

Se agarró bien a la braguita del biquini de Eva María.

—No pienso soltarte jamás. Te tengo atrapada en esta piscina, para siempre.

A medida que mi temor al agua fue remitiendo, empecé a apreciar el tacto de su cuerpo contra el mío y, a juzgar por su mirada —entre otras cosas—, el sentimiento era mutuo.

—«Aunque tiene... hermoso el rostro, mejor que el de muchos hombres..., y un muslo..., ¡qué muslo! ¡Excede al de cualquiera! ¡Y qué mano, y qué pie!, ¡y qué cuerpo!... Ocioso es hablar de esto... ¡Exceden a toda comparación! No diría que él sea la flor de la cortesía pero, lo garantizo, es tierno como un cordero» —dijo.

Alessandro sin duda se esforzaba por ignorar la obra de ingeniería de la parte superior de mi biquini.

—¿Ves?, en eso Shakespeare tiene razón sobre Romeo..., para variar.

—¿En qué?... ¿En que no eres la flor de la cortesía?

Me estrujó un poco más.

—Pero soy tierno como un cordero.

Le puse una mano en el pecho.

—Más bien un lobo con piel de cordero.

—Los lobos son animales muy mansos —replicó, bajándome hasta que nuestros rostros quedaron a escasos centímetros de distancia.

Cuando me besó, me dio igual quién nos mirara. Lo estaba deseando desde nuestra visita a Rocca di Tentennano, y también yo lo besé sin reservas. Sólo al notar

que ponía a prueba la flexibilidad del biquini de Eva María, exclamé:

—¿Qué ha sido de Colón y su exploración de la costa?

—Colón no te conoció a ti —repuso apoyándome en un lado de la piscina y cerrándome la boca con otro beso.

Habría seguido hablando y muy posiblemente yo le habría respondido bien si no nos hubiera interrumpido una voz que nos llamaba desde un balcón.

—¡Sandro! —chilló Eva María haciéndole una seña—. ¡Necesito que vengas, en seguida!

Aunque Eva María se retiró de inmediato, su repentina aparición nos hizo dar un respingo y, sin pensarlo, me solté de Alessandro y estuve a punto de hundirme. Menos mal que él no me soltó a mí.

—¡Gracias! —dije jadeando y colgándome de él—. Parece que tus manos no están malditas después de todo.

—¿Ves? Ya te lo dije. —Me apartó con la mano unos mechones de pelo que tenía pegados a la cara como espaguetis húmedos—. Para cada maldición existe una bendición.

Lo miré a los ojos y me asustó su repentina seriedad.

—Bueno, en mi opinión... —le acaricié la mejilla—, las maldiciones sólo funcionan si crees en ellas.

Cuando volví a mi cuarto, me senté en el suelo y me eché a reír. Acababa de hacer una de esas cosas que Janice hacía —darse el lote en una piscina—, y estaba deseando contárselo todo. Aunque tal vez no le haría mucha gracia saber que me había dejado meter mano por Alessandro, ignorando por completo sus advertencias. En cierta medida, me encantaba verla tan celosa de él, si era eso lo que le sucedía. No me lo había dicho claramente, pero sabía que la había decepcionado mucho que no hubiese querido acompañarla a Montepulciano en busca de la casa de mamá.

Sólo entonces, sintiéndome algo culpable por mi frívolo ensueño, percibí un olor a humo —¿incienso?— que ignoraba si había presidido mi cuarto desde antes. Con el quimono mojado, salí al balcón a tomar una bocanada de aire fresco y vi ocultarse el sol tras las montañas lejanas en una fiesta de oro y sangre y, a mi alrededor, el cielo se tintó de azules oscuros. Al caer el día, el aire traía consigo un toque de rocío cargado con una promesa, la de todos los olores, las pasiones y los escalofríos fantasmales de la noche.

Al volver adentro, encendí una lámpara y vi que me habían dejado un vestido sobre la cama, con una nota manuscrita que rezaba: «Póntelo para la fiesta». Lo cogí y lo examiné, alucinada; Eva María no sólo volvía a elegirme el modelito sino que además esta vez quería abochornarme. Se trataba de una prenda hasta los pies, de terciopelo carmesí, escote recto y mangas acampanadas; Janice lo habría considerado el último grito entre los muertos vivientes y lo habría desechado en seguida con una

risa socarrona. Me vi tentada de hacer lo mismo.

Sin embargo, cuando saqué el mío y los comparé, pensé que, quizá, si bajaba a cenar enfundada en aquel vestidito negro esa noche precisamente cometería el mayor error de mi vida. A pesar de los escotazos de Eva María y sus comentarios subidos de tono, era muy posible que sus invitados fueran un puñado de mojigatos que, por mis tirantitos, me tildaran de buscona.

Una vez obedientemente ataviada con el atuendo medieval de Eva María y el pelo recogido en un moño pretendidamente festivo, me quedé un instante a la puerta, escuchando llegar a los invitados. Oí risas y música y, entre el descorche de botellas, a mi anfitriona saludando no sólo a amigos y familiares queridos, sino también a miembros del clero y la nobleza. Poco convencida de contar con agallas para sumergirme yo sola en la jarana, recorrí de puntillas el pasillo y llamé con disimulo a la puerta de Alessandro. Pero no estaba allí. Cuando me disponía a agarrar el pomo de la puerta, alguien me puso una zarpa en el hombro.

—¡Giulietta! —Eva María tenía una forma de aparecérseme que me desconcertaba—. ¿Ya estás lista para bajar?

Me volví con un respingo, avergonzada de que me sorprendiese allí, a punto de colarme en el cuarto de su ahijado.

—¡Buscaba a Alessandro! —espeté espantada de encontrármela a mi espalda, más alta de lo que la recordaba, con una tiara de oro en la cabeza y una cantidad excesiva de maquillaje, incluso para ella.

—Ha tenido que ir a hacer un recado —dijo quitándole importancia—. Volverá. Ven...

Mientras avanzábamos juntas por el pórtico, me fue imposible no fijarme en su vestido. Si había barajado la idea de que mi atuendo me hacía parecer la heroína de una obra de teatro, al mirarla supe que, como mucho, me tocaba un papel secundario. Vestida de tafetán dorado, brillaba más que cualquier sol y, cuando bajó parsimoniosa la escalera, con la mano firmemente anclada a mi hombro, los invitados reunidos abajo no pudieron ignorarla.

Al menos había un centenar de personas en el salón, y todas contemplaron maravilladas el espléndido descenso de su anfitriona, que me escoltaba hasta ellos con la delicadeza de una hada esparciendo pétalos de rosa ante la realeza de los bosques. Sin duda había previsto ese efecto con antelación, porque sólo las velas altas de las lámparas de araña y los candelabros iluminaban la estancia, y ese tintineo daba tanta vida a su vestido que parecía tener luz propia. Por un momento, no oí más que música; no los temas de siempre sino la interpretación en directo de un grupo de músicos medievales apostados al fondo del salón.

Mientras observaba a la muda multitud, me alivió haberme decidido por el vestido de terciopelo rojo en lugar del mío. Calificar de puñado de gazmoños a los

invitados de Eva María esa noche habría sido un eufemismo colosal; afirmar que eran de otro mundo habría resultado más acertado. A simple vista, no había allí nadie de menos de setenta; en realidad, eran casi todos octogenarios. Una persona caritativa los habría considerado abuelitos que sólo iban de fiesta cada veinte años y no habían abierto una revista de moda desde la segunda guerra mundial; yo había convivido demasiado con Janice para ser tan generosa. De haber visto lo que yo, mi hermana habría puesto cara de espanto y se habría pasado la lengua por los colmillos, provocativa. Por fortuna, si eran vampiros, parecían tan frágiles que probablemente jamás me dieran alcance.

Cuando llegamos al final de la escalera, un enjambre de ellos se acercó a mí, hablándome en un rapidísimo italiano y tocándome con sus dedos exangües para confirmar que era de verdad. Su asombro de verme parecía indicar que —a su juicio— era yo la que había salido de la tumba para la ocasión.

Al verme confundida e incómoda, Eva María no tardó en despacharlos y al final nos quedamos con las dos mujeres que sí tenían algo que decirme.

—Ella es la señora Teresa y ella es la señora Chiara —me explicó Eva María—. Teresa descende de Giannozza Tolomei, como tú; Chiara, de la señora Mina de los Salimbeni. Están emocionadas de tenerte aquí, porque te creían muerta hace tiempo. Saben mucho del pasado, y de la mujer cuyo nombre has heredado, Giulietta Tolomei.

Miré a las dos ancianas. No me extrañaba nada que lo supieran todo de mis antepasados y de los sucesos de 1340, pues muy bien podrían haber huido de la Edad Media en un coche de caballos para asistir a la fiesta. Ambas parecían sostenerse sólo por los corsés y las gorgueras de encaje. Una de ellas no paraba de sonreír tímida tras un abanico negro; en cambio, la otra, con un moño que yo no había visto más que en pinturas antiguas, del que sobresalía una pluma de pavo real, me observaba con cierta reserva. Entre aquellos personajes obsoletos, Eva María resultaba decididamente juvenil, y me alegró que no se moviera de mi lado, impaciente por traducirme en seguida todo lo que me dijeran.

—La señora Teresa —dijo refiriéndose a la del abanico— quiere saber si tienes una gemela llamada Giannozza. Que las gemelas se llamen Giulietta y Giannozza es una tradición familiar centenaria.

—Lo cierto es que sí —asentí—. Ojalá estuviera aquí esta noche. Todo esto le... —repasé con la mirada la sala iluminada por las velas y a toda aquella gente rara y contuve una sonrisa— le habría encantado.

La noticia de que éramos dos rompió el rostro arrugado de la anciana en una efusiva sonrisa, y me hizo prometer que la próxima vez que fuéramos de visita me llevaría conmigo a mi hermana.

—Pero, si esos nombres son una tradición familiar —dije—, ¡debe de haber

cientos, miles de Giuliettas Tolomei por el mundo aparte de mí!

—¡No, no! —exclamó Eva María—. Recuerda que es una tradición de la rama materna y la mujer toma el apellido de su marido al casarse. Que la señora Teresa sepa, en todos estos años no se ha bautizado a ninguna otra Giulietta o Giannoza Tolomei. Pero tu madre era muy terca... —Eva María meneó la cabeza con medida admiración—. Ansiaba llevar ese apellido, así que se casó con el profesor Tolomei. Y, mira tú por dónde, ¡tuvo gemelas! —Buscó la confirmación de Teresa—. Que sepamos, eres la única Giulietta Tolomei del mundo. Eso te hace muy especial.

Me miraron expectantes, y me esforcé por parecer agradecida e interesada. Me encantaba averiguar más cosas de mi familia y conocer a parientes lejanos, claro está, pero no era el momento. Hay noches en que una es feliz departiendo con ancianitas adornadas de encajes y otras en que preferiría hacer algo distinto. Ese día, la verdad, habría preferido estar a solas con Alessandro —¿dónde demonios se había metido?— y, aunque habría pasado horas sumergida en los trágicos sucesos de 1340, las tradiciones familiares no eran lo que más me apetecía explorar esa noche.

Entonces fue Chiara quien me agarró del brazo para hablarme del pasado —con voz clara y frágil como el papel de seda—, y me acerqué cuanto pude para oírla bien sin comerme la pluma.

—La señora Chiara te invita a su casa —tradujo Eva María— para que veas su archivo de documentos familiares. Su antepasada, la señora Mina, fue la primera mujer que intentó esclarecer la historia de Giulietta, Romeo y fray Lorenzo. Ella encontró la mayoría de los viejos papeles: halló la documentación del juicio contra fray Lorenzo, y la confesión de éste, en un archivo oculto en una vieja cámara de tortura del palazzo Salimbeni y las cartas de Giulietta a Giannoza, escondidas en sitios distintos. Algunas estaban bajo el suelo del palazzo Tolomei, otras en el palazzo Salimbeni, e incluso una, la última de todas, en Rocca di Tentennano.

—Me encantaría tener esas cartas —dije, muy en serio—. He visto algunos fragmentos, pero...

—Cuando la señora Mina las encontró —me cortó Eva María a instancias de la señora Chiara, cuyos ojos, a la luz de las velas, se veían encendidos aunque distantes—, viajó muy lejos para llevárselas, al fin, a Giannoza, la hermana de Giulietta. Cuando esto sucedió, hacia 1372, Giannoza vivía feliz con su segundo marido, Mariotto, y era abuela. Imagina su sorpresa al saber que su hermana le había escrito hacía tantos años, antes de quitarse la vida. Las dos mujeres, Mina y Giannoza, hablaron de todo lo ocurrido, y juraron hacer lo posible por mantener viva aquella historia en futuras generaciones.

Eva María hizo una pausa y, sonriente, abrazó con cariño a las dos mujeres, que rieron como niñas agradecidas.

—Por eso nos hemos reunido aquí esta noche: para recordar lo ocurrido y

procurar que no vuelva a suceder —dijo mirándome de forma significativa—. La señora Mina fue la primera, hace seiscientos años. Mientras vivió, todos los años, el día de la noche de bodas, bajó al sótano del palazzo Salimbeni a encenderle velas a fray Lorenzo en la horrible celda. Cuando sus hijas fueron lo bastante mayores, empezó a llevarlas allí consigo para que aprendieran a respetar el pasado y continuaran la tradición tras su muerte. Así, durante muchas generaciones, las mujeres de ambas familias mantuvieron viva esa costumbre. Sin embargo, hoy, esos hechos quedan muy lejos y, claro —me guiñó el ojo, revelando una pizca de su yo habitual—, a los grandes bancos modernos no les gustan las procesiones nocturnas de mujeres en camisión por sus cámaras de seguridad. Pregúntale a Sandro. Ahora nos reunimos aquí, en el castello Salimbeni, y encendemos las velas arriba, en vez de en el sótano. Somos personas civilizadas, y ya no tan jóvenes. Por eso, *carissima*, nos alegra tenerte con nosotras esta noche, la noche de bodas de Mina, y te damos la bienvenida a nuestro grupo.

Estando junto al bufet, noté por primera vez que algo me sucedía. Al querer agenciarme uno de los muslos de un pato asado exquisitamente dispuesto en una bandeja de plata, una ola de irresistible abandono barrió la orilla de mi conciencia meciéndome con suavidad. Fue algo leve, pero la cuchara se me cayó de la mano, y los músculos dejaron de responderme de pronto.

Tras respirar profundamente un par de veces, pude levantar la vista y enfocar lo que me rodeaba. El espectacular bufet de Eva María se hallaba en la terraza, a la puerta del gran salón, bajo la luna, y allí fuera las altas antorchas desafiaban la oscuridad con semicírculos concéntricos de fuego. A mi espalda, las decenas de ventanas iluminadas y los focos externos hacían fulgurar la casa, como un faro empeñado en mantener a raya la noche, último reducto del orgullo de los Salimbeni, y, o mucho me equivocaba, o las leyes del mundo no regían allí.

Cogí de nuevo la cuchara de servir y procuré desprenderme de aquel repentino mareo. Sólo me había tomado una copa de vino —que me había servido Eva María, interesada en saber mi opinión sobre su nuevo sangiovese—, pero había tirado la mitad a un tiesto por no desmerecer su aptitud para la producción vinícola no terminándomela. Dicho esto, y teniendo en cuenta todo lo que había sucedido ese día, no era de extrañar que me sintiera algo trastornada.

Entonces vi a Alessandro. Salía del jardín en penumbra y, apostado entre dos antorchas, me miraba fijamente; aunque me alivió y me emocionó volver a verlo, en seguida noté que pasaba algo malo. No me pareció enfadado, sino más bien preocupado, con cierto aire de condolencia, como si llamase a mi puerta para informarme de un terrible accidente.

Preso de una corazonada, dejé el plato y me dirigí a él.

—«Cada instante —dije forzando una sonrisa—, pues los minutos se me antojan

días. ¡Qué vieja voy a ser, si mido el tiempo así, cuando vuelva a ver a Romeo!».— Me detuve delante de él e intenté leerle el pensamiento, pero su rostro entonces, como cuando lo había conocido, parecía completamente falto de emoción.

—Shakespeare, Shakespeare... —replicó despreciando mi poesía—, ¿por qué siempre tiene que interponerse entre nosotros?

Me atreví a alargar la mano.

—Es nuestro amigo.

—¿Ah, sí? —Me cogió la mano y me la besó, luego le dio la vuelta y me besó la muñeca sin dejar de mirarme—. ¿En serio? Dime, ¿qué nos haría hacer en este momento? —Al ver la respuesta en mis ojos, asintió despacio con la cabeza—. ¿Y después?

Tardé en entender a qué se refería. Tras el amor, venía la separación, y tras la separación, la muerte..., según mi amigo, el señor Shakespeare. Pero, antes de que pudiera recordarle que estábamos a punto de escribir nuestro propio final feliz —¿no? —Eva María se nos acercó grácil y extraordinaria, como un cisne dorado, con aquel vestido que refulgía a la luz de las antorchas.

—¡Sandro! ¡Giulietta! *Grazie a Dio!* —Nos hizo una seña para que la siguiéramos—. ¡Venid! ¡En seguida!

No nos quedaba otra más que obedecer, así que entramos en la casa tras la estela difusa de Eva María, sin molestarnos en preguntarle qué podía ser tan urgente. O quizá Alessandro ya sabía adonde nos dirigíamos y por qué; a juzgar por el brillo de sus ojos, nos encontrábamos de nuevo a merced del Bardo, o de la caprichosa fortuna, o de quien gobernase nuestros destinos esa noche.

De vuelta al gran salón, Eva María nos condujo fuera de la estancia por entre la multitud, por un pasillo a un comedor más pequeño y formal, increíblemente oscuro y silencioso, teniendo en cuenta la fiesta que se estaba celebrando a un paso de allí. Sólo entonces, al cruzar el umbral, se detuvo un instante y se volvió —con los ojos muy abiertos de emoción— para comprobar que la seguíamos y guardábamos silencio.

A primera vista la sala me pareció vacía, pero el teatro de Eva María me hizo mirar mejor. Entonces los vi. A ambos extremos de la larga mesa había sendos candelabros con velas y en cada una de las doce sillas altas de comedor se sentaba un hombre, ataviado con el atuendo monocromo de los clérigos. A un lado, oculto entre las sombras, de pie, había un joven con hábito de monje que movía discretamente un incensario.

Al verlos, se me aceleró el pulso y recordé de pronto la advertencia de Janice. Eva María, me había dicho con exagerado sensacionalismo tras su conversación con Peppo, era, al parecer, una mañosa enredada en actividades turbias, y allí, en su castillo, se reunía una sociedad secreta que practicaba sangrientos sacrificios para

convocar a los espíritus de los muertos.

Atontada como estaba, habría salido de allí pitando si Alessandro no me hubiese pasado un posesivo brazo por la cintura.

—Estos hombres —me susurró Eva María con voz algo trémula—, son los miembros de la Hermandad de Lorenzo. Han venido desde Viterbo para conocerte.

—¿A mí? —Los miré muy seria—. Pero ¿por qué?

—¡Chis! —me dijo escoltándome muy solemne hasta la cabecera de la mesa para presentarme al monje de mayor edad, hundido en una especie de trono en la presidencia.

—No habla tu idioma, así que yo te traduzco. —Le hizo una reverencia al monje, que tenía los ojos clavados en mí o, mejor dicho, en el crucifijo que llevaba colgado del cuello—. Giulietta, éste es un momento muy especial. Me gustaría presentarte a fray Lorenzo.

VIII. II

¡Oh, feliz, bendita noche! Sólo temo que todo sea esta noche un sueño sólo,
demasiado dulce para ser verdad.

—Giulietta Tolomei! —El anciano monje se levantó de la silla, me enmarcó el rostro con las manos y me miró intensamente a los ojos. Sólo entonces tocó el crucifijo que yo llevaba colgado del cuello, no con recelo, sino con reverencia. Cuando hubo tenido suficiente, se inclinó para besarme la frente con sus labios secos como la mojama.

—Fray Lorenzo —me explicó Eva María— es el líder de la Hermandad de Lorenzo. Siempre adopta el nombre de Lorenzo en recuerdo del amigo de tu antepasada. Es un gran honor que estos hombres hayan accedido a estar aquí esta noche para entregarte algo que te pertenece. ¡Los monjes de esta comunidad llevan siglos esperando este momento!

Cuando Eva María dejó de hablar, fray Lorenzo les hizo una seña a los demás monjes para que se levantaran también, y éstos lo hicieron sin rechistar. Uno de ellos, inclinándose, cogió una cajita del centro de la mesa de comedor y, con gran ceremonia, fueron pasándosela uno a otro hasta llegar a fray Lorenzo.

En cuanto asocié la cajita con la que había visto antes en el maletero de Alessandro, reulé, pero, al notar que me movía, Eva María me clavó los dedos en el hombro para inmovilizarme. Fray Lorenzo se embarcó entonces en una extensa explicación en italiano, que ella tradujo palabra por palabra con entrecortada celeridad.

—Éste es un tesoro que la Virgen ha guardado durante muchos siglos y que sólo tú debes llevar. Pasó años enterrado bajo el suelo de la celda del verdadero fray Lorenzo, pero, cuando se trasladó su cuerpo del palazzo Salimbeni a suelo sacro en Viterbo, los monjes lo hallaron entre sus restos. Se cree que lo ocultó en alguna parte de su cuerpo para que no cayera en manos equivocadas. Después estuvo desaparecido muchísimos años, pero al fin podemos volver a bendecirlo.

Fray Lorenzo abrió entonces el estuche y dejó al descubierto el sello de Romeo, alojado en el interior de regio terciopelo azul, y todos —incluso yo— nos inclinamos para verlo.

—*Dio!* —susurró Eva María, admirando la maravilla—. Es el anillo de boda de Giulietta. Y un milagro que fray Lorenzo lograra salvarlo.

Miré de reojo a Alessandro, esperando detectar en él al menos una pizca de culpabilidad por pasear el condenado anillo en el maletero todo el día y contarme

sólo la mitad de la historia, pero su gesto era de absoluta serenidad; o no se sentía culpable o lo disimulaba de maravilla. Entretanto, fray Lorenzo impartió una elaborada bendición sobre el anillo, lo sacó de su estuche con manos temblorosas y se lo entregó a Alessandro, no a mí.

—Romeo Marescotti..., per favore.

Alessandro titubeó y, al alzar la vista, vi que intercambiaba una mirada con Eva María, una mirada oscura, grave, que marcaba un punto sin retorno simbólico entre los dos y me asía después el corazón como el carnicero ase su presa antes de asestarle el último golpe.

Fue entonces —quizá comprensiblemente— cuando una nueva ola de abandono me nubló la visión y me meció un instante al tiempo que la sala daba vueltas sin llegar a detenerse del todo. Me agarré del brazo de Alessandro y pestañeeé unas cuantas veces, empeñada en recuperarme; para mi asombro, ni él ni su madrina permitieron que mi indisposición estropeará ese momento.

—En la Edad Media, todo era muy sencillo —proclamó, traduciendo a fray Lorenzo—. El novio decía: «Te entrego este anillo», y ya estaba. Eso era el casamiento. —Me cogió la mano y me calzó el anillo en el dedo—. Sin diamantes. Sólo el águila.

Tuvieron suerte de que yo estuviera demasiado grogui para pronunciarme sobre el hecho de que me calzaran, sin mi consentimiento, un anillo maldito rescatado del féretro de un muerto. Algún elemento extraño —el vino no, otra cosa— me manoseaba el entendimiento y enterraba bajo una avalancha de ebrio fatalismo mis facultades de raciocinio. Y allí estaba yo, de pie, mansa como una vaca, mientras fray Lorenzo elevaba al cielo una oración y pedía que le pasaran otro objeto de la mesa.

Era la daga de Romeo.

—Esta daga está contaminada —susurró Alessandro—, pero fray Lorenzo se encargará de ella y de que ya no haga más daño...

Aun presa del aturdimiento, pensé: «¡Qué detalle! ¡Y qué detalle por tu parte entregarle a ese tío una reliquia de familia que mis padres me legaron a mí!». Pero no dije nada.

—¡Chist! —A Eva María le daba igual que yo no entendiese de qué iba aquello—. ¡Vuestra mano derecha!

Alessandro y yo nos quedamos de piedra al verla alargar la mano derecha y ponerla encima de la daga que fray Lorenzo nos tendía.

—¡Venga! —me instó—. Pon tu mano encima de la mía.

Y eso hice. Puse la mano encima de la suya como si de algún juego infantil se tratara; después, Alessandro cubrió la mía con la suya. Para cerrar el círculo, fray Lorenzo puso la mano que le quedaba libre encima de la de Alessandro al tiempo que mascullaba una plegaria con tintes de oscura invocación.

—Esta daga ya no dañará a un Salimbeni, un Tolomei o un Marescotti —susurró Alessandro, ignorando la mirada furiosa de Eva María—. El círculo de violencia se ha cerrado. Ya no podremos lastimarnos con ninguna arma. Al fin ha llegado la paz, y esta daga debe volver al lugar del que provino, a los entresijos de la tierra.

Cuando fray Lorenzo hubo concluido su oración, metió la daga con muchísimo cuidado en un estuche metálico oblongo con cierre, y sólo después de entregárselo a uno de sus hermanos, nos miró al fin y sonrió, como si ése fuese un encuentro de lo más corriente y no acabáramos de participar en un rito nupcial medieval y en un exorcismo.

—Y ahora, una última cosa —dijo Eva María, no menos exaltada que él—: una carta... —Esperó a que fray Lorenzo se sacara del bolsillo del hábito un pequeño rollo de pergamino amarillento. Si de verdad era una carta, era muy antigua y jamás se había abierto, porque aún llevaba el lacre rojo—. Esto —explicó Eva María— es una carta que Giannozza le envió a su hermana Giulietta en 1340, cuando aún vivía en el palazzo Tolomei. Fray Lorenzo no llegó a entregársela, por todo lo que ocurrió durante el Palio. Los hermanos lorenzanos la encontraron hace muy poco, en los archivos del monasterio al que Lorenzo llevó a Romeo para curarlo tras salvarle la vida. Ahora te pertenece.

—Ah, gracias —dije viendo cómo fray Lorenzo volvía a guardarse la carta en el bolsillo.

—Y ahora... —Eva María chascó los dedos y en un santiamén se plantó a nuestro lado un camarero con una bandeja de antiguas copas de vino—. *Prego...* —Eva María le pasó la copa mayor a fray Lorenzo, después nos sirvió a los demás y alzó la suya en un brindis ceremonial—. Ah, Giulietta..., dice fray Lorenzo que cuando hayas..., cuando todo esto termine, tendrás que viajar a Viterbo para devolver el crucifijo a su dueño. A cambio, te dará la carta de Giannozza.

—¿Qué crucifijo? —pregunté, consciente de que arrastraba las palabras.

—Ése... —señaló el crucifijo que llevaba colgado del cuello—. Era de fray Lorenzo. Quiere recuperarlo.

Aunque el vino sabía a polvo y a abrillantador de metales, bebí con avidez. Nada desata la sed como la presencia de unos monjes fantasmales envueltos en capas bordadas. Eso por no hablar de mis mareos recurrentes y del anillo de Romeo, que llevaba anclado —por completo— a mi dedo. Claro que al menos ya tenía algo que de verdad me pertenecía. En cuanto a la daga —encerrada en su estuche metálico y lista para volver al crisol—, más me valía admitir que, en realidad, nunca había sido mía.

—Bien... —dijo Eva María, dejando su copa—, es la hora de nuestra procesión.

De pequeña, mientras lo veía trabajar, acurrucada en el banco de la cocina, alguna vez Umberto me había hablado de las procesiones religiosas de la Italia medieval. Me

había contado que los curas paseaban por las calles reliquias de santos muertos, antorchas, palmas y figuras sagradas alzadas en postes. Alguna vez había rematado su relato diciendo: «Y aún hoy se hace», pero yo siempre lo había entendido como el «por siempre jamás» de los cuentos, como una forma de hablar solamente.

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que algún día tomaría parte en mi propia procesión, menos aún que ésta se celebraría, al parecer, en mi honor, ni que llevaría a doce austeros monjes y una pequeña urna de cristal con una reliquia por toda la casa —incluido mi dormitorio—, seguidos de un buen número de invitados a la fiesta de Eva María, todos ellos armados con cirios.

Mientras avanzábamos, sumisos, por la arcada superior, siguiendo el rastro del incienso y del cántico en latín de fray Lorenzo, busqué a Alessandro, pero no lo vi. Al notarme distraída, Eva María me cogió del brazo y me susurró:

—Sé que estás cansada. ¿Por qué no te vas a la cama? La procesión aún durará un rato. Tú y yo hablaremos mañana, cuando todo esto haya terminado.

No rechisté. Estaba deseando meterme en mi espectacular cama y hacerme un ovillo, aunque con ello me perdiera el resto de la extraña fiesta de Eva María. Así que, cuando volvimos a pasar por delante de mi puerta, me escapé con disimulo del grupo y me colé dentro.

Mi cama aún estaba húmeda del agua bendita con que la había rociado fray Lorenzo, pero me daba igual. Sin quitarme siquiera los zapatos, me desplomé —boca abajo— sobre la colcha, segura de que no tardaría ni un minuto en quedarme dormida. Aún notaba el sabor del amargo sangiovese de Eva María en la boca, pero ya no tenía fuerzas para ir a lavarme los dientes.

Sin embargo, allí tumbada, esperando a quedarme traspuesta, noté que mi aturdimiento remitía de pronto hasta permitirme verlo todo claro otra vez. La habitación dejó de darme vueltas y pude enfocar el anillo que llevaba en el dedo, que seguía sin poder quitarme y que parecía emanar una energía propia. Al principio, esa sensación me asustó, pero luego —al ver que seguía viva y su poder destructivo no me había afectado— el miedo se convirtió en cosquilleo. Ignoraba de qué. De pronto supe que no podría relajarme hasta que hablara con Alessandro. Con suerte, él podría darme una explicación lógica de los sucesos de esa noche; en caso contrario, me bastaría con que me envolviera en sus brazos y me dejase acurrucarme allí un rato.

Me quité los zapatos y salí al balcón que compartíamos con la esperanza de encontrarlo en su habitación. Seguramente aún no se habría acostado y, a pesar de todo lo sucedido esa noche, estaría dispuesto a seguir donde lo habíamos dejado antes.

Resultó que estaba asomado al balcón, vestido, con las manos apoyadas en la baranda, contemplando abatido la vista nocturna.

Aunque me oyó salir y sabía bien que estaba allí, no se volvió. Suspiró

profundamente y dijo:

—Debes de pensar que estamos chiflados.

—¿Estabas al tanto de todo esto? —pregunté—. ¿Sabías que vendrían... fray Lorenzo y los monjes esta noche?

Por fin se volvió hacia mí y me dedicó una mirada más oscura que el cielo estrellado que tenía a su espalda.

—De haberlo sabido, no te habría traído. —Hizo una pausa, luego añadió—: Lo siento.

—No lo sientas... —dije, confiando en tranquilizarlo—. Lo estoy pasando en grande. ¿Cómo no iba a ser así? Todas esas personas..., fray Lorenzo..., la señora Chiara... la persecución de fantasmas... Es el sueño de cualquiera.

Alessandro negó con la cabeza, pero sólo una vez.

—El mío, no.

—Además, ¡mira! —levanté la mano—. He recuperado mi anillo.

Siguió sin sonreír.

—Eso no era lo que tú querías. Viniste a Siena en busca de un tesoro, ¿no?

—Quizá el fin de la maldición de Lorenzo sea el tesoro más valioso que podía encontrar —repliqué—. Sospecho que el oro y las joyas no valen de mucho en el fondo de la tumba.

—Entonces, ¿es eso lo que quieres? —Me escudriñó sin saber bien a qué me refería—. ¿Acabar con la maldición?

—¿No es para eso para lo que hemos venido? —Me acerqué—. ¿A reparar los males del pasado? ¿Para escribir un final feliz? Corrígeme si me equivoco, pero acabamos de casarnos... o algo así.

—¡Ay, Dios! —Se pasó ambas manos por el pelo—. ¡Lo siento muchísimo!

Al verlo tan avergonzado, no pude evitar reírme.

—Pues si ésta es nuestra noche de bodas, no sé a qué esperas para irrumpir en mi alcoba y darme unos azotes al estilo medieval. Voy a bajar ahora mismo a protestarle a fray Lorenzo... —Hice ademán de salir, pero me agarró por la muñeca y me retuvo.

—Tú no vas a ninguna parte —dijo siguiéndome el juego por fin—. Ven aquí, mujer... —Me estrechó entre sus brazos y me besó hasta que dejé de reír.

Sólo cuando empecé a desabrocharle la camisa volvió a hablar.

—¿Crees en «el amor eterno»? —preguntó sujetándome las manos un instante.

Lo miré a los ojos, asombrada de su sinceridad y, alzando el sello del águila entre ambos, me limité a decir:

—Esa eternidad empezó hace mucho.

—Si quieres, puedo llevarte a Siena y... dejarte en paz. Ahora mismo.

—¿Y luego qué?

Enterró el rostro en mi pelo.

—Se acabó perseguir fantasmas.

—Si me dejas marchar ahora —le susurré apretándome contra él—, puede que tardes otros seiscientos años en encontrarme de nuevo. ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo?

Desperté cuando aún no era de día, sola, enredada en una maraña de sábanas revueltas. En el jardín se oía el canto incesante de algún pájaro, que debía de haberse colado en mis sueños para despertarme. Según mi reloj, no eran más que las tres de la mañana y las velas se habían consumido hacía rato. Tan sólo iluminaba la estancia el resplandor de la luna llena que se filtraba por el balcón.

Quizá era una boba, pero me chocaba que Alessandro se hubiera ido de mi cama así la primera noche que pasábamos juntos. El modo en que me había abrazado antes de dormirnos me había hecho pensar que jamás volvería a dejarme escapar.

Sin embargo, allí estaba yo, sola y sin saber por qué, muerta de sed y resacosa de lo que fuese que me había tomado esa noche. Para confundirme aún más, la ropa de Alessandro seguía —como la mía— tirada en el suelo, junto a la cama. Encendí la lámpara y, al mirar la mesilla, descubrí que incluso se había dejado el colgante de cuero con la bala, que yo misma le había sacado por la cabeza hacía unas horas.

Me envolví en una de las sábanas, asustada de ver cómo habíamos puesto la ropa de cama de época de Eva María. Además, entre las sábanas blancas, había un fardo de delicada seda azul en el que no había reparado hasta entonces. Mientras lo desplegaba, me costó identificarlo, quizá porque no esperaba volver a verlo. Y menos aún en mi cama.

Era el *cencío* de 1340.

Dado que no lo había visto hasta entonces, alguien empeñado en que durmiese encima de aquel objeto tan valioso debía de haberlo ocultado entre las sábanas. Pero ¿quién? ¿Y por qué?

Hacía veinte años, mi madre había hecho lo imposible por proteger el *cencío* y legármelo; yo lo había perdido al poco de encontrarlo y, sin embargo, allí estaba otra vez, debajo de mí, como una sombra de la que no pudiera librarme. El día anterior, sin ir más lejos, le había preguntado a Alessandro directamente si sabía dónde estaba. Su críptica respuesta había sido que, estuviera donde estuviese, carecía de valor sin mí. De pronto, mientras lo sostenía en mis manos, allí sentada, todo empezó a encajar.

Según el diario del maestro Ambrogio, Romeo había jurado que, si ganaba el Palio de 1340, cubriría con el *cencío* su lecho nupcial, pero el malvado Salimbeni había hecho todo lo posible por evitar que Romeo y Giulietta pasaran una noche juntos, y lo había conseguido.

Hasta entonces.

Quizá por eso —pensé, asustada de mi lucidez a las tres de la mañana— olía a

incienso en mi cuarto cuando había vuelto de la piscina el día anterior; tal vez fray Lorenzo y sus monjes habían querido asegurarse personalmente de que el *cencío* estaba donde debía, en la cama donde suponían que me acostaría con Alessandro.

Bien mirado, resultaba todo muy romántico. Era evidente que la Hermandad de Lorenzo se había propuesto lograr que los Tolomei y los Salimbeni «enmendaran» sus errores pasados para poder acabar por fin con la maldición de fray Lorenzo, de ahí la ceremonia de esa noche destinada a calzarle de nuevo a Giulietta el anillo de Romeo y limpiar la daga de éste de todo mal. Ni siquiera me importaba que hubiesen puesto el *cencío* en mi cama; si la versión de los hechos del maestro Ambrogio era cierta y Shakespeare se equivocaba, Romeo y Julieta llevaban muchísimo tiempo queriendo consumar su matrimonio. ¿Quién iba a oponerse a una ceremonia?

Pero ése no era el problema, sino que quien hubiese puesto el *cencío* en mi cama estaba compinchado con Bruno Carrera y, por tanto, era —directa o indirectamente— responsable del robo del museo de la Lechuza, que había llevado a mi pobre primo al hospital. En otras palabras, no era un mero antojo romántico lo que me tenía sentada allí esa noche con el *cencío* en la mano, estaba en juego algo mayor y más siniestro, no cabía duda.

De pronto asustada de que algo malo le hubiera ocurrido a Alessandro, me levanté al fin. En lugar de buscar ropa limpia, volví a ponerme el vestido de terciopelo rojo tirado en el suelo y me acerqué al balcón. Salí fuera, me llené los pulmones de la balsámica sensatez de la noche fría y me asomé a la habitación de Alessandro.

No lo vi, pero tenía todas las luces encendidas y parecía que hubiera salido a toda prisa, sin cerrar siquiera la puerta.

Tardé un par de segundos en reunir el valor necesario para abrir la puerta de su balcón y colarme dentro. Aunque me sentía más cerca de él que de ningún otro hombre que hubiera conocido en mi vida, aún oía una vocecilla en mi cabeza que me decía que no lo conocía bien, salvo su fisonomía y sus dulces palabras.

Pasé un momento en medio de su alcoba, contemplando la decoración. Ésa no era otro cuarto de invitados, sino *su* habitación y, en otras circunstancias, me habría encantado curiosear, mirar las fotos de las paredes y hurgar en todas las jarritas llenas de extrañas fruslerías.

Cuando estaba a punto de colarme en el baño, oí voces más allá de la puerta entreabierta de la galería interior. Sin embargo, al asomarme, no vi a nadie en ella ni en el salón; la fiesta había terminado hacía horas y la casa entera estaba a oscuras, salvo por alguna antorcha mural que tintineaba en alguna que otra esquina.

Salí a la galería, intenté averiguar de dónde procedían las voces y llegué a la conclusión de que las personas a las que oía estaban en otro cuarto de invitados del mismo pasillo, más allá. A pesar de la dispersión de las voces —por no mencionar mi

estado de ánimo—, me pareció oír hablar a Alessandro. Y a otra persona. El sonido de su voz me inquietó y me agradó a la vez, y supe que no podría volver a dormirme si no averiguaba quién había logrado arrancarlo de mi lado esa noche.

La puerta estaba entornada y, mientras me acercaba con sigilo, procuré que no me alcanzara el haz de luz que bañaba el suelo de mármol. Al asomarme, pude ver a dos hombres y captar algunos fragmentos de su conversación, aunque no entendí lo que decían. Uno era sin duda Alessandro, sentado en un escritorio, vestido sólo con unos vaqueros; se lo veía muy tenso, comparado con la última vez que lo había tenido cerca. En cuanto el otro se volvió para mirarlo, entendí por qué.

Era Umberto.

VIII. III

Oh, corazón de serpiente bajo un rostro afable.
¿Cuándo tuvo el dragón una cueva así?

Janice solía decir que hasta que te parten el corazón una vez no maduras ni te conoces. Para mí, esa estricta doctrina no había sido sino una magnífica razón para no enamorarme. Hasta entonces. Esa noche en la galería, viendo a Alessandro y a Umberto conspirar contra mí, supe al fin quién era yo de verdad: la tonta de Shakespeare.

A pesar de todo lo que había averiguado en la última semana, lo primero que sentí al ver a Umberto fue alegría; una alegría efervescente, absurda y descabellada que tardé en mitigar. Hacía dos semanas, tras el funeral de tía Rose, había creído que Umberto era el único ser querido que me quedaba en el mundo y, al iniciar mi aventura italiana, me había dolido abandonarlo allí. Ahora, claro está, todo era distinto, pero no por eso —lo sabía de pronto— había dejado de quererlo.

Me sorprendió verlo, pero en seguida supe que no tenía por qué. En cuanto Janice me había comunicado que Umberto era, en realidad, Luciano Salimbeni, había caído en la cuenta de que, a pesar de las tonterías que me había preguntado por teléfono y de haber fingido no enterarse de lo que le contaba del cofre de mamá, me había llevado varios pasos de ventaja todo el tiempo. Y precisamente porque lo quería y siempre lo defendía delante de Janice —insistiendo en que ella no había entendido a la policía o que se trataba de un simple error de identificación—, su traición se me hacía aún más dolorosa.

Por más que intentaba justificar su presencia allí, esa noche, ya no cabía duda alguna de que Umberto era Luciano Salimbeni. Había sido él quien había encargado a Bruno que me robara el *cencío* y, a juzgar por su historial —cuando él andaba cerca, siempre moría alguien—, seguramente también había mandado a Bruno al otro barrio.

Lo raro era que aún tuviese el mismo aspecto de siempre. Hasta la expresión de su rostro era como la recordaba; algo arrogante, algo divertida y siempre circunspecta.

La que había cambiado era yo.

Al fin podía admitir que Janice lo había calado hacía tiempo: era un psicópata al acecho. En cuanto a Alessandro, por desgracia, también estaba en lo cierto. Decía que yo le daba igual, que todo era un teatro para hacerse con el tesoro. Debería haberle hecho caso. Ahora era ya muy tarde. Allí estaba yo, la muy boba, sintiéndome como si alguien le hubiese dado un mazazo a mi futuro.

«Ésta —pensé mientras los espiaba por la rendija de la puerta— sería una de esas veces en que me echo a llorar». Pero no pude. Habían pasado muchas cosas esa noche. No me quedaban emociones, salvo un nudo en la garganta, en parte de incredulidad, en parte de miedo.

Entretanto, en la habitación, Alessandro se levantó del escritorio y le dijo algo a Umberto sobre lo de siempre: fray Lorenzo, Giulietta y el *cencío*. En respuesta, Umberto se llevó la mano al bolsillo y sacó un frasquito verde, le dijo algo que no entendí, agitó el frasquito con energía y se lo tendió.

Conteniendo la respiración para no hacer ruido, lo único que pude ver fue un cristal verde y un corcho. ¿Qué sería? ¿Veneno? ¿Un somnífero? ¿Para quién? ¿Para mí? ¿Quería Umberto que Alessandro me matara? Jamás había necesitado tanto el italiano como entonces.

Ignoro qué debía de contener aquel frasquito, pero fue una sorpresa absoluta para su receptor. Mientras le daba vueltas en la mano, su mirada se tornó casi diabólica; al poco, se lo devolvió a Umberto con un comentario despectivo y, por un momento, creí que Alessandro se negaba a tomar parte en los planes perversos de Umberto, cualesquiera que éstos fuesen.

Umberto se encogió de hombros y dejó el frasquito en la mesa. Luego tendió la mano, obviamente esperando algo a cambio, y Alessandro, ceñudo, le entregó un libro.

Lo reconocí en seguida. Era el ejemplar de *Romeo y Julieta* de mi madre, desaparecido del cofre de documentos el día anterior mientras Janice y yo hacíamos espeleología en los pasadizos, o quizá después, cuando intercambiábamos relatos de fantasmas con Lippi en su taller. Por eso Alessandro no había parado de llamar al hotel: quería asegurarse de que había salido para poder entrar en mi habitación a robarlo.

Sin darle las gracias siquiera, Umberto empezó a hojear el libro con orgullosa avidez, mientras Alessandro se metía las manos en los bolsillos y se acercaba a mirar por la ventana.

Tragué saliva para evitar que se me saliera el corazón por la boca y miré al hombre que acababa de decirme —hacía sólo unas horas— que se sentía renacido y purificado de sus pecados. Allí estaba, traicionándome, y no con cualquiera, sino con el único otro hombre en el que había confiado en mi vida.

Justo cuando decidí que había visto bastante, Umberto cerró el libro de golpe y lo arrojó con desdén sobre la mesa, junto al frasquito, farfullando algo que pude entender sin saber italiano. Igual que Janice y yo, Umberto había llegado a la frustrante conclusión de que el libro —en sí— no contenía pista alguna del paradero de la tumba de Romeo y Julieta, y que, sin duda, faltaba alguna otra prueba esencial.

Sin previo aviso, se acercó a la puerta y apenas tuve tiempo de ocultarme como

una bala entre las sombras antes de que saliera a la galería, haciéndole una seña a Alessandro para que lo siguiera en seguida. Pegada a un recodo del muro, los vi salir al pasillo y bajar sigilosos la escalera hasta el gran salón.

Al fin noté que los ojos se me llenaban de lágrimas, pero las contuve, convenciéndome de que estaba más enfadada que triste. Genial. Alessandro estaba en todo aquello por la pasta, como Janice había supuesto. Si eso era así, al menos podría haber tenido la decencia de dejar las manos quietas y no empeorar las cosas. Respecto a Umberto, en el diccionario gigante de tía Rose no había palabras suficientes para describir la rabia que me daba que estuviera allí y me hiciera aquello. Era evidente que había manipulado a Alessandro y le había ordenado que no me quitase el ojo —ni las manos, ni la boca, ni nada— de encima en ningún momento.

Mi cuerpo ejecutó el único plan de juego lógico antes de que mi cerebro lo aprobase: entré veloz en el cuarto del que acababan de salir ellos y cogí el libro y el frasquito (este último, por despecho). Luego volví a la habitación de Alessandro y envolví mi botín en una camisa que encontré tirada sobre su cama.

Miré alrededor en busca de cualquier objeto que pudiera perjudicarme y se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era robar las llaves del Alfa Romeo. Sin embargo, al abrir de golpe el cajón de la mesilla de Alessandro, lo único que encontré fue un puñado de moneda extranjera, un rosario y una navaja. Sin molestarme en cerrar el cajón, traté de localizar otros escondites, procurando ponerme en el lugar de Alessandro.

—Romeo, Romeo —murmuré hurgando aquí y allá—, ¿dónde ocultáis las llaves de vuestro vehículo?

Cuando al fin se me ocurrió mirar bajo la almohada, además de las llaves del coche encontré una pistola. Sin pensarlo, cogí las dos cosas, y me sorprendió lo que pesaba el arma. De no haber estado tan mosqueada, me habría reído de mí misma: ¡increíble pacifista, yo!, ¿adónde había ido a parar mi ideal de un mundo justo sin violencia? En ese momento, la pistola de Alessandro era mi *pipa* de la paz.

De nuevo en mi cuarto, lo metí todo de prisa en mi bolso de viaje. Cuando estaba cerrando la cremallera, mis ojos repararon en el anillo que llevaba puesto. Sí, era mío, y de oro macizo, sí, pero simbolizaba mi simbiosis espiritual —y ahora física— con el hombre que se había colado dos veces en mi habitación para robarme la mitad de mi mapa del tesoro y dárselo al capullo mentiroso que posiblemente había asesinado a mis padres. Así que tiré y tiré de él hasta que salió; luego lo dejé encima de la almohada, a modo de melodramática despedida de Alessandro.

En el último momento cogí el *cencío* de la cama, lo doblé con sumo cuidado y lo guardé en la bolsa con todo lo demás. No es que lo quisiera para nada, ni que creyera que podría vendérselo a alguien, sobre todo en su estado actual. Simplemente no quería que lo tuvieran ellos, punto.

Hecho esto, cogí mi botín y salí por el balcón sin esperar el aplauso.

La vieja enredadera que cubría el muro era lo bastante fuerte para soportar mi peso y permitir que me descolgara desde el balcón. Lancé la bolsa a un seto mullido y, tras comprobar que había aterrizado en lugar seguro, me embarqué en mi laboriosa fuga.

Avanzando despacio por el muro, con las manos y los brazos destrozados, pasé cerca de una ventana aún iluminada a pesar de la hora. Al estirarme para verificar que no había en ella nadie a quien pudiera extrañarle el ruido, me asombró ver a fray Lorenzo y a tres de sus hermanos sentados en silencio, con las manos cruzadas, delante de una chimenea repleta de flores frescas. Dos de ellos se estaban quedando traspuestos, pero Lorenzo parecía resuelto a no cerrar los ojos por nada ni nadie hasta que esa noche hubiera terminado.

Mientras colgaba de esta guisa, jadeando desesperada, oí un bullicio arriba, en mi cuarto, y a alguien que salía furioso al balcón. Contuve la respiración y me quedé lo más quieta que pude hasta que estuve segura de que había vuelto dentro. No obstante, la prolongada tensión fue demasiado para la enredadera, que, en cuanto decidí reanudar el descenso, cedió y se desprendió del muro, mandándome de cabeza al follaje que tenía a mis pies.

Por fortuna, la caída no fue de más que de unos tres metros. Menos afortunado fue el aterrizaje en un lecho de rosas. No obstante, me levanté de entre las ramas espinosas demasiado histérica para sentir dolor alguno y recogí mi bolsa; los arañazos de los brazos y las piernas no eran nada comparados con la sensación de derrota que no pude evitar sentir mientras me alejaba a la pata coja de la mejor y la peor de las noches de mi vida, todo en uno.

Tentando el camino en la húmeda oscuridad del jardín, salí de entre unos matorrales pringosos a la glorieta apenas iluminada de la entrada de coches. Allí parada, con la bolsa pegada al pecho, me di cuenta de que no iba a poder sacar el Alfa Romeo, atrapado entre varias limusinas que no podían ser sino de la Hermandad de Lorenzo. Aunque la idea no me hacía ninguna gracia, estaba claro que iba a tener que volver a Siena a pie.

De pronto, mientras me encontraba allí de pie, furiosa por mi mala pata, oí a unos perros ladrar rabiosos a mi espalda. Abrí la bolsa, saqué la pistola —por si acaso— y salí disparada por la gravilla, rezándole entre jadeos al ángel de la guarda que estuviese de servicio en la zona esa noche. Con un poco de suerte, podría llegar a la carretera principal antes de que me dieran alcance y pedirle a alguien que me llevara. Si el conductor consideraba provocativo mi romántico atuendo, le aclararía las cosas con la pistola en un pispas.

Como era de esperar, la altísima verja de entrada al castillo Salimbeni estaba cerrada, y no me molesté en pulsar los botones del interfono. Metí el brazo por entre

los barrotes y deposité la pistola en la gravilla, al otro lado, luego lancé la bolsa por encima de la verja. Cuando la oí caer con un fuerte estruendo, se me ocurrió que quizá el golpe hubiera roto el frasquito que iba dentro. Me importaba bien poco: atrapada entre unos perros furibundos y una verja gigante, tendría suerte si el frasquito era lo único que terminaba hecho pedazos esa noche.

Por fin me así a los barrotes y empecé a trepar, pero, a medio camino, oí que alguien venía corriendo a por mí e, histérica, intenté acelerar el proceso. El metal estaba frío y resbaladizo y, antes de que pudiera llegar arriba y ponerme a salvo, una mano me agarró con fuerza el tobillo.

—¡Giulietta! ¡Espera! —Era Alessandro.

Lo miré furiosa, casi cegada por el miedo y la rabia.

—¡Suéltame! —espeté, esforzándome por zafarme de él—. ¡Capullo! ¡Ojalá os pudráis en el infierno! ¡Tú y tu condenada madrina!

—¡Baja! —Alessandro no estaba dispuesto a negociar—. ¡Te vas a hacer daño!

Logré soltarme el pie y ponerme a salvo.

—¡Sí, claro! ¡Gilipollas! ¡Prefiero partirme el cráneo a seguir jugando a tus juegucitos!

—¡Baja de una vez! —Trepó para alcanzarme, esta vez echando mano de mi falda—. ¡Déjame que me explique! ¡Por favor!

Gruñí de frustración. Estaba deseando largarme; además, ¿qué podía querer decirme ya? Sin embargo, como me tenía bien agarrada por el vestido, no me quedó otra que aguantar, indignada, mientras las manos y los brazos se me iban rindiendo poco a poco.

—Giulietta, por favor, escúchame. Puedo explicártelo todo...

Supongo que estábamos tan centrados el uno en el otro que ninguno de los dos se percató de que una tercera persona surgía de entre las sombras al otro lado de la verja hasta que habló.

—Muy bien, Romeo, ¡quítale las manos de encima a mi hermana!

—¡Janice! —Me sorprendió tanto verla que casi me escurro.

—¡Sigue trepando! —Janice se agachó a coger la pistola—. Y tú, ¡esas manitas!

Por entre los barrotes, apuntó a Alessandro, que me soltó en seguida. Janice siempre había resultado muy convincente, fueran cuales fuesen sus complementos; con una pistola en la mano era la mismísima personificación del «no es no».

—¡Cuidado! —Alessandro saltó de la verja y reculó un poco—. Esa arma está cargada...

—¡Claro que está cargada! —espetó Janice—. ¡Levanta las zarpas, donjuán!

—... ¡y se dispara muy fácilmente!

—¿Ah, sí? ¡Pues yo también! Pero ¿sabes qué? ¡Ése es tu problema! ¡Tú eres el blanco!

Entretanto, pude pasar torpemente por encima de la verja y, en cuanto pude, me dejé caer al suelo al lado de Janice con un aullido de dolor.

—¡Joder, Jules! ¿Estás bien? Toma, coge esto... —Me pasó el arma—. Voy a buscarnos un medio de transporte... ¡No, idiota, apúntale a él!

Sólo estuvimos así unos segundos, pero se me hicieron eternos. Alessandro me miraba con tristeza a través de los barrotes mientras yo me esforzaba por apuntarle con el arma, con los ojos empañados de lágrimas.

—Dame el libro —fue todo cuanto me dijo—. Es lo que quieren. No te dejarán en paz hasta que lo tengan. Confía en mí. Por favor, no...

—¡Vamos! —gritó Janice, deteniendo a mi lado su moto en medio de una nube de tierra—. ¡Coge la bolsa y sube! —Al verme titubear, aceleró impaciente—. ¡Mueve el culo, doña Julieta! ¡Se acabó la fiesta!

Instantes después, surcábamos veloces la penumbra en su Ducati. Cuando me volvía a mirar por última vez, Alessandro seguía allí de pie, apoyado en la verja, como si hubiera perdido el tren más importante de su vida por un estúpido error de cálculo.

Novena Parte

A decorative horizontal line with a central floral ornament featuring a large rose and smaller flowers and leaves.

IX. I

Escarcha prematura es sobre ella la muerte, la flor más hermosa de este valle.

Condujimos una eternidad por oscuras carreteras comarcales, subiendo y bajando montes, cruzando valles y pueblos dormidos. Janice ni siquiera se molestó en decirme adonde íbamos, pero a mí no me importaba. Me bastaba con que nos moviéramos, sin tener que tomar ninguna decisión por un rato.

Cuando al fin nos detuvimos en un camino lleno de baches a la entrada de un pueblo, estaba tan cansada que me habría acurrucado en el parterre más cercano y habría dormido durante un mes. Sin más luz que la del faro de la moto, nos abrimos paso por una jungla de arbustos y maleza hasta llegar al fin a una casa completamente a oscuras.

Apagó el motor, se quitó el casco, se sacudió el pelo y me miró por encima del hombro.

—Ésta es la casa de mamá. Bueno, ahora es nuestra. —Sacó una linterna del bolsillo—. No hay luz, por eso he traído esto. —Me llevó hasta una puerta lateral, la abrió y me dejó pasar—. Bienvenida a casa.

Por un estrecho pasillo, llegamos directamente a una estancia que sólo podía ser la cocina. Aun en la oscuridad, se masticaba el polvo y la suciedad, y el aire olía a cerrado, como a ropa húmeda macerando en un cesto.

—Propongo que acampemos aquí esta noche —siguió Janice, encendiendo unas velas—. No hay agua y todo está bastante sucio; lo de arriba está aún peor, y la puerta principal, atrancada.

—¿Cómo diablos has dado con este sitio? —pregunté, olvidando por un instante lo cansada que estaba y el frío que tenía.

—No ha sido fácil. —Se abrió la cremallera de otro bolsillo y sacó un mapa plegado—. Ayer, después de que tú y el menda ese os largasteis, fui a por esto. Cualquiera encuentra una calle en este país... —Al ver que no miraba el mapa, me apuntó con la linterna a la cara y meneó la cabeza—. Mírate, estás hecha un asco. ¿Y sabes qué? ¡Sabía que esto iba a pasar! ¡Te lo dije! ¡Pero no me hiciste ni caso! Para variar...

—Perdona, pero ¿qué es lo que sabías tú exactamente, doña Pitonisa? —le espeté furiosa, poco dispuesta a soportar sus fanfarronadas—. ¿Que una secta esotérica me iba a... drogar y a...?

En lugar de replicarme, como deseaba hacerlo sin duda, se limitó a darme un golpecito con el mapa en la nariz y dijo, muy seria:

—Sabía que el semental italiano no era de fiar. Y te lo dije. Jules, te dije que ese tío...

Aparté el mapa de un manotazo y me tapé la cara con las manos.

—Si no te importa, prefiero no hablar de ello. Ahora no. —Como seguía apuntándome con la linterna, la aparté de un manotazo también—. ¡Para ya! ¡Me estalla la cabeza!

—¡Ay, pobre! —exclamó con su habitual sarcasmo—. *Virgetariana* norteamericana logra escapar de hecatombe en la Toscana gracias a su hermana... pero sufre terrible dolor de cabeza.

—Venga, sí —mascullé—, ríete de mí. Me lo merezco.

Esperaba que continuara, y me extrañó que no lo hiciera. Al apartar las manos de la cara vi que me miraba fijamente, intrigada. Entonces, boquiabierta y con unos ojos como platos, dijo:

—¡No! ¡Te has acostado con él!, ¿a que sí?

Como no se lo refuté sino que me eché a llorar, suspiró profundamente y me abrazó.

—Bueno, preferías que te jodiera él a que lo hiciera yo. —Me besó en la cabeza—. Espero que haya merecido la pena.

Acampadas en la cocina, sobre abrigos y cojines apolillados, demasiado nerviosas para dormir, pasamos la madrugada tumbadas en la oscuridad, diseccionando mi fuga del castello Salimbeni. Aunque los comentarios de Janice iban aliñados con sus típicas sandeces, terminamos coincidiendo en casi todo, salvo en el asunto de si debía o no haber —en palabras suyas— «echado un quiqui con el aguilucho».

—Es tu opinión —dije dándole la espalda por zanjar el tema—, pero, aun habiendo sabido lo que sé ahora, lo habría hecho de todos modos.

Se limitó a responderme, amarga:

—¡Aleluya! Me alegro de que hayas conseguido *algo* a cambio de nuestro dinero.

Al cabo de un rato aún seguíamos tumbadas, dándonos la espalda en obstinado silencio, cuando de pronto suspiró y masculló:

—Echo de menos a tía Rose.

Como no sabía bien a qué se refería —esa clase de afirmaciones no eran propias de ella—, estuve a punto de hacer un apostilla malintencionada al respecto, porque tía Rose, al igual que ella, me habría tachado de boba por aceptar la invitación de Eva María. En cambio, me oí decir:

—Yo también.

Y eso fue todo. Al poco, su respiración se hizo más lenta y supe que se había dormido. Yo, sola al fin con mis pensamientos, deseé más que nunca poder quedarme roque como ella y salir volando en una cascara de avellana, dejando atrás mi congoja.

A la mañana siguiente —o, más bien, a mediodía—, compartimos una botella de

agua y una barrita de cereales al sol sentadas en el quebradizo escalón de entrada a la casa, pellizcándonos de vez en cuando la una a la otra para asegurarnos de que no estábamos soñando. Según me había dicho Janice, le había costado encontrar la casa al principio y, de no haber sido por la ayuda de los vecinos, jamás habría reparado en el edificio durmiente tras aquella jungla que un día fueron el camino y el patio principal.

—Me costó un montón sólo abrir la verja —explicó—. Estaba atascada a causa del óxido. Eso, por no hablar de la puerta. No entiendo que una casa pueda estar así, completamente vacía, durante veinte años sin que nadie la ocupe o se haga con la finca.

—Esto es Italia —dije encogiéndome de hombros—. Veinte años no son nada. Por aquí la edad no es un problema. ¿Cómo iba a serlo, estando rodeados de espíritus inmortales? Tenemos suerte de que nos hayan dejado andar por ahí un tiempo como si fuéramos nativas.

Janice soltó un bufido.

—Seguro que la inmortalidad es una lata. Por eso les gusta jugar con los mortales sustanciosos... como tú —sonrió y se pasó la lengua por el labio superior, sugerente.

Al ver que ni siquiera eso me hacía reír, su sonrisa se tornó compasiva, casi auténtica.

—¡Mírate, has logrado escapar! Imagina lo que te habría sucedido si te hubieran cogido. Te habrían... Yo qué sé... —Incluso a Janice le costaba imaginar lo mal que lo habría pasado—. Alégrate de que tu hermanita te encontrara a tiempo.

Al ver su gesto esperanzado, me lancé a sus brazos y le di un fuerte achuchón.

—¡Y me alegro! De verdad. Pero no entiendo... ¿a qué fuiste allí? El castello Salimbeni está muy lejos de aquí. ¿Por qué no dejaste que me...?

Janice estudió mis cejas arqueadas.

—¡Lo dirás en broma! ¡Esas ratas nos habían robado el libro! ¡Era hora de devolvérsela! Si no hubieras salido de allí echando leches, habría entrado a registrar el maldito castillo entero.

—¡Pues has tenido suerte! —Me levanté y fui a la cocina a por mí bolso de viaje—. *Voilà!* —Se lo arrojé a los pies—. No digas que no he hecho nada por nosotras.

—¡Será una broma, ¿no?! —Abrió la cremallera impaciente y empezó a hurgar en el bolso pero, al poco, sacó la mano asqueada—. ¡Puaj! ¿Qué demonios es esto?

Las dos nos quedamos mirando sus manos, impregnadas de sangre, o algo muy parecido.

—¡Joder, Jules! —exclamó Janice—, ¿has matado a alguien? ¡Aaarr-ggg! ¿Qué es esto? —Se olisqueó las manos con manifiesta aprensión—. Tiene pinta de ser sangre. No me digas que es tuya, porque, como lo sea, ¡vuelvo ahora mismo y convierto a ese tío en una pieza de arte moderno!

No sé por qué, su mueca beligerante me hizo reír, quizá porque aún no me acostumbraba a que saliese en mi defensa de ese modo.

—¡Ya era hora, niña! —dijo olvidando su enfado en cuanto me vio sonreír por fin—. Me tenías preocupada. No vuelvas a hacerlo.

Juntas, cogimos mi bolso y lo volcamos. De allí salió mi ropa, y *Romeo y Julieta*, que, por suerte, no había sufrido grandes daños. El misterioso frasquito verde, sin embargo, se había hecho añicos, probablemente cuando, en mí huida, había tirado el bolso por encima de la verja.

—¿Qué es esto? —Janice cogió un pedazo de cristal y lo examinó en su mano.

—Eso es el frasquito del que te he hablado —dije—, el que Umberto le dio a Alessandro, con el que se cabreó tanto.

—Aja. —Janice se limpió las manos en la hierba—. Al menos sabemos qué había dentro: sangre. Mira tú por dónde. Tal vez tenías razón y son todos vampiros. Quizá esto era una especie de tentempié de media mañana...

Nos sentamos un rato a valorar las opciones, entonces cogí el *cencío* y lo miré agobiada.

—¡Qué lástima! ¿Cómo se limpia la sangre de la seda antigua?

Janice lo cogió por un lado y entre las dos lo estiramos para examinarlo. Lo cierto era que las manchas no eran sólo del frasquito, pero eso no se lo iba a decir, claro.

—¡La madre del cordero! —dijo Janice de repente—. Ahí está, Jules: la sangre no se va. Así era exactamente como querían ver el *cencío*. ¿No lo entiendes?

Me miró nerviosa, pero a mí debió de quedárseme cara de lela.

—¡Como ocurría antes —se explicó—, cuando las mujeres inspeccionaban las sábanas del lecho nupcial después de la noche de bodas! Me apuesto el cuello... —cogió un par de trozos del frasquito roto, incluido el corcho— a que esto es, o *era*, lo que en las agencias de boda llamamos «insta-virgen». No es sólo sangre, es sangre mezclada con otra cosa. Toda una ciencia, créeme.

Al ver mi expresión, Janice se echó a reír.

—Sí, sí, aún se hace. ¿No me crees? ¿Acaso piensas que sólo se fiscalizaban las sábanas en la Edad Media? ¡Qué va! Tal vez no lo has notado, pero algunas culturas todavía son medievales. Piénsalo bien: si vuelves a un pueblo perdido en el monte para casarte con tu primo el cabrero, pero resulta que ya te has cepillado a Fulano, Mengano y Zutano... ¿qué haces? Lo más probable es que al cabrero y a tus suegros no les haga mucha ilusión que ya se te hayan pasado por la piedra. Solución: te apañan en una clínica privada. Te lo ponen todo en su sitio y repites el dichoso ritual, sólo por complacer a tu público. O bien te llevas a la fiesta un frasquito de esto. Mucho más barato.

—Venga ya... —protesté.

—¿Sabes lo que creo? —prosiguió Janice con los ojos brillantes—. Que te la han

jugado. Te han drogado, o al menos lo han intentado, y esperaban que estuvieras grogui después del colocón con fray Lorenzo y el *dream team* para poder coger el *cencío*, pringarlo de la cosa ésta y que pareciera que el bueno de Romeo te había desflorado.

Eso me dolió, pero ella no pareció darse cuenta.

—Lo curioso es que podrían haberse ahorrado las molestias —siguió, demasiado absorta en su lascivo argumento para reparar en lo que me incomodaba el tema y su forma de tratarlo—. Porque vosotros ibais a mojar el churro de todas formas. Igual que Romeo y Julieta. ¡Ñaca-ñaca! Del baile al balcón y del balcón a la cama en cincuenta páginas. ¿Qué queríais?, ¿batir un récord?

Me miró emocionada, como esperando la palmadita en el lomo y la chuchería de premio por ser tan lista.

—¿Es humanamente posible ser más vulgar que tú? —protesté.

Janice sonrió como si ése fuera el mayor elogio que podía hacerle.

—Probablemente no. Si lo que buscas es poesía, vuelve a rastras con tu pollo.

Me recosté en el quicio de la puerta y cerré los ojos. Cada vez que mencionaba a Alessandro, aunque fuese en medio de alguna de sus ordinarieces, me asaltaban recuerdos de la noche anterior —algunos dolorosos; otros, no— que me distraían de la realidad presente. Si le pedía que parase, con toda seguridad haría lo contrario.

—Lo que no entiendo es para qué querían el frasquito —dije, decidida a cambiar de tema y aclarar la situación—. Si de verdad hubieran querido poner fin a la maldición de los Tolomei y los Salimbeni, lo último que habrían hecho es «simular» la noche de bodas de Romeo y Giulietta. ¿En serio creían que podían engañar a la Virgen?

Janice frunció los labios.

—Tienes razón. No tiene sentido.

—A mi modo de ver —proseguí—, al único a quien han engañado de este modo, aparte de a mí, es a fray Lorenzo. O, mejor dicho, lo habrían engañado si hubieran usado lo del frasquito.

—Pero ¿por qué iban a querer embaucar a fray Lorenzo? —exclamó—. Es un carcamal. Salvo que... —me miró arqueando las cejas— el fraile tenga algo que ellos no tienen. Algo importante. Algo que quieran. Como...

Me incorporé de golpe.

—¿La tumba de Romeo y Julieta?

Nos miramos.

—Me parece que ésa es la conexión —dijo Janice, asintiendo despacio con la cabeza—. Cuando lo hablamos en el taller de Lippi, pensé que estabas grillada, pero igual tengas razón. Parte del rollo de redimir los pecados implica directamente la tumba y la estatua físicas, reales. ¿Y si, tras asegurarse de que Romeo y Giulietta

están juntos al fin, los Tolomei y los Salimbeni tienen que ir a la tumba y arrodillarse ante la estatua?

—Pero la maldición decía que debían «arrodillarse ante la Virgen»...

—¿Y qué? —Janice se encogió de hombros—. La estatua se parece a una de la Virgen. Lo que pasa es que no saben dónde está. Sólo lo sabe fray Lorenzo, por eso lo necesitan.

Guardamos silencio un rato mientras hacíamos cabalas.

—¿Sabes qué? —dije al fin, acariciando el *cencío*—. No creo que él lo supiera.

—¿Quién?

La miré, empezando a ruborizarme.

—Ya sabes..., *él*.

—¡Venga ya, Jules! —protestó—. Deja de defender a ese capullo. Lo viste con Umberto. Además... —aunque intentaba suavizar el tono, no estaba acostumbrada y le costaba—, te siguió cuando huías para pedirte que le dieras el libro. Claro que lo sabía.

—Pero, si tú estás en lo cierto —dije, sintiendo una absurda necesidad de defenderlo—, habría seguido el plan y no habría..., bueno, ya sabes.

—¿Iniciado un contacto carnal? —propuso Janice en plan cursi.

—Exactamente —asentí—. Ni se habría sorprendido tanto cuando Umberto le dio el frasquito. De hecho, el frasquito lo habría tenido él.

—¡Cielo! —me miró por encima de la montura de unas gafas imaginarias—, se ha colado en tu habitación del hotel, te ha mentido y te ha robado el libro de mamá para dárselo a Umberto. Ese tío es un mamón, y me da igual que esté muy bien dotado y sepa hacer uso de su dotación; para mí, y perdona la vulgaridad, sigue siendo un cabronazo. Y tu estupendísima mafiosa...

—A propósito de mentiras y de colarse en mi habitación —dije mirándola fijamente—, ¿por qué no me dijiste que habías sido tú quien me había puesto la habitación patas arriba?

—¿Cómo? —exclamó asombrada.

—¿Vas a negar que me desvalijaste tú la habitación y le echaste la culpa a Alessandro? —le pregunté con frialdad.

—¡Oye, que él también se coló, ¿vale?! ¡Y yo soy tu hermana! Tengo derecho a saber qué está pasando... —Se interrumpió y puso carita de buena—. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque él te vio. Pensó que eras yo, que me descolgaba de mi balcón.

—¿Me confundió con...? —exclamó Janice, escandalizada—. ¡Venga ya! ¡No fastidies!

—¡Janice! —grité, frustrada de que recurriera a su habitual descaro y me arrastrara consigo—. Me has mentido. ¿Por qué? Después de lo ocurrido, habría

entendido que te colaras en mi habitación. Creías que te estaba escamoteando una fortuna.

—¿En serio? —me miró, de pronto esperanzada.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no somos sinceras la una con la otra para variar?

Las recuperaciones instantáneas eran especialidad de mi hermana.

—Perfecto —sonrió con picardía—, seamos sinceras. Para empezar, si no te importa... —meneó las cejas—, tengo más preguntas sobre lo de anoche.

Después de comprar unas provisiones en la tienda del pueblo, pasamos el resto de la tarde curioseando por la casa en busca de recuerdos de nuestra infancia. No ayudó que todo estuviera cubierto de polvo y de moho, que todos los tejidos tuvieran agujeros hechos por algún animal y que hubiera excrementos de rata en todas las grietas posibles (e imposibles). En el piso de arriba, las telarañas eran tan gruesas como cortinas de baño y, cuando intentamos abrir las contraventanas de la segunda planta para que entrase algo de luz, más de la mitad se descolgaron de los goznes.

—¡Ufff! —exclamó Janice cuando una de las contraventanas se descolgó y se hizo trizas en el escalón de entrada, a medio metro de su Ducati—. Habrá que ligarse a un carpintero.

—¿Y qué tal un fontanero? —propuse, quitándome algunas telarañas del pelo—. ¿O un electricista?

—Al electricista lígatelo tú, que tienes los cables cruzados —espetó.

Lo mejor fue cuando descubrimos la mesa de ajedrez desvencijada, en un rincón, escondida detrás de un roñoso sofá.

—¿No te lo había dicho? —sonrió orgullosa, meciéndola con cuidado para asegurarse—. Ha estado aquí todo el tiempo.

Al atardecer, la limpieza estaba ya tan avanzada que decidimos trasladar el campamento al piso de arriba, a lo que en su día había sido un despacho. Sentadas a un viejo escritorio, la una frente a la otra, cenamos pan, queso y vino tinto a la luz de las velas mientras planeábamos lo siguiente. Ninguna de las dos quería volver a Siena, pero sabíamos que esa situación no era sostenible. Para que la casa volviera a ser habitable, habría que invertir mucho tiempo y dinero en papeleos y manitas y, aunque lo consiguiéramos, ¿cómo íbamos a vivir? Seríamos como fugitivas, siempre huyendo de nuestro pasado y endeudándonos cada vez más.

—Según lo veo yo —dijo Janice, rellenando las copas—, o nos quedamos aquí, que no podemos, o volvemos a Estados Unidos, que sería patético, o nos lanzamos a la caza del tesoro y a ver qué pasa.

—Olvidas que el libro no tiene ningún valor en sí —señalé—. Necesitamos el cuaderno de dibujo de mamá para descifrar el código secreto.

—Por eso mismo —dijo hurgando en su bolso— lo he traído. ¡Tachan! —Plantó

el bloc en la mesa, delante de mí—. ¿Alguna otra pregunta?

Reí a carcajadas.

—¿Te he dicho ya que te quiero?

Janice se esforzó por no sonreír.

—Tranquila, no te emociones.

Con el libro y el cuaderno, uno al lado del otro, no nos costó mucho descifrar el código, que, en realidad, no era tal, sino una lista bien escondida de números de página, línea y palabra. Mientras Janice cantaba los números garabateados en los márgenes del cuaderno, yo localizaba y leía en alto los fragmentos de *Romeo y Julieta* en los que nuestra madre había ocultado el mensaje que quería dejarnos.

Rezaba así:

MI AMOR
ESTE VALIOSO LIBRO
ENCIERRA LA HISTORIA DORADA
DE
LA MAS PRECIADA
PIEDRA
AUNQUE TÚ ESTUVIERAS SOBRE LA INMENSA ORILLA DE UNOS MARES
LEJANOS, POR UNA JOYA ASÍ YO ME ARRIESGARÍA.
VE CON
EL ESPECTRAL CONFESOR
DE ROMEO
FUERA SACRIFICADA SU VIDA ANTES DE LO QUE CORRESPONDERIA
BUSCAD, INQUIRID
CON APEROS
NECESARIOS PARA ABRIR LOS SEPULCROS
CON CAUTELA DEBE HACERSE
AQUÍ YACE JULIETA
COMO UNA POBRE PRISIONERA
MUCHOS CIENTOS DE AÑOS
BAJO
LA REINA
MARIA
DONDE
ESTRELLAS DIMINUTAS
ILUMINAN EL ROSTRO DEL CIELO
ACÉRCATE PUES
A LA ESCALERA DE
SANTA
MARÍA
ENTRE UNA HERMANDAD DE MONJAS SANTAS
UNA CASA DONDE HUBIESE CONTAGIO DE LA PESTE, CON LAS PUERTAS
SELLADAS
UNA SEÑORA
SANTA
OCA
VISITANDO
LA ALCOBA
DE LA ENFERMA

ESTE SANTUARIO
ES
LA ENTRADA DE PIEDRA
A LA
ANTIGUA CÁMARA
TRAEDME EN SEGUIDA UNA BARRA DE HIERRO
PARA ACABAR
CON LA CRUZ
¡MOVEOS, CHICAS!

Al llegar al final del largo mensaje, nos dejamos caer en el asiento y nos miramos perplejas, nuestro entusiasmo inicial en suspenso.

—Vale, tengo dos preguntas —dijo Janice—. Una: ¿por qué no hemos hecho esto antes? Y dos: ¿qué fumaba mamá? —Me miró furiosa y alargó el brazo para coger su copa de vino—. Entiendo que escondió el código secreto en «este valioso libro» y que, de algún modo, es un mapa del tesoro para encontrar la tumba de Julieta y «la más preciada piedra», pero... ¿dónde hay que cavar? ¿Qué leches es eso de la peste y la barra de hierro?

—Me parece que habla de la catedral de Siena —dije hojeando el texto para releer algunos pasajes—. «Reina María» sólo puede ser la Virgen. Y lo de las «estrellas diminutas» que «iluminan el rostro del cielo» me recuerda al interior de la cúpula de la catedral, pintada de azul con estrellitas doradas. —La miré, de pronto entusiasmada—. ¿Te imaginas que la tumba está ahí? Lippi dijo que Salimbeni los había enterrado en «el más sagrado de los lugares», ¿recuerdas? ¿Qué podría ser más sagrado que la catedral?

—Tiene sentido —coincidió Janice—, pero ¿qué me dices de lo de la peste y lo de la «hermandad de monjas santas»? ¿Qué tiene eso que ver con la catedral?

—«La escalera de Santa María»... —mascullé, hojeando el libro—, «una casa sellada, infestada por la peste..., una señora santa..., oca..., visitando la alcoba del enfermo...». —Dejé que se cerrara el libro y me recosté en la silla, tratando de recordar la historia que me había contado Alessandro sobre el comandante Marescotti y la peste—. A lo mejor te parece una chorrada pero... —titubeé y miré a Janice, cuyos ojos muy abiertos rebosaban fe en mi habilidad para resolver acertijos—, durante la peste, poco después de la muerte de Romeo y Giulietta, eran tantos los fallecidos que no podían enterrarlos a todos. Así que, en Santa María della Scala, «escalera» en italiano, el hospital que hay frente a la catedral, donde «una hermandad de monjas santas» cuidaba de los enfermos durante la plaga..., bueno..., decidieron emparedar a los muertos.

Janice hizo un aspaviento.

—Así que creo —seguí— que buscamos una «alcoba» con una «cama» en ese hospital, Santa María della Scala...

—... en la que durmiera la «señora» del «santo» de la «oca» —propuso—, o

quien fuera el tipo ese.

—O «la santa señora» de Siena nacida en la contrada de la «oca», santa Catalina...

—¡Vaya! —exclamó Janice con un silbido de admiración.

—... que, casualmente, tenía una habitación en ese hospital, donde dormía cuando trabajaba hasta tarde «visitando a los enfermos». ¿No lo recuerdas? Fue lo que nos leyó el maestro Lippi. Te apuesto un zafiro y una esmeralda a que allí encontraremos «la entrada de piedra a la cámara».

—¡Espera, espera...! —dijo Janice—. Qué lío. Primero era la catedral, después el cuarto de santa Catalina en el hospital y ahora la antigua cámara... ¿En qué quedamos?

Medité la pregunta un momento, tratando de recordar a la sensacionalista guía turística británica que llevaba delante en la catedral de Siena hacía unos días.

—Por lo visto —dije al fin—, en la Edad Media la catedral tenía una cripta, pero desapareció durante la peste y, desde entonces, no se ha vuelto a saber de ella. Claro que para los arqueólogos es difícil trabajar en esta zona, porque todos los edificios están protegidos. De todas formas, hay quien piensa que es sólo una leyenda...

—¡Yo no! —exclamó Janice, entusiasmada—. Tiene que ser eso. Romeo y Giulietta están enterrados en la cripta de la catedral. Es lógico. Si tú fueses Salimbeni, ¿no habrías levantado ahí el santuario? Además, como el lugar entero está consagrado, supongo, a la Virgen... *Voilà!*

—¿Voilà, qué?

Janice abrió los brazos como si fuera a bendecirme.

—Si te arrodillas en la cripta, te arrodillas «ante la Virgen», ¡como decía la maldición! ¿No lo ves? ¡Tiene que ser ahí!

—Pero, si es así, habrá que cavar mucho para llegar allí. La han buscado por todas partes.

—No si mamá halló una entrada secreta desde el viejo hospital de Santa María della Scala —replicó acercándome el libro—. Léelo otra vez. Estoy segura de que tengo razón.

Releímos el mensaje una vez más y, de pronto, todo parecía encajar. Sí, hablábamos de una «antigua cámara» bajo la catedral y, sí, la «entrada de piedra» debía de estar en la habitación de Santa Catalina en Santa María della Scala, frente a la iglesia, al otro lado de la plaza.

—¡Jodeeeeer! —Janice se recostó en la silla, abrumada—. Si tan fácil es, ¿por qué mamá no saqueó la tumba ella misma?

En ese preciso instante, una de las velas se apagó de pronto y, aunque quedaban otras, todas las sombras de la habitación se cernieron sobre nosotras.

—Sabía que estaba en peligro —repliqué, y mi voz resonó de forma extraña—,

por eso hizo lo que hizo y puso el código en el cuaderno, el cuaderno en el cofre y el cofre en el banco.

—Entonces —dijo Janice, con fingido entusiasmo—, resuelto el enigma, ¿qué nos impide...?

—¿Colarnos en un edificio protegido y apalancar la puerta de la celda de santa Catalina con una barra de hierro? —repuse, socarrona—. ¡Ay, pues no sé!

—En serio. Eso es lo que mamá querría que hiciéramos, ¿no?

—No es tan fácil. —Hurgué en el libro en busca de las palabras exactas del mensaje—. Mamá nos dice que vayamos con el «espectral confesor de Romeo»... sacrificado prematuramente. ¿Quién es ése? Fray Lorenzo. Obviamente no el de verdad, sino quizá su nueva... encarnación. Apuesto a que eso significa que teníamos razón: el viejo sabe algo de la ubicación de la cripta y de la tumba, algo crucial que ni siquiera mamá logró averiguar.

—¿Qué propones, entonces? —quiso saber Janice—. ¿Que secuestremos a fray Lorenzo y lo interroguemos bajo una bombilla de cien vatios? Tal vez te estás equivocando. Vamos a hacerlo por separado, a ver si llegamos a la misma conclusión... —Empezó a abrir los cajones de la mesa uno a uno, buscando algo—. ¡Venga! ¡Tiene que haber algún boli por aquí...! ¡Espera! —Metió la cabeza entera en el último cajón para sacar algo atrapado en la madera. Cuando al fin lo soltó, se acomodó en la silla, triunfante, con el pelo enmarañado sobre la cara—. ¡Mira esto! ¡Una carta!

Pero no era una carta: era un sobre lleno de fotografías.

Cuando acabamos de ver las fotos de mamá, Janice decidió que necesitábamos al menos otra botella de vino para pasar la noche sin volvernos locas del todo. Mientras subía a por ella, volví a coger las fotos y las extendí sobre la mesa, una al lado de la otra, con las manos aún temblorosas de la impresión y la esperanza de que, de algún modo, me contasen otra historia.

Pero las aventuras de mamá en Italia no tenían otra interpretación. Por más que nos empeñáramos, los hechos y sus protagonistas eran siempre los mismos: Diane Lloyd se había ido a Italia, había empezado a trabajar para el profesor Tolomei, había conocido a un joven playboy con un Ferrari amarillo, se había quedado embarazada, se había casado con el profesor Tolomei, había tenido gemelas, había sobrevivido al incendio en el que su anciano marido había fallecido y había vuelto a liarse con el joven playboy, al que se veía tan feliz con las gemelas —nosotras— en todas las fotos que llegamos a la conclusión de que debía de ser nuestro verdadero padre.

El playboy era Umberto.

—¡Todo esto es surrealista! —bufó Janice, de vuelta con una botella y un sacacorchos—. Que haya estado todos estos años haciéndose pasar por el mayordomo y sin decir una palabra. Es raro de narices.

—En realidad, siempre fue nuestro padre —dije cogiendo una de las fotos de los tres—. Aunque no lo llamáramos así. Siempre... —No pude continuar.

Sólo entonces alcé la mirada y vi que también Janice lloraba, aunque, no queriendo proporcionarle a Umberto esa satisfacción, se secaba las lágrimas furiosa.

—¡Menudo capullo! —exclamó—. Mira que obligarnos a vivir esa mentira tantos años. Y ahora, de repente... —gruñó al tiempo que el corcho se partía en dos.

—Al menos eso explica que supiera lo de la estatua —señalé—. Se lo contaría mamá. Además, si de verdad estaban..., ya sabes, *juntos*, también debía de saber lo del cofre del banco. Lo que explicaría que me escribiera una carta falsa de tía Rose pidiéndome que fuese a Siena y hablase con el presidente Maconi en el palazzo Tolomei. Sabía el nombre por mamá, claro.

—¿A qué esperaba?! —Janice derramó un poco de vino en la mesa mientras llenaba aprisa las copas, y cayeron unas gotas sobre las fotos—. ¿Por qué no lo hizo hace años? ¿Por qué no le contó todo esto a tía Rose cuando aún vivía?...

—¡Sí, claro! —Limpié en seguida las fotos—. No podía contarle la verdad a tía Rose. Habría llamado a la policía sin pensarlo. «Por cierto, Rosie, cielo, me llamo Luciano Salimbeni... Sí, el tipo que mató a Diane y al que buscan las autoridades italianas —dije imitando la voz grave de Umberto—. Si te hubieras molestado en visitarla, ¡que Dios la bendiga!, te habrías topado conmigo cientos de veces».

—¡Menuda vidorra! —intervino Janice—. Mira ésta... —Señaló las fotos de Umberto y el Ferrari, aparcado en un mirador con vistas a un valle toscano, sonriendo a la cámara con la mirada de un amante—. Lo tenía todo, y va y se convierte en criado de tía Rose.

—No olvides que era un fugitivo —recalqué—. Aless... Alguien me dijo que es uno de los delincuentes más buscados de toda Italia. Tiene suerte de no estar entre rejas. O muerto. Por lo menos, trabajando para tía Rose, pudo vernos crecer con cierta libertad.

—¡No me cuadra! —dijo Janice, negando con la cabeza—. Sí, mamá ya está embarazada en la foto de su boda, pero eso les sucede a muchas, y no implica que el novio no sea el padre.

—¡Jan! —Le pasé algunas de las fotos de la boda—. Tolomei podría haber sido su abuelo. Ponte en el lugar de mamá por un segundo. —Al verla decidida a disentir, la cogí por el brazo y me la acerqué—. Venga, es la única explicación. Míralo... —Cogí una de las fotos de Umberto tumbado en la hierba sobre una manta mientras Janice y yo nos subíamos a gatas encima de él—. Nos quiere. —En cuanto dije eso, se me formó un nudo en la garganta y tuve que tragar saliva para no echarme a llorar—. ¡Mierda! —protesté—. Creo que ya he tenido bastante por hoy.

Permanecimos sentadas un rato en infeliz silencio. Luego Janice dejó su copa sobre la mesa y cogió una foto de grupo tomada delante del castello Salimbeni.

—Entonces... —dijo al fin—, ¿tu mafiosa es nuestra... abuela? —En la foto aparecían Eva María haciendo malabares con un sombrero enorme y dos perrillos, mamá con aire eficiente, vestida de pantalón blanco y armada con un portafolios, el profesor Tolomei, ceñudo, diciéndole algo al fotógrafo, y, en un lado, apoyado en su Ferrari, el joven Umberto, de brazos cruzados—. Sea como sea —siguió antes de que pudiera contestar—, espero no volver a verlo en mi vida.

Deberíamos haberlo previsto, pero no fue así. Demasiado ocupadas deshaciendo la maraña en que se habían convertido nuestras vidas, olvidamos prestar atención a los sonidos misteriosos de la noche, o hacer uso del sentido común por un momento.

Hasta que una voz nos habló desde la puerta del despacho no caímos en lo ingenuas que habíamos sido al buscar refugio en la casa de mamá.

—Bonita reunión familiar —dijo Umberto, entrando en el cuarto seguido de dos hombres a los que yo no había visto nunca—. Siento haberos hecho esperar.

—¡Umberto! —exclamé, levantándome de golpe de la silla—. ¿Qué demonios...?

—¡Julie! ¡No! —Con el rostro deformado a causa del miedo, Janice me agarró del brazo e hizo que me sentara de nuevo.

Sólo entonces lo vi. Umberto llevaba las manos atadas a la espalda y uno de los hombres le apuntaba a la cabeza con un arma.

—Aquí, mi amigo Coceo —dijo Umberto, manteniendo la calma a pesar de llevar el arma clavada en la nuca— quiere saber si vais a colaborar o no.

IX. II

Su cuerpo duerme en la tumba de los Capuleto y su alma vive con los ángeles.

Al salir de Siena con Alessandro el día anterior, no me imaginaba que regresaría tan pronto, tan sucia, y esposada. Tampoco había previsto que lo haría en compañía de mi hermana, mi padre y tres tipos que parecían haberse librado de la pena de muerte, no con papeleos, sino con dinamita.

Era obvio que, aunque los conocía por su nombre, Umberto era tan rehén de los gorilas como nosotras. Lo metieron de un empujón en la furgoneta —una de reparto de flores, robada, seguramente—, igual que a Janice y a mí, y los tres caímos como fardos sobre su fondo metálico. Con los brazos atados, sólo un fino lecho de flores podridas nos amortiguó el golpe.

—¡Eh! —protestó Janice—, ¡somos tus hijas, ¿no?! Diles que no se pasen. Será posible..., Jules, di algo.

No se me ocurrió nada. Me sentía como si el mundo entero se hubiera vuelto patas arriba a mi alrededor, y yo me había ido a pique. Sin haber digerido aún el paso de Umberto de héroe a villano, debía asimilar también que era mi padre, para lo que casi habría de hacer borrón y cuenta nueva: yo lo quería, pero en realidad no debía quererlo.

Cuando los malos nos cerraron las puertas, vi de refilón a otro rehén que habían apresado en algún punto del camino. Estaba agazapado en un rincón, amordazado y con los ojos vendados; de no haber sido por los hábitos, jamás lo habría reconocido. Las palabras me brotaron al fin:

—¡Fray Lorenzo! —grité—. ¡Dios mío! ¡Han secuestrado a fray Lorenzo!

La furgoneta arrancó de pronto y pasamos unos minutos deslizándonos de un lado a otro por el suelo estriado mientras el conductor cruzaba la selva de acceso a la casa de mamá.

En cuanto la cosa se tranquilizó, Janice soltó un suspiro hondo y desconsolado.

—Muy bien —dijo en alto a la oscuridad—, tú ganas. Las joyas son tuyas... o de ellos. Ya no las queremos. Te ayudaremos. A lo que sea. Lo que quieran. Eres nuestro padre, ¿no? ¡Tenemos que hacer piña! No hace falta que nos matéis... ¿verdad?

Su pregunta se quedó en el aire.

—Mira —prosiguió Janice con la voz quebrada de miedo—, espero que sepan que jamás encontrarán la estatua sin nuestra ayuda...

Umberto no dijo nada. No tenía por qué. Aunque los bandidos ya estaban al tanto de lo de la supuesta entrada secreta por Santa María della Scala, obviamente

pensaban que aún podíamos serles útiles para encontrar las joyas, o no nos habrían llevado consigo en la furgoneta.

—¿Y qué me dices de fray Lorenzo? —pregunté.

Umberto habló por fin.

—¿Qué pasa con él?

—¡Vamos! —intervino Janice, de pronto más animada—, ¿en serio crees que el pobre hombre os va a servir de algo?

—Cantará, te lo aseguro.

Cuando vio que nos espantaba su indiferencia, Umberto profirió un sonido que podría haber sido una risa, pero probablemente no lo era.

—¿Qué demonios esperabais? —gruñó—. ¿Que... se rindieran? Tenéis suerte de que lo hayamos intentado por las buenas primero.

—¿«Por las buenas»?... —gritó Janice, pero conseguí acallarla de un rodillazo.

—Por desgracia —prosiguió Umberto—, la pequeña Juliet no hizo su papel.

—¡Igual es porque no sabía que tuviera uno! —señalé con un nudo tan grande en la garganta que casi no me salían las palabras—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué ha tenido que ser así? Podríamos haber ido en busca del tesoro hace años, juntos. Habría sido... divertido.

—¡Ya, claro! —Umberto se revolvió en la oscuridad, tan incómodo como nosotras—. ¿Creéis que esto era lo que yo quería? ¿Volver aquí para arriesgarlo todo, jugar a las adivinanzas con un puñado de monjes ancianos y que me maltraten estos gilipollas, todo por un par de piedras que probablemente desaparecieron hace cientos de años? Me parece que no os dais cuenta de... —Suspiró—. No, claro que no. ¿Por qué creéis que permití que tía Rose se os llevara y os educara en Estados Unidos? Os diré por qué: porque os habrían utilizado... para obligarme a que volviera a trabajar con *ellos*. Sólo había una solución: desaparecer.

—¿Estás hablando de... la mafia? —inquirió Janice. Umberto rio burlón.

—¡La mafia! Al lado de estos tíos, la mafia es una institución benéfica. Me reclutaron cuando necesitaba dinero y, una vez te pillan, no te sueltan. Si te resistes, te aprietan las tuercas.

Oí a Janice coger aire para devolverle el sarcasmo, pero, no sé cómo, acerté a propinarle un codazo en la oscuridad y volví a acallarla. Provocar a Umberto y empezar una discusión no era la mejor forma de prepararse para lo que nos esperaba, eso lo tenía muy claro.

—Entonces, a ver si acierto... —dije con toda la calma de que fui capaz—, cuando ya no nos necesiten..., ¿se acabó?

Umberto titubeó.

—Coceo me debe un favor. Le perdoné la vida una vez. Espero que me corresponda.

—Te la perdonará a ti —dijo Janice con frialdad—. Pero ¿y nosotras?

Se produjo un largo silencio, o al menos a mí me lo pareció. Sólo entonces, entre el ruido del motor y el traqueteo general, oí a alguien rezar.

—¿Y qué será de fray Lorenzo? —añadí en seguida.

—Confiemos en que Coceo se sienta generoso —dijo Umberto al fin.

—No lo entiendo —replicó Janice—. ¿Quiénes son esos tíos? ¿Y por qué dejas que nos hagan esto?

—Eso no es precisamente un cuento de hadas —respondió Umberto, hastiado.

—Tampoco esto lo es —observó Janice—. Así que, papaíto, ¿por qué no nos cuentas qué demonios está pasando en el país de las hadas?

En cuanto empezó a hablar, Umberto no pudo parar, como si hubiera estado esperando todos esos años para contarnos su historia y, sin embargo, cuando al fin pudo hacerlo, no pareció experimentar un gran alivio, ya que su tono era cada vez más amargo.

Según nos contó, su padre, conocido como conde Salimbeni, siempre había lamentado que su esposa, Eva María, le diera sólo un hijo varón, y se propuso hacer de él un hombre recto y disciplinado. Alistado en una academia militar contra su voluntad, Umberto había terminado huyendo a Nápoles para buscar trabajo y quizá ir a la universidad a estudiar música, pero pronto se había quedado sin dinero. Así que empezó a aceptar trabajos sucios que otros temían hacer, y se le daba bien. Por alguna razón, no le costaba nada quebrantar la ley, y no tardó en tener trajes a medida, un Ferrari y un apartamento de lujo sin amueblar. El paraíso.

Cuando al fin volvió al castello Salimbeni, hizo creer a sus padres que se había hecho corredor de Bolsa y logró persuadir al conde para que lo perdonara por abandonar la academia. Días después, sus padres ofrecieron una gran fiesta a la que asistieron el profesor Tolomei y su joven ayudante norteamericana, Diane.

Umberto la secuestró ipso facto y se la llevó a dar un paseo en coche a la luz de la luna. Ése fue el inicio de un largo y hermoso verano. Empezaron a pasar juntos los fines de semana, recorriendo en coche la Toscana y, cuando por fin él la invitó a visitarlo en Nápoles, ella aceptó. Allí, delante de una botella de vino, en el mejor restaurante de la ciudad, él se atrevió a confesarle a qué se dedicaba.

Horrorizada, Diane se negó a escuchar sus explicaciones y sus pretextos y, ya en Siena, se lo devolvió todo —joyas, ropa, cartas— y le dijo que no quería volver a verlo.

Después de eso, estuvo algo más de un año sin saber de ella y, cuando volvió a verla, se quedó atónito: Diane paseaba a unas gemelas en cochecito por el Campo de Siena, y alguien le dijo que se había casado con el profesor Tolomei. Supo en seguida que él era el padre de las niñas y, cuando se acercó a Diane, ella palideció y confesó que, aunque él era efectivamente el padre, no quería que sus hijas se criaran con un

criminal.

Entonces hizo algo horrible. Recordaba que Diane le había hablado de la investigación del profesor Tolomei y de una estatua con dos piedras preciosas por ojos y, llevado por los celos, se lo contó a unos tipos de Nápoles. Su jefe no tardó en enterarse y lo presionó para que visitara al profesor Tolomei y averiguase más, y eso hizo, con otros dos hombres. Esperaron a que Diane y las gemelas salieran de casa para llamar a la puerta. El profesor, muy atento, los invitó a pasar, pero, al descubrir el motivo de su visita, se mostró hostil.

Viendo que se negaba a colaborar, los otros dos tipos empezaron a presionar al anciano, que sufrió un infarto y murió. Umberto, aterrado, como es lógico, intentó en vano reanimarlo. Entonces les dijo a los otros que se reuniría con ellos en Nápoles y, en cuanto se marcharon, prendió fuego a la casa con la esperanza de que la investigación de Tolomei ardiera con su cuerpo y ése fuese el fin de la historia de la estatua dorada.

Tras la tragedia, Umberto decidió romper con su turbio pasado, volver a la Toscana y vivir del dinero que había ganado. Unos meses después del incendio fue a ver a Diane y le dijo que había cambiado de vida. Al principio ella no lo creyó y lo acusó de haber tenido que ver con el sospechoso incendio que había matado a su esposo, pero él estaba decidido a recuperarla y lo consiguió, aunque ella nunca llegó a creer del todo en su inocencia.

Vivieron juntos dos años, casi como una familia, y él incluso volvió a llevar a Diane de visita al castello Salimbeni. Claro que nunca les contó a sus padres la verdad sobre las gemelas, y a su padre lo enfurecía que no se casase y tuviese hijos propios, porque ¿quién heredaría el castello Salimbeni si Umberto no tenía descendencia?

Habrían sido felices si Diane no se hubiera obsesionado con no sé qué maldición familiar. Le había hablado de ella cuando se habían conocido, pero él no se lo había tomado en serio. Luego tuvo que aceptar que aquella mujer hermosa —la madre de sus hijas— era nerviosa y compulsiva por naturaleza, y que la presión de la maternidad no hacía sino empeorar su carácter. En lugar de libros para niños, les leía a las pequeñas el *Romeo y Julieta* de Shakespeare sin cesar, hasta que entraba él y, con dulzura, le quitaba el libro, aunque, por muy bien que lo escondiera, ella siempre terminaba encontrándolo.

Mientras las gemelas dormían, Diane pasaba horas y horas en soledad, intentando recrear la investigación de su difunto esposo sobre los tesoros familiares y la ubicación de la tumba de Romeo y Giulietta. No le interesaban las joyas; sólo quería salvar a sus hijas. Estaba convencida de que, como las pequeñas tenían una madre Tolomei y un padre Salimbeni, serían doblemente vulnerables a la maldición de fray Lorenzo.

Umberto ni siquiera sabía lo cerca que estaba Diane de dar con la ubicación de la tumba cuando un día algunos de sus viejos colegas napolitanos se presentaron en la casa y empezaron a hacer preguntas. Sabiendo que carecían de escrúpulos, le dijo a Diane que se llevara a las niñas a la parte de atrás y se escondieran mientras él hacía todo lo posible por convencerlos de que ni ella ni él sabían nada.

Al oír que le pegaban, Diane volvió armada y les ordenó que dejaran en paz a su familia. Como no le hacían caso, intentó dispararles, pero erró el tiro, y ellos la mataron de un disparo. Luego le dijeron a Umberto que eso era sólo el principio y que, si no les daba las cuatro gemas, volverían a por sus hijas.

Llegados a este punto del relato, Janice y yo saltamos a la vez:

—Entonces, ¿tú no mataste a mamá?

—¡Claro que no! —respondió Umberto con desdén—. ¿Cómo habéis podido pensar eso?

—Será porque, hasta ahora, no has hecho más que mentirnos en todo —replicó Janice con un nudo en la garganta.

Umberto suspiró profundamente y se revolvió de nuevo, aún incómodo. Frustrado y cansado, reanudó el relato y nos contó que, cuando, después de asesinar a Diane, los matones se largaron, él quedó destrozado y sin saber qué hacer. Lo último que quería era llamar a la policía, o al cura, y arriesgarse a que un puñado de burócratas se llevaran a las pequeñas. Cogió el cadáver de Diane, lo metió en el coche y lo llevó a un lugar desierto donde poder empujar el vehículo desde un risco de modo que pareciera que había muerto en un accidente. Incluso metió en él algunas cosas de las niñas para que pensarán que habían muerto también. Luego se las llevó a sus padrinos, Peppo y Pia, pero se marchó antes de que los Tolomei pudieran hacerle preguntas.

—¡Espera! —dijo Janice—. ¿Y la herida de bala? ¿No vio la policía que había muerto antes del accidente?

Umberto titubeó, luego confesó a regañadientes.

—Incendí el coche. No pensé que fueran a investigarlo tanto. ¿Por qué iban a hacerlo? Les iban a pagar igual. Pero un listillo empezó a hacer preguntas y, cuando quise darme cuenta, ya me habían cargado el paquete entero: el profesor, el incendio, vuestra madre... ¡hasta vosotras!

Esa misma noche —siguió contándonos— Umberto llamó a tía Rose, haciéndose pasar por un agente de policía de Siena, y le dijo que su sobrina había muerto, que las niñas estaban con su familia, que no estaban a salvo en Italia y que más valía que fuera a buscarlas de inmediato. Después de esa llamada, cogió el coche en dirección a Nápoles e hizo una visita a los asesinos de Diane y a casi todos los que sabían algo del tesoro. Ni siquiera se molestó en ocultar su identidad. Quería que fuese una advertencia. Sólo le perdonó la vida a Coceo: no fue capaz de matar a un muchacho

de diecinueve años.

Luego desapareció durante meses mientras la policía lo buscaba por todas partes. Terminó marchándose a Estados Unidos a ver a las niñas, sin planes concretos. Cuando las localizó, esperó a que ocurriera algo. A los pocos días vio a una mujer por el jardín, podando las rosas. Dando por supuesto que se trataba de tía Rose, se le acercó y le preguntó si necesitaba a alguien que le echara una mano con el patio. Así fue como empezó. Seis meses después, se trasladó allí y aceptó trabajar por poco más que el alojamiento y las comidas.

—¡No me lo creo! —espeté—. ¿Nunca le extrañó que «casualmente» anduvieras por allí?

—Se sentía sola —masculló Umberto, poco orgulloso de sí mismo—. Demasiado joven para ser viuda y demasiado vieja para ser madre. Estaba predispuesta a creer cualquier cosa.

—¿Y Eva María? ¿Sabía dónde estabas?

—La llamaba por teléfono, pero nunca le dije dónde estaba, ni le hablé de vosotras.

Siguió explicándonos que había temido que, de haberse enterado de que tenía dos nietas, Eva María habría insistido en que volvieran los tres a Italia. Sabía bien que él nunca podría volver; la gente lo reconocería y la policía se le echaría encima de inmediato, a pesar de su nombre y pasaporte falsos. Y, aunque no hubiera insistido, conocía lo bastante bien a su madre para saber que habría ideado algún modo de ver a las niñas y las habría puesto en peligro. En caso contrario, habría pasado el resto de sus días suspirando por esas nietas que no había llegado a conocer, habría muerto con esa pena y, por supuesto, habría culpado a Umberto. Por eso jamás se lo dijo.

Con el tiempo, Umberto empezó a pensar que su turbio pasado napolitano había quedado enterrado para siempre. Dejó de creerlo cuando un buen día vio una limusina acercarse a la finca de tía Rose y parar delante de su puerta. Cuatro hombres bajaron del vehículo y, al verlos, reconoció de inmediato a Coceo. Nunca supo cómo lo habían localizado después de tantos años, pero supuso que habrían sobornado a alguien para que rastreara las llamadas de Eva María.

Los matones le dijeron que aún estaba en deuda con ellos y que, si no les pagaba él, lo harían sus hijas. Contestó que no tenía dinero, pero se rieron de él y le recordaron la estatua de las gemas que les había prometido hacía tiempo. Cuando quiso explicarles que era imposible, que no podía volver a Italia, le soltaron que era una lástima, porque, si no lo hacía, irían a por sus hijas. Al final accedió a buscar las joyas, le dieron tres semanas para hacerlo.

Antes de marcharse, para asegurarse de que Umberto los tomaba en serio, lo llevaron al vestíbulo y empezaron a darle una paliza, durante la cual volcaron el jarrón veneciano de la mesa de debajo de la lámpara de araña, que se hizo añicos en

el suelo. El ruido despertó de su siesta a tía Rose, que salió del dormitorio y, cuando vio lo que ocurría, empezó a gritar desde lo alto de la escalera. Uno de ellos sacó un arma para dispararle, pero Umberto consiguió arrebatársela. Por desgracia, tía Rose, aterrada, perdió el equilibrio y rodó por la escalera. Cuando los matones se marcharon y Umberto pudo atenderla, ya estaba muerta.

—¡Pobre tía Rose! —exclamé—. Me dijiste que había muerto en paz, mientras dormía.

—Bueno, mentí —dijo Umberto con voz ronca—. Lo cierto es que murió por mi culpa. ¿Habrías preferido que te dijera eso?

—Habría preferido que nos dijeras la verdad —dije, serena—. Si nos lo hubieras contado hace años... —aún acongojada, hice una pausa para respirar profundamente—, quizá podríamos haber evitado lo demás.

—Quizá. Ahora ya es demasiado tarde. No quería que lo supierais..., quería que fueseis felices, que llevarais una vida normal.

Siguió contándonos que esa noche, tras la muerte de tía Rose, había llamado a Eva María y se lo había dicho todo, hasta que tenía dos nietas. Le preguntó también si podía ayudarle a pagar a los matones, pero ella le contestó que no podía reunir esa cantidad de dinero en tres semanas. En un principio, Eva María quiso implicar a la policía y a su ahijado, Alessandro, pero él la disuadió. No había más forma de deshacer el entuerto que complacer a aquellos sinvergüenzas encontrando las condenadas joyas.

Eva María accedió a ayudarlo, y le prometió que buscaría el apoyo de los lorenzanos de Viterbo, siempre que, cuando todo terminara, pudiese conocer a sus nietas y ellas jamás supieran nada de los crímenes de su padre. A él le pareció bien. Nunca había querido que sus hijas conocieran su turbio pasado, por eso no les había dicho quién era. Sabía que, si descubrían que era su padre, averiguarían todo lo demás.

—¡Qué tontería! —protesté—. Si nos hubieras dicho la verdad, lo habríamos entendido.

—¿En serio? —repuso con tristeza—. Yo no estoy tan seguro.

—Bueno —intervino Janice, muy seca—. Ahora nunca lo sabremos.

Ignorando la apostilla, Umberto nos contó que, al día siguiente, Eva María fue a Viterbo a hablar con fray Lorenzo, y de dicha conversación dedujo lo que hacía falta para que los monjes la ayudasen a encontrar la tumba de Romeo y Giulietta. Fray Lorenzo le dijo que debía celebrar una ceremonia con la que «redimir los pecados» de los Salimbeni y los Tolomei, y que, después, los llevaría —a ella y a los otros penitentes— a la tumba de los enamorados para que pudieran arrodillarse ante la Virgen misericordiosa.

El único problema era que fray Lorenzo no estaba del todo seguro de cómo llegar

allí. Sabía que había una entrada secreta en Siena y cómo continuar a partir de ella, pero ignoraba dónde se hallaba exactamente. Una vez, le contó a Eva María, lo había visitado una joven llamada Diane Tolomei que le había dicho que había averiguado la ubicación de dicha entrada, pero no había querido confiársela por temor a que cualquier desaprensivo encontrara la estatua y la echase a perder.

Diane también le dijo que tenía en su poder el *cenció* de 1340 e iba a hacer un experimento: quería tumbar en él a su pequeña Giulietta y a un niño llamado Romeo, porque pensaba que así repararía de algún modo los errores del pasado. Fray Lorenzo no estaba seguro de que eso funcionara, pero estaba dispuesto a intentarlo. Acordaron que Diane volvería al cabo de pocas semanas para que pudiesen ir juntos en busca de la tumba, pero, por desgracia, ella no regresó.

Cuando Eva María le contó todo esto a Umberto, él pensó que el plan podría funcionar, porque sabía que Diane guardaba un cofre con documentos importantes en el banco del palazzo Tolomei, e intuía que allí habría alguna pista para encontrar la entrada secreta a la tumba.

—Creedme —dijo Umberto, quizá percibiendo mis malas intenciones—, lo último que quería era implicaros en todo esto, pero, quedando tan sólo dos semanas...

—Así que me tendiste una trampa y me hiciste creer que era cosa de tía Rose —concluí, cada vez más cabreada con él.

—¿Y yo qué? —chilló Janice—. ¡A mí me hizo pensar que había heredado una fortuna!

—¡Chorradas! —replicó Umberto—. ¡Dad gracias de que seguís vivas!

—Supongo que yo no encajaba en tus maquinaciones —continuó Janice, cabreadísima—. Jules siempre fue el cerebritito.

—¡Ya estamos! —espeté con desdén—. Yo soy Giulietta, y yo estaba en peligro...

—¡Basta! —bramó Umberto—. Nada me habría gustado más que manteneros al margen, os lo aseguro, pero no había otra forma de hacerlo, así que le pedí a un viejo amigo que vigilara a Juliet para asegurarme de que estaba a salvo...

—¿Te refieres a Bruno? —inquirí, espantada—. ¡Creí que quería matarme!

—Su misión era protegerte —me contradijo Umberto—. Por desgracia, quiso sacarle partido a la situación. —Suspiró—. Lo de Bruno fue un error.

—¿Por eso lo... silenciaste? —quise saber.

—No hizo falta. Sabía demasiado sobre demasiada gente. Esos tipos no duran mucho en el trullo.

Incómodo con el tema, Umberto pasó a resumir diciendo que todo había salido conforme al plan en cuanto había logrado convencer a Eva María de que yo era su nieta y no una actriz contratada para camelarla y conseguir que lo ayudara. Tal era su recelo que incluso le pidió a Alessandro que entrase en mi habitación del hotel a por una muestra de ADN, pero, en cuanto tuvo la prueba de mi identidad, se dispuso a

organizar la fiesta de inmediato.

Recordando todo lo que fray Lorenzo le había dicho, Eva María le pidió a Alessandro que llevase al castello Salimbeni la daga de Romeo y el anillo de Giulietta, pero no le dijo por qué. Sabía que, si su ahijado albergaba la más mínima sospecha de lo que pretendía, lo estropearía todo llamando a los *carabinieri*. De hecho, habría preferido mantenerlo al margen de sus planes, pero como, en realidad, era Romeo Marescotti, lo necesitaba para que, sin saberlo siquiera, desempeñara su papel ante fray Lorenzo.

Pensándolo bien, admitió Umberto, habría sido preferible que Eva María me hubiera puesto al tanto de sus planes, o de parte de ellos, pero sólo porque la cosa salió mal. Si yo hubiera hecho lo que esperaban —beberme el vino, acostarme y quedarme dormida—, todo habría ido sobre ruedas.

—¡Un momento! —dije—. ¿Insinúas que me drogó?

Umberto titubeó.

—Sólo un poco. Por tu propia seguridad.

—¡No me lo puedo creer! ¡Es mi abuela!

—Si te sirve de consuelo, a ella no le hacía gracia, pero yo le dije que era el único modo de manteneros al margen, a Alessandro y a ti. Por desgracia, él tampoco se lo bebió.

—¡Espera, espera...! —objeté—. ¡Él me robó el libro de mamá de la habitación del hotel y te lo dio a ti anoche! ¡Lo vi con mis propios ojos!

—¡Te equivocas! —Se mostró molesto de que lo contradijera y algo sorprendido de que yo hubiera presenciado su reunión secreta con Alessandro—. Él no era más que un mensajero. Alguien le dio el libro ayer por la mañana, en Siena, y le pidió que se lo llevara a Eva María. Alessandro no sabía que era robado, de lo contrario habría...

—¡Ya, ya! —lo interrumpió Janice—. Menuda estupidez. Fuera quien fuese el ladrón, ¿por qué no se llevó el cofre entero? ¿Por qué sólo el librito?

Umberto guardó silencio un momento. Luego dijo, muy sereno:

—Vuestra madre me contó que el código estaba en el libro. Me dijo que si le ocurría algo... —No pudo seguir.

Todos guardamos silencio un rato, hasta que Janice suspiró y dijo:

—Bueno, me parece que le debes una disculpa a Jules...

—¡Jan! —la interrumpí—. Déjalo estar.

—Pero mira lo que te ha pasado... —insistió.

—¡Ha sido culpa mía! —repliqué—. Fui yo la que... —No supe cómo seguir.

—¡Lo vuestro es increíble! —gruñó Umberto—. ¿Para qué me he molestado en educarte? Hace una semana que lo conoces... ¡Y allí estabais los dos! ¡Tan tiernos!

—¿Estuviste espiándonos? —Me sentí abochornada—. ¡Será posible...!

—¡Necesitaba el *cencío*! —señaló—. Todo habría sido tan fácil si vosotros no...

—Ya que estamos —lo interrumpió Janice—, ¿cuánto sabía Alessandro de todo esto?

—¡Más que suficiente! —bufó Umberto—. Sabía que Juliet es nieta de Eva María, pero que su madrina quería decírselo personalmente. Ya está. Como os he dicho, no podíamos arriesgarnos a que interviniera la policía, por eso ella no le contó lo de la ceremonia con el anillo y la daga hasta poco antes de que tuviera lugar. No le hizo ninguna gracia que se lo hubiera ocultado, pero accedió a participar de todas formas, porque Eva María le dijo que para ella y para ti era muy importante celebrar una ceremonia que, supuestamente, pondría fin a la maldición familiar. —Umberto hizo una pausa, luego siguió, más amable—: Lástima que la cosa haya terminado así.

—¿Quién ha dicho que ha terminado? —espetó Janice.

Aunque Umberto no lo dijo, los dos sabíamos que estaba pensando: «Sí, ha terminado».

Allí tirados, presa de un amargo silencio, noté que la oscuridad me envolvía poco a poco, que penetraba mi cuerpo por innumerables heridas y me llenaba hasta el borde de desesperación. El miedo que había sentido antes, cuando me perseguía Bruno Carrera o cuando Janice y yo nos habíamos quedado atrapadas en los *bottini*, no era nada comparado con el que sentía de pronto, destrozada por el remordimiento y por la certeza de que era demasiado tarde para arreglarlo.

—Sólo por curiosidad —masculló Janice, cuya mente albergaba pensamientos sin duda muy distintos de los míos, aunque quizá igual de desoladores—, ¿llegaste a quererla? A mamá, digo.

Al ver que Umberto no respondía en seguida, añadió, aún más titubeante:

—¿Y ella... te quiso a ti?

Umberto suspiró.

—Me amaba y me odiaba. Era el mayor de sus encantos. Decía que llevábamos la lucha en los genes, y que a ella le gustaba así. Solía llamarme... —se detuvo para aclararse la voz— Niño.

Cuando la furgoneta se detuvo al fin, ya casi había olvidado adonde íbamos y por qué, pero, en cuanto se abrieron de golpe las puertas y vi las siluetas de Coceo y sus compinches recortadas sobre el fondo de la catedral de Siena, a la luz de la luna, todo volvió a mi memoria con la potencia de un puñetazo en el estómago.

Nos sacaron del vehículo por los tobillos como si no fuéramos más que unos fardos, luego entraron a sacar a fray Lorenzo. Ocurrió tan de prisa que apenas me dolió que me arrastraran por el fondo estriado de la furgoneta y, cuando nos dejaron en tierra, Janice y yo nos tambaleamos, incapaces de sostenernos en pie después de permanecer tumbadas tanto rato en la oscuridad.

—¡Eh, mirad! —susurró Janice con una chispa de esperanza en la voz—.

¡Músicos!

Cierto. Había tres coches aparcados a un tiro de piedra de la furgoneta y, a su alrededor, media docena de hombres de chaqué con estuches de chelos y violines, fumando y bromeando. Sentí una punzada de alivio pero, al ver que Coceo se dirigía a ellos, saludando con la mano, entendí que aquellos hombres no habían ido allí a tocar, sino que eran parte de la banda napolitana.

En cuanto los tipos nos vieron a Janice y a mí, empezaron a dar muestras de entusiasmo. En absoluto preocupados por el ruido que estaban haciendo, nos silbaban para que los miráramos. Umberto no intentó poner fin a la diversión; era obvio, como nosotras, tenía suerte de seguir vivo. Sólo al ver a fray Lorenzo salir de la furgoneta, a nuestra espalda, el júbilo pareció transformarse en una especie de inquietud, y todos se inclinaron a coger sus instrumentos como los escolares se agachan a recoger las mochilas cuando aparece un profesor.

Para la gente de la *piazza* —y había bastante, sobre todo turistas y adolescentes—, debíamos de parecer el típico grupo local que volviera de algún festejo relacionado con el Palio. Los hombres de Coceo no paraban de charlar y reír y, en el centro, Janice y yo avanzábamos obedientes, envueltas en sendas banderas de la contrada, que ocultaban con elegancia las ataduras y las afiladas navajas con que nos apuntaban a las costillas.

Al acercarnos a la entrada principal de Santa María della Scala, de repente divisé a Lippi, que pasaba por allí cargado con un caballete, sin duda preocupado por asuntos nada mundanales. No me atreví a llamarlo a gritos, pero lo miré con toda la intensidad de que fui capaz, confiando en llegar a él por la vía espiritual. Sin embargo, cuando el artista al fin nos miró, sus ojos nos exploraron sin reconocernos, y yo me quedé desinflada.

Entonces las campanas de la catedral tocaron las doce. Había sido una noche calurosa hasta el momento, tranquila y bochornosa, y en algún lugar lejano se preparaba una tormenta. Cuando nos aproximábamos a la imponente puerta de entrada al viejo hospital, barrieron la plaza las primeras ráfagas de viento, como demonios invisibles en busca de algo, de alguien.

Sin perder ni un segundo, Coceo sacó un móvil e hizo una llamada; al poco se apagaron las luces de los costados de la puerta y fue como si todo el edificio suspirara profundamente. Acto seguido, Coceo se sacó una llave grande de hierro del bolsillo, la introdujo en la cerradura que había debajo del inmenso pomo y abrió con un fuerte estruendo.

Sólo entonces, cuando estábamos a punto de entrar en el edificio, caí en la cuenta de que no me apetecía nada explorar Santa María della Scala de noche, con o sin navaja en las costillas. Aunque, según Umberto, hacía muchos años que el hospital era un museo, aún poseía un historial de enfermedad y muerte. Incluso los que no

creían en los fantasmas tenían de qué preocuparse: los gérmenes latentes de la peste, por ejemplo. Lo cierto es que cómo me sintiera yo daba igual; ya hacía tiempo que había perdido el control de mi propio destino.

Cuando Coceo abrió la puerta, esperaba que nos recibiera una ráfaga de sombras fugaces y cierto olor a descomposición, pero al otro lado no había más que una fría oscuridad. Aun así, tanto Janice como yo titubeamos en el umbral, y sólo cuando los hombres tiraron de nosotras nos adentramos de mala gana en lo desconocido.

En cuanto estuvimos todos dentro y la puerta cerrada, los hombres empezaron a calzarse los faros de espeleología en la cabeza y a abrir los estuches de sus instrumentos. En el interior llevaban linternas, armas y herramientas mecánicas; tan pronto como lo hubieron montado todo, apartaron los estuches de una patada.

—*Andiamo!* —dijo Coceo, haciendo un gesto con la ametralladora para que saltáramos la verja de seguridad, que nos llegaba a la ingle.

A Janice y a mí, aún atadas de manos, iba a costarnos lo nuestro y, al final, los hombres nos cogieron por los brazos y nos pasaron por encima, ignorando nuestros gritos de dolor al arañarnos las espinillas con las barras metálicas.

Entonces, por primera vez, Umberto se atrevió a protestar por su brutalidad y le dijo algo a Coceo que no podía significar otra cosa más que «no te pases con las chicas», pero lo único que consiguió fue un codazo en el pecho que lo dejó doblado y sin aliento. Cuando me paré a ver si estaba bien, dos de los matones de Coceo me cogieron por los hombros y me propinaron un fuerte empujón, sin que sus pétreos rostros revelasen emoción alguna.

El único al que trataban con un poco de respeto era fray Lorenzo, que pudo pasar la verja con calma y la escasa dignidad que pudiera quedarle.

—¿Por qué lleva aún los ojos vendados? —le susurré a Janice en cuanto me soltaron.

—Porque le van a perdonar la vida —me contestó, sombría.

—¡Chis! —dijo Umberto con una mueca—. Cuanto menos llaméis la atención, mejor.

Bien pensado, era difícil. Ni Janice ni yo nos habíamos duchado desde el día anterior; más aún, ni siquiera nos habíamos lavado las manos, y yo todavía llevaba el vestido rojo largo de la fiesta de Eva María, aunque éste había perdido ya toda su prestancia. Antes, Janice me había sugerido que me pusiera algo del armario de mamá para no parecer tan encorsetada, pero a las dos nos había resultado insufrible el olor a apollillado, así que allí estaba, descalza y sucia, pero vestida de gala.

Avanzamos en silencio un rato, siguiendo el bamboleo de la luz de los faros por pasillos oscuros y diversos tramos de escaleras, dirigidos por Coceo y uno de sus secuaces, un tipo alto e icterico de rostro descarnado y hombros encorvados que me recordaba a un buitre carroñero. Cada cierto tiempo, los dos se detenían y se

orientaban por un pedazo de papel grande, que debía de ser un mapa del edificio, y siempre que lo hacían, alguien me tiraba fuerte del pelo o del brazo para asegurarse de que también yo paraba.

Llevábamos cinco hombres delante y cinco detrás en todo momento y, si intentaba mirar a Janice o a Umberto, el tipo que llevaba detrás me hundía el cañón del arma entre los omóplatos hasta que gritaba de dolor. Janice, pegada a mí, recibía idéntico trato y, aunque no podía mirarla, sabía que estaba tan de asustada y furiosa como yo, y se sentía igualmente indefensa.

A pesar de ir de chaqué y engominados, los hombres olían a rancio, lo que indicaba que también ellos estaban bajo presión. O quizá era el edificio lo que olía; cuanto más descendíamos, más horrible se hacía. A simple vista, el lugar parecía muy limpio, casi aséptico, pero, a medida que nos adentrábamos en aquella maraña de estrechos pasillos subterráneos, empezó a asaltarme la fuerte sensación de que —al otro lado de aquellas paredes secas y bien selladas— algo pútrido se abría camino poco a poco por entre la escayola.

Cuando los hombres por fin se detuvieron, ya me había desorientado por completo hacía rato. Debíamos de estar al menos a quince metros bajo tierra, pero no estaba segura de que aún nos encontráramos bajo Santa María della Scala. Temblando de frío, me froté ambos pies congelados en los gemelos para recuperar el riego sanguíneo.

—¡Jules! —dijo Janice de pronto, interrumpiendo mi gimnasia—. ¡Vamos!

Casi esperaba que alguien nos atizara en la cabeza para acallarnos; en cambio, los hombres nos empujaron hacia adelante hasta que estuvimos cara a cara con Coceo y el buitre carroñero.

—*E ora, ragazze?* —dijo Coceo, cegándonos con su faro.

—¿Qué ha dicho? —susurró Janice impaciente, volviendo la cabeza para evitar la luz.

—Algo de «chicas» —respondí en voz baja, nada contenta de haber identificado la palabra.

—Ha dicho «¿Y ahora qué, señoritas?» —intervino Umberto—. Ésta es la habitación de santa Catalina, ¿qué hacemos ahora?

Sólo entonces vimos que, a través de una cancela abierta en la pared, el buitre iluminaba una pequeña celda monacal con una cama estrecha y un altar; en la cama se hallaba la estatua yacente de una mujer —supuestamente santa Catalina—, y la pared detrás estaba pintada de azul y salpicada de estrellas doradas.

—¡Ah! —dijo Janice, tan sobrecogida como yo al descubrir que estábamos allí de verdad, en la cámara de la que hablaba el acertijo de mamá: «Traedme en seguida una barra de hierro».

—¿Ahora qué? —repitió Umberto, ansioso por demostrarle a Coceo lo útiles que

éramos.

Janice y yo nos miramos, conscientes de que las indicaciones de mamá terminaban justo ahí, con un desenfadado «¡Moveos, chicas!».

—Un momento... —de pronto recordé otro fragmento—, sí, sí..., «para acabar con la cruz».

—¿La cruz? —Umberto se quedó atónito—. *La croce...*

Volvimos a asomarnos todos a la celda y, justo cuando Coceo nos apartaba para mirar, Janice, vehemente, intentó señalarme algo con la punta de la nariz.

—¡Allí! ¡Mira! ¡Debajo del altar!

Bajo el altar había, en efecto, una losa con una cruz negra, que bien podría ser la entrada a un sepulcro. Sin perder un momento, Coceo reculó y apuntó con la ametralladora al candado que cerraba la cancela y, antes de que pudiéramos ponernos a cubierto, lo reventó con una ráfaga ensordecedora que desmontó por completo la verja.

—¡Dios santo! —gritó Janice, contraída de dolor—, ¡creo que me ha reventado los tímpanos! ¡Este tío está chalado!

Sin mediar palabra, Coceo se volvió y la cogió con fuerza por el cuello, casi ahogándola. Sucedió tan rápido que ni lo vi, hasta que al fin la soltó y ella cayó de rodillas, medio asfixiada.

—¡Jan! —chillé, y me arrodillé a su lado—. ¿Estás bien?

Tardó un instante en recobrar el aliento. Cuando al fin lo hizo, masculló agitada, pestañeando para recuperar la visión:

—Importante..., ese mamón entiende nuestro idioma.

Al poco, los hombres atacaban la cruz de debajo del altar con barras de hierro y taladros. Cuando la losa se desplomó atronadora sobre el suelo de piedra en medio de una nube de polvo, a ninguno nos sorprendió ver que al otro lado se hallaba la entrada a un túnel.

Tras salir por la tapa de la alcantarilla del Campo hacía tres días, Janice y yo nos habíamos prometido que jamás volveríamos a hacer espeleología en los *bottini*. Y allí estábamos otra vez, abriéndonos paso por un conducto poco mayor que un agujero de gusano, en una oscuridad casi absoluta y sin un cielo azul que nos esperara al otro lado.

Antes de empujarnos al agujero, Coceo nos desató al fin las manos, no por consideración, sino porque era el único modo de que fuéramos con ellos. Por suerte, aún creía que nos necesitaba para encontrar la tumba de Romeo y Giulietta; no sabía que la de la cruz bajo el altar de la celda de santa Catalina era la última pista del cuaderno de mamá.

Mientras avanzaba despacio detrás de Janice, sin más vista que sus vaqueros y el reflejo ocasional de los faros en la superficie rugosa del túnel, deseé haber llevado

pantalón yo también. La larga falda del vestido no paraba de enganchármeme por todas partes, y el fino terciopelo no protegía mis rodillas encostradas de la arenisca irregular. Por suerte, estaba tan aterida que apenas notaba el dolor.

Cuando llegamos al final del túnel, me alivió tanto como a nuestros captores descubrir que no había ninguna roca ni ningún montón de escombros que nos taponara el camino y nos obligara a retroceder; salimos a una cueva de unos seis metros de ancho, lo bastante alta para estar todos erguidos. —*E ora?* —dijo Coceo en cuanto Janice y yo nos pusimos en pie, y esta vez no hizo falta que Umberto nos lo tradujera. «¿Ahora qué?», nos preguntaba.

—¡Ay, no! —me susurró Janice—, ¡es un callejón sin salida!

A nuestra espalda fueron saliendo del túnel el resto de los hombres, entre ellos fray Lorenzo, al que sacaron entre el buitre y un tío con coleta como si fueran las comadronas reales asistiendo el parto de un príncipe. Alguien había tenido el detalle de quitarle al anciano monje la venda de los ojos antes de empujarlo por el agujero, y el fraile se movía animoso, con unos ojos como platos, como si hubiera olvidado las desagradables circunstancias que lo habían llevado hasta allí.

—¿Qué hacemos? —susurró nerviosa Janice, intentando que Umberto la mirara, pero éste andaba ocupado sacudiéndose el polvo de los pantalones y no percibió la repentina tensión—. ¿Cómo se dice «callejón sin salida» en italiano?

Por suerte para nosotras, Janice se equivocaba. Al mirar a mí alrededor con mayor detenimiento, vi que, en efecto, aparte de la boca de la que veníamos, la cueva tenía dos salidas. Una se hallaba en el techo, pero era un conducto largo y oscuro rematado por una losa de hormigón que ni siquiera podríamos haber alcanzado con una escalera. Parecía, más que nada, un viejo colector de basuras, y reforzaba esa hipótesis el hecho de que la otra salida estuviera en el suelo justo debajo, suponiendo que, como había imaginado yo, hubiera una boca bajo la oxidada plancha metálica del suelo de la cueva, cubierta por completo de polvo y tierra. En teoría, cuando ambas bocas se encontraran abiertas, cualquier cosa que se arrojara desde arriba podría atravesar la cueva sin detenerse en ella.

Al ver que Coceo aún nos miraba a nosotras en busca de indicaciones, hice lo lógico: señalar la plancha metálica del suelo.

—Busca, indaga —dije, procurando que mi propuesta sonase lo bastante profética—, mira bajo tus pies, porque aquí yace Julieta.

—¡Sí! —asintió Janice, tirándome del brazo, nerviosa—, ¡aquí yace Julieta!

Tras la confirmación de Umberto, Coceo ordenó a sus hombres que, con barras de hierro, intentaran soltar y retirar la plancha metálica, y le pusieron tanto brío que fray Lorenzo se refugió en un rincón a rezar el rosario.

—Pobre hombre —comentó Janice, mordiéndose el labio—, está completamente ido. Espero que... —Aunque no terminó la frase, sabía lo que pensaba, porque yo

llevaba un rato dándole vueltas.

Era sólo una cuestión de tiempo que Coceo terminara dándose cuenta de que el anciano monje no era más que un lastre y, cuando eso ocurriera, nosotras no podríamos hacer nada para salvarlo.

Ya teníamos las manos libres, pero estábamos tan atrapadas como antes, y lo sabíamos. En cuanto había salido del túnel el último de los matones, el tío de la coleta se había apostado delante de la boca para que ninguno de nosotros fuese tan estúpido de intentar escapar, así que Janice y yo sólo teníamos un modo de salir de aquella cueva —con o sin Umberto y el fraile— y esa forma era por el conducto del suelo, con todos los demás.

Cuando por fin lograron levantar la tapa metálica, quedó a la vista un orificio en lo bastante grande para que cupiera en él un hombre. Coceo se acercó y lo iluminó con la linterna; tras dudar un instante, los otros hicieron lo mismo, murmurando entre sí algo descorazonados. El hedor procedente del negro agujero era nauseabundo, y nosotras no fuimos las únicas que nos tapamos la nariz al principio, aunque, al cabo de un rato, dejó de parecer tan insoportable. Sin duda empezábamos a acostumbrarnos al olor a podredumbre.

Viera lo que viese Coceo allí abajo, tan sólo se encogió de hombros y dijo:

—Un *bel niente*.

—Dice que no hay nada —tradujo Umberto, ceñudo.

—¿Y qué esperaba? —espetó Janice, socarrona—, ¿un neón que dijera: «Ladrones de tumbas, por aquí»?

El comentario me estremeció y, cuando vi la mirada provocadora que le dirigió a Coceo, pensé que éste saltaría por encima del agujero para volver a cogerla por el cuello.

No lo hizo. Le devolvió una mirada rara, calculadora, y entendí que mi astuta hermana lo había estado tanteando desde el principio, tratando de averiguar cómo hacerle picar el anzuelo. ¿Por qué? Porque él era nuestra única forma de salir de allí. —*Dai, dai!* —dijo sin más, indicando a sus hombres que saltaran al agujero uno a uno.

A juzgar por su recelo y por los gritos que se oían cuando llegaban al fondo de la otra cueva, aunque la distancia no fuese suficiente para justificar el uso de una soga, el salto era lo bastante grande como para amedrentar.

Cuando nos tocó el turno a nosotras, Janice se acercó en seguida, probablemente para demostrarle a Coceo que no teníamos miedo y, cuando él le tendió la mano —quizá por primera vez en su carrera—, ella le escupió en la palma, dio un buen salto y desapareció por el agujero. Para mi asombro, Coceo sólo sonrió enseñando los dientes y le dijo algo a Umberto que me alegré de no entender.

Al ver que Janice me hacía señas desde abajo y que la caída era de menos de tres

metros, me tiré al bosque de brazos que me esperaban. Al dejarme en el suelo, uno de los matones pensó que se había ganado el derecho a magrearme, y me revolví en vano para zafarme de él.

Riendo, me cogió por las muñecas e intentó implicar a los otros en la broma, pero, cuando empezaba a sentirme aterrada, Janice acudió como una fiera a rescatarme, abriéndose paso entre la maraña de manos y brazos y situándose entre los hombres y yo.

—¿Queréis divertirlos? —les preguntó con cara de asco—. Eso es lo que queréis, ¿eh? ¡Pues, venga, divertíos conmigo!...

Se rasgó la blusa con tanta furia que los hombres no sabían qué hacer. Paralizados al verle el sujetador, empezaron a recular, salvo el que había empezado. Aún sonriente, alargó la mano con descaro para tocarle el pecho, pero lo detuvo una ráfaga ensordecedora de metrallata que nos hizo dar un respingo de miedo y perplejidad.

Al poco, una lluvia estentórea de cascotes nos tumbó a todos y, cuando di con la cabeza en el suelo y la boca y la nariz se me llenaron de polvo, recordé de pronto mi aventura en Roma, cuando, asfixiada por el gas lacrimógeno, creí que iba a morir. Pasé varios minutos tosiendo tanto que pensé que iba a vomitar, y no era la única. A mí alrededor habían caído todos los matones, y también Janice. Mi único consuelo era que el piso de la cueva no era duro, sino más bien mullido; de haber sido roca maciza, me habría dejado inconsciente.

Alcé por fin la mirada en medio de una nube de polvo y vi a Coceo allí de pie, ametralladora en ristre, esperando a ver si alguien más quería divertirse. A nadie le apetecía, claro está. Por lo visto, con la onda expansiva de su ráfaga de amonestación, se habían desprendido pedazos del techo, y los hombres, ocupados en sacudirse el pelo y la ropa, no objetaron nada.

Al parecer satisfecho con el resultado, Coceo señaló con dos dedos a Janice y, en un tono que nadie pudo ignorar, proclamó: —*La stronza é mia!*— Aun sin saber el significado exacto de «*stronza*», capté el mensaje: nadie iba a cepillarse a mi hermana más que él.

Me puse de pie y noté que me temblaba todo y no era capaz de controlar los nervios. Cuando Janice se me acercó y se colgó de mi cuello, vi que también ella estaba temblando.

—Estás zumbada —le dije, abrazándola con fuerza—. Estos tíos no son como los bobos con los que sueles liarte. Los malos no vienen con manual de instrucciones.

Janice resopló.

—Todos los tíos vienen con manual. Tú dame tiempo. Coceo-loco nos sacará de aquí en un jet privado.

—Yo no estoy tan segura de eso —murmuré, viendo cómo los hombres bajaban a fray Lorenzo, hecho un manojito de nervios, a la cueva inferior—. Me parece que

nuestras vidas no valen mucho para esta gente.

—Entonces, ¿por qué no te tiras al suelo y te dejas morir ahora mismo? —replicó Janice, soltándose—. Ríndete. Así es mucho más fácil, ¿no?

—Sólo trato de ser racional... —empecé, pero no me dejó seguir.

—¡No has hecho nada racional en toda tu vida! —Se cubrió el pecho haciéndose un nudo con la blusa desgarrada—. ¿Por qué ibas a empezar ahora?

Cuando la vi alejarse de mí furiosa, estuve a punto de sentarme en el suelo y rendirme. Pensar que todo aquello era culpa mía —la pesadilla de la caza del tesoro — y podría haberse evitado si hubiera escuchado a Alessandro y no hubiera huido del castillo Salimbeni de ese modo. Si me hubiera quedado donde estaba, sin oír nada, sin ver nada y, sobre todo, sin *hacer* nada, quizá aún estuviera allí, dormida en sus brazos.

Pero mi destino era otro. Y allí estaba yo, en las entrañas de la nada absoluta, sucísima, presenciando impertérrita cómo un tarado homicida armado con una ametralladora exigía a gritos a mi padre y a mi hermana que le dijeran por dónde debía seguir en aquella cueva sin salidas.

Consciente de que no podía quedarme sin hacer nada cuando tanto necesitaban mi ayuda, me agaché a coger una linterna que se le había caído al suelo a alguien. Entonces vi otra cosa que sobresalía de entre los cascotes delante de mí. A la luz de la linterna, parecía una concha rota, pero obviamente no podía ser: el mar estaba a casi cien kilómetros. Me arrodillé para verla mejor y el pulso se me aceleró al descubrir que lo que tenía delante era un trozo de cráneo humano.

Superado el susto inicial, me sorprendió que el hallazgo no me afectara más. Claro que, teniendo en cuenta las indicaciones de mamá, el descubrimiento de restos humanos era de esperar; a fin de cuentas, buscábamos una tumba. Así que empecé a excavar el suelo poroso con las manos para ver si el resto del esqueleto estaba allí, y no tardé mucho en hallar la respuesta: sí, estaba. Pero no estaba solo.

Bajo la superficie —por el tacto, una mezcla de tierra y cenizas—, el fondo de la cueva estaba repleto de huesos humanos acoplados al azar.

IX. III

¿Tumba? Oh, no, no, sino luminaria. ¡Oh, tú, joven asesinado...!
Pues en ella está Julieta, y su hermosura convierte esta fosa
en radiante presencia de luz.

Mi macabro descubrimiento hizo que todos retrocedieran muertos de asco, y Janice estuvo a punto de vomitar cuando vio lo que había encontrado.

—¡Dios santo! —dijo con una arcada—. ¡Es una fosa común! —Reculó tambaleándose y se tapó la boca y la nariz con la manga de la blusa—. De todos los sitios repugnantes... Joder... ¡hemos ido a parar a un pozo de peste, plagado de microbios! ¡Vamos a morir!

Contagió el pánico a los hombres y Coceo tuvo que calmarlos a todos a base de alaridos. El único que no parecía alterado era fray Lorenzo, que bajó la cabeza y empezó a rezar, supuestamente por las almas de los difuntos, que —según la profundidad real de la cueva— debían de ser cientos, si no miles.

Coceo no estaba de humor para oraciones y, apartando al fraile con la culata de su arma, me señaló y bramó algo desagradable.

—Quiere saber qué hacemos ahora —tradujo Umberto, contrarrestando la furia de Coceo con su voz serena—. Dice que, según tú, Giulietta estaba enterrada en esta cueva.

—Yo no he dicho eso... —protesté, perfectamente consciente de que sí lo había dicho—. En sus apuntes, mamá dice «cruzad el umbral y allí yace Julieta».

—¿Dónde puerta? —repuso Coceo, mirando furioso a un lado y a otro—. ¡No veo puerta!

—Bueno, ya sabes, debe de estar aquí, en alguna parte —mentí.

Coceo puso los ojos en blanco, espetó alguna barbaridad y se fue hecho una furia.

—No se lo cree —observó Umberto, muy serio—. Piensa que le has tendido una trampa. Va a hablar con fray Lorenzo.

Janice y yo vimos con creciente angustia cómo los hombres rodeaban al fraile y lo freían a preguntas. Aturdido, intentó escucharlos a todos a la vez, pero, al cabo de un rato, cerró los ojos y se cubrió los oídos con las manos.

—*Stupido!* —espetó Coceo, abalanzándose sobre el pobre anciano.

—¡No! —gritó Janice, y corrió a agarrar a Coceo por el codo para evitar que hiciese daño a fray Lorenzo—. ¡Déjame intentarlo a mí! ¡Por favor!

Por unos segundos aterradores, temí que mi hermana hubiera sobrestimado su ascendiente sobre el matón. A juzgar por el modo en que Coceo se miró el codo —que Janice aún agarraba—, le costaba creer que hubiera tenido el valor de intentar

detenerlo.

Probablemente consciente de su error, Janice lo soltó de inmediato y se hincó de rodillas para abrazarse sumisa a sus piernas. Tras otro instante de gran tensión, el matón alzó los brazos con una sonrisa y dijo algo a sus colegas que sonó a «¡Mujeres! ¡No hay quien las entienda!».

Así, gracias a Janice, se nos permitió hablar con fray Lorenzo sin interferencias mientras Coceo y sus hombres se fumaban un paquete de tabaco y pateaban un cráneo humano como si fuera un balón de fútbol.

Colocándonos de forma que el fraile no pudiera ver su indecente juego, le preguntamos —con la ayuda de Umberto— si sabía cómo podíamos llegar a la tumba de Romeo y Giulietta desde donde estábamos, pero, en cuanto entendió la pregunta, el fraile respondió con brusquedad y negó con la cabeza.

—Dice que no quiere indicarles a estos tipejos dónde está la tumba —tradujo Umberto—. Sabe que la profanarán. También dice que no tiene miedo a morir.

—¡Lo llevamos claro! —masculló Janice, luego le puso una mano en el brazo al fraile y añadió—: Lo entendemos pero, verás, es que nos van a matar a todos, y luego subirán a secuestrar a otros y los matarán también. Curas, mujeres, personas inocentes... No pararán hasta que alguien los lleve hasta esa tumba.

Fray Lorenzo meditó un instante lo que le transmitía Umberto, después me señaló e hizo una pregunta que me resultó un tanto recriminatoria.

—Pregunta si tu esposo sabe dónde estás —tradujo Umberto, divertido a pesar de todo—. Piensa que eres muy tonta de estar aquí, rodeada de matones, cuando deberías estar en casa, cumpliendo con tus deberes conyugales.

Aunque no la vi, noté que Janice, atónita y descorazonada, se disponía a tirar la toalla. Sin embargo, la asombrosa sinceridad del fraile resonó en mi interior de un modo que ella jamás podría haber entendido.

—Lo sé —dije mirándolo a los ojos—, pero mi primer deber es acabar con la maldición, y eso no puedo hacerlo sin su ayuda, fray Lorenzo.

Después de oír la traducción de Umberto de mi pregunta, fray Lorenzo, algo ceñudo, alargó la mano para acariciarme el cuello.

—Pregunta dónde está el crucifijo —dijo Umberto—. Te protegerá de los demonios.

—No... no sé dónde está —balbucí, recordando de pronto que Alessandro me lo había quitado del cuello, tonteando, y lo había dejado en la mesilla junto a su bala. Luego me había olvidado de él por completo.

Al fraile no le satisfizo la respuesta, tampoco que ya no llevara el anillo del águila.

—Dice que sería peligroso que te acercaras a la tumba así —me informó Umberto, limpiándose una gota de sudor de la frente— y te aconseja que lo

reconsideres.

Tragué saliva unas cuantas veces para serenarme y, antes de convencerme a mí misma de lo contrario, dije:

—Dile que no hay nada que reconsiderar. No tengo elección. Hay que encontrar la tumba esta noche. —Señalé con la cabeza a los matones—. Esos tipos son los verdaderos demonios. Sólo la Virgen puede protegernos de ellos. Pero sé que tendrán su castigo.

Fray Lorenzo asintió al fin, pero en lugar de hablar, cerró los ojos y empezó a tararear una canción, meciendo la cabeza, adelante y atrás, como para recordar la letra. Al mirar a Janice, vi que le hacía una seña a Umberto, pero, cuando ella abrió la boca para comentar mis progresos —o la ausencia de ellos—, el fraile dejó de tararear, abrió los ojos y recitó una especie de poema.

—«La peste negra guarda la puerta de la Virgen» —tradujo Umberto—, eso dice el libro.

—¿Qué libro? —quiso saber Janice.

—«Mirad a los impíos postrarse ahora ante su puerta, cerrada para siempre» —prosiguió, ignorándola—. Fray Lorenzo dice que esta cueva debe de ser la antigua antecámara de la cripta. Lo que pasa es que... —Umberto se interrumpió al ver que el fraile se dirigía de pronto al muro más próximo, murmurando para sí.

Como no teníamos claro lo que debíamos hacer, seguimos obedientes a fray Lorenzo mientras recorría la cueva palpando la pared. Ahora que sabía qué pisábamos, sentía un pequeño escalofrío con cada paso que daba, y casi agradecía las ráfagas de humo del tabaco que ahogaban el otro olor presente en la cueva: el olor a muerte.

Hasta que dimos la vuelta entera y volvimos al punto de partida —procurando ignorar las burlas constantes de los hombres de Coceo, que nos observaban divertidos—, fray Lorenzo no se detuvo y nos habló de nuevo.

—La catedral de Siena tiene una orientación este-oeste con la fachada principal al oeste —explicó Umberto—. Es lo normal en las catedrales, por lo que sería lógico pensar que la cripta está orientada del mismo modo. Sin embargo, según el libro...

—¿Qué libro? —volvió a preguntar Janice.

—¡Por Dios, Janice! —espeté—. Uno que leen los frailes de Viterbo, ¿vale?

—Según el libro —prosiguió Umberto, mirándonos furioso—, «la parte negra de la Virgen es un reflejo de su parte blanca», lo que podría significar que la cripta, la parte negra, la que está bajo tierra, tiene en realidad una orientación oeste-este, y su entrada al este, con lo que la puerta que conduce a ella desde esta sala miraría al oeste. ¿Estáis de acuerdo?

Janice y yo nos miramos; la vi tan perpleja como yo.

—No tenemos ni idea de cómo ha llegado a esa conclusión —le dije a Umberto

—, pero, a estas alturas, creeremos lo que sea.

En cuanto se enteró, Coceo se deshizo del cigarrillo y se remangó para ajustar la brújula de su reloj de pulsera. Tan pronto como tuvo claro dónde estaba el oeste, empezó a gritarles instrucciones a sus hombres.

Al poco andaban todos liados levantando el piso de la parte más occidental de la cueva, desenterrando con las manos esqueletos desmembrados y echándolos a un lado como si no fueran más que ramas de un árbol caído. La estampa era extraña: aquellos hombres vestidos de chaqué y zapatos resplandecientes tirados por el suelo, con los faros calzados en la cabeza y en absoluto preocupados por estar inhalando el polvo de los huesos en fase de descomposición.

A punto de vomitar, me volví hacia Janice, en apariencia hipnotizada por la excavación. Al ver que la miraba, se estremeció y dijo:

—«Señora, salid de este lugar de muerte, de putrefacción y de sueño contra natura, pues una fuerza superior que no hemos podido gobernar ha torcido nuestros planes».

La rodeé con el brazo, tratando de protegernos a las dos de aquella horrenda visión.

—Y yo que pensaba que jamás te aprenderías esos condenados versos.

—No eran los versos —dijo—, sino el papel. Yo nunca era Julieta. —Estrechó mi abrazo—. Nunca podría morir por amor.

Traté de leerle el semblante a la luz inconstante.

—¿Cómo lo sabes?

No contestó, pero dio igual porque, en ese mismo instante, uno de los hombres gritó algo desde el hoyo que estaban excavando y las dos nos acercamos a ver qué había ocurrido.

—Han encontrado la tapa de algo —dijo Umberto, señalando—. Al parecer, fray Lorenzo tenía razón.

Nos estiramos para ver lo que señalaba Umberto, pero, a la luz ocasional de los faros, era imposible distinguir más que a los hombres moviéndose por el hoyo como escarabajos locos.

Sólo al rato, cuando subieron todos a por sus herramientas mecánicas, me atreví a dirigir mi linterna al socavón para ver lo que habían encontrado.

—¡Mira! —agarré a Janice por el brazo—, ¡es una puerta sellada!

De hecho, no era sino el tope puntiagudo de una estructura blanca en la pared de la cueva —de apenas un metro de altura—, pero no había duda de que había sido el marco de una puerta, o al menos la parte superior de una, e incluso tenía una rosa de cinco pétalos esculpida en lo alto. Sin embargo, el hueco de la puerta se había sellado con un revoltijo de ladrillo rojo y mármol; quien hubiera supervisado la obra —seguramente durante el terrible año de 1348— tenía demasiada prisa para

preocuparse por los materiales o el diseño.

Cuando volvieron los hombres con sus herramientas y empezaron a perforar el ladrillo, Janice y yo nos refugiamos detrás de Umberto y fray Lorenzo. Al poco, resonaba la cueva entera con el alboroto de la demolición y del techo empezaron a caer trozos de toba como granizo, que nos cubrieron —una vez más— de escombros.

Al menos tres capas de ladrillo separaban la fosa común de lo que había debajo, por eso, en cuanto atravesaron la última capa, los hombres se retiraron y echaron el resto abajo a patadas. Pronto tuvieron abierto un agujero grande y dentado y, antes de que el polvo llegara a asentarse, Coceo los apartó para ser el primero en asomar por él su linterna.

En el silencio que siguió al estrépito de los taladros, todos lo oímos silbar de admiración, y ese sonido generó un eco hueco y espeluznante. —*La cripta!* —susurró fray Lorenzo, persignándose.

—Vamos allá —masculló Janice—. Espero que hayas traído ajos.

A los hombres de Coceo les llevó una media hora preparar nuestro descenso a la cripta. Pretendían que llegáramos al nivel del suelo excavando más en los huesos entrelazados y perforando el ladrillo de la pared según avanzaban, pero, al final, cansados de esa tarea, empezaron a tirar huesos y escombros por el agujero para formar un montículo que nos sirviera de rampa al otro lado. Al principio, los ladrillos caían con fuerte estruendo sobre lo que parecía un suelo de piedra, pero, cuando el montículo empezó a crecer, el ruido fue disminuyendo.

Cuando por fin Coceo nos hizo pasar por el agujero, Janice y yo descendimos a la cripta de la mano de fray Lorenzo, deslizándonos con cuidado por el montículo de ladrillo y huesos, sintiéndonos como supervivientes de un bombardeo que bajaran por una escalera destrozada y preguntándonos si ése sería el final —o el principio— del mundo.

En la cripta, el aire era mucho más frío que en la cueva de la que veníamos, y más limpio. Al mirar alrededor, a la luz de una docena de faros oscilantes, casi esperaba encontrar una sala grande y alargada con filas de tumbas y siniestras inscripciones latinas en las paredes; en cambio, para mi sorpresa, se trataba de un espacio bello y majestuoso de techo abovedado y altos pilares. Aquí y allá había superficies de piedra que debían de haber sido altares pero se encontraban ahora desprovistas de objetos sagrados. Aparte de eso, quedaba poco más que sombras y silencio.

—¡Madre mía! —susurró Janice, iluminando con mi linterna las paredes que nos rodeaban—. ¡Mira esos frescos! Somos los primeros que los ven desde...

—La peste —dije—. Y no creo que les sienten muy bien... tanto aire y tanta luz. Resopló.

—Ésa debería de ser la última de nuestras preocupaciones ahora, ¿no crees?

Mientras observábamos los frescos de las paredes, pasamos por delante de una

puerta cerrada por una verja de hierro forjado con filigranas doradas. Al iluminar el interior con la linterna vimos una pequeña capilla lateral con tumbas que me recordaron el cementerio donde se hallaba el sepulcro de los Tolomei y que había ido a visitar con mi primo Peppo hacía una eternidad.

No éramos las únicas interesadas en las capillas laterales: los hombres de Coceo examinaban sistemáticamente todas y cada una de las puertas, sin duda en busca de la tumba de Romeo y Giulietta.

—¿Y si no es aquí? —susurró Janice, mirando nerviosa a Coceo, cada vez más frustrado por la búsqueda infructuosa—. ¿O están enterrados aquí y la estatua está en otro sitio?... ¡Jules!

Sólo la escuchaba a medias. Después de pisar varios trozos de lo que parecía escayola, iluminé el techo con mi linterna y descubrí que aquello estaba más deteriorado de lo que había supuesto en un principio. Se habían desprendido algunos pedazos de la bóveda y un par de pilares aguantaban precariamente el peso del mundo moderno.

—¡Ay, Dios! —exclamé, de pronto consciente de que Coceo y sus matones no eran nuestros únicos enemigos allí abajo—, ¡este sitio está a punto de derrumbarse!

Miré con disimulo el agujero que conducía a la antecámara, donde estaba la fosa común, y reparé en que, aunque pudiéramos escabullimos sin ser vistas, jamás podríamos subir de vuelta al lugar desde donde habíamos saltado con la ayuda de los matones. Haciendo un gran esfuerzo, podría subir a Janice, pero ¿y yo?, ¿y fray Lorenzo? En teoría, Umberto podía auparnos a los tres uno por uno, pero ¿cómo subiría él después?, ¿íbamos a dejarlo allí?

Mis cavilaciones se vieron interrumpidas cuando Coceo nos llamó con un fuerte silbido y le ordenó a Umberto que nos preguntara si teníamos alguna otra pista de dónde podía encontrarse la condenada estatua.

—¡Si está aquí! —espetó Janice—. La cuestión es dónde la escondieron.

Al ver que Coceo no la seguía, forzó una risa.

—¿En serio pensabais —siguió con voz temblorosa— que iban a dejar algo tan valioso a la vista de todo el mundo?

—¿Qué dice fray Lorenzo? —preguntó Umberto, más que nada para desviar la atención de Janice, que parecía que iba a echarse a llorar en cualquier momento—. Alguna idea tendrá.

Miramos al fraile, que se paseaba solo, contemplando las estrellas doradas del techo.

—«Y puso un dragón allí para que guardara sus ojos» —dijo Umberto—. Eso es todo. Pero aquí no hay ningún dragón. Ni ninguna estatua en ninguna parte.

—Lo raro es que ahí —dije—, a la izquierda, hay cinco capillas equidistantes, pero en este lado sólo hay cuatro. Mirad. Falta la del centro. Sólo hay pared.

Antes de que Umberto terminara de traducir lo que yo había dicho, Coceo nos empujó a todos al lugar en el que debería haber estado la quinta puerta para examinarlo detenidamente.

—No sólo hay pared —dijo Janice, señalando un vistoso fresco—, también un paisaje con una enorme... serpiente roja voladora.

—A mí me parece un dragón —observé, retrocediendo un poco—. ¿Sabéis lo que pienso? Creo que la tumba está detrás de esta pared. Mirad... —señalé una grieta alargada en el fresco que dejaba ver la forma de una puerta bajo la escayola—. Era una capilla lateral como las demás, pero Salimbeni debió de hartarse de tenerla vigilada a todas horas y la tapió. Tiene sentido.

Coceo no necesitó más pruebas de que allí era, obviamente, donde se escondía la tumba y, al poco, taladro en mano, los hombres perforaban el fresco del dragón para acceder al nicho supuestamente oculto tras él, el estruendo del metal contra la piedra resonando por toda la cripta. Esta vez no sólo nos cayó polvo encima mientras contemplábamos la destrucción con los oídos tapados, sino también pedazos del techo abovedado; varias estrellas doradas que se desplomaron a nuestro alrededor con un fatídico estrépito, como si se derrumbaran los engranajes del universo.

Cuando pararon los taladros, el boquete de la pared era lo bastante grande para que pasara una persona y, tras él, como sospechábamos, había un nicho oculto. Uno a uno, los hombres desaparecieron por la improvisada puerta y, al final, ni Janice ni yo pudimos resistir la tentación de seguirlos, aunque nadie nos lo hubiera pedido.

Al pasar a través del agujero, llegamos a una capilla pequeña y en penumbra, y casi nos dimos de bruces con los otros, que estaban allí de pie. Cuando me estiré para ver lo que todos miraban, apenas vislumbré algo resplandeciente, hasta que uno de los matones tuvo el detalle de iluminar con su linterna el inmenso objeto que parecía hallarse suspendido en el aire sobre nosotros.

—¡Jodeeeeer! —se oyó en nuestro idioma y, por una vez, incluso Janice se quedó pasmada.

Allí estaba, la estatua de Romeo y Giulietta, mucho mayor y más espectacular de lo que había imaginado; de hecho, sus dimensiones la hacían casi aterradora. Parecía que su creador hubiera querido que quienes la contemplaran cayeran rendidos a sus pies, suplicando clemencia. Yo estuve a punto de hacerlo.

Aun en su estado actual, encaramada en lo alto de un inmenso sepulcro de mármol y cubierta de seis siglos de polvo, irradiaba un brillo dorado que ni siquiera el tiempo había podido robarle, y a la débil luz de la capilla, sus cuatro valiosos ojos —dos zafiros y dos esmeraldas— poseían un fulgor casi sobrenatural.

Para quien no conociera su historia, la estatua no hablaba de dolor, sino de amor. Romeo, arrodillado sobre el sepulcro, sostenía en brazos a Giulietta, y los dos amantes se miraban con una intensidad que logró penetrar el oscuro escondite de mi

corazón y avivar mis pesares. Quedaba claro que los bocetos de mamá no eran sino conjeturas; ni su representación más tierna de aquellos dos personajes, Romeo y Giulietta, les hacía justicia.

Allí de pie, atenazada por el remordimiento, me costaba aceptar que hubiera ido a Siena en busca de esa estatua y su cuatro gemas. Ahora que las tenía delante no sentía el más mínimo deseo de poseerlas y, si hubieran sido más, de buena gana las habría regalado mil veces a cambio de volver al mundo, a salvo de tipejos como Coceo, o incluso de poder ver a Alessandro otra vez.

—¿Crees que los enterraron juntos? —susurró Janice, estorbando mis pensamientos—. Ven... —Se abrió paso entre los hombres, tirando de mí y, cuando estuvimos junto al sepulcro, me quitó la linterna e iluminó con ella la inscripción esculpida en la piedra—. ¡Mira! ¿Recuerdas? ¿Crees que éste es el de verdad?

Nos acercamos para ver mejor, pero no logramos descifrar el italiano.

—¿Cómo era aquello? —dijo ceñuda, tratando de recordar el texto traducido—. ¡Ah, sí! «Aquí yace la fiel Giulietta..., a la que, por amor y misericordia de Dios». —Hizo una pausa, no recordaba el resto.

—«Despertará Romeo, su legítimo esposo» —proseguí en voz baja, hipnotizada por el rostro dorado de Romeo, que me miraba desde lo alto— «en un instante de gracia absoluta».

Si la historia que el maestro Lippi nos había traducido era cierta —y parecía que así era—, el anciano maestro Ambrogio había supervisado personalmente la creación de la estatua en 1341. Sin duda él, amigo personal de Romeo y Giulietta, debió de esforzarse por lograr que aquélla fuera una representación fiel de su aspecto real.

Pero Coceo y los suyos no habían viajado desde Nápoles para perderse en ensoñaciones, y dos de ellos ya habían trepado al sepulcro con el fin de determinar qué herramientas necesitaban para arrancar los cuatro ojos de la estatua. Al final, decidieron que hacía falta un taladro especial y, en cuanto los montaron y se los pasaron, se volvieron cada uno hacia su figura —uno a Romeo y el otro a Giulietta— dispuestos a proceder.

Al ver lo que pretendían, fray Lorenzo —que se había mantenido sereno hasta entonces— se abalanzó sobre los matones y trató de detenerlos, rogándoles que no dañaran la estatua, no sólo por su valor artístico, sino porque estaba convencido de que, si robaban los ojos, se desataría sobre todos ellos un mal inefable que los fulminaría. Como a Coceo le sobraban las supersticiones de fray Lorenzo, lo apartó de un empujón y ordenó a sus hombres que procedieran.

Por si no habían tenido bastante con el estruendo de tirar la pared, el ruido de los taladros metálicos resultó ser un verdadero infierno. Janice y yo nos retiramos de aquel bullicio tapándonos los oídos con las manos, perfectamente conscientes de que se acercaba el amargo fin de nuestra búsqueda.

Cuando salimos por el boquete a la parte principal de la cripta, seguidas de un angustiado fray Lorenzo, vimos en seguida que aquello se desmoronaba. Las enormes grietas de las paredes ascendían veloces hacia el techo abovedado, generando ramificaciones que, con la más mínima vibración, se extenderían en todas las direcciones.

—¿Qué tal si salimos por patas? —dijo Janice, mirando nerviosa alrededor—. Al menos en la otra cueva sólo tendremos que lidiar con muertos.

—¿Y luego qué? —pregunté—. ¿Nos quedamos sentadas debajo del agujero del techo esperando a que estos... caballeros vengan a ayudarnos a salir?

—No —replicó, frotándose la contusión que le había hecho un cascote en el brazo—, pero una de las dos podría ayudar a la otra a subir y ésta salir por el túnel en busca de ayuda.

Me la quedé mirando, de pronto consciente de que tenía razón y de que yo había sido imbécil de no caer en esa posibilidad antes.

—Bien —dije titubeante—, ¿cuál de las dos sale?

Janice me dedicó una sonrisa amarga.

—Sal tú. Eres la que tiene algo que perder... —Luego añadió, con aire de suficiencia—: Además, yo soy la que sabe lidiar con Coceo-loco.

Estuvimos así un momento, mirándonos. Luego vi a fray Lorenzo por el rabillo del ojo, arrodillado ante de uno de los altares de piedra vacíos, rezándole a un Dios que ya no estaba allí.

—No puedo hacerlo —susurré—. No puedo dejarte aquí.

—Tienes que hacerlo —replicó Janice con firmeza—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Genial —contesté—, hazlo, por favor.

—¡Jo, Jules! ¿Por qué siempre tienes que ser tú la heroína? —espetó abrazándose a mí.

Podríamos habernos ahorrado el trastorno emocional de disputarnos el martirio, porque, cuando quisimos darnos cuenta, los taladros ya no sonaban y los hombres salían de la capilla, riendo y bromeando sobre su hazaña y pasándose de unos a otros las cuatro gemas del tamaño de una nuez. El último en salir fue Umberto, y en seguida vi que pensaba lo mismo que nosotras: ¿sería ése el fin de nuestro trato con los mañosos napolitanos o decidirían que querían más?

Como si nos hubieran leído el pensamiento, cesó de pronto su algarabía y nos miraron de arriba abajo a Janice y a mí, aún abrazadas. Coceo, sobre todo, parecía muy complacido de vernos y, por su sonrisa de satisfacción, creí saber cómo pensaba rematar exactamente la gran faena. Entonces, tras desnudar a Janice con la vista y decidir que, a pesar de su conducta provocadora, no era más que otra niña asustada, sus ojos calculadores se enfriaron y dijo algo a sus hombres que hizo que Umberto

saliera disparado a interponerse entre ellos y nosotras.

—No! *Ti prego!* —le suplicó.

—*Vaffanculo!* —dijo Coceo con desdén, apuntándolo con la ametralladora.

Los dos hombres mantuvieron un agitado intercambio de lo que a todas luces parecían súplicas de un lado y obscenidades del otro, hasta que Umberto decidió pasarse a nuestro idioma.

—Amigo mío —dijo, casi poniéndose de rodillas—, sé que eres un hombre generoso. Y que también eres padre. Por favor, sé clemente. Prometo que no lo lamentarás.

Coceo no respondió en seguida. A jugar por su gesto ceñudo, no le hacía mucha gracia que le recordaran su propia humanidad.

—Por favor —prosiguió Umberto—. Las chicas jamás se lo contarán a nadie. Te lo juro.

Al fin, Coceo hizo una mueca y dijo con su acento italiano:

—Las mujeres lo cuentan todo. No paran de hablar. Bla-bla-bla.

Detrás de mí, Janice me apretaba la mano con tanta fuerza que me dolía. Sabía, igual que yo, que Coceo no iba a dejarnos salir vivas de allí por nada del mundo. Tenía las joyas, y le bastaba. No le hacían ninguna falta los testigos oculares. No obstante, me costaba creer que aquello fuera a terminar así: a pesar de todo lo que habíamos pasado por ayudarlo, ¿sería capaz de matarnos? En vez de miedo sentí rabia, rabia de que fuera tan capullo, y de que el único hombre con valor para hacerle frente y defendernos fuera nuestro padre.

Hasta fray Lorenzo andaba rezando el rosario tranquilamente, con los ojos cerrados, como si nada de lo que estaba ocurriendo tuviera que ver con él. Claro que, ¿cómo iba a saberlo? No entendía ni el mal ni nuestro idioma.

—Amigo mío —repitió Umberto empeñado en mantener la calma, con la esperanza de contagiar a Coceo, quizá—. Yo te perdoné la vida una vez, ¿recuerdas? ¿Eso no cuenta?

Coceo fingió meditarlo un instante, luego respondió con una mueca de desprecio.

—Tú me perdonaste la vida una vez, así que yo te perdonaré una vida —dijo señalándonos a Janice y a mí—. ¿Cuál prefieres, la *stronza* o el *angelo*?

—¡Jules! —gimoteó Janice, abrazándome con tanta fuerza que no podía respirar—. ¡Te quiero! Pase lo que pase, ¡te quiero!

—No me hagas elegir, por favor —le dijo Umberto con una voz casi irreconocible—. Coceo, conozco a tu madre. Es una buena mujer. Esto no le gustaría.

—¡Mi madre bailará sobre tu tumba! —espetó Coceo—. Última oportunidad: ¿la *stronza* o el *angelo*? Elige una o las mato a las dos.

Al ver que Umberto no respondía, Coceo se acercó a él.

—Eres muy estúpido —le dijo despacio, clavándole en el pecho el cañón de la

ametralladora.

Aterradas, ni Janice ni yo fuimos capaces de abalanzarnos sobre Coceo para evitar que disparara y, dos segundos después, un solo disparo atronador sacudió la cueva entera.

Seguras de que le había disparado, nos acercamos en seguida a Umberto, esperando que se desplomara, muerto, en el suelo, pero, cuando llegamos a él, seguía en pie, rígido y pasmado. En el suelo, desparramado de forma grotesca, se encontraba Coceo. Algo —¿un rayo del cielo?— le había atravesado el cráneo y se había llevado consigo la mitad posterior de la cabeza.

—¡Madre mía! —gimoteó Janice, pálida como un cadáver—, ¿qué ha sido eso?

—¡Al suelo! —gritó Umberto, tirando con fuerza de las dos—. ¡Tapaos la cabeza!

Al oír la ráfaga de disparos, los hombres de Coceo procuraron ponerse a cubierto, y aquellos que quisieron responder al ataque fueron abatidos de inmediato con pasmosa precisión. Tendida boca abajo, volví la cabeza para ver quién disparaba y, por primera vez en mi vida, no me desagradó ver desplegarse y tomar posiciones a un pelotón de polis de las fuerzas especiales. Entraron en la cripta por la boca que habíamos abierto, se apostaron tras los pilares más próximos y gritaron a los matones que quedaban —supongo— que soltaran las armas y se rindieran.

Me alivió tantísimo ver a la policía y comprender que nuestra pesadilla había terminado que sentí ganas de llorar y reír a la vez. Si hubieran tardado un minuto más en llegar, todo habría sido muy distinto. O quizá llevaran allí un rato, observando, esperando el momento de sentenciar a Coceo sin juzgarlo. Cualquiera que fuera el caso, tumbada en el suelo de piedra, aún atontada por el horror que habíamos vivido, no me habría costado creer que los había enviado la Virgen para castigar a quienes habían profanado su santuario.

Con tan escasas expectativas, los pocos mañosos que quedaban salieron de su escondite con las manos en alto. Cuando uno de ellos fue tan estúpido de agacharse a coger algo del suelo —probablemente una de las gemas—, le dispararon ipso facto. Me llevó segundos darme cuenta de que era el que había intentado meternos mano en la cueva y, lo mejor, que quien le había disparado era Alessandro.

En cuanto lo divisé, me invadió un gozo intenso, pero, cuando iba a contárselo a Janice, resonó sobre nuestras cabezas un tremendo estrépito que se convirtió en un estallido atronador cuando uno de los pilares que sostenían el techo abovedado se desplomó sobre los matones que quedaban, dejándolos sepultados bajo varias toneladas de piedra.

El eco trémulo de la columna desplomada se propagó por la red de cuevas subterráneas que nos rodeaban. Parecía que el caos de la cripta hubiera desatado un vibración bajo tierra similar a un terremoto. Entonces vi que Umberto se levantaba de pronto y nos hacía una seña a Janice y a mí para que hiciéramos lo mismo.

—¡Vamos! —nos instó, mirando inquieto los pilares—. No nos queda mucho tiempo.

Cruzando a toda prisa la estancia, escapamos por los pelos de una lluvia de escombros que caían del techo resquebrajado y, cuando una de las estrellas de la cúpula me atizó en la sien, estuve a punto de perder el conocimiento. Me detuve un instante para recuperar el equilibrio y vi que Alessandro venía hacia mí, saltando por encima de los cascotes e ignorando las advertencias de los demás. No dijo nada, tampoco hizo falta. Sus ojos me dijeron todo lo que esperaba oír.

Habría salido corriendo a su encuentro de no haber oído un leve grito a mi espalda.

—¡Fray Lorenzo! —exclamé, espantada, al darme cuenta de que nos habíamos olvidado del fraile.

Giré y vi su figura agazapada en medio de aquella devastación y, sin que Alessandro pudiera detenerme, deshice el camino, ansiosa por llegar hasta el anciano antes de que algún cascote me lo impidiera.

Alessandro me habría detenido de no ser porque otra columna se desplomó entre los dos en medio de una nube de polvo, seguida de una lluvia de cascotes. Esta vez la columna rompió el suelo y reveló que, bajo las losas de piedra, no había vigas de madera, ni planchas de hormigón, sólo un vacío grande y oscuro.

Petrificada, me detuve allí mismo, sin atreverme a seguir. Detrás de mí oí a Alessandro gritarme que volviera pero, cuando iba a retroceder, el suelo que pisaba empezó a desprenderse de la estructura que lo rodeaba. Antes de que me diera cuenta, el piso se había esfumado y yo caía en picado a la nada, demasiado aturdida para gritar, sintiéndome como si el adhesivo del mundo se hubiera evaporado de pronto y lo único que quedara en ese nuevo caos fueran trozos y pedazos, la gravedad y yo.

¿Cuánto caí? Yo diría que atravesé el tiempo mismo, vidas, muertes y siglos pasados, pero, en distancia, no fueron ni cinco metros. Al menos eso es lo que dicen. También dicen que, por suerte, al llegar al inframundo no me esperaban ni rocas ni demonios, sino un río antiguo que te despierta de los sueños y que a pocas personas se les ha permitido encontrar.

Se llama *Diana*.

Dicen que en cuanto me precipité con el piso desplomado, Alessandro saltó detrás de mí sin pararse siquiera a quitarse el equipo. Cuando se lanzó al agua helada, el peso de todo aquello —el chaleco, las botas, el arma— lo arrastró al fondo y tardó un momento a salir a la superficie. Luchando contra la corriente, logró sacar una linterna y al fin encontró mi cuerpo desmazzalado sujeto al saliente de una roca.

Tras gritarles a sus compañeros que se dieran prisa, consiguió que le pasaran una cuerda para subirnos a los dos a la cripta de la catedral. Sordo a todos y a todo, me depositó en el suelo, en medio de los escombros, me sacó el agua de los pulmones y

empezó a reanimarme.

Allí de pie, pendiente de sus esfuerzos, Janice no entendió la gravedad de la situación hasta que, al levantar la vista, vio a los otros agentes mirarse con tristeza. Todos sabían lo que Alessandro se negaba a aceptar: que yo estaba muerta. Sólo entonces Janice notó que le brotaban las lágrimas y ya no hubo forma de pararlas.

Al final, Alessandro dejó de intentar reanimarme y se limitó a abrazarme como si nunca fuera a soltarme. Me acarició la mejilla y me habló; me dijo las cosas que debería haberme dicho cuando estaba viva, sin importarle quién lo oyera. En ese instante, dice Janice, nos parecíamos mucho a la estatua de Romeo y Giulietta, salvo porque mis ojos estaban cerrados y el semblante de Alessandro, desencajado de dolor.

Al ver que incluso él había perdido la esperanza, Janice se zafó de los agentes que la retenían, se acercó corriendo a fray Lorenzo y lo agarró por los hombros.

—¿Por qué no reza? —chilló, zarandeando al anciano—. Récele a la Virgen, y dígale... —De pronto consciente de que no la entendía, Janice se alejó del fraile y, mirando al techo, gritó con todas sus fuerzas—: ¡Haz que viva! ¡Sé que puedes! ¡Déjala vivir!

Como no hubo respuesta, mi hermana cayó de rodillas y lloró desconsoladamente. Ninguno de los presentes se atrevió a tocarla.

Justo entonces, Alessandro sintió algo, un leve estremecimiento, y quizá fue él, no yo, pero eso bastó para alimentar su esperanza. Sujetándome la cabeza con las manos, volvió a hablarme, con ternura al principio, impaciente después.

—¡Mírame! —me imploró—. ¡Mírame, Giulietta!

Dicen que, cuando al fin lo oí, no tosí, ni boqueé, ni gemí. Sólo abrí los ojos y lo miré. Cuando finalmente entendí lo que ocurría a mí alrededor, por lo visto sonreí y susurré:

—A Shakespeare no le gustaría.

Todo esto me lo contaron luego; yo no recuerdo apenas nada. No recuerdo que fray Lorenzo se arrodillara a besarme la frente, ni que Janice bailase a mí alrededor como una posesa, besando a todos los policías sonrientes uno por uno. Sólo recuerdo los ojos del hombre que se negaba a perderme otra vez y me había arrebatado de las garras del Bardo para que al fin pudiéramos escribir nuestro final feliz.

Décima Parte



X. I

... y lo que ahora sufrimos será dulce recuerdo en días por venir.

El maestro Lippi no acababa de entender por qué no podía estarme quieta. Allí estábamos por fin, él detrás de un caballete y yo en todo mi esplendor, enmarcada por flores silvestres y bañada en la luz dorada del sol de final del verano. Apenas precisaba diez minutos para concluir su retrato.

—¡Por favor, no te muevas! —dijo, agitando la paleta.

—Pero, maestro —protesté—, ¡tengo que irme!

—¡Bah! —desapareció otra vez tras el lienzo—. Estas cosas nunca empiezan a tiempo.

Las campanas del monasterio que tenía a mi espalda, en lo alto del monte, habían dejado de repicar hacía un rato y, cuando me volví a mirar una vez más, vi que una figura con vestido de vuelo bajaba corriendo hacia nosotros por la loma forrada de césped.

—¡Pero Jules! —exclamó Janice, demasiado ahogada para desatar su furia conmigo—. ¡A alguien le va a dar algo como no vengas ahora mismo!

—Lo sé, pero... —miré a Lippi, reacia a interrumpir su trabajo. A fin de cuentas, Janice y yo le debíamos la vida.

No cabía ignorar que nuestra odisea en la cripta de la catedral habría acabado de forma muy distinta de no ser porque el maestro —en un momento de lucidez— nos había reconocido cuando cruzábamos la piazza del Duomo esa noche, rodeadas de músicos y envueltas en banderolas. Nos vio antes que nosotras a él, pero, al reparar en las banderolas del Unicornio —el gran rival de nuestra contrada, la de la Lechuza—, había sabido en seguida que algo horrible estaba pasando.

Volvió aprisa a su estudio y llamó a la policía. Alessandro ya estaba en comisaría, interrogando a dos imbéciles napolitanos que, al intentar matarlo, se habían roto los brazos.

Por eso, de no haber sido por Lippi, la policía no nos habría seguido a la cripta, Alessandro no me habría salvado del río *Diana* y yo no estaría en el monasterio de fray Lorenzo en Viterbo, en todo mi esplendor.

—Lo siento, maestro —dije, levantándome—, pero tendremos que dejarlo para luego.

Mientras subíamos a toda prisa, no puede evitar reírme. Janice llevaba uno de los vestidos a medida de Eva María y, como es natural, le quedaba perfecto.

—¿De qué te ríes? —espetó, aún enfadada conmigo por llegar tarde.

—De ti —le respondí risueña—. No sé cómo no me había dado cuenta antes de lo

mucho que te pareces a Eva María. Incluso hablas como ella.

—¡Muchas gracias! —me respondió—. Supongo que será mejor que hablar como Umberto... —Pero, antes de pronunciar siquiera las palabras, su rostro se ensombreció—. Lo siento.

—No lo sientas. Seguro que está aquí en espíritu.

Lo cierto era que no teníamos ni idea de qué había sido de Umberto. Nadie lo había visto desde que había empezado el tiroteo en la cripta de la catedral. Quizá había desaparecido bajo tierra, pero eso tampoco lo había visto nadie. Todos andaban ocupados buscándome a mí.

Tampoco se habían encontrado las cuatro joyas. A mi juicio, se las había tragado la tierra: había acogido en su seno los ojos de los amantes, como había recuperado la daga del águila.

Janice, en cambio, estaba segura de que Umberto se las había apropiado y había huido por los *bottini* para vivir una vida de lujo en Buenos Aires..., o donde fuera que se retiraran los mañosos. También Eva María, tras unos cuantos martinis de chocolate en la piscina del castello Salimbeni, había empezado a coincidir con ella. Umberto —nos dijo, ajustándose las gafas bajo la pamelá— tenía la mala costumbre de desaparecer, a veces durante años, y llamarla de pronto, como si nada. Además, estaba segura de que, aunque su hijo hubiera caído al *Diana*, se habría mantenido a flote y se habría dejado arrastrar por la corriente hasta algún lago. ¡No podía ser de otro modo!

Para llegar hasta el santuario, tuvimos que pasar por un olivar y un vivero con colmenas. Fray Lorenzo nos había paseado por las tierras esa misma mañana y, al final, habíamos terminado en una rosaleda escondida, dominada por una rotonda de mármol.

En el centro del templo se hallaba la estatua de bronce de tamaño natural de un monje, con los brazos abiertos en señal de amistad. El fraile nos explicó que así era como a los hermanos les gustaba imaginar al fray Lorenzo original, y que sus restos estaban enterrados bajo la estatua. Era un lugar de paz y contemplación, nos dijo, pero, por ser quienes éramos, haría una excepción.

Cerca ya del santuario, con Janice a remolque, me detuve un instante para tomar aire. Estaban todos allí, esperándonos —Eva María, Malena, el primo Peppo con la pierna escayolada y una docena más de personas cuyos nombres empezaba a aprenderme— y, junto a fray Lorenzo, Alessandro, tenso e irresistible, mirando ceñudo el reloj.

Al ver que nos acercábamos, meneó la cabeza y me dedicó una sonrisa medio de reproche, medio de alivio. En cuanto pudo, me agarró, me dio un beso en la mejilla y me susurró al oído:

—Me parece que tendré que encadenarte en la mazmorra.

—Qué medieval te pones —repliqué, zafándome de su abrazo con fingido pudor al ver que teníamos público.

—Lo que tú me inspiras.

—*Scusi?* —Fray Lorenzo nos miró con las cejas enarcadas, impaciente por dar comienzo a la ceremonia, y yo, dejando mi réplica para después, me volví obediente hacia el fraile.

No nos casábamos porque creyéramos que debíamos hacerlo. Esa ceremonia nupcial en el santuario de Lorenzo no era sólo por nosotros, sino también para demostrar a los demás que, en efecto, estábamos hechos el uno para el otro, algo que los dos sabíamos hacía mucho tiempo. Además, Eva María exigía una oportunidad de celebrar el regreso de sus nietas desaparecidas, y Janice se habría puesto muy triste si no le hubiéramos asignado un papel glamuroso en aquello. Así que se habían pasado la tarde repasando el guardarropa de Eva María en busca del vestido perfecto de dama de honor mientras nosotros retomábamos mis clases de natación en la piscina.

Sin embargo, aunque nuestra boda no fuese más que una confirmación de las promesas que ya nos habíamos hecho, me conmovió la espontaneidad de fray Lorenzo y ver a Alessandro a mi lado, escuchando con atención el sermón del fraile.

Allí de pie, cogida de su mano, comprendí de pronto por qué —toda la vida— me había atormentado el miedo a morir joven. Siempre que había intentado imaginar mi futuro más allá de la edad a la que había muerto mi madre, no había visto más que oscuridad. Por fin tenía sentido. Esa oscuridad no era la muerte, sino la ceguera; ¿cómo iba a saber que algún día despertaría —como de un sueño— a una vida cuya existencia desconocía?

La ceremonia prosiguió en italiano, con gran solemnidad, hasta que el padrino, Vincenzo —el marido de Malena—, le entregó los anillos a fray Lorenzo. Al reconocer el anillo del águila, el fraile hizo una mueca de exasperación y dijo algo que desató la carcajada general.

—¿Qué ha dicho? —le susurré a Alessandro.

Aprovechando la ocasión para besarme el cuello, Alessandro me respondió en voz baja:

—Ha dicho: «¡Santa Madre de Dios!, ¿cuántas veces voy a tener que hacer esto?».

Cenamos en el claustro del monasterio, al abrigo de un enrejado cubierto de enredadera. Cuando empezó a anochecer, los hermanos entraron a buscar lámparas de aceite y velas de cera de abeja recogidas en recipientes de cristal artesanales, y el resplandor dorado de las mesas pronto ahogó la fría luz trémula del firmamento estrellado.

Era gratificante estar sentada junto a Alessandro, rodeada de personas que, de otro modo, jamás se habrían reunido. Tras los reparos iniciales, Eva María, Pia y el

primo Peppo habían logrado llevarse estupendamente y desprenderse al fin de los viejos malentendidos familiares. ¿Qué mejor ocasión para hacerlo? A fin de cuentas, eran nuestros padrinos.

No obstante, la mayoría de los invitados no eran ni Salimbeni ni Tolomei, sino amigos sieneses de Alessandro y miembros de la familia Marescotti. Yo ya había ido a cenar con sus tíos varias veces —por no hablar de sus primos, que vivían en la misma calle—, pero era la primera vez que veía a sus padres y a sus hermanos de Roma.

Alessandro me había advertido que su padre, el coronel Santini, no era un gran entusiasta de la metafísica, y que su madre sólo le contaba lo estrictamente necesario de la herencia Marescotti. No pudo alegrarme más que ninguno de los dos quisiera conocer la historia de nuestro noviazgo y, aliviada, ya le había apretado la mano a Alessandro bajo la mesa cuando su madre se inclinó para susurrarme con un guiño de complicidad:

—Cuando vengáis a vernos, me cuentas lo que ocurrió de verdad, ¿eh?

—¿Has estado alguna vez en Roma, Giulietta? —inquirió el coronel Santini, extinguiendo por un momento el resto de las conversaciones con su potente voz.

—Eh..., no —dije, clavándole las uñas en el muslo a Alessandro—. Pero me encantaría ir.

—Qué raro..., tengo la sensación de haberte visto antes —añadió el coronel, algo ceñudo.

—Eso me pasó a mí cuando nos conocimos —dijo su hijo, rodeándome con el brazo. Entonces me besó con descaro en la boca, hasta que todos empezaron a reír y a golpetear la mesa, y la conversación, por suerte, se desvió al Palio.

Dos días después del drama de la cripta, la contrada dell'Aquila había logrado ganar al fin la carrera, tras casi veinte años de decepciones. A pesar de que el médico me había aconsejado que me tomara las cosas con calma durante un tiempo, Alessandro y yo habíamos estado allí, presenciando la disputa y celebrando el renacer de nuestros destinos. Luego, junto con Malena, Vincenzo y todos los demás aguiluchos, nos habíamos dirigido a la catedral para asistir a la misa en honor a la Virgen y agradecerle el *cencío* con que había obsequiado a la contrada dell'Aquila aun estando Alessandro en la ciudad.

Mientras estaba en la iglesia, cantando un himno que no sabía, pensé en la cripta que se hallaba en algún lugar bajo nuestros pies, y en la estatua dorada que sólo nosotros conocíamos. Quizá algún día la cripta podría volver a visitarse, y tal vez el maestro Lippi restaurara la estatua y le diera unos ojos nuevos, pero, hasta entonces, sería nuestro secreto. Quizá fuera preferible así. La Virgen nos había permitido encontrar su santuario, pero todos los que se habían acercado a él con malas intenciones habían muerto. Ciertamente no era un gran atractivo para grupos

turísticos.

En cuanto al viejo *cencío*, se lo devolvimos a la Virgen, como había prometido hacer Romeo Marescotti. Lo llevamos a Florencia para que lo restaurara un profesional, y se encuentra en una vitrina de la pequeña capilla del museo del Águila, impecable a pesar de lo sufrido últimamente. Como es lógico, todos los miembros de la contrada se mostraron entusiasmados de que hubiéramos localizado tan valiosa pieza histórica, y a nadie le extrañó que cada vez que se hablara del tema yo me ruborizase.

Durante el postre —una espectacular tarta diseñada personalmente por Eva María— Janice se inclinó para dejarme en la mesa un viejo pergamino amarillento. Lo reconocí en seguida: era la carta de Giannozza a Giulietta que fray Lorenzo me había enseñado en el castello Salimbeni. La única diferencia era que, esta vez, el sello ya estaba roto.

—Un regalito —dijo Janice, entregándome un folio doblado—. Ésta es la traducción. Fray Lorenzo me dio la carta y Eva María me ha ayudado a traducirla.

Noté que estaba impaciente por que la leyera en seguida, y eso hice. Decía lo siguiente:

Mi querida hermana:

No te imaginas lo feliz que me hizo recibir una carta tuya después de este largo silencio, ni te imaginas lo mucho que me duelen estas noticias. Madre y padre muertos, y Mino y Jacopo y el pequeño Benni... No encuentro palabras para expresar mi pesar. Me ha costado muchos días poder escribirte una respuesta.

Si fray Lorenzo estuviera aquí, me diría que forma parte de los designios del cielo y que no debería llorar por los seres queridos que ya están a salvo en el paraíso, pero él no está aquí, y tú tampoco. Estoy completamente sola en una tierra bárbara.

Cuánto me gustaría ir a verte, querida mía, o que vinieras tú, que pudiéramos consolarnos la una a la otra en estos momentos de tristeza. Pero sigo aquí, prisionera en la casa de mi esposo, y aunque él pasa en la cama casi todo el tiempo, más débil con cada día que pasa, temo que vaya a vivir eternamente. A veces salgo por la noche y me tumbo en la hierba a mirar las estrellas, pero, a partir de mañana, unos desconocidos advenedizos de Roma llenarán la casa — relaciones comerciales de alguna oscura familia de Gambacorta— y mi preciada libertad volverá a limitarse al alféizar de la ventana. Pero no quiero angustiarte con mis penas, hermana, que no son nada comparadas con las tuyas.

Me duele saber que nuestro tío te tiene prisionera, y que te consume el deseo de vengarte de ese hombre, S... Queridísima hermana, sé que es casi imposible,

pero te suplico que te libres de esos pensamientos destructivos. Ten fe en que Dios castigará a ese hombre en su momento. Por mi parte, he pasado muchas horas en la capilla, agradeciendo que te libraras de los malos. Por tu descripción de ese joven, Romeo, sé bien que es el auténtico caballero que has estado esperando pacientemente.

Me alegro de nuevo de haber sido yo quien se embarcara en este aciago matrimonio. Escríbeme más a menudo, querida hermana, y no escatimes detalles, para que así, a través de ti, pueda yo vivir el amor que me fue negado. Confío en que, al recibo de esta carta, te encuentres bien y feliz, libre de los demonios que te atormentan. Dios mediante, volveré a verte pronto, y nos tenderemos sobre las margaritas y nos reiremos de las penas pasadas como si jamás hubieran existido. En ese futuro dichoso que nos espera, tú estarás casada con tu Romeo y yo libre al fin de mis ataduras. Reza conmigo, querida, para que así sea.

*Tuya afectísima,
G.*

Cuando dejé de leer, las dos llorábamos. Consciente de la perplejidad de los comensales ante nuestro arrebato, la abracé y le agradecí aquel regalo perfecto. Dudo que los invitados entendieran la importancia de esa carta; ni siquiera los que conocían la triste historia de las hermanas medievales habrían comprendido lo que significaba para mi hermana y para mí.

Era casi medianoche cuando al fin pude volver al jardín con un renuente Alessandro. Todos se habían acostado ya, y era el momento de hacer algo que llevaba tiempo queriendo hacer. Abrí la puerta chirriante del santuario de Lorenzo y, mirando a mi acompañante protesten, le puse un dedo en los labios.

—En teoría, no deberíamos estar aquí.

—Exacto —respondió él, tratando de estrecharme en sus brazos—. Deja que te cuente dónde deberíamos estar...

—¡Chis! —Le tapé la boca con la mano—. En serio, tengo que hacer esto.

—¿Por qué no mañana? —Me zafé y lo besé rápidamente—. No tenía pensado escaparme de la cama mañana.

A regañadientes, Alessandro accedió a entrar en el santuario y a la rotonda de mármol donde se hallaba la estatua de bronce de fray Lorenzo. A la luz de la luna incipiente, la estatua casi parecía una persona de verdad, esperándonos de pie con los brazos abiertos. Huelga decir que las posibilidades de que los rasgos de la estatua se asemejaran a los del original eran escasas, pero eso daba igual. Lo importante era que algunas personas habían tenido el detalle de reconocer el sacrificio de aquel hombre y, gracias a ellas, habíamos podido agradecerérselo.

Me quité el crucifijo, que llevaba desde que Alessandro me lo había devuelto, y me estiré para colgarlo del cuello de la estatua, donde debía estar.

—La señora Mina lo guardaba como símbolo de su conexión —dije, más que nada para mí—. Yo no lo necesito para recordar lo que hizo por Romeo y Giulietta. —Callé un momento—. Quién sabe, quizá nunca hubo ninguna maldición. Tal vez éramos nosotros, todos nosotros, quienes creíamos que merecíamos una.

Alessandro no dijo nada. Alargó la mano y me acarició la mejilla como lo había hecho aquel día en Fontebranda, y esta vez supe bien lo que implicaba. Tanto si habíamos estado malditos como si no, si habíamos pagado por ello como si no, él era mi bendición, y yo la suya, y eso bastaba para desarmar cualquier proyectil que el destino —o Shakespeare— tuviera la torpeza de enviarnos.

Nota de la autora

Aunque *Juliet* es una obra de ficción, está basada en hechos históricos. La primera versión de *Romeo y Julieta* tenía lugar en Siena y, tras indagar un poco, se entiende por qué la historia se originó donde lo hizo precisamente.

Siena, quizá más que cualquier otra población de la Toscana, fue víctima de intensas enemistades familiares durante toda la Edad Media, y Tolomei y Salimbeni se encontraban enfrentados de un modo que recuerda mucho a la rivalidad entre los Capuleto y los Montesco de la obra de Shakespeare.

Dicho esto, me he tomado algunas libertades a la hora de retratar al señor Salimbeni como un maltratador, y no sé si al doctor Antonio Tasso, de Monte dei Paschi di Siena —que tuvo la bondad de enseñarle a mi madre el palazzo Salimbeni y transmitirle su gloriosa historia—, le agrada la idea de que haya instalado una cámara de tortura en el sótano de su loable institución.

Tampoco se alegrarán mucho mis amigos Gian Paolo Ricchi, Darío Colombo, Alex Baldi, Patrizio Pugliese y Cristian Cipo Riccardi de que haya convertido el antiguo Palio en algo tan violento, pero, teniendo en cuenta lo poco que se sabe de su versión medieval, confío en que sean condescendientes.

Espero que santa Catalina me perdone por implicarla en la leyenda de la señora Mina y la maldición del muro, así como en la historia del comandante Marescotti y Romanino, donde aparece como bebé de la familia de Benincasa. Ambos escenarios son inventados, si bien he tratado de ser fiel al espíritu de sus primeros años en Siena, su asombrosa personalidad y los milagros que se le atribuyen. La arqueóloga Antonella Rossi Pugliese tuvo la amabilidad de llevarme de paseo por el casco antiguo de Siena, y fue ella quien me inspiró la inmersión en los misterios de la Siena subterránea: las cuevas de los *bottini*, la cripta perdida de la catedral y los restos de la peste bubónica de 1348. Atendiendo a una sugerencia suya, mi madre visitó el antiguo hospital de Santa María della Scala, donde descubrió la habitación de santa Catalina, así como la entrada a la fosa común de la plaga medieval.

Las partes menos macabras de la investigación de mi madre sobre la historia de Siena fueron posibles sobre todo gracias a la Biblioteca Comunale degli Intronati, el Archivio dello Stato y la Librería Ancilli —de donde sale, por cierto, la ficha que Juliet encuentra en el compartimento secreto del cofre de su madre—, pero también agradecemos la valiosa información del profesor Paolo Nardi, del dominico Alfred White y del jesuita John W. Pech, así como el legado literario del difunto Johannes Jorgensen, poeta y periodista danés cuya biografía de Santa Catalina nos ofrece una visión cautivadora de la Siena del siglo XIV. También el Museo della Contrada della Civetta y la policía municipal de Siena nos han sido tremendamente útiles, esta última más que nada por no arrestar a mi madre durante sus múltiples investigaciones

clandestinas de los sistemas de seguridad de los bancos y similares.

A propósito de actividades ilícitas, aprovecho para disculparme con el director Rosi, del hotel Chiusarelli, por permitir que se le atribuya un robo a su hermoso establecimiento. Que yo sepa, nunca se ha violado la seguridad del hotel, y su director tampoco se entrometería jamás en los asuntos de sus huéspedes ni se atrevería a tocar sus pertenencias.

Además, querría hacer hincapié en que el maestro Lippi —que existe en la realidad— no es tan excéntrico como lo he pintado. Tampoco tiene un taller desordenado en el centro de Siena, sino un impresionante estudio en un antiguo castillo Tolomei, en el campo. Confío en que me disculpe la licencia poética.

Dos amigos de Siena han sido particularmente atentos y generosos con su conocimiento de la zona: el abogado Alessio Piscini ha sido una fuente inagotable de sabiduría sobre la contrada dell'Aquila y la tradición del Palio, y el autor Simone Berni ha sufrido pacientemente un aluvión de preguntas sobre los usos italianos y la logística sienesa. Debo decir que si, a pesar de todo, se ha colado en el libro algún error fáctico, es culpa mía y no de ellos.

Me gustaría también hacer extensivo mi agradecimiento a las siguientes personas ajenas a Siena: a mi amiga y compañera de batalla del Institute for Humane Studies, Elisabeth McCaffrey, y a mis hermanas del club de lectura Jo Austin, Maureen Fontaine, Dará Jane Loomis, Mia Paséale, Tamie Salter, Monica Stinson y Alma Valevicius, que tuvieron la amabilidad de comentar mi primer borrador.

Dos personas han sido cruciales para que esta historia se convierta en libro: mi agente, Dan Lazar, cuyo entusiasmo, diligencia y sabiduría lo han hecho todo posible, y mi editora, Susanna Porter, que, con su devoción y su pericia ha logrado pulir y dar consistencia a la obra sin enredarme. Ha sido un honor y un privilegio trabajar con ambos.

Agradezco inmensamente la ayuda y el apoyo tremendos de toda la gente maravillosa de Writers House y Random House, dos casas (me atrevo a decir) de idéntica dignidad. Maja Nikolic, Stephen Barr, Jillian Quint y Libby McGuire, sobre todo, han sido indispensables para la publicación de este libro. Quiero dar las gracias en especial a Iris Tupholme, de HarperCollins Canadá, por sus sustanciosos consejos sobre la novela.

Por último, le estoy más que agradecida a mi marido, Jonathan Fortier, sin cuyo amor, respaldo y sentido del humor jamás podría haber escrito este libro, y sin el que aún seguiría dormida sin saberlo siquiera.

Le he dedicado *Juliet* a mi increíble madre, Birgit Mailing Eriksen, por su generosidad y dedicación infinitas, y por haber pasado casi tanto tiempo investigando la historia como yo escribiéndola. Espero que la novela satisfaga plenamente sus expectativas.